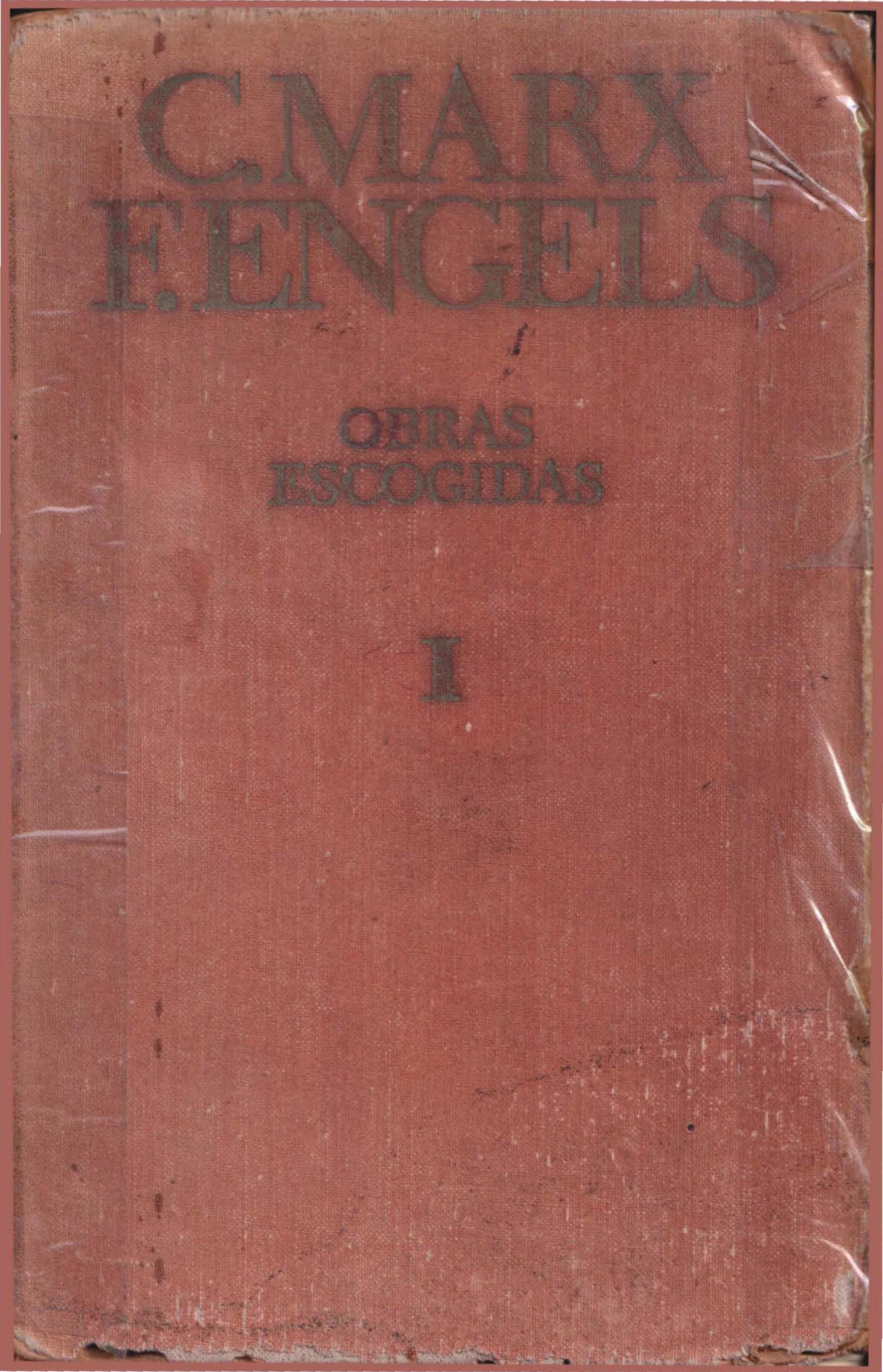
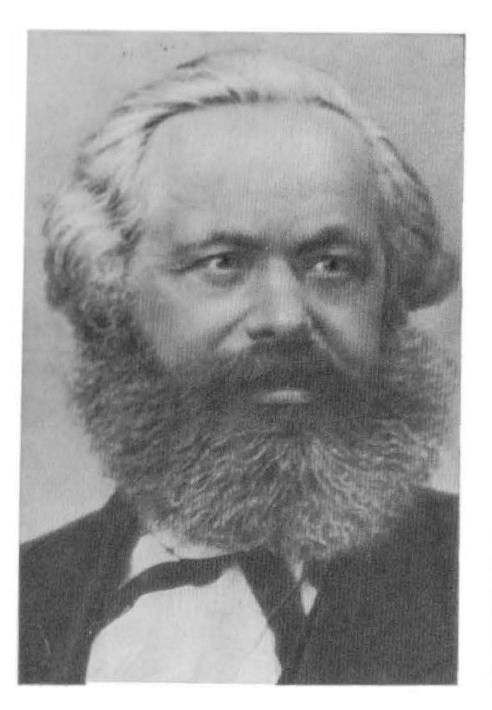
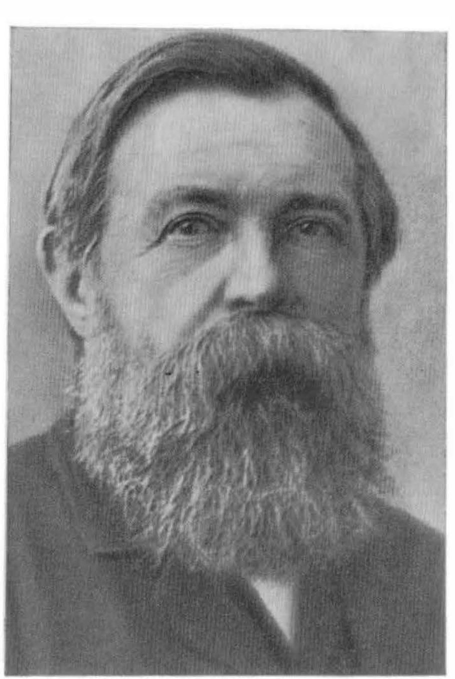

C. MARX
F. ENGELS
OBRAS
ESCOGIDAS
I

C. MARX
F. ENGEL

OBRAS ESCOGIDAS

en tres tomos

Tomo I

Editorial Progreso Moscú 1973

К. МАРКС и Ф. ЭНГЕЛЬС
ИЗБРАННЫЕ ПРОИЗВЕДЕНИЯ
в трех томах
Том I
На испанском языке

DE LA EDITORIAL

El presente volumen corresponde al primer tomo de la última edición en ruso de las *Obras Escogidas* en tres tomos de C. Marx y F. Engels, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS (Editorial de Literatura Política del Estado, Moscú, 1966).

El texto de todos los trabajos incluidos en el presente tomo ha sido cotejado con los originales que se guardan en Moscú en el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca de la traducción del libro que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión.

Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso, Zúbovski bulvar, 21, Moscú (URSS).

PROLOGO

Esta edición de las *Obras Escogidas* en tres tomos contiene los trabajos más importantes de Marx y Engels, en los que se exponen las tres partes integrantes de su gran doctrina revolucionaria: la filosofía y la economía política marxistas y la teoría del comunismo científico. Algunas producciones fundamentales han podido ser incluidas en esta edición, por supuesto, sólo en forma de apartados y capítulos sueltos. Así, de *El Capital* de Carlos Marx se ofrecen el capítulo XXIV del primer tomo, el prólogo de Marx a la primera edición alemana, el epílogo a la segunda edición alemana y un fragmento del prólogo de Engels al segundo tomo. De la *Dialéctica de la Naturaleza* de Federico Engels, la *Introducción*, el *Viejo prefacio al «(Anti)-Dühring». Sobre la dialéctica* y *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*; se publica íntegro el folleto de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, que es una refundición de tres capítulos de su *Anti-Dühring*.

En la presente edición se han insertado todas las obras publicadas en las *Obras Escogidas* de Marx y Engels en dos tomos que editó nuestro Instituto anteriormente. No obstante, comparada con dicha edición en dos tomos, la presente ha sido considerablemente ampliada. Se han incluido adicionalmente el primer capítulo de *La Ideología Alemana*, de Marx y Engels, titulado *Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idea-*

lista, en el que se ofrece una vasta exposición de la interpretación materialista de la historia. Se han incluido también otros trabajos que no figuran en la edición en dos tomos, como los de Marx: *Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional*, *Una comunicación confidencial*, *Acerca del Congreso de La Haya*, *La nacionalización de la tierra*, el primer esbozo de la respuesta a la carta de Vera Zasúlich, y los escritos de Engels *Los principios del comunismo*, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, *Palabras finales al trabajo "Acerca de la cuestión social en Rusia»*, *El papel de la violencia en la historia* y *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*. Se ha incluido asimismo el trabajo conjunto de Marx y Engels *Las pretendidas escisiones en la Internacional*. Se ha ampliado, además, el apartado de la correspondencia de Marx y Engels.

Los trabajos están distribuidos entre los tres tomos, en lo fundamental, por orden cronológico, excepción hecha de los prólogos y epílogos de los autores, que se insertan, independientemente de las fechas de su aparición, al lado de las obras para las que fueron escritos. La correspondencia de Marx y Engels se imprime al final de cada tomo de acuerdo con el período que abarca el volumen respectivo.

La edición está dotada de apartados de consulta. Al final de cada tomo se incluyen notas aclaratorias e índices de nombres y de materias.

Instituto de Marxismo-Leninismo
adjunto al CC del PCUS

C. MARX

TESIS SOBRE FEUERBACH[1]

1

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad *objetiva*. Por eso, en *La esencia del cristianismo* sólo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica sólo en su forma suciamente judaica de manifestarse. Por tanto, no comprende la importancia de la actuación «revolucionaria», «práctico-crítica».

2

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar

la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico.*

3

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ej., en Roberto Owen).

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria.*

4

Feuerbach arranca de la autoenajenación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender ésta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción. Por consiguiente, después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la sagrada familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquélla.

5

Feuerbach, no contento con el *pensamiento abstracto*, apela a la *contemplación sensorial*; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana *práctica.*

6

Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia *humana*. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.

Feuerbach, que no se ocupa de la crítica de esta esencia real, se ve, por tanto, obligado:

1) A hacer abstracción de la trayectoria histórica, enfocando para sí el sentimiento religioso |Gemüt| y presuponiendo un individuo humano abstracto, *aislado*.

2) En él, la esencia humana sólo puede concebirse como «género», como una generalidad interna, muda, que se limita a unir *naturalmente* los muchos individuos.

7

Feuerbach no ve, por tanto, que el «sentimiento religioso» es también un *producto social* y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad.

8

La vida social es, en esencia, *práctica*. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.

9

A lo que más llega el materialismo *contemplativo*, es decir, el materialismo que no concibe la sensoriedad como actividad práctica, es a contemplar a los distintos individuos dentro de la «sociedad civil».

10

El punto de vista del antiguo materialismo es la sociedad «*civil*»; el del nuevo materialismo, la sociedad *humana* o la humanidad socializada.

11

Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*.

Escrito por C. Marx en la primavera de 1845.

Publicado por primera vez por F. Engels en 1888 como apéndice a la edición aparte de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1888, cotejado con el manuscrito de C. Marx.

Traducido del alemán.

C. MARX Y F. ENGELS

FEUERBACH. OPOSICION ENTRE LAS CONCEPCIONES MATERIALISTA E IDEALISTA

(I CAPITULO DE *LA IDEOLOGIA ALEMANA*) [2]

[I]

[f. 1] Según anuncian los ideólogos alemanes, Alemania ha pasado en estos últimos años por una revolución sin igual. El proceso de descomposición del sistema hegeliano, que comenzó con Strauss[3], se ha desarrollado hasta convertirse en una fermentación universal, que ha arrastrado consigo a todas las «potencias del pasado». En medio del caos general, han surgido poderosos reinos, para derrumbarse de nuevo en seguida, han brillado momentáneamente héroes, sepultados nuevamente en las tinieblas por otros rivales más audaces y más poderosos. Fue ésta una revolución junto a la cual la francesa[4] es un juego de chicos, una lucha ecuménica al lado de la cual palidecen y resultan ridículas las luchas de los diádocos[5]. Los principios se desplazaban, los héroes del pensamiento se derribaban los unos a los otros con inaudita celeridad, y en los tres años que transcurrieron de 1842 a 1845 se removió el suelo de Alemania más que antes en tres siglos.

Y todo esto ocurrió, según dicen, en los dominios del pensamiento puro.

Trátase, sin duda, de un acontecimiento interesante: del proceso de putrefacción del espíritu absoluto. Al apagarse la última chispa de vida, las diversas partes de este *caput mortuum**

---

* Literalmente, cabeza muerta, aquí, restos mortales. (*N. de la Edit.*)

entraron en descomposición, dieron paso a nuevas combinaciones y formaron nuevas sustancias. Los industriales de la filosofía, que hasta aquí habían vivido de la explotación del espíritu absoluto, arrojáronse ahora sobre las nuevas combinaciones. Cada uno se dedicó afanosamente a explotar el negocio de la parcela que le había tocado en suerte. No podía por menos de surgir la competencia. Al principio, ésta tenía un carácter bastante serio, propio de buenos burgueses. Más tarde, cuando ya el mercado alemán se hallaba abarrotado y la mercancía, a pesar de todos los esfuerzos, no encontraba salida en el mercado mundial, los negocios empezaron a echarse a perder a la manera alemana acostumbrada, mediante la producción fabril y adulterada, el empeoramiento de la calidad de los productos y la adulteración de la materia prima, la falsificación de los rótulos, las compras simuladas, los cheques girados en descubierto y un sistema de crédito carente de toda base real. Y la competencia se convirtió en una enconada lucha, que hoy se nos ensalza y presenta como un viraje de la historia universal, origen de los resultados y conquistas más formidables.

Para apreciar en sus debidos términos toda esta charlatanería de tenderos filosóficos que despierta un saludable sentimiento nacional hasta en el pecho del honrado burgués alemán; para poner plásticamente de relieve la mezquindad, la pequeñez provinciana de todo este movimiento joven hegeliano y, sobre todo, el contraste tragicómico entre las verdaderas hazañas de estos héroes y las ilusiones suscitadas en torno a ellas,necesitamos contemplar siquiera una vez todo el espectáculo desde un punto de vista situado fuera de los ámbitos de Alemania*.

---

* Luego, en la primera variante de la copia en limpio viene el siguiente texto tachado:

«[p. 2] Anteponemos por eso a la crítica especial de los representantes individuales de este movimiento ciertas observaciones generales que elucidan las premisas ideológicas comunes a todos ellos. Estas observaciones serán suficientes para caracterizar el punto de vista de nuestra crítica en la medida en que esto es necesario para comprender y argumentar unas u otras críticas sucesivas. Dirigimos estas observaciones [p. 3] precisamente a *Feuerbach* porque es el único que ha dado, aunque sólo sea en cierta medida, un paso adelante y cuyos trabajos pueden examinarse *de bonne foi* [de buena fe].

1. *La ideología en general, y la ideología alemana en particular*

A. Conocemos sólo una ciencia, la ciencia de la historia. Se puede enfocar la historia desde dos ángulos, se puede dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, las dos son inseparables: mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente. La historia de la naturaleza, las llamadas ciencias naturales, no nos interesa aquí, en cambio tenemos que examinar la historia de los hombres, puesto que casi toda la ideología se reduce ya bien a la interpretación tergiversada de esta historia, ya bien a la abstracción com-

[1.] — La ideología en general, y la ideología alemana en particular

[f. 2] La crítica alemana no se ha salido, hasta en estos esfuerzos suyos de última hora, del terreno de la filosofía. Y, muy lejos de entrar a investigar sus premisas filosóficas generales, todos sus problemas brotan, incluso sobre el terreno de un determinado sistema filosófico, del sistema hegeliano. No sólo sus respuestas, sino también las preguntas mismas, entrañan un engaño. La dependencia respecto de Hegel es la razón de por qué ninguno de estos modernos críticos ha intentado siquiera una crítica omnímoda del sistema hegeliano, por mucho que cada uno de ellos afirme haberse remontado sobre Hegel. Su polémica contra Hegel y la de los unos contra los otros se limita a que cada uno de ellos destaque un aspecto del sistema hegeliano, tratando de enfrentarlo, a la par, contra el sistema en su conjunto y contra los aspectos destacados por los demás. Al principio, tomábanse ciertas categorías hegelianas puras y auténticas, tales como las de sustancia y autoconciencia*, para profanarlas más tarde con nombres más vulgares, como los de Género, el Unico, el Hombre**, etc.

Toda la crítica filosófica alemana desde Strauss hasta Stirner se limita a la crítica de las ideas *religiosas****. Se partía de la religión real y de la verdadera teología. Se determinaba de distinto modo en el curso ulterior qué era la conciencia religiosa, la idea religiosa. El progreso consistía en incluir las ideas metafísicas, políticas, jurídicas, morales y de otros tipos, supuestamente imperantes, en la esfera de las ideas religiosas o teológicas, explicando asimismo la conciencia política, jurídica o moral como conciencia religiosa o teológica y presentando al hombre político,

---

pleta de la misma. La propia ideología no es más que uno de tantos aspectos de esta historia».

A continuación, en la primera variante de la copia en limpio sigue un texto no tachado acerca de las premisas para la concepción materialista de la historia. En la presente edición, este texto se inserta más adelante, como § 2, en la variante fundamental (segunda) de la copia en limpio (véase págs. 15—16) (*N. de la Edit.*)

* Las categorías fundamentales de F. Strauss y de B. Bauer. (*N. de la Edit.*)

** Las categorías fundamentales de L. Feuerbach y M. Stirner. (*N. de la Edit.*)

*** Luego viene tachado en el manuscrito: «que se ha presentado pretendiendo asumir el papel de salvadora absoluta del mundo en la lucha contra todos los males. La religión se ha interpretado y examinado siempre como la causa última de todas las relaciones contrarias a estos filósofos, como el enemigo principal». (*N. de la Edit.*)

jurídico o moral y, en última instancia, «*al* hombre», como el hombre religioso. Tomábase como premisa el imperio de la religión. Poco a poco, toda relación dominante se explicaba como una relación religiosa y se convertía en culto: el culto del derecho, el culto del Estado, etc. Por todas partes se veían dogmas, nada más que dogmas, y la fe en ellos. El mundo era canonizado en proporciones cada vez mayores, hasta que, por último, el venerable San Max* pudo santificarlo en bloque y darlo por liquidado de una vez por todas.

Los viejos hegelianos lo *comprendían* todo una vez que lo reducían a una de las categorías lógicas de Hegel. Los jóvenes hegelianos lo *criticaban* todo sin más que deslizar debajo de ello ideas religiosas o declararlo como algo teológico. Los jóvenes hegelianos coincidían con los viejos hegelianos en la fe en el imperio de la religión, de los conceptos, de lo general, dentro del mundo existente. La única diferencia era que los unos combatían como usurpación ese imperio que los otros reconocían y aclamaban como legítimo.

Y, como para estos jóvenes hegelianos las representaciones, los pensamientos, los conceptos y, en general, los productos de la conciencia por ellos sustantivada eran considerados como las verdaderas ataduras del hombre, exactamente lo mismo que los viejos hegelianos veían en ellos los auténticos nexos de la sociedad humana, era lógico que también los jóvenes hegelianos lucharan y se creyeran obligados a luchar solamente contra estas ilusiones de la conciencia. En vista de que, según su fantasía, las relaciones entre los hombres, todos sus actos y su modo de conducirse, sus trabas y sus barreras, son otros tantos productos de su conciencia, los jóvenes hegelianos formulan consecuentemente ante ellos el postulado moral de que deben trocar su conciencia actual por la conciencia humana, crítica o egoísta**, derribando con ello sus barreras. Este postulado de cambiar de conciencia viene a ser lo mismo que el de interpretar de otro modo lo existente, es decir, de reconocerlo por medio de otra interpretación. Pese a su fraseología que supuestamente «hace estremecer el mundo», los jóvenes hegelianos son, en realidad, los mayores conservadores. Los más jóvenes entre ellos han descubierto la expresión adecuada para designar su actividad cuando afirman que sólo luchan contra «*frases*»[6]. Pero se olvidan de añadir que a estas frases por ellos combatidas no saben oponer más que otras frases y que, al combatir solamente las frases de este mundo, no combaten en modo alguno el mundo real existente. Los únicos

---

* Max Stirner. (*N. de la Edit.*)

** Trátase de L. Feuerbach, B. Bauer y M. Stirner. (*N. de la Edit.*)

resultados a que podía llegar esta crítica filosófica fueron algunos esclarecimientos en el campo de la historia de la religión, harto unilaterales por lo demás, sobre el cristianismo; todas sus demás afirmaciones se reducen a otras tantas maneras de adornar su pretensión de entregarnos, con estos esclarecimientos insignificantes, descubrimientos de alcance histórico-mundial.

A ninguno de estos filósofos se le ha ocurrido siquiera preguntar por el entronque de la filosofía alemana con la realidad de Alemania, por el entronque de su crítica con el propio mundo material que la rodea*.

[2. Premisas de las que arranca la concepción materialista de la historia]**

[p. 3] Las premisas de que partimos no son arbitrarias, no son dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas, como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden [p. 4] comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica.

La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes***. El primer estado que cabe constatar es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza. No podemos entrar a examinar aquí, naturalmente, ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con que los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo ****. Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres.

* En el manuscrito de la variante fundamental de la copia en limpio, el resto de la página está en blanco. Luego, en la siguiente comienza el texto que en la presente edición se reproduce como § 3. (*N. de la Edit.*)

** El texto de este párrafo ha sido tomado de la primera variante de la copia en limpio. (*N. de la Edit.*)

*** Luego sigue en el manuscrito un texto tachado: «El primer acto *histórico* de estos individuos, merced al que se distinguen de los animales, no consiste en que piensan, sino en que comienzan a *producir los indispensables medios de subsistencia*». (*N. de la Edit.*)

**** Luego sigue en el manuscrito un texto tachado: «Ahora bien, estas condiciones no determinan sólo la organización corporal inicial, espontánea, de los hombres, sobre todo las diferencias raciales entre ellos, sino también su desarrollo sucesivo —o la falta de desarrollo— hasta nuestros días». (*N. de la Edit.*)

Podemos distinguir los hombres de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero los hombres mismos comienzan a ver la diferencia entre ellos y los animales tan pronto comienzan a *producir* sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material.

El modo de producir los medios de vida de los hombres depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que hay que reproducir.

[p. 5] Este modo de producción no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Los individuos son tal y como manifiestan su vida. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con *lo que* producen como con el modo de *cómo* producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción.

Esta producción sólo aparece al *multiplicarse la población*. Y presupone, a su vez, un *trato* [*Verkehr*][7] entre los individuos. La forma de este intercambio se halla condicionada, a su vez, por la producción*.

[3. Producción y trato. División del trabajo y formas de propiedad: tribal, antigua y feudal]

[f. 3] Las relaciones entre unas naciones y otras dependen del grado en que cada una de ellas haya desarrollado sus fuerzas productivas, la división del trabajo y el trato interior. Es éste un hecho generalmente reconocido. Pero, no sólo las relaciones entre una nación y otra, sino también toda la estructura interna de cada nación depende del grado de desarrollo de su producción y de su trato interior y exterior. Hasta qué punto se han desarrollado las fuerzas productivas de una nación lo indica del modo más palpable el grado hasta el que se ha desarrollado en ella la división del trabajo. Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerzas productivas ya conocidas con anterioridad (como ocurre, por ejemplo,

---

* Aquí termina la primera variante de la copia en limpio. Lo que sigue en la presente edición es texto de la variante fundamental de la copia en limpio. (*N. de la Edit.*)

con la roturación de tierras) trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo.

La división del trabajo dentro de una nación se traduce, ante todo, en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola y, con ello, en la separación de la *ciudad* y el *campo* y en la oposición de sus intereses. Su desarrollo ulterior conduce a que el trabajo comercial se separe del industrial. Al mismo tiempo, la división del trabajo dentro de estas diferentes ramas acarrea, a su vez, la formación de diversos sectores entre los individuos que cooperan en determinados trabajos. La posición que ocupan entre sí estos diferentes sectores se halla condicionada por el modo de aplicar el trabajo agrícola, industrial y comercial (patriarcalismo, esclavitud, estamentos, clases). Y las mismas relaciones se revelan, al desarrollarse el trato, en las relaciones entre diferentes naciones.

Las diferentes fases de desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de la propiedad; o, dicho en otros términos, cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante al material, el instrumento y el producto del trabajo.

La primera forma de la propiedad es la propiedad de la tribu[8]. Esta forma de propiedad corresponde a la fase incipiente de la producción en que un pueblo vive de la caza y la pesca, de la ganadería o, a lo sumo, de la agricultura. En este último caso, la propiedad tribal presupone la existencia de una gran masa de tierras sin cultivar. En esta fase, la división del trabajo se halla todavía muy poco desarrollada y no es más que la extensión de la división natural de trabajo existente en el seno de la familia. La estructura social, en esta etapa, se reduce también, por tanto, a una ampliación de la familia: a la cabeza de la tribu se hallan sus patriarcas, luego los miembros de la tribu y, finalmente, los esclavos. La esclavitud latente en la familia va desarrollándose poco a poco al crecer la población y las necesidades, al extenderse el intercambio exterior y al aumentar las guerras y el comercio de trueque.

La segunda forma está representada por la antigua propiedad comunal y estatal, que brota como resultado de la fusión de diversas tribus para formar una *ciudad*, mediante acuerdo voluntario o por conquista, y en la que sigue existiendo la esclavitud. Junto a la propiedad comunal, va desarrollándose ya la propiedad privada mobiliaria, y más tarde la inmobiliaria, pero como forma anormal, supeditada a aquélla. Los ciudadanos del Estado sólo en cuanto comunidad pueden ejercer su poder sobre los esclavos que trabajan para ellos, lo que ya de por sí los vincula a la forma de la propiedad comunal. Es la propiedad privada

comunal de los ciudadanos activos del Estado, obligados con respecto a los esclavos a permanecer unidos en este tipo natural de asociación. Esto explica por qué toda la estructura de la sociedad asentada sobre estas bases, y con ella el poder del pueblo, decaen a medida que va desarrollándose la propiedad privada inmobiliaria. La división del trabajo aparece aquí más desarrollada. Nos encontramos ya con la oposición entre la ciudad y el campo y, más tarde, con la oposición entre Estados que representan, de una parte, los intereses de la vida urbana y, de otra, los de la vida rural; dentro de las mismas ciudades, con la oposición entre la industria y el comercio marítimo. Las relaciones de clases entre ciudadanos y esclavos han adquirido ya su pleno desarrollo.

Con el desarrollo de la propiedad privada surgen aquí las mismas relaciones con que nos encontraremos en la propiedad privada de los tiempos modernos, aunque en proporciones más extensas. De una parte, aparece la concentración de la propiedad privada, que en Roma comienza desde muy pronto (una prueba de ello la tenemos en la ley agraria licinia[9]) y que, desde las guerras civiles, sobre todo bajo los emperadores, avanza muy rápidamente; de otra parte, y en relación con esto, la transformación de los pequeños campesinos plebeyos en proletariado que, sin embargo, dada su posición intermedia entre los ciudadanos poseedores y los esclavos, no llega a adquirir un desarrollo independiente.

La tercera forma es la propiedad feudal o por estamentos. Del mismo modo que la Antigüedad partía de la *ciudad* y de su pequeña comarca, la Edad Media tenía como punto de partida el *campo*. Este cambio de punto de arranque hallábase condicionado por la población con que se encontró la Edad Media: una población escasa, diseminada en grandes áreas y a la que los conquistadores no aportaron gran incremento. De aquí que, al contrario de lo que había ocurrido en Grecia y en Roma, el desarrollo feudal se iniciara en un terreno mucho más extenso, preparado por las conquistas romanas y por la difusión de la agricultura, al comienzo relacionada con ellas. Los últimos siglos del Imperio romano decadente y su conquista por los propios bárbaros destruyeron una gran cantidad de fuerzas productivas; la agricultura veíase postrada, la industria languideció por la falta de mercados, el comercio cayó en el sopor o se vio violentamente interrumpido y la población rural y urbana decreció. Estos factores preexistentes y el modo de organización de la conquista por ellos condicionado hicieron que se desarrollara, bajo la influencia de la estructura del ejército germánico, la propiedad feudal. También ésta se basa, como la propiedad de la tribu y la comunal,

en una comunidad [*Gemeinwesen*], pero frente a ésta no se hallan ahora, en cuanto clase directamente productora, los esclavos, como ocurría en la sociedad antigua, sino los pequeños campesinos siervos de la gleba. Y, a la par con el desarrollo completo del feudalismo, aparece el antagonismo del campo con respecto a la ciudad. La estructura jerárquica de la propiedad territorial y, en relación con ello, las mesnadas armadas, daban a la nobleza el poder sobre los siervos. Esta estructura feudal era, lo mismo que lo había sido la propiedad comunal antigua, una asociación frente a la clase productora dominada; lo que variaba era la forma de la asociación y la relación con los productores directos, ya que las condiciones de producción eran distintas.

A esta estructura feudal de la posesión de tierras correspondía en las *ciudades* la propiedad corporativa, la organización feudal de la artesanía. Aquí, la propiedad estribaba [f. 4], fundamentalmente, en el trabajo individual de cada uno. La necesidad de asociarse para hacer frente a la nobleza rapaz asociada; la necesidad de disponer de locales en el mercado comunes en una época en que el industrial era, al propio tiempo, comerciante; la creciente competencia de los siervos que huían de la gleba y afluían en tropel a las ciudades prósperas y florecientes, y la estructura feudal de todo el país hicieron surgir los *gremios*; los pequeños capitales de los artesanos individuales, reunidos poco a poco por el ahorro, y la estabilidad del número de éstos en medio de una creciente población, hicieron que se desarrollara el sistema de oficiales y aprendices, engendrando en las ciudades una jerarquía semejante a la que imperaba en el campo.

Por tanto, durante la época feudal, la forma fundamental de la propiedad era la propiedad territorial con el trabajo de los siervos a ella vinculados, de una parte y, de otra, el trabajo propio con un pequeño capital que dominaba sobre el trabajo de los oficiales de los gremios. La estructura de ambas formas hallábase determinada por las condiciones limitadas de la producción, por el escaso y rudimentario cultivo de la tierra y por la industria artesana. La división del trabajo se desarrolló muy poco, en el período floreciente del feudalismo. Todo país llevaba en su entraña la oposición entre la ciudad y el campo; es cierto que la estructura de los estamentos se hallaba muy ramificada y acusada, pero fuera de la separación entre príncipes, nobleza, clero y campesinos, en el campo, y maestros, oficiales y aprendices, y muy pronto la plebe de los jornaleros, en la ciudad, no encontramos otra división importante. En la agricultura, la división del trabajo veíase entorpecida por el cultivo parcelado, junto al que surgió después la industria a domicilio de los propios campesinos; en la industria, no existía división del trabajo dentro de cada oficio, y muy poca

entre unos oficios y otros. La división entre la industria y el comercio se encontró ya establecida de antes en las viejas ciudades, mientras que en las nuevas sólo se desarrolló más tarde, al entablarse entre las ciudades contactos y relaciones.

La agrupación de territorios importantes más extensos para formar reinos feudales era una necesidad, tanto para la nobleza propietaria de tierras como para las ciudades. De aquí que a la cabeza de la organización de la clase dominante, de la nobleza, figurara en todas partes un monarca*.

[4. Esencia de la concepción materialista de la historia. El ser social y la conciencia social]

[f. 5] Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos que se dedican de un determinado modo a la producción**, contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas. La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de embaucamiento y especulación, la relación existente entre la estructura social y política y la producción. La estructura social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como *realmente* son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad***.

La producción de las ideas, las representaciones y la conciencia aparece, al principio, directamente entrelazada con la actividad

---

* En el manuscrito, la parte restante de la página está en blanco. Luedo, en la página siguiente comienza el resumen de la esencia de la concepción materialista de la historia. La cuarta forma (burguesa) de propiedad se examina más adelante, en la parte IV del capítulo, §§ 2-4. (*N. de la Edit.*)

** En la variante inicial se dice: «determinados individuos, guardando determinadas relaciones de producción». (*N. de la Edit.*)

*** Luego viene tachado en el manuscrito: «Las ideas que se forman estos individuos son ya bien ideas de su relación con la naturaleza, ya bien de sus relaciones entre sí, ya bien ideas acerca de lo que son ellos mismos. Es claro que en todos estos casos dichas ideas son una expresión consciente —efectiva o ilusoria— de sus verdaderas relaciones y actividad, de su producción, de sus contactos, de su organización social y política. Admitir lo contrario sólo es posible en el caso de que, cuando además del espíritu de los individuos efectivos y materialmente condicionados, se presupone algún espíritu especial más. Si la expresión consciente de las verdaderas relaciones de estos individuos es ilusoria, si estos últimos ponen de cabeza su realidad en sus ideas, es también consecuencia de la limitación del modo de su actividad material y de sus relaciones sociales, que se desprenden de ello». (*N. de la Edit.*)

material y el trato material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. La formación de las ideas, el pensamiento, el trato espiritual de los hombres se presentan aquí todavía como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero se trata de hombres reales y activos tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el trato que a él corresponde, hasta llegar a sus formas más lejanas*. La conciencia [das *Bewusstsein*] jamás puede ser otra cosa que el ser consciente [das *bewusste* Sein], y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología, los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en la cámara oscura, este fenómeno proviene igualmente de su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina proviene de su proceso de vida directamente físico.

Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y ligado a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como si fuera un individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corres-

---

* La variante inicial dice: «Los hombres son los productores de sus representaciones, ideas, etc., precisamente los hombres, condicionados por el modo de producción de su vida material, por su trato material y por el continuo desarrollo de éste en la estructura social y política». (*N. de la Edit.*)

ponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como *su* conciencia.

Y este modo de considerar las cosas posee sus premisas. Parte de las condiciones reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus premisas son los hombres, pero no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. En cuanto se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empíricos, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como lo es para los idealistas.

Allí donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En lugar de ella, puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraídos de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, receta o patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas. Por el contrario, la dificultad comienza allí donde se aborda la consideración y ordenación del material, sea de una época pasada o del presente, la exposición real de las cosas. La eliminación de estas dificultades hállase condicionada por premisas que en modo alguno pueden darse aquí, pues se derivan siempre del estudio del proceso de vida real y de la acción de los individuos en cada época. Destacaremos aquí algunas de estas abstracciones, para oponerlas a la ideología, ilustrándolas con algunos ejemplos históricos*.

[II]

[1. Condiciones de la liberación real de los hombres]

[1] Como es lógico, no tomaremos el trabajo de ilustrar a nuestros sabios filósofos acerca de que la «liberación» del «hombre» no ha avanzado todavía un paso siquiera si han disuelto la filo-

* Aquí termina la variante fundamental (segunda) de la copia en limpio. En la presente edición siguen tres partes del manuscrito original. (*N. de la Edit.*)

sofía, la teología, la sustancia y toda la demás porquería en la «autoconciencia», si han liberado al «hombre» de la dominación de estas frases, a las que jamás ha estado sometido*; acerca de que la liberación real no es posible si no es en el mundo real y con medios reales, que no se puede abolir la esclavitud sin la máquina de vapor y la mule jenny, que no se puede abolir el régimen de la servidumbre sin una agricultura mejorada, que, en general, no se puede liberar a los hombres mientras no estén en condiciones de asegurarse plenamente comida, bebida, vivienda y ropa de adecuada calidad y en suficiente cantidad. La «liberación» es un acto histórico y no mental, y conducirán a ella las relaciones históricas, el estado de la industria, del comercio, de la agricultura, de las relaciones...**[2] luego, además, en consonancia con los distintos grados de su desarrollo, el absurdo de la sustancia, el sujeto, la autoconciencia y la crítica pura, exactamente de la misma manera que el absurdo religioso y teológico, y después de eso volverán a suprimirla cuando hayan avanzado bastante en su desarrollo***. Desde luego, en un país como Alemania, donde el desarrollo histórico sólo se produce de la forma más trivial, estos movimientos en la esfera del pensamiento puro, esta trivialidad glorificada e inactiva compensan la insuficiencia de movimientos históricos, arraigan y hay que combatirlos. Pero, esta lucha es de importancia local****.

[2. Crítica del materialismo contemplativo e inconsecuente de Feuerbach]

...***** [8] de lo que se trata en realidad y para el materialista *práctico*, es decir, para el *comunista*, es de revolucionar el mundo existente, de atacar prácticamente y de hacer cambiar las cosas con que nos encontramos. Allí donde encontramos en Feuerbach semejantes concepciones, no pasan nunca de intuiciones sueltas, que influyen demasiado poco en su modo general de concebir para que podamos considerarlas más que como simples gérmenes, susceptibles de desarrollo. La «concepción» feuerbachia-

* Glosas marginales de Marx: «Liberación filosófica y real». «El hombre *en general. El único. El individuo*». «Condiciones geológicas, hidrográficas, etc. El cuerpo humano. La necesidad y el trabajo». (*N. de la Edit.*)

** El manuscrito está deteriorado: falta la parte inferior de la hoja, y una línea del texto. (*N. de la Edit.*)

*** Glosa marginal de Marx: «Frases y movimiento real. Significación de las frases para Alemania». (*N. de la Edit.*)

**** Glosa marginal de Marx: «El lenguaje es la lengua de la realidad». (*N. de la Edit.*)

***** Aquí faltan cinco páginas del manuscrito. (*N. de la Edit.*)

na del mundo sensorial se limita, de una parte, a su mera contemplación y, de otra parte, a la mera sensación: dice «*el* hombre» en vez de los «hombres históricos reales». «*El* hombre como tal» es, en *realiter**, el «alemán». En el primer caso, en la *contemplación* del mundo sensorial, tropieza necesariamente con cosas que contradicen a su conciencia y a su sentimiento, que trastornan la armonía por él presupuesta de todas las partes del mundo sensorial y, principalmente, del hombre y la naturaleza**. Para eliminar esta contradicción, Feuerbach se ve obligado a recurrir a una doble contemplación, oscilando entre una concepción profana, que sólo ve «lo que está a mano», y otra superior, filosófica, que contempla la «verdadera esencia» de las cosas. No ve que el mundo sensorio que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en sentido en que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior, sigue desarrollando su industria y su intercambio y modifica su organización social con arreglo a las nuevas necesidades. Hasta los objetos de la «certeza sensorial» más simple le vienen dados solamente por el desarrollo social, la industria y el intercambio comercial. Así es sabido que el cerezo, como casi todos los árboles frutales, fue transplantado a nuestra zona hace pocos siglos por obra del *comercio* y, *por medio* de esta acción de una determinada sociedad y de una determinada época, fue entregado a la «certeza sensorial» de Feuerbach.

Por lo demás, en esta concepción de las cosas tal y como realmente son y han acaecido, todo profundo problema filosófico, como se mostrará más claramente en lo sucesivo, se reduce a un hecho empírico puro y simple. Así, por ejemplo, el importante problema de la actitud del hombre hacia la naturaleza (o, incluso, como dice Bruno (pág. 110)[10], «antítesis de la naturaleza y la historia», como si se tratase de dos «cosas» distintas y el hombre no tuviera siempre ante sí una naturaleza histórica y una historia natural), del que han brotado todas las «obras inescrutablemente altas»*** sobre la «sustancia» y la «autoconciencia», desaparece por sí mismo ante la convicción de que la famosísima «unidad del hombre con la naturaleza» ha consistido siempre en la industria, siendo

---

* En realidad. (*N. de la Edit.*)

** NB. El error de Feuerbach no consiste en subordinar lo que está a mano, la *apariencia* sensorial a la realidad sensorial, comprobada mediante la indagación más exacta de los hechos percibidos por los sentidos, sino en que no acierte a enjuiciar en última instancia los datos de los sentidos sin verlos con los «ojos», es decir, a través de las «gafas», del *filósofo*.

*** Goethe. *Fausto*, *Prólogo en los cielos*. (*N. de la Edit.*)

de uno u otro modo según el mayor o menor desarrollo de la industria en cada época, lo mismo que la «lucha» del hombre con la naturaleza, hasta el desarrollo de sus fuerzas productivas sobre la base correspondiente. La industria y el comercio, la producción y el intercambio de los medios de vida condicionan, por su parte, y se hallan, a su vez, condicionados en cuanto al modo de funcionar por la distribución, por la estructura de las diversas clases sociales; y así se explica por qué Feuerbach, en Mánchester, por ejemplo, sólo encuentra fábricas y máquinas, donde hace unos cien años no había más que tornos de hilar y telares movidos a mano, o que en la *Campagna di Roma*, donde en la época de Augusto no habría encontrado más que viñedos y villas de capitalistas romanos, sólo haya hoy pastizales y pantanos. Feuerbach habla especialmente de la contemplación de la naturaleza por la ciencia, cita misterios que sólo se revelan a los ojos del físico y del químico, pero ¿qué sería de las ciencias naturales, a no ser por la industria y el comercio? Incluso estas ciencias naturales «puras» sólo adquieren su fin como su material solamente gracias al comercio y a la industria, gracias a la actividad sensoria de los hombres. Y hasta tal punto es esta actividad, este continuo laborar y crear sensorios, esta producción, la base de todo el mundo sensorio tal y como ahora existe, que si se interrumpiera aunque sólo fuese durante un año, Feuerbach no sólo se encontraría con enormes cambios en el mundo natural, sino que pronto echaría de menos todo el mundo humano y su propia capacidad de contemplación y hasta su propia existencia. Es cierto que queda en pie, en ello, la prioridad de la naturaleza exterior y que todo esto no es aplicable al hombre originario, creado por *generatio aequivoca**, pero esta diferencia sólo tiene sentido siempre y cuando se considere al hombre como algo distinto de la naturaleza. Por demás, esta naturaleza anterior a la historia humana no es la naturaleza en que vive Feuerbach, sino una naturaleza que, fuera tal vez de unas cuantas islas coralíferas australianas de reciente formación, no existe ya hoy en parte alguna, ni existe tampoco, por tanto, para Feuerbach.

Es cierto que Feuerbach [10] les lleva a los materialistas «puros» la gran ventaja de que estima que también el hombre es un «objeto sensorio»; pero, aun aparte de que sólo lo ve como «objeto sensorio» y no como «actividad sensoria», manteniéndose también en esto dentro de la teoría, sin concebir los hombres dentro de su conexión social dada, bajo las condiciones de vida existentes que han hecho de ellos lo que son, no llega nunca, por ello mismo, hasta el hombre realmente existente, hasta el

* Generación espontánea. (*N. de la Edit.*)

hombre activo, sino que se detiene en el concepto abstracto «el hombre», y sólo consigue reconocer en la sensación el «hombre real, individual, corpóreo»; es decir, no conoce más «relaciones humanas» «entre el hombre y el hombre» que las del amor y la amistad, y además, idealizadas. No nos ofrece crítica alguna de las condiciones de vida actuales. No consigue nunca, por tanto, concebir el mundo sensorial como la *actividad* sensoria y viva total de los individuos que lo forman, razón por la cual se ve obligado, al ver, por ejemplo, en vez de hombres sanos, un tropel de seres hambrientos, escrofulosos, agotados por la fatiga y tuberculosis, a recurrir a una «contemplación más alta» y a la ideal «compensación dentro del género»; es decir, a reincidir en el idealismo precisamente allí donde el materialista comunista ve la necesidad y, al mismo tiempo, la condición de una transformación radical tanto de la industria como del régimen social.

En la medida en que Feuerbach es materialista, se mantiene al margen de la historia, y en la medida en que toma la historia en consideración, no es materialista. Materialismo e historia aparecen completamente divorciados en él, cosa que, por lo demás, se explica por lo que dejamos expuesto*.

[3. Relaciones históricas primarias, o aspectos básicos de la actividad social: producción de medios de subsistencia, creación de nuevas necesidades, reproducción del hombre (la familia), relación social, conciencia]

[11]** Tratándose de los alemanes, situados al margen de toda premisa, debemos comenzar señalando que la primera premisa de toda existencia humana y también, por tanto, de toda historia, es que los hombres se hallen, para «hacer historia»***, en condiciones de poder vivir. Ahora bien, para vivir hacen falta ante todo comida, bebida, vivienda, ropa y algunas cosas más****. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que

* Luego sigue un texto tachado: «El que nos detengamos aquí, no obstante, en la historia más detalladamente, es porque los alemanes están acostumbrados a figurarse, al oír las palabras «historia» e «histórico», todo lo que se quiera menos la realidad, de lo cual ofrece un brillante ejemplo la «oratoria sagrada» de San Bruno». (*N. de la Edit.*)

** Glosa marginal de Marx: «*Historia*». (*N. de la Edit.*)

*** Cfr. el presente tomo, pág...42. (*N. de la Edit.*)

**** Glosa marginal de Marx: «Hegel[11]. Condiciones geológicas, hidrográficas, etc. Cuerpos humanos. Necesidad, trabajo». (*N. de la Edit.*)

es éste un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace miles de años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres. Y aun cuando la vida de los sentidos se reduzca al mínimum, a lo más elemental —a un palo—[12], como en San Bruno, este mínimo presupondrá siempre, necesariamente, la producción de dicho palo. Por consiguiente, lo primero, en toda concepción histórica, es observar este hecho fundamental en toda su significación y en todo su alcance y colocarlo en el lugar que le corresponde. Cosa que los alemanes, como es sabido, no han hecho nunca, razón por la cual jamás han tenido una base *terrenal* para la historia ni, consiguientemente, un historiador. Los franceses y los ingleses, aun cuando concibieron de un modo extraordinariamente unilateral el entronque de este hecho con la llamada historia, sobre todo los que se vieron prisioneros de la ideología política, hicieron, sin embargo, los primeros intentos encaminados a dar a la historiografía una base material, al escribir las primeras historias de la sociedad civil, del comercio y de la industria.

Lo segundo es que [12] la satisfacción de esta primera necesidad, la acción de satisfacerla y la adquisición del instrumento necesario para ello conduce a nuevas necesidades, y esta creación de necesidades nuevas constituye el primer hecho histórico. Y ello demuestra inmediatamente de quién es hija espiritual la gran sabiduría histórica de los alemanes que, cuando les falta el material positivo y no se trata de necedades políticas, teológicas ni literarias, no nos ofrecen ninguna clase de historia, sino que hacen desfilar ante nosotros los «tiempos prehistóricos», pero sin detenerse a explicarnos cómo se pasa de este absurdo de la «prehistoria» a la historia en sentido propio, aunque es evidente, por otra parte, que sus especulaciones históricas se lanzan con especial fruición a esta «prehistoria» porque en ese terreno creen hallarse a salvo de la ingerencia de los «toscos hechos» y, al mismo tiempo, porque aquí pueden dar rienda suelta a sus impulsos especulativos y proponer y echar por tierra miles de hipótesis.

El tercer factor que aquí interviene desde un principio en el desarrollo histórico es el de que los hombres que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a crear a otros hombres, a procrear: es la relación entre marido y mujer, entre padres e hijos, la *familia*. Esta familia, que al principio constituye la única relación social, más tarde, cuando las necesidades, al multiplicarse, crean nuevas relaciones sociales y, a su vez, al aumentar el censo humano, brotan nuevas necesidades, pasa a ser (salvo en Alemania) una relación secundaria y tiene, por tanto, que tratarse y desarrollarse con arreglo a los datos

empíricos existentes, y no ajustándose al «concepto de la familia» misma, como se suele hacer en Alemania.

Por lo demás, estos tres aspectos de la actividad social no deben considerarse como tres peldaños distintos, sino sencillamente como eso, como tres aspectos o, para decirlo de modo más comprensible a los alemanes, como tres «momentos» que han coexistido desde el principio de la historia y desde el primer hombre y que todavía hoy siguen rigiendo en la historia.

La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble [13] relación —de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social—; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin. De donde se desprende que un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o un determinado peldaño social, modo de cooperación que es, a su vez, una «fuerza productiva»; que la suma de las fuerzas productivas accesibles al hombre condiciona el estado social y que, por tanto, la «historia de la humanidad» debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio. Pero, asimismo es evidente que en Alemania no se puede escribir este tipo de historia, ya que los alemanes carecen, no sólo de la capacidad de concepción y del material necesarios, sino también de la «certeza» adquirida a través de los sentidos, y de que del otro lado del Rin no es posible reunir experiencias, por la sencilla razón de que allí no ocurre ya historia alguna. Se manifiesta, por tanto, ya de antemano, una conexión materialista de los hombres entre sí, condicionada por las necesidades y el modo de producción y que es tan vieja como los hombres mismos; conexión que adopta constantemente nuevas formas y que ofrece, por consiguiente, una «historia», aún sin que exista cualquier absurdo político o religioso que mantenga, además, unidos a los hombres.

Solamente ahora, después de haber considerado ya cuatro momentos, cuatro aspectos de las relaciones originarias históricas, caemos en la cuenta de que el hombre tiene también «conciencia»*. Pero, tampoco ésta es desde un principio una conciencia «pura». El «espíritu» hace ya tratado [14] con la maldición de estar «preñado» de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma

---

* Glosa marginal de Marx: «Los hombres tienen historia porque se ven obligados a *producir* su vida y deben, además, producirla de un *determinado* modo: esta necesidad viene impuesta por su organización física, y otro tanto ocurre con su conciencia». (*N. de la Edit.*)

de capas de aire en movimiento, de sonidos, en una palabra, bajo la forma del lenguaje. El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje *es* la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios de relación con los demás hombres*. Donde existe una actitud, existe para mí, pues el animal no tiene «*actitud*» ante nada ni, en general, podemos decir que tenga «actitud» alguna. Para el animal, sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos. La conciencia es, en principio, naturalmente, conciencia del mundo *inmediato* y sensorio que nos rodea y conciencia de los nexos limitados con otras personas y cosas, fuera del individuo consciente de sí mismo; y es, al mismo tiempo, conciencia de la naturaleza, que al principio se enfrenta al hombre como un poder absolutamente extraño, omnipotente e inexpugnable, ante el que la actitud de los hombres es puramente animal y al que se someten como el ganado; es, por tanto, una conciencia puramente animal de la naturaleza (religión natural).

Inmediatamente, vemos aquí que esta religión natural o esta determinada actitud hacia la naturaleza se halla determinada por la forma social, y a la inversa. En este caso, como en todos, la identidad entre la naturaleza y el hombre se manifiesta también de tal modo que la actitud limitada de los hombres hacia la naturaleza condiciona la limitada actitud de unos hombres para con otros, y ésta, a su vez, determina su actitud limitada hacia la naturaleza, precisamente porque la naturaleza apenas ha sufrido aún modificación histórica alguna. Y, de otra parte, la conciencia de la necesidad de entablar relaciones con los individuos circundantes es el comienzo de la conciencia de que el hombre vive, en general, dentro de una sociedad. Este comienzo es algo tan animal como la propia vida social, en esta fase; es, simplemente, una conciencia gregaria, y, en este punto, el hombre sólo se distingue del cordero por cuanto que su conciencia sustituye al instinto o es el suyo un instinto consciente. Esta conciencia gregaria o tribal se desarrolla y se perfecciona después, al aumentar la productividad, al incrementarse las necesidades y al multiplicarse la población [15], que es el factor sobre que descansan los dos anteriores. A la par con ello se desarrolla la división del trabajo, que originariamente no pasaba de la división del trabajo

---

* Luego, en el manuscrito sigue tachado: «Mi actitud hacia mi medio ambiente es mi conciencia». (*N. de la Edit.*)

en el acto sexual y, más tarde, de una división del trabajo espontáneo o introducida de un modo «natural» en atención a las dotes físicas (por ejemplo, la fuerza corporal), a las necesidades, a las coincidencias fortuitas, etc., etc. La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo material y el mental*. Desde este instante, *puede* ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa *realmente* algo sin representar algo real; desde este instante, se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría «pura», de la teología «pura», la filosofía «pura», la moral «pura», etc. Pero, aun cuando esta teoría, esta teología, esta filosofía, esta moral, etc., se hallen en contradicción con las relaciones existentes, esto sólo podrá explicarse por que las relaciones sociales existentes se hallan, a su vez, en contradicción con la fuerza productiva dominante; cosa que, por lo demás, dentro de un determinado círculo nacional de relaciones, podrá suceder también por que la contradicción no se da en el seno de esta órbita nacional, sino entre esta conciencia nacional y la práctica de otras naciones**; es decir, entre la conciencia nacional y la conciencia general de una nación (como ocurre actualmente en Alemania); pero, dado que esta contradicción se presenta como contradicción existente sólo dentro del cuadro de la conciencia nacional, a tal nación le parece que también la lucha se circunscribe a dicha escoria nacional.

[16] Por lo demás, es de todo punto indiferente lo que la conciencia por sí sola haga o emprenda, pues de toda esta escoria sólo obtendremos un resultado, a saber: que estos tres momentos, la fuerza productiva, el estado social y la conciencia, pueden y deben necesariamente entrar en contradicción entre sí, ya que, con la *división del trabajo*, se da la posibilidad, más aún, la realidad de que las actividades espirituales y materiales***, el disfrute y el trabajo, la producción y el consumo, se asignen a diferentes individuos, y la posibilidad de que no caigan en contradicción reside solamente en que vuelva a abandonarse la división del trabajo. Por lo demás, de suyo se comprende que los «espectros», los «nexos», los «seres superiores», los «conceptos», los «reparos», no son más que la expresión espiritual puramente idealista, la

---

* Glosa marginal de Marx: «Coincide con ello la primera forma de ideólogos, *los curas*». (*N. de la Edit.*)

** Glosa marginal de Marx: «*Religión*. Los alemanes con la *ideología* como tal». (*N. de la Edit.*)

*** Glosa marginal tachada de Marx: «actividad y pensamiento, es decir, la actividad carente de pensamiento y el pensamiento carente de actividad». (*N. de la Edit.*)

idea del individuo imaginariamente aislado, la representación de trabas y limitaciones muy empíricas dentro de las cuales se mueve el modo de producción de la vida y la forma de relación congruente con él.

[4. La división social del trabajo y sus consecuencias: la propiedad privada, el Estado, la «enajenación» de la actividad social]

Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias opuestas, se da, al mismo tiempo, la *distribución* y, concretamente, la distribución *desigual*, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, [17] cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente, latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que, por lo demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la actividad, lo mismo que el otro, referido al producto de ésta.

La división del trabajo lleva aparejada, además, la contradicción entre el interés del individuo concreto o de una determinada familia y el interés común de todos los individuos relacionados entre sí, interés común que no existe, ciertamente, tan sólo en la idea, como algo «general», sino que se presenta en la realidad, ante todo, como una relación de mutua dependencia de los individuos entre quienes aparece dividido el trabajo.

Precisamente por virtud de esta contradicción entre el interés particular y el interés común, cobra este último, en cuanto *Estado* una forma propia e independiente, separada de los reales intereses particulares y colectivos y, al mismo tiempo, una forma de comunidad ilusoria, pero siempre sobre la base real de los vínculos existentes, dentro de cada conglomerado familiar y tribal, tales como la carne y la sangre, la lengua, la división del trabajo en mayor escala y otros intereses y, sobre todo, como más tarde habremos de desarrollar, a base de los intereses de las clases, ya condicionadas por la división del trabajo, que se forman y diferencian en cada uno de estos conglomerados humanos y entre las cuales hay siempre una que domina sobre todas las demás. De donde se desprende que

todas las luchas que se libran dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragio, etc., no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases (de lo que los teóricos alemanes no tienen ni la más remota idea, a pesar de habérseles facilitado las orientaciones necesarias acerca de ello en los *Deutsche-Französische Jahrbücher*[13] y en *La Sagrada Familia*). Y se desprende, asimismo, que toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda la forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar, a su vez, su interés como interés general, cosa que en el primer momento se ve obligada a hacer.

Precisamente porque los individuos *sólo* buscan su interés particular, que para ellos no coincide con su interés común, y porque lo general es siempre la forma ilusoria de la comunidad, se hace valer esto ante su representación como algo «ajeno» a ellos [18] e «independiente» de ellos, como un interés «general» a su vez especial y peculiar, o ellos mismos tienen necesariamente que moverse en esta escisión, como en la democracia. Por otra parte, la lucha *práctica* de estos intereses particulares que constantemente y de un *modo real* se oponen a los intereses comunes o que ilusoriamente se creen tales, impone como algo necesario la interposición *práctica* y el refrenamiento por el interés «general» ilusorio bajo la forma del Estado*.

[17] Finalmente, la división del trabajo nos brinda ya el primer ejemplo de que, mientras los hombres viven en una sociedad formada espontáneamente, mientras se da, por tanto, una separación entre el interés particular y el interés común, mientras las actividades, por consiguiente, no aparecen divididas voluntariamente, sino por modo espontáneo, los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil, que le sojuzga, en vez de ser él quien lo domine. En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le viene impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida; al paso que en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se

---

* Estos dos párrafos están escritos con la mano de Engels al margen. (*N. de la Edit.*)

encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos.

[18] Esta plasmación de las actividades sociales, esta consolidación de nuestro propio producto en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control, que levanta una barrera ante nuestra expectativa y destruye nuestros cálculos, es uno de los momentos fundamentales que se destacan en todo el desarrollo histórico anterior. El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada, que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino espontánea, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni a dónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y los actos de los hombres y que incluso dirige esta voluntad y estos actos*. ¿Cómo, si no, podría la propiedad, por ejemplo, tener una historia, revestir diferentes formas y la propiedad territorial, supongamos, según las diferentes premisas existentes, desarrollarse en Francia para pasar de la parcelación a la centralización en pocas manos y en Inglaterra, a la inversa, de la concentración en pocas manos a la parcelación, como hoy realmente estamos viendo? ¿O cómo explicarse que el comercio, que no es sino el intercambio de los productos de diversos individuos y países, llegue a dominar el mundo entero mediante la relación entre la oferta y la demanda —relación que, como dice un economista inglés, gravita sobre la tierra como el destino de los antiguos, repartiendo con mano invisible la felicidad y la desgracia entre los hombres, creando y destruyendo imperios, alumbrando pueblos y [19] haciéndolos desaparecer—, mientras que, con la destrucción de la base, de la propiedad privada, con la regulación comunista de la producción y la abolición de la enajenación que los hombres sienten ante sus propios productos, el poder de la relación de la oferta y la demanda se reduce a la nada y los hombres vuelven a hacerse dueños del intercambio, de la producción y del modo de sus relaciones mutuas?

---

* A este lugar, Marx añadió, al margen, un texto que en la presente edición se reproduce a continuación del párrafo, constituyendo los dos párrafos siguientes. (*N. de la Edit.*)

3 0853

[5. Desarrollo de las fuerzas productivas como premisa material del comunismo]

[18] Con esta *«enajenación»*, para expresarnos en términos comprensibles para los filósofos, sólo puede acabarse partiendo de dos premisas *prácticas*. Para que se convierta en un poder «insoportable», es decir, en un poder contra el que hay que hacer la revolución, es necesario que engendre a una masa de la humanidad como absolutamente «desposeída» y, a la par con ello, en contradicción con un mundo de riquezas y de educación, lo que presupone, en ambos casos, un gran incremento de la fuerza productiva, un alto grado de su desarrollo; y, de otra parte, este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya, al mismo tiempo, una existencia empírica dada en un plano *histórico-universal*, y no en la existencia puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior; y, además, porque sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio *universal* de los hombres, en virtud de lo cual, por una parte, el fenómeno de la masa «desposeída» se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general), haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros y, por último, instituye a individuos *histórico-universales*, empíricamente universales, en vez de individuos locales. Sin esto, 1) el comunismo sólo llegaría a existir como fenómeno local; 2) las mismas *potencias* de relación no podrían desarrollarse como potencias *universales* y, por tanto, insoportables, sino que seguirían siendo simples «circunstancias» supersticiosas de puertas adentro, y 3) toda ampliación de la relación acabaría con el comunismo local. El comunismo, empíricamente, sólo puede darse como la acción «coincidente» o simultánea[14] de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado*.

[19] Por lo demás, la masa de los *simples* obreros —de la mano de obra excluida en masa del capital o de cualquier satisfacción de sus necesidades, por limitada que sea— y, por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el *mercado mundial*. Por tanto, el proletariado sólo puede existir *en un plano his-*

---

* Encima de la continuación de este texto, que comienza en la página siguiente del manuscrito, figura una glosa de Marx: *«Comunismo»*. (*N. de la Edit.*)

tórico-mundial, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal.

[18] Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente*.

* * *

[19] La forma de trato condicionada por las fuerzas productivas existentes en todas las fases históricas anteriores y que, a su vez, las condiciona es la *sociedad civil*, que, como se desprende de lo anteriormente expuesto, tiene como premisa y como fundamento la familia simple y la familia compuesta, lo que suele llamarse la tribu, y cuya definición queda precisada en páginas anteriores. Ya ello revela que esta sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia y cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, sólo mira, con su limitación, a las resonantes acciones y a los actos del Estado.

Hasta ahora no hemos examinado más que un solo aspecto de la actividad humana: la *transformación de la naturaleza* por los hombres. El otro aspecto es la *transformación de los hombres por los hombres...***

Origen del Estado y relación entre el Estado y la sociedad civil***.

[6. Conclusiones de la concepción materialista de la historia: continuidad del proceso histórico, transformación de la historia en historia universal, necesidad de la revolución comunista]

[20] La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas de producción transmitidas por cuantas la han precedido;

* En el manuscrito este párrafo viene introducido por Marx antes del primer párrafo de dicho apartado. (*N. de la Edit.*)

** Glosa marginal de Marx: «El intercambio y la fuerza productiva». (*N. de la Edit.*)

*** El final de la página del manuscrito está en blanco. Luego, en la página siguiente comienza la exposición de las conclusiones que se desprenden de la concepción materialista de la historia. (*N. de la Edit.*)

es decir, que, de una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, de otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa, lo que podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la revolución francesa, mediante cuya interpretación la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una «persona junto a otras personas» (junto a la «Autoconciencia», la «Crítica», el «Unico», etc.), mientras que lo que designamos con las palabras «determinación», «fin», «germen», «idea», de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre ésta.

Cuanto más se extienden, en el curso de esta evolución, los círculos concretos que influyen los unos en los otros, cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones, tanto más la historia se convierte en historia universal, y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incontables obreros en la India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos Estados, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal; y vemos también cómo el azúcar y el café demuestran en el siglo XIX su significación histórico-universal por cuanto que la escasez de estos productos, provocada por el sistema continental napoleónico[15], incitó a los alemanes [21] a sublevarse contra Napoleón, estableciéndose con ello la base real para las gloriosas guerras de independencia de 1813. De donde se desprende que esta transformación de la historia en historia universal no constituye, ni mucho menos, un simple hecho abstracto de la «autoconciencia», del espíritu universal o de cualquier otro espectro metafísico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable, del que puede ofrecernos una prueba cualquier individuo, tal y como es, como anda y se detiene, come, bebe y se viste.

En la historia anterior es, evidentemente, un hecho empírico el que los individuos concretos, al extenderse sus actividades hasta un plano histórico-universal, se ven cada vez más sojuzgados bajo un poder extraño a ellos (cuya opresión llegan luego a considerar como una perfidia del llamado espíritu universal, etc.), poder que adquiere un carácter cada vez más de masa y se revela en última instancia como el *mercado mundial*. Pero, asimismo, se demuestra empíricamente que, con el derrocamiento del orden

social existente por obra de la revolución comunista (de lo que hablaremos más adelante) y la abolición de la propiedad privada, idéntica a dicha revolución, se disuelve ese poder tan misterioso para los teóricos alemanes y, entonces, la liberación de cada individuo se impone en la misma medida en que la historia se convierte totalmente en una historia universal*. Es evidente, por lo que dejamos expuesto más arriba, que la verdadera riqueza espiritual del individuo depende totalmente de la riqueza de sus relaciones reales. Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales, se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar de esta multiforme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de los hombres). La dependencia *omnímoda*, forma plasmada espontáneamente de la cooperación *histórico-universal* de los individuos, se convierte, [22] gracias a esta revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas. Ahora bien, esta concepción puede interpretarse, a su vez, de un modo especulativo-idealista, es decir, fantástico, como la «autocreación del género» (la «sociedad como sujeto»), representándose la serie sucesiva de los individuos relacionados entre sí como un solo individuo que realiza el misterio de engendrarse a sí mismo. Aquí, habremos de ver cómo los individuos se hacen *los unos a los otros*, tanto física como espiritualmente, pero no se hacen a sí mismos, ni en la disparatada concepción de San Bruno ni en el sentido del «Unico», del hombre «hecho».

Resumiendo, obtenemos de la concepción de la historia que dejamos expuesta los siguientes resultados: 1) En el desarrollo de las fuerzas productivas se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, que no son ya tales fuerzas productivas sino más bien fuerzas destructivas (maquinaria y dinero); y, a la vez, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, que se ve expulsada de la sociedad [23] y obligada a colocarse en la más resuelta contradicción con todas las demás clases; una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista, conciencia que, naturalmente, puede

* Glosa marginal de Marx: «*La producción de la conciencia*». (*N. de la Edit.*)

llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada ésta; 2) que las condiciones en que pueden emplearse determinadas fuerzas productivas son las condiciones de la dominación de una determinada clase de la sociedad, cuyo poder social, emanado de su riqueza, encuentra su expresión idealista-*práctica* en la forma de Estado imperante en cada caso, razón por la cual toda lucha revolucionaria va necesariamente dirigida contra una clase, la que ha dominado hasta ahora*; 3) que todas las anteriores revoluciones dejaban intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de ésta, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, al paso que la revolución comunista va dirigida contra el *carácter* anterior de actividad, elimina el *trabajo*** y suprime la dominación de todas las clases, al acabar con las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la actual sociedad, y 4) que, tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que *derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases***.

---

* Glosa marginal de Marx: «Estos hombres están interesados en mantener el estado actual de la producción». (*N. de la Edit.*)

** Luego sigue un texto tachado: «una forma de actividad, en la que la dominación...» (*N. de la Edit.*)

*** Luego viene en el manuscrito un texto tachado: «Mientras todos los comunistas de Francia, lo mismo que de Inglaterra y Alemania, están de acuerdo desde hace mucho tiempo en cuanto a la necesidad de la revolución, San Bruno sigue soñando tranquilamente y considerando que el «humanismo real», es decir, el comunismo, se pone «en el lugar del espiritualismo» (que no ocupa lugar alguno) sólo para ganarse respeto. Y entonces, sigue en sus ensueños, «llegará, finalmente, la salvación, la tierra se trocará en cielo y el cielo, en tierra». (El teólogo no consigue olvidarse del cielo). «La alegría y la bienaventuranza sonarán como armonía celestial en la eternidad» (pág. 140)[10]. El santo padre de la Iglesia quedará bastante sorprendido al sobrevenir inopinadamente para él el día del juicio final, en el que se realizará todo eso, el día cuya aurora será el resplandor de las ciudades en llamas, cuando en medio de estas «armonías celestiales» sonará la melodía de *La Marsellesa* y la *Carmañola* acompañada inevitablemente del rugido de los cañones, marcando el tacto la guillotina; cuando la «masa» vil grite *ça ira, ça ira* y suprima la «autoconciencia» con la ayuda de los faroles[16]. San Bruno no tiene el menor motivo para imaginarse el edificante cuadro de la «alegría y la bienaventuranza en la eternidad». Nos abstenemos de la satisfacción de delinear a priori la con-

[7. Resumen de la concepción materialista de la historia]

[24] Esta concepción de la historia consiste, pues, en exponer el proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en concebir la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, la sociedad civil en sus diferentes fases como el fundamento de toda la historia, presentándola en su acción en cuanto Estado y explicando a base de él todos los diversos productos teóricos y formas de la conciencia, la religión, la filosofía, la moral, etc., así como estudiando a partir de esas premisas su proceso de nacimiento, lo que, naturalmente, permitirá exponer las cosas en su totalidad (y también, por ello mismo, la interdependencia entre estos diversos aspectos). Esta concepción, a diferencia de la idealista, no busca una categoría en cada período, sino que se mantiene siempre sobre el *terreno* histórico real, no explica la práctica partiendo de la idea, sino explica las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material, por lo cual llega, consecuentemente, a la conclusión de que todas las formas y todos los productos de la conciencia no pueden ser destruidos por obra de la crítica espiritual, mediante la reducción a la «autoconciencia» o la transformación en «fantasmas», «espectros», «visiones»[17], etc., sino que sólo pueden disolverse por el derrocamiento práctico de las relaciones sociales reales, de las que emanan estas quimeras idealistas; de que la fuerza propulsora de la historia, incluso la de la religión, la filosofía, y toda teoría, no es la crítica, sino la revolución. Esta concepción revela que la historia no termina disolviéndose en la «autoconciencia», como el «espíritu del espíritu»*, sino que en cada una de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas productivas, una actitud históricamente creada de los hombres hacia la naturaleza y de los unos hacia los otros, que cada generación transfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias, que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dictan a ésta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida [25] en que éste hace a las circunstancias.

---

ducta de San Bruno el día del juicio final. Es difícil también decidir si cabe entender a los proletarios en revolución como «sustancia». como «masa» que quiere derrocar la crítica o como «emanación» del espíritu que todavía no posee la suficiente consistencia para digerir las ideas de Bauer». (*N. de la Edit.*)

* Expresión de B. Bauer. (*N. de la Edit.*)

Esta suma de fuerzas productivas, capitales y formas de relación social con que cada individuo y cada generación se encuentran como con algo dado es el fundamento real de lo que los filósofos se representan como la «sustancia» y la «esencia del hombre», elevándolo a la apoteosis y combatiéndolo; un fundamento real que no se ve menoscabado en lo más mínimo en cuanto a su acción y a sus influencias sobre el desarrollo de los hombres por el hecho de que estos filósofos se rebelen contra él como «autoconciencia» y como el «Unico». Y estas condiciones de vida con que las diferentes generaciones se encuentran al nacer deciden también si las conmociones revolucionarias que periódicamente se repiten en la historia serán o no lo suficientemente fuertes para derrocar la base de todo lo existente. Y si no se dan estos elementos materiales de una conmoción total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma «producción de la vida» vigente hasta ahora, contra la «actividad de conjunto» sobre que descansa, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el que la *idea* de esta conmoción haya sido proclamada ya una o cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo.

[8. Inconsistencia de toda la concepción anterior, idealista de la historia, sobre todo de la filosofía alemana posthegeliana]

Toda la concepción histórica, hasta ahora, ha hecho caso omiso de esta base real de la historia, o la ha considerado simplemente como algo accesorio, que nada tiene que ver con el desarrollo histórico. Esto hace que la historia se escriba siempre con arreglo a una pauta situada fuera de ella; la producción real de la vida se revela como algo prehistórico, mientras que lo histórico se manifiesta como algo separado de la vida usual, como algo extra y supraterrenal. De este modo, se excluye de la historia la actitud de los hombres hacia la naturaleza, lo que engendra la oposición entre la naturaleza y la historia. Por eso, esta concepción sólo acierta a ver en la historia los grandes actos políticos y las acciones del Estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general, y se ve obligada a *compartir*, especialmente, en cada época histórica, *las ilusiones de esta época*. Por ejemplo, si una época se imagina que se mueve por motivos puramente «políticos» o «religiosos», a pesar de que la «religión» o la «política» son simplemente las formas de sus motivos reales, el historiador de la época de que se trata acepta

sin más tales opiniones. Lo que estos determinados hombres se «figuran», se «imaginan» acerca de su práctica real se convierte en la única potencia determinante y activa que domina y determina la práctica de estos hombres. Y así, cuando la forma tosca con que se presenta la división del trabajo entre los hindúes y los egipcios provoca en estos pueblos el régimen de castas propio de su Estado y de su religión, el historiador cree que el régimen de castas [26] fue la fuerza que engendró aquella tosca forma social.

Y, mientras que los franceses y los ingleses se aferran, por lo menos, a la ilusión política, que es, ciertamente, la más cercana a la realidad, los alemanes se mueven en la esfera del «espíritu puro» y hacen de la ilusión religiosa la fuerza motriz de la historia. La filosofía hegeliana de la historia es la última consecuencia, llevada a su «expresión más pura» de toda esta historiografía alemana, que no gira en torno a los intereses reales, ni siquiera a los intereses políticos, sino en torno a pensamientos puros, que más tarde San Bruno se representará necesariamente como una serie de «pensamientos» que se devoran los unos a los otros, hasta que, por último, en este entredevorarse, perece la «autoconciencia»*, y por este mismo camino marcha de un modo todavía más consecuente San Max Stirner, quien, volviéndose totalmente de espalda a la historia real, tiene necesariamente que presentar todo el proceso histórico como una simple historia de «caballeros», bandidos y espectros, de cuyas visiones sólo acierta a salvarse él, naturalmente, por lo «antisagrado». Esta concepción es realmente religiosa: presenta el hombre religioso como el protohombre de quien arranca toda la historia y, dejándose llevar de su imaginación, suplanta la producción real de los medios de vida y de la vida misma con la producción de quimeras religiosas.

Toda esta concepción de la historia, unida a su disolución y a las dudas y reflexiones nacidas de ella, es una incumbencia puramente *nacional* de los alemanes y sólo tiene un interés *local* para Alemania, como por ejemplo la importante cuestión, repetidas veces planteada en estos últimos tiempos, de cómo puede llegarse, en rigor, «del reino de Dios al reino del hombre», como si este «reino de Dios» hubiera existido nunca más que en la imaginación y los eruditos señores no hubieran vivido siempre, sin saberlo, en el «reino del hombre», hacia el que ahora buscan los caminos, y como si el entretenimiento científico, pues no es otra cosa, de explicar lo que hay de curioso en esta formación teórica perdida en las nubes no residiese cabalmente, por el contrario, en demostrar cómo na-

---

* Glosa marginal de Marx: «La llamada historiografía *objetiva* consistía, precisamente, en concebir las relaciones históricas como algo aparte de la actividad. Carácter reaccionario». (*N. de la Edit.*)

cen de las relaciones reales sobre la tierra. Para estos alemanes, se trata siempre, en general, de explicar los absurdos con que nos encontramos [27] por cualesquiera otras quimeras; es decir, de presuponer que todos estos absurdos tienen un *sentido* propio, el que sea, que es necesario desentrañar, cuando de lo que se trata es, simplemente, de explicar estas frases teóricas a base de las relaciones reales existentes. Como ya hemos dicho, la disolución real y práctica de estas frases, la eliminación de estas ideas de la conciencia de los hombres, es obra del cambio de las circunstancias, y no de las deducciones teóricas. Para la masa de los hombres, es decir, para el proletariado, estas ideas teóricas no existen y no necesitan, por tanto, ser eliminadas, y aunque esta masa haya podido profesar alguna vez ideas teóricas de algún tipo, por ejemplo ideas religiosas, hace ya mucho tiempo que las circunstancias se han encargado de eliminarlas.

El carácter puramente nacional de tales problemas y sus soluciones se revela, además, en el hecho de que estos teóricos crean seriamente que fantasmas cerebrales como los del «Hombre-Dios», el «Hombre», etc., han presidido en verdad determinadas épocas de la historia. San Bruno llega, incluso, a afirmar que sólo «la crítica y los críticos han hecho la historia»[18] y, cuando se aventuran por sí mismos a las construcciones históricas, saltan con la mayor premura sobre todo lo anterior y del «mongolismo»[19] pasan inmediatamente a la historia verdaderamente «plena de sentido», es decir, a la historia de los *Hallische* y los *Deutsche Jahrbücher*[20] y a la disolución de la escuela hegeliana en una gresca general. Se relegan al olvido todas las demás naciones y todos los acontecimientos reales, y el *theatrum mundi** se limita a la Feria del Libro de Leipzig y a las disputas entre la «Crítica», el «Hombre» y el «Unico»**. Y cuando la teoría se decide siquiera por una vez a tratar temas realmente históricos, por ejemplo, el siglo XVIII se limita a ofrecernos la historia de las ideas, desconectada de los hechos y los desarrollos prácticos que les sirven de base, y también en esto la mueve el exclusivo propósito de presentar esta época como el preámbulo imperfecto, como el antecesor todavía incipiente de la verdadera época histórica, es decir, del período de la lucha entre filósofos alemanes (1840-44). A esta finalidad de escribir una historia anterior para hacer que brille con mayores destellos la fama de una persona no histórica y de sus fantasías responde el que se pasen por alto todos los acontecimientos realmente históricos, incluso las ingerencias realmente históricas de la política en la historia, ofreciendo a cambio de ello un relato no basado

* La palestra mundial. (*N. de la Edit.*)
** Es decir, B. Bauer, L. Feuerbach y M. Stirner. (*N. de la Edit.*)

precisamente en estudios, sino en construcciones y en chismes literarios, como hubo de hacer San Bruno en su *Historia del Siglo XVIII*[21], de la que ya no se acuerda nadie. Estos arrogantes y grandilocuentes tenderos de ideas, que se consideran tan infinitamente por encima de todos los prejuicios nacionales, son, pues, en realidad, mucho más nacionales que esos filisteos de las cervecerías que sueñan con la unidad de Alemania. No reconocen como históricos los hechos de los demás pueblos, viven en Alemania, con Alemania [28] y para Alemania, convierten el canto del Rin[22] en un canto litúrgico y conquistan la Alsacia-Lorena despojando a la filosofía francesa en vez de despojar al Estado francés, germanizando, en vez de las provincias de Francia, las ideas francesas. El señor Venedey es todo un cosmopolita al lado de San Bruno y San Max, quienes proclaman en la hegemonía universal de la teoría la hegemonía universal de Alemania.

[9. Crítica suplementaria de Feuerbach y de su concepción idealista de la historia]

De estas consideraciones se desprende, asimismo, cuán equivocado está Feuerbach cuando (en la *Wigand's Vierteljahrsschrift*, 1845, vol. 2) se declara comunista[23] al calificarse como «hombre común», convirtiendo esta cualidad en un predicado «del Hombre» y creyendo, por tanto, reducir de nuevo a una mera categoría la palabra «comunista», que en el mundo existente designa a los secuaces de un determinado partido revolucionario. Toda la deducción de Feuerbach en lo tocante a las relaciones entre los hombres tiende simplemente a demostrar que los hombres se necesitan los unos a los otros y *siempre se han necesitado.* Quiere establecer la conciencia, en torno a este hecho; aspira, pues, como los demás teóricos, a crear una conciencia exacta acerca de un hecho *existente*, mientras que lo que al verdadero comunista le importa es derrocar lo que existe. Reconocemos plenamente, por lo demás, que Feuerbach, al esforzarse por crear precisamente la conciencia de *este* hecho, llega todo lo lejos a que puede llegar un teórico sin dejar de ser un teórico y un filósofo. Es característico, sin embargo, que San Bruno y San Max coloquen inmediatamente la idea que Feuerbach se forma del comunista en lugar del comunista real, lo que hacen, en parte, para que también ellos puedan, como adversarios iguales en rango, combatir al comunismo como «espíritu del espíritu», como una categoría filosófica; y, por parte de San Bruno, respondiendo, además, a intereses de carácter pragmático.

Como ejemplo del reconocimiento, y a la vez desconocimiento, de lo existente, que Feuerbach sigue compartiendo con nuestros adversarios, recordemos el pasaje de su *Filosofía del Futuro* en que sostiene y desarrolla que el ser de una cosa o del hombre es, al mismo tiempo, su esencia[24], que las determinadas relaciones que forman la existencia, el modo de vida y la actividad de un individuo animal o humano constituye aquello en que su «esencia» se siente satisfecha. Toda excepción se considera aquí, expresamente, como un accidente, como una anomalía que no puede hacerse cambiar. Por tanto, cuando millones de proletarios no se sienten satisfechos, ni mucho menos, con sus condiciones de vida, cuando su «ser» [29] no corresponde ni de lejos a su «esencia», trátase, con arreglo al mencionado pasaje, de una desgracia inevitable que, según se pretende, hay que soportar tranquilamente. Pero, estos millones de proletarios o comunistas razonan de manera muy distinta y lo probarán cuando llegue la hora, cuando de modo práctico, mediante la revolución, pongan su «ser» en correspondencia con su «esencia». En semejantes casos, Feuerbach jamás habla, por eso, del mundo del hombre, sino que busca refugio en la esfera de la naturaleza exterior y, además, *una* naturaleza que todavía no se halla sometida a la dominación de los hombres. Pero, con cada nuevo invento, con cada nuevo paso de la industria, se arranca un nuevo trozo de esta esfera, y el suelo en que crecen los ejemplos para semejante tesis de Feuerbach se reduce cada vez más. Limitémonos a una tesis: la «esencia» del pez es su «ser», el agua. La «esencia» del pez de río es el agua de río. Pero esta agua deja de ser su «esencia», se convierte ya en medio inadecuado para su existencia tan pronto como el río se ve sometido por la industria, tan pronto como se ve contaminado por los colorantes y otros desechos, como comienzan a surcarlo buques, como sus aguas se desvían por un canal, en el que se podrá privar al pez de su medio ambiente, interceptando el paso del agua. El calificar de anomalía inevitable todas las contradicciones de análogo género no se distingue, en esencia, del consuelo con que se dirige San Max Stirner a los que no estén satisfechos, diciéndoles que la contradicción es una contradicción propia de ellos, que esa mala situación es una mala situación propia de ellos y que ellos pueden resignarse a eso o quedarse con su descontento para sus adentros, o bien sublevarse de algún modo fantástico contra esa situación. Es igualmente poca la diferencia entre esta concepción de Feuerbach y el reproche de San Bruno: estas desafortunadas circunstancias, dice, se deben a que las víctimas de las mismas se han atascado en la basura de las «sustancias», no han llegado a la «autoconciencia absoluta» y no han comprendido que estas malas relaciones son espíritu de su espíritu.

[III]

[1. La clase dominante y la conciencia dominante. Cómo se ha formado la concepción hegeliana de la dominación del espíritu en la historia]

[30] Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante, o sea, las ideas de su dominación. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión, y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que se disputan el poder la corona, la aristocracia y la burguesía, en que, por tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada ahora como «ley eterna».

La división del trabajo, con que nos encontrábamos ya más arriba (págs. [15—18])* como una de las potencias fundamentales de la historia anterior, se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo espiritual y [31] material, de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (los ideólogos conceptivos activos de dicha clase, que hacen del crear la ilusión de esta clase acerca de sí misma su rama de alimentación fundamental), mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede incluso ocurrir que, en el seno de esta

* Véase el presente tomo, págs. 29—33. (*N. de la Edit.*)

clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en términos de cierta hostilidad y de cierto encono entre ambas partes, pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión práctica susceptible de poner en peligro a la clase misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio, distinto de esta clase. La existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria, acerca de cuyas premisas ya hemos dicho más arriba (págs. [18-19, 22-23])* lo necesario.

Ahora bien, si, en la concepción del proceso histórico, se separan las ideas de la clase dominante de esta clase misma; si se las convierte en algo aparte e independiente; si nos limitamos a afirmar que en una época han dominado tales o cuales ideas, sin preocuparnos en lo más mínimo de las condiciones de producción ni de los productores de estas ideas; si, por tanto, damos de lado a los individuos y a las situaciones universales que sirven de base a las ideas, podemos afirmar, por ejemplo, que en la época en que dominó la aristocracia imperaron las ideas del honor, la lealtad, etc., mientras que la dominación de la burguesía representó el imperio de las ideas de la libertad, la igualdad, etc. Así se imagina las cosas, por regla general, la propia clase dominante. Esta concepción de la historia, que prevalece entre todos los historiadores desde el siglo XVIII, tropezará necesariamente con el [32] caso de que imperan ideas cada vez más abstractas, es decir, que se revisten cada vez más de la forma de lo general. En efecto, cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada, para poder sacar adelante los fines que persigue, a presentar su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, expresando esto mismo en términos ideales, a imprimir a sus ideas la forma de la universalidad, a presentar estas ideas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta. La clase revolucionaria aparece en un principio, ya por el solo hecho de contraponerse a una *clase*, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante.** Y puede hacerlo así, porque en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más o menos con el interés común de todas las demás clases

---

* Véase el presente tomo, págs. 34—35, 37—38. (*N. de la Edit.*)

** Glosa marginal de Marx «(La generalidad corresponde: 1) a la clase contra el estamento; 2) a la competencia, al intercambio mundial, etc.: 3) al gran contingente numérico de la clase dominante; 4) a la ilusión de los intereses *comunes*, en un principio, la ilusión es verdadera; 5) a la ilusión de los propios ideólogos y a la división del trabajo)». (*N. de la Edit.*)

no dominantes y, bajo la opresión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés específico de una clase especial. Su triunfo aprovecha también, por tanto, a muchos individuos de las demás clases que no llegan a dominar, pero sólo en la medida en que estos individuos se hallen ahora en condiciones de elevarse hasta la clase dominante. Cuando la burguesía francesa derrocó el poder de la aristocracia, hizo posible con ello que muchos proletarios se elevasen por encima del proletariado, pero sólo los que pudieron llegar a convertirse en burgueses. Por eso, cada nueva clase instaura su dominación siempre sobre una base más extensa que la dominante con anterioridad a ella, lo que, a su vez, hace que, más tarde, se ahonde y agudice todavía más la oposición entre la clase no dominante y la dominante ahora. Y ambos factores hacen que la lucha que ha de librarse contra esta nueva clase dominante tienda, a su vez, a una negación más resuelta, más radical de los estados sociales anteriores [33] de la que pudieron expresar todas las clases que anteriormente habían aspirado al poder.

Toda esta apariencia de que la dominación de una determinada clase no es más que la dominación de ciertas ideas, se esfuma, naturalmente, de por sí, tan pronto como la dominación de clases en general deja de ser la forma de organización de la sociedad; tan pronto como, por consiguiente, ya no es necesario presentar un interés particular como general o hacer ver que es «lo general», lo dominante.

Una vez que las ideas dominantes se desglosan de los individuos dominantes y, sobre todo, de las relaciones que brotan de una fase dada del modo de producción, lo que da como resultado el que el factor dominante en la historia son siempre las ideas, resulta ya muy fácil abstraer de estas diferentes ideas el pensamiento, «la idea», etc., como lo que impera en la historia, presentando así todos estos conceptos e ideas concretos como «autodeterminaciones» del Concepto que se desarrolla por sí mismo en la historia. Así consideradas las cosas, es perfectamente natural también que todas las relaciones existentes entre los hombres se deriven del concepto del hombre, del hombre imaginario, de la esencia del hombre, del «Hombre». Así lo ha hecho, en efecto, la filosofía especulativa. El propio Hegel confiesa, al final de su *Filosofía de la Historia*, que «sólo considera el desarrollo ulterior del *concepto*» y que ve y expone en la historia la «verdadera *teodicea*» (pág. 446). Pero, cabe remontarse, a su vez, a los productores del «concepto», a los teóricos, ideólogos y filósofos, y se llegará entonces a la conclusión de que los filósofos, los pensadores como tales, han dominado siempre en la historia; conclusión que, en efecto, según veremos, ha sido proclamada ya por Hegel[25].

Por tanto, todo el truco que consiste en demostrar el alto imperio del espíritu en la historia (de la jerarquía, en Stirner) se reduce a los tres esfuerzos siguientes:

[34] № 1. Desglosar las ideas de los individuos dominantes, que dominan por razones empíricas, bajo condiciones empíricas y como individuos materiales, de estos individuos dominantes, reconociendo con ello el imperio de las ideas o las ilusiones en la historia.

№ 2. Introducir en este imperio de las ideas un orden, demostrar la existencia de una conexión mística entre las ideas sucesivamente dominantes, lo que se logra concibiéndolas como «autodeterminaciones del concepto» (lo que es posible porque estas ideas, por medio del fundamento empírico sobre que descansan, forman realmente una conexión y porque, concebidas como *meras* ideas, se convierten en autodistinciones, en distinciones establecidas por el propio pensamiento).

№ 3. Para eliminar la apariencia mística de este «concepto que se determina a sí mismo», se lo convierte en una persona, «Autoconciencia» o, si se quiere aparecer como muy materialista, en una serie de personas representantes del «concepto» en la historia, en los «pensadores», los «filósofos», los ideólogos, concebidos a su vez como los productores de la historia, como el «Consejo de los Guardianes», como los dominantes*. Con lo cual habremos eliminado de la historia todos los elementos materialistas y podremos soltar tranquilamente las riendas al potro especulativo.

Este método histórico, que en Alemania ha llegado a imperar, y la causa de su dominio en este país, preferentemente, deben ser explicados en relación con las ilusiones de los ideólogos, en general, por ejemplo, con las ilusiones de los juristas y los políticos (incluyendo entre éstos a los estadistas prácticos), en relación con los dogmáticos ensueños y tergiversaciones de estos individuos. Estas ilusiones, ensueños e ideas tergiversadas se explican de un modo muy sencillo por la posición práctica de los mismos en la vida, por los negocios y por la división del trabajo existente.

[35] Mientras que en la vida vulgar y corriente todo *shopkeeper*** sabe distinguir perfectamente entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es, nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como éste. Cree a cada época por su palabra, por lo que ella dice acerca de sí misma y lo que se figura ser.

---

* Glosa marginal de Marx: «El hombre como tal=al «espíritu humano pensador». (*N. de la Edit.*)

** Tendero. (*N. de la Edit.*)

[IV]

[1. Instrumentos de producción y formas de propiedad]

*...[40] De lo primero se desprende la premisa de una división del trabajo desarrollada y de un comercio extenso; de lo segundo, la localidad. En el primer caso, es necesario reunir a los individuos; en el segundo, se los encuentra ya, como instrumentos de producción, junto al instrumento de producción mismo.

Se manifiesta aquí, por tanto, la diferencia entre los instrumentos de producción naturales y los creados por la civilización. El campo (lo mismo que el agua, etc.) puede considerarse como instrumento natural de producción. En el primer caso, cuando se trata de un instrumento natural de producción, los individuos se ven subordinados a la naturaleza; en el segundo caso, a un producto del trabajo. Por eso, en el primer caso, la propiedad (propiedad territorial) aparece también como un poder directo y surgido de la naturaleza, y en el segundo caso como poder del trabajo, especialmente del trabajo acumulado, del capital. El primer caso presupone que los individuos aparezcan agrupados por cualquier vínculo, ya sea el de la familia, el de la tribu, el de la tierra, etc.; en el segundo caso, en cambio, se los supone independientes los unos de los otros y relacionados solamente por medio del intercambio. En el primer caso, el intercambio es, fundamentalmente, un intercambio entre los hombres y la naturaleza, en el que se trueca el trabajo de los primeros por los productos de la última; en el segundo caso trátase, más que nada, de intercambio entre los hombres. En el primer caso basta el sentido común y corriente, la actividad física no se ha separado aún del todo de la intelectual; en el segundo caso, tiene que haberse ya llevado prácticamente a cabo la división entre el trabajo físico y el intelectual. En el primer caso, el poder del propietario sobre quienes no lo son puede descansar en relaciones personales, en una especie de comunidad [*Gemeinwesen*]; en el segundo caso, tiene necesariamente que haber cobrado forma material en un tercer objeto, en el dinero. En el primer caso, existe la pequeña industria, pero subordinada al empleo del instrumento natural de producción y, por tanto, sin distribución del trabajo entre diferentes individuos; en el segundo caso, la industria se basa en la división del trabajo y sólo se realiza por medio de ésta.

[41] Hemos partido, hasta ahora, de los instrumentos de producción y ya aquí se nos ha revelado la necesidad de la propiedad privada para ciertas fases industriales. En la *industrie extractive*

---

* Aquí faltan cuatro páginas del manuscrito. (*N. de la Edit.*).

la propiedad privada coincide todavía con el trabajo; en la pequeña industria y en toda la agricultura hasta hoy día, la propiedad es consecuencia necesaria de los instrumentos de producción existentes; sólo en la gran industria, la contradicción entre el instrumento de producción y la propiedad privada es un producto de la industria, y hace falta que, para poder engendrarlo, la gran industria se halle ya bastante desarrollada. Por tanto, sólo con ella surge la posibilidad de la abolición de la propiedad privada.

[2. La división del trabajo material y mental. La separación entre la ciudad y el campo. El sistema gremial]

La más importante división del trabajo físico e intelectual es la separación entre la ciudad y el campo. La oposición entre el campo y la ciudad comienza con el tránsito de la barbarie a la civilización, del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación, y se mantiene a lo largo de toda la historia de la civilización hasta llegar a nuestros días (*anticorn-law-league*[26]).

Con la ciudad aparece la necesidad de la administración, de la policía, de los impuestos, etc., en una palabra, de la organización política comunal [*des Gemeindwesens*] y, por tanto, de la política en general. Se manifiesta aquí por vez primera la separación de la población en dos grandes clases, basada directamente en la división del trabajo y en los instrumentos de producción. La ciudad es ya obra de la concentración de la población, de los instrumentos de producción, del capital, del disfrute y de las necesidades, al paso que el campo sirve de exponente cabalmente al hecho contrario, al aislamiento y la soledad. La oposición entre la ciudad y el campo sólo puede darse dentro de la propiedad privada. Es la expresión más palmaria del sometimiento del individuo a la división del trabajo, a una determinada actividad que le viene impuesta, sometimiento que convierte a unos en limitados animales urbanos y a otros en limitados animales rústicos, reproduciendo diariamente esta oposición de intereses. El trabajo vuelve a ser aquí lo fundamental, el poder *sobre* los individuos, y mientras exista este poder, tiene que existir necesariamente la propiedad privada. La abolición de la antítesis entre la ciudad y el campo es una de las primeras condiciones [42] para la comunidad, condición que depende, a su vez, de una masa de premisas materiales, que no es posible alcanzar por obra de la simple voluntad, como cualquiera puede percibir a primera vista. (Estas condiciones habrán de ser examinadas más adelante). La separación entre la ciudad y el campo puede concebirse también como la separación entre el capital y la propiedad sobre la

tierra, como el comienzo de una existencia y de un desarrollo del capital independientes de la propiedad territorial, es decir, de una propiedad basada solamente en el trabajo y en el intercambio.

En las ciudades, que la Edad Media no heredó ya acabadas de la historia anterior, sino que surgieron como formaciones nuevas a base de los siervos de la gleba convertidos en hombres libres, el trabajo especial de cada uno de éstos era la única propiedad con que contaba, fuera del pequeño capital aportado por él y que no era otra cosa casi exclusivamente que las herramientas más necesarias. La competencia de los siervos fugitivos que constantemente afluían a la ciudad, la guerra continua del campo contra los centros urbanos y, como consecuencia de ello, la necesidad de un poder militar organizado por parte de las ciudades, el nexo de la propiedad en común sobre determinado trabajo, la necesidad de disponer de lonjas comunes para vender las mercaderías, en una época en que los artesanos eran al mismo tiempo *commerçants*, y la consiguiente exclusión de estas lonjas de los individuos que no pertenecían a la profesión, el antagonismo de intereses entre unos y otros oficios, la necesidad de proteger un trabajo aprendido con mucho esfuerzo y la organización feudal de todo el país: tales fueron las causas que movieron a los trabajadores de cada oficio a agruparse en gremios. No tenemos por qué entrar aquí en las múltiples modificaciones del régimen gremial, producto de la trayectoria histórica ulterior. La huida de los siervos de la gleba a las ciudades tuvo lugar durante toda la Edad Media. Estos siervos, perseguidos en el campo por sus señores, presentábanse individualmente en las ciudades, donde se encontraban con agrupaciones organizadas contra las que eran impotentes y en las que tenían que resignarse a ocupar el lugar que les asignaran la demanda de su trabajo y el interés de sus competidores urbanos, ya agremiados. Estos trabajadores, que afluían a la ciudad cada cual por su cuenta, no podían llegar a ser nunca una fuerza, ya que, si su trabajo era un trabajo gremial que tuviera que aprenderse, los maestros de los gremios se apoderaban de ellos y los organizaban con arreglo a sus intereses, y en los casos en que el trabajo no tuviera que aprenderse y no se hallara, por tanto, encuadrado en ningún gremio, sino que fuese simple trabajo de jornaleros, quienes lo ejercían no llegaban a formar ninguna organización y seguían siendo para siempre una muchedumbre desorganizada. Fue la necesidad del trabajo de los jornaleros en las ciudades la que creó esta plebe.

Estas ciudades eran verdaderas «asociaciones»[27] creadas por la necesidad [43] inmediata, por la preocupación de defender la propiedad y de multiplicar los medios de producción y los medios de defensa de los diferentes vecinos. La plebe de estas ciudades

hallábase privada de todo poder, ya que se hallaba formada por un tropel de individuos extraños los unos a los otros y venidos allí cada uno por su cuenta, frente a los cuales se encontraba un poder organizado, militarmente pertrechado, que los miraba con malos ojos y los vigilaba celosamente. Los oficiales y aprendices de cada oficio se hallaban organizados como mejor cuadraba al interés de los maestros; la relación patriarcal que les unía a los maestros de los gremios dotaba a éstos de un doble poder, de una parte mediante su influencia directa sobre la vida toda de los oficiales y, de otra parte, porque para los oficiales que trabajaban con el mismo maestro éste constituía un nexo real de unión que los mantenía en cohesión frente a los oficiales de los demás maestros y los separaba de éstos; por último, los oficiales se hallaban vinculados a la organización existente por su interés en llegar a ser un día maestros. Esto explica por qué, mientras la plebe se lanzaba, por lo menos, de vez en cuando, a sublevaciones y revueltas contra toda esta organización urbana, las cuales, sin embargo, no surtían efecto alguno, por la impotencia de quienes las sostenían, los oficiales, por su parte, sólo se dejaran arrastrar a pequeños actos de resistencia y de protesta dentro de cada gremio, actos que son, en realidad, parte integrante de la existencia del propio régimen gremial. Las grandes insurrecciones de la Edad Media partieron todas del campo, pero, igualmente resultaron fallidas, debido precisamente a su dispersión y a la tosquedad inherente a la población campesina.

El capital, en estas ciudades, era un capital natural, formado por la vivienda, las herramientas del oficio y la clientela tradicional y hereditaria; capital irrealizable por razón del incipiente intercambio y de la escasa circulación, y que se heredaba de padres a hijos. No era, como en los tiempos modernos, un capital tasable en dinero, en el que tanto da que se invierta en tales o en cuales cosas, sino un capital directamente entrelazado con el trabajo determinado y concreto de su poseedor e inseparable de él; era, por tanto, en este sentido, un capital *de estamento*.

La división del trabajo entre los distintos gremios, en las ciudades, [44] era todavía [completamente primitiva]*, y en los gremios mismos no existía para nada entre los diferentes trabajadores. Cada uno de éstos tenía que hallarse versado en toda una serie de trabajos y hacer cuanto sus herramientas le permitieran; el limitado intercambio y las escasas relaciones de unas ciudades con otras, la escasez de población y la limitación de las necesidades no permitían que la división del trabajo se desarrollara, razón por la cual quien quisiera llegar a ser maestro necesitaba dominar todo el oficio. De aquí que todavía encontremos en los artesanos

---

* El manuscrito está deteriorado. (*N. de la Edit.*)

medievales cierto interés por su trabajo especial y por su destreza para ejercerlo, destreza que puede, incluso, llegar hasta un sentido artístico limitado. Pero a esto se debe también el que los artesanos medievales viviesen totalmente consagrados a su trabajo, mantuviesen una resignada actitud de vasallaje con respecto a él y se viesen enteramente absorbidos por sus ocupaciones, mucho más que el obrero moderno, a quien su trabajo le es indiferente.

[3. Prosigue la división del trabajo. El comercio se separa de la industria. División del trabajo entre las distintas ciudades. La manufactura]

El paso siguiente, en el desarrollo de la división del trabajo, fue la separación entre la producción y el trato, la formación de una clase especial de comerciantes, separación que en las ciudades tradicionales (en las que, entre otras cosas, existían judíos) se había heredado del pasado y que en las ciudades recién fundadas no tardó en aparecer. Se establecía con ello la posibilidad de relaciones comerciales que fuesen más allá de los ámbitos inmediatos, posibilidad cuya realización dependía de los medios de comunicación existentes, del estado de seguridad pública logrado en el país y condicionado por las circunstancias políticas (sabido es que en toda la Edad Media los mercaderes hacían sus recorridos en caravanas armadas) y de las necesidades más primitivas o más desarrolladas de las zonas asequibles al comercio, con arreglo a su correspondiente grado de cultura.

Al centrarse el trato en manos de una clase especial y al extenderse el comercio, por medio de los mercaderes, hasta más allá de la periferia inmediata a la ciudad, se opera inmediatamente una relación de interdependencia entre la producción y el trato. Las ciudades se relacionan *unas con otras*, se llevan de una ciudad a otra nuevos instrumentos de trabajo, y la separación entre la producción y el intercambio no tarda en provocar una nueva división de la producción entre las distintas [45] ciudades, y pronto vemos que cada una de ellas tiende a explotar, predominantemente, una rama industrial. La limitación inicial a una determinada localidad comienza a desaparecer poco a poco.

El que las fuerzas productivas obtenidas en una localidad, y principalmente los inventos, se pierdan o no para el desarrollo ulterior, dependerá exclusivamente de la extensión del trato. Cuando aún no existe un intercambio que trascienda más allá de la vecindad más inmediata, cada invento tiene que hacerse en cada localidad, y bastan los simples accidentes fortuitos, tales como las irrupciones de los pueblos bárbaros e incluso las guerras

habituales, para reducir las fuerzas productivas y las necesidades de un país a un punto en que se vea obligado a comenzar todo de nuevo. En los inicios de la historia, todos los inventos tenían que hacerse diariamente de nuevo y en cada localidad, con independencia de las otras. Cuán poco seguras se hallaban de una destrucción total las fuerzas productivas pobremente desarrolladas, aun en casos en que el comercio había logrado una relativa extensión, lo muestran los fenicios*, cuyas invenciones desaparecieron en su mayoría por largo tiempo al ser desplazada esta nación del comercio, avasallada por Alejandro y al sobrevenir la consiguiente decadencia. Y lo mismo ocurrió en la Edad Media, por ejemplo, con la industria del cristal policromado. La conservación de las fuerzas productivas obtenidas sólo se garantiza al adquirir carácter universal el intercambio, al tener como base la gran industria y al incorporarse todas las naciones a la lucha de la competencia.

La división del trabajo entre las diferentes ciudades trajo como consecuencia inmediata el nacimiento de las manufacturas, como ramas de producción que se salían ya de los marcos del régimen gremial. El primer florecimiento de las manufacturas —en Italia, y más tarde en Flandes— tuvo como premisa histórica el intercambio con naciones extranjeras. En otros países —en Inglaterra y Francia, por ejemplo—, las manufacturas comenzaron limitándose al mercado interior. Aparte de las premisas ya indicadas, las manufacturas presuponen una concentración ya bastante avanzada de la población —sobre todo en el campo— y del capital, que comienza a reunirse en pocas manos, ya en los gremios, a despecho de las ordenanzas gremiales, ya entre los comerciantes.

[46] El trabajo que desde el primer momento presuponía el funcionamiento de una máquina, siquiera fuese la más rudimentaria, no tardó en revelarse como el más susceptible de desarrollo. El primer trabajo que se vio impulsado y adquirió nuevo desarrollo mediante la extensión del intercambio fue la tejeduría, que hasta entonces venían ejerciendo los campesinos como actividad accesoria, para procurarse las necesarias prendas de vestir. La tejeduría fue la primera y siguió siendo luego la más importante de todas. La demanda de telas para vestir, que crecía a medida que aumentaba la población, la incipiente acumulación y movilización del capital natural por efecto de la circulación acelerada y la necesidad de cierto lujo, provocada por todos estos factores y propiciada por la gradual expansión del intercambio, imprimieron al arte textil un impulso cuantitativo y cualitativo que lo obligó a salirse del marco de la forma de producción tradicional.

---

* Glosa marginal de Marx: «y la pintura en cristal en la Edad Media». (*N. de la Edit.*)

junto a los campesinos que tejían para atender a sus propias necesidades, los cuales siguieron existiendo y existen todavía hoy, apareció en las ciudades una nueva clase de tejedores que destinaban todos sus productos al mercado interior y, muchas veces, incluso a los mercados de fuera.

La tejeduría, que en la mayoría de los casos requería poca destreza y que no tardó en desdoblarse en una serie infinita de ramas, se resistía por su propia naturaleza a soportar las trabas del régimen gremial. Esto explica por qué los tejedores trabajaban casi siempre en aldeas y en zonas de mercado sin organización gremial, que poco a poco fueron convirtiéndose en ciudades y que no tardaron en figurar, además, entre las más florecientes de cada país.

Con la manufactura exenta de las trabas gremiales cambiaron también las relaciones de propiedad. El primer paso para superar el capital natural de estamento se había dado al aparecer los comerciantes, cuyo capital fue desde el primer momento un capital móvil, es decir, un capital en el sentido moderno de la palabra, en la medida en que ello era posible en las circunstancias de aguel entonces. El segundo paso de avance lo dio la manufactura, que a su vez movilizó una masa del capital natural e incrementó en general la masa del capital móvil frente a la de aquél.

Y la manufactura se convirtió, al mismo tiempo, en el refugio de los campesinos contra los gremios a que ellos no tenían acceso o que les pagaban mal, lo mismo que en su tiempo las ciudades dominadas por los gremios habían brindado a la población campesina refugio [47] contra [la nobleza rural que la oprimía]*.

El comienzo de las manufacturas trajo consigo, además, un período de vagabundaje, provocado por la supresión de las mesnadas feudales, por el licenciamiento de los ejércitos que habían servido a los reyes contra los vasallos, por los progresos de la agricultura y la transformación de grandes extensiones de tierras de labor en pasturas. Ya esto sólo demuestra que la aparición de este vagabundaje coincide exactamente con la desintegración del feudalismo. En el siglo XIII nos encontramos ya con determinados períodos de este tipo, aunque el vagabundaje sólo se generaliza y se convierte en un fenómeno permanente a fines del XV y comienzos del XVI. Tan numerosos eran estos vagabundos, que Enrique VIII de Inglaterra, para no citar más que a este monarca, mandó ahorcar a 72.000. Hubo que vencer enormes dificultades y una larguísima resistencia hasta lograr que estas grandes masas de gentes llevadas a la miseria extrema se decidieran a trabajar. El rápido florecimiento de las manufacturas, sobre todo en Inglaterra, fue absorbiéndolas, poco a poco.

---

* El manuscrito está deteriorado. (*N. de la Edit.*)

La manufactura lanzó a las diversas naciones al terreno de la competencia, a la lucha comercial, ventilada en forma de guerras, aranceles proteccionistas y prohibiciones, al paso que antes las naciones, cuando se hallaban en contacto, mantenían entre sí un inofensivo intercambio comercial. A partir de ahora, el comercio adquiere una significación política.

La manufactura trajo consigo, al mismo tiempo, una actitud distinta del trabajador ante el patrono. En los gremios persistía la vieja relación patriarcal entre oficiales y maestros; en la manufactura esta relación fue suplantada por la relación monetaria entre el trabajador y el capitalista; en el campo y en las pequeñas ciudades, esta relación seguía teniendo un color patriarcal, pero en las grandes ciudades, en las ciudades manufactureras por excelencia, perdió en seguida, casi en absoluto, ese matiz.

La manufactura y, en general, el movimiento de la producción experimentaron un auge enorme gracias a la expansión del trato como consecuencia del descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias orientales. Los nuevos productos importados de estas tierras, y principalmente las masas de oro y plata lanzadas a la circulación, hicieron cambiar totalmente la posición de unas clases con respecto a otras y asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra y a los trabajadores, al paso que las expediciones de aventureros, la colonización y, sobre todo, la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, que ahora se hacía posible y se iba realizando día tras día, daban comienzo a una nueva fase [48] del desarrollo histórico, en la que en general no hemos de detenernos aquí. La colonización de los países recién descubiertos sirvió de nuevo incentivo a la lucha comercial entre las naciones y le dio, por tanto, mayor extensión y mayor encono.

La expansión del comercio y de la manufactura sirvió para acelerar la acumulación del capital móvil, mientras en los gremios, en los que nada estimulaba la ampliación de la producción, el capital natural permanecía estable o incluso decrecía. El comercio y la manufactura crearon la gran burguesía, al paso que en los gremios se concentraba la pequeña burguesía, que ahora ya no seguía dominando, como antes, en las ciudades, sino que tenía que inclinarse bajo la dominación de los grandes comerciantes y manufactureros*. De ahí la decadencia de los gremios en cuanto entraban en contacto con la manufactura.

Durante la época de que hablamos, las relaciones entre las naciones adquieren dos formas distintas. Al principio, la escasa cantidad de oro y plata circulantes condicionaba la prohibición

---

* Glosa marginal de Marx: «Pequeña burguesía, estado medio, gran burguesía». (*N. de la Edit.*)

de exportar estos metales, y la industria, generalmente importada del extranjero e impuesta por la necesidad de dar ocupación a la creciente población urbana, no podía desenvolverse sin un régimen de protección, que, naturalmente, no iba dirigido solamente contra la competencia interior, sino también, y fundamentalmente, contra la competencia de fuera. El privilegio local de los gremios hacíase extensivo, en estas prohibiciones primitivas, a toda la nación. Los aranceles aduaneros surgieron de los tributos que los feudales cobraban a los comerciantes que atravesaban sus dominios, redimiéndose de ese modo del saqueo, tributos que más tarde cobraban también las ciudades y que, al surgir los Estados modernos, han sido el recurso más al alcance de la mano del fisco para obtener dinero.

La aparición del oro y la plata de América en los mercados europeos, el desarrollo gradual de la industria, el rápido auge del comercio y, como consecuencia de ello, el florecimiento de la burguesía no gremial y la propagación del dinero, dieron a todas estas medidas una significación distinta. El Estado, que cada día podía prescindir menos del dinero, mantuvo ahora, por razones de orden fiscal, la prohibición de exportar oro y plata; los burgueses, que veían su gran objetivo de acaparación en estas masas de dinero lanzadas ahora nuevamente sobre el mercado, sentíanse plenamente satisfechos con ello; los anteriores privilegios, vendidos por dinero, convirtiéronse en fuente de ingresos para el gobierno; surgieron en la legislación aduanera los aranceles de exportación que, interponiendo un obstáculo en el camino de la industria [49], perseguían fines puramente fiscales.

El segundo período comenzó a mediados del siglo XVII y duró casi hasta finales del XVIII. El comercio y la navegación habíanse desarrollado más rápidamente que la manufactura, la cual desempeñaba un papel secundario; las colonias comenzaron a convertirse en importantes consumidores y las diferentes naciones fueron tomando posiciones, mediante largas luchas, en el mercado mundial que se abría. Este período comienza con las leyes de navegación y los monopolios coloniales. La competencia entre unas y otras naciones era eliminada, dentro de lo posible, por medio de aranceles, prohibiciones y tratados; en última apelación, la lucha de competencia se libraba y decidía por medio de la guerra (principalmente, de la guerra marítima). La nación más poderosa en el mar, Inglaterra, mantenía su supremacía en el comercio y en la manufactura. Vemos ya aquí la concentración en un solo país.

La manufactura había disfrutado de una constante protección, por medio de aranceles proteccionistas en el mercado interior, mediante monopolios en el mercado colonial y, en el mercado exterior, llevando hasta el máximo las tarifas aduaneras diferen-

ciales. Se favorecía la elaboración de las materias primas producidas en el propio país (lana y lino en Inglaterra, seda en Francia), prohibiéndose su exportación (la de la lana, en Inglaterra), a la par que se descuidaba o se perseguía la exportación de la materia prima importada (así, en Inglaterra, del algodón). Como es natural, la nación predominante en el comercio marítimo y como potencia colonial procuró asegurarse también la mayor extensión cuantitativa y cualitativa de la manufactura. Esta no podía en modo alguno prescindir de un régimen de protección, ya que fácilmente podía perder su mercado y verse arruinada por los más pequeños cambios producidos en otros países; era fácil introducirla en un país de condiciones hasta cierto punto favorables, pero esto mismo hacía que fuese también fácil destruirla. Pero, al mismo tiempo, merced a los métodos de funcionamiento en el país, principalmente en el siglo XVIII, la manufactura se entrelazaba de tal modo con las relaciones de vida de una gran masa de individuos, que ningún país podía aventurarse a poner en juego su existencia abriendo el paso a la libre competencia. Dependía, enteramente, por tanto, en cuanto se la llevaba hasta la exportación, de la expansión o la restricción del comercio y ejercía sobre éste un efecto relativamente muy pequeño. De aquí su significación secundaria y de aquí también la influencia de los comerciantes en el siglo XVIII. [50] Eran los comerciantes, y sobre todo los armadores de buques, los que por encima de los demás acuciaban para conseguir protección del Estado y monopolios; y aunque también los manufactureros, es cierto, demandaban y conseguían medidas proteccionistas, marchaban constantemente, en cuanto a importancia política, a la zaga de los comerciantes. Las ciudades comerciales, y principalmente las ciudades marítimas, convirtiéronse en cierto modo en centros civilizados y de la gran burguesía, al paso que en las ciudades fabriles persistía la pequeña burguesía. Cfr. Aikin, etc.[28]. El siglo XVIII fue el siglo del comercio. Así lo dice expresamente Pinto: «*Le commerce fait la marotte du siècle*»* y «*Depuis quelque temps il n'est plus question que de commerce, de navigation et de marine*»[29]**.

Sin embargo, el movimiento del capital, aunque notablemente acelerado, siguió manteniéndose relativamente lento. El desperdigamiento del mercado mundial en diferentes partes, cada una de ellas explotada por una nación distinta, la eliminación de la competencia entre las naciones, el desmaño de la misma producción y el régimen monetario, que apenas comenzaba a salir de sus

---

* El comercio es la manía del siglo. (*N. de la Edit.*)

** Desde hace algún tiempo, sólo se habla de comercio, de navegación y de marina. (*N. de la Edit.*)

primeras fases, entorpecían bastante la circulación. Consecuencia de ello era aquel sucio y mezquino espíritu de tendero que permanecía adherido todavía a todos los comerciantes y al modo y al estilo de la vida comercial en su conjunto. Comparados con los manufactureros, y sobre todo con los artesanos, estos mercaderes eran, indudablemente, burgueses y grandes burgueses, pero en comparación con los comerciantes e industriales del período siguiente, no pasaban de pequeños burgueses. Cfr. A. Smith[30].

Este período se caracteriza también por el cese de las prohibiciones de exportación de oro y plata, por el nacimiento del comercio de dinero, la aparición de los bancos, de la deuda pública, del papel-moneda, de las especulaciones con acciones y valores, del agiotaje en toda clase de artículos y del desarrollo del dinero en general. El capital vuelve a perder ahora gran parte del carácter natural que todavía le queda.

[4. La más extensa división del trabajo. La gran industria]

La concentración del comercio y de la manufactura en un país —Inglaterra— mantenida y desarrollada incesantemente a lo largo del siglo XVII, fue creando para este país poco a poco un relativo mercado mundial y, con ello, una demanda para los productos manufactureros de este mismo país, que las anteriores fuerzas productivas de la industria no alcanzaban ya a satisfacer. Y esta demanda, que rebasaba la capacidad de las fuerzas productivas, fue la fuerza propulsora que dio nacimiento al tercer [51] período de la propiedad privada desde la Edad Media, creando la gran industria y, con ella, la aplicación de las fuerzas naturales a la producción industrial, la maquinaria y la más extensa división del trabajo. Las restantes condiciones de esta nueva fase —la libertad de competencia dentro del país, el desarrollo de la mecánica teórica (la mecánica llevada a su apogeo por Newton había sido la ciencia más popular de Francia e Inglaterra, en el siglo XVIII), etc.— existían ya en Inglaterra. (La libre concurrencia en el seno del país hubo de ser conquistada en todas partes por una revolución: en 1640 y 1688 en Inglaterra, en 1789 en Francia.)

La competencia obligó en seguida a todo país deseoso de conservar su papel histórico a proteger sus manufacturas por medio de nuevas medidas arancelarias (ya que los viejos aranceles resultaban insuficientes frente a la gran industria), y poco después a introducir la gran industria al amparo de aranceles proteccionis-

tas. Pese a estos recursos protectores, la gran industria universalizó la competencia (la gran industria es la libertad práctica de comercio, y los aranceles proteccionistas no pasan de ser, en ella, un paliativo, un dique defensivo *dentro de* la libertad comercial), creó los medios de comunicación y el moderno mercado mundial, sometió a su férula el comercio, convirtió todo el capital en capital industrial y engendró, con ello, la rápida circulación (el desarrollo del sistema monetario) y la centralización de los capitales. Por medio de la competencia universal obligó a todos los individuos a poner en tensión sus energías hasta el máximo. Destruyó donde le fue posible la ideología, la religión, la moral, etc., y, donde no pudo hacerlo, las convirtió en una mentira palpable. Creó por vez primera la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo, dentro de ella, dependiera del mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones aisladas, que hasta ahora existía. Colocó la ciencia de la naturaleza bajo la férula del capital y arrancó a la división del trabajo la última apariencia de un régimen natural. Acabó, en términos generales, con todas las relaciones naturales, en la medida en que era posible hacerlo dentro del trabajo, y redujo todas las relaciones naturales a relaciones basadas en el dinero. Creó, en vez de las ciudades formadas naturalmente, las grandes ciudades industriales modernas, que surgían de la noche a la mañana. Destruyó, donde quiera que penetrase, la artesanía y todas las fases anteriores de la industria. Puso cima al triunfo de la ciudad comercial sobre el campo. Su [primera premisa]* era el sistema automático. [Su desarrollo]* engendró una masa de fuerzas productivas que encontraban en la propiedad privada una traba entorpecedora, [52] como los gremios lo habían sido para la manufactura y la pequeña explotación agrícola para los avances de la artesanía. Estas fuerzas productivas, bajo el régimen de la propiedad privada, sólo experimentaban un desarrollo unilateral, se convertían para la mayoría en fuerzas destructivas y gran cantidad de ellas ni siquiera podían llegar a aplicarse con la propiedad privada. La gran industria creaba por doquier, en general, las mismas relaciones entre las clases de la sociedad, destruyendo con ello el carácter propio y peculiar de las distintas nacionalidades. Finalmente, mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba ya destruida toda nacionalidad; una clase que se desentendía realmente de todo el viejo mundo y que, al mismo tiempo, se le enfrentaba. La gran industria hacía

* El manuscrito está deteriorado. (*N. de la Edit.*)

insoportable al obrero no sólo la relación con el capitalista, sino incluso el mismo trabajo.

Huelga decir que la gran industria no alcanza el mismo nivel de desarrollo en todas y cada una de las localidades de un país. Sin embargo, esto no detiene el movimiento de clase del proletariado, ya que los proletarios engendrados por la gran industria se ponen a la cabeza de este movimiento y arrastran consigo a toda la masa, y puesto que los obreros eliminados por la gran industria se ven empujados por ésta a una situación de vida aún peor que la de los obreros de la gran industria misma. Y, del mismo modo, los países en que se ha desarrollado una gran industria influyen sobre los países *plus ou moins** no industriales, en la medida en que éstos se ven impulsados por el intercambio mundial a la lucha universal de competencia.

* * *

Estas diferentes formas [de producción] son otras tantas formas de la organización del trabajo y, por tanto, de la propiedad. En todo período se ha dado una agrupación de las fuerzas productivas existentes, siempre y cuando que así lo exigieran e impusieran las necesidades.

[5. La contradicción entre la fuerzas productivas y la forma de relación, como base de la revolución social]

La contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación que, como veíamos, se ha producido ya repetidas veces en la historia anterior, pero sin llegar a poner en peligro la base de la misma, tenía que traducirse necesariamente, cada vez que eso ocurría, en una revolución, pero adoptando al mismo tiempo diversas formas accesorias, como totalidad de colisiones, colisiones entre diversas clases, contradicción de las conciencias, lucha de ideas, etc., lucha política, etc. Desde un punto de vista limitado, cabe destacar una de estas formas accesorias y considerarla como la base de estas revoluciones, cosa tanto más fácil cuanto que los mismos individuos que sirven de punto de partida a las revoluciones se hacen ilusiones acerca de su propia actividad, con arreglo a su grado de cultura y a la fase del desarrollo histórico de que se trata.

---

* Más o menos. (*N. de la Edit.*)

Todas las colisiones de la historia nacen, pues, según nuestra concepción, de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de [53] relación. Por lo demás, no es necesario que esta contradicción, para provocar colisiones en un país, se agudice precisamente en este país mismo. La competencia con países industrialmente más desarrollados, provocada por un mayor intercambio internacional, basta para engendrar también una contradicción semejante en países de industria menos desarrollada (así, por ejemplo, el proletariado latente en Alemania se ha puesto de manifiesto por la competencia de la industria inglesa).

[6. La competencia de los individuos y la formación de las clases. El desarrollo de la oposición entre los individuos y las condiciones de su vida. La comunidad ilusoria de los individuos en la sociedad burguesa y la unidad efectiva de los individuos en la sociedad comunista. El sometimiento de las condiciones de vida de la sociedad al poder de los individuos unidos]

La competencia aísla a los individuos, no sólo a los burgueses, sino aún más a los proletarios, enfrentándolos los unos con los otros, a pesar de que los aglutine. De aquí que tenga que pasar largo tiempo antes de que estos individuos puedan agruparse, aparte de que para dicha agrupación —si ésta no ha de ser puramente local— tiene que empezar cuando la gran industria ofrezca los medios necesarios, las grandes ciudades industriales y los medios de comunicación baratos y rápidos, razón por la cual sólo es posible vencer tras largas luchas a cualquier poder organizado que se enfrente a estos individuos aislados, que viven en condiciones que reproducen diariamente su aislamiento. Pedir lo contrario sería tanto como pedir que la competencia no existiera en esta determinada época histórica o que los individuos se quitaran de la cabeza las relaciones sobre las que, como individuos aislados, no tienen el menor control.

La construcción de viviendas. De suyo se entiende que entre los salvajes cada familia tiene su cueva o cabaña propia, lo mismo que los nómadas poseen su tienda. Esta economía doméstica individual se hace todavía más necesaria en virtud del ulterior desarrollo de la propiedad privada. Entre los pueblos agrícolas, la economía doméstica en común es tan imposible como el cultivo de la

tierra en común. Un gran paso adelante ha sido la construcción de las ciudades. No obstante, en todos los períodos anteriores, la abolición de la economía individual, inseparable de la supresión de la propiedad privada, era imposible ya por la sencilla razón de que no existían para ello las condiciones materiales. La organización de la economía doméstica en común implica el desarrollo de la maquinaria, la utilización de las fuerzas naturales y de muchas otras fuerzas productivas, como, por ejemplo, el agua corriente en las casas, [54] el alumbrado de gas, la calefacción de vapor, etc., la supresión de la [oposición] entre la ciudad y el campo. Sin estas condiciones, la economía común no llegará, a su vez, a ser una nueva fuerza productiva, estará privada de toda base material, se asentará en una base puramente teórica, es decir, será un mero capricho y no conducirá más que a una economía de monasterio. No ha sido posible más que la concentración en las ciudades y la construcción de edificios comunales para varios fines concretos (cárceles, cuarteles, etc.). Por supuesto, la supresión de la economía individual es inseparable de la supresión [*Aufhebung*] de la familia.

(La tesis que con tanta frecuencia encontramos en San Max y según la cual todo lo que cada uno es lo es por medio del Estado, es en el fondo la misma que la que sostiene que el burgués no es más que un ejemplar del género burgués, tesis en la que se presupone que la *clase* burguesa existía ya antes que los individuos que la integran*.)

En la Edad Media, los vecinos de cada ciudad veíanse obligados a agruparse en contra de la nobleza rural, para defender su pellejo; la expansión del comercio y el desarrollo de las comunicaciones empujaron a cada ciudad a conocer a otras, que habían hecho valer los mismos intereses, en lucha contra el mismo adversario. De las muchas vecindades locales de las diferentes ciudades fue surgiendo así, paulatinamente, la *clase* de vecinos de la ciudad, del burgo, o burgueses. Las condiciones de vida de los diferentes burgueses o vecinos de los burgos o ciudades, empujadas por su oposición a las relaciones existentes o por el tipo de trabajo que ello imponía, convertíanse al mismo tiempo en condiciones comunes a todos ellos e independientes de cada individuo. Los vecinos de las ciudades fueron creando estas condiciones al separarse de las agrupaciones feudales, a la vez que fueron creados por ellas, por cuanto que se hallaban condicionados por su oposición al feudalismo, con el

---

* Glosa marginal de Marx: «*Preexistencia* de las clases en las obras de los filósofos». (*N. de la Edit.*)]

que se habían encontrado. Al entrar en contacto unas ciudades con otras, estas condiciones comunes se desarrollaron hasta convertirse en condiciones de clase. Idénticas condiciones, idénticas antítesis e idénticos intereses tenían necesariamente que provocar en todas partes, muy a grandes rasgos, idénticas costumbres. La burguesía misma comienza a desarrollarse poco a poco con sus condiciones, se escinde luego, bajo la acción de la división del trabajo, en diferentes fracciones y, por último, absorbe todas las clases* poseedoras con que se había encontrado al nacer (al paso que hace que la mayoría de la clase desposeída con que se encuentra y una parte de la clase poseedora anterior se desarrollen para formar una nueva clase, el proletariado), en la medida en que toda la propiedad anterior se convierte en capital industrial o comercial.

Los diferentes individuos sólo forman una clase [55] en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos con los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. Es el mismo fenómeno que el sometimiento de los diferentes individuos a la división del trabajo, y para eliminarlo no hay otro camino que la abolición de la propiedad privada y del trabajo mismo**. Ya hemos indicado varias veces cómo este sometimiento de los individuos a la clase se desarrolla hasta convertirse, al mismo tiempo, en un sometimiento a diversas ideas, etc.

Si consideramos *filosóficamente* este desarrollo de los individuos en las condiciones comunes de existencia de los estamentos y las clases que se suceden históricamente y con arreglo a las ideas generales que de este modo se les han impuesto, llegamos fácilmente a imaginarnos que en estos individuos se ha desarrollado el Género o el Hombre o que ellos han desarrollado al Hombre; un modo de imaginarse éste que se da de bofetadas con la historia. Luego, podemos concebir estos diferentes estamentos y clases como especificaciones del concepto general, como variedad del Género, como fases de desarrollo del Hombre.

---

* Glosa marginal de Marx: «Absorbe primero las ramas de trabajo pertenecientes directamente al Estado y, luego, ±[más o menos] todos los estamentos ideológicos». (*N. de la Edit.*)

** Para entender lo que significan aquí las palabras «supresión del trabajo» (*Aufhebung der Arbeit*) véase el presente tomo, págs. 37—38, 66—67, 73—76. (*N. de la Edit.*)

Esta inclusión de los individuos en determinadas clases no podrá superarse, en efecto, hasta que se forme una clase que no tenga ya por qué oponer ningún interés especial de clase a la clase dominante.

La transformación de las fuerzas (relaciones) personales en materiales por obra de la división del trabajo no puede revocarse quitándose de la cabeza la idea general acerca de ella, sino haciendo que los individuos sometan de nuevo a su mando estos poderes materiales y supriman la división del trabajo*. Y esto no es posible hacerlo sin la comunidad. Solamente dentro de la comunidad tiene todo individuo los medios [56] necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por tanto, la libertad personal. En los sustitutivos de la comunidad que hasta ahora han existido, en el Estado, etc., la libertad personal sólo existía para los individuos desarrollados dentro de las relaciones de la clase dominante y sólo tratándose de individuos de esta clase. La aparente comunidad en que se han asociado hasta ahora los individuos ha cobrado siempre una existencia propia e independiente frente a ellos y, por tratarse de la asociación de una clase en contra de otra, no sólo era, al mismo tiempo, una comunidad puramente ilusoria para la clase dominada, sino también una nueva traba. Dentro de la comunidad real, los individuos adquieren, al mismo tiempo, su libertad al asociarse y por medio de la asociación.

Los individuos han partido siempre de sí mismos, aunque naturalmente, dentro de sus condiciones y relaciones históricas dadas, y no del individuo «puro», en el sentido de los ideólogos. Pero, en el curso del desarrollo histórico, y precisamente por medio de la sustantivación de las relaciones sociales que es inevitable dentro de la división del trabajo, se acusa una diferencia entre la vida de cada individuo, en cuanto se trata de su vida personal, y esa misma vida supeditada a una determinada rama del trabajo y a las correspondientes condiciones. (Lo que no debe entenderse en el sentido de que, por ejemplo, el rentista, el capitalista, etc., dejen de ser personas, sino en el de que su personalidad se halla condicionada y determinada por relaciones de clase muy concretas, y la diferencia sólo se pone de manifiesto en contraposición con otra clase y, con respecto a ellas mismas, solamente cuando se presenta la bancarrota). En el estamento (y más todavía en la tribu) esto aparece aún velado; y así, por ejemplo, un noble sigue siendo un noble y un plebeyo un plebeyo, independientemente de

---

* Glosa marginal de Engels: «(Feuerbach: ser y esencia)». Cfr. el presente tomo, págs. 43—44 (*N. de la Edit.*)

sus otras relaciones, por ser aquélla una cualidad inseparable de su personalidad. La diferencia del individuo personal con respecto al individuo de clase, el carácter fortuito de las condiciones de vida para el individuo, sólo se manifiestan con la aparición de la clase, que es, a su vez, un producto de la burguesía. La competencia y la lucha de unos individuos con otros es la que engendra y desarrolla [57] este carácter fortuito en cuanto tal. Por eso en la imaginación, los individuos, bajo el poder de la burguesía, son más libres que antes, porque sus condiciones de vida son, para ellos, algo puramente fortuito; pero, en la realidad, son, naturalmente, menos libres, ya que se hallan más supeditados a un poder material. La diferencia del estamento se manifiesta, concretamente, en la antítesis de burguesía y proletariado. Al aparecer el estamento de los vecinos de las ciudades, las corporaciones, etc., frente a la nobleza rural, sus condiciones de existencia, la propiedad mobiliaria y el trabajo artesanal, que existían ya de un modo latente antes de su separación de la asociación feudal, aparecieron como algo positivo, que se hacían valer frente a la propiedad inmueble feudal, y ésta era la razón de que volvieran a revestir en su modo, primeramente, la forma feudal. Es cierto que los siervos de la gleba fugitivos consideraban a su servidumbre anterior como algo fortuito en su personalidad. Pero, con ello no hacían sino lo mismo que hace toda clase que se libera de una traba, aparte de que ellos, al obrar de este modo, no se liberaban como clase, sino aisladamente. Además, no se salían del marco del régimen de los estamentos, sino que formaban un estamento nuevo y retenían en su nueva situación su modo de trabajo anterior, y hasta lo desarrollaban, al liberarlo de trabas que ya no correspondían al desarrollo que había alcanzado.

Tratándose de los proletarios, por el contrario, su propia condición de vida, el trabajo, y con ella todas las condiciones de existencia de la sociedad actual, se han convertido para ellos en algo fortuito, sobre lo que cada proletario de por sí no tiene el menor control y sobre lo que no puede darle tampoco el control ninguna organización *social*, y la contradicción entre la personalidad del proletario individual y su condición de vida, tal como le viene impuesta, es decir, el trabajo, se revela ante él mismo, sobre todo porque se ve sacrificado ya desde su infancia y porque no tiene la menor probabilidad de llegar a obtener, dentro de su clase, las condiciones que le coloquen en otra situación.

[58], NB. No debe olvidarse que la misma necesidad de los siervos de existir y la imposibilidad de las grandes haciendas, que trajo consigo la distribución de los *allotments** entre los siervos, no

* minúsculas porciones de tierra. (*N. de la Edit.*)

tardaron en reducir las obligaciones de los siervos para con su señor feudal a un promedio de prestaciones en especie y en trabajo que hacía posible al siervo la acumulación de propiedad mobiliaria, facilitándole con ello la posibilidad de huir de las tierras de su señor y permitiéndole subsistir como vecino de una ciudad, lo que contribuyó, al mismo tiempo, a crear gradaciones entre los siervos, y así, vemos que los siervos fugitivos son ya, a medias, vecinos de las ciudades. Y fácil es comprender que los campesinos siervos conocedores de un oficio eran los que más probabilidades tenían de adquirir propiedades mobiliarias.

Así, pues, mientras que los siervos fugitivos sólo querían desarrollar libremente y hacer valer sus condiciones de vida ya existentes, razón por la cual sólo llegaron, en fin de cuentas, al trabajo libre, los proletarios, para hacerse valer personalmente, necesitan acabar con su propia condición de existencia anterior, que es al mismo tiempo la de toda la anterior sociedad, es decir, acabar con el trabajo. Se hallan también, por tanto, en contraposición directa con la forma en que los individuos componentes de la sociedad se manifestaban hasta ahora en conjunto con el Estado, y necesitan derrocar al Estado, para imponer su personalidad.

De toda la exposición anterior se desprende que la relación de comunidad en que entran los individuos de una clase, relación condicionada por sus intereses comunes frente a un tercero, era siempre una comunidad a la que pertenecían estos individuos solamente como individuos medios, solamente en cuanto vivían dentro de las condiciones de existencia de su clase; es decir, una relación que no los unía en cuanto tales inividuos, sino en cuanto miembros de una clase. En cambio, con la comunidad de los proletarios revolucionarios, que toman bajo su control sus condiciones [59] de existencia y las de todos los miembros de la sociedad, sucede cabalmente lo contrario: en ella toman parte los individuos en cuanto tales individuos. Esta comunidad no es otra cosa, precisamente, que la asociación de los individuos (partiendo, naturalmente, de la premisa de las fuerzas productivas tal y cómo ahora se han desarrollado), que entrega a su control las condiciones de libre desarrollo y movimiento de los individuos, condiciones que hasta ahora se hallaban a merced del azar y habían cobrado existencia propia e independiente frente a los diferentes individuos precisamente por la separación de éstos como individuos y que luego, con su necesaria asociación merced a la división del trabajo era sencillamente una asociación (de ningún modo arbitraria, a la manera de la que se nos pinta, por ejemplo, en el «*Contrat social*»[31], sino necesaria) (cfr., por ejemplo la formación del Estado orteamericano

y las repúblicas sudamericanas) acerca de estas condiciones, dentro de las cuales lograban luego los individuos el disfrute de la casualidad. A este derecho a disfrutar libremente, dentro de ciertas condiciones, de lo que ofreciera el azar se le llamaba, hasta ahora, libertad personal. Estas condiciones de existencia sólo son, naturalmente, las fuerzas productivas y las formas de relación existentes en cada caso.

El comunismo se distingue de todos los movimientos anteriores en que echa por tierra la base de todas las relaciones de producción y de trato que hasta ahora han existido y por primera vez aborda de un modo consciente todas las premisas naturales como creación de los hombres anteriores, despojándolas de su carácter natural y sometiéndolas al poder de los individuos asociados. Su institución es, por tanto, esencialmente económica, la de las condiciones materiales de esta asociación; hace de las condiciones existentes condiciones para la asociación. Lo existente, lo que crea el comunismo, es precisamente la base real para hacer imposible cuanto existe independientemente de los individuos, en cuanto este algo existente no es, sin embargo, otra cosa que un producto de la relación anterior de los individuos mismos. Los comunistas tratan, por tanto, prácticamente, las condiciones creadas por la producción y la relación anteriores como condiciones inorgánicas, sin llegar siquiera a imaginarse que las generaciones anteriores se propusieran o pensaran suministrarles materiales y sin creer que estas condiciones fuesen inorgánicas para los individuos que las creaban.

[7. La contradicción entre los individuos y las condiciones de su vida, como contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación. El progreso de las fuerzas productivas y la sustitución de las formas de relación]

[60] La diferencia entre el individuo personal y el individuo contingente no es una diferencia de concepto, sino un hecho histórico. Y esta diferencia tiene diferente sentido según las diferentes épocas, como ocurre, por ejemplo, con el estamento, algo casual para el individuo en el siglo XVIII, y también, *plus ou moins**, la familia. No es una diferencia que nosotros tengamos que esta-

---

* Más o menos. (*N. de la Edit.*)

blecer para todos los tiempos, sino que cada tiempo de por sí la establece entre los diferentes elementos con que se encuentra, y no ciertamente en cuanto al concepto, sino obligado por las colisiones materiales de la vida.

Lo que a la época posterior le parece casual en contraposición a la anterior y también, por tanto, entre los elementos que de la anterior han pasado a ella, es una forma de relación que correspondía a un determinado desarrollo de las fuerzas productivas. La relación entre las fuerzas productivas y la forma de trato es la que media entre ésta y la actividad u ocupación de los individuos. (La forma fundamental de esta ocupación es, naturalmente, la forma material, de la que dependen todas las demás: la espiritual, la política, la religiosa, etc.) La diversa organización de la vida material depende en cada caso, naturalmente, de las necesidades ya desarrolladas, y tanto la creación como la satisfacción de estas necesidades es de suyo un proceso histórico, que no encontraremos en ninguna oveja ni en ningún perro (recalcitrante argumento fundamental de Stirner[32] *adversus hominem**, a pesar de que las ovejas y los perros, bajo su forma actual, son también, ciertamente, aunque *malgré eux***, productos de un proceso histórico). Las condiciones bajo las cuales se relacionan los individuos, antes de que se interponga la contradicción [entre aquéllas y éstos], son condiciones inherentes a su individualidad y no algo externo a ellos, condiciones en las cuales estos determinados individuos, existentes bajo determinadas relaciones pueden únicamente producir su vida material y lo relacionado con ella; son, por tanto, las condiciones de su propio modo de ocupación, y este mismo modo de ocupación las produce***. La determinada condición bajo la que proceden corresponde, pues, mientras [61] no se interpone la contradicción [señalada], a su condicionalidad real, a su existencia unilateral, cuya unilateralidad sólo se revela al interponerse la contradicción y que, por consiguiente, sólo existe para los que vienen después. Luego, esta condición aparece como una traba casual, y entonces se desliza también para la época anterior la conciencia de que es una traba.

Estas diferentes condiciones, que primeramente aparecen como condiciones del propio modo de actividad propia y más tarde como trabas de él, forman a lo largo de todo el desarrollo histórico una serie coherente de formas de relación, cuya cohesión consiste en que la forma anterior de relación, convertida en una traba, es sustituida por otra nueva, más a tono con las fuerzas productivas de-

* Contra el hombre. (*N. de la Edit.*)
** A pesar de ellos. (*N. de la Edit.*)
*** Glosa marginal de Marx: «Producción de la forma misma de relación». (*N. de la Edit.*)

sarrolladas y, por tanto, con un modo más progresivo de la propia actividad de los individuos, que *à son tour** se convierte de nuevo en una traba y es sustituida, a su vez, por otra. Y, como estas condiciones corresponden en cada fase al desarrollo simultáneo de las fuerzas productivas, tenemos que su historia es, al propio tiempo, la historia de las fuerzas productivas en desarrollo y heredadas por cada nueva generación y, por tanto, la historia del desarrollo de las fuerzas de los mismos individuos.

Y, como este desarrollo se opera de un modo espontáneo, es decir, no se halla subordinado a un plan de conjunto de individuos libremente asociados, parte de diferentes localidades, tribus, naciones, ramas de trabajo, etc., cada una de las cuales se desarrolla con independencia de las otras y sólo paulatinamente entra en relación con ellas. Este proceso se desarrolla, además, muy lentamente; las diferentes fases y los diversos intereses no se superan nunca del todo, sino que sólo se subordinan al interés victorioso y van arrastrándose siglo tras siglo al lado de éste. De donde se sigue que, incluso dentro de una nación, los individuos, aun independientemente de sus condiciones patrimoniales, siguen líneas de desarrollo completamente distintas y que un interés anterior cuya forma peculiar de relación se ve ya desplazada por otra correspondiente a un interés posterior, puede mantenerse durante largo tiempo en posesión de un poder tradicional en la aparente comunidad sustantivada frente a los individuos (en el Estado y en el derecho), poder al que en última instancia sólo podrá poner fin una revolución. Y así se explica también por qué, con respecto a ciertos puntos [62] concretos susceptibles de una síntesis más general, la conciencia puede, a veces, parecer que se halla más avanzada que las relaciones empíricas contemporáneas, razón por la cual vemos cómo, muchas veces, a la vista de las luchas de una época posterior se invocan como autoridades las doctrinas de teóricos anteriores.

En cambio, en países como Norteamérica, que comienzan desde el principio en una época histórica ya muy avanzada, el proceso de desarrollo marcha muy rápidamente. Estos países no tienen más premisas naturales que los individuos que allí se instalan como colonos, movidos a ello por las formas de relación de los viejos países, que no corresponden ya a sus necesidades. Comienzan, pues, con los individuos más progresivos de los viejos países y, por tanto, con la forma de relación más desarrollada, correspondiente a esos individuos, antes ya de que esta forma de relación haya podido imponerse en los países viejos. Tal es lo que ocurre con todas las colonias, cuando no se trata de simples estaciones mili-

* A su vez. (*N. de la Edit.*)

tares o factorías comerciales. Ejemplos de ello los tenemos en Cartago, las colonias griegas y la Islandia de los siglos XI y XII. Y una situación parecida se da también en caso de conquista, cuando se trasplanta directamente al país conquistado la forma de relación desarrollada sobre otro suelo; mientras que en su país de origen esta forma se hallaba aún impregnada de intereses y relaciones procedentes de épocas anteriores, aquí, en cambio, puede y debe imponerse totalmente y sin el menor obstáculo, entre otras razones para asegurar de un modo estable el poder de los conquistadores. (Inglaterra y Nápoles después de la conquista por los normandos[33], que llevó a uno y otro sitio la forma más acabada de la organización feudal).

[8. El papel de la violencia (la conquista) en la historia]

A toda esta concepción de la historia parece contradecir el hecho de la conquista. Hasta ahora, venía considerándose la violencia, la guerra, el saqueo, el asesinato para robar, etc., como la fuerza propulsora de la historia. Aquí, tenemos que limitarnos necesariamente a los puntos capitales, razón por la cual tomaremos el ejemplo más palmario de la destrucción de una vieja civilización por obra de un pueblo bárbaro y, como consecuencia de ello, la creación de una nueva estructura de la sociedad, volviendo a comenzar desde el principio. (Roma y los bárbaros, el feudalismo y las Galias, el Imperio Romano de Oriente y los turcos[34]).

[63] En cuanto al pueblo bárbaro conquistador, la guerra sigue siendo, como ya apuntábamos más arriba, una forma normal de relación, explotada tanto más celosamente cuanto que, dentro del tosco modo de producción tradicional y único posible para estos pueblos, el incremento de la población crea más apremiantemente la necesidad de nuevos medios de producción. En Italia, por el contrario, por virtud de la concentración de la propiedad territorial (determinada, además de la compra de tierras y el recargo de deudas de sus cultivadores, por la herencia, ya que, a consecuencia de la gran ociosidad y de la escasez de matrimonios, los viejos linajes iban extinguiéndose poco a poco y sus bienes quedaban reunidos en pocas manos) y de la transformación de las tierras de labor en terrenos de pastos (provocada, aparte de las causas económicas normales todavía en la actualidad vigentes, por la importación de cereales robados y arrancados en concepto de tributos y y de la consiguiente escasez de consumidores para el grano de Italia), casi desapareció la población libre y los mismos esclavos morían en masa por inanición, y tenían que ser reemplazados constantemente por otros nuevos. La esclavitud seguía siendo la base

de toda la producción. Los plebeyos, que ocupaban una posición intermedia entre los libres y los esclavos, no llegaron a ser nunca más que una especie de *lumpemproletariado.* Por otra parte y en general, Roma nunca fue más que una ciudad, que mantenía con las provincias una relación casi exclusivamente política, la cual, como es natural, podía verse rota o quebrantada de nuevo por acontecimientos de orden político.

Nada más usual que la idea de que en la historia, hasta ahora, todo se ha reducido a la *conquista.* Los bárbaros *se apoderaron* del Imperio romano, y con esta conquista se explica el paso del mundo antiguo al feudalismo. Pero, en la conquista por los bárbaros, se trata de saber si la nación sojuzgada por ellos llegó a desarrollar fuerzas productivas industriales como ocurre en los pueblos modernos, o si sus fuerzas productivas descansaban, en lo fundamental, simplemente sobre su unión y sobre la comunidad [*Gemeinwesen*]. El acto de apoderarse se halla, además, condicionado por el objeto de que se apodera. La fortuna de un banquero, consistente en papeles, no puede en modo alguno ser tomada sin que quien la toma se someta a las condiciones de producción y de relación del país ocupado. Y lo mismo ocurre con todo el capital industrial de un país industrial moderno. Finalmente, la acción de apoderarse se termina siempre muy pronto, y cuando ya no hay nada que tomar necesariamente hay que empezar a producir. Y de esta necesidad de producir, muy pronto declarada, se sigue [64] que la forma de la comunidad [*Gemeinwesen*] adoptada por los conquistadores instalados en el país tiene necesariamente que corresponder a la fase de desarrollo de las fuerzas productivas con que allí se encuentran o, cuando no es ése el caso, modificarse a tono con las fuerzas productivas. Y esto explica también el hecho que se creyó observar por todas partes en la época posterior a la transmigración de los pueblos, a saber: que los vasallos se convirtieron en señores y los conquistadores adoptaron muy pronto la lengua, la cultura y las costumbres de los conquistados. El feudalismo no salió ni mucho menos, ya listo y organizado, de Alemania, sino que tuvo su origen, por parte de los conquistadores, en la organización guerrera que los ejércitos fueron adquiriendo durante la propia conquista y se desarrolló hasta convertirse en el verdadero feudalismo después de ella, gracias a la acción de las fuerzas productivas encontradas en los países conquistados. Hasta qué punto se hallaba condicionada esta forma por las fuerzas productivas lo revelan los intentos frustrados que se hicieron para imponer otras formas nacidas de viejas reminiscencias romanas (Carlomagno, etc.).

Continuarla.

[9. El desarrollo de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación en las condiciones creadas por la gran industria y la libre competencia. El antagonismo entre el trabajo y el capital]

La gran industria y la competencia funden todas las condiciones de existencia, condicionalidades y unilateralidades le los individuos bajo las dos formas más simples: la propiedad privada y el trabajo. Con el dinero, se establece como algo fortuito para los individuos toda forma de relación y la propia relación. Ya en el dinero va implícito, por tanto, el que toda relación anterior sólo era relación de los individuos en determinadas condiciones, y no de los individuos en cuanto tales individuos. Y estas condiciones se reducen a dos: trabajo acumulado, es decir, propiedad privada, y trabajo real. Al desaparecer estas dos condiciones o una sola de ellas, se paraliza la relación. Los propios economistas modernos, como por ejemplo Sismondi, Cherbuliez, etc., contraponen la *association des individus* a la *asociation des capitaux*. De otra parte, los individuos mismos quedan completamente sujetos a la división del trabajo y reducidos, con ello, a la más completa dependencia de los unos con respecto a los otros. La propiedad privada, en la medida en que se enfrenta al trabajo, dentro de éste, se desarrolla partiendo de la necesidad de la acumulación y, aunque en sus comienzos presente cada vez más marcada la forma de la comunidad [*Gemeinwesen*], va acercándose más y más, en su desarrollo ulterior, a la moderna forma de la propiedad privada. La división del trabajo sienta ya de antemano las premisas para la división de las *condiciones* de trabajo, las herramientas y los materiales y, con ello, para la diseminación del capital acumulado entre diferentes propietarios y, por consiguiente, también para su disyunción, entre el capital y el trabajo y para las diferentes formas de la misma propiedad. Cuanto más se desarrolle la división del trabajo [65] y crezca la acumulación, más se agudizará también esa disyunción. El trabajo mismo sólo podrá existir bajo el supuesto de ella.

(Energía personal de los individuos de determinadas naciones —alemanes y americanos—energía lograda ya mediante el cruzamiento de razas— de ahí los alemanes cretinos; en Francia, Inglaterra, etc., transplantación de pueblos extranjeros en el suelo ya desarrollado, en América en un suelo totalmente nuevo, en Alemania la población natural tranquilamente aferrada a su sitio.)

Nos encontramos, pues, aquí ante dos hechos*. En primer lugar, vemos que las fuerzas productivas aparecen como fuerzas totalmente independientes y separadas de los individuos, como un mundo propio al lado de éstos, lo que tiene su razón de ser en el hecho de que los individuos, cuyas fuerzas son aquéllas, existen diseminados los unos frente a los otros, al paso que estas fuerzas sólo son fuerzas reales y verdaderas en la relación y la interconexión de estos individuos. Por tanto, de una parte, una totalidad de fuerzas productivas que adoptan, en cierto modo, una forma material y que para los mismos individuos no son ya sus propias fuerzas, sino las de la propiedad privada y, por tanto, sólo son las de los individuos en cuanto propietarios privados. En ningún otro período anterior habían llegado las fuerzas productivas a revestir esta forma indiferente para la relación de los individuos *como tales individuos*, porque su relación era todavía limitada. De otra parte, a estas fuerzas productivas se enfrenta la mayoría de los individuos, de los que estas fuerzas se han desgarrado y que, por tanto, despojados de todo contenido real de vida, se han convertido en individuos abstractos y, por ello mismo, se ven puestos en condiciones de relacionarse los unos con los otros *como individuos*.

La única relación que aún mantienen los individuos con las fuerzas productivas y con su propia existencia, el trabajo, ha perdido en ellos toda apariencia de actividad propia y sólo conserva [66] su vida empequeñeciéndola. Mientras que en los períodos anteriores la actividad propia y la producción de la vida material aparecían separadas por el hecho de atribuirse a personas distintas, y la producción de la vida material, por la limitación de los individuos mismos, se consideraba como una modalidad subordinada de la actividad propia, ahora estos dos aspectos se desdoblan de tal modo, que la vida material pasa a ser considerada como la meta, y la producción de esta vida material, el trabajo (ahora, la única forma posible, pero forma negativa, como veremos, de la actividad propia), se revela como medio.

[10. La necesidad, las condiciones y los resultados de la supresión de la propiedad privada]

Las cosas, por tanto, han ido tan lejos, que los individuos necesitan apropiarse la totalidad de las fuerzas productivas existentes, no sólo para poder ejercer su propia actividad, sino, en general, para asegurar su propia existencia.

* Glosa marginal de Engels: «Sismondi». (*N. de la Edit.*)

Esta apropiación se halla condicionada, ante todo, por el objeto que se trata de apropiar, es decir, por las fuerzas productivas, desarrolladas ahora hasta convertirse en una totalidad y que sólo existen dentro de una relación universal. Por tanto, esta apropiación deberá necesariamente tener, ya desde este punto de vista, un carácter universal en consonancia con las fuerzas productivas y la relación. La apropiación de estas fuerzas no es, de suyo, otra cosa que el desarrollo de las capacidades individuales correspondientes a los instrumentos materiales de producción. La apropiación de una totalidad de instrumentos de producción es ya de por sí, consiguientemente, el desarrollo de una totalidad de capacidades en los individuos mismos.

Esta apropiación se halla, además, condicionada por los individuos apropiantes. Sólo los proletarios de la época actual, totalmente excluidos del ejercicio de su propia actividad, se hallan en condiciones de hacer valer su propia actividad, íntegra y no limitada, consistente en la apropiación de una totalidad de fuerzas productivas y en el consiguiente desarrollo de una totalidad de capacidades. Todas las anteriores apropiaciones revolucionarias habían tenido un carácter limitado; individuos cuya propia actividad se veía restringida por un instrumento de producción y un intercambio limitados, se apropiaban este instrumento limitado [67] de producción y, con ello, no hacían más que limitarlo nuevamente. Su instrumento de producción pasaba a ser propiedad suya, pero ellos mismos seguían sujetos a la división del trabajo y a su propio instrumento de producción. En todas las apropiaciones pasadas una masa de individuos quedaba subordinada a algún instrumento de producción; en la apropiación proletaria, la de instrumentos de producción tenía necesariamente que verse subordinada a cada individuo y la propiedad sobre ellos, a todos. El moderno intercambio universal sólo puede verse subordinado a los individuos siempre y cuando que se vea subordinado por todos.

La apropiación se halla, además, condicionada por el modo de llevarse a cabo. En efecto, sólo puede llevarse a cabo mediante una asociación que, dado el carácter del proletariado mismo, no puede ser tampoco más que una asociación universal, y por obra de una revolución en la que, de una parte, se derroque el poder del modo de producción y de relación anterior y la organización social correspondiente y en la que, de otra parte, se desarrollan el carácter universal y la energía de que el proletariado necesita para llevar a cabo la apropiación, a la par que el mismo proletariado, por su parte, se despoja de cuanto pueda quedar en él de la posición que ocupaba en la anterior sociedad.

Solamente al llegar a esta fase coincide la actividad propia con la vida material, lo que corresponde al desarrollo de los individuos como individuos totales y a la superación de cuanto hay en ellos de espontáneo; y a ello corresponde la transformación del trabajo en actividad propia y la relación anterior condicionada en relación entre los individuos en cuanto tales. Con la apropiación de la totalidad de las fuerzas productivas por los individuos asociados termina la propiedad privada. Mientras que en la historia anterior se manifestaba siempre como fortuita una condición especial, ahora pasa a ser fortuita el aislamiento de los individuos mismos, la adquisición privada particular de cada uno.

Los filósofos se han representado como un ideal, al que llaman el «Hombre», a los individuos [68] que no se ven ya subordinados a la división del trabajo, concibiendo todo este proceso que nosotros acabamos de exponer como el proceso de desarrollo del «Hombre», para lo que en lugar de los individuos que hasta ahora hemos visto actuar en cada fase histórica se desliza el concepto del «Hombre», presentándolo como la fuerza propulsora de la historia. De este modo, se concibe todo este proceso como el proceso de autoenajenación del «Hombre»*, y la razón principal de ello está en que constantemente se atribuye por debajo de cuerda el individuo medio de la fase posterior a la anterior y la conciencia posterior a los individuos anteriores. Y esta inversión, que de antemano hace caso omiso de las condiciones reales, es lo que permite convertir toda la historia en un proceso de desarrollo de la conciencia.

* * *

La sociedad civil abarca toda la relación material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, transciende de los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer al exterior como nacionalidad y, vista hacia el interior, como Estado. El término «sociedad civil»** apareció en el siglo XVIII, cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido del marco de la comunidad antigua y medieval [*Gemeinwesen*]. La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente a base de la producción y la relación, y que forma en todas las

---

* Glosa marginal de Marx: «Autoenajenación». (*N. de la Edit.*)

** El término «*bürgerliche Gesellschaft*» significa «sociedad civil» y «sociedad burguesa». (*N. de la Edit.*)

épocas la base del Estado y de toda otra superestructura idealista*, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre.

[11. La actitud del Estado y del derecho hacia la propiedad]

La primera forma de la propiedad es, tanto en el mundo antiguo como en la Edad Media, la propiedad tribal, condicionada entre los romanos, principalmente, por la guerra, y entre los germanos [69], por la ganadería. Entre los pueblos antiguos, teniendo en cuenta que en una misma ciudad convivían diversas tribus, la propiedad tribal aparece como propiedad del Estado y el derecho del individuo a disfrutarla, como simple *possessio*, la cual, sin embargo, se limita, como la propiedad tribal en todos los casos, a la propiedad sobre la tierra. La verdadera propiedad privada, entre los antiguos, al igual que entre los pueblos modernos, comienza con la propiedad mobiliaria. (La esclavitud y la comunidad [*Gemeinwesen*]) (el *dominium ex jure Quiritum*)**. En los pueblos surgidos de la Edad Media, la propiedad tribal se desarrolla pasando por varias etapas —propiedad feudal de la tierra, propiedad mobiliaria corporativa, capital manufacturero— hasta llegar al capital moderno, condicionado por la gran industria y la competencia universal, a la propiedad privada pura, que se ha despojado ya de toda apariencia de comunidad [*Gemeinwesen*] y ha eliminado toda influencia del Estado sobre el desarrollo de la propiedad. A esta propiedad privada moderna corresponde el Estado moderno, paulatinamente comprado, mediante el sistema de impuestos en rigor, por los propietarios privados, entregado completamente a éstos merced a la deuda pública y cuya existencia, como revela el alza y la baja de los valores del Estado en la Bolsa, depende enteramente del crédito comercial que le concedan los propietarios privados, los burgueses. La burguesía, por ser ya una *clase*, y no un simple *estamento*, se halla obligada a organizarse en un plano nacional y no ya solamente en un plano local y a dar a sus intereses comunes una forma general. Mediante la emancipación de la propiedad privada con respecto a la comunidad [*Gemeinwesen*], el Estado cobra una existencia propia junto a la sociedad civil y al margen de ella; pero no es tampoco más que la forma de organización a que necesariamente se someten los burgueses, tanto en lo interior como en lo exterior, para la mutua garantía de su propiedad] y de sus intereses. La independencia del Estado sólo se da,

---

* es decir, ideal, ideológica. (*N. de la Edit.*)

** Propiedad de derecho quiritario, o sea, la propiedad del ciudadano romano. (*N. de la Edit.*)

hoy día, en aquellos países en que los estamentos aún no se han desarrollado totalmente hasta convertirse en clases, donde aún desempeñan cierto papel los estamentos, eliminados ya en los países más avanzados, donde existe cierta mezcla y donde, por tanto, ninguna parte de la población puede llegar a dominar sobre las demás. Es esto, en efecto, lo que ocurre en Alemania. El ejemplo más acabado del Estado moderno lo tenemos en Norteamérica [70]. Los modernos escritores franceses, ingleses y norteamericanos se manifiestan todos en el sentido de que el Estado sólo existe en función de la propiedad privada, lo que, a fuerza de repetirse, se ha incorporado ya a la conciencia habitual.

Como el Estado es la forma bajo la que los individuos de la clase dominante hacen valer sus intereses comunes y en la que se condensa toda la sociedad civil de la época, se sigue de aquí que todas las instituciones comunes se objetivan a través del Estado y adquieren a través de él la forma política. De ahí la ilusión de que la ley se basa en la voluntad y, además, en la voluntad desgajada de su base real, en la voluntad *libre*. Y, del mismo modo, se reduce el derecho, a su vez, a la ley.

El derecho privado se desarrolla conjuntamente con la propiedad privada a partir de la desintegración de la comunidad [*Gemeinwegen*] natural. Entre los romanos, el desarrollo de la propiedad privada y el derecho privado no acarreó más consecuencias industriales y comerciales porque el modo de producción de Roma siguió siendo enteramente el mismo que antes*. En los pueblos modernos, donde la comunidad [*Gemeinwesen*] feudal fue disuelta por la industria y el comercio, el nacimiento de la propiedad privada y el derecho privado abrió una nueva fase, susceptible de un desarrollo ulterior. La primera ciudad que en la Edad Media mantenía un comercio extenso por mar, Amalfi, fue también la primera en que se desarrolló un derecho marítimo[35]. Y tan pronto como, primero en Italia y más tarde en otros países, la industria y el comercio se encargaron de seguir desarrollando la propiedad privada, se acogió de nuevo el derecho romano desarrollado y se le dio autoridad. Y cuando, más tarde, la burguesía era ya lo suficientemente fuerte para que los príncipes tomaran bajo su protección sus intereses, con la mira de derrocar a la nobleza feudal por medio de la burguesía, comenzó en todos los países —como en Francia, en el siglo XVI— el verdadero desarrollo del derecho, que en todos ellos [71], exceptuando a Inglaterra, tomó como base el derecho romano. Pero también en Inglaterra se utilizaron, para el desarrollo ulterior del derecho privado, algunos principios jurídicos romanos (principalmente, en lo tocante a la propiedad mobiliaria).

---

* Glosa marginal de Engels: «(¡Usura!)». (*N. de la Edit.*)

(No se olvide que el derecho carece de historia propia, como carece también de ella la religión).

El derecho privado proclama las relaciones de propiedad existentes como el resultado de la voluntad general. El mismo *jus utendi et abutendi** expresa, de una parte, el hecho de que la propiedad privada ya no depende en absoluto de la comunidad [*Gemeinwesen*] y, de otra parte, la ilusión de que la misma propiedad privada descansa sobre la mera voluntad privada, como el derecho a disponer arbitrariamente de la cosa. En la práctica, el *abuti*** tropieza con limitaciones económicas muy determinadas y concretas para el propietario privado, si no quiere que su propiedad, y con ella su *jus abutendi****, pasen a otras manos, puesto que la cosa no es tal cosa simplemente en relación con su voluntad, sino que solamente se convierte en verdadera propiedad en el comercio e independientemente del derecho a una cosa (solamente allí se convierte en una *relación*, en lo que los filósofos llaman una idea)****. Esta ilusión jurídica, que reduce el derecho a la mera voluntad, conduce, necesariamente, en el desarrollo ulterior de las relaciones de propiedad, a que una persona puede tener un derecho jurídico a una cosa sin llegar a poseerla realmente. Así, por ejemplo, si la competencia suprime la renta de una finca, el propietario conservará, sin duda alguna el título jurídico de propiedad, y con él el correspondiente *jus utendi et abutendi*. Pero, nada podrá hacer con ese derecho ni poseerá nada en cuanto propietario de la tierra, a menos que disponga del capital, suficiente para poder cultivar su finca. Y por la misma ilusión de los juristas se explica el que para ellos y para todos los códigos en general sea algo fortuito el que los individuos entablen relaciones entre sí, celebrando, por ejemplo, contratos, considerando estas relaciones como nexos que se pueden o no contraer, según se quiera [72], y cuyo contenido descansa íntegramente sobre el capricho individual de los contratantes.

Tan pronto como el desarrollo de la industria y del comercio hace surgir nuevas formas de intercambio, por ejemplo, las compañías de seguros, etc., el derecho se ve obligado, en cada caso, a dar entrada a estas formas entre los modos de adquirir la propiedad*****.

---

* derecho de usar y de abusar, o sea, disponer de una cosa al arbitrio de uno. (*N. de la Edit.*)

** abusar. (*N. de la Edit.*)

*** derecho de abusar. (*N. de la Edit.*)

**** Glosa marginal de Marx: «*La relación, para los filósofos, significa idea.* No conocen más que la relación del «Hombre» consigo mismo, por cuya razón todas las relaciones reales se truecan, para ellos, en ideas». (*N. de la Edit.*)

***** Más adelante, al final del manuscrito, siguen unas notas de Marx para ser elaboradas ulteriormente. (*N. de la Edit.*)

[12. Formas de conciencia social]

La influencia de la división del trabajo en la ciencia.

El papel de la *represión* en cuanto al Estado, el derecho, la moral, etc.

En la ley, los burgueses deben darse a sí mismos una expresión general precisamente porque dominan como clase.

Las ciencias naturales y la historia.

No existe historia de la política, el derecho, la ciencia, etc., el arte, la religión, etc.*

Por qué los ideólogos ponen todo cabeza abajo.

Predicadores de la religión, juristas, políticos.

Juristas, políticos (estadistas en general), moralistas, predicadores de la religión.

En cuanto a esta subdivisión ideológica dentro de una misma clase: 1) *La profesión adquiere una existencia propia en virtud de la división del trabajo.* Cada cual estima que su oficio es el verdadero. Respecto de la conexión entre su oficio y la realidad se crean aún más ineludiblemente ilusiones de que ello viene condicionado ya por la propia naturaleza del oficio. Las relaciones se convierten en conceptos en la jurisprudencia, la política, etc., en la conciencia; puesto que no se sobresalen entre estas relaciones, los conceptos referentes a las mismas se convierten en su cabeza en conceptos fijos; por ejemplo, el juez aplica un código, por eso estima que la legislación es la auténtica fuerza propulsora. El respeto por la mercancía de uno, ya que su profesión tiene que tratar materias generales.

Idea de la justicia. Idea de Estado. En la conciencia *común* las cosas están puestas cabeza abajo.

La religión es desde el comienzo una conciencia de lo *transcendental* proveniente de la necesidad *real*.

Expresarlo de modo más popular.

La tradición en el dominio del derecho, la religión. etc

---

* Glosa marginal de Marx: «A la comunidad» [*dem Gemeinweisen*] en la forma en que se manifiesta en el Estado antiguo, en el régimen feudal y la monarquía absoluta, a esa conexión le corresponden sobre todo las ideas religiosas». (*N. de la Edit.*)

* * *

[73]* Los individuos siempre han partido, siempre parten de sí mismos. Sus relaciones son relaciones de su vida efectiva. ¿Cómo resulta que sus relaciones adquieren una existencia independiente, que les es opuesta, y que las fuerzas de su propia vida se convierten en fuerzas que los dominan?

En breves palabras: *la división del trabajo*, cuyo grado depende del desarrollo de las fuerzas productivas en cada época concreta.

La propiedad de la tierra. La propiedad comunal. La feudal. La moderna.

La propiedad estamental. La propiedad de la manufactura. El capital industrial.

Escrito por C. Marx y F. Engels en Bruselas entre noviembre de 1845 y agosto de 1846.
Publicado por vez primera en ruso en el *Archivo de C. Marx y F. Engels*, libro I, 1924.

Se publica de acuerdo con el manuscrito.
Traducido del alemán.

* Esta última página del manuscrito no lleva número. Contiene notas referentes al comienzo de la exposición de la concepción materialista de la historia. Las ideas anotadas aquí se desarrollan luego en la parte I del capítulo, en el § 3. (*N. de la Edit.*)

F. ENGELS

PRINCIPIOS DEL COMUNISMO[36]

I. ¿Qué es el comunismo?

El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado.

II. ¿Qué es el proletariado?

El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo, es decir, de los períodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX.

III. ¿Quiere decir que los proletarios no han existido siempre?

No. Las clases pobres y trabajadoras han existido siempre, siendo pobres en la mayoría de los casos. Ahora bien, los pobres, los obreros que viviesen en las condiciones que acabamos de señalar, o sea los proletarios, no han existido siempre, del mismo modo que la competencia no ha sido siempre libre y desenfrenada.

IV. ¿Cómo apareció el proletariado?

El proletariado nació a raíz de la revolución industrial, que se produjo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo pasado y se repitió luego en todos los países civilizados del mundo. Dicha revolución se debió al invento de la máquina de vapor, de las diver-

sus máquinas de hilar, del telar mecánico y de toda una serie de otros dispositivos mecánicos. Estas máquinas, que costaban muy caras y, por eso, sólo estaban al alcance de los grandes capitalistas, transformaron completamente el antiguo modo de producción y desplazaron a los obreros anteriores, puesto que las máquinas producían mercancías más baratas y mejores que las que podían hacer éstos con ayuda de sus ruecas y telares imperfectos. Las máquinas pusieron la industria enteramente en manos de los grandes capitalistas y redujeron a la nada el valor de la pequeña propiedad de los obreros (instrumentos, telares, etc.), de modo que los capitalistas pronto se apoderaron de todo, y los obreros se quedaron con nada. Así se instauró en la producción de tejidos el sistema fabril. En cuanto se dio el primer impulso a la introducción de máquinas y al sistema fabril, este último se propagó rápidamente en las demás ramas de la industria, sobre todo en el estampado de tejidos, la impresión de libros, la alfarería y la metalurgia. El trabajo comenzó a dividirse más y más entre los obreros individuales de tal manera que el que antes efectuaba todo el trabajo pasó a realizar nada más que una parte del mismo. Esta división del trabajo permitió fabricar los productos más rápidamente y, por consecuencia, de modo más barato. Ello redujo la actividad de cada obrero a un procedimiento mecánico, muy sencillo, constantemente repetido, que la máquina podía realizar con el mismo éxito o incluso mucho mejor. Por tanto, todas estas ramas de la producción cayeron, una tras otra, bajo la dominación del vapor, de las máquinas y del sistema fabril, exactamente del mismo modo que la producción de hilados y de tejidos. En consecuencia, ellas se vieron enteramente en manos de los grandes capitalistas, y los obreros quedaron privados de los últimos restos de su independencia. Poco a poco, el sistema fabril extendió su dominación no ya sólo a la manufactura, en el sentido estricto de la palabra, sino que comenzó a apoderarse más y más de las actividades artesanas, ya que también en esta esfera los grandes capitalistas desplazaban cada vez más a los pequeños maestros, montando grandes talleres, en los que era posible ahorrar muchos gastos e implantar una detallada división del trabajo. Así llegamos a que, en los países civilizados, casi en todas las ramas del trabajo se afianza la producción fabril y, casi en todas estas ramas, la gran industria desplaza a la artesanía y la manufactura. Como resultado de ello, se arruina más y más la antigua clase media, sobre todo los pequeños artesanos, cambia completamente la anterior situación de los trabajadores y surgen dos clases nuevas, que absorben paulatinamente a todas las demás, a saber:

I. La clase de los grandes capitalistas, que son ya en todos los países civilizados casi los únicos poseedores de todos los medios

de existencia, como igualmente de las materias primas y de los instrumentos (máquinas, fábricas, etc.) necesarios para la producción de los medios de existencia. Es la clase de los burgueses, o sea, burguesía.

II. La clase de los completamente desposeídos, de los que en virtud de ello se ven forzados a vender su trabajo a los burgueses, al fin de recibir en cambio los medios de subsistencia necesarios para vivir. Esta clase se denomina la clase de los proletarios, o sea, proletariado.

V. ¿En qué condiciones se realiza esta venta del trabajo de los proletarios a los burgueses?

El trabajo es una mercancía como otra cualquiera, y su precio depende, por consiguiente, de las mismas leyes que el de cualquier otra mercancía. Pero, el precio de una mercancía, bajo el dominio de la gran industria o de la libre competencia, que es lo mismo, como lo veremos más adelante, es, por término medio, siempre igual a los gastos de producción de dicha mercancía. Por tanto, el precio del trabajo es también igual al costo de producción del trabajo. Ahora bien, el costo de producción del trabajo consta precisamente de la cantidad de medios de subsistencia indispensables para que el obrero esté en condiciones de mantener su capacidad de trabajo y para que la clase obrera no se extinga. El obrero no percibirá por su trabajo más que lo indispensable para ese fin; el precio del trabajo o el salario será, por consiguiente, el más bajo, constituirá el mínimo de lo indispensable para mantener la vida. Pero, por cuanto en los negocios existen períodos mejores y peores, el obrero percibirá unas veces más, otras menos, exactamente de la misma manera que el fabricante cobra unas veces más, otras menos, por sus mercancías. Y, al igual que el fabricante, que, por término medio, contando los tiempos buenos y los malos, no percibe por sus mercancías ni más ni menos que su costo de producción, el obrero percibirá, por término medio, ni más ni menos que ese mínimo. Esta ley económica del salario se aplicará más rigurosamente en la medida en que la gran industria vaya penetrando en todas las ramas de la producción.

VI. ¿Qué clases trabajadoras existían antes de la revolución industrial?

Las clases trabajadoras han vivido en distintas condiciones, según las diferentes fases de desarrollo de la sociedad, y han ocupado posiciones distintas respecto de las clases poseedoras y dominantes. En la antigüedad, los trabajadores eran *esclavos* de sus amos, como lo son todavía en un gran número de países atrasados e incluso en la parte meridional de los Estados Unidos. En la Edad Media eran *siervos* de los nobles propietarios de tierras,

como lo son todavía en Hungría, Polonia y Rusia. Además, en la Edad Media, hasta la revolución industrial, existían en las ciudades oficiales artesanos que trabajaban al servicio de la pequeña burguesía y, poco a poco, en la medida del progreso de la manufactura, comenzaron a aparecer obreros de manufactura que iban a trabajar contratados por grandes capitalistas.

VII. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el esclavo?

El esclavo está vendido de una vez y para siempre, en cambio, el proletario tiene que venderse él mismo cada día y cada hora. Todo esclavo individual, propiedad de *un* señor determinado, tiene ya asegurada su existencia por miserable que sea, por interés de éste. En cambio el proletario individual es, valga la expresión, propiedad de toda la *clase* de la burguesía. Su trabajo no se compra más que cuando alguien lo necesita, por cuya razón no tiene la existencia asegurada. Esta existencia está asegurada únicamente a toda la *clase* de los proletarios. El esclavo está fuera de la competencia. El proletario se halla sometido a ella y siente todas sus fluctuaciones. El esclavo es considerado como una cosa, y no miembro de la sociedad civil. El proletario es reconocido como persona, como miembro de la sociedad civil. Por consiguiente, el esclavo puede tener una existencia mejor que el proletario, pero este último pertenece a una etapa superior de desarrollo de la sociedad y se encuentra a un nivel más alto que el esclavo. Este se libera cuando de todas las relaciones de la propiedad privada no suprime más que una, la relación de esclavitud, gracias a lo cual sólo entonces se convierte en proletario; en cambio, el proletario sólo puede liberarse suprimiendo toda la propiedad privada en general.

VIII. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el siervo?

El siervo posee en propiedad y usufructo un instrumento de producción y una porción de tierra, a cambio de lo cual entrega una parte de su producto o cumple ciertos trabajos. El proletario trabaja con instrumentos de producción pertenecientes a otra persona, por cuenta de ésta, a cambio de una parte del producto. El siervo da, al proletario le dan. El siervo tiene la existencia asegurada, el proletario no. El siervo está fuera de la competencia, el proletario se halla sujeto a ella. El siervo se libera ya refugiándose en la ciudad y haciéndose artesano, ya dando a su amo dinero en lugar de trabajo o productos, transformándose en libre arrendatario, ya expulsando a su señor feudal y haciéndose él mismo propietario. Dicho en breves palabras, se libera entrando de una manera u otra en la clase poseedora y en la esfera de la competencia. El proletario se libera suprimiendo la competencia, la propiedad privada y todas las diferencias de clase.

IX. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el artesano?*

X. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el obrero de manufactura?

El obrero de manufactura de los siglos XVI-XVIII poseía casi en todas partes instrumentos de producción: su telar, su rueca para la familia y un pequeño terreno que cultivaba en las horas libres. El proletario no tiene nada de eso. El obrero de manufactura vive casi siempre en el campo y se halla en relaciones más o menos patriarcales con su señor o su patrono. El proletario suele vivir en grandes ciudades y no lo unen a su patrono más que relaciones de dinero. La gran industria arranca al obrero de manufactura de sus condiciones patriarcales; éste pierde la propiedad que todavía poseía y sólo entonces se convierte en proletario.

XI. ¿Cuáles fueron las consecuencias directas de la revolución industrial y de la división de la sociedad en burgueses y proletarios?

En primer lugar, en virtud de que el trabajo de las máquinas reducía más y más los precios de los artículos industriales, en casi todos los países del mundo el viejo sistema de la manufactura o de la industria basada en el trabajo manual fue destruido enteramente. Todos los países semibárbaros que todavía quedaban más o menos al margen del desarrollo histórico y cuya industria se basaba todavía en la manufactura, fueron arrancados violentamente de su aislamiento. Comenzaron a comprar mercancías más baratas a los ingleses, dejando que se muriesen de hambre sus propios obreros de manufactura. Así, países que durante milenios no conocieron el menor progreso, como, por ejemplo, la India, pasaron por una completa revolución, e incluso la China marcha ahora de cara a la revolución. Las cosas han llegado a tal punto que una nueva máquina que se invente ahora en Inglaterra podrá, en el espacio de un año, condenar al hambre a millones de obreros de China. De este modo, la gran industria ha ligado los unos a los otros a todos los pueblos de la tierra, ha unido en un solo mercado mundial todos los pequeños mercados locales, ha preparado por doquier el terreno para la civilización y el progreso y ha hecho las cosas de tal manera que todo lo que se realiza en los países civilizados debe necesariamente repercutir en todos los demás, por tanto, si los obreros de Inglaterra o de Francia se liberan ahora, ello debe suscitar revoluciones en todos los demás países, revoluciones que tarde o temprano culminarán también allí en la liberación de los obreros.

---

* Aquí Engels deja en blanco el manuscrito para redactar luego la respuesta a la pregunta IX. (*N. de la Edit.*)

En segundo lugar, en todas las partes en que la gran industria ocupó el lugar de la manufactura, la burguesía aumentó extraordinariamente su riqueza y poder y se erigió en primera clase del país. En consecuencia, en todas las partes en las que se produjo ese proceso, la burguesía tomó en sus manos el poder político y desalojó las clases que dominaban antes: la aristocracia, los maestros de gremio y la monarquía absoluta, que representaba a la una y a los otros. La burguesía acabó con el poderío de la aristocracia y de la nobleza, suprimiendo el mayorazgo o la inalienabilidad de la posesión de tierras, como también todos los privilegios de la nobleza. Destruyó el poderío de los maestros de gremio, eliminando todos los gremios y los privilegios gremiales. En el lugar de unos y otros puso la libre competencia, es decir, un estado de la sociedad en la que cada cual tenía derecho a dedicarse a la rama de la industria que le gustase y nadie podía impedírselo a no ser la falta de capital necesario para tal actividad. Por consiguiente, la implantación de la libre competencia es la proclamación pública de que, de ahora en adelante, los miembros de la sociedad no son iguales entre sí únicamente en la medida en que no lo son sus capitales, que el capital se convierte en la fuerza decisiva y que los capitalistas, o sea, los burgueses, se erigen así en la primera clase de la sociedad. Ahora bien, la libre competencia es indispensable en el período inicial del desarrollo de la gran industria, porque es el único régimen social con el que la gran industria puede progresar. Tras de aniquilar de este modo el poderío social de la nobleza y de los maestros de gremio, puso fin también al poder político de la una y los otros. Llegada a ser la primera clase de la sociedad, la burguesía se proclamó también la primera clase en la esfera política. Lo hizo implantando el sistema representativo, basado en la igualdad burguesa ante la ley y en el reconocimiento legislativo de la libre competencia. Este sistema fue instaurado en los países europeos bajo la forma de la monarquía constitucional. En dicha monarquía sólo tienen derecho de voto los poseedores de cierto capital, es decir, únicamente los burgueses. Estos electores burgueses eligen a los diputados, y estos diputados burgueses, valiéndose del derecho a negar los impuestos, eligen un gobierno burgués.

En tercer lugar, la revolución indistrial ha creado en todas partes el proletariado en la misma medida que la burguesía. Cuanto más ricos se hacían los burgueses, más numerosos eran los proletarios. Visto que sólo el capital puede dar ocupación a los proletarios y que el capital sólo aumenta cuando emplea trabajo, el crecimiento del proletariado se produce en exacta correspondencia con el del capital. Al propio tiempo, la revolución industrial agrupa a los burgueses y a los proletarios en grandes

ciudades, en las que es más ventajoso fomentar la industria, y con esa concentración de grandes masas en *un mismo* lugar le inculca a los proletarios la conciencia de su fuerza. Luego, en la medida del progreso de la revolución industrial, en la medida en que se inventan nuevas máquinas, que eliminan el trabajo manual, la gran industria ejerce una presión creciente sobre los salarios y los reduce, como hemos dicho, al mínimo, haciendo la situación del proletariado cada vez más insoportable. Así, por una parte, como consecuencia del descontento creciente del proletariado y, por la otra, del crecimiento del poderío de éste, la revolución industrial prepara la revolución social que ha de realizar el proletariado.

XII. ¿Cuáles han sido las consecuencias siguientes de la revolución industrial?

La gran industria creó, con la máquina de vapor y otras máquinas, los medios de aumentar la producción industrial rápidamente, a bajo costo y hasta el infinito. Merced a esta facilidad de ampliar la producción, la libre competencia, consecuencia necesaria de esta gran industria, adquirió pronto un carácter extraordinariamente violento; un gran número de capitalistas se lanzó a la industria, en breve plazo se produjo más de lo que se podía consumir. Como consecuencia, no se podían vender las mercancías fabricadas y sobrevino la llamada crisis comercial; las fábricas tuvieron que parar, los fabricantes quebraron y los obreros se quedaron sin pan. Y en todas partes se extendió la mayor miseria. Al cabo de cierto tiempo se vendieron los productos sobrantes, las fábricas volvieron a funcionar, los salarios subieron y, poco a poco, los negocios marcharon mejor que nunca. Pero no por mucho tiempo, ya que pronto volvieron a producirse demasiadas mercancías y sobrevino una nueva crisis que transcurrió exactamente de la misma manera que la anterior. Así, desde comienzos del presente siglo, en la situación de la industria se han producido continuamente oscilaciones entre períodos de prosperidad y períodos de crisis, y casi regularmente, cada cinco o siete años se ha producido tal crisis, con la particularidad de que cada vez acarreaba las mayores calamidades para los obreros, una agitación revolucionaria general y un peligro colosal para todo el régimen existente.

XIII. ¿Cuáles son las consecuencias de estas crisis comerciales que se repiten regularmente?

En primer lugar, la de que la gran industria, que en el primer período de su desarrollo creó la libre competencia, la ha rebasado ya; que la competencia y, hablando en términos generales, la producción industrial en manos de unos u otros particulares se ha convertido para ella en una traba a la que debe y ha de romper;

que la gran industria, mientras siga sobre la base actual, no puede existir sin conducir cada siete años a un caos general que supone cada vez un peligro para toda la civilización y no sólo sume en la miseria a los proletarios, sino que arruina a muchos burgueses; que, por consiguiente, la gran industria debe destruirse ella misma, lo que es absolutamente imposible, o reconocer que hace imprescindible una organización completamente nueva de la sociedad, en la que la producción industrial no será más dirigida por unos u otros fabricantes en competencia entre sí, sino por toda la sociedad con arreglo a un plan determinado y de conformidad con las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

En segundo lugar, que la gran industria y la posibilidad, condicionada por ésta, de ampliar hasta el infinito la producción permiten crear un régimen social en el que se producirán tantos medios de subsistencia que cada miembro de la sociedad estará en condiciones de desarrollar y emplear libremente todas sus fuerzas y facultades; de modo que, precisamente la peculiaridad de la gran industria que en la sociedad moderna engendra toda la miseria y todas las crisis comerciales será en la otra organización social justamente la que ha de acabar con esa miseria y esas fluctuaciones preñadas de tantas desgracias.

Por tanto, está probado claramente:

1) que en la actualidad todos estos males se deben únicamente al régimen social, el cual ya no responde más a las condiciones existentes;

2) que ya existen los medios de supresión definitiva de estas calamidades por vía de la construcción de un nuevo orden social.

XIV. ¿Cómo debe ser ese nuevo orden social?

Ante todo, la administración de la industria y de todas las ramas de la producción en general dejará de pertenecer a unos u otros individuos en competencia. En lugar de esto, las ramas de la producción pasarán a manos de toda la sociedad, es decir, serán administradas en beneficio de toda la sociedad, con arreglo a un plan general y con la participación de todos los miembros de la sociedad. Por tanto, el nuevo orden social suprimirá la competencia y la sustituirá con la asociación. En vista de que la dirección de la industria, al hallarse en manos de particulares, implica necesariamente la existencia de la propiedad privada y por cuanto la competencia no es otra cosa que ese modo de dirigir la industria, en el que la gobiernan propietarios privados, la propiedad privada va unida inseparablemente a la dirección individual de la industria y a la competencia. Así, la propiedad privada debe también ser suprimida y ocuparán su lugar el usufructo colectivo de todos los instrumentos de producción y el reparto de los productos de común acuerdo, lo que se llama la comunidad de bienes.

La supresión de la propiedad privada es incluso la expresión más breve y más característica de esta transformación de todo el régimen social, que se ha hecho posible merced al progreso de la industria. Por eso los comunistas la plantean con razón como su principal reivindicación.

XV. ¿Eso quiere decir que la supresión de la propiedad privada no era posible antes?

No, no era posible. Toda transformación del orden social, todo cambio de las relaciones de propiedad es consecuencia necesaria de la aparición de nuevas fuerzas productivas que han dejado de corresponder a las viejas relaciones de propiedad. Así ha surgido la misma propiedad privada. La propiedad privada no ha existido siempre; cuando a fines de la Edad Media surgió el nuevo modo de producción bajo la forma de la manufactura, que no encuadraba en el marco de la propiedad feudal y gremial, esta manufactura, que no correspondía ya a las viejas relaciones de propiedad, dio vida a una nueva forma de propiedad: la propiedad privada. En efecto, para la manufactura y para el primer período de desarrollo de la gran industria no era posible ninguna otra forma de propiedad además de la propiedad privada, no era posible ningún orden social además del basado en esta propiedad. Mientras no se pueda conseguir una cantidad de productos que no sólo baste para todos, sino que se quede cierto excedente para aumentar el capital social y seguir fomentando las fuerzas productivas, deben existir necesariamente una clase dominante que disponga de las fuerzas productivas de la sociedad y una clase pobre y oprimida. La constitución y el carácter de estas clases dependen del grado de desarrollo de la producción. La sociedad de la Edad Media, que tiene por base el cultivo de la tierra, nos da el señor feudal y el siervo; las ciudades de las postrimerías de la Edad Media nos dan el maestro artesano, el oficial y el jornalero; en el siglo XVII, el propietario de manufactura y el obrero de ésta; en el siglo XIX, el gran fabricante y el proletario. Es claro que, hasta el presente, las fuerzas productivas no se han desarrollado aún al punto de proporcionar una cantidad de bienes suficiente para todos y para que la propiedad privada sea ya una traba, un obstáculo para su progreso. Pero hoy, cuando, merced al desarrollo de la gran industria, *en primer lugar*, se han constituido capitales y fuerzas productivas en proporciones sin precedentes y existen medios para aumentar en breve plazo hasta el infinito estas fuerzas productivas; cuando, *en segundo lugar*, estas fuerzas productivas se concentran en manos de un reducido número de burgueses, mientras la gran masa del pueblo se va convirtiendo cada vez más en proletarios, con la particularidad de que su situación se hace más precaria e insoportable en la medida en que aumenta la

riqueza de los burgueses; cuando, *en tercer lugar*, estas poderosas fuerzas productivas, que se multiplican con tanta facilidad hasta rebasar el marco de la propiedad privada y del burgués, provocan continuamente las mayores conmociones del orden social, sólo ahora la supresión de la propiedad privada se ha hecho posible e incluso absolutamente necesaria.

XVI. ¿Será posible suprimir por vía pacífica la propiedad privada?

Sería de desear que fuese así, y los comunistas, como es lógico, serían los últimos en oponerse a ello. Los comunistas saben muy bien que todas las conspiraciones, además de inútiles, son incluso perjudiciales. Están perfectamente al corriente de que no se pueden hacer las revoluciones premeditada y arbitrariamente y que éstas han sido siempre y en todas partes una consecuencia necesaria de circunstancias que no dependían en absoluto de la voluntad y la dirección de unos u otros partidos o clases enteras. Pero, al propio tiempo, ven que se viene aplastando por la violencia el desarrollo del proletariado en casi todos los países civilizados y que, con ello, los enemigos mismos de los comunistas trabajan con todas sus energías para la revolución. Si todo ello termina, en fin de cuentas, empujando al proletariado subyugado a la revolución, nosotros, los comunistas, defenderemos con hechos, no menos que como ahora lo hacemos de palabra, la causa del proletariado.

XVII. ¿Será posible suprimir de golpe la propiedad privada?

No, no será posible, del mismo modo que no se puede aumentar *de golpe* las fuerzas productivas existentes en la medida necesaria para crear una economía colectiva. Por eso, la revolución del proletariado, que se avecina según todos los indicios, sólo podrá transformar paulatinamente la sociedad actual, y acabará con la propiedad privada únicamente cuando haya creado la necesaria cantidad de medios de producción.

XVIII. ¿Qué vía de desarrollo tomará esa revolución?

Establecerá, ante todo, un *régimen democrático* y, por tanto, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo. Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sino, además, de pequeños campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste. Para ello, quizá, se necesite una nueva lucha que, sin embargo, no puede tener otro desenlace que la victoria del proletariado.

La democracia sería absolutamente inútil para el proletariado si no la utilizara inmediatamente como medio para llevar a cabo amplias medidas que atentasen directamente contra la propiedad privada y asegurasen la existencia del proletariado. Las medidas más importantes, que dimanan necesariamente de las condiciones actuales, son:

1) Restricción de la propiedad privada mediante el impuesto progresivo, el alto impuesto sobre las herencias, la abolición del derecho de herencia en las líneas laterales (hermanos, sobrinos, etc.), préstamos forzosos, etc.

2) Expropiación gradual de los propietarios agrarios, fabricantes, propietarios de ferrocarriles y buques, parcialmente con ayuda de la competencia por parte de la industria estatal y, parcialmente de modo directo, con indemnización en asignados.

3) Confiscación de los bienes de todos los emigrados y de los rebeldes contra la mayoría del pueblo.

4) Organización del trabajo y ocupación de los proletarios en fincas, fábricas y talleres nacionales, con lo cual se eliminará la competencia entre los obreros, y los fabricantes que queden, tendrán que pagar salarios tan altos como el Estado.

5) Igual deber obligatorio de trabajo para todos los miembros de la sociedad hasta la supresión completa de la propiedad privada. Formación de ejércitos industriales, sobre todo para la agricultura.

6) Centralización de los créditos y la banca en las manos del Estado a través del Banco Nacional, con capital del Estado. Cierre de todos los bancos privados.

7) Aumento del número de fábricas, talleres, ferrocarriles y buques nacionales, cultivo de todas las tierras que están sin labrar y mejoramiento del cultivo de las demás tierras en consonancia con el aumento de los capitales y del número de obreros de que dispone la nación.

8) Educación de todos los niños en establecimientos estatales y a cargo del Estado, desde el momento en que puedan prescindir del cuidado de la madre. Conjugar la educación con el trabajo fabril.

9) Construcción de grandes palacios en las fincas del Estado para que sirvan de vivienda a las comunas de ciudadanos que trabajen en la industria y la agricultura y unan las ventajas de la vida en la ciudad y en el campo, evitando así el carácter unilateral y los defectos de la una y la otra.

10) Destrucción de todas las casas y barrios insalubres y mal construidos.

11) Igualdad de derecho de herencia para los hijos legítimos y los naturales.

12) Concentración de todos los medios de transporte en manos de la nación.

Por supuesto, todas estas medidas no podrán ser llevadas a la práctica de golpe. Pero cada una entraña necesariamente la siguiente. Una vez emprendido el primer ataque radical contra la propiedad privada, el proletariado se verá obligado a seguir siempre adelante y a concentrar más y más en las manos del Estado todo el capital, toda la agricultura, toda la industria, todo el transporte y todo el cambio. Este es el objetivo a que conducen las medidas mencionadas. Ellas serán aplicables y surtirán su efecto centralizador exactamente en el mismo grado en que el trabajo del proletariado multiplique las fuerzas productivas del país. Finalmente, cuando todo el capital, toda la producción y todo el cambio estén concentrados en las manos de la nación, la propiedad privada dejará de existir de por sí, el dinero se hará superfluo, la producción aumentará y los hombres cambiarán tanto que se podrán suprimir también las últimas formas de relaciones de la vieja sociedad.

XIX. ¿Es posible esta revolución en un solo país?

No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania[14]. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.

XX. ¿Cuáles serán las consecuencias de la supresión definitiva de la propiedad privada?

Al quitar a los capitalistas privados el usufructo de todas las fuerzas productivas y medios de comunicación, así como el cambio y el reparto de los productos, al administrar todo eso con

arreglo a un plan basado en los recursos disponibles y las necesidades de toda la sociedad, ésta suprimirá, primeramente, todas las consecuencias nefastas ligadas al actual sistema de dirección de la gran industria. Las crisis desaparecerán; la producción ampliada, que es, en la sociedad actual, una superproducción y una causa tan poderosa de la miseria, será entonces muy insuficiente y deberá adquirir proporciones mucho mayores. En lugar de engendrar la miseria, la producción superior a las necesidades perentorias de la sociedad permitirá satisfacer las demandas de todos los miembros de ésta, engendrará nuevas demandas y creará, a la vez, los medios de satisfacerlas. Será la condición y la causa de un mayor progreso y lo llevará a cabo, sin suscitar, como antes, el trastorno periódico de todo el orden social. La gran industria, liberada de las trabas de la propiedad privada, se desarrollará en tales proporciones que, comparado con ellas, su estado actual parecerá tan mezquino como la manufactura al lado de la gran industria moderna. Este avance de la industria brindará a la sociedad suficiente cantidad de productos para satisfacer las necesidades de todos. Del mismo modo, la agricultura, en la que, debido al yugo de la propiedad privada y al fraccionamiento de las parcelas, resulta difícil el empleo de los perfeccionamientos ya existentes y de los adelantos de la ciencia, experimentará un nuevo auge y ofrecerá a disposición de la sociedad una cantidad suficiente de productos. Así, la sociedad producirá lo bastante para organizar la distribución con vistas a cubrir las necesidades de todos sus miembros. Con ello quedará superflua la división de la sociedad en clases distintas y antagónicas. Dicha división, además de superflua, será incluso incompatible con el nuevo régimen social. La existencia de clases se debe a la división del trabajo, y esta última, bajo su forma actual, desaparecerá enteramente, ya que, para elevar la producción industrial y agricola al mencionado nivel no bastan sólo los medios auxiliares mecánicos y químicos. Es preciso desarrollar correlativamente las aptitudes de los hombres que emplean estos medios. Al igual que en el siglo pasado, cuando los campesinos y los obreros de las manufacturas, tras de ser incorporados a la gran industria, modificaron todo su régimen de vida y se volvieron completamente otros, la dirección colectiva de la producción por toda la sociedad y el nuevo progreso de dicha producción que resultará de ello necesitarán hombres nuevos y los formarán. La gestión colectiva de la producción no puede correr a cargo de los hombres tales como lo son hoy, hombres que dependen cada cual de una rama determinada de la producción, están aferrados a ella, son explotados por ella, desarrollan nada más que *un* aspecto de sus aptitudes a cuenta de todos los otros y sólo cono-

con *una* rama o parte de alguna rama de toda la producción. La industria de nuestros días está ya cada vez menos en condiciones de emplear tales hombres. La industria que funciona de modo planificado merced al esfuerzo común de toda la sociedad presupone con más motivo hombres con aptitudes desarrolladas universalmente, hombres capaces de orientarse en todo el sistema de la producción. Por consiguiente, desaparecerá del todo la división del trabajo, minada ya en la actualidad por la máquina, la división que hace que uno sea campesino, otro, zapatero, un tercero, obrero fabril, y un cuarto, especulador de la bolsa. La educación dará a los jóvenes la posibilidad de asimilar rápidamente en la práctica todo el sistema de producción y les permitirá pasar sucesivamente de una rama de la producción a otra, según sean las necesidades de la sociedad o sus propias inclinaciones. Por consiguiente, la educación los liberará de ese carácter unilateral que la división actual del trabajo impone a cada individuo. Así, la sociedad organizada sobre bases comunistas dará a sus miembros la posibilidad de emplear en todos los aspectos sus facultades desarrolladas universalmente. Pero, con ello desaparecerán inevitablemente las diversas clases. Por tanto, de una parte, la sociedad organizada sobre bases comunistas es incompatible con la existencia de clases y, de la otra, la propia construcción de esa sociedad brinda los medios para suprimir las diferencias de clase.

De ahí se desprende que ha de desaparecer igualmente la oposición entre la ciudad y el campo. Unos mismos hombres se dedicarán al trabajo agrícola y al industrial, en lugar de dejar que lo hagan dos clases diferentes. Esto es una condición necesaria de la asociación comunista y por razones muy materiales. La dispersión de la población rural dedicada a la agricultura, a la par con la concentración de la población industrial en las grandes ciudades, corresponde sólo a una etapa todavía inferior de desarrollo de la agricultura y la industria y es un obstáculo para el progreso, cosa que se hace ya sentir con mucha fuerza.

La asociación general de todos los miembros de la sociedad al objeto de utilizar colectiva y racionalmente las fuerzas productivas; el fomento de la producción en proporciones suficientes para cubrir las necesidades de todos; la liquidación del estado de cosas en el que las necesidades de unos se satisfacen a costa de otros; la supresión completa de las clases y del antagonismo entre ellas; el desarrollo universal de las facultades de todos los miembros de la sociedad merced a la eliminación de la anterior división del trabajo, mediante la educación industrial, merced al cambio de actividad, a la participación de todos en el usufructo de los bienes creados por todos y, finalmente, mediante la fusión de la ciudad

con el campo serán los principales resultados de la supresión de la propiedad privada.

XXI. ¿Qué influencia ejercerá el régimen social comunista en la familia?

Las relaciones entre los sexos tendrán un carácter puramente privado, perteneciente sólo a las personas que toman parte en ellas, sin el menor motivo para la ingerencia de la sociedad. Eso es posible merced a la supresión de la propiedad privada y a la educación de los niños por la sociedad, con lo cual se destruyen las dos bases del matrimonio actual ligadas a la propiedad privada: la dependencia de la mujer respecto del hombre y la dependencia de los hijos respecto de los padres. En ello reside, precisamente, la respuesta a los alaridos altamente moralistas de los burguesotes con motivo de la comunidad de las mujeres, que, según éstos, quieren implantar los comunistas. La comunidad de las mujeres es un fenómeno que pertenece enteramente a la sociedad burguesa y existe hoy plenamente bajo la forma de prostitución. Pero, la prostitución descansa en la propiedad privada y desaparecerá junto con ella. Por consiguiente, la organización comunista, en lugar de implantar la comunidad de las mujeres, la suprimirá.

XXII. ¿Cuál será la actitud de la organización comunista hacia las nacionalidades existentes?

— Queda[37].

XXIII. ¿Cuál será su actitud hacia las religiones existentes?

— Queda.

XXIV. ¿Cuál es la diferencia entre los comunistas y los socialistas?

Los llamados socialistas se dividen en tres categorías.

La primera consta de partidarios de la sociedad feudal y patriarcal, que ha sido destruida y sigue siéndolo a diario por la gran industria, el comercio mundial y la sociedad burguesa creada por ambos. Esta categoría saca de los males de la sociedad moderna la conclusión de que hay que restablecer la sociedad feudal y patriarcal, ya que estaba libre de estos males. Todas sus propuestas persiguen, directa o indirectamente, este objetivo. Los comunistas lucharán siempre enérgicamente contra esa categoría de socialistas *reaccionarios*, pese a su fingida compasión de la miseria del proletariado y las amargas lágrimas que vierten con tal motivo, puesto que estos socialistas:

1) se proponen un objetivo absolutamente imposible;

2) se esfuerzan por restablecer la dominación de la aristocracia, los maestros de gremio y los propietarios de manufacturas, con su séquito de monarcas absolutos o feudales, funcionarios, soldados y curas, una sociedad que, cierto, estaría libre de los vicios de

la sociedad actual, pero, en cambio, acarrearía, cuando menos, otros tantos males y, además, no ofrecería la menor perspectiva de liberación, con ayuda de la organización comunista, de los obreros oprimidos;

3) muestran sus verdaderos sentimientos cada vez que el proletariado se hace revolucionario y comunista: se alían inmediatamente a la burguesía contra los proletarios.

La segunda categoría consta de partidarios de la sociedad actual, a los que los males necesariamente provocados por ésta inspiran temores en cuanto a la existencia de la misma. Ellos quieren, por consiguiente, conservar la sociedad actual, pero suprimir los males ligados a ella. A tal objeto, unos proponen medidas de simple beneficencia; otros, grandiosos planes de reformas que, so pretexto de reorganización de la sociedad, se plantean el mantenimiento de las bases de la sociedad actual y, con ello, la propia sociedad actual. Los comunistas deberán igualmente combatir con energía contra estos *socialistas burgueses*, puesto que éstos trabajan para los enemigos de los comunistas y defienden la sociedad que los comunistas quieren destruir.

Finalmente, la tercera categoría consta de socialistas democráticos. Al seguir el mismo camino que los comunistas, se proponen llevar a cabo una parte de las medidas señaladas en la pregunta...*, pero no como medidas de transición al comunismo, sino como un medio suficiente para acabar con la miseria y los males de la sociedad actual. Estos *socialistas democráticos* son proletarios que no ven todavía con bastante claridad las condiciones de su liberación, o representantes de la pequeña burguesía, es decir, de la clase que, hasta la conquista de la democracia y la aplicación de las medidas socialistas dimanantes de ésta, tiene en muchos aspectos los mismos intereses que los proletarios. Por eso, los comunistas se entenderán con esos socialistas democráticos en los momentos de acción y deben, en general, atenerse en esas ocasiones y en lo posible a una política común con ellos, siempre que estos socialistas no se pongan al servicio de la burguesía dominante y no ataquen a los comunistas. Por supuesto, estas acciones comunes no excluyen la discusión de las divergencias que existen entre ellos y los comunistas.

XXV. ¿Cuál es la actitud de los comunistas hacia los demás partidos políticos de nuestra época?

Esta actitud es distinta en los diferentes países. En Inglaterra, Francia y Bélgica, en las que domina la burguesía, los comunistas todavía tienen intereses comunes con diversos partidos democrá-

---

* En el manuscrito está en blanco ese lugar; trátase de la pregunta XVIII. (*N. de la Edit.*)

ticos, con la particularidad de que esta comunidad de intereses es tanto mayor cuanto más los demócratas se acercan a los objetivos de los comunistas en las medidas socialistas que los demócratas defienden ahora en todas partes, es decir, cuanto más clara y explícitamente defienden los intereses del proletariado y cuanto más se apoyan en el proletariado. En *Inglaterra*, por ejemplo, los cartistas[38], que constan de obreros, se aproximan inconmensurablemente más a los comunistas que los pequeñoburgueses democráticos o los llamados radicales.

En *Norteamérica*, donde ha sido proclamada la Constitución democrática, los comunistas deberán apoyar al partido que quiere encaminar esta Constitución contra la burguesía y utilizarla en beneficio del proletariado, es decir, al partido de la reforma agraria nacional.

En *Suiza*, los radicales, aunque constituyen todavía un partido de composición muy heterogénea, son, no obstante, los únicos con los que los comunistas pueden concertar acuerdos, y entre estos radicales los más progresistas son los de Vand y los de Ginebra.

Finalmente, en Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible. Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos, los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de ésta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía. Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

Escrito por F. Engels a fines de octubre y en noviembre de 1847.

Publicado por vez primera como edición aparte en 1914.

Se publica de acuerdo con el manuscrito.

Traducido del alemán.

C. MARX Y F. ENGELS

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA [39]

PREFACIO A LA EDICION ALEMANA DE 1872

La Liga de los Comunistas[40], asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este *Manifiesto*, cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero[41]. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimum, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el *Red Republican*[42], traducido por Miss Helen Macfarlane, y más tarde, en 1871, se han publicado, por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848[43], y recientemente en *Le Socialiste*[44], de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Hízose en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60[45]. Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original.

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este

Manifiesto siguen siendo hoy, en grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo *Manifiesto* explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia excepcional a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero, de la revolución de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París[46], que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este Programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines». (Véase *Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassaoziation*, pág. 19 de la edición alemana, donde esta idea está desarrollada más extensamente.) Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposicion (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos fundamentales, han quedado anticuadas para su aplicación práctica, ya que la situacion política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran.

Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que puede llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo.

Carlos Marx. Federico Engels

Londres, 24 de junio de 1872

Publicado en el folleto *Das Kommunistische Manifest. Neue Ausgabe mit einem Vorwort der Verfasser*, Leipzig, 1872.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION RUSA DE 1882

La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por Bakunin, fue hecha a principios de la década del 60[45] en la imprenta del *Kólokol*[47]. En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer al Occidente tan sólo una curiosidad literaria. Hoy, semejante concepto sería imposible.

Cuán reducido era el terreno de acción del movimiento proletario en aquel entonces (diciembre de 1847) lo demuestra mejor que nada el último capítulo del *Manifiesto*: *Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición** en los diversos países. Rusia y los Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de toda la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de materias primas y eran al propio tiempo mercados para la venta de la producción industrial de ésta. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

¡Cuán cambiado está todo! Precisamente la inmigración europea ha hecho posible el colosal desenvolvimiento de la agricultura en América del Norte, cuya competencia conmueve los cimientos mismos de la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado, además, a los Estados Unidos la posibilidad de emprender la explotación de sus enormes recursos industriales, con tal energía y en tales proporciones que en breve plazo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa occidental, y especialmente con el de Inglaterra. Estas dos circunstancias repercuten a su vez de una manera revolucionaria sobre la misma Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político de Norteamérica, sucumben gradualmente ante la competencia de granjas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por vez primera, un numeroso proletariado junto a una fabulosa concentración de capitales.

¿Y en Rusia? Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también los burgueses europeos. veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gátchina, el prisionero de guerra de la revolución[48], y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

El *Manifiesto Comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad

---

* Véase el presente tomo, págs. 139—140 (*N. de la Edit.*)

burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.

Carlos Marx, Federico Engels

Londres, 21 de enero de 1882

Publicado en el libro:
C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, ed. en ruso, Ginebra, 1882.

Se publica de acuerdo con el manuscrito.
Traducido del alemán.

PREFACIO DE F. ENGELS A LA EDICION ALEMANA DE 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba verdea ya la primera hierba. Después de su muerte ni hablar cabe de rehacer o completar el *Manifiesto*. Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí explícitamente lo que sigue.

La idea fundamental de que está penetrado todo el *Manifiesto* —a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el

proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx*.

Lo he declarado a menudo; pero ahora justamente es preciso que esta declaración también figure a la cabeza del propio *Manifiesto.*

F. Engels

Londres, 28 de junio de 1883

Publicado en el libro *Das Kommunistische Manifest,* Hottingen—Zürich, 1883.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición alemana de 1890, cotejada con el texto de la edición de 1883. Traducido del alemán.

DEL PREFACIO DE F. ENGELS A LA EDICION ALEMANA DE 1890

El *Manifiesto* tiene su historia propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la entonces aún poco numerosa vanguardia del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio**) fue pronto relegado a segundo plano a causa de la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisinos, en junio de 1848[43], y proscrito «de derecho» a consecuencia de la condena de los comunistas en Colonia, en noviembre de 1852[49]. Y al desaparecer de la arena pública el movimiento obrero que se inició con la revolución de febrero, el *Manifiesto* pasó también a segundo plano.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a toda la clase obrera combativa de Europa y América. No podía, pues, *partir* de los principios expuestos en el *Manifiesto.* Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos

---

* «A esta idea, llamada, según creo —como dejé consignado en el prefacio de la traducción inglesa—, a ser para la Historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la Biología, ya ambos nos habíamos ido acercando poco a poco, varios años antes de 1845. Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor en mi *Situación de la clase obrera en Inglaterra.* Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la expuso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí». (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

** Véase el presente tomo, pág. 99 (*N. de la Edit.*)

y españoles, y a los lassalleanos alemanes*. Este programa —el preámbulo de los Estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el *Manifiesto*, Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban en la agonía, e incluso las tradeuniones inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso** de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: «El socialismo continental ya no nos asusta». Pero, en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el *Manifiesto.* Y así, la historia del *Manifiesto* refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularle Manifiesto *Socialista.* En 1847, se comprendía con el nombre de socialista a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina. De otro lado, los más diversos curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento

---

* Personalmente Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era un «discípulo» de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del *Manifiesto*. Otra cosa sucedía con sus partidarios que no pasaron más allá de su exigencia de cooperativas de producción con crédito del Estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del Estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos. (*Nota de F. Engels.*)

** W. Bevan. (*N. de la Edit.*)

obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases «instruidas». En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces *comunista*. Era un comunismo apenas elaborado, sólo instintivo, a veces algo tosco; pero fue asaz pujante para crear dos sistemas de comunismo utópico: en Francia, el «icario», de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era todo lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma»[50], no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

¡*Proletarios de todos los países, uníos*! Sólo unas pocas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense, en la que el proletariado actuó planteando sus propias reivindicaciones. Pero, el 28 de septiembre de 1864, los proletarios de la mayoría de los países de la Europa occidental se unieron formando la Asociación Internacional de los Trabajadores, de gloriosa memoria. Bien es cierto que la Internacional vivió tan sólo nueve años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca, y no hay mejor prueba de ello que la jornada de hoy. Pues, hoy[51], en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por vez primera *en un solo* ejército, bajo *una sola* bandera y para *un solo* objetivo inmediato: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra y de nuevo en 1889 por el Congreso obrero de París. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Oh, si Marx estuviese a mi lado para verlo con sus propios ojos!

F. Engels

Londres, 1 de mayo de 1890

Publicado en el libro
Das Kommunistische Manifest,
London, 1890.

Se publica de acuerdo con
el texto del libro.
Traducido del alemán.

PREFACIO DE F. ENGELS A LA EDICION POLACA DE 1892

El que una nueva edición polaca del *Manifiesto Comunista* sea necesaria, invita a diferentes reflexiones.

Ante todo conviene señalar que, durante los últimos tiempos, el *Manifiesto* ha pasado a ser, en cierto modo, un índice del desarrollo de la gran industria en Europa. A medida que en un país se desarrolla la gran industria, se ve crecer entre los obreros de ese país el deseo de comprender su situación, como tal clase obrera, con respecto a la clase de los poseedores; se ve progresar entre ellos el movimiento socialista y aumentar la demanda de ejemplares del *Manifiesto*. Así, pues, el número de estos ejemplares difundidos en un idioma permite no sólo determinar, con bastante exactitud, la situación del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Por eso la nueva edición polaca del *Manifiesto* indica el decisivo progreso de la industria de Polonia. No hay duda que tal desarrollo ha tenido lugar realmente en los diez años transcurridos desde la última edición. La Polonia Rusa, la del Congreso[52], ha pasado a ser una región industrial del Imperio Ruso. Mientras la gran industria rusa se halla dispersa —una parte se encuentra en la costa del Golfo de Finlandia, otra en las provincias del centro (Moscú y Vladímir), otra en los litorales del Mar Negro y del Mar de Azov, etc.—, la industria polaca está concentrada en una extensión relativamente pequeña y goza de todas las ventajas e inconvenientes de tal concentración. Las ventajas las reconocen los fabricantes rusos, sus competidores, al reclamar aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de rusificar a los polacos. Los inconvenientes —para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso— residen en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la progresiva demanda del *Manifiesto*.

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, que sobrepasa al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgir de una Polonia independiente y fuerte es cuestión que interesa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. La sincera colaboración internacional de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente dueña de su propia casa. La revolución de 1848, que, al fin y a la postre, no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado, más que a sacarle las castañas del fuego a la burguesía, ha llevado a cabo, por obra de sus albaceas testamentarios —Luis Bonaparte

y Bismarck—, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría. En cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas[53] diez veces superiores. La nobleza polaca no fue capaz de defender ni de reconquistar su independencia; hoy por hoy, a la burguesía, la independencia de Polonia le es, cuando menos, indiferente. Sin embargo, para la colaboración armónica de las naciones europeas, esta independencia es una necesidad. Y sólo podrá ser conquistada por el joven proletariado polaco. En manos de él, su destino está seguro, pues para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

F. Engels

Londres, 10 de febrero de 1892

Publicado en la revista *Przedswit*, № 35, el 27 de febrero de 1892 y en el libro: K. Marx i F. Engels, *Manifest Komunistyczny*, Londyn, 1892.

Se publica de acuerdo con el manuscrito, cotejado con el texto de la edición polaca de 1892. Traducido del alemán.

PREFACIO DE F. ENGELS A LA EDICION ITALIANA DE 1893

A los lectores italianos

La publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió, por decirlo así, con la jornada del 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín que fueron las insurrecciones armadas de dos naciones que ocupan zonas centrales: la una en el continente europeo, la otra en el Mediterráneo; dos naciones que hasta entonces estaban debilitadas por el fraccionamiento de su territorio y por discordias intestinas que las hicieron caer bajo la dominación extranjera. Mientras Italia se hallaba subyugada por el emperador austríaco, el yugo que pesaba sobre Alemania —el del zar de todas las Rusias— no era menos real, si bien más indirecto. Las consecuencias del 18 de marzo de 1848 liberaron a Italia y a Alemania de este oprobio. Entre 1848 y 1871 las dos grandes naciones quedaron restablecidas y, de uno u otro modo, recobraron su independencia, y este hecho, como decía Carlos Marx, se debió a que los mismos personajes que aplastaron la revolución de 1848 fueron, a pesar suyo, sus albaceas testamentarios.

La revolución de 1848 había sido, en todas partes, obra de la clase obrera: ella había levantado las barricadas y ella había expuesto su vida. Pero fueron sólo los obreros de París quienes, al derribar al gobierno, tenían la intención bien precisa de acabar a la vez con todo el régimen burgués. Y aunque tenían ya conciencia del irreductible antagonismo que existe entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que hubiese permitido llevar a cabo una reconstrucción social. He aquí por qué los frutos de la revolución fueron, al fin y a la postre, a parar a manos de la clase capitalista. En otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros, desde el primer momento, no hicieron más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país la dominación de la burguesía es posible sin la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría. Polonia les seguirá.

Así, pues, aunque la revolución de 1848 no fue una revolución socialista, desbrozó el camino y preparó el terreno para esta última. El régimen burgués, en virtud del vigoroso impulso que dio en todos los países al desenvolvimiento de la gran industria, ha creado en el curso de los últimos 45 años un proletariado numeroso, fuerte y unido y ha producido así —para emplear la expresión del *Manifiesto*— a sus propios sepultureros. Sin restituir la independencia y la unidad de cada nación, no es posible realizar la unión internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes. ¿Acaso es posible concebir la acción mancomunada e internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas que existieron hasta 1848?

Esto quiere decir que los combates de 1848 no han pasado en vano; tampoco han pasado en vano los 45 años que nos separan de esa época revolucionaria. Sus frutos comienzan a madurar y todo lo que yo deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El *Manifiesto* rinde plena justicia a los servicios revolucionarios prestados por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. Marca el fin del medioevo feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea la figura gigantesca de un italiano, el Dante, que es a la vez el último poeta de la Edad Me-

dia y el primero de los tiempos modernos. Ahora, como en 1300, comienza a despuntar una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia al nuevo Dante que marque la hora del nacimiento de esta nueva era proletaria?

Federico Engels

Londres, 1 de febrero de 1893

Publicado en el libro:
Carlo Marx e Federico Engels,
Il Manifesto del Partito Comunista,
Milano, 1893.

Se publica de acuerdo con el texto del libro, cotejado con el borrador en francés.
Traducido del italiano.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA[39]

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición, más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza:

Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Que ya es hora de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus tendencias, que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente *Manifiesto*, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

BURGUESES Y PROLETARIOS *

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días** es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros*** y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Unicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas

---

* Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

** Es decir, la historia *escrita*. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la *tribu*. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*). 2ª ed., Stuttgart, 1886. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*) Véase el tercer tomo de la presente edición. (*N. de la Edit.*)[54].

*** *Zunfbürger*, esto, es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de Africa ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales milionarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación

armada y autónoma en la comuna*, en unos sitios República urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado». Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana;

---

* *Comunas* se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como «tercer estado». En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas[55].

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en *una sola* nación, bajo *un solo* Gobierno, *una sola* ley, *un solo* interés nacional de clase y *una sola* línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la so-

ciedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libore concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de súbita barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues?

Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los *proletarios.*

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detall, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensable para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo[56], como el de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizados en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la

clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un

nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o al menos las amenaza en sus condiciones de existen-

cia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los prole-

tarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de

particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica propia del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda libertad, actividad e independencia individual.

¡La propiedad adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo. En su forma actual la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es

la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable para la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado.

¡Y la burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecida la compraventa, desaparecerá también la libertad de compraventa. Las declamaciones sobre la libertad de compraventa, lo mismo que las demás bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas a la compraventa encadenada y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante la abolición comunista de compraventa, de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que

no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida.

El comunismo no arrebata a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad —relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción—, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas.

Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres!—nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducirse mutuamente las esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sistituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la ilustración, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

«Sin duda —se nos dirá—, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho se han mantenido siempre a través de estas transformaciones.

Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior».

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas —formas de conciencia—, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Mas, dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy, régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la

violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) EL SOCIALISMO FEUDAL

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria[57], habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No le quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración* había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es cómo nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo.

* No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830[58]. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

A guisa de bandera, estos señores enarbolaban el saco de mendigo, del proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaban en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses[59] y la Joven Inglaterra[60] han dado al mundo este espectáculo cómico.

Cuando los campeones del feudalismo aseveran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño necesario del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, remolacha azucarera y aguardiente*.

Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia.

---

* Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los junkers[61] cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayuda de administradores, y poseen, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación mas o menos dudosa. *(Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)*

b) EL SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUES

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado —y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar— una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores que defendiesen la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño burgués y del pequeño campesino, y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los

medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde.

c) EL SOCIALISMO ALEMAN O SOCIALISMO «VERDADERO»

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante, como expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura, pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que reivindicaciones de la «razón práctica» en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debía ser, de la voluntad verdaderamente humana.

Toda la labor de los literatos alemanes se redujo exclusivamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaron como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: «enajenación de la esencia humana»; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: «eliminación del poder de lo universal abstracto», y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la «estrechez francesa» y haber defendido. en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiría un carácter más serio.

De esta suerte, ofreciósele al «verdadero» socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían *todo* en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, presuponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de mentores, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el «verdadero» socialismo se convirtió de este modo en una arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués alemán. La pequeña burguesía, legada

por el siglo XVI, y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el «verdadero» socialismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas «verdades eternas», no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a lo que era en realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia «brutalmente destructiva» del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmunda y enervante literatura*.

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUES

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de seguir haciendo socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la miseria*, de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas —lo que no es posible más que por vía revolucionaria—, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRITICO-UTOPICOS

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de

efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado, es forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconiza un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase *Burgueses y proletarios*).

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social

valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aún su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la famila, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de clase, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de ponerse por encima de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear *home-colonies* en sus países o fundar una pequeña Icaria*, edición en dozavo de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y de los

---

* *Falansterios* se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Carlos Fourier. *Icaria* era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo *home-colonies* (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.

Por eso se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas[62].

IV

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICION

Después de lo dicho en el capítulo II, la actitud de los comunistas respecto de los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su actitud respecto de los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático* contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas demócratas al estilo francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional;

---

* Este partido estaba representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por *La Réforme*.[63] El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia[64].

En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

Escrito por C. Marx y F. Engels en diciembre de 1847-enero de 1848.
Publicado por primera vez en folleto aparte en alemán en Londres, en febrero de 1848.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición alemana de 1890.
Traducido del alemán.

C. MARX

LA BURGUESIA Y LA CONTRARREVOLUCION

SEGUNDO ARTICULO[65]

Colonia, 11 de diciembre

Después del diluvio de Marzo[66] —un diluvio en miniatura— lo que quedó en la superficie de Berlín no fueron unos titanes ni unos colosos revolucionarios, sino unas criaturas de viejo estilo, unas figuras burguesas achaparradas: los liberales de la Dieta unida[67] que representaban a la burguesía prusiana consciente. Las provincias que contaban con la burguesía más desarrollada, *la provincia renana* y *Silesia*, fueron las que aportaron el grueso de los nuevos ministerios. Les seguía todo un cortejo de abogados renanos. A medida que la burguesía iba siendo relegada a segundo plano por los feudales, las viejas provincias prusianas iban ocupando en los ministerios el lugar de la provincia renana y de Silesia. El único vínculo que une aún al ministerio de Brandenburgo con la provincia renana es un tory de Elberfeld[68]. ¡*Hansemann y von der Heydt*! Estos dos nombres representan para la burguesía prusiana toda la diferencia que media entre marzo y diciembre de 1848.

La burguesía prusiana fue lanzada a las cumbres del poder, pero no como ella quería, mediante un *arreglo pacífico con la corona*, sino gracias a una *revolución*. Y por cuanto había sido un *movimiento popular* el que le había abierto el camino, no eran sus propios intereses, *sino lcs intereses del pueblo* lo que la burguesía prusiana tenía que defender ahora frente a la corona, es decir, frente a *sí misma*, pues a sus ojos la corona no representaba más que una pantalla por la gracia de Dios, tras la que debían ocultarse sus propios intereses terrenales. La intangibilidad de *sus* propios in-

tereses y de las formas políticas correspondientes a dichos intereses debía significar, traducida al lenguaje constitucional, la *intangibilidad de la corona.* De aquí el entusiasmo de la burguesía alemana, y sobre todo de la prusiana, por una *monarquía constitucional.* Por eso, a pesar de que la revolución de Febrero y sus repercusiones en Alemania favorecían a la burguesía prusiana, pues pusieron en sus manos el timón del Estado, embrollaron sus cálculos, ya que su dominación estaba ligada ahora a unas condiciones que ella no quería ni podía cumplir.

La burguesía no movió un dedo. Lo único que hizo fue permitir que el pueblo luchase por ella. Por eso, el poder que le había sido entregado no era el poder de un capitán que derrotaba a su enemigo, sino el de un comité de seguridad al que el pueblo vencedor confiaba la salvaguardia de sus propios intereses.

Camphausen sentía todo lo incómodo que era esa situación, y la debilidad de su ministerio derivaba precisamente de ese sentimiento y da las circunstancias que la habían dado vida. Una especie de rubor tiñe por esta razón los actos más desvergonzados de su Gobierno. La *desvergüenza* y la *desfachatez* sin tapujos constituyen un privilegio de *Hansemann.* (*El tono* rojizo es la única diferencia que existe entre estos dos artistas del pincel.

Conviene no confundir la *revolución de Marzo en Prusia* con la revolución *inglesa* de 1648 ni con la *francesa* de 1789.

En 1648, la burguesía, aliada con la nueva nobleza, luchó contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante.

En 1789, la burguesía, aliada con el pueblo, luchó contra la monarquía, contra la nobleza y contra la Iglesia dominante.

La revolución de 1789 había tenido su prototipo (por lo menos en Europa) únicamente en la revolución de 1648, y la revolución de 1648 lo había tenido únicamente en la sublevación de los Países Bajos contra España[69]. Comparada con su prototipo, cada una de estas revoluciones se había adelantado un siglo, y no sólo en el tiempo, sino también por el contenido.

En ambas revoluciones, la burguesía era la clase que encabezaba *realmente* el movimiento. El *proletariado* y *las capas de la población urbana que no pertenecían a la burguesía* no tenían aún intereses separados de los de la burguesía o no constituían aún clases o sectores de clase con un desarrollo independiente. Por eso, donde se enfrentaban con la burguesía, como en Francia en 1793 y 1794, luchaban sólo por la realización de los intereses de la burguesía, aunque no a la manera burguesa. *Todo el terrorismo francés* no fue sino un *procedimiento plebeyo* para ajustar las cuentas a los *enemigos de la burguesía*: al absolutismo, al feudalismo y a la pequeña burguesía.

Las revoluciones de 1648 y de 1789 no fueron revoluciones ni *inglesa*, ni *francesa*; fueron revoluciones de estilo *europeo*. No representaban el triunfo de una *determinada* clase de la sociedad sobre el *viejo régimen político*; eran la *proclamación de un régimen político para la nueva sociedad europea*. En ellas había triunfado la burguesía; pero la *victoria de la burguesía* significaba entonces el *triunfo de un nuevo régimen social*, el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nación sobre el provincialismo, de la concurrencia sobre los gremios, de la partición sobre el mayorazgo, del sometimiento de la tierra al propietario sobre el sometimiento del propietario a la tierra, de la ilustración sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la pereza heroica, del derecho burgués sobre los privilegios medievales. La revolución de 1648 fue el triunfo del siglo XVII sobre el XVI, la revolución de 1789 fue el triunfo del siglo XVIII sobre el XVII. Esas revoluciones expresaban mucho más las necesidades del mundo de entonces que las necesidades de aquellas partes del mundo en que se habían desarrollado, es decir, de Inglaterra y Francia.

Nada de eso ocurrió en la *revolución de Marzo en Prusia*.

La revolución de Febrero *acabó* con la monarquía constitucional de hecho y con el poder de la burguesía en la idea. La revolución de Marzo en Prusia debía *establecer* la monarquía constitucional en la idea y el poder de la burguesía de hecho. Lejos de ser una *revolución europea*, no fue más que una apagada resonancia de la revolución europea en un país atrasado. En lugar de adelantarse a su siglo, quedó rezagada de él en más de cincuenta años. Desde el primer momento no fue sino un *fenómeno secundario*, y es bien sabido que las enfermedades secundarias son más difíciles de curar y a la vez destruyen más el organismo que la enfermedad inicial. No se trataba de la instauración de una nueva sociedad, sino del renacimiento en Berlín de la sociedad que había muerto en París. La revolución de Marzo en Prusia no fue siquiera una revolución *nacional*, *alemana*; desde el primer momento fue una revolución *provincial prusiana*. Las insurrecciones de Viena, Cassel, Munich y otras insurrecciones provincianas se desarrollaban a la par y le disputaban la preeminencia.

Mientras las revoluciones de 1648 y 1789 rebosaban infinito orgullo por hallarse en la cima de la creación, la ambición de los berlineses de 1848 consistía en ser un anacronismo. Su luz era como la luz de los lejanos luceros que llega hasta nosotros, los habitantes de la tierra, 100.000 años después de haberse apagado el astro que la emitía. La revolución de Marzo en Prusia era, en miniatura —como todo lo que ella era—, una de esas estrellas para Europa. Su luz era la del cadáver de una sociedad putrefacta desde hacía mucho tiempo.

tereses y de las formas políticas correspondientes a dichos intereses debía significar, traducida al lenguaje constitucional, la *intangibilidad de la corona.* De aquí el entusiasmo de la burguesía alemana, y sobre todo de la prusiana, por una *monarquía constitucional.* Por eso, a pesar de que la revolución de Febrero y sus repercusiones en Alemania favorecían a la burguesía prusiana, pues pusieron en sus manos el timón del Estado, embrollaron sus cálculos, ya que su dominación estaba ligada ahora a unas condiciones que ella no quería ni podía cumplir.

La burguesía no movió un dedo. Lo único que hizo fue permitir que el pueblo luchase por ella. Por eso, el poder que le había sido entregado no era el poder de un capitán que derrotaba a su enemigo, sino el de un comité de seguridad al que el pueblo vencedor confiaba la salvaguardia de sus propios intereses.

Camphausen sentía todo lo incómodo que era esa situación, y la debilidad de su ministerio derivaba precisamente de ese sentimiento y da las circunstancias que la habían dado vida. Una especie de rubor tiñe por esta razón los actos más desvergonzados de su Gobierno. La *desvergüenza* y la *desfachatez* sin tapujos constituyen un privilegio de *Hansemann.* (*El tono* rojizo es la única diferencia que existe entre estos dos artistas del pincel.

Conviene no confundir la *revolución de Marzo en Prusia* con la revolución *inglesa* de 1648 ni con la *francesa* de 1789.

En 1648, la burguesía, aliada con la nueva nobleza, luchó contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante.

En 1789, la burguesía, aliada con el pueblo, luchó contra la monarquía, contra la nobleza y contra la Iglesia dominante.

La revolución de 1789 había tenido su prototipo (por lo menos en Europa) únicamente en la revolución de 1648, y la revolución de 1648 lo había tenido únicamente en la sublevación de los Países Bajos contra España[69]. Comparada con su prototipo, cada una de estas revoluciones se había adelantado un siglo, y no sólo en el tiempo, sino también por el contenido.

En ambas revoluciones, la burguesía era la clase que encabezaba *realmente* el movimiento. El *proletariado* y *las capas de la población urbana que no pertenecían a la burguesía* no tenían aún intereses separados de los de la burguesía o no constituían aún clases o sectores de clase con un desarrollo independiente. Por eso, donde se enfrentaban con la burguesía, como en Francia en 1793 y 1794, luchaban sólo por la realización de los intereses de la burguesía, aunque no a la manera burguesa. *Todo el terrorismo francés* no fue sino un *procedimiento plebeyo* para ajustar las cuentas a los *enemigos de la burguesía*: al absolutismo, al feudalismo y a la pequeña burguesía.

Las revoluciones de 1648 y de 1789 no fueron revoluciones ni *inglesa*, ni *francesa*; fueron revoluciones de estilo *europeo*. No representaban el triunfo de una *determinada* clase de la sociedad sobre el *viejo régimen político*; eran la *proclamación de un régimen político para la nueva sociedad europea*. En ellas había triunfado la burguesía; pero la *victoria de la burguesía* significaba entonces el *triunfo de un nuevo régimen social*, el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nación sobre el provincialismo, de la concurrencia sobre los gremios, de la partición sobre el mayorazgo, del sometimiento de la tierra al propietario sobre el sometimiento del propietario a la tierra, de la ilustración sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la pereza heroica, del derecho burgués sobre los privilegios medievales. La revolución de 1648 fue el triunfo del siglo XVII sobre el XVI, la revolución de 1789 fue el triunfo del siglo XVIII sobre el XVII. Esas revoluciones expresaban mucho más las necesidades del mundo de entonces que las necesidades de aquellas partes del mundo en que se habían desarrollado, es decir, de Inglaterra y Francia.

Nada de eso ocurrió en la *revolución de Marzo en Prusia*.

La revolución de Febrero *acabó* con la monarquía constitucional de hecho y con el poder de la burguesía en la idea. La revolución de Marzo en Prusia debía *establecer* la monarquía constitucional en la idea y el poder de la burguesía de hecho. Lejos de ser una *revolución europea*, no fue más que una apagada resonancia de la revolución europea en un país atrasado. En lugar de adelantarse a su siglo, quedó rezagada de él en más de cincuenta años. Desde el primer momento no fue sino un *fenómeno secundario*, y es bien sabido que las enfermedades secundarias son más difíciles de curar y a la vez destruyen más el organismo que la enfermedad inicial. No se trataba de la instauración de una nueva sociedad, sino del renacimiento en Berlín de la sociedad que había muerto en París. La revolución de Marzo en Prusia no fue siquiera una revolución *nacional*, *alemana*; desde el primer momento fue una revolución *provincial prusiana*. Las insurrecciones de Viena, Cassel, Munich y otras insurrecciones provincianas se desarrollaban a la par y le disputaban la preeminencia.

Mientras las revoluciones de 1648 y 1789 rebosaban infinito orgullo por hallarse en la cima de la creación, la ambición de los berlineses de 1848 consistía en ser un anacronismo. Su luz era como la luz de los lejanos luceros que llega hasta nosotros, los habitantes de la tierra, 100.000 años después de haberse apagado el astro que la emitía. La revolución de Marzo en Prusia era, en miniatura —como todo lo que ella era—, una de esas estrellas para Europa. Su luz era la del cadáver de una sociedad putrefacta desde hacía mucho tiempo.

La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud, que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la amenazadora oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba *detrás*, sino por toda la Europa que estaba *delante* de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a *toda* la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un *estamento* tan apartado de la corona como del pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí mismo; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad; no representaba los intereses de una nueva sociedad contra una sociedad vieja, sino unos intereses renovados dentro de una sociedad caduca; colocada en el timón de la revolución, no porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí; situada a la cabeza, no porque representase la iniciativa de una nueva época social, sino porque expresaba el rencor de una vieja época social; era un estrato del viejo Estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todos los sentidos, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la *burguesía prusiana* cuando, después de Marzo, se encontró al timón del Estado prusiano.

Escrito por C. Marx el 11 de diciembre de 1848.
Publicado sin firma en la *Neue Rheinische Zeitung*, № 169 del 15 de diciembre de 1848.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del alemán.

C. MARX

TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL[70]

INTRODUCCION DE F. ENGELS A LA EDICION DE 1891

El trabajo que reproducimos a continuación se publicó, bajo la forma de una serie de artículos editoriales, en la *Neue Rheinische Zeitung*[71], a partir del 4 de abril de 1849. Le sirvieron de base las conferencias dadas por *Marx*, en 1847, en la Asociación Obrera Alemana de Bruselas[72]. La publicación de estos artículos quedó incompleta; el «se continuará» con que termina el artículo publicado en el número 269, no se pudo cumplir, por haberse precipitado por aquellos días los acontecimientos: la invasión de Hungría[73] por los rusos, las insurrecciones de Dresde, Iserlohn, Elberfeld, el Palatinado y Baden[74], y, como consecuencia de esto, fue suspendido el propio periódico (19 de mayo de 1849). Entre los papeles dejados por Marx no apareció el manuscrito de la continuación[75].

De *Trabajo asalariado y capital* han visto la luz varias ediciones en tirada aparte bajo la forma de folleto; la última, en 1884 (Hottingen-Zurich, Tipografía Cooperativa suiza). Todas estas reimpresiones se ajustaban exactamente al texto del original. Pero la presente edición va a difundirse como folleto de propaganda, en una tirada no inferior a 10.000 ejemplares, y esto me ha hecho pensar si el propio Marx habría aprobado, en estas condiciones, la simple reimpresión del texto, sin introducir en él ninguna modificación.

En la década del cuarenta, Marx no había terminado aún su crítica de la Economía Política. Fue hacia fines de la década del

cincuenta cuando dio término a esta obra. Por eso, los trabajos publicados por él antes de la aparición del primer fascículo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859), difieren en algunos puntos de los que vieron la luz después de esa fecha; contienen expresiones y frases enteras que, desde el punto de vista de las obras posteriores, parecen poco afortunadas y hasta inexactas. Ahora bien, es indudable que en las ediciones corrientes, destinadas al público en general, caben también estos puntos de vista anteriores, que forman parte de la trayectoria espiritual del autor, y que tanto éste como el público tienen el derecho indiscutible a que estas obras antiguas se reediten sin ninguna alteración. Y a mí no se me hubiera ocurrido, ni en sueños, modificar ni una tilde.

Pero la cosa cambia cuando se trata de una reedición destinada casi exclusivamente a la propaganda entre los obreros. En este caso, es indiscutible que Marx habría puesto la antigua redacción, que data ya de 1849, a tono con su nuevo punto de vista. Y estoy absolutamente seguro de obrar tal como él lo habría hecho introduciendo en *esta edición* las escasas modificaciones y adiciones que son necesarias para conseguir ese resultado en todos los puntos esenciales. De antemano advierto, pues, al lector que este folleto no es el que Marx redactó en 1849, sino, sobre poco más o menos, el que habría escrito en 1891. Además, el texto original circula por ahí en tan numerosos ejemplares, que por ahora basta con esto, hasta que yo pueda reproducirlo sin alteración en una edición de las obras completas.

Mis modificaciones giran todas en torno a un punto. Según el texto original, el obrero vende al capitalista, a cambio del salario, su *trabajo*; según el texto actual, vende su *fuerza de trabajo*. Y acerca de esta modificación, tengo que dar las necesarias explicaciones. Tengo que darlas a los obreros, para que vean que no se trata de ninguna sutileza de palabras, ni mucho menos, sino de uno de los puntos más importantes de toda la Economía Política. Y a los burgueses, para que se convenzan de cuán por encima están los incultos obreros, a quienes se pueden explicar con facilidad las cuestiones económicas más difíciles, de nuestros petulantes hombres «cultos», que jamás, mientras vivan, llegarán a comprender estos intrincados problemas.

La Economía Política clásica[76] tomó de la práctica industrial la idea, en boga entre los fabricantes, de que éstos compran y pagan el *trabajo* de sus obreros. Esta idea servía perfectamente a los fabricantes para administrar sus negocios, para la contabilidad y el cálculo de los precios. Pero, trasplantada simplistamente a la Economía Política, causó aquí extravíos y embrollos verdaderamente notables.

La Economía Política se encuentra con el hecho de que los

precios de todas las mercancías, incluyendo el de aquélla a que da el nombre de «trabajo», varían constantemente; con que suben y bajan por efecto de circunstancias muy diversas, que muchas veces no guardan relación alguna con la fabricación de la mercancía misma, de tal modo que los precios parecen estar determinados generalmente por el puro azar. Por eso, en cuanto la Economía Política se erigió en ciencia[74], uno de los primeros problemas que se le plantearon fue el de investigar la ley que presidía este azar que parecía gobernar los precios de las mercancías, y que en realidad lo gobierna a él. Dentro de las constantes fluctuaciones en los precios de las mercancías, que tan pronto suben como bajan, la Economía se puso a buscar el punto central fijo en torno al cual se movían estas fluctuaciones. En una palabra, arrancó de los *precios* de las mercancías para investigar como ley reguladora de éstos el *valor* de las mercancías, valor que explicaría todas las fluctuaciones de los precios y al cual, en último término, podrían reducirse todas ellas.

Así, la Economía Política clásica encontró que el valor de una mercancía lo determinaba el trabajo necesario para su producción encerrado en ella. Y se contentó con esta explicación. También nosotros podemos detenernos, provisionalmente, aquí. Recordaré tan sólo, para evitar equívocos, que hoy esta explicación es del todo insuficiente. Marx investigó de un modo minucioso por vez primera la propiedad que tiene el trabajo de crear valor, y descubrió que no todo trabajo aparentemente y aun realmente necesario para la producción de una mercancía añade a ésta en todo caso un volumen de valor equivalente a la cantidad de trabajo consumido. Por tanto, cuando hoy decimos simplemente, con economistas como Ricardo, que el valor de una mercancía se determina por el trabajo necesario para su producción, damos por sobreentendidas siempre las reservas hechas por Marx. Aquí, basta con dejar sentado esto; lo demás lo expone Marx en su *Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859), y en el primer tomo de *El Capital*.

Pero, tan pronto como los economistas aplicaban este criterio de determinación del valor por el trabajo a la mercancía «trabajo», caían de contradicción en contradicción. ¿Cómo se determina el valor del «trabajo»? Por el trabajo necesario encerrado en él. Pero, ¿cuánto trabajo se encierra en el trabajo de un obrero durante un día, una semana, un mes, un año? El trabajo de un día, una semana, un mes, un año. Si el trabajo es la medida de todos los valores, el «valor del trabajo» sólo podrá expresarse en trabajo. Sin embargo, con saber que el valor de una hora de trabajo es igual a una hora de trabajo, es como si no supiésemos nada acerca de él. Con esto, no hemos avanzado ni un pelo hacia

nuestra meta; no hacemos más que dar vueltas en un círculo vicioso.

La Economía Política clásica intentó, entonces, buscar otra salida. Dijo: el valor de una mercancía equivale a su coste de producción. Pero, ¿cuál es el coste de producción del trabajo? Para poder contestar a esto, los economistas vense obligados a forzar un poquito la lógica. En vez del coste de producción del propio trabajo, que, desgraciadamente, no se puede averiguar, investigan el coste de producción del *obrero*. Este sí que puede averiguarse. Varía según los tiempos y las circunstancias, pero, dentro de un determinado estado de la sociedad, de una determinada localidad y de una rama de producción dada, constituye una magnitud también dada, a lo menos dentro de ciertos límites, bastante reducidos. Hoy, vivimos bajo el dominio de la producción capitalista, en la que una clase numerosa y cada vez más extensa de la población sólo puede existir trabajando, a cambio de un salario, para los propietarios de los medios de producción: herramientas, máquinas, materias primas y medios de vida. Sobre la base de este modo de producción, el coste de producción del obrero consiste en la suma de medios de vida — o en su correspondiente precio en dinero— necesarios por término medio para que aquél pueda trabajar y mantenerse en condiciones de seguir trabajando, y para sustituirle por un nuevo obrero cuando muera o quede inservible por vejez o enfermedad, es decir, para asegurar la reproducción de la clase obrera en la medida necesaria. Supongamos que el precio en dinero de estos medios de vida es, por término medio, de tres marcos diarios.

En este caso, nuestro obrero recibirá del capitalista para quien trabaja un salario de tres marcos al día. A cambio de este salario, el capitalista le hace trabajar, digamos, doce horas diarias. El capitalista echa sus cuentas, sobre poco más o menos, del modo siguiente:

Supongamos que nuestro obrero —un mecánico ajustador— tiene que hacer una pieza de una máquina, que acaba en un día. La materia prima, hierro y latón, en el estado de elaboración requerido, cuesta, supongamos, 20 marcos. Al consumo de carbón de la máquina de vapor y el desgaste de ésta, del torno y de las demás herramientas con que trabaja nuestro obrero representan, digamos —calculando la parte correspondiente a un día y a un obrero—, un valor de un marco. El jornal de un día es, según nuestro cálculo, de tres marcos. El total arrojado para nuestra pieza es de 24 marcos. Pero el capitalista calcula que su cliente le abonará, por término medio, un precio de 27 marcos; es decir, tres marcos más del coste por él desembolsado.

¿De dónde salen estos tres marcos, que el capitalista se embolsa? La Economía Política clásica sostiene que las mercancías

se venden, unas con otras, por su valor; es decir, por el precio que corresponde a la cantidad de trabajo necesario encerrado en ellas. Según esto, el precio medio de nuestra pieza —o sea 27 marcos— debería ser igual a su valor, al trabajo encerrado en ella. Pero de estos 27 marcos, 21 eran valores que ya existían antes de que nuestro ajustador comenzara a trabajar. 20 marcos se contenían en la materia prima, un marco en el carbón quemado durante el trabajo o en las máquinas y herramientas empleadas en éste, y cuya capacidad de rendimiento disminuye por valor de esa suma. Quedan seis marcos, que se añaden al valor de las materias primas. Según la premisa de que arrancan nuestros economistas, estos seis marcos sólo pueden provenir del trabajo añadido a la materia prima por nuestro obrero. Según esto, sus doce horas de trabajo han creado un valor nuevo de seis marcos. Es decir, que el valor de sus doce horas de trabajo equivale a esta cantidad. Así habremos descubierto, por fin, cuál es el «valor del trabajo».

— ¡Alto ahí!—grita nuestro ajustador—. ¿Seis marcos, decís? ¡Pero a mí sólo me han entregado tres! Mi capitalista jura y perjura que el valor de mis doce horas de trabajo son sólo tres marcos, y si le reclamo seis, se reirá de mí. ¿Cómo se entiende esto?

Si antes, con nuestro valor del trabajo nos movíamos en un círculo vicioso, ahora caemos de lleno en una insoluble contradicción. Buscábamos el valor del trabajo, y hemos encontrado más de lo que queríamos. Para el obrero, el valor de un trabajo de doce horas son tres marcos; para el capitalista, seis, de los cuales paga tres al obrero como salario y se embolsa los tres restantes. Resulta, pues, que el trabajo no tiene solamente un valor, sino dos, y además bastante distintos.

Más absurda aparece todavía la contradicción si reducimos a tiempo de trabajo los valores expresados en dinero. En las doce horas de trabajo se crea un valor nuevo de seis marcos. Por tanto, en seis horas serán tres marcos, o sea lo que el obrero recibe por un trabajo de doce horas. Por doce horas de trabajo se le entrega al obrero, como valor equivalente, el producto de un trabajo de seis horas. Por tanto, o el trabajo tiene dos valores, uno de los cuales es el doble de grande que el otro, ¡o doce son iguales a seis! En ambos casos estamos dentro del más puro absurdo.

Por más vueltas que le demos, mientras hablemos de compra y venta del trabajo y de valor del trabajo, no saldremos de esta contradicción. Y esto es lo que les ocurría a los economistas. El último brote de la Economía Política clásica, la escuela de Ricardo, fracasó en gran parte por la imposibilidad de resolver esta contradicción. La Economía Política clásica se había metido en un callejón sin salida. El hombre que encontró la salida de este atolladero fue Carlos Marx.

Lo que los economistas consideraban como coste de producción «del trabajo» era el coste de producción, no del trabajo, sino del propio obrero viviente. Y lo que este obrero vendía al capitalista no era su trabajo. «Allí donde comienza realmente su trabajo —dice Marx—, éste ha dejado ya de pertenecerle a él y no puede, por tanto, venderlo». Podrá, a lo sumo, vender su trabajo *futuro*; es decir, comprometerse a ejecutar un determinado trabajo en un tiempo dado. Pero con ello no vende el trabajo (pues éste todavía está por hacer), sino que pone a disposición del capitalista, a cambio de una determinada remuneración, su fuerza de trabajo, sea por un cierto tiempo (si trabaja a jornal) o para efectuar una tarea determinada (si trabaja a destajo): alquila o vende su *fuerza de trabajo*. Pero esta fuerza de trabajo está unida orgánicamente a su persona y es inseparable de ella. Por eso su coste de producción coincide con el coste de producción de su propia persona; lo que los economistas llamaban coste de producción del trabajo es el coste de producción del obrero, y, por tanto, de la fuerza de trabajo. Y ahora, ya podemos pasar del coste de producción de la fuerza de trabajo al *valor* de ésta y determinar la cantidad de trabajo socialmente necesario que se requiere para crear una fuerza de trabajo de determinada calidad, como lo ha hecho Marx en el capítulo sobre la compra y la venta de la fuerza de trabajo (*El Capital*, tomo I, capítulo 4, apartado 3).

Ahora bien, ¿qué ocurre, después que el obrero vende al capitalista su fuerza de trabajo; es decir, después que la pone a su disposición, a cambio del salario convenido, por jornal o a destajo? El capitalista lleva al obrero a su taller o a su fábrica, donde se encuentran ya preparados todos los elementos necesarios para el trabajo: materias primas y materiales auxiliares (carbón, colorantes, etc.), herramientas y maquinaria. Aquí, el obrero comienza a trabajar. Supongamos que su salario, es, como antes, de tres marcos al día, siendo indiferente que los obtenga como jornal o a destajo. Volvamos a suponer que, en doce horas, el obrero, con su trabajo, añade a las materias primas consumidas un nuevo valor de seis marcos, valor que el capitalista realiza al vender la mercancía terminada. De estos seis marcos, paga al obrero los tres que le corresponden y se guarda los tres restantes. Ahora bien, si el obrero, en doce horas, crea un valor de seis marcos, en seis horas creará un valor de tres. Es decir, que con seis horas que trabaje resarcirá al capitalista el equivalente de los tres marcos que éste le entrega como salario. Al cabo de seis horas de trabajo, ambos están en paz y ninguno adeuda un céntimo al otro.

— ¡Alto ahí!—grita ahora el capitalista—. Yo he alquilado al obrero por un día entero, por doce horas. Seis horas no son más que media jornada. De modo que ¡a seguir trabajando, hasta cu-

brir las otras seis horas, y sólo entonces estaremos en paz! Y, en efecto, el obrero no tiene más remedio que someterse al contrato que «voluntariamente» ha pactado, y en el que se obliga a trabajar doce horas enteras por un producto de trabajo que sólo cuesta seis horas.

Exactamente lo mismo acontece con el salario a destajo. Supongamos que nuestro obrero fabrica en doce horas doce piezas de mercancías, y que cada una de ellas cuesta, en materias primas y desgaste de maquinaria, dos marcos y se vende a dos y medio. En igualdad de circunstancias con nuestro ejemplo anterior, el capitalista pagará al obrero 25 pfennigs por pieza. Las doce piezas arrojan un total de tres marcos, para ganar los cuales el obrero tiene que trabajar doce horas. El capitalista obtiene por las doce piezas treinta marcos; descontando veinticuatro marcos para materias primas y desgaste, quedan seis marcos, de los que entrega tres al obrero, como salario, y se embolsa los tres restantes. Exactamente lo mismo que arriba. También aquí trabaja el obrero seis horas para sí, es decir, para reponer su salario (media hora de cada una de las doce) y seis horas para el capitalista.

La dificultad contra la que se estrellaban los mejores economistas, cuando partían del valor del «trabajo», desaparece tan pronto como, en vez de esto, partimos del valor de la «*fuerza de trabajo*». La fuerza de trabajo es, en nuestra actual sociedad capitalista, una mercancía; una mercancía como otra cualquiera, y sin embargo, muy peculiar. Esta mercancía tiene, en efecto, la especial virtud de ser una fuerza creadora de valor, una fuente de valor, y, si se la sabe emplear, de mayor valor que el que en sí misma posee. Con el estado actual de la producción, la fuerza humana de trabajo no sólo produce en un día más valor del que ella misma encierra y cuesta, sino que, con cada nuevo descubrimiento científico, con cada nuevo invento técnico, crece este remanente de su producción diaria sobre su coste diario, reduciéndose, por tanto, aquella parte de la jornada de trabajo en que el obrero produce el equivalente de su jornal, y alargándose, por otro lado, la parte de la jornada de trabajo en que tiene que *regalar* su trabajo al capitalista, sin que éste le pague nada.

Tal es el régimen económico sobre el que descansa toda la sociedad actual: la clase obrera es la que produce todos los valores, pues el valor no es más que un término para expresar el trabajo, el término con que en nuestra actual sociedad capitalista se designa la cantidad de trabajo socialmente necesario, encerrado en una determinada mercancía. Pero estos valores producidos por los obreros no les pertenecen a ellos. Pertenecen a los propietarios de las materias primas, de las máquinas y herramientas y de los recursos anticipados que permiten a estos propietarios comprar la fuerza de trabajo de la clase obrera. Por tanto, de toda la cantidad

de productos creados por ella, la clase obrera sólo recibe una parte. Y, como acabamos de ver, la otra parte, la que retiene para sí la clase capitalista, viéndose a lo sumo obligada a compartirla con la clase de los propietarios de tierras, se acrecienta con cada nuevo invento y cada nuevo descubrimiento, mientras que la parte correspondiente a la clase obrera (calculándola por persona), sólo aumenta muy lentamente y en proporciones insignificantes, cuando no se estanca o incluso disminuye, como acontece en algunas circunstancias.

Pero estos descubrimientos e invenciones, que se desplazan rápidamente unos a otros, este rendimiento del trabajo humano que va creciendo día tras día en proporciones antes insospechadas, acaban por crear un conflicto, en el que forzosamente tiene que perecer la actual economía capitalista. De un lado, riquezas inmensas y una plétora de productos que rebasan la capacidad de consumo del comprador. Del otro, la gran masa de la sociedad proletarizada, convertida en obreros asalariados, e incapacitada con ello para adquirir aquella plétora de productos. La división de la sociedad en una reducida clase fabulosamente rica y una enorme clase de asalariados que no poseen nada, hace que esta sociedad se asfixie en su propia abundancia, mientras la gran mayoría de sus individuos apenas están garantizados, o no lo están en absoluto, contra la más extrema penuria. Con cada día que pasa, este estado de cosas va haciéndose más absurdo y más innecesario. *Debe* ser eliminado; y *puede* ser eliminado. Es posible un nuevo orden social en el que desaparecerán las actuales diferencias de clase y en el que —tal vez después de un breve período de transición, acompañado de ciertas privaciones, pero en todo caso muy provechoso moralmente—, mediante el aprovechamiento y el desarrollo armónico y proporcional de las inmensas fuerzas productivas ya existentes de todos los individuos de la sociedad, con el deber general de trabajar, se dispondrá por igual para todos, en proporciones cada vez mayores, de los medios necesarios para vivir, para disfrutar de la vida y para educar y ejercer todas las facultades físicas y espirituales. Que los obreros van estando cada vez más resueltos a conquistar, luchando, este nuevo orden social, lo patentizarán, en ambos lados del Océano, el día de mañana, 1 de mayo, y el domingo, 3 de mayo[78].

Londres, 30 de abril de 1891 *Federico Engels*

Publicado en un apéndice al № 109 del periódico *Vorwärts*, del 13 de mayo de 1891 y en el folleto: Karl Marx. *Lohnarbeit und Kapital*, Berlin, 1891.

Se publica de acuerdo con el folleto.
Traducido del alemán.

Trabajo asalariado y capital

TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL[70]

De diversas partes se nos ha reprochado el que no hayamos expuesto las *relaciones económicas* que forman la base material de la lucha de clases y de las luchas nacionales de nuestros días. Sólo hemos examinado intencionadamente estas relaciones allí donde se imponían directamente en las colisiones políticas.

Tratábase, principalmente, de seguir la lucha de clases en la historia cotidiana, y demostrar empíricamente, con los materiales históricos existentes y con los que iban apareciendo todos los días, que con el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron vencidos, al propio tiempo, sus adversarios: en Francia, los republicanos burgueses, y en todo el continente europeo, las clases burguesas y campesinas en lucha contra el absolutismo feudal; que el triunfo de la «república honesta» en Francia fue, al mismo tiempo, la derrota de las naciones que habían respondido a la revolución de febrero con heroicas guerras de independencia; y, finalmente, que con la derrota de los obreros revolucionarios, Europa ha vuelto a caer bajo su antigua doble esclavitud: la esclavitud *anglo-rusa*. La batalla de junio en París, la caída de Viena, la tragicomedia del noviembre berlinés de 1848, los esfuerzos desesperados de Polonia, Italia y Hungría, el sometimiento de Irlanda por el hambre: tales fueron los acontecimientos principales en que se resumió la lucha europea de clases entre la burguesía y la clase obrera, y a través de los cuales hemos demostrado que

todo levantamiento revolucionario, por muy alejada que parezca estar su meta de la lucha de clases, tiene necesariamente que fracasar mientras no triunfe la clase obrera revolucionaria, que toda reforma social no será más que una utopía mientras la revolución proletaria y la contrarrevolución feudal no midan sus armas en una *guerra mundial*. En nuestra descripción lo mismo que en la realidad, *Bélgica* y *Suiza* eran estampas de género, caricaturescas y tragicómicas en el gran cuadro histórico: una, el Estado modelo de la monarquía burguesa; la otra, el Estado modelo de la república burguesa, y ambas, Estados que se hacen la ilusión de estar tan libres de la lucha de clases como de la revolución europea.

Ahora que nuestros lectores han visto ya desarrollarse la lucha de clases, durante el año 1848, en formas políticas gigantescas, ha llegado el momento de analizar más de cerca las relaciones económicas en que descansan por igual la existencia de la burguesía y su dominación de clase, así como la esclavitud de los obreros.

Expondremos en tres grandes apartados: 1) La relación entre *el trabajo asalariado y el capital*, la esclavitud del obrero, la dominación del capitalista. 2) *La inevitable ruina, bajo el sistema actual, de las clases medias burguesas y del llamado estamento campesino.* 3) *El sojuzgamiento y la explotación comercial de las clases burguesas de las distintas naciones europeas* por *Inglaterra*, el déspota del mercado mundial.

Nos esforzaremos por conseguir que nuestra exposición sea lo más sencilla y popular posible, sin dar por supuestas ni las nociones más elementales de la Economía Política. Queremos que los obreros nos entiendan. Además, en Alemania reinan una ignorancia y una confusión de conceptos verdaderamente asombrosas acerca de las relaciones económicas más simples, que van desde los defensores patentados del orden de cosas existente hasta los *taumaturgos socialistas* y los *genios políticos incomprendidos*, que en la desmembrada Alemania abundan todavía más que los «padres de la Patria».

Pasemos, pues, al primer problema:

¿Qué es el salario? ¿Cómo se determina?

Si preguntamos a los obreros qué salario perciben, uno nos contestará: «Mi burgués me paga un marco por la jornada de trabajo»; el otro: «Yo recibo dos marcos», etc. Según las distintas ramas del trabajo a que pertenezcan, nos indicarán las distintas cantidades de dinero que los burgueses respectivos les pagan por la ejecución de una tarea determinada, v.gr., por tejer una vara de lienzo o por componer un pliego de imprenta. Pero, pese a la diferencia de datos, todos coinciden en un punto: el salario es la canti-

dad de dinero que el capitalista paga por un determinado tiempo de trabajo o por la ejecución de una tarea determinada.

Por tanto, diríase que el capitalista les *compra* con dinero el trabajo de los obreros. Estos le *venden* por dinero su trabajo. Pero esto no es más que la apariencia. Lo que en realidad venden los obreros al capitalista por dinero es su *fuerza* de trabajo. El capitalista compra esta fuerza de trabajo por un día, una semana, un mes, etc. Y, una vez comprada, la consume, haciendo que los obreros trabajen durante el tiempo estipulado. Con el mismo dinero con que les compra su fuerza de trabajo, por ejemplo, con los dos marcos, el capitalista podría comprar dos libras de azúcar o una determinada cantidad de otra mercancía cualquiera. Los dos marcos con los que compra dos libras de azúcar son el *precio* de las dos libras de azúcar. Los dos marcos con los que compra doce horas de uso de la fuerza de trabajo son el precio de un trabajo de doce horas. La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía, ni más ni menos que el azúcar. Aquélla se mide con el reloj, ésta, con la balanza.

Los obreros cambian su mercancía, la fuerza de trabajo, por la mercancía del capitalista, por el dinero y este cambio se realiza guardándose una determinada proporción: tanto dinero por tantas horas de uso de la fuerza de trabajo. Por tejer durante doce horas, dos marcos. Y estos dos marcos, ¿no representan todas las demás mercancías que pueden adquirirse por la misma cantidad de dinero? En realidad, el obrero ha cambiado su mercancía, la fuerza de trabajo, por otras mercancías de todo género, y siempre en una determinada proporción. Al entregar dos marcos, el capitalista le entrega, a cambio de su jornada de trabajo, la cantidad correspondiente de carne, de ropa, de leña, de luz, etc. Por tanto, los dos marcos expresan la proporción en que la fuerza de trabajo se cambia por otras mercancías, o sea el *valor de cambio* de la fuerza de trabajo. Ahora bien, el valor de cambio de una mercancía, expresado en *dinero*, es precisamente su *precio*. Por consiguiente, el *salario* no es más que un nombre especial con que se designa el precio de la fuerza de trabajo, o lo que suele llamarse *precio del trabajo*, el nombre especial de esa peculiar mercancía que sólo toma cuerpo en la carne y la sangre del hombre.

Tomemos un obrero cualquiera, un tejedor, por ejemplo. El capitalista le suministra el telar y el hilo. El tejedor se pone a trabajar y el hilo se convierte en lienzo. El capitalista se adueña del lienzo y lo vende en veinte marcos, por ejemplo. ¿Acaso el salario del tejedor representa una *parte* del lienzo, de los veinte marcos, del producto de su trabajo? Nada de eso. El tejedor recibe su salario mucho antes de venderse el lienzo, tal vez mucho antes de que haya acabado el tejido. Por tanto, el capitalista no paga este

salario con el dinero que ha de obtener del lienzo, sino de un fondo de dinero que tiene en reserva. Las mercancías entregadas al tejedor a cambio de la suya, de la fuerza de trabajo, no son productos de su trabajo, del mismo modo que no lo son el telar y el hilo que el burgués le ha suministrado. Podría ocurrir que el burgués no encontrase ningún comprador para su lienzo. Podría ocurrir también que no se reembolsase con el producto de su venta ni el salario pagado. Y puede ocurrir también que lo venda muy ventajosamente, en comparación con el salario del tejedor. Al tejedor todo esto le tiene sin cuidado. El capitalista, con una parte de la fortuna de que dispone, de su capital, compra la fuerza de trabajo del tejedor, exactamente lo mismo que con otra parte de la fortuna ha comprado las materias primas —el hilo— y el instrumento de trabajo —el telar—. Una vez hechas estas compras, entre las que figura la de la fuerza de trabajo necesaria para elaborar el lienzo, el capitalista produce ya *con materias primas e instrumentos de trabajo de su exclusiva pertenencia.* Entre los instrumentos de trabajo va incluido también, naturalmente, nuestro buen tejedor, que participa en el producto o en el precio del producto en la misma medida que el telar; es decir, absolutamente en nada.

Por tanto, el salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva.

La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía que su propietario, el obrero asalariado, vende al capital. ¿Para qué la vende? Para vivir.

Ahora bien, la fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta *actividad vital* la vende a otro para asegurarse los *medios de vida* necesarios. Es decir, su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí mismo es el *salario*; y la seda, el oro y el palacio se reducen para él a una determinada cantidad de medios de vida, si acaso a una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y un cuarto en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, taladra, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etc., por espacio de doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer, hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para

él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para *ganar* el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama. Si el gusano de seda hilase para ganarse el sustento como oruga, sería un auténtico obrero asalariado. La fuerza de trabajo no ha sido siempre una *mercancía.* El trabajo no ha sido siempre trabajo asalariado, es decir, *trabajo libre.* El *esclavo* no vendía su fuerza de trabajo al esclavista, del mismo modo que el buey no vende su trabajo al labrador. El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a manos de otro. *El* es una mercancía, pero su fuerza de trabajo no es una mercancía *suya.* El *siervo de la gleba* sólo vende una parte de su fuerza de trabajo. No es él quien obtiene un salario del propietario del suelo; por el contrario, es éste, el propietario del suelo, quien percibe de él un tributo.

El siervo de la gleba es un atributo del suelo y rinde frutos al dueño de éste. En cambio, el *obrero libre* se vende él mismo y, además, se vende en partes. Subasta 8, 10, 12, 15 horas de su vida, día tras día, entregándolas al mejor postor, al propietario de las materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida; es decir, al capitalista. El obrero no pertenece a ningún propietario ni está adscrito al suelo, pero las 8, 10, 12, 15 horas de su vida cotidiana pertenecen a quien se las compra. El obrero, en cuanto quiera, puede dejar al capitalista a quien se ha alquilado, y el capitalista le despide cuando se le antoja, cuando ya no le saca provecho alguno o no le saca el provecho que había calculado. Pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de *toda la clase de los compradores*, es decir, *de la clase de los capitalistas*, sin renunciar a su existencia. No pertenece a tal o cual capitalista, sino a la *clase capitalista en conjunto*, y es incumbencia suya encontrar un patrono, es decir, encontrar dentro de esta clase capitalista un comprador.

Antes de pasar a examinar más de cerca la relación entre el capital y el trabajo asalariado, expondremos brevemente los factores más generales que intervienen en la determinación del salario.

El *salario* es, como hemos visto, el *precio* de una determinada mercancía, de la fuerza de trabajo. Por tanto, el salario se halla determinado por las mismas leyes que determinan el precio de cualquier otra mercancía.

Ahora bien, nos preguntamos: *¿Cómo se determina el precio de una mercancía?*

¿Qué es lo que determina el precio de una mercancía?

Es la competencia entre compradores y vendedores, la relación entre la demanda y la oferta, entre la apetencia y la oferta. La competencia que determina el precio de una mercancía tiene *tres aspectos.*

La misma mercancía es ofrecida por diversos vendedores. Quien venda mercancías de igual calidad a precio más barato, puede estar seguro de que eliminará del campo de batalla a los demás vendedores y se asegurará mayor venta. Por tanto, los vendedores se disputan mutuamente la venta, el mercado. Todos quieren vender, vender lo más que puedan, y, si es posible, vender ellos solos, eliminando a los demás. Por eso unos venden más barato que otros. Tenemos, pues, una *competencia entre vendedores*, que *abarata* el precio de las *mercancías* puestas a la venta.

Pero hay también una *competencia entre compradores*, que, a su vez, *hace subir* el precio de las mercancías puestas a la venta.

Y, finalmente, hay la *competencia entre compradores y vendedores*; unos quieren comprar lo más barato posible, otros vender lo más caro que puedan. El resultado de esta competencia entre compradores y vendedores dependerá de la relación existente entre los dos aspectos de la competencia mencionada más arriba; es decir, de que predomine la competencia entre las huestes de los compradores o entre las huestes de los vendedores. La industria lanza al campo de batalla a dos ejércitos contendientes, en las filas de cada uno de los cuales se libra además una batalla intestina. El ejército cuyas tropas se pegan menos entre sí es el que triunfa sobre el otro.

Supongamos que en el mercado hay 100 balas de algodón y que existen compradores para 1.000 balas. En este caso, la demanda es, como vemos, diez veces mayor que la oferta. La competencia entre los compradores será, por tanto, muy grande; todos querrán conseguir una bala, y si es posible las cien. Este ejemplo no es ninguna suposición arbitraria. En la historia del comercio hemos asistido a períodos de mala cosecha algodonera, en que unos cuantos capitalistas coligados pugnaban por comprar, no ya cien balas, sino todas las reservas de algodón de la tierra. En el caso que citamos, cada comprador procurará, por tanto, desalojar al otro, ofreciendo un precio relativamente mayor por cada bala de algodón. Los vendedores, que ven a las fuerzas del ejército enemigo empeñadas en una rabiosa lucha intestina y que tienen segura la venta de todas sus cien balas, se guardarán muy mucho de irse a las manos para hacer bajar los precios del algodón, en un momento en que sus enemigos se desviven por hacerlos subir. Se hace, pues, a escape, la paz entre las huestes de los vendedores. Estos se enfrentan como *un solo* hombre con los compradores, se cruzan olímpicamente de

brazos. Y sus exigencias no tendrían límite si no lo tuvieran, y muy concreto, hasta las ofertas de los compradores más insistentes.

Por tanto, cuando la oferta de una mercancía es inferior a su demanda, la competencia entre los vendedores queda anulada o muy debilitada. Y en la medida en que se atenúa esta competencia, crece la competencia entablada entre los compradores. Resultado: alza más o menos considerable de los precios de las mercancías.

Con mayor frecuencia se da, como es sabido, el caso inverso, y con inversos resultados: exceso considerable de la oferta sobre la demanda; competencia desesperada entre los vendedores; falta de compradores; lanzamiento de las mercancías al malbarato.

Pero, ¿qué significa eso del alza y la baja de los precios? ¿Qué quiere decir precios altos y precios bajos? Un grano de arena es alto si se le mira al microscopio, y, comparada con una montaña, una torre resulta baja. Si el precio está determinado por la relación entre la oferta y la demanda, ¿qué es lo que determina esta relación entre la oferta y la demanda?

Preguntemos al primer burgués que nos salga al paso. No se parará a meditar ni un instante, sino que, cual nuevo Alejandro Magno, cortará este nudo metafísico[79] con la tabla de multiplicar. Nos dirá: si el fabricar la mercancía que vendo me ha costado cien marcos y la vendo por 110 —pasado un año, se entiende—, esta ganancia, es una ganancia moderada, honesta y decente. Si obtengo, a cambio de esta mercancía, 120, 130 marcos, será ya una ganancia alta; y si consigo hasta 200 marcos, la ganancia será extraordinaria, enorme. ¿Qué es lo que le sirve a nuestro burgués de criterio para *medir* la ganancia? El *coste de producción* de su mercancía. Si a cambio de esta mercancía obtiene una cantidad de otras mercancías cuya producción ha costado menos, pierde. Si a cambio de su mercancía obtiene una cantidad de otras mercancías cuya producción ha costado más, gana. Y calcula la baja o el alza de su ganancia por los grados que el valor de cambio de su mercancía acusa por debajo o por encima de cero, por debajo o por encima del *coste de producción*.

Hemos visto que la relación variable entre la oferta y la demanda lleva aparejada tan pronto el alza como la baja de los precios, determina tan pronto precios altos como precios bajos. Si el precio de una mercancía sube considerablemente, porque la oferta baje o porque crezca desproporcionadamente la demanda, con ello necesariamente bajará en proporción el precio de cualquier otra mercancía, pues el precio de una mercancía no hace más que expresar en dinero la proporción en que otras mercancías se entregan a cambio de ella. Si, por ejemplo, el precio de una vara de seda sube de cinco marcos a seis, bajará el precio de la plata en relación

con la seda, y asimismo disminuirá, en proporción con ella, el precio de todas las demás mercancías que sigan costando igual que antes. Para obtener la misma cantidad de seda ahora habrá que dar a cambio una cantidad mayor de aquellas otras mercancías. ¿Qué ocurrirá al subir el precio de una mercancía? Una masa de capitales afluirá a la rama industrial floreciente, y esta afluencia de capitales al campo de la industria favorecida durará hasta que arroje las ganancias normales; o más exactamente, hasta que el precio de sus productos descienda, empujado por la superproducción, por debajo del coste de producción.

Y viceversa. Si el precio de una mercancía desciende por debajo de su coste de producción, los capitales se retraerán de la producción de esta mercancía. Exceptuando el caso en que una rama industrial no corresponda ya a la época, y, por tanto, tenga que desaparecer, esta huida de los capitales irá reduciendo la producción de aquella mercancía, es decir, su oferta, hasta que corresponda a la demanda, y, por tanto, hasta que su precio vuelva a levantarse al nivel de su coste de producción, o, mejor dicho, hasta que la oferta sea inferior a la demanda; es decir, hasta que su precio rebase nuevamente su coste de producción, *pues el precio corriente de una mercancía es siempre inferior o superior a su coste de producción.*

Vemos que los capitales huyen o afluyen constantemente del campo de una industria al de otra. Los precios altos determinan una afluencia excesiva, y los precios bajos, una huida exagerada.

Podríamos demostrar también, desde otro punto de vista, cómo el coste de producción determina, no sólo la oferta, sino también la demanda. Pero esto nos desviaría demasiado de nuestro objetivo.

Acabamos de ver cómo las oscilaciones de la oferta y la demanda vuelven a reducir siempre el precio de una mercancía a su coste de producción. *Es cierto que el precio real de una mercancía es siempre superior o inferior al coste de producción, pero el alza y la baja se compensan mutuamente*, de tal modo que, dentro de un determinado período de tiempo, englobando en el cálculo el flujo y el reflujo de la industria, puede afirmarse que las mercancías se cambian unas por otras con arreglo a su coste de producción, y su precio se determina, consiguientemente, por aquél.

Esta determinación del precio por el coste de producción no debe entenderse en el sentido en que la entienden los economistas. Los economistas dicen que el *precio medio* de las mercancías equivale al coste de producción; que esto es la *ley*. Ellos consideran como obra del azar el movimiento anárquico en que el alza se nivela con la baja y ésta con el alza. Con el mismo derecho podría considerarse, como lo hacen en efecto otros economistas, que estas oscilaciones son la ley, y la determinación del precio por el coste

de producción, fruto del azar. En realidad, si se las examina de cerca, se ve que estas oscilaciones acarrean las más espantosas desolaciones y son como terremotos que hacen estremecerse los fundamentos de la sociedad burguesa, son las únicas que en su curso determinan el precio por el coste de producción. El movimiento conjunto de este desorden es su orden. En el transcurso de esta anarquía industrial, en este movimiento cíclico, la concurrencia se encarga de compensar, como si dijésemos, una extravagancia con otra.

Vemos, pues, que el precio de una mercancía se determina por su coste de producción, de modo que las épocas en que el precio de esta mercancía rebasa el coste de producción se compensan con aquéllas en que queda por debajo de este coste de producción, y viceversa. Claro está que esta norma no rige para un producto industrial concreto, sino solamente para la rama industrial entera. No rige tampoco, por tanto, para un solo industrial, sino únicamente para la clase entera de los industriales.

La determinación del precio por el coste de producción equivale a la determinación del precio por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, pues el coste de producción está formado: 1) por las materias primas y el desgaste de los instrumentos, es decir, por productos industriales cuya fabricación ha costado una determinada cantidad de jornadas de trabajo y que representan, por tanto, una determinada cantidad de tiempo de trabajo, y 2) por el trabajo directo, cuya medida es también el tiempo.

Las mismas leyes generales que regulan el precio de las mercancías en general regulan también, naturalmente, el *salario*, el *precio del trabajo*.

La remuneración del trabajo subirá o bajará según la relación entre la demanda y la oferta, según el cariz que presente la competencia entre los compradores de la fuerza de trabajo, los capitalistas, y los vendedores de la fuerza de trabajo, los obreros. A las oscilaciones de los precios de las mercancías en general les corresponden las oscilaciones del salario. *Pero, dentro de estas oscilaciones, el precio del trabajo se hallará determinado por el coste de producción, por el tiempo de trabajo necesario para producir esta mercancía, que es la fuerza de trabajo.*

Ahora bien, ¿cuál es el coste de producción de la fuerza de trabajo?

Es lo que cuesta sostener al obrero como tal obrero y educarlo para este oficio.

Por tanto, cuanto menos tiempo de aprendizaje exija un trabajo, menor será el coste de producción del obrero, más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales que no exigen apenas tiempo de aprendizaje, bastando con la mera existencia

corpórea del obrero, el coste de producción de éste se reduce casi exclusivamente a las mercancías necesarias para que aquél pueda vivir en condiciones de trabajar. Por tanto, aquí el *precio de su trabajo* estará determinado por el *precio de los medios de vida indispensables.*

Pero hay que tener presente, además, otra circunstancia.

El fabricante, al calcular su coste de producción, y con arreglo a él el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo. Si una máquina le cuesta, por ejemplo, mil marcos y se desgasta totalmente en diez años, agregará cien marcos cada año al precio de las mercancías fabricadas. para, al cabo de los diez años, poder sustituir la máquina ya agotada, por otra nueva. Del mismo modo hay que incluir en el coste de producción de la fuerza de trabajo simple el coste de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. El desgaste del obrero entra, por tanto, en los cálculos, ni más ni menos que el desgaste de las máquinas.

Por tanto, el coste de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los *gastos de existencia y reproducción del obrero.* El precio de este coste de existencia y reproducción es el que forma el salario. El salario así determinado es lo que se llama el *salario mínimo.* Al igual que la determinación del precio de las mercancías en general por el coste de producción, este salario mínimo no rige para el *individuo*, sino para la *especie.* Hay obreros, millones de obreros, que no ganan lo necesario para poder vivir y procrear; *pero el salario de la clase obrera en conjunto* se nivela, dentro de sus oscilaciones, sobre la base de este mínimo.

Ahora, después de haber puesto en claro las leyes generales que regulan el salario, al igual que el precio de cualquier otra mercancía, ya podemos entrar de un modo más concreto en nuestro tema.

El capital está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo género que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, *trabajo acumulado.* El trabajo acumulado que sirve de medio de nueva producción es el capital.

Así dicen los economistas.

¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra.

Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máqui-

na para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en *capital*. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por *sí dinero*, ni el azúcar el precio del azúcar.

En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es cómo se relacionan con la naturaleza y cómo se efectúa la producción.

Estas relaciones sociales que contraen los productores entre sí, las condiciones en que intercambian sus actividades y toman parte en el proceso conjunto de la producción variarán, naturalmente, según el carácter de los medios de producción. Con la invención de un nuevo instrumento de guerra, el arma de fuego, hubo de cambiar forzosamente toda la organización interna de los ejércitos, cambiaron las relaciones dentro de las cuales formaban los individuos un ejército y podían actuar como tal, y cambió también la relación entre los distintos ejércitos.

Las relaciones sociales en las que los individuos producen, *las relaciones sociales de producción*, *cambian*, *por tanto*, *se transforman*, *al cambiar y desarrollarse los medios materiales de producción*, *las fuerzas productivas. Las relaciones de producción forman en conjunto lo que se llaman las relaciones sociales*, *la sociedad*, *y concretamente*, *una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico*, una sociedad de carácter peculiar y distintivo. La sociedad *antigua*, la sociedad *feudal*, la sociedad *burguesa*, son otros tantos conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales representa, a la vez, un grado especial de desarrollo en la historia de la humanidad.

También el *capital* es una relación social de producción. *Es una relación burguesa de producción*, una relación de producción de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas que componen el capital, ¿no han sido producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿No se emplean para un nuevo proceso de producción bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿Y no es precisamente este carácter social determinado el que convierte *en capital* los productos destinados a la nueva producción?

El capital no se compone solamente de medios de vida, instrumentos de trabajo y materias primas, no se compone solamente de productos materiales; se compone igualmente de *valores de cambio*.

Todos los productos que lo integran son *mercancías.* El capital no es, pues, solamente una suma de productos materiales; es una suma de mercancías, de valores de cambio, de *magnitudes sociales.*

El capital sigue siendo el mismo, aunque sustituyamos la lana por algodón, el trigo por arroz, los ferrocarriles por vapores, a condición de que el algodón, el arroz y los vapores —el cuerpo del capital— tengan el mismo valor de cambio, el mismo precio que la lana, el trigo y los ferrocarriles en que antes se encarnaba. El cuerpo del capital es susceptible de cambiar constantemente, sin que por eso sufra el capital la menor alteración.

Pero, si todo capital es una suma de mercancías, es decir, de valores de cambio, no toda suma de mercancías, de valores de cambio, es capital.

Toda suma de valores de cambio es un valor de cambio. Todo valor de cambio concreto es una suma de valores de cambio. Por ejemplo, una casa que vale mil marcos es un valor de cambio de mil marcos. Una hoja de papel que valga un pfennig, es una suma de valores de cambio de $\frac{100}{100}$ de pfennig. Los productos susceptibles de ser cambiados por otros productos son *mercancías.* La proporción concreta en que pueden cambiarse constituye su *valor de cambio*, o, si se expresa en dinero, su *precio.* La cantidad de estos productos no altera para nada su destino de *mercancías*, de ser un *valor de cambio* o de tener un determinado *precio.* Sea grande o pequeño, un árbol es siempre un árbol. Por el hecho de cambiar hierro por otros productos en medias onzas o en quintales, ¿cambia su carácter de mercancía, de valor de cambio? Lo único que hace el volumen es dar a una mercancía mayor o menor valor, un precio más alto o más bajo.

Ahora bien, ¿cómo se convierte en capital una suma de mercancías, de valores de cambio?

Por el hecho de que, en cuanto *fuerza* social independiente, es decir, en cuanto fuerza en poder de *una parte de la sociedad*, se conserva y aumenta por medio del *intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva.* La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista el capital.

Sólo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital.

El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.

¿Qué acontece en el intercambio entre el capitalista y el obrero asalariado?

El obrero obtiene a cambio de su fuerza de trabajo medios de vida, pero, a cambio de estos medios de vida de su propiedad, el capitalista adquiere trabajo, la actividad productiva del obrero, la fuerza creadora con la cual el obrero no sólo repone lo que consume, sino que *da al trabajo acumulado un mayor valor del que antes poseía.* El obrero recibe del capitalista una parte de los medios de vida existentes. ¿Para qué le sirven estos medios de vida? Para su consumo inmediato. Pero, al consumir los medios de vida de que dispongo, los pierdo irreparablemente, a no ser que emplee el tiempo durante el cual me mantienen estos medios de vida en producir otros, en crear con mi trabajo, mientras los consumo, en vez de los valores destruidos al consumirlos, otros nuevos. Pero esta noble fuerza reproductiva del trabajo es precisamente la que el obrero cede al capital, a cambio de los medios de vida que éste le entrega. Al cederla, se queda, pues, sin ella.

Pongamos un ejemplo. Un granjero abona a su jornalero cinco silbergroschen por día. Por los cinco silbergroschen el jornalero trabaja la tierra del granjero durante un día entero, asegurándole con su trabajo un ingreso de diez silbergroschen. El granjero no sólo recobra los valores que cede al jornalero, sino que los duplica. Por tanto, invierte, consume de un modo fecundo, productivo, los cinco silbergroschen que paga al jornalero. Por estos cinco silbergroschen compra precisamente el trabajo y la fuerza del jornalero, que crean productos del campo por el doble de valor y convierten los cinco silbergroschen en diez. En cambio, el jornalero obtiene en vez de su fuerza productiva, cuyos frutos ha cedido al granjero, cinco silbergroschen, que cambia por medios de vida, los cuales se han consumido de dos modos: *reproductivamente* para el capital, puesto que éste los cambia por una fuerza de trabajo* que produce diez silbergroschen; *improductivamente* para el obrero, pues los cambia por medios de vida que desaparecen para siempre y cuyo valor sólo puede recobrar repitiendo el cambio anterior con el granjero. *Por consiguiente, el capital presupone el trabajo asalariado, y éste, el capital. Ambos se condicionan y se engendran recíprocamente.*

Un obrero de una fábrica algodonera ¿produce solamente tejidos de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven de nuevo para mandar sobre su trabajo y crear, por medio de éste, nuevos valores.

---

* En este lugar el término «fuerza de trabajo» no fue introducido por Engels, sino que figura ya en el texto publicado por Marx en la *Neue Rheinische Zeitung.* (*N. de la Edit.*)

El capital sólo puede aumentar cambiándose por fuerza de trabajo, engendrando el trabajo asalariado. Y la fuerza de trabajo del obrero asalariado sólo puede cambiarse por capital acrecentándolo, fortaleciendo la potencia de que es esclava. *El aumento del capital es, por tanto, aumento del proletariado, es decir, de la clase obrera.*

El interés del capitalista y del obrero es, por consiguiente, *el mismo*, afirman los burgueses y sus economistas. En efecto, el obrero perece si el capital no le da empleo. El capital perece si no explota la fuerza de trabajo, y, para explotarla, tiene que comprarla. Cuanto más velozmente crece el capital destinado a la producción, el capital productivo, y, por consiguiente, cuanto más próspera es la industria, cuanto más se enriquece la burguesía, cuanto mejor marchan los negocios, más obreros necesita el capitalista y más caro se vende el obrero.

Por consiguiente, la condición imprescindible para que la situación del obrero sea tolerable es que *crezca con la mayor rapidez posible el capital productivo.*

Pero, ¿qué significa el crecimiento del capital productivo? Significa el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo. El aumento de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Cuando el trabajo asalariado produce la riqueza extraña que le domina, la potencia enemiga suya, el capital, refluyen a él, emanados de éste, medios de trabajo, es decir, medios de vida, a condición de que se convierta de nuevo en parte integrante del capital, en palanca que le haga crecer de nuevo con ritmo acelerado.

Decir que los intereses del capital y los intereses de los obreros son los mismos, equivale simplemente a decir que el capital y el trabajo asalariado son dos aspectos de una misma relación. El uno se halla condicionado por el otro, como el usurero por el derrochador, y viceversa.

Mientras el obrero asalariado es obrero asalariado, su suerte depende del capital. He ahí la tan cacareada comunidad de intereses entre el obrero y el capitalista.

Al crecer el capital, crece la masa del trabajo asalariado, crece el número de obreros asalariados; en una palabra, la dominación del capital se extiende a una masa mayor de individuos. Y, suponiendo el caso más favorable: al crecer el capital productivo, crece la demanda de trabajo y crece también, por tanto, el precio del trabajo, el salario.

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son también pequeñas cumple todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en

una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no tiene exigencias, o las tiene muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes.

Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo. A su vez, este veloz crecimiento del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y con el nivel de desarrollo de la sociedad en general. Nuestras necesidades y nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que los satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos.

El salario no se determina solamente, en general, por la cantidad de mercancías que pueden obtenerse a cambio de él. Encierra diferentes relaciones.

Lo que el obrero percibe, en primer término, por su fuerza de trabajo, es una determinada cantidad de dinero. ¿Acaso el salario se halla determinado exclusivamente por este precio en dinero?

En el siglo XVI, a consecuencia del descubrimiento en América de minas más ricas y más fáciles de explotar, aumentó el volumen de oro y plata que circulaba en Europa. El valor del oro y la plata bajó, por tanto, en relación con las demás mercancías. Los obreros seguían cobrando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de plata acuñada. El precio en dinero de su trabajo seguía siendo el mismo, y, sin embargo, su salario había disminuido, pues a cambio de esta cantidad de plata, obtenían ahora una cantidad menor de otras mercancías. Fue ésta una de las circunstancias que fomentaron el incremento del capital y el auge de la burguesía en el siglo XVI.

Tomemos otro caso. En el invierno de 1847, a consecuencia de una mala cosecha, subieron considerablemente los precios de los artículos de primera necesidad: el trigo, la carne, la mantequilla, el queso, etc. Suponiendo que los obreros hubiesen seguido cobrando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de dinero que antes, ¿no habrían disminuido sus salarios? Indudablemente. A cambio de la misma cantidad de dinero obtenían menos pan, menos carne, etc. Sus salarios bajaron, no porque hubiese dismi-

nuido el valor de la plata, sino porque aumentó el valor de los víveres.

Finalmente, supongamos que la expresión monetaria del precio del trabajo siga siendo el mismo, mientras que todas las mercancías agrícolas y manufacturadas bajan de precio, merced a la aplicación de nueva maquinaria, a la estación más favorable, etc. Ahora, por el mismo dinero los obreros podrán comprar más mercancías de todas clases. Su salario, por tanto, habrá aumentado, precisamente por no haberse alterado su valor en dinero.

Como vemos, la expresión monetaria del precio del trabajo, el salario nominal, no coincide con el salario real, es decir, con la cantidad de mercancías que se obtienen realmente a cambio del salario. Por consiguiente, cuando hablamos del alza o de la baja del salario, no debemos fijarnos solamente en la expresión monetaria del precio del trabajo, en el salario nominal.

Pero, ni el salario nominal, es decir, la suma de dinero por la que el obrero se vende al capitalista, ni el salario real, o sea, la cantidad de mercancías que puede comprar con este dinero, agotan las relaciones que encierra el salario.

El salario se halla determinado, además y sobre todo, por su relación con la ganancia, con el beneficio obtenido por el capitalista: es un salario relativo, proporcional.

El salario real expresa el precio del trabajo en relación con el precio de las demás mercancías; el salario relativo acusa, por el contrario, la parte del nuevo valor creado por el trabajo, que percibe el trabajo directo, en proporción a la parte del valor que se incorpora al trabajo acumulado, es decir, al capital.

Decíamos más arriba, en la pág. 14*: «El salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva». Pero el capitalista tiene que reponer nuevamente este salario, incluyéndolo en el precio por el que vende el producto creado por el obrero; y tiene que reponerlo de tal modo, que, después de cubrir el coste de producción desembolsado, le quede además, por regla general, un remanente, una ganancia. El precio de venta de la mercancía producida por el obrero se divide para el capitalista en tres partes: la *primera*, para reponer el precio desembolsado en comprar materias primas, así como para reponer el desgaste de las herramientas, máquinas y otros instrumentos de trabajo adelantados por él; la *segunda*, para reponer los salarios por él adelantados, y la *tercera*, el remanente que queda después de saldar las dos partes anteriores, la ganancia del capitalista. Mientras que la

* Véase el presente tomo, pág. 156 (*N. de la Edit.*)

primera parte se limita a reponer *valores que ya existían*, es evidente que tanto la suma destinada a reembolsar los salarios abonados como el remanente que forma la ganancia del capitalista salen en su totalidad *del nuevo valor creado por el trabajo del obrero* y añadido a las materias primas. En *este sentido*, podemos considerar tanto el salario como la ganancia, para compararlos entre sí, como partes del producto del obrero.

Puede ocurrir que el salario real continúe siendo el mismo e incluso que aumente, y, no obstante, disminuya el salario relativo. Supongamos, por ejemplo, que el precio de todos los medios de vida baja en dos terceras partes, mientras que el salario diario sólo disminuye en un tercio, de tres marcos a dos, v. gr. Aunque el obrero, con estos dos marcos, podrá comprar una cantidad mayor de mercancías que antes con tres, su salario habrá disminuido, en relación con la ganancia obtenida por el capitalista. La ganancia del capitalista (por ejemplo, del fabricante) ha aumentado en un marco; es decir, que ahora el obrero, por una cantidad menor de valores de cambio, que el capitalista le entrega, tiene que producir una cantidad mayor de estos mismos valores. La parte obtenida por el capital aumenta en comparación con la del trabajo. La distribución de la riqueza social entre el capital y el trabajo es ahora todavía más desigual que antes. El capitalista manda con el mismo capital sobre una cantidad mayor de trabajo. El poder de la clase de los capitalistas sobre la clase obrera ha crecido, la situación social del obrero ha empeorado, ha descendido un grado más en comparación con la del capitalista.

¿Cuál es la ley general que rige el alza y la baja del salario y la ganancia, en sus relaciones mutuas?

Se hallan en razón inversa. La parte de que se apropia el capital, la ganancia, aumenta en la misma proporción en que disminuye la parte que le toca al trabajo, el salario, y viceversa. La ganancia aumenta en la medida en que disminuye el salario y disminuye en la medida en que éste aumenta.

Se objetará acaso que el capital puede obtener ganancia cambiando ventajosamente sus productos con otros capitalistas, cuando aumenta la demanda de su mercancía, sea mediante la apertura de nuevos mercados, sea al aumentar momentáneamente las necesidades en los mercados antiguos, etc.; que, por tanto, las ganancias de un capitalista pueden aumentar a costa de otros capitalistas, independientemente del alza o baja del salario, del valor de cambio de la fuerza de trabajo; que las ganancias del capitalista pueden aumentar también mediante el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo, la nueva aplicación de las fuerzas naturales, etc.

En primer lugar, se reconocerá que el resultado sigue siendo el mismo, aunque se alcance por un camino inverso. Es cierto que la ganancia no habrá aumentado porque haya disminuido el salario, pero el salario habrá disminuido por haber aumentado la ganancia. Con la misma cantidad de trabajo ajeno, el capitalista compra ahora una suma mayor de valores de cambio, sin que por ello pague el trabajo más caro; es decir, que el trabajo resulta peor remunerado, en relación con los ingresos netos que arroja para el capitalista.

Además, recordamos que, pese a las oscilaciones de los precios de las mercancías, el precio medio de cada mercancía, la proporción en que se cambia por otras mercancías, se determina por su *coste de producción.* Por tanto, los lucros conseguidos por unos capitalistas a costa de otros dentro de la clase capitalista se nivelan necesariamente entre sí. El perfeccionamiento de la maquinaria, la nueva aplicación de las fuerzas naturales al servicio de la producción, permiten crear en un tiempo de trabajo dado y con la misma cantidad de trabajo y capital una masa mayor de productos, pero no, ni mucho menos, una masa mayor de valores de cambio. Si la aplicación de la máquina de hilar me permite fabricar en una hora el doble de hilado que antes de su invención, por ejemplo, cien libras en vez de cincuenta, a cambio de estas cien libras de hilado no obtendré a la larga más mercancías que antes a cambio de las cincuenta, porque el coste de producción se ha reducido a la mitad o porque, ahora, con el mismo coste puedo fabricar el doble del producto.

Finalmente, cualquiera que sea la proporción en que la clase capitalista, la burguesía, bien la de un solo país o la del mercado mundial entero, se reparta los ingresos netos de la producción, la suma global de estos ingresos netos no será nunca otra cosa que la suma en que el trabajo vivo incrementa en bloque el trabajo acumulado. Por tanto, esta suma global crece en la proporción en que el trabajo incrementa el capital; es decir, en la proporción en que crece la ganancia, en comparación con el salario.

Vemos, pues, que, aunque nos circunscribimos *a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, los intereses del trabajo asalariado y los del capital son diametralmente opuestos.*

Un aumento rápido del capital equivale a un rápido aumento de la ganancia. La ganancia sólo puede crecer rápidamente si el precio del trabajo, el salario relativo, disminuye con la misma rapidez. El salario relativo puede disminuir aunque aumente el salario real simultáneamente con el salario nominal, con la expresión monetaria del valor del trabajo, siempre que éstos no suban en la misma proporción que la ganancia. Si, por ejemplo, en una época de buenos negocios, el salario aumenta en un cinco por cien-

to y la ganancia en un treinta por ciento, el salario relativo, proporcional, no habrá *aumentado*, sino *disminuido.*

Por tanto, si, con el rápido incremento del capital, aumentan los ingresos del obrero, al mismo tiempo se ahonda el abismo social que separa al obrero del capitalista, y crece, a la par, el poder del capital sobre el trabajo, la dependencia de éste con respecto al capital.

Decir que el obrero está interesado en el rápido incremento del capital, sólo significa que cuanto más aprisa incrementa el obrero la riqueza ajena, más sabrosas migajas le caen para él, más obreros pueden encontrar empleo y ser echados al mundo, más puede crecer la masa de los esclavos sujetos al capital.

Hemos visto, pues:

Que, incluso la *situación más favorable* para la clase obrera, el *incremento más rápido posible del capital*, por mucho que mejore la vida material del obrero, no suprime el antagonismo entre sus intereses y los intereses del burgués, los intereses del capitalista. *Ganancia y salario* seguirán hallándose, exactamente lo mismo que antes, *en razón inversa.*

Que si el capital crece rápidamente, pueden aumentar también los salarios, pero que aumentarán con rapidez incomparablemente mayor las ganancias del capitalista. La situación material del obrero habrá mejorado, pero a costa de su situación social. El abismo social que le separa del capitalista se habrá ahondado.

Y, finalmente:

Que el decir que la condición más favorable para el trabajo asalariado es el incremento más rápido posible del capital productivo, sólo significa que cuanto más rápidamente la clase obrera aumenta y acrecienta el poder enemigo, la riqueza ajena que la domina, tanto mejores serán las condiciones en que podrá seguir laborando por el incremento de la riqueza burguesa, por el acrecentamiento del poder del capital, contenta con forjar ella misma las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía.

El incremento del capital productivo y el aumento del salario, ¿son realmente dos cosas tan inseparablemente enlazadas como afirman los economistas burgueses? No debemos creerles simplemente de palabra. No debemos siquiera creerles que cuanto más engorde el capital, mejor cebado estará el esclavo. La burguesía es demasiado instruida, demasiado calculadora, para compartir los prejuicios del señor feudal, que alardeaba con el brillo de sus servidores. Las condiciones de existencia de la burguesía la obligan a ser calculadora.

Deberemos, pues, investigar más de cerca lo siguiente: *¿Cómo influye el crecimiento del capital productivo sobre el salario?*

Si crece el capital productivo de la sociedad burguesa en bloque, se produce una acumulación *más multilateral* de trabajo. Crece el número y el volumen de capitales. *El aumento* del número de capitales hace aumentar la *concurrencia entre los capitalistas. El mayor volumen* de los capitales permite *lanzar al campo de batalla industrial ejércitos obreros más potentes, con armas de guerra más gigantescas.*

Sólo vendiendo más barato pueden unos capitalistas desalojar a otros y conquistar sus capitales. Para poder vender más barato sin arruinarse, tienen que producir más barato; es decir, aumentar todo lo posible la fuerza productiva del trabajo. Y lo que sobre todo aumenta esta fuerza productiva es *una mayor división del trabajo*, la aplicación en mayor escala y el constante perfeccionamiento de la *maquinaria*. Cuanto mayor es el ejército de obreros entre los que se divide el trabajo, cuanto más gigantesca es la escala en que se aplica la maquinaria, más disminuye relativamente el coste de producción, más fecundo se hace el trabajo. De aquí que entre los capitalistas se desarrolle una rivalidad en todos los aspectos para incrementar la división del trabajo y la maquinaria y explotarlos en la mayor escala posible.

Si un capitalista, mediante una mayor división del trabajo, empleando y perfeccionando nuevas máquinas, explotando de un modo más provechoso y más extenso las fuerzas naturales, encuentra los medios para fabricar, con la misma cantidad de trabajo o de trabajo acumulado, una suma mayor de productos, de mercancías, que sus competidores; si por ejemplo, en el mismo tiempo de trabajo en que sus competidores tejen media vara de lienzo, él produce una vara entera, ¿cómo procederá este capitalista?

Podría seguir vendiendo la media vara de lienzo al mismo precio a que venía cotizándose anteriormente en el mercado, pero esto no sería el medio más adecuado para desalojar a sus adversarios de la liza y extender sus propias ventas. Sin embargo, en la misma medida en que se dilata su producción, se dilata para él la necesidad de mercado. Los medios de producción, más potentes y más costosos que ha puesto en pie, le *permiten* vender su mercancía más barata, pero al mismo tiempo *le obligan a vender más mercancías*, a conquistar para éstas un mercado incomparablemente *mayor*; por tanto, nuestro capitalista venderá la media vara de lienzo más barata que sus competidores.

Pero, el capitalista no venderá una vara entera de lienzo por el mismo precio a que sus competidores venden la media vara, aunque a él la producción de una vara no le cueste más que a los otros la media. Si lo hiciese así, no obtendría ninguna ganancia extraordinaria; sólo recobraría por el trueque el coste de produc-

ción. Por tanto, aunque obtuviese ingresos mayores, éstos provendrían de haber puesto en movimiento un capital mayor, pero no de haber logrado que su capital aumentase más que los otros. Además, el fin que persigue, lo alcanza fijando el precio de su mercancía tan sólo unos puntos más bajo que sus competidores. *Bajando el precio*, los desaloja y les arrebata por lo menos una parte del mercado. Y, finalmente, recordamos que el precio corriente es siempre *superior o inferior al coste de producción*, según que la venta de una mercancía coincida con la temporada favorable o desfavorable de una rama industrial. Los puntos que el capitalista, que aplica nuevos y más fecundos medios de producción, puede añadir a su coste real de producción, al fijar el precio de su mercancía, dependerán de que el precio de una vara de lienzo en el mercado sea superior o inferior a su anterior coste habitual de producción.

Pero el *privilegio* de nuestro capitalista no es de larga duración; otros capitalistas, en competencia con él, pasan a emplear las mismas máquinas, la misma división del trabajo y en una escala igual o mayor, hasta que esta innovación acaba por generalizarse tanto, que el precio del lienzo queda *por debajo*, *no ya del antiguo*, sino incluso de *su nuevo coste de producción.*

Los capitalistas vuelven a encontrarse, pues, unos frente a otros, en la misma situación en que se encontraban *antes* de emplear los nuevos medios de producción; y si, con estos medios, podían suministrar por el mismo precio el doble de producto que antes, *ahora* se ven obligados a entregar el doble de producto por *menos* del precio antiguo. Y comienza la misma historia, sobre la base de este nuevo coste de producción. Más división del trabajo, más maquinaria en una escala mayor. Y la competencia vuelve a reaccionar, exactamente igual que antes, contra este resultado.

Vemos, pues, cómo se subvierten, se revolucionan incesantemente el modo de producción y los medios de producción, *cómo la división del trabajo acarrea necesariamente otra división mayor del trabajo*, *la aplicación de la maquinaria*, *otra aplicación mayor de la maquinaria*, *la producción en gran escala*, *una producción en otra escala mayor.*

Tal es la ley que saca constantemente de su viejo cauce a la producción burguesa y obliga al capital a tener constantemente en tensión las fuerzas productivas del trabajo, *por* haberlas puesto antes en tensión; la ley que no le deja punto de sosiego y le susurra incesantemente al oído: ¡Adelante! ¡Adelante!

Esta ley no es sino la que, dentro de las oscilaciones de los períodos comerciales, *nivela* necesariamente el precio de una mercancía *con su coste de producción.*

Por potentes que sean los medios de producción que un capitalista arroja a la liza, la concurrencia se encargará de generalizar el empleo de estos medios de producción, y, a partir del momento en que se hayan generalizado, el único fruto de la mayor fecundidad de su capital es que ahora tendrá que dar *por el mismo precio* diez, veinte, cien veces más producto que antes. Pero como, para compensar con la cantidad mayor del producto vendido el precio más bajo de venta, tendrá que vender acaso mil veces más, porque ahora necesita una venta en masa, no sólo para ganar más, sino para reponer el coste de producción, ya que los propios instrumentos de producción van siendo, como hemos visto, cada vez más caros, y como esta venta en masa no es una cuestión vital solamente para él, sino también para sus rivales, la vieja contienda se desencadena con *tanta mayor violencia cuanto más fecundos son los medios de producción ya inventados. Por tanto, la división del trabajo y la aplicación de maquinaria seguirán desarrollándose de nuevo, en una escala incomparablemente mayor.*

Cualquiera que sea la potencia de los medios de producción empleados, la competencia procura arrebatar al capital los frutos de oro de esta potencia, reduciendo el precio de las mercancías al coste de producción, y, por tanto, convirtiendo en una ley imperativa el que en la medida en que pueda producirse más barato, es decir, en que pueda producirse más con la misma cantidad de trabajo, haya que abaratar la producción, que suministrar cantidades cada vez mayores de productos por el mismo precio. Por donde el capitalista, como fruto de sus propios desvelos, sólo saldría ganando la obligación de rendir más en el mismo tiempo de trabajo; en una palabra, *condiciones más difíciles para el aumento del valor de su capital*. Por tanto, mientras que la concurrencia le persigue constantemente con su ley del coste de producción, y todas las armas que forja contra sus rivales se vuelven contra él mismo, el capitalista se esfuerza por burlar constantemente la competencia empleando sin descanso, en lugar de las antiguas, nuevas máquinas, que, aunque más costosas, producen más barato e implantando nuevas divisiones del trabajo en sustitución de las antiguas, sin esperar a que la competencia haga envejecer los nuevos medios.

Representémonos esta agitación febril proyectada al mismo tiempo sobre *todo el mercado mundial*, y nos formaremos una idea de cómo el incremento, la acumulación y concentración del capital trae consigo una división del trabajo, una aplicación de maquinaria nueva y un perfeccionamiento de la antigua en una carrera atropellada e ininterrumpida, en escala cada vez más gigantesca.

Ahora bien, *¿cómo influyen estos factores, inseparables del incremento del capital productivo en la determinación del salario*?

Una mayor *división del trabajo* permite a *un* obrero realizar el trabajo de cinco, diez o veinte; aumenta, por tanto, la competencia entre los obreros en cinco, diez o veinte veces. Los obreros no sólo compiten entre sí vendiéndose unos más barato que otros, sino que compiten también cuando *uno solo* realiza el trabajo de cinco, diez o veinte; y la *división del trabajo* implantada y constantemente reforzada por el capital, obliga a los obreros a hacerse esta clase de competencia.

Además, en la medida en que aumenta la *división del trabajo, éste se simplifica.* La pericia especial del obrero no sirve ya de nada. Se le convierte en una fuerza productiva simple y monótona, que no necesita poner en juego ningún recurso físico ni espiritual. Su trabajo es ya un trabajo asequible a cualquiera. Esto hace que afluyan de todas partes competidores; y, además, recordamos que cuanto más sencillo y más fácil de aprender es un trabajo, cuanto menor coste de producción supone el asimilárselo, más disminuye el salario, ya que éste se halla determinado, como el precio de toda mercancía, por el coste de producción.

Por tanto, a medida que el trabajo va haciéndose más desagradable, más repelente, aumenta la competencia y disminuye el salario. El obrero se esfuerza por sacar a flote el volumen de su salario trabajando más; ya sea trabajando más horas al día o produciendo más en cada hora. Es decir, que, acuciado por la necesidad, acentúa todavía más los fatales efectos de la división del trabajo. El resultado es que, *cuanto más trabaja, menos jornal gana*; por la sencilla razón de que en la misma medida hace la competencia a sus compañeros, y convierte a éstos, por consiguiente, en otros tantos competidores suyos, que se ofrecen al patrono en condiciones tan malas como él; es decir, porque, en última instancia, *se hace la competencia a sí mismo, en cuanto miembro de la clase obrera.*

La maquinaria produce los mismos efectos en una escala mucho mayor, al sustituir los obreros diestros por obreros inexpertos, los hombres por mujeres, los adultos por niños, y porque, además, la maquinaria, dondequiera que se implanta por primera vez, lanza al arroyo a masas enteras de obreros manuales, y, donde se la perfecciona, se la mejora o se la sustituye por máquinas más productivas, va desalojando a los obreros en pequeños pelotones. Más arriba, hemos descrito a grandes rasgos la guerra industrial de unos capitalistas con otros. *Esta guerra presenta la particularidad de que en ella las batallas no se ganan tanto enrolando a ejércitos obreros, como licenciándolos. Los generales, los capitalistas rivalizan a quien licencia más soldados industriales.*

Los economistas nos dicen, ciertamente, que los obreros a quienes la maquinaria hace innecesarios encuentran *nuevas* ramas en que trabajar.

No se atreven a afirmar directamente que los mismos obreros desalojados encuentran empleo en nuevas ramas de trabajo, pues los hechos hablan demasiado alto en contra de esta mentira. Sólo afirman, en realidad, que se abren nuevas posibilidades de trabajo para *otros sectores de la clase obrera*; por ejemplo, para aquella parte de la generación obrera juvenil que estaba ya preparada para ingresar en la rama industrial desaparecida. Es, naturalmente, un gran consuelo, para los obreros eliminados. A los señores capitalistas no les faltarán carne y sangre fresca explotables y dejarán que los muertos entierren a sus muertos. Pero esto servirá de consuelo más a los propios burgueses que a los obreros. Si la maquinaria destruyese íntegra la clase de los obreros asalariados, ¡qué espantoso sería esto para el capital, que sin trabajo asalariado dejaría de ser capital!

Pero, supongamos que los obreros directamente desalojados del trabajo por la maquinaria y toda la parte de la nueva generación que aguarda la posibilidad de colocarse en la misma rama *encuentren nuevo empleo*. ¿Se cree que por este nuevo trabajo se les habría de pagar tanto como por el que perdieron? *Esto estaría en contradicción con todas las leyes de la economía*. Ya hemos visto cómo la industria moderna lleva siempre consigo la sustitución del trabajo complejo y superior por otro más simple y de orden inferior.

¿Cómo, pues, una masa de obreros expulsados por la maquinaria de una rama industrial va a encontrar refugio en otra, a no ser con *salarios más bajos*, *peores*?

Se ha querido aducir como una excepción a los obreros que trabajan directamente en la fabricación de maquinaria. Visto que la industria exige y consume más maquinaria, se nos dice, las máquinas tienen, necesariamente, que aumentar, y con ellas su fabricación, y, por tanto, los obreros empleados en la fabricación de la maquinaria; además, los obreros que trabajan en esta rama industrial son obreros expertos, incluso instruidos.

Desde el año 1840, esta afirmación, que ya antes sólo era exacta a medias, ha perdido toda apariencia de verdad, pues en la fabricación de maquinaria se emplean cada vez en mayor escala máquinas, ni más ni menos que para la fabricación de hilo de algodón, y los obreros que trabajan en las fábricas de maquinaria sólo pueden desempeñar el papel de máquinas extremadamente imperfectas, al lado de las complicadísimas que se utilizan.

Pero, ¡en vez del hombre adulto desalojado por la máquina, la fábrica da empleo tal vez a *tres* niños y a *una* mujer! ¿Y acaso el salario del hombre no tenía que bastar para sostener a los tres niños y a la mujer? ¿No tenía que bastar el salario mínimo para conservar y multiplicar el género? ¿Qué prueba, entonces, este

favorito tópico burgués? Prueba únicamente que hoy, para pagar el sustento de *una* familia obrera, la industria consume cuatro vidas obreras por una que consumía antes.

Resumiendo: *cuanto más crece el capital productivo, más se extiende la división del trabajo y la aplicación de maquinaria. Y cuanto más se extiende la división del trabajo y la aplicación de la maquinaria, más se acentúa la competencia entre los obreros y más se reduce su salario.*

Además, la clase obrera se recluta también entre *capas más altas de la sociedad.* Hacia ella va descendiendo una masa de pequeños industriales y pequeños rentistas, para quienes lo más urgente es ofrecer sus brazos junto a los brazos de los obreros. Y así, el bosque de brazos que se extienden y piden trabajo es cada vez más espeso, al paso que los brazos mismos que lo forman son cada vez más flacos.

De suyo se entiende que el pequeño industrial no puede hacer frente a esta lucha, una de cuyas primeras condiciones es producir en una escala cada vez mayor, es decir, ser precisamente un gran y no un pequeño industrial.

Que el interés del capital disminuye en la misma medida que aumentan la masa y el número de capitales, en la que crece el capital, y que, por tanto, el pequeño rentista no puede seguir viviendo de su renta y tiene que lanzarse a la industria, ayudando de este modo a engrosar las filas de los pequeños industriales, y con ello las de los candidatos a proletarios, es cosa que tampoco requiere más explicación.

Finalmente, a medida que los capitalistas se ven forzados, por el proceso que exponíamos más arriba, a explotar en una escala cada vez mayor los gigantescos medios de producción ya existentes, viéndose obligados para ello a poner en juego todos los resortes del crédito, aumenta la frecuencia de los terremotos industriales, en los que el mundo comercial sólo logra mantenerse a flote sacrificando a los dioses del averno una parte de la riqueza, de los productos y hasta de las fuerzas productivas; aumentan, en una palabra, las *crisis.* Estas se hacen más frecuentes y más violentas, ya por el solo hecho de que, a medida que crece la masa de producción y, por tanto, la necesidad de mercados más extensos, el mercado mundial va reduciéndose más y más, y quedan cada vez menos mercados nuevos que explotar, pues cada crisis anterior somete al comercio mundial un mercado no conquistado todavía o que el comercio sólo explotaba superficialmente. Pero el capital no *vive* sólo del trabajo. Este amo, a la par distinguido y bárbaro, arrastra consigo a la tumba los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de obreros que sucumben en las crisis. Vemos, pues, que, *si el capital crece rápidamente, crece con rapidez incompara-*

blemente mayor todavía la competencia entre los obreros, es decir, disminuyen tanto más, relativamente, los medios de empleo y los medios de vida de la clase obrera; y, no obstante esto, el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajo asalariado.

Escrito por C. Marx sobre la base de las conferencias pronunciadas en la segunda quincena de diciembre de 1847.

Publicado en los números 264-267 y 269 de la *Neue Rheinische Zeitung* del 5, 6, 7, 8 y 11 de abril de 1849 y en folleto aparte, bajo la redacción y con un prefacio de F. Engels, en Berlín, en 1891.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto.
Traducido del alemán.

C. MARX Y F. ENGELS

MENSAJE DEL COMITE CENTRAL A LA LIGA DE LOS COMUNISTAS[80]

MARZO DE 1850

EL COMITE CENTRAL A LA LIGA[40]

Hermanos: Durante los dos años revolucionarios de 1848 y 1849 la Liga ha salido airosa de una doble prueba: primero porque sus miembros participaron enérgicamente en todas partes donde se produjo el movimiento y porque en la prensa, en las barricadas y en los campos de batalla estuvieron en la vanguardia de la única clase decididamente revolucionaria, del proletariado. Además, porque la concepción que del movimiento tenía la Liga, tal como fue formulada en las circulares de los congresos y del Comité Central en 1847, así como en el *Manifiesto Comunista*, resultó ser la única acertada; porque las esperanzas expuestas en dichos documentos se vieron plenamente confirmadas, y los puntos de vista sobre las condiciones sociales del momento, que la Liga sólo había propagado hasta entonces en secreto, se hallan ahora en boca de todos los pueblos y se predican abiertamente en las plazas públicas. Al mismo tiempo, la primitiva y sólida organización de la Liga se ha debilitado considerablemente. Gran parte de sus miembros —los que participaron directamente en el movimiento revolucionario— creían que ya había pasado la época de las sociedades secretas y que bastaba con la sola actividad pública. Algunos círculos y comunidades han ido debilitando sus conexiones con el Comité Central y terminaron por romperlas poco a poco. Así pues, mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, fortalecía más y más su organización

en Alemania, el partido obrero perdía su única base firme, a lo sumo conservaba su organización en algunas localidades, para fines puramente locales, y por eso, en el movimiento general, cayó por entero bajo la influencia y la dirección de los demócratas pequeñoburgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros. Comprendiendo esta necesidad, el Comité Central, ya en el invierno de 1848-1849, envió a Josef Moll con la misión de reorganizar la Liga en Alemania. La misión de Moll no produjo el efecto deseado, en parte porque los obreros alemanes no tenían aún suficiente experiencia, y en parte por haberse visto interrumpida a consecuencia de la insurrección de mayo del año pasado[74]. El propio Moll, que empuñó las armas y se incorporó al ejército de Baden-Palatinado, cayó en el encuentro del 19 de julio* cerca del Murg. La Liga ha perdido con Moll a uno de sus miembros más antiguos, más activos y más seguros, que había participado en todos los congresos y comités centrales y que ya había realizado antes con gran éxito varias misiones fuera. Después de la derrota de los partidos revolucionarios de Alemania y Francia en julio de 1849, casi todos los miembros del Comité Central volvieron a reunirse en Londres, completaron sus filas con nuevas fuerzas revolucionarias y emprendieron con renovada energía la tarea de reorganizar la Liga.

Esta reorganización sólo puede ser lograda por un emisario especial, y el Comité Central considera que tiene una gran importancia el que dicho emisario salga precisamente ahora, cuando es inminente una nueva revolución, cuando, por lo tanto, el partido obrero debe actuar de la manera más organizada, más unánime y más independiente, si no quiere ser de nuevo explotado por la burguesía y marchar a la cola de ésta, como en 1848.

Ya os habíamos dicho, hermanos, en 1848, que los liberales burgueses alemanes llegarían pronto al poder y que inmediatamente emplearían contra los obreros este poder recién adquirido. Ya habéis visto cómo se ha realizado esto. En efecto, inmediatamente después del movimiento de Marzo de 1848 han sido los burgueses quienes se hicieron con el poder, utilizándolo sin dilaciones para obligar a los obreros, sus aliados en la lucha, a volver a su anterior condición de oprimidos. Y aunque la burguesía no podía lograr todo esto sin aliarse al partido feudal derrotado en Marzo y, en fin de cuentas, sin ceder de nuevo la dominación a este mismo partido absolutista feudal, pudo, sin embargo, asegurarse las condiciones que, en vista de las dificul-

---

*** En la edición de 1885 se da una fecha equivocada, debe ser 29 de junio. (*N. de la Edit.*)**

tades financieras del Gobierno, habrían de poner finalmente en sus manos el poder y salvaguardarían sus intereses en el caso de que fuese posible que el movimiento revolucionario entrase desde ahora en el cauce del llamado desarrollo pacífico. Para asegurar su dominación, la burguesía ni siquiera necesitaba recurrir a medidas violentas que la harían odiosa a los ojos del pueblo, pues todas esas medidas violentas ya habían sido tomadas por la contrarrevolución feudal. Pero el desarrollo no ha de seguir ese cauce pacífico. Por el contrario, la revolución que ha de acelerar dicho desarrollo está próxima, bien sea provocada por una insurrección independiente del proletariado francés, bien por una invasión de la Babel revolucionaria[82] por la Santa Alianza[81].

Y el papel de traición que los liberales burgueses alemanes desempeñaron con respecto al pueblo en 1848 lo desempeñarán en la próxima revolución los pequeños burgueses democráticos, que ocupan hoy en la oposición el mismo lugar que ocupaban los liberales burgueses antes de 1848. Este partido, el partido democrático, más peligroso para los obreros que lo fue el partido liberal, está integrado por los tres elementos siguientes:

I. Por las partes más progresistas de la gran burguesía, cuyo objetivo es el total e inmediato derrocamiento del feudalismo y del absolutismo. Dicha fracción está representada por los antiguos conciliadores de Berlín que habían propuesto suspender el pago de las contribuciones.

II. Por la pequeña burguesía democrático-constitucional, cuyo principal objetivo en el movimiento precedente había sido crear un Estado federal más o menos democrático, tal como lo habían propugnado sus representantes —la izquierda de la Asamblea de Francfort—, más tarde el parlamento de Stuttgart y ella misma en la campaña en pro de la Constitución del Imperio[83].

III. Por los pequeños burgueses republicanos, cuyo ideal es una república federal alemana al estilo de la suiza y que ahora se llaman a sí mismos «rojos» y «demócratas sociales», porque tienen el pío deseo de acabar con la opresión del pequeño capital por el grande, del pequeño burgués por el gran burgués. Representaban esta fracción los miembros de los congresos y comités democráticos, los dirigentes de las uniones democráticas y los redactores de la prensa democrática.

Ahora, después de su derrota, todas estas fracciones se llaman republicanas o rojas, exactamente como los pequeños burgueses republicanos de Francia se llaman hoy día socialistas. Allí donde aún tienen la posibilidad de perseguir sus fines por métodos constitucionales, como en Wurtemberg, Baviera, etc.,

aprovechan la ocasión para conservar sus viejas frases y para demostrar con los hechos que no han cambiado en absoluto. Se comprende, por lo demás, que el cambio de nombre de este partido no modifica en lo más mínimo su actitud hacia los obreros; lo único que hace es demostrar que ahora se ve obligado a luchar contra la burguesía aliada al absolutismo y a buscar el apoyo del proletariado.

El partido democrático pequeñoburgués es muy poderoso en Alemania. Abarca no solamente a la enorme mayoría de la población burguesa de las ciudades, a los pequeños comerciantes e industriales y a los maestros artesanos, sino que también le siguen los campesinos y el proletariado rural, en tanto este último no ha encontrado aún el apoyo del proletariado urbano independiente.

La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio.

Muy lejos de desear la transformación revolucionaria de toda la sociedad en beneficio de los proletarios revolucionarios, la pequeña burguesía democrática tiende a un cambio del orden social que pueda hacer su vida en la sociedad actual lo más llevadera y confortable. Por eso reclama ante todo una reducción de los gastos del Estado por medio de una limitación de la burocracia y la imposición de las principales cargas tributarias sobre los grandes terratenientes y los burgueses. Exige, además, que se ponga fin a la presión del gran capital sobre el pequeño, pidiendo la creación de instituciones crediticias del Estado y leyes contra la usura, con lo cual ella y los campesinos tendrían abierta la posibilidad de obtener créditos del Estado en lugar de tener que pedírselos a los capitalistas, y además en condiciones ventajosas; pide igualmente el establecimiento de relaciones burguesas de propiedad en el campo mediante la total abolición del feudalismo. Para poder llevar a cabo todo esto necesita un régimen democrático, ya sea constitucional o republicano, que les proporcione una mayoría a ella y a sus aliados, los campesinos, y una autonomía democrática local que ponga en sus manos el control directo de la propiedad comunal y una serie de funciones desempeñadas hoy día por burócratas.

Los demócratas pequeñoburgueses consideran, además, que es preciso oponerse a la dominación y al rápido crecimiento del capital, en parte limitando el derecho de herencia, en parte poniendo en manos del Estado el mayor número posible de em-

presas. Por lo que toca a los obreros, es ante todo indudable que deben seguir siendo obreros asalariados, pero al mismo tiempo los pequeños burgueses democráticos desean que aquéllos tengan salarios más altos y una existencia mejor asegurada; y confían en lograr esto facilitando por un lado trabajo a los obreros a través del Estado y por otro con medidas de beneficencia. En una palabra, confían en corromper a los obreros con limosnas más o menos veladas y quebrantar su fuerza revolucionaria con un mejoramiento temporal de su situación. No todas las fracciones de la democracia pequeñoburguesa defienden todas las reivindicaciones que acabamos de citar. Tan sólo unos pocos demócratas pequeñoburgueses consideran como objetivo suyo el conjunto de estas reivindicaciones. Cuanto más allá van algunos individuos o fracciones de la democracia pequeñoburguesa, tanto mayor es el número de estas reivindicaciones que hacen suyas, y aquellos pocos que ven en lo arriba expuesto su propio programa suponen seguramente que ello representa el máximo de lo que puede esperarse de la revolución. Pero estas reivindicaciones no pueden satisfacer en modo alguno al partido del proletariado. Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases, no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva. No cabe la menor duda de que con el desarrollo de la revolución la democracia pequeñoburguesa obtendrá en Alemania, por algún tiempo, una influencia predominante. La cuestión es, pues, saber cuál ha de ser la actitud del proletariado y particularmente de la Liga frente a la democracia pequeñoburguesa:

1. mientras subsista la situación actual, cuando los demócratas pequeñoburgueses se encuentran también oprimidos;
2. en el curso de la próxima lucha revolucionaria, la cual les dará una situación de superioridad;
3. al terminar la lucha, durante el período de su superioridad sobre las clases derrocadas y sobre el proletariado.

1. En los momentos presentes, cuando la pequeña burguesía democrática es oprimida en todas partes, ésta predica en general al proletariado la unión y la reconciliación, le tiende la mano y trata de crear un gran partido de oposición que abarque todas las tendencias del partido democrático, es decir, trata de arrastrar al proletariado a una organización de partido donde han de predominar las frases socialdemócratas de tipo general, tras las que se ocultarán los intereses particulares de la democracia pequeñoburguesa, y en la que las reivindicaciones especiales del proletariado han de mantenerse reservadas en aras de la tan deseada paz. Semejante unión sería hecha en exclusivo beneficio de la pequeña burguesía democrática y en indudable perjuicio del proletariado. Este habría perdido toda su posición independiente conquistada a costa de tantos esfuerzos y habría caído una vez más en la situación de simple apéndice de la democracia burguesa oficial. Tal unión debe ser, por tanto, resueltamente rechazada. En vez de descender una vez más al papel de coro destinado a jalear a los demócratas burgueses, los obreros, y ante todo la Liga, deben procurar establecer junto a los demócratas oficiales una organización propia del partido obrero, a la vez legal y secreta, y hacer de cada comunidad centro y núcleo de sociedades obreras, en las que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas. Una prueba de cuán poco seria es la actitud de los demócratas burgueses ante una alianza con el proletariado en la cual éste tuviese la misma fuerza y los mismos derechos la tenemos en los demócratas de Breslau, cuyo órgano de prensa, la *Neue Oder-Zeitung*[84], ataca con furia a los obreros organizados independientemente, a los que moteja de socialistas. Para luchar contra un enemigo común no se precisa ninguna unión especial. Por cuanto es necesario luchar directamente contra tal enemigo, los intereses de ambos partidos coinciden por el momento, y dicha unión, lo mismo que ha venido ocurriendo hasta ahora, surgirá en el futuro por sí misma y únicamente para el momento dado. Es evidente que en los futuros conflictos sangrientos, al igual que en todos los anteriores, serán sobre todo los obreros los que tendrán que conquistar la victoria con su valor, resolución y espíritu de sacrificio. En esta lucha, al igual que en las anteriores, la masa pequeñoburguesa mantendrá una actitud de espera, de irresolución e inactividad tanto tiempo como le sea posible, con el propósito de que, en cuanto quede asegurada la victoria, utilizarla en beneficio propio, invitar a los obreros a que permanezcan tranquilos y retornen al trabajo, evitar los llamados excesos y despojar al proletariado de los frutos de la victoria. No está en manos de los obreros impedir que la pequeña burguesía democrática proceda

de este modo, pero sí está en su poder dificultar la posibilidad de imponerse al proletariado en armas y dictarles unas condiciones bajo las cuales la dominación de los demócratas burgueses lleve desde el principio el germen de su caída, facilitando así considerablemente su ulterior sustitución por el poder del proletariado. Durante el conflicto e inmediatamente después de terminada la lucha, los obreros deben procurar, ante todo y en cuanto sea posible, contrarrestar los intentos contemporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas. Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria. Por el contrario, han de intentar mantenerla tanto tiempo como sea posible. Los obreros no sólo no deben oponerse a los llamados excesos, a los actos de venganza popular contra individuos odiados o contra edificios públicos que el pueblo sólo puede recordar con odio, no sólo deben tolerar tales actos, sino que deben asumir la dirección de los mismos. Durante la lucha y después de ella los obreros deben aprovechar todas las oportunidades para presentar sus propias demandas al lado de las demandas de los demócratas burgueses. Deben exigir garantías para los obreros tan pronto como los demócratas burgueses se dispongan a tomar el poder. Si fuere preciso, estas garantías deben ser arrancadas por la fuerza. En general, es preciso procurar que los nuevos gobernantes se obliguen a las mayores concesiones y promesas; es el medio más seguro de comprometerles. Los obreros deben contener por lo general y en la medida de lo posible la embriaguez del triunfo y el entusiasmo provocado por la nueva situación que sigue a toda lucha callejera victoriosa, oponiendo a todo esto una apreciación fría y serena de los acontecimientos y manifestando abiertamente su desconfianza hacia el nuevo Gobierno. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros. En una palabra, desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio.

2. Pero para poder oponerse enérgica y amenazadoramente a este partido, cuya traición a los obreros comenzará desde los primeros momentos de la victoria, éstos deben estar armados

y tener su organización. Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja milicia burguesa dirigida contra los obreros. Donde no puedan ser tomadas estas medidas, los obreros deben tratar de organizarse independientemente como guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del Gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros. Donde los obreros trabajen en empresas del Estado, deberán procurar su armamento y organización en cuerpos especiales con mandos elegidos por ellos mismos o bien como unidades que formen parte de la guardia proletaria. Bajo ningún pretexto entregarán sus armas ni municiones; todo intento de desarme será rechazado, en caso de necesidad, por la fuerza de las armas. Destrucción de la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros; formación inmediata de una organización independiente y armada de la clase obrera; creación de unas condiciones que, en la medida de lo posible, sean lo más duras y comprometedoras para la dominación temporal e inevitable de la democracia burguesa: tales son los puntos principales que el proletariado, y por tanto la Liga, deben tener presentes durante la próxima insurrección y después de ella.

3. Tan pronto como los nuevos gobiernos se hayan consolidado un poco comenzarán su lucha contra los obreros. A fin de estar en condiciones de oponerse enérgicamente a los demócratas pequeñoburgueses es preciso ante todo que los obreros estén organizados de un modo independiente y centralizados a través de sus clubs. Después del derrocamiento de los gobiernos existentes, y a la primera oportunidad, el Comité Central se trasladará a Alemania, convocará inmediatamente un Congreso, ante el que propondrá las medidas necesarias para la centralización de los clubs obreros bajo la dirección de un organismo establecido en el centro principal del movimiento. La rápida organización de agrupaciones —por lo menos provinciales— de los clubs obreros es una de las medidas más importantes para vigorizar y desarrollar el partido obrero. La consecuencia inmediata del derrocamiento de los gobiernos existentes ha de ser la elección de una asamblea nacional representativa. Aquí el proletariado deberá vigilar:

I. Que ni un solo núcleo obrero sea privado del derecho de voto bajo ningún pretexto ni por ningún truco de las autoridades locales o de los comisarios del Gobierno.

II. Que al lado de los candidatos burgueses democráticos figuren en todas partes candidatos obreros, elegidos en la medida de lo posible entre los miembros de la Liga, y que para su triunfo

se pongan en juego todos los medios disponibles. Incluso donde no exista ninguna esperanza de triunfo, los obreros deben presentar candidatos propios para conservar la independencia, hacer un recuento de fuerzas y demostrar abiertamente a todo el mundo su posición revolucionaria y los puntos de vista del partido. Al mismo tiempo, los obreros no deben dejarse engañar por los alegatos de los demócratas de que, por ejemplo, tal actitud escinde el partido democrático y facilita el triunfo de la reacción. Todos estos alegatos no persiguen más fin que el de embaucar al proletariado. Los éxitos que el partido proletario alcance con semejante acción independiente pesan mucho más que el daño que puede ocasionar la presencia de unos cuantos reaccionarios en la asamblea representativa. Si la democracia actúa desde el principio resueltamente y con medidas terroristas contra la reacción, la influencia de ésta en las elecciones quedará liquidada de antemano.

El primer punto que provocará el conflicto entre los demócratas burgueses y los obreros será la abolición del feudalismo. Al igual que en la primera revolución francesa, los pequeños burgueses entregarán las tierras feudales a los campesinos en calidad de propiedad libre, es decir, tratarán de conservar el proletariado agrícola y crear una clase campesina pequeñoburguesa, la cual pasará por el mismo ciclo de empobrecimiento y endeudamiento en que se encuentra actualmente el campesino francés.

Los obreros, tanto en interés del proletariado agrícola como en el suyo propio, deben oponerse a este plan y exigir que las propiedades feudales confiscadas se conviertan en propiedad del Estado y se transformen en colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola asociado, el cual aprovechará todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de propiedad, el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola[85]. Además, los demócratas trabajarán directamente por una república federal, o bien, en el caso de que no puedan evitar la formación de la república una e indivisible, tratarán por lo menos de paralizar al Gobierno central concediendo la mayor autonomía e independencia posibles a los municipios y a las provincias. En oposición a este plan, los obreros no sólo deberán defender la República alemana una e indivisible, sino luchar en esta República por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado. Los obreros no se deben dejar desorientar por la cháchara democrática acerca del municipio libre, la autonomía local, etc. En un país como Alemania, donde aún hay tantas reminiscencias del medioevo que barrer y tanta

terquedad local y provincial que romper, no se puede tolerar en modo alguno ni bajo ninguna circunstancia que cada aldea, ciudad o provincia pongan nuevos obstáculos a la actividad revolucionaria, que sólo puede desarrollar toda su fuerza habiendo centralización. No se puede tolerar que vuelva a repetirse la situación actual, en que los alemanes deben ir conquistando cada paso de avance ciudad por ciudad y provincia por provincia. Y menos que nada puede tolerarse que al amparo de la llamada libre autonomía local se perpetúe la propiedad comunal —una forma de propiedad que incluso está por debajo de la moderna propiedad privada y que en todas partes se está descomponiendo y transformando en esta última— y se perpetúen los pleitos entre municipios ricos y pobres que esta propiedad comunal provoca, así como el derecho civil municipal, con sus triquiñuelas contra los obreros, y que subsiste al lado del derecho civil del Estado. Lo mismo que en Francia en 1793, la centralización más rigurosa debe ser hoy, en Alemania, la tarea del partido verdaderamente revolucionario*.

Hemos visto que los demócratas llegarán al Poder en el próximo movimiento y que se verán obligados a proponer medidas más o menos socialistas. ¿Cuáles son, se preguntará, las medidas que los obreros deberán proponer en oposición a las de los demócratas? Es evidente que en los primeros momentos del movimiento no podrán proponer medidas puramente comunistas, pero sí pueden:

1. Obligar a los demócratas a irrumpir en todas las esferas posibles del régimen social existente, a perturbar su curso normal, forzarles a que se comprometan ellos mismos y concentrar

---

* En la actualidad, debemos hacer constar que este párrafo se basa en un malentendido. Debido a las falsificaciones de los historiadores bonapartistas y liberales, se consideraba entonces como un hecho establecido que la máquina centralizada de gobierno del Estado francés había sido introducida por la gran revolución y que la Convención[86] la utilizó como arma necesaria y decisiva para triunfar sobre la reacción monárquica y federal, así como sobre el enemigo exterior. Pero hoy día ya nadie ignora que durante toda la revolución, hasta el 18 Brumario[87], toda la administración de los departamentos, distritos y municipios era elegida por los propios gobernados y gozaba de completa libertad dentro del marco de las leyes generales del Estado; que esta autonomía provincial y local, análoga a la norteamericana, fue precisamente la palanca más poderosa en manos de la revolución hasta el punto que, inmediatamente después de su golpe de Estado del 18 Brumario, Napoleón se apresuró a sustituirla por la administración de los prefectos, administración que se conserva hasta ahora y que ha sido, por tanto, desde los primeros momentos, un auténtico instrumento de la reacción. Pero, por cuanto la autonomía local y provincial no se opone a la centralización política y nacional, no hay por qué identificarla con ese estrecho egoísmo cantonal o comunal que con caracteres tan repulsivos nos ofrece Suiza, el mismo que los republicanos federales del Sur de Alemania quisieron extender a todo el país en 1849. (*Nota de Engels a la edición de 1885.*)

el mayor número de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc. en manos del Estado.

2. Los obreros deberán llevar al extremo las propuestas de los demócratas, que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas. Estas propuestas deberán ser convertidas en ataques directos contra la propiedad privada. Así, por ejemplo, si los pequeños burgueses proponen el rescate de los ferrocarriles y de las fábricas, los obreros deben exigir que, como propiedad de los reaccionarios, estos ferrocarriles y estas fábricas sean simplemente confiscados por el Estado sin ninguna indemnización. Si los demócratas proponen impuestos proporcionales, los obreros deben exigir impuestos progresivos. Si los propios demócratas proponen impuestos progresivos moderados, los obreros deben insistir en un impuesto cuya tarifa crezca en tales proporciones que provoque la ruina del gran capital; si los demócratas piden la regularización de la deuda pública, los obreros deben exigir la bancarrota del Estado. Así pues, las reivindicaciones de los obreros deben regirse en todas partes por las concesiones y medidas de los demócratas.

Aunque los obreros alemanes no puedan alcanzar el poder ni ver realizados sus intereses de clase sin haber pasado íntegramente por un prolongado desarrollo revolucionario, pueden por lo menos tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente.

Pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente.

Londres, marzo de 1850

Distribuido en forma de hoja volante en 1850.
Publicado por F. Engels como apéndice del libro:
K. Marx. *Enthüllungen über den Kommunisten-Prozeß zu Köln*, Hottingen-Zürich, 1885.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.
Traducido del alemán.

C. MARX

LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850[88]

INTRODUCCION DE F. ENGELS A LA EDICION DE 1895 [89]

El trabajo que aquí reeditamos fue el primer ensayo de Marx para explicar un fragmento de historia contemporánea mediante su concepción materialista, partiendo de la situación económica existente. En el *Manifiesto Comunista* se había aplicado a grandes rasgos la teoría a toda la historia moderna, y en los artículos publicados por Marx y por mí en la *Neue Rheinische Zeitung*[71], esta teoría había sido empleada constantemente para explicar los acontecimientos políticos del momento. Aquí, en cambio, se trataba de poner de manifiesto, a lo largo de una evolución de varios años, tan crítica como típica para toda Europa, el nexo causal interno; se trataba pues de reducir, siguiendo la concepción del autor, los acontecimientos políticos a efectos de causas, en última instancia económicas.

Cuando se aprecian sucesos y series de sucesos de la historia diaria, jamás podemos remontarnos hasta las *últimas* causas económicas. Ni siquiera hoy, cuando la prensa especializada suministra materiales tan abundantes, se podría, ni aun en Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y del comercio en el mercado mundial y los cambios operados en los métodos de producción, hasta el punto de poder, en cualquier momento, hacer el balance general de estos factores, múltiplemente complejos y constantemente cambiantes; máxime cuando los más importantes de ellos actúan, en la mayoría de los casos, escondidos

durante largo tiempo antes de salir repentinamente y de un modo violento a la superficie. Una visión clara de conjunto sobre la historia económica de un período dado no puede conseguirse nunca en el momento mismo, sino sólo con posterioridad, después de haber reunido y tamizado los materiales. La estadística es un medio auxiliar necesario para esto, y la estadística va siempre a la zaga, renqueando. Por eso, cuando se trata de la historia contemporánea corriente, se verá uno forzado con harta frecuencia a considerar este factor, el más decisivo, como un factor constante, a considerar como dada para todo el período y como invariable la situación económica con que nos encontramos al comenzar el período en cuestión, o a no tener en cuenta más que aquellos cambios operados en esta situación, que por derivar de acontecimientos patentes sean también patentes y claros. Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clases.

Huelga decir que esta desestimación inevitable de los cambios que se operan al mismo tiempo en la situación económica —verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan— tiene que ser necesariamente una fuente de errores. Pero todas las condiciones de una exposición sintética de la historia diaria implican inevitablemente fuentes de errores, sin que por ello nadie desista de escribir la historia diaria.

Cuando Marx emprendió este trabajo, la mencionada fuente de errores era todavía mucho más inevitable. Resultaba absolutamente imposible seguir, durante la época revolucionaria de 1848-1849, los cambios económicos que se operaban simultáneamente y, más aún, no perder la visión de su conjunto. Lo mismo ocurría durante los primeros meses del destierro en Londres, durante el otoño y el invierno de 1849-1850. Pero ésta fue precisamente la época en que Marx comenzó su trabajo. Y, pese a estas circunstancias desfavorables, su conocimiento exacto, tanto de la situación económica de Francia en vísperas de la revolución de Febrero como de la historia política de este país después de la misma, le permitió hacer una exposición de los acontecimientos que descubría su trabazón interna de un modo que nadie ha superado hasta hoy y que ha resistido brillantemente la doble prueba a que hubo de someterla más tarde el propio Marx.

La primera prueba tuvo lugar cuando, a partir de la primavera de 1850, Marx volvió a encontrar sosiego para sus estudios económicos y emprendió, ante todo, el estudio de la historia

económica de los últimos diez años. De este modo, los hechos mismos le revelaron con completa claridad lo que hasta entonces había deducido, de un modo semiapriorista, de materiales llenos de lagunas, a saber: que la crisis del comercio mundial producida en 1847 había sido la verdadera madre de las revoluciones de Febrero y Marzo, y que la prosperidad industrial, que había vuelto a producirse paulatinamente desde mediados de 1848 y que en 1849 y 1850 llegaba a su pleno apogeo, fue la fuerza animadora que dio nuevos bríos a la reacción europea otra vez fortalecida. Y esto fue decisivo. Mientras que en los tres primeros artículos* (publicados en los números de enero-febrero-marzo de la revista *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*[90], Hamburgo, 1850) late todavía la esperanza de que pronto se produzca un nuevo ascenso de energía revolucionaria, el resumen histórico escrito por Marx y por mí para el último número doble (mayo a octubre), publicado en el otoño de 1850, rompe de una vez para siempre con estas ilusiones: «Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es tan segura como ésta»**. Ahora bien, dicha modificación fue la única esencial que hubo que introducir. En la explicación de los acontecimientos dada en los capítulos anteriores, en las concatenaciones causales allí establecidas, no había absolutamente nada que modificar, como lo demuestra la continuación del relato (desde el 10 de marzo hasta el otoño de 1850) en el mismo resumen general. Por eso, en la presente edición, he introducido esta continuación como capítulo cuarto.

La segunda prueba fue todavía más dura. Inmediatamente después del golpe de Estado dado por Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851, Marx sometió a un nuevo estudio la historia de Francia desde febrero de 1848 hasta este acontecimiento, que cerraba por el momento el período revolucionario (*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, tercera edición, Hamburgo, Meissner, 1885)***. En este folleto vuelve a tratarse, aunque más resumidamente, el período expuesto en la presente obra. Compárese con la nuestra esta segunda exposición hecha a la luz del acontecimiento decisivo que se produjo después de haber pasado más de un año, y se verá que el autor tuvo necesidad de cambiar muy poco.

Lo que da, además, a nuestra obra una importancia especialísima es la circunstancia de que en ella se proclama por vez primera la fórmula en que unánimemente los partidos obreros de

---

* Véase el presente tomo, págs. 209-293. (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente tomo, pág. 296. (*N. de la Edit.*)
*** Véase el presente tomo, págs. 408-498. (*N. de la Edit.*)

todos los países del mundo condensan su demanda de una transformación económica: la apropiación de los medios de producción por la sociedad. En el capítulo segundo, a propósito del «derecho al trabajo», del que se dice que es la «primera fórmula, torpemente enunciada, en que se resumen las reivindicaciones revolucionarias del proletariado», escribe Marx: «Pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la *apropiación de los medios de producción*, su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas»*. Aquí se formula, pues —por primera vez—, la tesis por la que el socialismo obrero moderno se distingue tajantemente de todos los distintos matices del socialismo feudal, burgués, pequeñoburgués, etc., al igual que de la confusa comunidad de bienes del comunismo utópico y del comunismo obrero espontáneo. Es cierto que más tarde Marx hizo también extensiva esta fórmula a la apropiación de los medios de cambio, pero esta ampliación, que después del *Manifiesto Comunista* se sobreentendía, era simplemente un corolario de la tesis principal. Alguna gente sabia de Inglaterra ha añadido recientemente que también deben transmitirse a la sociedad los «medios de distribución». A estos señores les resultaría difícil decirnos cuáles son, en realidad, estos medios económicos de distribución distintos de los medios de producción y de cambio; a menos que se refieran a los medios *políticos* de distribución: a los impuestos y al socorro de pobres, incluyendo el Bosque de Sajonia[91] y otras dotaciones. Pero, en primer lugar, éstos son ya hoy medios de distribución que se hallan en poder de la colectividad, del Estado o del municipio y, en segundo lugar, lo que nosotros queremos es abolirlos.

* * *

Cuando estalló la revolución de Febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que jugaba el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora partía nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha de la revolución «social» proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los

---

* Véase el presente tomo, pág. 239 (*N. de la Edit.*)

modelos de 1789 y de 1830. Y, finalmente, cuando el levantamiento de París encontró su eco en las insurrecciones victoriosas de Viena, Milán y Berlín; cuando toda Europa, hasta la frontera rusa, se vio arrastrada al movimiento; cuando más tarde, en junio, se libró en París, entre el proletariado y la burguesía, la primera gran batalla por el poder; cuando hasta la victoria de su propia clase sacudió a la burguesía de todos los países de tal manera que se apresuró a echarse de nuevo en brazos de la reacción monárquico-feudal que acababa de ser abatida, no podía caber para nosotros ninguna duda, en las circunstancias de entonces, de que había comenzado el gran combate decisivo y de que este combate había de llevarse a término en un solo período revolucionario, largo y lleno de vicisitudes, pero que sólo podía acabar con la victoria definitiva del proletariado.

Después de las derrotas de 1849, nosotros no compartimos, ni mucho menos, las ilusiones de la democracia vulgar agrupada en torno a los futuros gobiernos provisionales *in partibus*[92]. Esta democracia vulgar contaba con una victoria pronta, decisiva y definitiva del «pueblo» sobre los «opresores»; nosotros, con una larga lucha, después de eliminados los «opresores», entre los elementos contradictorios que se escondían dentro de este mismo «pueblo». La democracia vulgar esperaba que el estallido volviese a producirse de la noche a la mañana; nosotros declaramos ya en el otoño de 1850, que por lo menos la *primera* etapa del período revolucionario había terminado y que hasta que no estallase una nueva crisis económica mundial no había nada que esperar. Y esto nos valió el ser proscritos y anatematizados como traidores a la revolución por los mismos que luego, casi sin excepción, hicieron las paces con Bismarck, siempre que Bismarck creyó que merecían ser tomados en consideración.

Pero la historia nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces. Y fue todavía más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos, sino que además transformó de arriba abajo las condiciones de lucha del proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos, y es éste un punto que merece ser investigado ahora más detenidamente.

Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella

por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase a ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo.

Después del primer éxito grande, la minoría vencedora solía escindirse: una parte estaba satisfecha con lo conseguido; otra parte quería ir todavía más allá y presentaba nuevas reivindicaciones que en parte, al menos, iban también en interés real o aparente de la gran muchedumbre del pueblo. En algunos casos, estas reivindicaciones más radicales eran satisfechas también; pero, con frecuencia, sólo por el momento, pues el partido más moderado volvía a hacerse dueño de la situación y lo conquistado en el último tiempo se perdía de nuevo, total o parcialmente; y entonces, los vencidos clamaban traición o achacaban la derrota a la mala suerte. Pero, en realidad, las cosas ocurrían casi siempre así: las conquistas de la primera victoria sólo se consolidaban mediante la segunda victoria del partido más radical; una vez conseguido esto, y con ello lo necesario por el momento, los radicales y sus éxitos desaparecían nuevamente de la escena.

Todas las revoluciones de los tiempos modernos, a partir de la gran revolución inglesa del siglo XVII, presentaban estos rasgos, que parecían inseparables de toda lucha revolucionaria. Y estos rasgos parecían aplicables también a las luchas del proletariado por su emancipación; tanto más cuanto que precisamente en 1848 eran contados los que comprendían más o menos en qué sentido había que buscar esta emancipación. Hasta en París, las mismas masas proletarias ignoraban en absoluto, incluso después del triunfo, el camino que había que seguir. Y, sin embargo, el movimiento estaba allí, instintivo, espontáneo, incontenible. ¿No era ésta precisamente la situación en que una revolución tenía que triunfar, dirigida, es verdad, por una minoría, pero esta vez no en interés de la minoría, sino en el más genuino interés de la mayoría? Si en todos los períodos revolucionarios más o menos prolongados, las grandes masas del pueblo se dejaban ganar tan fácilmente por las vanas promesas, con tal de que fuesen plausibles, de las minorías ambiciosas, ¿cómo habían de ser menos accesibles a unas ideas que eran el más fiel reflejo de su situación económica, que no eran más que la expresión clara y racional de sus propias necesidades, que ellas mismas

aún no comprendían y que sólo empezaban a sentir de un modo vago? Cierto es que este espíritu revolucionario de las masas había ido seguido casi siempre, y por lo general muy pronto, de un cansancio e incluso de una reacción en sentido contrario, en cuanto se disipaba la ilusión y se producía el desengaño. Pero aquí no se trataba de promesas vanas, sino de la realización de los intereses más genuinos de la gran mayoría misma; intereses que por aquel entonces esta gran mayoría distaba mucho de ver claros, pero que no había de tardar en ver con suficiente claridad, convenciéndose por sus propios ojos al llevarlos a la práctica. A mayor abundamiento, en la primavera de 1850, como se demuestra en el tercer capítulo de Marx, la evolución de la república burguesa, nacida de la revolución «social» de 1848, había concentrado la dominación efectiva en manos de la gran burguesía —que, además, abrigaba ideas monárquicas—, agrupando en cambio a todas las demás clases sociales, lo mismo a los campesinos que a los pequeños burgueses, en torno al proletariado; de tal modo que, en la victoria común y después de ésta, no eran ellas, sino el proletariado, escarmentado por la experiencia, quien había de convertirse en el factor decisivo. ¿No se daban pues todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría?

La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por vez primera, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de extensión. Pero ha sido precisamente esta revolución industrial la que ha puesto en todas partes claridad en las relaciones de clase, la que ha eliminado una multitud de formas intermedias, legadas por el período manufacturero y, en la Europa Oriental, incluso por el artesanado gremial, creando y haciendo pasar al primer plano del desarrollo social una verdadera burguesía y un verdadero proletariado de gran industria. Y, con esto, la lucha entre estas dos grandes clases que en 1848, fuera de Inglaterra, sólo existía en París y a lo sumo en algunos grandes centros industriales, se ha extendido a toda Europa y ha adquirido una intensidad que en 1848 era todavía inconcebible. Entonces, reinaba la multitud de confusos evangelios de las diferentes

sectas, con sus correspondientes panaceas; hoy, *una sola* teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha. Entonces, las masas escindidas y diferenciadas por localidades y nacionalidades, unidas sólo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido tomar en definitiva y cayendo desconcertadas unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército *único*, el ejército internacional de los socialistas, que avanza incontenible y crece día por día en número, en organización, en disciplina, en claridad de visión y en seguridad de vencer. El que incluso este potente ejército del proletariado no hubiese podido alcanzar todavía su objetivo, y, lejos de poder conquistar la victoria en *un* gran ataque decisivo, tuviese que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz, demuestra de un modo concluyente cuán imposible era, en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa.

Una burguesía monárquica escindida en dos sectores dinásticos[93], pero que, ante todo, necesitaba tranquilidad y seguridad para sus negocios pecuniarios, y frente a ella un proletariado, vencido ciertamente, pero no obstante *amenazador*, en torno al cual se agrupaban más y más los pequeños burgueses y los campesinos; la amenaza constante de un estallido violento que, a pesar de todo, no brindaba la perspectiva de una solución difinitiva: tal era la situación, como hecha de encargo para el golpe de Estado del tercer pretendiente, del seudodemocrático pretendiente Luis Bonaparte. Este, valiéndose del ejército, puso fin el 2 de diciembre de 1851 a la tirante situación y aseguró a Europa la tranquilidad interior, para regalarle a cambio de ello una nueva era de guerras[94]. El período de las revoluciones desde abajo había terminado, por el momento; a éste siguió un período de revoluciones desde arriba.

La vuelta al imperio en 1851 aportó una nueva prueba de la falta de madurez de las aspiraciones proletarias de aquella época. Pero ella misma había de crear las condiciones bajo las cuales estas aspiraciones habían de madurar. La tranquilidad interior aseguró el pleno desarrollo del nuevo auge industrial; la necesidad de dar qué hacer al ejército y de desviar hacia el exterior las corrientes revolucionarias engendró las guerras en las que Bonaparte, bajo el pretexto de hacer valer el «principio de las nacionalidades»[95], aspiraba a agenciarse anexiones para Francia. Su imitador Bismarck adoptó la misma política para Prusia; dio su golpe de Estado e hizo su revolución desde arriba en 1866, contra la Confederación Alemana[96] y contra Austria, y no menos contra la Cámara prusiana que había entrado en conflicto con el Gobierno. Pero Europa era demasiado pequeña para dos Bonapartes, y así

la ironía de la historia quiso que Bismarck derribase a Bonaparte y que el rey Guillermo de Prusia instaurase no sólo el Imperio pequeño-alemán[97], sino también la República Francesa. Resultado general de esto fue que en Europa llegase a ser una realidad la independencia y la unidad interior de las grandes naciones, con la sola excepción de Polonia. Claro está que dentro de límites relativamente modestos, pero con todo lo suficiente para que el proceso de desarrollo de la clase obrera no encontrase ya un obstáculo serio en las complicaciones nacionales. Los enterradores de la revolución de 1848 se habían convertido en sus albaceas testamentarios. Y junto a ellos, el heredero de 1848 —el proletariado— se alzaba ya amenazador en la *Internacional*.

Después de la guerra de 1870-1871, Bonaparte desaparece de la escena y termina la misión de Bismarck, con lo cual puede volver a descender al rango de un vulgar junker. Pero la que cierra este período es la Comuna de París. El taimado intento de Thiers de robar a la Guardia Nacional de París[98] sus cañones provocó una insurrección victoriosa. Una vez más volvía a ponerse de manifiesto que en París ya no era posible más revolución que la proletaria. Después de la victoria, el poder cayó en el regazo de la clase obrera por sí mismo, sin que nadie se lo disputase. Y una vez más volvía a ponerse de manifiesto cuán imposible era también por entonces, veinte años después de la época que se relata en nuestra obra, este poder de la clase obrera. De una parte, Francia dejó París en la estacada, contemplando cómo se desangraba bajo las balas de Mac-Mahon; de otra parte, la Comuna se consumió en la disputa estéril entre los dos partidos que la escindían, el de los blanquistas (mayoría) y el de los proudhonianos (minoría), ninguno de los cuales sabía qué era lo que había que hacer. Y tan estéril como la sorpresa en 1848, fue la victoria regalada en 1871.

Con la Comuna de París se creía haber enterrado definitivamente al proletariado combativo. Pero es, por el contrario, de la Comuna y de la guerra franco-alemana de donde data su más formidable ascenso. El hecho de encuadrar en los ejércitos, que desde entonces sólo se cuentan por millones, a toda la población apta para el servicio militar, así como las armas de fuego, los proyectiles y las materias explosivas de una fuerza de acción hasta entonces desconocida, produjo una revolución completa de todo el arte militar. Esta transformación, de una parte, puso fin bruscamente al período guerrero bonapartista y aseguró el desarrollo industrial pacífico, al hacer imposible toda otra guerra que no sea una guerra mundial de una crueldad inaudita y de consecuencias absolutamente incalculables. De otra parte, con los gastos militares, que crecieron en progresión geométrica,

hizo subir los impuestos a un nivel exorbitante, con lo cual echó las clases pobres de la población en los brazos del socialismo. La anexión de Alsacia-Lorena, causa inmediata de la loca competencia en materia de armamentos, podrá azuzar el chovinismo de la burguesía francesa y la alemana, lanzándolas la una contra la otra; pero para los obreros de ambos países ha sido un nuevo lazo de unión. Y el aniversario de la Comuna de París se convirtió en el primer día de fiesta universal del proletariado.

Como Marx predijo, la guerra de 1870-1871 y la derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, necesitaba años para reponerse de la sangría de mayo de 1871. En cambio, en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de estufa por el maná de miles de millones[99] pagados por Francia— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más de prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido aparece en cifras indiscutibles a los ojos del mundo entero. 1871: 102.000 votos socialdemócratas; 1874: 352.000; 1877: 493.000. Luego, vino el alto reconocimiento de estos progresos por la autoridad: la ley contra los socialistas[100]; el partido fue temporalmente destrozado y, en 1881, el número de votos descendió a 312.000. Pero se sobrepuso pronto y ahora, bajo el peso de la ley de excepción, sin prensa, sin una organización legal, sin derecho de asociación ni de reunión, fue cuando comenzó verdaderamente a difundirse con rapidez: 1884: 550.000 votos; 1887: 763.000; 1890: 1.427.000. Al llegar aquí, se paralizó la mano del Estado. Desapareció la ley contra los socialistas y el número de votos socialistas ascendió a 1.787.000, más de la cuarta parte del total de votos emitidos. El Gobierno y las clases dominantes habían apurado todos los medios; estérilmente, sin objetivo y sin resultado alguno. Las pruebas tangibles de su impotencia, que las autoridades, desde el sereno hasta el canciller del Reich, habían tenido que tragarse —¡y que venían de los despreciados obreros!—, estas pruebas se contaban por millones. El Estado había llegado a un atolladero y los obreros apenas comenzaban su avance.

El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa consistió en el mero hecho de su existencia como Partido Socialista que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministraron a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal.

El sufragio universal existía ya desde hacía largo tiempo en Francia, pero se había desacreditado por el empleo abusivo que había hecho de él el Gobierno bonapartista. Y después de la Comuna no se disponía de un partido obrero para emplearlo. También en España existía este derecho desde la República, pero en España todos los partidos serios de oposición habían tenido siempre por norma la abstención electoral. Las experiencias que se habían hecho en Suiza con el sufragio universal servían también para todo menos para alentar a un partido obrero. Los obreros revolucionarios de los países latinos se habían acostumbrado a ver en el derecho de sufragio una añagaza, un instrumento de engaño en manos del Gobierno. En Alemania no ocurrió así. Ya el *Manifiesto Comunista* había proclamado la lucha por el sufragio universal, por la democracia, como una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante, y Lassalle había vuelto a recoger este punto. Y cuando Bismarck se vio obligado a introducir el sufragio universal[101] como único medio de interesar a las masas del pueblo por sus planes, nuestros obreros tomaron inmediatamente la cosa en serio y enviaron a Augusto Bebel al primer Reichstag Constituyente. Y, desde aquel día, han utilizado el derecho de sufragio de un modo tal, que les ha traído incontables beneficios y ha servido de modelo para los obreros de todos los países. Para decirlo con las palabras del programa marxista francés, han transformado el sufragio universal *de moyen de duperie qu'il a été jusqu'ici en instrument d'émancipation*—de medio de engaño, que había sido hasta aquí, en instrumento de emancipación[102]. Y aunque el sufragio universal no hubiese aportado más ventaja que la de permitirnos hacer un recuento de nuestras fuerzas cada tres años; la de acrecentar en igual medida, con el aumento periódicamente constatado e inesperadamente rápido del número de votos, la seguridad en el triunfo de los obreros y el terror de sus adversarios, convirtiéndose con ello en nuestro mejor medio de propaganda; la de informarnos con exactitud acerca de nuestra fuerza y de la de todos los partidos adversarios, suministrándonos así el mejor instrumento posible para calcular las proporciones de nuestra acción y precaviéndonos por igual contra la timidez a destiempo y contra la extemporánea temeridad; aunque no obtuviésemos del sufragio universal más ventaja que ésta, bastaría y sobraría. Pero nos ha dado mucho más. Con la agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo, frente a nuestros ataques, sus ideas y sus actos; y, además, abrió a nuestros representantes en el parlamento una tribuna desde lo alto

de la cual pueden hablar a sus adversarios en la Cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines. ¿Para qué les sirvió al Gobierno y a la burguesía su ley contra los socialistas, si las campañas de agitación electoral y los discursos socialistas en el parlamento constantemente abrían brechas en ella?

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada.

No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas. Pero es verdad que también los insurrectos habían contado muy rara vez con esta victoria. Lo único que perseguían era hacer flaquear a las tropas mediante factores morales que en la lucha entre los ejércitos de dos países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa no responde, o los que la mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence. Si no se consigue, incluso cuando las tropas sean inferiores en número, se impone la ventaja del mejor armamento e instrucción, de la unidad de dirección, del empleo de las fuerzas con arreglo a un plan y de la disciplina. Lo más a que puede llegar la insurrección en una acción verdaderamente táctica es levantar y defender una sola barricada con sujeción a todas las reglas del arte. Apoyo mutuo, organización y empleo de las reservas, en una palabra, la cooperación y la trabazón de los distintos destacamentos, indispensable ya para la defensa de un barrio y no digamos de una gran ciudad entera, sólo se pueden conseguir de un modo muy defectuoso y, en la mayoría de los casos, no se pueden conseguir de ningún modo. De la concentración de las fuerzas sobre un punto decisivo, no cabe ni hablar. Así,

la defensa pasiva es la forma predominante de lucha; la ofensiva se producirá a duras penas, aquí o allá, siempre excepcionalmente, en salidas y ataques de flanco esporádicos, pero, por regla general, se limitará a la ocupación de las posiciones abandonadas por las tropas en retirada. A esto hay que añadir que las tropas disponen de artillería y de fuerzas de ingenieros bien equipadas e instruidas, medios de lucha de que los insurgentes carecen por completo casi siempre. Por eso no hay que maravillarse de que hasta las luchas de barricadas libradas con el mayor heroísmo —las de París en junio de 1848, las de Viena en octubre del mismo año y las de Dresde en mayo de 1849—, terminasen con la derrota de la insurrección, tan pronto como los jefes atacantes, a quienes no frenaba ningún miramiento político, obraron ateniéndose a puntos de vista puramente militares y sus soldados les permanecieron fieles.

Los numerosos éxitos conseguidos por los insurrectos hasta 1848 se deben a múltiples causas. En París, en julio de 1830 y en febrero de 1848, como en la mayoría de las luchas callejeras en España, entre los insurrectos y las tropas se interponía una guardia civil, que, o se ponía directamente al lado de la insurrección o bien, con su actitud tibia e indecisa, hacía vacilar asimismo a las tropas y, por añadidura, suministraba armas a la insurrección. Allí donde esta guardia cívil se colocaba desde el primer momento frente a la insurrección, como ocurrió en París en junio de 1848, ésta era vencida. En Berlín, en 1848, venció el pueblo, en parte por los considerables refuerzos recibidos durante la noche del 18 y la mañana del 19, en parte a causa del agotamiento y del mal avituallamiento de las tropas y en parte, finalmente, por la acción paralizadora de las órdenes del mando. Pero en todos los casos se alcanzó la victoria porque no respondieron las tropas, porque al mando le faltó decisión o porque se encontró con las manos atadas.

Por tanto, hasta en la época clásica de las luchas de calles, la barricada tenía más eficacia moral que material. Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria; si no, venía la derrota. Este es el aspecto principal de la cuestión y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro.

Por lo demás, las posibilidades eran ya en 1849 bastante escasas. La burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos, «la cultura y la propiedad» saludaban y obsequiaban a las tropas enviadas contra las insurrecciones. La barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al «pueblo», sino a rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la hez de la sociedad; con el tiempo,

el oficial se había ido entrenando en las formas tácticas de la lucha de calles: ya no se lanzaba de frente y a pecho descubierto hacia el parapeto improvisado, sino que lo flanqueaba a través de huertas, de patios y de casas. Y, con alguna pericia, esto se conseguía ahora en el noventa por ciento de los casos.

Además, desde entonces, han cambiado muchísimas cosas, y todas a favor de las tropas. Si las grandes ciudades han crecido considerablemente, todavía han crecido más los ejércitos. París y Berlín no se han cuadriplicado desde 1848, pero sus guarniciones se han elevado a más del cuádruplo. Por medio de los ferrocarriles, estas guarniciones pueden duplicarse y más que duplicarse en 24 horas, y en 48 horas convertirse en ejércitos formidables. El armamento de estas tropas, tan enormemente acrecentadas, es hoy incomparablemente más eficaz. En 1848 llevaban el fusil liso de percusión y antecarga; hoy llevan el fusil de repetición, de retrocarga y pequeño calibre, que tiene cuatro veces más alcance, diez veces más precisión y diez veces más rapidez de tiro que aquél. Entonces disponían de las granadas macizas y los botes de metralla de la artillería, de efecto relativamente débil; hoy, de las granadas de percusión, una de las cuales basta para hacer añicos la mejor barricada. Entonces se empleaba la piqueta de los zapadores para romper las medianerías, hoy se emplean los cartuchos de dinamita.

En cambio, del lado de los insurrectos todas las condiciones han empeorado. Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo, se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya, en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El «pueblo» aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema. Y cuantos más soldados licenciados se pongan al lado de los insurgentes más difícil se hará el equiparlos de armamento. Las escopetas de caza y las carabinas de lujo de las armerías —aun suponiendo que, por orden de la policía, no se inutilicen de antemano quitándoles una pieza del cerrojo— no se pueden comparar ni remotamente, incluso para la lucha desde cerca, con el fusil de repetición del soldado. Hasta 1848, era posible fabricarse la munición necesaria con pólvora y plomo; hoy, cada fusil requiere un cartucho distinto y sólo en un punto coinciden todos: en que son un producto complicado de la gran industria y no pueden, por consiguiente, improvisarse; por tanto, la mayoría de los fusiles son inútiles si no se tiene la munición adecuada para ellos. Finalmente, las barriadas de las grandes ciudades cons-

truidas desde 1848 están hechas a base de calles largas, rectas y anchas, como de encargo para la eficacia de los nuevos cañones y fusiles. Tendría que estar loco el revolucionario que eligiese él mismo para una lucha de barricadas los nuevos distritos obreros del Norte y el Este de Berlín.

¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables. Y éstas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870, en París[103], preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas.

¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía porque no nos lanzamos sin más a la calle, donde de antemano sabemos que nos aguarda la derrota? ¿Por qué nos suplican tan encarecidamente que juguemos, al fin, una vez, a ser carne de cañón?

Esos señores malgastan lamentablemente sus súplicas y sus retos. No somos tan necios como todo eso. Es como si pidieran a su enemigo en la próxima guerra que se les enfrentase en la formación de líneas del viejo Fritz* o en columnas de divisiones enteras a lo Wagram y Waterloo[104], y, además, empuñando el fusil de chispa. Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.

También en los países latinos se va viendo cada vez más

---

* Se refiere a Federico II, rey de Prusia de 1740 a 1786. (*N. de la Edit.*)

que hay que revisar la vieja táctica. En todas partes se ha imitado el ejemplo alemán del empleo del sufragio, de la conquista de todos los puestos que están a nuestro alcance; en todas partes han pasado a segundo plano los ataques sin preparación. En Francia, a pesar de que allí el terreno está minado, desde hace más de cien años, por una revolución tras otra y de que no hay ningún partido que no tenga en su haber conspiraciones, insurrecciones y demás acciones revolucionarias; en Francia, donde a causa de esto, el Gobierno no puede estar seguro, ni mucho menos, del ejército y donde todas las circunstancias son mucho más favorables para un golpe de mano insurreccional que en Alemania; incluso en Francia, los socialistas van dándose cada vez más cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen de antemano a la gran masa del pueblo, lo que aquí equivale a decir a los campesinos. El trabajo lento de propaganda y la actuación parlamentaria se han reconocido también aquí como la tarea inmediata del partido. Los éxitos no se han hecho esperar. No sólo se han conquistado toda una serie de consejos municipales, sino que en las Cámaras hay 50 diputados socialistas, que han derribado ya tres ministerios y un presidente de la República. En Bélgica, los obreros han arrancado hace un año el derecho al sufragio y han vencido en una cuarta parte de los distritos electorales. En Suiza, en Italia, en Dinamarca, hasta en Bulgaria y en Rumania, están los socialistas representados en el parlamento. En Austria, todos los partidos están de acuerdo en que no se nos puede seguir cerrando el acceso al Reichsrat. Entraremos, no cabe duda; lo único que se discute todavía es por qué puerta. E incluso en Rusia, si se reúne el famoso Zemski Sobor, esa Asamblea Nacional, contra la que tan en vano se resiste el joven Nicolás, incluso allí podemos estar seguros de tener una representación.

Huelga decir que no por ello nuestros camaradas extranjeros renuncian, ni mucho menos, a su derecho a la revolución. No en vano el derecho a la revolución es el único «derecho» *realmente* «histórico», el único derecho en que descansan todos los Estados modernos sin excepción, incluyendo a Mecklemburgo, cuya revolución de la nobleza finalizó en 1755 con el «pacto sucesorio», la gloriosa escrituración del feudalismo todavía hoy vigente[105]. El derecho a la revolución está tan inconmoviblemente reconocido en la conciencia universal que hasta el general von Boguslawski deriva pura y exclusivamente de este derecho del pueblo el derecho al golpe de Estado que reivindica para su emperador.

Pero, ocurra lo que ocurriere en otros países, la socialdemocracia alemana tiene una posición especial, y con ello, por el momento al menos, una tarea especial también. Los dos millo-

nes de electores que envía a las urnas, junto con los jóvenes y las mujeres que están detrás de ellos y no tienen voto, forman la masa más numerosa y más compacta, la «fuerza de choque» decisiva del ejército proletario internacional. Esta masa suministra, ya hoy, más de la cuarta parte de todos los votos emitidos; y crece incesantemente, como lo demuestran las elecciones suplementarias al Reichstag, las elecciones a las Dietas de los distintos Estados y las elecciones municipales y de tribunales de artesanos. Su crecimiento avanza de un modo tan espontáneo, tan constante, tan incontenible y al mismo tiempo tan tranquilo como un proceso de la naturaleza. Todas las intervenciones del Gobierno han resultado impotentes contra él. Hoy podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante de las fuerzas socialistas de combate en Alemania e incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París. Aunque, a la larga, también esto se superaría. Para borrar del mundo a tiros un partido de millones de hombres no bastan todos los fusiles de repetición de Europa y América. Pero el desarrollo normal se interrumpiría; no se podría disponer tal vez de la fuerza de choque en el momento crítico; la lucha decisiva se retrasaría, se postergaría y llevaría aparejados mayores sacrificios.

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: *La légalité nous tue*, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si *nosotros* no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos.

Por el momento, hacen nuevas leyes contra la subversión. Otra vez está el mundo al revés. Estos fanáticos de la antirrevuelta de hoy, ¿no son los mismos elementos subversivos de ayer? ¿Acaso provocamos *nosotros* la guerra civil de 1866? ¿Hemos arrojado *nosotros* al rey de Hannover, al gran elector de Hessen y al duque de Nassau de sus tierras patrimoniales, hereditarias y legítimas, para anexionarnos estos territorios? ¿Y estos revoltosos que han derribado a la Confederación alemana y a tres coronas por la gracia de Dios, se quejan de las subversiones? *Quis tulerit Gracchos de seditione querentes*?* ¿Quién puede permitir que los adoradores de Bismarck vituperen la subversión?

Dejémosles que saquen adelante sus proyectos de ley contra la subversión, que los hagan todavía más severos, que conviertan en goma todo el Código penal; con ello, no conseguirán nada más que aportar una nueva prueba de su impotencia. Para meter seriamente mano a la socialdemocracia, tendrán que acudir además a otras medidas muy distintas. La subversión socialdemocrática, que por el momento vive de respetar las leyes, sólo podrán contenerla mediante la subversión de los partidos del orden, que no puede prosperar sin violar las leyes. Herr Rössler, el burócrata prusiano, y Herr von Boguslawski, el general prusiano, les han enseñado el único camino por el que tal vez pueda provocarse a los obreros, que no se dejan tentar a la lucha callejera. ¡La ruptura de la Constitución, la dictadura, el retorno al absolutismo, *regis voluntas suprema lex*!** De modo que, ¡ánimo, caballeros, aquí no vale torcer el morro, aquí hay que silbar!

Pero no olviden ustedes que el Imperio alemán, como todos los pequeños Estados y, en general, todos los Estados modernos es un *producto contractual*: producto, primero, de un contrato de los príncipes entre sí y, segundo, de los príncipes con el pueblo. Y si una de las partes rompe el contrato, todo el contrato se viene a tierra y la otra parte queda también desligada de su compromiso. Bismarck nos lo demostró brillantemente en 1866. Por tanto, si ustedes violan la Constitución del Reich, la socialdemocracia queda en libertad y puede hacer y dejar de hacer con respecto a ustedes lo que quiera. Y lo que entonces querrá, no es fácil que se le ocurra contárselo a ustedes hoy.

Hace casi exactamente 1.600 años, actuaba también en el Imperio romano un peligroso partido de la subversión. Este partido minaba la religión y todos los fundamentos del Estado; negaba de plano que la voluntad del emperador fuese la suprema ley; era un partido sin patria, internacional, que se extendía por

* ¿Es tolerable que los Gracos se quejen de una sedición? (*Juvenil*, Sátira II) (*N. de la Edit.*)

** ¡La voluntad del rey es la ley suprema! (*N. de la Edit.*)

todo el territorio del Imperio, desde la Galia hasta Asia y traspasaba las fronteras imperiales. Llevaba muchos años haciendo un trabajo de zapa, subterráneamente, ocultamente, pero hacía bastante tiempo que se consideraba ya con la suficiente fuerza para salir a la luz del día. Este partido de la revuelta, que se conocía por el nombre de los cristianos, tenía también una fuerte representación en el ejército; legiones enteras eran cristianas. Cuando se los enviaba a los sacrificios rituales de la iglesia nacional pagana, para hacer allí los honores, estos soldados de la subversión llevaban su atrevimiento hasta el punto de ostentar en el casco distintivos especiales —cruces— en señal de protesta. Hasta las mismas penas cuartelarias de sus superiores eran inútiles. El emperador Diocleciano no podía seguir contemplando cómo se minaba el orden, la obediencia y la disciplina dentro de su ejército. Intervino enérgicamente, porque todavía era tiempo de hacerlo. Dictó una ley contra los socialistas, digo, contra los cristianos. Fueron prohibidos los mítines de los revoltosos, clausurados e incluso derruidos sus locales, prohibidos los distintivos cristianos —las cruces—, como en Sajonia los pañuelos rojos. Los cristianos fueron incapacitados para desempeñar cargos públicos, no podían ser siquiera cabos. Como por aquel entonces no se disponía aún de jueces tan bien amaestrados respecto a la «consideración de la persona» como los que presupone el proyecto de ley antisubversiva de Herr von Köller[106], lo que se hizo fue prohibir sin más rodeos a los cristianos que pudiesen reclamar sus derechos ante los tribunales. También esta ley de excepción fue estéril. Los cristianos, burlándose de ella, la arrancaban de los muros y hasta se dice que le quemaron al emperador su palacio, en Nicomedia, hallándose él dentro. Entonces, éste se vengó con la gran persecución de cristianos del año 303 de nuestra era. Fue la última de su género. Y dio tan buen resultado, que diecisiete años después el ejército estaba compuesto predominantemente por cristianos, y el siguiente autócrata del Imperio romano, Constantino, al que los curas llaman el Grande, proclamó el cristianismo religión del Estado.

F. Engels

Londres, 6 de marzo de 1895

Publicado (con algunas abreviaciones) en la revista *Die Neue Zeit*, Bl. 2, №№ 27 y 28, 1894-1895 y en la edición en folleto aparte de la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Impreso en Berlín en 1895.

Se publica de acuerdo con el texto completo de las pruebas de imprenta del texto original, cotejado con el manuscrito. Traducido del alemán.

LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850 [88]

Exceptuando unos pocos capítulos, todos los apartados importantes de los anales de la revolución de 1848 a 1849 llevan el epígrafe de ¡*Derrota de la revolución*!

Pero lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, resultado de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de Febrero y de los que no podía liberarlo la *victoria de Febrero*, sino sólo una serie de *derrotas*.

En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió paso con sus conquistas directas tragicómicas, sino por el contrario, engendrando una contrarrevolución cerrada y potente, engendrando un adversario, en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario.

Demostrar esto es lo que se proponen las siguientes páginas.

I

LA DERROTA DE JUNIO DE 1848

Después de la revolución de Julio[107], cuando el banquero liberal Laffitte acompañó en triunfo al Hôtel de Ville* a su compadre**, el duque de Orleáns[108], dejó caer estas palabras: «*Desde ahora*,

---

* Ayuntamiento. (*N. de la Edit.*)

** En el texto un retruécano: «compère» es compadre y coparticipante en las intrigas. (*N. de la Edit.*).

dominarán los banqueros». Laffitte había traicionado el secreto de la revolución.

La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa sino *una fracción* de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada *aristocracia financiera*. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos.

La *burguesía industrial* propiamente dicha constituía una parte de la oposición oficial, es decir, sólo estaba representada en las Cámaras como una minoría. Su oposición se manifestaba más decididamente a medida que se destacaba más el absolutismo de la aristocracia financiera y a medida que la propia burguesía industrial creía tener asegurada su dominación sobre la clase obrera, después de las revueltas de 1832, 1834 y 1839[109], ahogadas en sangre. *Grandin*, fabricante de Ruán, que tanto en la Asamblea Nacional Constituyente, como en la Legislativa había sido el portavoz más fanático de la reacción burguesa, era en la Cámara de los Diputados el adversario más violento de Guizot. *León Faucher*, conocido más tarde por sus esfuerzos impotentes por llegar a ser un Guizot de la contrarrevolución francesa, sostuvo en los últimos tiempos de Luis Felipe una guerra con la pluma a favor de la industria, contra la especulación y su caudatario, el Gobierno. *Bastiat* desplegaba una gran agitación en contra del sistema imperante, en nombre de Burdeos y de toda la Francia vinícola.

La *pequeña burguesía* en todas sus gradaciones, al igual que la *clase campesina*, había quedado completamente excluida del poder político. Finalmente, en el campo de la oposición oficial o completamente al margen del *pays légal** se encontraban los representantes y portavoces *ideológicos* de las citadas clases, sus sabios, sus abogados, sus médicos, etc.; en una palabra, sus llamados «*talentos*».

Su penuria financiera colocaba de antemano la monarquía de Julio[110] bajo la dependencia de la alta burguesía, y su dependencia de la alta burguesía convertíase a su vez en fuente inagotable de una creciente penuria financiera. Imposible supeditar la administración del Estado al interés de la producción nacional sin restablecer el equilibrio del presupuesto, el equilibrio entre los gastos y los ingresos del Estado. ¿Y cómo restablecer este equilibrio sin restringir los gastos públicos, es decir, sin herir intereses

---

* O sea, al margen de quienes tenían derecho al voto. (*N. de la Edit.*)

que eran otros tantos puntales del sistema dominante y sin someter a una nueva regulación el reparto de impuestos, es decir, sin transferir una parte importante de las cargas públicas a los hombros de la alta burguesía?

A mayor abundamiento, el *incremento de la deuda pública interesaba directamente* a la fracción burguesa que gobernaba y legislaba a través de las Cámaras. El *déficit del Estado* era precisamente el verdadero objeto de sus especulaciones y la fuente principal de su enriquecimiento. Cada año, un nuevo déficit. Cada cuatro o cinco años, un nuevo empréstito. Y cada nuevo empréstito brindaba a la aristocracia financiera una nueva ocasión de estafar a un Estado mantenido artificialmente al borde de la bancarrota; éste no tenía más remedio que contratar con los banqueros en las condiciones más desfavorables. Cada nuevo empréstito daba una nueva ocasión para saquear al público que colocaba sus capitales en valores del Estado, mediante operaciones de Bolsa en cuyos secretos estaban iniciados el Gobierno y la mayoría de la Cámara. En general, la inestabilidad del crédito del Estado y la posesión de los secretos de éste daban a los banqueros y a sus asociados en las Cámaras y en el trono la posibilidad de provocar oscilaciones extraordinarias y súbitas en la cotización de los valores del Estado, cuyo resultado tenía que ser siempre, necesariamente, la ruina de una masa de pequeños capitalistas y el enriquecimiento fabulosamente rápido de los grandes especuladores. Y si el déficit del Estado respondía al interés directo de la fracción burguesa dominante, se explica por qué los gastos públicos *extraordinarios* hechos en los últimos años del reinado de Luis Felipe ascendieron a mucho más del doble de los gastos públicos extraordinarios hechos bajo Napoleón, habiendo alcanzado casi la suma anual de 400.000.000 de francos, mientras que la suma total de la exportación anual de Francia, por término medio, rara vez se remontaba a 750.000.000. Las enormes sumas que pasaban así por las manos del Estado daban, además, ocasión para contratos de suministro, que eran otras tantas estafas, para sobornos, malversaciones y granujadas de todo género. La estafa al Estado en gran escala, tal como se practicaba por medio de los empréstitos, se repetía al por menor en las obras públicas. Y lo que ocurría entre la Cámara y el Gobierno se reproducía hasta el infinito en las relaciones entre los múltiples organismos de la Administración y los distintos empresarios.

Al igual que los gastos públicos en general y los empréstitos del Estado, la clase dominante explotaba la *construcción de ferrocarriles*. Las Cámaras echaban las cargas principales sobre las espaldas del Estado y aseguraban los frutos de oro a la aristocracia financiera especuladora. Se recordará el escándalo que se

produjo en la Cámara de los Diputados cuando se descubrió accidentalmente que todos los miembros de la mayoría, incluyendo una parte de los ministros, se hallaban interesados como accionistas en las mismas obras de construcción de ferrocarriles que luego, como legisladores, hacían ejecutar a costa del Estado.

En cambio, las más pequeñas reformas financieras se estrellaban contra la influencia de los banqueros. Por ejemplo, la *reforma postal*. Rothschild protestó. ¿Tenía el Estado derecho a disminuir fuentes de ingresos con las que tenía que pagar los intereses de su deuda, cada vez mayor?

La monarquía de Julio no era más que una sociedad por acciones para la explotación de la riqueza nacional de Francia, cuyos dividendos se repartían entre los ministros, las Cámaras, 240.000 electores y su séquito. Luis Felipe era el director de esta sociedad, un Roberto Macaire en el trono. El comercio, la industria, la agricultura, la navegación, los intereses de la burguesía industrial, tenían que sufrir constantemente riesgo, y quebranto bajo este sistema. Y la burguesía industrial, en las jornadas de Julio, había inscrito en su bandera: *gouvernement à bon marché*, un gobierno barato.

Mientras la aristocracia financiera hacía las leyes, regentaba la administración del Estado, disponía de todos los poderes públicos organizados y dominaba a la opinión pública mediante la situación de hecho y mediante la prensa, se repetía en todas las esferas, desde la corte hasta el *café borgne**, la misma prostitución, el mismo fraude descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena ya creada. Y señaladamente en las cumbres de la sociedad burguesa se propagó el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más malsanos y desordenados, que a cada paso chocaban con las mismas leyes de la burguesía; desenfreno en el que, por ley natural, va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del juego, desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en el que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. La aristocracia financiera, lo mismo en sus métodos de adquisición, que en sus placeres, no es más que el *renacimiento del lumpemproletariado en las cumbres de la sociedad burguesa*.

Las fracciones no dominantes de la burguesía francesa clamaban: ¡*Corrupción*! El pueblo gritaba: *À bas les grands voleurs*! *À bas les assassins*! ** Cuando en 1847, en las tribunas más altas de la sociedad burguesa, se presentaban públicamente los mismos cuadros

* Cafetín de mala nota. (*N. de la Edit.*)

** ¡Mueran los grandes ladrones! ¡Mueran los asesinos! (*N. de la Edit.*)

que por lo general llevan al lumpemproletariado a los prostíbulos, a los asilos y a los manicomios, ante los jueces, al presidio y al patíbulo. La burguesía industrial veía sus intereses en peligro; la pequeña burguesía estaba moralmente indignada; la imaginación popular se sublevaba. París estaba inundado de libelos: *La dynastie Rothschild**, *Les juifs rois de l'époque***, etc., en los que se denunciaba y anatemizaba, con más o menos ingenio. la dominación de la aristocracia financiera.

La Francia de los especuladores de la Bolsa había inscrito en su bandera: *Rien pour la gloire!**** ¡La gloria no da nada! *La paix partout et toujours!*****. ¡La guerra hace bajar la cotización del 3 y del 4 por ciento! Por eso, su política exterior se perdió en una serie de humillaciones del sentimiento nacional francés, cuya reacción se hizo mucho más fuerte, cuando, con la anexión de Cracovia por Austria[64], se consumó el despojo de Polonia y cuando, en la guerra suiza del Sonderbund[111], Guizot se colocó activamente al lado de la Santa Alianza[81]. La victoria de los liberales suizos en este simulacro de guerra elevó el sentimiento de la propia dignidad entre la oposición burguesa de Francia, y la insurrección sangrienta del pueblo en Palermo actuó como una descarga eléctrica sobre la masa popular paralizada, despertando sus grandes recuerdos y pasiones revolucionarios*****.

Finalmente *dos acontecimientos económicos mundiales* aceleraron el estallido del descontento general e hicieron que madurase el desasosiego hasta convertirse en revuelta.

La plaga de la patata y las malas cosechas de 1845 y 1846 avivaron la efervescencia general en el pueblo. La carestía de 1847 provocó en Francia, como en el resto del continente, conflictos sangrientos. ¡Frente a las orgías desvergonzadas de la aristocracia financiera, la lucha del pueblo por los víveres más indispensables! ¡En Buzançais, los insurrectos del hambre ajusticiados[112]! ¡En París, estafadores más que hartos arrancados a los tribunales por la familia real!

El otro gran acontecimiento económico que aceleró el estallido de la revolución fue una *crisis general del comercio y de la industria* en Inglaterra; anunciada ya en el otoño de 1845 por la quiebra general de los especuladores de acciones ferroviarias, con-

---

* La dinastía de los Rothschild. (*N. de la Edit.*)

** Los usureros, reyes de la época. (*N. de la Edit.*)

*** ¡Nada por la gloria! (*N. de la Edit.*)

**** ¡La paz en todas partes y siempre! (*N. de la Edit.*)

***** Anexión de Cracovia por Austria, de acuerdo con Rusia y Prusia, el 11 de noviembre de 1846. Guerra del Sonderbund, del 4 al 28 de noviembre de 1847. Insurrección de Palermo, el 12 de enero de 1848. A fines de enero, bombardeo de la ciudad durante nueve días por los napolitanos. (*Nota de Engels a la edición de 1895.*)

tenida durante el año 1846 gracias a una serie de circunstancias meramente accidentales —como la inminente derogación de los aranceles cerealistas—, estalló, por fin, en el otoño de 1847, con las quiebras de los grandes comerciantes en productos coloniales de Londres, a las que siguieron muy de cerca las de los Bancos agrarios y los cierres de fábricas en los distritos industriales de Inglaterra. Todavía no se había apagado la repercusión de esta crisis en el continente, cuando estalló la revolución de Febrero.

La asolación del comercio y de la industria por la epidemia económica hizo todavía más insoportable el absolutismo de la aristocracia financiera. La burguesía de la oposición provocó en toda Francia una *campaña de agitación en forma de banquetes* a favor de una *reforma electoral*, que debía darle la mayoría en las Cámaras y derribar el ministerio de la Bolsa. En París, la crisis industrial trajo, además, como consecuencia particular, la de lanzar sobre el mercado interior una masa de fabricantes y comerciantes al por mayor que, en las circunstancias de entonces, no podían seguir haciendo negocios en el mercado exterior. Estos elementos abrieron grandes tiendas, cuya competencia arruinó en masa a los pequeños comerciantes de ultramarinos y tenderos. De aquí un sinnúmero de quiebras en este sector de la burguesía de París y de aquí su actuación revolucionaria en Febrero. Es sabido cómo Guizot y las Cámaras contestaron a las propuestas de reforma con un reto inequívoco; cómo Luis Felipe se decidió, cuando ya era tarde, por un ministerio Barrot; cómo se llegó a colisiones entre el pueblo y las tropas, cómo el ejército se vio desarmado por la actitud pasiva de la Guardia Nacional[98] y cómo la monarquía de Julio hubo de dejar el sitio a un gobierno provisional.

Este *Gobierno provisional*, que se levantó sobre las barricadas de Febrero, reflejaba necesariamente, en su composición, los distintos partidos que se repartían la victoria. No podía ser otra cosa más que una *transacción entre las diversas clases* que habían derribado conjuntamente la monarquía de Julio, pero cuyos intereses se contraponían hostilmente. Su *gran mayoría* estaba formada por representantes de la burguesía. La pequeña burguesía republicana, representada por Ledru Rollin y Flocon; la burguesía republicana, por los hombres del *National*[113]; la oposición dinástica, por Crémieux, Dupont de l'Eure, etc. La clase obrera no tenía más que dos representantes: Luis Blanc y Albert. Finalmente, Lamartine no representaba propiamente en el Gobierno provisional ningún interés real, ninguna clase determinada: era la misma revolución de Febrero, el levantamiento conjunto, con sus ilusiones, su poesía, su contenido imaginario y sus frases.

Por lo demás, el portavoz de la revolución de Febrero pertenecía, tanto por su posición como por sus ideas, a la *burguesía.*

Si París, en virtud de la centralización política, domina a Francia, los obreros, en los momentos de sacudidas revolucionarias, dominan a París. El primer acto del Gobierno provisional al nacer fue el intento de substraerse a esta influencia arrolladora, apelando del París embriagado a la serena Francia. Lamartine discutía a los luchadores de las barricadas el derecho a proclamar la República, alegando que esto sólo podía hacerlo la mayoría de los franceses; había que esperar a que éstos votasen, y el proletariado de París no debía manchar su victoria con una usurpación. La burguesía sólo consiente al proletariado *una* usurpación: la de la lucha.

Hacia el mediodía del 25 de febrero, la República no estaba todavía proclamada, pero, en cambio, todos los ministerios estaban ya repartidos entre los elementos burgueses del Gobierno provisional y entre los generales, abogados y banqueros del *National.* Pero los obreros estaban decididos a no tolerar esta vez otro escamoteo como el de julio de 1830. Estaban dispuestos a afrontar de nuevo la lucha y a imponer la República por la fuerza de las armas. Con esta embajada se dirigió *Rapspail* al Hôtel de Ville. En nombre del proletariado de París, *ordenó* al Gobierno provisional que proclamase la República; si en el término de dos horas no se ejecutaba esta orden del pueblo, volvería al frente de 200.000 hombres. Apenas se habían enfriado los cadáveres de los caídos y apenas se habían desmontado las barricadas; los obreros no estaban desarmados y la única fuerza que se les podía enfrentar era la Guardia Nacional. En estas condiciones se disiparon a escape los recelos políticos y los escrúpulos jurídicos del Gobierno provisional. Aún no había expirado el plazo de dos horas, y todos los muros de París ostentaban ya en caracteres gigantescos las históricas palabras:

République Française! Liberté, Égalité, Fraternité!

Con la proclamación de la República sobre la base del sufragio universal, se había cancelado hasta el recuerdo de los fines y móviles limitados que habían empujado a la burguesía a la revolución de Febrero. En vez de unas cuantas fracciones de la burguesía, todas las clases de la sociedad francesa se vieron de pronto lanzadas al ruedo del poder político, obligadas a abandonar los palcos, el patio de butacas y la galería y a actuar personalmente en la escena revolucionaria. Con la monarquía constitucional, había desaparecido también toda apariencia de un poder estatal independiente de la sociedad burguesa y toda la serie

de luchas derivadas que el mantenimiento de esta apariencia provoca.

El proletariado, al dictar la República al Gobierno provisional y, a través del Gobierno provisional, a toda Francia, apareció inmediatamente en primer plano como partido independiente, pero, al mismo tiempo, lanzó un desafío a toda la Francia burguesa. Lo que el proletariado conquistaba era el terreno para luchar por su emancipación revolucionaria, pero no, ni mucho menos, esta emancipación misma.

Lejos de ello, la República de Febrero, tenía, antes que nada, que *completar la dominación de la burguesía*, incorporando a la esfera del poder político, junto a la aristocracia financiera, a *todas las clases poseedoras*. La mayoría de los grandes terratenientes, los legitimistas[59], fueron emancipados de la nulidad política a que los había condenado la monarquía de Julio. No en vano la *Gazette de France*[114] había hecho agitación juntamente con los periódicos de la oposición, no en vano La Rochejacquelein, en la sesión de la Cámara de los Diputados de 24 de febrero, había abrazado la causa de la revolución. Mediante el sufragio universal, los propietarios nominales, que forman la gran mayoría de Francia, los *campesinos*, se erigieron en árbitros de los destinos del país. Finalmente, la República de Febrero, al derribar la corona, detrás de la que se escondía el capital, hizo que se manifestase en su forma pura la dominación de la burguesía.

Lo mismo que en las jornadas de Julio habían conquistado luchando la *monarquía burguesa*, en las jornadas de Febrero los obreros conquistaron luchando la *república burguesa*. Y lo mismo que la monarquía de Julio se había visto obligada a anunciarse como una *monarquía rodeada de instituciones republicanas*, la República de Febrero se vio obligada a anunciarse como una *república rodeada de instituciones sociales*. El proletariado de París *obligó* también a hacer esta concesión.

Marche, un obrero, dictó el decreto por el que el Gobierno provisional que acababa de formarse se obligaba a asegurar la existencia de los obreros por el trabajo, a procurar trabajo a todos los ciudadanos, etc. Y cuando, pocos días después, el Gobierno provisional olvidó sus promesas y parecía haber perdido de vista al proletariado, una masa de 20.000 obreros marchó hacia el Hôtel de Ville a los gritos de *¡Organización del trabajo! ¡Queremos un ministerio propio del trabajo!* A regañadientes y tras largos debates el Gobierno provisional nombró una Comisión especial permanente encargada de *encontrar* los medios para mejorar la situación de las clases trabajadoras. Esta Comisión estaba formada por delegados de las corporaciones de artesanos de París y presidida por Luis Blanc y Albert. Se le asignó el Palacio de Luxemburgo como

sala de sesiones. De este modo, se desterraba a los representantes de la clase obrera de la sede del Gobierno provisional. El sector burgués de éste retenía en sus manos de un modo exclusivo el poder efectivo del Estado y las riendas de la administración, y *al lado* de los ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, *al lado* del Banco y de la Bolsa, se alzaba una *sinagoga socialista*, cuyos grandes sacerdotes, Luis Blanc y Albert, tenían la misión de descubrir la tierra de promisión, de predicar el nuevo evangelio y de dar trabajo al proletariado de París. A diferencia de todo poder estatal profano no disponían de ningún presupuesto ni de ningún poder ejecutivo. Tenían que romper con la cabeza los pilares de la sociedad burguesa. Mientras en el Luxemburgo se buscaba la piedra filosofal, en el Hôtel de Ville se acuñaba la moneda que tenía circulación.

El caso era que las pretensiones del proletariado de París, en la medida en que excedían del marco de la república burguesa, no podían cobrar más existencia que la nebulosa del Luxemburgo.

Los obreros habían hecho la revolución de Febrero conjuntamente con la burguesía; *al lado* de la burguesía querían también sacar a flote sus intereses, del mismo modo que habían instalado en el Gobierno provisional a un obrero al lado de la mayoría burguesa. *¡Organización del trabajo!* Pero el trabajo asalariado es ya la organización existente, la organización burguesa del trabajo. Sin él no hay capital, ni hay burguesía, ni hay sociedad burguesa. *¡Un ministerio propio del trabajo!* ¿Es que los ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, no son los ministerios *burgueses* del trabajo? *Junto* a ellos, un ministerio *proletario* del trabajo tenía que ser necesariamente el ministerio de la impotencia, el ministerio de los piadosos deseos, una Comisión del Luxemburgo. Del mismo modo que los obreros creían emanciparse al lado de la burguesía, creían también poder llevar a cabo una revolución proletaria dentro de las fronteras nacionales de Francia, al lado de las demás naciones en régimen burgués. Pero las relaciones francesas de producción están condicionadas por el comercio exterior de Francia, por su posición en el mercado mundial y por las leyes de éste; ¿cómo iba Francia a romper estas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiese sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra?

Una clase en que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investi-

gación teórica sobre su propia misión. La clase obrera francesa no había llegado aún a esto; era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución.

El desarrollo del proletariado industrial está condicionado, en general, por el desarrollo de la burguesía industrial. Bajo la dominación de ésta, adquiere aquél una existencia en escala nacional que puede elevar su revolución a revolución nacional; crea los medios modernos de producción, que han de convertirse en otros tantos medios para su emancipación revolucionaria. La dominación de aquélla es la que arranca las raíces materiales de la sociedad feudal y allana el terreno, sin el cual no es posible una revolución proletaria. La industria francesa está más desarrollada y la burguesía francesa es más revolucionaria que la del resto del continente. Pero la revolución de Febrero, ¿no iba directamente encaminada contra la aristocracia financiera? Este hecho demostraba que la burguesía industrial no dominaba en Francia. La burguesía industrial sólo puede dominar allí donde la industria moderna ha modelado a su medida todas las relaciones de propiedad, y la industria sólo puede adquirir este poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, pues no bastan para su desarrollo las fronteras nacionales. Pero la industria de Francia, en gran parte, sólo se asegura su mismo mercado nacional mediante un sistema arancelario prohibitivo más o menos modificado. Por tanto, si el proletariado francés, en un momento de revolución posee en París una fuerza y una influencia efectivas, que le espolean a realizar un asalto superior a sus medios, en el resto de Francia se halla agrupado en centros industriales aislados y dispersos, perdiéndose casi en la superioridad numérica de los campesinos y pequeños burgueses. La lucha contra el capital en la forma moderna de su desarrollo, en su punto de apogeo —la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial— es, en Francia, un hecho parcial, que después de las jornadas de Febrero no podía constituir el contenido nacional de la revolución; con tanta mayor razón, cuanto que la lucha contra los modos de explotación secundarios del capital —la lucha del campesino contra la usura en las hipotecas, del pequeño burgués contra el gran comerciante, el fabricante y el banquero, en una palabra, contra la bancarrota— quedaba aún disimulada en el alzamiento general contra la aristocracia financiera. Nada más lógico, pues, que el proletariado de París intentase sacar adelante sus intereses *al lado* de los de la burguesía, en vez de presentarlos como el interés revolucionario de la propia sociedad, que arriase la bandera *roja* ante la bandera *tricolor*[115]. Los obreros franceses no podían dar un paso adelante, no podían tocar ni un pelo del orden burgués, mientras la marcha de la revolución no sublevase contra este orden, contra la domi-

nación del capital, a la masa de la nación —campesinos y pequeños burgueses— que se interponía entre el proletariado y la burguesía; mientras no la obligase a unirse a los proletarios como a su vanguardia. Sólo al precio de la tremenda derrota de Junio[43] podían los obreros comprar esta victoria.

A la Comisión del Luxemburgo, esta criatura de los obreros de París, corresponde el mérito de haber descubierto desde lo alto de una tribuna europea el secreto de la revolución del siglo XIX: *la emancipación del proletariado.* El *Moniteur*[116] se ponía furioso cuando tenía que propagar oficialmente aquellas «exaltaciones salvajes» que hasta entonces habían yacido enterradas en las obras apócrifas de los socialistas y que sólo de vez en cuando llegaban a los oídos de la burguesía como leyendas remotas, medio espantosas, medio ridículas. Europa se despertó sobresaltada de su modorra burguesa. Así, en la mente de los proletarios, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la imaginación de los probos republicanos, que negaban la existencia misma de las clases o la reconocían, a lo sumo, como consecuencia de la monarquía constitucional; en las frases hipócritas de las fracciones burguesas excluidas hasta allí del poder, la *dominación de la burguesía* había quedado abolida con la implantación de la República. Todos los monárquicos se convirtieron, por aquel entonces, en republicanos y todos los millonarios de París en obreros. La frase que correspondía a esta imaginaria abolición de las relaciones de clase era la *fraternité*, la confraternización y la fraternidad universales. Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esta conclusión sentimental de los intereses de clase contradictorios, esto de elevarse en alas de la fantasía por encima de la lucha de clases, esta *fraternité* fue, de hecho, la consigna de la revolución de Febrero. Las clases estaban separadas por un simple *equívoco*, y Lamartine *bautizó* al Gobierno provisional, el 24 de febrero, de «un gouvernement qui suspend ce *malentendu terrible qui existe entre les différentes classes*»*. El proletariado de París se dejó llevar con deleite por esta borrachera generosa de fraternidad.

A su vez, el Gobierno provisional, que se había visto obligado a proclamar la república, hizo todo lo posible por hacerla aceptable para la burguesía y para las provincias. El terror sangriento de la primera república francesa[117] fue desautorizado mediante la abolición de la pena de muerte para los delitos políticos; se dio libertad de prensa para todas las opiniones; el ejército, los tribunales y la administración siguieron, salvo algunas excepciones,

---

* Un gobierno que acaba con ese *equívoco terrible que existe entre las diversas clases.* (*N. de la Edit.*)

en manos de sus antiguos dignatarios y a ninguno de los altos delincuentes de la monarquía de Julio se le pidieron cuentas. Los republicanos burgueses del *National* se divertían en cambiar los nombres y los trajes monárquicos por nombres y trajes de la antigua república. Para ellos, la república no era más que un nuevo traje de baile para la vieja sociedad burguesa. La joven república buscaba su mérito principal en no asustar a nadie, en asustarse más bien constantemente a sí misma y en prolongar su existencia y desarmar a los que se resistían, haciendo que esa existencia fuera blanda y condescendiente y no resistiéndose a nada ni a nadie. Se proclamó en voz alta, para que lo oyesen las clases privilegiadas de dentro y los poderes despóticos de fuera, que la república era de naturaleza pacífica. Vivir y dejar vivir era su lema. A esto se añadió que poco después de la revolución de Febrero, los alemanes, los polacos, los austríacos, los húngaros y los italianos, se sublevaron cada cual con arreglo a las características de su situación del momento. Rusia e Inglaterra, ésta estremecida también y aquélla atemorizada, no estaban preparadas. La república no encontró, pues, ante sí ningún enemigo *nacional*. Por tanto, no existía ninguna gran complicación exterior que pudiera encender la energía para la acción, acelerar el proceso revolucionario y empujar hacia adelante al Gobierno provisional o echarlo por la borda. El proletariado de París, que veía en la república su propia obra, aclamaba, naturalmente, todos los actos del Gobierno provisional que ayudaban a éste a afirmarse con más facilidad en la sociedad burguesa. Se dejó emplear de buena gana por Caussidière en servicios de policía para proteger la propiedad en París, como dejó que Luis Blanc fallase con su arbitraje las disputas de salarios entre obreros y patronos. Era su poind d'honneur* el mantener intacto a los ojos de Europa el honor burgués de la república.

La república no encontró ninguna resistencia, ni de fuera ni de dentro. Y esto la desarmó. Su misión no consistía ya en transformar revolucionariamente el mundo; consistía solamente en adaptarse a las condiciones de la sociedad burguesa. Las *medidas financieras* del Gobierno provisional testimonian con más elocuencia que nada con qué fanatismo acometió esta misión.

El *crédito público* y el *crédito privado* estaban, naturalmente, quebrantados. El *crédito público* descansa en la confianza de que el Estado se deja explotar por los usureros de las finanzas. Pero el viejo Estado había desaparecido y la revolución iba dirigida, ante todo, contra la aristocracia financiera. Las sacudidas de la última

* Cuestión de honor. (*N. de la Edit.*)

crisis comercial europea aún no habían cesado. Todavía se producía una bancarrota tras otra.

Así, pues, ya antes de estallar la revolución de Febrero el *crédito privado* estaba paralizado, la circulación de mercancías entorpecida y la producción estancada. La crisis revolucionaria agudizó la crisis comercial. Y si el crédito privado descansa en la confianza de que la producción burguesa se mantiene intacta e intangible en todo el conjunto de sus relaciones, de que el orden burgués se mantiene intacto e intangible, ¿qué efectos había de producir una revolución que ponía en tela de juicio la base misma de la producción burguesa —la esclavitud económica del proletariado—, que levantaba frente a la Bolsa la esfinge del Luxemburgo? La emancipación del proletariado es la abolición del crédito burgués, pues significa la abolición de la producción burguesa y de su orden. El crédito público y el crédito privado son el termómetro económico por el que se puede medir la intensidad de una revolución. *En la misma medida en que aquéllos bajan, suben el calor y la fuerza creadora de la revolución.*

El Gobierno provisional quería despojar a la república de su apariencia antiburguesa. Por eso, lo primero que tenía que hacer era asegurar el *valor de cambio* de esta nueva forma de gobierno, su *cotización* en la Bolsa. Con el tipo de cotización de la república en la Bolsa, volvió a elevarse, necesariamente, el crédito privado.

Para alejar hasta la *sospecha* de que la república no quisiese o no pudiese hacer honor a las obligaciones legadas a ella por la monarquía, para despertar la fe en la moral burguesa y en la solvencia de la república, el Gobierno provisional acudió a una fanfarronada tan indigna como pueril: la de pagar a los acreedores del Estado los intereses del 5, del 4 y medio y del 4 por 100 *antes* del vencimiento legal. El aplomo burgués, la arrogancia del capitalista se despertaron en seguida, al ver la prisa angustiosa con que se procuraba comprar su confianza.

Naturalmente, las dificultades pecuniarias del Gobierno provisional no disminuyeron con este golpe teatral, que lo privó del dinero en efectivo de que disponía. La apretura financiera no podía seguirse ocultando, y los *pequeños burgueses*, los *criados* y los *obreros* hubieron de pagar la agradable sorpresa que se había deparado a los acreedores del Estado.

Las *libretas de las cajas de ahorro* por sumas superiores a 100 francos se declararon no canjeables por dinero. Las sumas depositadas en las cajas de ahorro fueron confiscadas y convertidas por decreto en deuda pública no amortizable. Esto hizo que el *pequeño burgués*, ya de por sí en aprietos, se irritase contra la república. Al recibir, en sustitución de su libreta de la caja de ahorros, títulos de la deuda

pública, veíase obligado a ir a la Bolsa a venderlos, poniéndose así directamente en manos de los especuladores de la Bolsa contra los que había hecho la revolución de Febrero.

La aristocracia finaciera, que había dominado bajo la monarquía de Julio, tenía su iglesia episcopal en el *Banco*. Y del mismo modo que la Bolsa rige el crédito del Estado, el Banco rige el *crédito comercial*.

Amenazado directamente por la revolución de Febrero, no sólo en su dominación, sino en su misma existencia, el Banco procuró desacreditar desde el primer momento la república, generalizando la falta de créditos. Se los retiró súbitamente a los banqueros, a los fabricantes, a los comerciantes. Esta maniobra, al no provocar una contrarrevolución inmediata, tenía por fuerza que repercutir en perjuicio del Banco mismo. Los capitalistas retiraron el dinero que tenían depositado en los sótanos del Banco. Los tenedores de billetes de Banco acudieron en tropel a sus ventanillas a canjearlos por oro y plata.

El Gobierno provisional podía obligar al Banco a *declararse en quiebra*, sin ninguna ingerencia violenta, por vía legal; para ello no tenía más que mantenerse a la expectativa, abandonando al Banco a su suerte. La *quiebra del Banco* hubiera sido el diluvio que barriese en un abrir y cerrar de ojos del suelo de Francia a la aristocracia financiera, la más poderosa y más peligrosa enemiga de la república. el pedestal de oro de la monarquía de Julio. Y una vez en quiebra el Banco, la propia burguesía tendría necesariamente que ver como último intento desesperado de salvación el que el Gobierno crease un Banco nacional y sometiese el crédito nacional al control de la nación.

Pero lo que hizo el Gobierno provisional fue, por el contrario, dar *curso forzoso* a los billetes de Banco. Y aún hizo más. Convirtió todos los Bancos provinciales en sucursales del Banco de Francia, permitiéndole así lanzar su red por toda Francia. Más tarde, le hipotecó los *bosques del Estado* como garantía de un empréstito que contrajo con él. De este modo, la revolución de Febrero reforzó y amplió directamente la bancocracia que venía a derribar.

Entretanto, el Gobierno provisional se encorvaba bajo la pesadilla de un déficit cada vez mayor. En vano mendigaba sacrificios patrióticos. Sólo los obreros le echaron una limosna. Había que recurrir a un remedio heroico: establecer un *nuevo impuesto*. ¿Pero a quién gravar con él? ¿A los lobos de la Bolsa, a los reyes de la Banca, a los acreedores del Estado, a los rentistas, a los industriales? No era por este camino por el que la república se iba a captar la voluntad de la burguesía. Eso hubiera sido poner en peligro con una mano el crédito del Estado y el crédito comercial, mientras con la otra se le procuraba rescatar a fuerza de grandes sacrifi-

cios y humillaciones. Pero alguien tenía que ser el pagano. ¿Y quién fue sacrificado al crédito burgués? Jacques le bonhomme*, el *campesino*.

El gobierno provisional estableció un recargo de 45 cts. por franco sobre los cuatro impuestos directos. La prensa del gobierno, para engañar al proletariado de París, le contó que este impuesto gravaba preferentemente a la gran propiedad territorial, pesaba ante todo sobre los beneficiarios de los mil millones conferidos por la Restauración[118]. Pero, en realidad, iba sobre todo contra la *clase campesina*, es decir, contra la gran mayoría del pueblo francés. *Los campesinos tenían que pagar las costas de la revolución de Febrero*; de ellos sacó la contrarrevolución su principal contingente. El impuesto de los 45 céntimos era para el campesino francés una cuestión vital y la convirtió en cuestión vital para la república. Desde este momento, *la república* fue para el campesino francés *el impuesto de los 45 céntimos* y en el proletario de París vio al dilapidador que se daba buena vida a costa suya.

Mientras que la revolución del 1789 comenzó liberando a los campesinos de las cargas feudales, la revolución de 1848, para no poner en peligro al capital y mantener en marcha su máquina estatal, anunció su entrada con un nuevo impuesto cargado sobre la población campesina.

Sólo había *un* medio con el que el Gobierno provisional podía eliminar todos estos inconvenientes y sacar al Estado de su viejo cauce: *la declaración de la bancarrota del Estado*. Recuérdese cómo, posteriormente, Ledru-Rollin dio a conocer en la Asamblea Nacional la santa indignación con que había rechazado esta sugestión del usurero bursátil Fould, actual ministro de Haciênda en Francia. Pero lo que Fould le había ofrecido era la manzana del árbol de la ciencia.

Al reconocer las letras de cambio libradas contra el Estado por la vieja sociedad burguesa, el Gobierno provisional había caído bajo su férula. Se convirtió en deudor acosado de la sociedad burguesa, en vez de enfrentarse con ella como un acreedor amenazante que venía a cobrar las deudas revolucionarias de muchos años. Tuvo que consolidar el vacilante régimen burgués para poder atender a las obligaciones que sólo hay que cumplir dentro de este régimen. El crédito se convirtió en cuestión de vida o muerte para él y las concesiones al proletariado, las promesas hechas a éste, en otros tantos *grilletes* que *era necesario* romper. La emancipación de los obreros —incluso como *frase*— se convirtió para la nueva república en un peligro insoportable, pues era una protesta

* «Jacobo el simple», nombre despectivo que los nobles de Francia daban a los campesinos. (*N de la Edit.*)

constante contra el restablecimiento del crédito, que descansaba en el reconocimiento neto e indiscutido de las relaciones económicas de clase existentes. No había más remedio, por tanto, *que terminar con los obreros.*

La revolución de Febrero había echado de París al ejército. La Guardia Nacional, es decir, la burguesía en sus diferentes gradaciones, constituía la única fuerza. Sin embargo, no se sentía lo bastante fuerte para hacer frente al proletariado. Además, habíase visto obligada, si bien después de la más tenaz resistencia y de oponer cien obstáculos distintos, a abrir poco a poco sus filas, dejando entrar en ellas a proletarios armados. No quedaba, por tanto, más que una salida: *enfrentar una parte del proletariado con otra.*

El Gobierno provisional formó con este fin 24 batallones de *Guardias Móviles*, de mil hombres cada uno, integrados por jóvenes de 15 a 20 años. Pertenecían en su mayor parte al *lumpemproletariado*, que en todas las grandes ciudades forma una masa bien deslindada del proletariado industrial. Esta capa es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, *gens sans feu et sans aveu**, que difieren según el grado de cultura de la nación a que pertenecen, pero que nunca reniegan de su carácter de lazzaroni[119]; en la edad juvenil, en que el Gobierno provisional los reclutaba, eran perfectamente moldeables, capaces tanto de las hazañas más heroicas y los sacrificios más exaltados como del bandidaje más vil y la más sucia venalidad. El Gobierno provisional les pagaba un franco y 50 céntimos al día, es decir, los compraba. Les daba uniforme propio, es decir, los distinguía por fuera de los hombres de blusa. Como jefes se les destinaron, en parte, oficiales del ejército permanente y, en parte, eligieron ellos mismos a jóvenes hijos de burgueses, cuyas baladronadas sobre la muerte por la Patria y la abnegación por la República les seducían.

Así hubo frente al proletariado de París un ejército salido de su propio seno y compuesto por 24.000 hombres jóvenes, fuertes y audaces hasta la temeridad. El proletariado vitoreaba a la Guardia Móvil cuando ésta desfilaba por París. Veía en ella a sus campeones de las barricadas. Y la consideraba como la guardia *proletaria*, en oposición a la Guardia Nacional burguesa. Su error era perdonable.

Además de la Guardia Móvil, el Gobierno decidió rodearse también de un ejército obrero industrial. El ministro Marie enroló en los llamados Talleres Nacionales a cien mil obreros, lanzados al arroyo por la crisis y la revolución. Bajo aquel pomposo

---

* Gente sin patria ni hogar. (*N. de la Edit.*)

nombre se ocultaba sencillamente el empleo de los obreros en aburridos, monótonos e improductivos *trabajos de explanación*, por un jornal de 23 sous. *Workhouses*[120] *inglesas al aire libre*; no otra cosa eran estos Talleres Nacionales. En ellos creía el Gobierno provisional haber creado un *segundo ejército proletario contra los mismos obreros.* Pero esta vez la burguesía se equivocó con los Talleres Nacionales, como se habían equivocado los obreros con la Guardia Móvil. Lo que creó fue un *ejército para la revuelta.*

Pero *una* finalidad estaba conseguida.

Talleres Nacionales: tal era el nombre de los talleres del pueblo, que Luis Blanc predicaba en el Luxemburgo. Los talleres de Marie, proyectados con un criterio que era el *polo opuesto* al del Luxemburgo, como llevaban el mismo rótulo, daban pie para un equívoco digno de los enredos escuderiles de la comedia española. El propio Gobierno provisional hizo correr por debajo de cuerda el rumor de que estos Talleres Nacionales eran invención de Luis Blanc, cosa tanto más verosímil cuanto que Luis Blanc, el profeta de los Talleres Nacionales, era miembro del Gobierno provisional. Y en la confusión, medio ingenua, medio intencionada de la burguesía de París, lo mismo que en la opinión artificialmente fomentada de Francia y de Europa, aquellas *Workhouses* eran la primera realización del socialismo, que con ellas quedaba clavado en la picota.

No por su contenido, sino por su título, los *Talleres Nacionales* encarnaban la protesta del proletariado contra la industria burguesa, contra el crédito burgués y contra la república burguesa. Sobre ellos se volcó por esta causa, todo el odio de la burguesía. Esta había encontrado en ellos el punto contra el que podía dirigir el ataque una vez que fue lo bastante fuerte para romper abiertamente con las ilusiones de Febrero. Todo el malestar, todo el malhumor de los *pequeños burgueses* se dirigía también contra estos Talleres Nacionales, que eran el blanco común. Con verdadera rabia, echaban cuentas de las sumas que los gandules proletarios devoraban mientras su propia situación iba haciéndose cada día más insostenible. ¡Una pensión del Estado por un trabajo aparente: he ahí el socialismo! —refunfuñaban para sí. Los Talleres Nacionales, las declamaciones del Luxemburgo, los desfiles de los obreros por las calles de París: allí buscaban ellos las causas de sus miserias. Y nadie se mostraba más fanático contra las supuestas maquinaciones de los comunistas que el pequeñoburgués, que estaba al borde de la bancarrota y sin esperanza de salvación.

Así, en la colisión inminente entre la burguesía y el proletariado, todas las ventajas, todos los puestos decisivos, todas las capas intermedias de la sociedad estaban en manos de la burguesía, y mientras tanto, las olas de la revolución de Febrero se encres-

paban sobre todo el continente y cada nuevo correo traía un nuevo parte revolucionario, tan pronto de Italia como de Alemania o del remoto sureste de Europa y alimentaba la embriaguez general del pueblo, aportándole testimonios constantes de aquella victoria, cuyos frutos ya se le habían escapado de las manos.

El *17 de marzo* y el *16 de abril* fueron las primeras escaramuzas de la gran batalla de clases que la república burguesa escondía bajo sus alas.

El *17 de marzo* reveló la situación equívoca del proletariado que no permitía ninguna acción decisiva. Su manifestación perseguía, en un principio, la finalidad de retrotraer el Gobierno provisional al cauce de la revolución, y eventualmente la de conseguir la eliminación de sus miembros burgueses e imponer el aplazamiento de las elecciones para la Asamblea Nacional y para la Guardia Nacional. Pero el 16 de marzo la burguesía, representada en la Guardia Nacional, organizó una manifestación hostil al Gobierno provisional. Al grito de *à bas Ledru-Rollin*!* marchó al Hôtel de Ville. Y el 17 de marzo el pueblo viose obligado a gritar: «¡Viva Ledru-Rollin! ¡Viva el Gobierno provisional!» Viose obligado a abrazar *contra* la burguesía la causa de la república burguesa, que creía en peligro. Consolidó el Gobierno provisional, en vez de someterlo. El 17 de marzo se resolvió en una escena de melodrama. Cierto es que en este día el proletariado de París volvió a exhibir su talla gigantesca, pero eso fortaleció en el ánimo de la burguesía de dentro y de fuera del Gobierno provisional el designio de destrozarlo.

El *16 de abril* fue un *equívoco* organizado por el Gobierno provisional de acuerdo con la burguesía. Los obreros se habían congregado en gran número en el Campo de Marte y en el Hipódromo para preparar sus elecciones al Estado Mayor General de la Guardia Nacional. De pronto, corre de punta a punta de París, con la rapidez del rayo, el rumor de que los obreros armados se han concentrado en el Campo de Marte, bajo la dirección de Luis Blanc, de Blanqui, de Cabet y de Raspail, para marchar desde allí sobre el Hôtel de Ville, derribar el Gobierno provisional y proclamar un Gobierno comunista. Se toca generala. (Más tarde, Ledru-Rollin, Marrast y Lamartine habían de disputarse el honor de esta iniciativa). En una hora están 100.000 hombres bajo las armas. El Hôtel de Ville es ocupado de arriba abajo por la Guardia Nacional. Los gritos de: «¡Abajo los comunistas! ¡Abajo Luis Blanc, Blanqui, Raspail y Cabet!» resuenan por todo París. Y el Gobierno provisional es aclamado por un sinnúmero de delegaciones, todas dispuestas a salvar la Patria y la sociedad. Y cuando, por último,

---

* ¡Abajo Ledru-Rollin! (*N. de la Edit.*)

los obreros aparecen ante el Hôtel de Ville para entregar al Gobierno provisional una colecta patriótica hecha por ellos en el Campo de Marte, se enteran con asombro de que el París burgués, en una lucha imaginaria montada con una prudencia extrema, ha vencido a su sombra. El espantoso atentado del 16 de abril suministró pretexto para *dar al ejército orden de regresar a París* —verdadera finalidad de aquella comedia tan burdamente montada— y para las manifestaciones federalistas reaccionarias de las provincias.

El 4 de mayo se reunió la *Asamblea Nacional**, fruto de las *elecciones generales y directas.* El sufragio universal no poseía la fuerza mágica que los republicanos de viejo cuño le asignaban. Ellos veían en toda Francia, o por lo menos en la mayoría de los franceses, *citoyens*** con los mismos intereses, el mismo discernimiento, etc. Tal era su *culto al pueblo.* En vez de este pueblo *imaginario,* las elecciones sacaron a la luz del día al pueblo *real,* es decir, a los representantes de las diversas clases en que éste se dividía. Ya hemos visto por qué los campesinos y los pequeños burgueses votaron bajo la dirección de la burguesía combativa y de los grandes terratenientes que rabiaban por la restauración. Pero si el sufragio universal no era la varita mágica que habían creído los probos republicanos, tenía el mérito incomparablemente mayor de desencadenar la lucha de clases, de hacer que las diversas capas intermedias de la sociedad burguesa superase rápidamente sus ilusiones y desengaños, de lanzar de un golpe a las cumbres del Estado a todas las fracciones de la clase explotadora, arrancándoles así la máscara engañosa, mientras que la monarquía, con su censo electoral restringido, sólo ponía en evidencia a determinadas fracciones de la burguesía, dejando escondidas a las otras entre bastidores y rodeándolas con el halo de santidad de una oposición conjunta.

En la Asamblea Nacional Constituyente, reunida el 4 de mayo, llevaban la voz cantante los *republicanos burgueses,* los republicanos del *National.* Por el momento, los propios legitimistas y orleanistas[93] sólo se atrevían a presentarse bajo la máscara del republicanismo burgués. La lucha contra el proletariado sólo podía emprenderse en nombre de la República.

La República —es decir, la república reconocida por el pueblo francés— *data del 4 de mayo y no del 25 de febrero.* No es la república que el proletariado de París impuso al Gobierno provisional; no es la república con instituciones sociales; no es el sueño de los

* Desde aquí en adelante, hasta la pág. 256, se entiende bajo el nombre de Asamblea Nacional la Asamblea Nacional Constituyente que actuaba desde el 4 de mayo de 1848 hasta mayo de 1849. (*N. de la Edit.*)

** Ciudadanos. (*N. de la Edit.*)

que lucharon en las barricadas. La república proclamada por la Asamblea Nacional, la única república legítima, es la república que no representa ningún arma revolucionaria contra el orden burgués. Es, por el contrario, la reconstitución política de éste, la reconsolidación política de la sociedad burguesa, la *república burguesa*, en una palabra. Esta afirmación resonó desde la tribuna de la Asamblea Nacional y encontró eco en toda la prensa burguesa, republicana y antirrepublicana.

Y ya hemos visto que la república de Febrero no era realmente ni podía ser más que una república *burguesa*; que, pese a todo, el Gobierno provisional, bajo la presión directa del proletariado, se vio obligado a proclamarla como una *república con instituciones sociales*; que el proletariado de París no era todavía capaz de salirse del marco de la república burguesa más que en sus *ilusiones*, en su *imaginación*; que actuaba siempre y en todas partes a su servicio, cuando llegaba la hora de la acción; que las promesas que se le habían hecho se convirtieron para la nueva república en un peligro insoportable; que todo el proceso de la vida del Gobierno provisional se resumía en una lucha continua contra las reclamaciones del proletariado.

En la Asamblea Nacional, toda Francia se constituyó en juez del proletariado de París. La Asamblea rompió inmediatamente con las ilusiones sociales de la revolución de Febrero y proclamó rotundamente la *república burguesa* como república burguesa y nada más. Eliminó inmediatamente de la Comisión Ejecutiva por ella nombrada a los representantes del proletariado, Luis Blanc y Albert, rechazó la propuesta de un ministerio especial del Trabajo y aclamó con gritos atronadores la declaración del ministro Trélat: «Sólo se trata de *reducir el trabajo a sus antiguas condiciones*».

Pero todo esto no bastaba. La república de Febrero había sido conquistada por los obreros con la ayuda pasiva de la burguesía. Los proletarios se consideraban con razón como los vencedores de Febrero y formulaban las exigencias arrogantes del vencedor. Había que vencerlos en la calle, había que demostrarles, que tan pronto como luchaban, no *con* la burguesía, sino *contra* ella, salían derrotados. Y así como la república de Febrero, con sus concesiones socialistas, había exigido una batalla del proletariado unido a la burguesía contra la monarquía, ahora, era necesaria una segunda batalla para divorciar a la república de las concesiones al socialismo, para que la *república burguesa* saliese consagrada oficialmente como régimen imperante. La burguesía tenía que refutar con las armas en la mano las pretensiones del proletariado. Por eso la verdadera cuna de la república burguesa no es la *victoria de Febrero* sino la *derrota de Junio*.

El proletariado aceleró el desenlace cuando, el 15 de mayo, se introdujo por la fuerza en la Asamblea Nacional, esforzándose en vano por reconquistar su influencia revolucionaria, sin conseguir más que entregar sus jefes más enérgicos a los carceleros burgueses[121]. *Il faut en finir*! ¡Esta situación tiene que terminar! Con este grito, la Asamblea Nacional expresaba su firme resolución de forzar al proletariado a la batalla decisiva. La Comisión Ejecutiva promulgó una serie de decretos de desafío, tales como la prohibición de aglomeraciones populares, etc. Desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional Constituyente se provocaba, se insultaba, se escarnecía descaradamente a los obreros. Pero el verdadero punto de ataque estaba, como hemos visto, en los *Talleres Nacionales*. A ellos remitió imperiosamente la Asamblea Constituyente a la Comisión Ejecutiva, que no esperaba más que oír enunciar su propio plan como orden de la Asamblea Nacional.

La Comisión Ejecutiva comenzó poniendo dificultades para el ingreso en los Talleres Nacionales, convirtiendo el salario por días en salario a destajo, desterrando a la Sologne a los obreros no nacidos en París, con el pretexto de ejecutar allí obras de explanación. Estas obras no eran más que una fórmula retórica para disimular su expulsión, como anunciaron a sus camaradas los obreros que retornaban desengañados. Finalmente, el 21 de junio apareció en el *Moniteur* un decreto que ordenaba que todos los obreros solteros fuesen expulsados por la fuerza de los Talleres Nacionales o enrolados en el ejército.

Los obreros no tenían opción: o morirse de hambre o iniciar la lucha. Contestaron el 22 de junio con aquella formidable insurrección en que se libró la primera gran batalla entre las dos clases de la sociedad moderna. Fue una lucha por la conservación o el aniquilamiento del orden *burgués*. El velo que envolvía a la República quedó desgarrado.

Es sabido que los obreros, con una valentía y una genialidad sin ejemplo, sin jefes, sin un plan común, sin medios, carentes de armas en su mayor parte, tuvieron en jaque durante cinco días al ejército, a la Guardia Móvil, a la Guardia Nacional de París y a la que acudió en tropel de las provincias. Y es sabido que la burguesía se vengó con una brutalidad inaudita del miedo mortal que había pasado, exterminando a más de 3.000 prisioneros.

Los representantes oficiales de la democracia francesa estaban hasta tal punto cautivados por la ideología republicana, que, incluso pasadas algunas semanas, no comenzaron a sospechar el sentido del combate de junio. Estaban como aturdidos por el humo de la pólvora en que se disipó su república fantástica.

Permítanos el lector que describamos con las palabras de la *Neue Rheinische Zeitung*[71] la impresión inmediata que en nosotros produjo la noticia de la derrota de junio:

«El último resto oficial de la revolución de Febrero, la Comisión Ejecutiva, se ha disipado como un fantasma ante la seriedad de los acontecimientos. Los fuegos artificiales de Lamartine se han convertido en las granadas incendiarias de Cavaignac. La *fraternité*, la hermandad de las clases antagónicas, una de las cuales explota a la otra, esta fraternidad proclamada en Febrero y escrita con grandes caracteres en la frente de París, en cada cárcel y en cada cuartel, tiene como verdadera, auténtica y prosaica expresión la *guerra civil*; la guerra civil bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital. Esta fraternidad resplandecía delante de todas las ventanas de París en la noche del 25 de junio, cuando el París de la burguesía encendía sus iluminaciones, mientras el París del proletariado ardía, gemía y se desangraba. La fraternidad existió precisamente el tiempo durante el cual el interés de la burguesía estuvo hermanado con el del proletariado.

Pedantes de las viejas tradiciones revolucionarias de 1793, doctrinarios socialistas que mendigaban a la burguesía para el pueblo y a los que se permitió echar largos sermones y desprestigiarse mientras fue necesario arrullar el sueño del león proletario, republicanos que reclamaban todo el viejo orden burgués con excepción de la testa coronada, hombres de la oposición dinástica a quienes el azar envió en vez de un cambio de ministerio el derrumbamiento de una dinastía, legitimistas que no querían dejar la librea, sino solamente cambiar su corte: tales fueron los aliados con los que el pueblo llevó a cabo su Febrero...

La revolución de Febrero fue la *hermosa* revolución, la revolución de las simpatías generales, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la monarquía dormitaban *incipientes* todavía, bien avenidos unos con otros, porque la lucha social que era su fondo sólo había cobrado una existencia aérea, la existencia de la frase, de la palabra. *La revolución de Junio* es la revolución *fea*, la revolución repelente, porque el hecho ha ocupado el puesto de la frase, porque la república puso al desnudo la cabeza del propio monstruo, al echar por tierra la corona que la cubría y le servía de pantalla. ¡*Orden!*, era el grito de guerra de Guizot. ¡*Orden*!, gritaba Sebastiani, el guizotista, cuando Varsovia fue tomada por los rusos. ¡*Orden!*, grita Cavaignac, eco brutal de la Asamblea Nacional francesa y de la burguesía republicana. ¡*Orden!*, tronaban sus proyectiles, cuando desgarraban el cuerpo del proletariado. Ninguna de las numerosas revoluciones de la burgue-

ción francesa, desde 1789, había sido un atentado contra el *orden*, pues todas dejaban en pie la dominación de clase, todas dejaban en pie la esclavitud de los obreros, todas dejaban subsistente el orden *burgués*, por mucha que fuese la frecuencia con que cambiase la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Pero Junio ha atentado contra este orden. ¡Ay de Junio!» (*Neue Rheinische Zeitung*, 29 de junio de 1848) *. ¡Ay de Junio! contesta el eco europeo.

El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a hacer la insurrección de Junio. Ya en esto iba implícita su condena al fracaso. Ni su necesidad directa y confesada le impulsaba a querer conseguir por la fuerza el derrocamiento de la burguesía, ni tenía aún fuerzas bastantes para imponerse esta misión. El *Moniteur* hubo de hacerle saber oficialmente que habían pasado los tiempos en que la república tenía que rendir honores a sus ilusiones, y fue su derrota la que le convenció de esta verdad: que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*; y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad. Y sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería arrancar a la república de Febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: *¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!*

Al convertir su fosa en cuna de la *república burguesa*, el proletariado obligaba a ésta, al mismo tiempo, a manifestarse en su forma pura, como el Estado cuyo fin confesado es eternizar la dominación del capital y la esclavitud del trabajo. Viendo constantemente ante sí a su enemigo, lleno de cicatrices, irreconciliable e invencible —invencible, porque su existencia es la condición de la propia vida de la burguesía—, la dominación burguesa, libre de todas las trabas, tenía que trocarse inmediatamente en *terrorismo burgués*. Y una vez eliminado provisionalmente de la escena el proletariado y reconocida oficialmente la dictadura burguesa, las capas medias de la sociedad burguesa, la pequeña burguesía y la clase campesina, a medida en que su situación se hacía más insoportable y se erizaba su antagonismo con la burguesía, tenían que unirse más y más al proletariado. Lo mismo que antes encontraban en el auge de éste la causa de sus miserias, ahora tenían que encontrarla en su derrota.

Cuando la insurrección de Junio hizo engreírse a la burguesía en todo el continente y la llevó a aliarse abiertamente con la monarquía feudal contra el pueblo, ¿quién fue la primera víctima de

* Véase el artículo de Carlos Marx *La revolución de Junio*. (*N. de la Edit.*)

esta alianza? La misma burguesía continental. La derrota de Junio le impidió consolidar su dominación y hacer detenerse al pueblo, mitad satisfecho, mitad disgustado, en el escalón más bajo de la revolución burguesa.

Finalmente, la derrota de Junio reveló a las potencias despóticas de Europa el secreto de que Francia tenía que mantener a todo trance la paz en el exterior, para poder librar la guerra civil en el interior. Y así, los pueblos que habían comenzado la lucha por su independencia nacional fueron abandonados a la superioridad de fuerzas de Rusia, de Austria y de Prusia, pero al mismo tiempo la suerte de estas revoluciones nacionales fue supeditada a la suerte de la revolución proletaria y despojada de su aparente sustantividad, de su independencia respecto a la gran transformación social. ¡El húngaro no será libre, ni lo será el polaco, ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo!

Por último, con las victorias de la Santa Alianza, Europa ha cobrado una fisonomía que hará coincidir directamente con una *guerra mundial* todo nuevo levantamiento proletario en Francia. La nueva revolución francesa se verá obligada a abandonar inmediatamente el terreno nacional y a *conquistar el terreno europeo*, el único en que puede llevarse a cabo la revolución social del siglo XIX.

Ha sido, pues, la derrota de Junio la que ha creado todas las condiciones dentro de las cuales puede Francia tomar la *iniciativa* de la revolución europea. Sólo empapada en la *sangre* de los insurrectos de Junio ha podido la bandera tricolor transformarse en la bandera de la revolución europea, en la *bandera roja*.

Y nosotros exclamamos: ¡*La revolución ha muerto*! ¡*Viva la revolución*!

II

EL 13 DE JUNIO DE 1849

El 25 de febrero de 1848 había concedido a Francia la *República*, el 25 de junio le impuso la *Revolución*. Y desde Junio, revolución significaba: *subversión de la sociedad burguesa*, mientras que antes de Febrero había significado: *subversión de la forma de gobierno*.

El combate de Junio había sido dirigido por la fracción *republicana* de la burguesía. Con la victoria, necesariamente tenía que caer en sus manos el poder. El estado de sitio puso a sus pies, sin resistencia, al París agarrotado. Y en las provincias imperaba un estado de sitio moral, la arrogancia del triunfo, amenaza-

dora y brutal, de los burgueses y el fanatismo de la propiedad desencadenado entre los campesinos. ¡Desde *abajo* no había, por tanto, nada que temer!

Al quebrarse la fuerza revolucionaria de los obreros se quebró también la influencia política de los *republicanos demócratas*, es decir, de los republicanos *pequeñoburgueses*, representados en la Comisión Ejecutiva por Ledru-Rollin, en la Asamblea Nacional Constituyente por el partido de la Montaña y en la prensa por *La Réforme*[63]. Conjuntamente con los republicanos burgueses habían conspirado contra el proletariado el 16 de abril[122], y conjuntamente con ellos habían luchado contra el proletariado en las jornadas de Junio. De este modo, destruyeron ellos mismos el fondo sobre el que su partido se destacaba como una potencia, pues la pequeña burguesía sólo puede afirmar una posición revolucionaria contra la burguesía mientras tiene detrás de sí al proletariado. Se les dio el pasaporte. La alianza aparente que, de mala gana y con segunda intención, se había pactado con ellos durante la época del Gobierno provisional y de la Comisión Ejecutiva fue rota abiertamente por los republicanos burgueses. Despreciados y rechazados como aliados, descendieron al papel de satélites de los tricolores, a los que no podían arrancar ninguna concesión y cuya dominación tenían necesariamente que apoyar cuantas veces ésta, y con ella la república, parecían peligrar ante los ataques de las fracciones antirrepublicanas de la burguesía. Finalmente, estas fracciones—los orleanistas y los legitimistas—se hallaban desde un principio en minoría en la Asamblea Nacional Constituyente. Antes de las jornadas de Junio, no se atrevían a manifestarse más que bajo la careta del republicanismo burgués. La victoria de Junio hizo que toda la Francia burguesa saludase por un momento en Cavaignac a su redentor, y cuando, poco después de las jornadas de Junio, el partido antirrepublicano volvió a cobrar su personalidad independiente, la dictadura militar y el estado de sitio en París sólo le permitieron extender los tentáculos con mucha timidez y gran cautela.

Desde 1830, la fracción *republicano-burguesa* se agrupaba, con sus escritores, sus tribunos, sus talentos, sus ambiciosos, sus diputados, generales, banqueros y abogados, en torno a un periódico de París, en torno al *National*. En provincias, este diario tenía sus periódicos filiales. La pandilla del *National* era la *dinastía de la república tricolor*. Se adueñó inmediatamente de todos los puestos dirigentes del Estado, de los ministerios, de la prefectura de policía, de la dirección de correos, de los cargos de prefecto, de los altos puestos de mando del ejército que habían quedado vacantes. Al frente del poder ejecutivo estaba *Cavaignac*, su general; su redactor-jefe, Marrast, asumió con carácter

permanente la presidencia de la Asamblea Nacional Constituyente. Al mismo tiempo, hacía en sus recepciones, como maestro de ceremonias, los honores en nombre de la república honesta.

Hasta los escritores franceses revolucionarios corroboraron, por una especie de temor reverente ante la tradición republicana, el error de la idea de que los monárquicos dominaban en la Asamblea Nacional Constituyente. Por el contrario, desde las jornadas de Junio, la Asamblea Constituyente, que siguió siendo *la representante exclusiva del republicanismo burgués*, destacaba tanto más decididamente este aspecto suyo cuanto más se desmoronaba la influencia de los republicanos tricolores fuera de la Asamblea. Si se trataba de afirmar la *forma* de la república burguesa, disponía de los votos de los republicanos demócratas; si se trataba del *contenido*, ya ni el lenguaje la separaba de las fracciones burguesas monárquicas, pues los intereses de la burguesía, las condiciones materiales de su dominación de clase y de su explotación de clase, son los que forman precisamente el contenido de la república burguesa.

No fue, pues, el monarquismo, sino el republicanismo burgués el que se realizó en la vida y en los hechos de esta Asamblea Constituyente, que a la postre no se murió ni la mataron, sino que acabó pudriéndose.

Durante todo el tiempo de su dominación, mientras en el proscenio se representaba para el respetable público la función solemne [Haupt—und Staatsaktion], al fondo de la escena tenían lugar inmolaciones ininterrumpidas: las continuas condenas en Tribunal de guerra de los insurrectos de Junio cogidos prisioneros o su deportación sin formación de causa. La Asamblea Constituyente tuvo el tacto de confesar que, en los insurrectos de Junio, no juzgaba a criminales, sino que aplastaba a enemigos.

El primer acto de la Asamblea Nacional Constituyente fue el nombramiento de una *Comisión investigadora* sobre los sucesos de Junio y del 15 de mayo y sobre la participación en estas jornadas de los jefes de los partidos socialista y demócrata. Esta investigación apuntaba directamente contra Luis Blanc, Ledru-Rollin y Caussidière. Los republicanos burgueses ardían en impaciencia por deshacerse de estos rivales. Y no podían encomendar la ejecución de su odio a sujeto más adecuado que el señor *Odilon Barrot*, antiguo jefe de la oposición dinástica, el liberalismo personificado, *la nullité grave**, la superficialidad profunda, que no tenía que vengar solamente a una dinastía, sino incluso pedir

* La nulidad solemne. (*N. de la Edit.*)

cuentas a los revolucionarios por haberle frustrado una presidencia del Consejo de Ministros: garantía segura de que sería inexorable. Se nombró, pues, a este Barrot presidente de la Comisión investigadora, y montó contra la revolución de Febrero un proceso completo, que puede resumirse así: 17 de marzo, *manifestación*; 16 de abril, *complot*; 15 de mayo, *atentado*; 23 de junio, ¡*guerra civil*! ¿Por qué no hizo extensivas sus investigaciones eruditas y criminalistas al 24 de Febrero? El *Journal des Débats*[123] contestó: el 24 de febrero es la *fundación de Roma*. Los orígenes de los Estados se pierden en un mito, en el que hay que creer, pero que no se puede discutir. Luis Blanc y Caussidière fueron entregados a los tribunales. La Asamblea Nacional completó la obra de autodepuración, comenzada el 15 de mayo.

El plan de crear un impuesto sobre el capital —en forma de un impuesto sobre las hipotecas—, plan concebido por el Gobierno provisional y recogido por Goudchaux, fue rechazado por la Asamblea Constituyente; la ley que limitaba la jornada de trabajo a diez horas, fue derogada; la prisión por deudas, restablecida; los analfabetos, que constituían la gran parte de la población francesa, fueron incapacitados para el Jurado. ¿Por qué no también para el sufragio? Volvió a implantarse la fianza para los periódicos y se restringió el derecho de asociación.

Pero, en su prisa por restituir al viejo régimen burgués sus antiguas garantías y por borrar todas las huellas que habían dejado las olas de la revolución, los republicanos burgueses chocaron con una resistencia que les amenazó con un peligro inesperado.

Nadie había luchado más fanáticamente en las jornadas de Junio por la salvación de la propiedad y el restablecimiento del crédito que los pequeños burgueses de París: los dueños de cafés, los propietarios de restaurantes, los *marchands de vin**, los pequeños comerciantes, los tenderos, los artesanos, etc. La tienda se puso en pie y marchó contra la barricada, para restablecer la circulación, que lleva al público de la calle a la tienda. Pero del otro lado de la barricada estaban los clientes y los deudores; del lado de acá, los acreedores del tendero. Y cuando después de deshechas las barricadas y de aplastados los obreros, los dueños de las tiendas retornaron a éstas, ebrios de victoria, se encontraron en la puerta, a guisa de barricada, a un salvador de la propiedad, a un agente oficial del crédito, que les alargaba unos papeles amenazadores: ¡Las letras vencidas! ¡Las rentas vencidas! ¡Los préstamos vencidos! ¡¡Vencidos también la tienda y el tendero!!

¡*Salvación de la propiedad*! Pero la casa que habitaban no

* Taberneros. (*N. de la Edit.*)

era propiedad de ellos; la tienda que guardaban no era propiedad de ellos; las mercancías en que negociaban no eran propiedad de ellos. Ni el negocio, ni el plato en que comían, ni la cama en que dormían eran ya suyos. Frente a ellos precisamente era frente a quienes había que *salvar esta propiedad* para el casero que les alquilaba la casa, para el banquero que les descontaba las letras, para el capitalista que les anticipaba el dinero, para el fabricante que confiaba las mercancías a estos tenderos para que se las vendiesen, para el comerciante al por mayor que daba a crédito a estos artesanos las materias primas. *¡Restablecimiento del crédito!* Pero el crédito, nuevamente consolidado, se comportaba como un dios viviente y celoso, arrojando de entre sus cuatro paredes, con mujer e hijos, al deudor insolvente, entregando sus ilusorios bienes al capital y arrojándole a él a aquella cárcel de deudores, que había vuelto a levantarse, amenazadora, sobre los cadáveres de los insurrectos de Junio.

Los pequeños burgueses se dieron cuenta, con espanto, de que, al aplastar a los obreros, se habían puesto mansamente en manos de sus acreedores. Su bancarrota, que pasaba desapercibida, aunque desde Febrero venía arrastrándose como una enfermedad crónica, después de Junio se declaró abiertamente.

No se había tocado a su *propiedad nominal* mientras se trataba de empujarlos a ellos al campo de batalla *en nombre de la propiedad.* Ahora, cuando ya el gran pleito con el proletariado estaba ventilado, podía ventilarse también el pequeño pleito con el tendero. En París, la masa de los efectos protestados pasaba de 21 millones de francos y en provincias de 11 millones. Los dueños de más de 7.000 negocios de París no habían pagado sus alquileres desde febrero.

Si la Asamblea Nacional había abierto una investigación sobre el *delito político* a partir de febrero, los pequeños burgueses, por su parte, exigieron ahora que se abriese también una investigación sobre las *deudas civiles* hasta el 24 de febrero. Se reunieron en masa en el vestíbulo de la Bolsa y exigieron, en términos amenazadores, que a todo comerciante que pudiese probar que sólo había dado en quiebra a causa de la paralización de los negocios originada por la revolución y que el 24 de febrero su negocio marchaba bien, se le prorrogase el término de vencimiento por fallo del Tribunal comercial y se obligase al acreedor a retirar la demanda por un tanto por ciento prudencial. Presentado como propuesta de ley, la Asamblea Nacional trató el asunto bajo la forma de *concordats à l'amiable**. La Asamblea estaba vacilante; pero de pronto supo que, al mismo tiempo, en la Puerta de Saint

* Convenios amistosos. (*N. de la Edit.*)

Denis miles de mujeres y niños de los insurrectos preparaban una petición de amnistía.

Ante el espectro redivivo de Junio, los pequeños burgueses se echaron a temblar y la Asamblea volvió a sentirse inexorable. Los *concordats à l'amiable*, los convenios amistosos entre acreedores y deudores, fueron rechazados en sus puntos más esenciales.

Y así, cuando ya hacía tiempo que los representantes demócratas de los pequeños burgueses habían sido rechazados en la Asamblea Nacional por los representantes republicanos de la burguesía, esta ruptura parlamentaria cobró un sentido burgués, real, económico, al ser entregados los pequeños burgueses, como deudores, a merced de los burgueses, como acreedores. Una gran parte de los primeros quedó arruinada y al resto sólo le fue dado continuar el negocio bajo condiciones que le convertían en un siervo incondicional del capital. El 22 de agosto de 1848, la Asamblea Nacional rechazó los *concordats à l'amiable*; el 19 de septiembre de 1848, en pleno estado de sitio, fueron elegidos representantes de París el príncipe Luis Bonaparte y el comunista Raspail, preso en Vincennes, a la vez que la burguesía elegía al usurero Fould, banquero y orleanista. Y así, de todas partes al mismo tiempo, surgía una declaración abierta de guerra contra la Asamblea Nacional Constituyente, contra el republicanismo burgués contra Cavaignac.

Sin largas explicaciones se comprende que la bancarrota en masa de los pequeños burgueses de París tenía que repercutir mucho más allá de los directamente afectados y desquiciar una vez más el tráfico burgués, al mismo tiempo que volvía a crecer el déficit del Estado con las costas de la insurrección de Junio y disminuían sin cesar los ingresos públicos con la producción paralizada, el consumo restringido y la importación reducida. Cavaignac y la Asamblea Nacional no podían acudir a más medio que el de un nuevo empréstito, que les habría de someter todavía más al yugo de la aristocracia financiera.

Si los pequeños burgueses habían cosechado, como fruto de la victoria de Junio, la bancarrota y la liquidación judicial, los genízaros[124] de Cavaignac, los *guardias móviles*, encontraron su recompensa en los dulces brazos de las prostitutas elegantes y recibieron, ellos, «los jóvenes salvadores de la sociedad», aclamaciones de todo género en los salones de Marrast, el *gentilhombre* de los tricolores, que hacía a la vez de anfitrión y de trovador de la república honesta. Al mismo tiempo, estas preferencias sociales y el sueldo incomparablemente más elevado de los guardias móviles irritaban al *ejército*, a la par que desaparecían todas las ilusiones nacionales con que el republicanismo burgués, por medio de su periódico, el *National*, había sabido captarse, bajo Luis Felipe,

a una parte del ejército y de la clase campesina. El papel de mediadores que Cavaignac y la Asamblea Nacional desempeñaron en el *Norte de Italia*, para traicionarlo a favor de Austria de acuerdo con Inglaterra, anuló en un sólo día de poder dieciocho años de oposición del *National*. Ningún Gobierno había sido tan poco nacional como el del *National*; ninguno más sumiso a Inglaterra, y eso que bajo Luis Felipe el *National* vivía de parafrasear a diario las palabras catonianas *Carthaginem esse delendam**, ninguno más servil para con la Santa Alianza, y eso que había exigido de un Guizot que desgarrase los tratados de Viena. La ironía de la historia hizo de Bastide, ex redactor de asuntos extranjeros del *National*, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, para que pudiera desmentir cada uno de sus artículos con cada uno de sus despachos.

Durante un momento, el ejército y la clase campesina creyeron que con la dictadura militar se ponía en el orden del día, en Francia, la guerra en el exterior y la «gloria». Pero Cavaignac no era la dictadura del sable sobre la sociedad burguesa; era la dictadura de la burguesía por medio del sable. Y lo único que por ahora necesitaban del soldado era el gendarme. Cavaignac escondía, detrás de los rasgos severos de una austeridad propia de un republicano de la antigüedad, la vulgar sumisión a las condiciones humillantes de su cargo burgués. *L'argent n'a pas de maître!* ¡El dinero no tiene amo! Cavaignac, como la Asamblea Constituyente en general, idealizaron este viejo lema del *tiers état***, traduciéndolo al lenguaje político: la burguesía no tiene rey; la verdadera forma de su dominación es la república.

Y la «gran obra orgánica» de la Asamblea Nacional Constituyente consistía en elaborar esta *forma*, en fabricar una *Constitución* republicana. El desbautizar el calendario cristiano para bautizarlo de republicano, el trocar San Bartolomé en San Robespierre, no hizo cambiar el viento ni el tiempo más de lo que esta Constitución modificó o debía modificar la sociedad burguesa. Allí donde hacía algo más que *cambiar el traje*, se limitaba a levantar acta de los hechos *existentes*. Así, registró solemnemente el hecho de la República, el hecho del sufragio universal, el hecho de una Asamblea Nacional única y soberana en lugar de las dos Cámaras constitucionales con facultades limitadas. Registró y legalizó el hecho de la dictadura de Cavaignac, sustituyendo la monarquía hereditaria, estacionaria e irresponsable, por una monarquía electiva, pasajera y responsable, por una magistratura presidencial reelegible cada cuatro años. Y elevó asimismo a precepto cons-

* «¡Hay que destruir Cartago!» (*N. de la Edit.*)
** Tercer estado. (*N. de la Edit.*)

titucional el hecho de los poderes extraordinarios con que la Asamblea Nacional, después de los horrores del 15 de mayo y del 25 de junio, había investido previsoramente a su presidente, en interés de la propia seguridad. El resto de la Constitución fue una cuestión de terminología. Se arrancaron las etiquetas monárquicas del mecanismo de la vieja monarquía, y en su lugar se pegaron otras republicanas. Marrast, antiguo redactor-jefe del *National*, ahora redactor-jefe de la Constitución, cumplió, no sin talento, este cometido académico.

La Asamblea Constituyente se parecía a aquel funcionario chileno que se empeñaba en fijar con ayuda de una medición catastral los límites de la propiedad territorial en el preciso instante en que los ruidos subterráneos habían anunciado ya la erupción volcánica que había de hacer saltar el suelo bajo sus mismos pies. Mientras en teoría la Asamblea trazaba con compás las formas en que había de expresarse republicanamente la dominación de la burguesía, en la práctica sólo se imponía por la negación de todas las fórmulas, por la violencia *sans phrase**, por el *estado de sitio.* Dos días antes de comenzar su labor constitucional, proclamó la prórroga de éste. Antes, las constituciones se hacían y se aprobaban tan pronto como el proceso de revolución social llegaba a un punto de quietud, las relaciones de clase recién formadas se consolidaban y las fracciones en pugna de la clase dominante se acogían a un arreglo que les permitía proseguir la lucha entre sí y al mismo tiempo excluir de ella a la masa agotada del pueblo. En cambio, esta Constitución no sancionaba ninguna revolución social, sancionaba la victoria momentánea de la vieja sociedad sobre la revolución.

En el primer proyecto de Constitución[125], redactado antes de las jornadas de Junio, figuraba todavía el *«droit au travail»*, el derecho al trabajo, esta primera fórmula, torpemente enunciada, en que se resumen las reivindicaciones revolucionarias del proletariado. Ahora se convertía en el *droit à l'assistance*, en el derecho a la asistencia pública, y ¿qué Estado moderno no alimenta, en una forma u otra, a sus pobres? El derecho al trabajo es, en el sentido burgués, un contrasentido, un mezquino deseo piadoso, pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sumisión a la clase obrera asociada, y, por consiguiente, la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas. Detrás del *«derecho al trabajo»* estaba la insurrección de Junio. La Asamblea Constituyente, que de hecho había colocado al proletariado revolucionario *hors la loi*,

* Sin circunloquios. (*N. de la Edit.*)

fuera de la ley, tenía, por principio, que excluir esta fórmula *suya* de la Constitución, ley de las leyes; tenía que poner su anatema sobre el «derecho al trabajo». Pero no se detuvo aquí. Lo que Platón hizo en su República con los poetas lo hizo ella en la suya con el *impuesto progresivo*: desterrarlo para toda la eternidad. Y el impuesto progresivo no sólo era una medida burguesa aplicable en mayor o menor escala dentro de las relaciones de producción existentes; era, además, el único medio de captar para la república «honesta» a las capas medias de la sociedad burguesa, de reducir la deuda pública, de tener en jaque a la mayoría antirrepublicana de la burguesía.

Con ocasión de los *concordats à l'amiable*, los republicanos tricolores sacrificaban efectivamente la pequeña burguesía a la grande. Y este hecho aislado lo elevaron a principio, prohibiendo por vía legislativa el impuesto progresivo. Dieron a la reforma burguesa el mismo trato que a la revolución proletaria. Pero, ¿qué clase quedaba entonces como puntal de su república? La gran burguesía. Y la masa de ésta era antirrepublicana. Si explotaba a los republicanos del *National* para volver a consolidar las viejas relaciones en la vida económica, de otra parte abrigaba el designio de explotar este régimen social nuevamente fortalecido para restaurar las formas políticas con él congruentes. Ya a principios de octubre Cavaignac viose obligado, no obstante los gruñidos y el alboroto de los puritanos sin seso de su propio partido, a nombrar ministros de la República a Dufaure y Vivien, antiguos ministros de Luis Felipe.

Mientras rechazaba toda transacción con la pequeña burguesía y no sabía captar para la nueva forma de gobierno a ningún elemento nuevo de la sociedad, la Constitución tricolor se apresuró, en cambio, a devolver la intangibilidad tradicional a un cuerpo en el que el viejo Estado tenía sus defensores más rabiosos y fanáticos. Elevó a ley constitucional la *inamovilidad de los jueces*, puesta en tela de juicio por el Gobierno provisional. El rey que ella había destronado, que era *uno solo*, renacía por centenares en estos inamovibles inquisidores de la legalidad.

La prensa francesa ha analizado en sus muchos aspectos las contradicciones de la Constitución del señor Marrast; por ejemplo, la coexistencia de dos soberanos: la Asamblea Nacional y el presidente, etc., etc.

Pero la contradicción de más envergadura de esta Constitución consiste en lo siguiente: mediante el sufragio universal, otorga la posesión del poder político a las clases cuya esclavitud social debe eternizar: al proletariado, a los campesinos, a los pequeños burgueses. Y a la clase cuyo viejo poder social sanciona, a la burguesía, la priva de las garantías políticas de este poder. Encierra

su dominación política en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. Exige de los unos que no avancen, pasando de la emancipación política a la social; y de los otros que no retrocedan, pasando de la restauración social a la política.

Estas contradicciones tenían sin cuidado a los republicanos burgueses. A medida que dejaban de ser *indispensables* — y sólo fueron indispensables como campeones de la vieja sociedad contra el proletariado revolucionario—, se iban hundiendo y, a las pocas semanas de su victoria, pasaban del nivel de un *partido* al nivel de una *pandilla.* Manejaban la Constitución como una gran *intriga.* Lo que en ella había de constituirse era, ante todo, la dominación de la pandilla. El presidente había de seguir siendo Cavaignac, y la Asamblea Legislativa la Constituyente prorrogada. Confiaban en lograr reducir a una ficción el poder político de las masas del pueblo y en saber manejar lo bastante esta ficción para amenazar constantemente a la mayoría de la burguesía con el dilema de las jornadas de Junio: *o el reino del «National»* o el *reino de la anarquía.*

La obra constitucional, comenzada el 4 de septiembre, se terminó el 23 de octubre. El 2 de septiembre, la Constituyente acordó no disolverse hasta no haber promulgado las leyes orgánicas complementarias de la Constitución. No obstante, se decidió a dar vida, ya el 10 de diciembre, a su criatura más entrañable, al presidente, mucho antes de que estuviese cerrado el ciclo de su propia actuación. Tan segura estaba de poder saludar en el homúnculo* de la Constitución al hijo de su madre. Por precaución, se dispuso que, si ninguno de los candidatos reunía dos millones de votos, la elección pasaría de la nación a la Constituyente.

¡Inútil precaución! El primer día en que se puso en práctica la Constitución fue el útimo día de la dominación de la Constituyente. En el fondo de la urna electoral estaba su sentencia de muerte. Buscaba al «hijo de su madre» y se encontró con el «sobrino de su tío». El Saúl Cavaignac consiguió *un* millón de votos, pero el David Napoleón obtuvo *seis* millones. Seis veces fue derrotado el Saúl Cavaignac[126].

El 10 de diciembre de 1848 fue el día de la *insurrección de los campesinos.* Hasta este día no empezó Febrero para los campesinos franceses. El símbolo que expresa su entrada en el movimiento revolucionario, torpe y astuto, pícaro y cándido, majadero y sublime, de superstición calculada, de burla patética, de anacronismo

---

* *Homúnculo.* Ser semejante al hombre, que, según los alquimistas de la Edad Media, podía crearse artificialmente. (*N. de la Edit.*)

16—0853

genial y necio, bufonada histórico-universal, jeroglífico indescifrable para la inteligencia de hombres civilizados, este símbolo ostentaba inequívocamente la fisonomía de la clase que representaba la barbarie dentro de la civilización. La república se había presentado ante esta clase con el *recaudador de impuestos*; ella se presentó ante la república con el *emperador*. Napoleón había sido el único hombre que había representado íntegramente los intereses y la fantasía de la clase campesina, recién creada en 1789. Al inscribir su nombre en el frontispicio de la república, el campesinado declaró la guerra exterior e hizo valer en el interior sus intereses de clase. Para los campesinos, Napoleón no era una persona, sino un programa. Con música y banderas, fueron a las urnas al grito de: *Plus d'impôts, à bas les riches, à bas la république, vive l'Empeureur!* ¡Basta de impuestos, abajo los ricos, abajo la república, viva el emperador! Detrás del emperador se escondía la guerra de los campesinos. La república que derribaban con sus votos era la *república de los ricos.*

El 10 de diciembre fue el *coup d'état** de los campesinos, que derribó el Gobierno existente. Y desde este día, en que quitaron a Francia un gobierno y le dieron otro, sus miradas se clavaron en París. Personajes activos del drama revolucionario por un momento, no se les podía volver a reducir al papel pasivo y sumiso del coro.

Las demás clases contribuyeron a completar la victoria electoral de los campesinos. Para el *proletariado*, la elección de Napoleón era la destitución de Cavaignac, el derrocamiento de la Constituyente, la abdicación del republicanismo burgués, la cancelación de la victoria de Junio. Para la *pequeña burguesía*, Napoleón era la dominación del deudor sobre el acreedor. Para la mayoría de la *gran burguesía*, la elección de Napoleón era la ruptura abierta con la fracción de la que habían tenido que servirse un momento contra la revolución, pero que se hizo insoportable tan pronto como quiso consolidar sus posiciones del momento como posiciones constitucionales. Napoleón en el lugar de Cavaignac era, para ella, la monarquía en lugar de la república, el comienzo de la Restauración monárquica, el Orleáns tímidamente insinuado, la flor de lis[127] escondida entre violetas. Finalmente, el *ejército*, al votar a Napoleón, votaba contra la Guardia Móvil, contra el idilio de la paz, por la guerra.

Y así vino a resultar, como dijo la *Neue Rheinische Zeitung*, que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja[128]. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Sin embargo, por muy distinto que

---

* El golpe de Estado. (*N. de la Edit.*)

pudiese ser el sentido que el nombre de Napoleón llevaba aparejado en boca de las diversas clases, todos escribían con este nombre en su papeleta electoral: ¡Abajo el partido del *National*, abajo Cavaignac, abajo la Constituyente, abajo la república burguesa! El ministro Dufaure lo declaró públicamente en la Asamblea Constituyente: el 10 de diciembre es un segundo 24 de febrero.

La pequeña burguesía y el proletariado habían votado *en bloc** *en pro* de Napoleón para votar *en contra* de Cavaignac y para quitar a la Constituyente, con la unidad de sus votos, la posibilidad de una decisión definitiva. Sin embargo, la parte más avanzada de ambas clases presentó candidatos propios. Napoleón era el *nombre común* de todos los partidos coligados contra la república burguesa; *Ledru-Rollin* y *Raspail*, los *nombres propios*: aquél, el de la pequeña burguesía democrática; éste, el del proletariado revolucionario. Los votos emitidos a favor de Raspail —los proletarios y sus portavoces socialistas lo declararon a los cuatro vientos— sólo perseguían fines demostrativos: eran otras tantas protestas contra toda magistratura presidencial, es decir, contra la misma Constitución, y otros tantos votos emitidos contra Ledru-Rollin. Fue el primer acto con que el proletariado se desprendió, como partido político independiente, del partido demócrata. En cambio, este partido —la pequeña burguesía democrática y su representante parlamentario, la Montaña— tomaba la candidatura de Ledru-Rollin con toda la solemne seriedad con que acostumbraba a engañarse a sí mismo. Fue éste, por lo demás, su último intento de actuar frente al proletariado como un partido independiente. El 10 de diciembre no salió derrotado solamente el partido burgués republicano; salieron derrotados también la pequeña burguesía democrática y su Montaña.

Ahora, Francia tenía una *Montaña* al lado de un *Napoleón*, prueba de que ambos no eran más que caricaturas sin vida de las grandes realidades cuyos nombres ostentaban. Luis Napoleón, con su sombrero imperial y su águila, no parodiaba más lamentablemente al viejo Napoleón que la Montaña a la vieja Montaña con sus frases copiadas de 1793 y sus posturas demagógicas. De este modo, la fe supersticiosa en la tradición de 1793 fue abandonada al mismo tiempo que la fe supersticiosa tradicional en Napoleón. La revolución no llegó a ser revolución hasta que no se ganó su nombre *propio y original*, y esto sólo estuvo a su alcance desde el momento en que se destacó en primer plano, dominante, la clase revolucionaria moderna, el proletariado industrial. Puede decirse que el 10 de diciembre dejó atónita a la Montaña y la hizo dudar de su propia salud mental, porque, con

* En bloque. (*N. de la Edit.*)

una burda farsa aldeana rompía, riéndose, la analogía clásica con la vieja revolución.

El 20 de diciembre, Cavaignac abandonó su cargo y la Asamblea Constituyente proclamó a Luis Napoleón presidente de la República. El 19 de diciembre, último día de su autocracia, la Asamblea rechazó la propuesta de amnistía para los insurrectos de Junio. Revocar el decreto de 27 de junio, por el que, esquivando la sentencia judicial, se había condenado a deportación a 15.000 insurrectos, ¿no hubiera equivalido a desautorizar la misma matanza de Junio?

Odilon Barrot, el último ministro de Luis Felipe, fue el primer ministro de Luis Napoleón. Y del mismo modo que Luis Napoleón no fechaba su mandato el 10 de diciembre, sino en la fecha de un senadoconsulto de 1804*, encontró un presidente del Consejo de Ministros que no consideraba el 20 de diciembre como fecha del comienzo de su ministerio, sino que lo remontaba a la promulgación de un real decreto del 24 de febrero. Como legítimo heredero de Luis Felipe, Luis Napoleón amortiguó el cambio de Gobierno, conservando el viejo ministerio que, por lo demás, no había tenido tiempo de desgastarse, por la sencilla razón de que no había tenido tiempo de empezar a vivir.

Los jefes de las fracciones burguesas monárquicas le aconsejaron tomar este partido. El caudillo de la vieja oposición dinástica, que había formado inconscientemente la transición a los republicanos del *National*, era todavía más adecuado para formar con plena conciencia, la transición de la república burguesa a la monarquía.

Odilon Barrot era el jefe del único viejo partido de oposición que, luchando siempre en vano por la cartera ministerial, no se había desacreditado todavía. La revolución había ido alzando al Poder, en veloz sucesión, a todos los viejos partidos de la oposición para que se viesen obligados a renegar de sus viejas frases y a revocarlas, no con sus hechos, sino incluso con la misma frase. Y, por último, reunidos en repulsivo montón, fueron arrojados todos juntos por el pueblo al basurero de la historia. Este Barrot, encarnación del liberalismo burgués, que se había pasado dieciocho años ocultando la miserable vaciedad de su espíritu tras el empaque grave de su cuerpo, no escatimó ninguna apostasía. Y si en algunos momentos el contraste demasiado estridente entre los cardos de hoy y los laureles de ayer a él mismo le aterraba, una mirada al espejo le bastaba para recobrar el aplomo ministerial y la admiración humana por sí mismo. En el espejo resplandecía

* Por disposición del Senado del 18 de abril de 1804 a Napoleón I se le confirió el título de emperador hereditario de los franceses. (*N. de la Edit.*)

la figura de Guizot, a quien siempre había envidiado y que siempre lo había tratado como a un escolar; Guizot en persona, pero un Guizot con la frente olímpica de Odilon. Lo que no veía eran las orejas de Midas.

El Barrot del 24 de febrero sólo se reveló en el Barrot del 20 de diciembre. A él, orleanista y volteriano, fue a juntarse, como ministro de Cultos, el legitimista y jesuita Falloux.

Pocos días después, el ministerio del Interior fue entregado a Léon Faucher, el malthusiano. ¡El derecho, la religión, la Economía política! El ministerio Barrot contenía todo esto, y además, una fusión de legitimistas y orleanistas. Sólo faltaba el bonapartista. Bonaparte ocultaba todavía su apetito de representar a Napoleón, pues *Soulouque* no representaba todavía el papel de Toussaint Louverture.

El Partido del *National* fue apeado inmediatamente de todos los altos puestos en que había anidado. La prefectura de policía, la dirección de correos, el cargo de fiscal general, la alcaldía de París: a todos estos sitios se llevó a viejas criaturas de la monarquía. Changarnier, el legitimista, obtuvo el alto mando unificado de la Guardia Nacional del departamento del Sena, de la Guardia Móvil y de las tropas de línea de la primera división militar; Bugeaud, el orleanista, fue nombrado general en jefe del ejército de los Alpes. Y este cambio de funcionarios continuó ininterrumpidamente bajo el gobierno de Barrot. El primer acto de su ministerio fue restaurar la vieja administración monárquica. En un abrir y cerrar de ojos se transformó la escena oficial: el decorado, los trajes, el lenguaje, los actores, los figurantes, los comparsas, los apuntadores, la posición de los partidos, el móvil, el contenido del conflicto dramático, la situación entera. Sólo la Asamblea Constituyente antediluviana seguía aún en su puesto. Pero, a partir del momento en que la Asamblea Nacional instaló a Bonaparte, Bonaparte a Barrot y Barrot a Changarnier, Francia salió del período de constitución de la república y entró en el período de la república constituida. Y, en la república constituida, ¿qué pintaba una Asamblea Constituyente? Después de creada la tierra, a su creador ya no le quedaba más que huir al cielo. Pero la Asamblea Constituyente estaba resuelta a no seguir su ejemplo; la Asamblea Nacional era el último refugio del partido de los republicanos burgueses. Aunque les hubiesen arrebatado todos los asideros del poder ejecutivo, ¿no le quedaba la omnipotencia constituyente? Su primer pensamiento fue conservar a cualquier precio el puesto soberano que tenía en sus manos y desde aquí reconquistar el terreno perdido. No había más que substituir el ministerio Barrot por un ministerio del *National*, y el personal monárquico tendría que evacuar inmediatamente los palacios de

la administración, para que volviese a entrar en ellos, triunfante, el personal tricolor. La Asamblea Nacional decidió la caída del ministerio, y el propio ministerio le brindó una ocasión de ataque como no habría podido encontrarla la misma Constituyente.

Recuérdese que Luis Bonaparte significaba para los campesinos: ¡No más impuestos! Llevaba seis días sentado en el sillón presidencial, y al séptimo día, el 27 de diciembre, su ministerio propuso la *conservación del impuesto sobre la sal*, cuya abolición había decretado el Gobierno provisional. El impuesto sobre la sal comparte con el impuesto sobre el vino el privilegio de ser el chivo expiatorio del viejo sistema financiero francés, sobre todo a los ojos de la población campesina. El ministerio Barrot no podía poner en labios del elegido de los campesinos ningún epigrama más mordaz contra sus electores que las palabras: ¡*Restablecimiento del impuesto sobre la sal*! Con el impuesto sobre la sal Bonaparte perdió su sal revolucionaria; el Napoleón de la insurrección campesina se deshizo como un jirón de niebla y sólo dejó tras de sí la gran incógnita de la intriga burguesa monárquica. Y por algo el ministerio Barrot hizo de este acto desilusionante, burdo y torpe, el primer acto de gobierno del presidente.

Por su parte, la Constituyente se agarró con ansia a la doble ocasión que se le ofrecía para derribar al ministerio y presentarse, frente al elegido de los campesinos, como defensora de los intereses de éstos. Rechazó el proyecto del ministro de Hacienda, redujo el impuesto sobre la sal a la tercera parte de su cuantía anterior. aumentó así en 60 millones los 560 de déficit del Estado y, después de este *voto de censura*, se sentó a esperar tranquilamente la dimisión del ministerio. Esto demuestra cuán mal comprendía el mundo nuevo que la rodeaba y el cambio operado en su propia situación. Detrás del ministerio estaba el presidente, y detrás del presidente estaban 6 millones de electores, que habían depositado en las urnas otros tantos votos de censura contra la Constituyente. Esta devolvió a la nación su voto de censura. ¡Ridículo intercambio! Olvidaba que sus votos habían perdido su curso forzoso. Al rechazar el impuesto sobre la sal, no hizo más que madurar en Bonaparte y en su ministerio la decisión de «*acabar*» con la Asamblea Constituyente. Y comenzó aquel largo duelo que llenó toda la última mitad de la vida de la Constituyente. El *29 de enero*, el 21 de marzo y el 8 de mayo fueron las grandes jornadas de esta crisis, otras tantas precursoras del *13 de junio*.

Los franceses, por ejemplo Luis Blanc, han interpretado el 29 de enero como la manifestación de una contradicción constitucional, de la contradicción entre una Asamblea Nacional soberana

e indisoluble, nacida del sufragio universal, y un presidente que, según la letra de la ley, es responsable ante ella, pero que, en realidad, no sólo ha sido consagrado por el sufragio universal y ha reunido en su persona todos los votos que se desperdigan entre cientos de miembros de la Asamblea Nacional, sino que además está en plena posesión de todo el poder ejecutivo, sobre el que la Asamblea Nacional sólo flota como un poder moral. Esta interpretación del 29 de enero confunde el lenguaje de la lucha en la tribuna, en la prensa y en los clubs, con su verdadero contenido. Luis Bonaparte, frente a la Asamblea Constituyente, no era un poder constitucional unilateral frente a otro, no era el poder ejecutivo frente al legislativo; era la propia república burguesa ya constituida frente a los instrumentos de su constitución, frente a las intrigas ambiciosas y a las reivindicaciones ideológicas de la fracción burguesa revolucionaria que la había fundado y que veía con asombro que su república, una vez constituida, se parecía mucho a una monarquía restaurada. Y ahora esta fracción quería prolongar por la fuerza el período constituyente, con sus condiciones, sus ilusiones, su lenguaje y sus personas, e impedir a la república burguesa ya madura revelarse en su forma acabada y peculiar. Y del mismo modo que la Asamblea Nacional Constituyente representaba al Cavaignac vuelto a su seno, Bonaparte representaba a la Asamblea Nacional legislativa todavía no divorciada de él, es decir, a la Asamblea Nacional de la república burguesa constituida.

El significado de la elección de Bonaparte sólo podía ponerse de manifiesto cuando se sustituyera este nombre *único* por sus múltiples significados, cuando se repitiera la votación en la elección de la nueva Asamblea Nacional. El 10 de diciembre había cancelado el mandato de la antigua. Por tanto, los que se enfrentaban el 29 de enero no eran el presidente y la Asamblea Nacional de *la misma* república; eran la Asamblea Nacional de la república en período de constitución y el presidente de la república ya constituida, dos poderes que encarnaban períodos completamente distintos del proceso de vida de la república; eran, de un lado, la pequeña fracción republicana de la burguesía, única capaz para proclamar la república, disputársela al proletariado revolucionario por medio de la lucha en la calle y del régimen del terror y estampar en la Constitución los rasgos fundamentales de su ideal; y de otro, toda la masa monárquica de la burguesía, única capaz para dominar en esta república burguesa constituida, despojar a la Constitución de sus aditamentos ideológicos y hacer efectivas, por medio de su legislación y de su administración, las condiciones inexcusables para el sojuzgamiento del proletariado.

La tormenta que descargó el 29 de enero se había ido formando durante todo el mes. La Constituyente había querido, con su voto de censura, empujar al ministerio Barrot a dimitir. Frente a esto, el ministerio Barrot propuso a la Constituyente darse a sí misma un voto de censura definitivo, suicidarse, decretar su *propia disolución*. El 6 de enero, Rateau, uno de los diputados más insignificantes, hizo, por orden del ministerio, esta proposición a la Constituyente; a la misma Constituyente que ya en agosto había acordado no disolverse hasta no promulgar una serie de leyes orgánicas, complementarias de la Constitución. El ministerial Fould le declaró redondamente que su disolución era necesaria «*para restablecer el crédito quebrantado*». ¿Acaso no quebrantaba el crédito prolongando aquella situación provisional que de nuevo ponía en tela de juicio, con Barrot a Bonaparte y con Bonaparte a la república constituida? Ante la perspectiva de que le arrebatasen, después de disfrutarla apenas dos semanas, la presidencia del Consejo de Ministros, que los republicanos le habían prorrogado ya una vez por un «decenio» es decir, por diez meses, Barrot, el olímpico, convertido en Orlando Furioso, superaba a los tiranos en su comportamiento frente a esta pobre Asamblea. La más suave de sus frases era: «con ella no hay porvenir posible». Y, realmente, la Asamblea sólo representaba el pasado. «Es incapaz —añadía irónicamente— de rodear a la república de las instituciones que necesita para consolidarse». En efecto. Con la oposición exclusiva contra el proletariado se había quebrado al mismo tiempo la energía burguesa de la Asamblea y con la oposición contra los monárquicos había revivido su énfasis republicano. Y así, era doblemente incapaz de consolidar con las instituciones correspondientes la república burguesa, que ya no concebía.

Con la propuesta de Rateau, el ministerio desencadenó al mismo tiempo una *tempestad de peticiones* por todo el país, y de todos los rincones de Francia lanzaban diariamente a la cabeza de la Constituyente fajos de *billets-doux**, en los que se le pedía, en términos más o menos categóricos, *disolverse* y hacer su testamento. Por su parte, la Constituyente provocaba contrapeticiones en que se le rogaba seguir viviendo. La lucha electoral entre Bonaparte y Cavaignac renacía bajo la forma de un duelo de peticiones en pro y en contra de la disolución de la Asamblea Nacional. Tales peticiones venían a ser un comentario adicional al 10 de diciembre. Esta campaña de agitación duró todo el mes de enero.

En el conflicto entre la Constituyente y el presidente, aquélla no podía remitirse a la votación general como a su fuente, pues

---

* Cartas amorosas. (*N. de la Edit.*)

precisamente el adversario apelaba de ella al sufragio universal. No podía apoyarse en ninguna autoridad constituida, pues se trataba de la lucha contra el poder legal. No podía derribar el ministerio con votos de censura, como lo intentó todavía el 6 y el 26 de enero, pues el ministerio no pedía su voto de confianza. No le quedaba más que *un* camino: el de la *insurrección*. Las fuerzas de combate de la insurrección eran la *parte republicana de la Guardia Nacional*, la *Guardia Móvil** y los centros del proletariado revolucionario, los *clubs*. Los guardias móviles, estos héroes de las jornadas de Junio, constituían en diciembre la fuerza de combate organizada de la fracción burguesa republicana, como antes de junio los *Talleres Nacionales*** habían constituido la fuerza de combate organizada del proletariado revolucionario. Y así como la Comisión Ejecutiva de la Constituyente dirigió su ataque brutal contra los Talleres Nacionales cuando tuvo que acabar con las pretensiones ya insoportables del proletariado, el ministerio de Bonaparte hizo lo mismo con la Guardia Móvil, cuando tuvo que acabar con las pretensiones ya insoportables de la fracción burguesa republicana. Ordenó la *disolución de la Guardia Móvil*. La mitad de sus efectivos fueron licenciados y lanzados al arroyo, y a la otra mitad se le cambió su organización democrática por otra monárquica y se le redujo la soldada a la corriente de las tropas de línea. Los guardias móviles se encontraron en la situación de los insurrectos de Junio, y la prensa publicaba diariamente *confesiones públicas* en que aquéllos reconocían su culpa de Junio e imploraban el perdón del proletariado.

¿Y los *clubs*? Desde el momento en que la Asamblea Constituyente ponía en tela de juicio en la persona de Barrot al presidente, en el presidente a la república burguesa constituida y en la república burguesa constituida a la república burguesa en general, se agrupaban necesariamente en torno a ella todos los elementos constituyentes de la república de Febrero, todos los partidos que querían derribar la república existente y transformarla, mediante un proceso violento de restitución, en la república de sus intereses de clase y de sus principios. Lo ocurrido quedaba borrado, las cristalizaciones del movimiento revolucionario habían vuelto al estado líquido y la república por la que se luchaba volvía a ser la república indefinida de las jornadas de Febrero, cuya definición se reservaba cada partido. Los partidos volvieron a asumir por un instante sus viejas posiciones de Febrero, sin compartir las ilusiones de entonces. Los republicanos tricolores del *National* volvían a apoyarse sobre los republicanos demócratas de *La*

* Véase el presente tomo, págs. 224—225 (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente tomo, pág. 225 (*N. de la Edit.*)

Réforme y los empujaban como paladines al primer plan de la lucha parlamentaria. Los republicanos demócratas volvían a apoyarse sobre los republicanos socialistas (el 27 de enero, un manifiesto público anunció su reconciliación y su unión) y preparaban en los clubs el terreno para la insurrección. La prensa ministerial trataba con razón a los republicanos tricolores del *National* como los insurrectos redivivos de Junio. Para mantenerse a la cabeza de la república burguesa, ponían en tela de juicio a la república burguesa misma. El 26 de enero, el ministro Faucher presentó un proyecto de ley sobre el derecho de asociación, cuyo artículo primero decía así: «*Quedan prohibidos los clubs*». Y formuló la propuesta de que este proyecto de ley fuese puesto a discusión con carácter de urgencia. La Constituyente rechazó la urgencia, y el 27 de enero Ledru-Rollin depositó una proposición, con 230 firmas, pidiendo que fuese procesado el Gobierno por haber infringido la Constitución. El pedir que se formulase acta de acusación contra el Gobierno, era el gran triunfo revolucionario que, de ahora en adelante, había de jugar la Montaña-epígono en cada momento de apogeo de la crisis. Pero lo hacía en una ocasión en que este procesamiento sólo podía significar una de dos cosas: o el torpe descubrimiento de la impotencia del juez, a saber, de la mayoría de la Cámara, o una protesta impotente del acusador contra esta misma mayoría. ¡Pobre Montaña agobiada por el peso de su propio nombre!

El 15 de mayo, Blanqui, Barbés, Raspail, etc., habían intentado hacer saltar la Asamblea Constituyente, invadiendo el salón de sesiones a la cabeza del proletariado de París. Barrot preparó a la misma Asamblea un 15 de mayo moral, al querer dictarle su autodisolución y cerrar su salón de sesiones. Esta misma Asamblea encomendó a Barrot la investigación contra los insurrectos de mayo y ahora, en este momento, en que Barrot aparecía ante ella como un Blanqui monárquico, en que la Asamblea buscaba aliados contra él en los clubs, en el proletariado revolucionario, en el partido de Blanqui, en este momento, el inexorable Barrot la torturó con la propuesta de substraer los presos de mayo al Tribunal del jurado y entregarlos al Tribunal Supremo, a la *Haute Cour*, inventada por el partido del *National*. ¡Es curioso cómo el miedo exacerbado a perder una cartera de ministro puede sacar de la cabeza de un Barrot ocurrencias dignas de un Beaumarchais! Tras largos titubeos, la Asamblea Nacional aceptó su propuesta. Frente a los autores del atentado de mayo volvía a recobrar su carácter normal.

Si la Constituyente se veía empujada, frente al presidente y a los ministros, a la *insurrección*, el presidente y el Gobierno veíanse empujados, frente a la Constituyente, al golpe de Estado, pues

no disponían de ningún medio legal para disolverla. Pero la Constituyente era la madre de la Constitución y la Constitución la madre del presidente. Con el golpe de Estado, el presidente desgarraría la Constitución y cancelaría al mismo tiempo su propio título jurídico republicano. Entonces, veríase obligado a optar por el título jurídico imperial; pero el título imperial evocaba el orleanista, y ambos palidecían ante el título jurídico legitimista. En un momento en que el partido orleanista no era más que el vencido de Febrero y Bonaparte sólo era el vencedor del 10 de diciembre, en que ambos sólo podían oponer a la usurpación republicana sus títulos monárquicos igualmente usurpados, la caída de la república legal sólo podía provocar el triunfo de su polo opuesto, la monarquía legitimista. Los legitimistas tenían conciencia de lo favorable de la situación y conspiraban a la luz del día. En el general Changarnier podían confiar en encontrar su *Monk*. En sus clubs se anunciaba la proximidad de la *monarquía blanca* tan abiertamente como en los proletarios la proximidad de la *república roja*.

Un motín felizmente sofocado habría sacado al ministerio de todas las dificultades. «La legalidad nos mata», exclamó Odilon Barrot. Un motín habría permitido, bajo pretexto de *salut public**, disolver la Constituyente y violar la Constitución en interés de la propia Constitución. El comportamiento brutal de Odilon Barrot en la Asamblea Nacional, la propuesta de clausurar los clubs, la ruidosa destitución de cincuenta prefectos tricolores y su sustitución por monárquicos, la disolución de la Guardia Móvil, los ultrajes inferidos a sus jefes por Changarnier, la reposición de Lerminier, un profesor ya imposible bajo Guizot, y la tolerancia ante las fanfarronadas legitimistas, eran otras tantas provocaciones al motín. Pero el motín no se producía. Esperaba la señal de la Constituyente y no del ministerio.

Por fin, llegó el 29 de enero, día en que había de adoptar un acuerdo sobre la propuesta presentada por Mathieu de la Drôme de rechazar sin condiciones la proposición de Rateau. Los legitimistas, los orleanistas, los bonapartistas, la Guardia Móvil, la Montaña, los clubs, todo conspiraba en este día, cada cual a la par contra el presunto enemigo y contra los supuestos aliados. Bonaparte, a caballo, revistó una parte de las tropas en la plaza de la Concordia; Changarnier representaba una comedia con un derroche de maniobras estratégicas; la Constituyente se encontró con el edificio de sesiones ocupado militarmente. Centro de todas las esperanzas, de todos los temores, de todas las confianzas, efervescencias, tensiones y conjuraciones que se entrecruzaban, la Asam-

* Seguridad pública. (*N. de la Edit.*)

blea, valiente como una leona, no titubeó ni un momento al verse más cerca que nunca de su último instante. Se parecía a aquel combatiente que no sólo temía emplear su propia arma, sino que se consideraba también obligado a dejar intacta el arma de su adversario. Con un desprecio magnífico de la vida, firmó su propia sentencia de muerte y rechazó la propuesta en que se desestimaba incondicionalmente la proposición presentada por Rateau. Al encontrarse ella en estado de sitio, fijó el límite de una actividad constituyente, cuyo marco necesario había sido el estado de sitio en París. Se vengó de un modo digno de ella, abriendo al día siguiente una investigación sobre el miedo que el 29 de enero le había metido en el cuerpo el Gobierno. La Montaña mostró su falta de energía revolucionaria y de inteligencia política dejándose utilizar por el partido del *National* como vocero de lucha en esta gran comedia de intriga. El partido del *National* había hecho la última tentativa para seguir conservando en la república constituida el monopolio del poder que poseyera durante el período constituyente de la república burguesa. Pero había fracasado en su intento.

Si en la crisis de enero se trataba de la existencia de la Constituyente, en la crisis del 21 de marzo tratábase de la existencia de la Constitución: allí, del personal del partido del *National*; aquí de su ideal. Huelga decir que los republicanos «honestos» valoraban en menos su exaltada ideología que el disfrute mundano del poder gubernamental.

El 21 de marzo, en el orden del día de la Asamblea Nacional estaba el proyecto de ley de Faucher contra el derecho de asociación: *la supresión de los clubs*. El artículo 8 de la Constitución garantiza a todos los franceses el derecho a asociarse. La prohibición de los clubs era, por tanto, una violación manifiesta de la Constitución, y la propia Constituyente tenía que canonizar la profanación de sus santos. Pero los clubs eran los centros de reunión, las sedes de conspiración del proletariado revolucionario. La misma Asamblea Nacional había prohibido la coalición de los obreros contra sus burgueses. ¿Y qué eran los clubs, sino una coalición de toda la clase obrera contra toda la clase burguesa, la creación de un Estado obrero frente al Estado burgués? ¿No eran otras tantas Asambleas Constituyentes del proletariado y otros tantos destacamentos del ejército de la revuelta dispuestos al combate? Lo que ante todo tenía que constituir la Constitución era la dominación de la burguesía. Por tanto, era evidente que la Constitución sólo podía entender por derecho de asociación el de aquellas asociaciones que se armonizasen con la dominación de la burguesía, es decir, con el orden burgués. Si, por decoro teórico, se expresaba en términos generales, ¿no estaban allí el Gobier-

no y la Asamblea Nacional para interpretarla y aplicarla a los casos particulares? Y si en la época primigenia de la república los clubs habían estado prohibidos de hecho por el estado de sitio, ¿por qué no debían estar prohibidos por la ley en la república reglamentada y constituida? Los republicanos tricolores no tenían nada que oponer a esta interpretación prosaica de la Constitución; nada más que la frase altisonante de la Constitución. Una parte de ellos, Pagnerre, Duclerc, etc., votó a favor del Gobierno, dándole así la mayoría. La otra parte, con el arcángel Cavaignac y el padre de la Iglesia Marrast a la cabeza —una vez que el artículo sobre la prohibición de los clubs hubo pasado— se retiró a uno de los despachos de las comisiones y se «reunió a deliberar» en unión de Ledru-Rollin y la Montaña. La Asamblea Nacional quedó, mientras tanto, paralizada, no contando ya con el número de votos necesario para tomar acuerdos. Muy oportunamente, el señor Crémieux recordó en aquel despacho que de allí se iba directamente a la calle y que no se estaba ya en febrero de 1848, sino en marzo de 1849. El partido del *National*, viendo claro de pronto, volvió al salón de sesiones de la Asamblea Nacional. Tras él, engañada una vez más, volvió la Montaña, la cual, continuamente atormentada por veleidades revolucionarias, buscaba afanosa y no menos continuamente posibilidades constitucionales y cada vez se encontraba más en su sitio detrás de los republicanos burgueses que delante del proletariado revolucionario. Así terminó la comedia. Y la propia Constituyente había decretado que la violación de la letra de la Constitución era la única realización consecuente de su espíritu.

Sólo quedaba *un* punto por resolver: las relaciones entre la república constituida y la revolución europea, *su política exterior*. El 8 de mayo de 1849 reinaba una agitación desusada en la Asamblea Constituyente, cuya vida había de terminar pocos días después. Estaban en el orden del día el ataque del ejército francés sobre Roma, su retirada ante la defensa de los romanos, su infamia política y su oprobio militar, el asesinato vil de la república romana por la república francesa: la primera campaña italiana del segundo Bonaparte. La Montaña había vuelto a jugarse su gran triunfo. Ledru-Rollin había vuelto a depositar sobre la mesa presidencial la inevitable acta de acusación contra el ministerio, y esta vez también contra Bonaparte, por violación de la Constitución.

El *leitmotiv* del 8 de mayo se repitió más tarde como tema del 13 de junio. Expliquémonos acerca de la expedición romana.

Cavaignac había expedido, ya a mediados de noviembre de 1848, una escuadra a Civitavecchia para proteger al papa, recoger-

lo a bordo y transportarlo a Francia. El papa* había de bendecir la república «honesta» y asegurar la elección de Cavaignac para la presidencia. Con el papa, Cavaignac quería pescar a los curas, con los curas, a los campesinos, y con los campesinos, la magistratura presidencial. La expedición de Cavaignac, que era, por su finalidad inmediata, una propaganda electoral, era al mismo tiempo una protesta y una amenaza contra la revolución romana. Llevaba ya en germen la intervención de Francia en favor del papa.

Esta intervención a favor del papa y contra la república romana, en alianza con Austria y Nápoles, fue acordada en la primera sesión celebrada por el Consejo de Ministros de Bonaparte, el 23 de diciembre. Falloux en el ministerio, era el papa en Roma... y en la Roma del papa. Bonaparte ya no necesitaba al papa para convertirse en el presidente de los campesinos, pero necesitaba conservar al papa para conservar a los campesinos del presidente. La credulidad de los campesinos le había elevado a la presidencia. Con la fe, perdían la credulidad, y con el papa la fe. ¡Y no olvidemos a los orleanistas y legitimistas coligados que dominaban en nombre de Bonaparte! Antes de restaurar al rey, había que restaurar el poder que santifica a los reyes. Prescindiendo de su monarquismo: sin la vieja Roma, sometida a su poder temporal, no hay papa; sin papa no hay catolicismo; sin catolicismo no hay religión francesa, y sin religión ¿qué sería de la vieja sociedad de Francia? La hipoteca que tiene el campesino sobre los bienes celestiales garantiza la hipoteca que tiene la burguesía sobre los bienes del campesino. La revolución romana era, por tanto, un atentado contra la propiedad, y contra el orden burgués, tan temible como la revolución de Junio. La dominación restaurada de la burguesía en Francia exigía la restauración del poder papal en Roma. Finalmente, en los revolucionarios romanos se batía a los aliados de los revolucionarios franceses; la alianza de las clases contrarrevolucionarias, en la República Francesa constituida, se completaba necesariamente mediante la alianza de la República Francesa con la Santa Alianza, con Nápoles y Austria. El acuerdo del Consejo de Ministros del 23 de diciembre no era para la Constituyente ningún secreto. Ya el 8 de enero, Ledru-Rollin había interpelado a propósito de él al ministerio; el ministerio había negado y la Asamblea había pasado al orden del día. ¿Daba crédito a las palabras del Gobierno? Sabemos que se pasó todo el mes de enero dándole votos de censura. Pero si en el papel del ministerio entraba el mentir, en el papel de la Constituyente entraba el fingir hipócritamente, que daba crédito a sus mentiras, salvando así los *déhors*** republicanos.

* Pío IX. (*N. de la Edit.*)
** Las apariencias. (*N. de la Edit.*)

Entretanto, Piamonte había sido derrotado. Carlos Alberto había abdicado, y el ejército austríaco llamaba a las puertas de Francia. Ledru-Rollin interpelaba furiosamente. El ministerio demostró que en el Norte de Italia no hacía más que proseguir la política de Cavaignac y que Cavaignac se había limitado a proseguir la política del Gobierno provisional, es decir, la de Ledru-Rollin. Esta vez, cosechó en la Asamblea Nacional incluso un voto de confianza y fue autorizado a ocupar temporalmente un punto conveniente del Norte de Italia, para consolidar de este modo sus posiciones en las negociaciones pacíficas con Austria acerca de la integridad del territorio de Cerdeña y de la cuestión romana. Como es sabido, la suerte de Italia se decide en los campos de batalla del Norte de Italia. Por tanto, con la Lombardía y el Piamonte había caído Roma, y Francia, si no admitía esto, tenía que declarar la guerra a Austria, y con ello a la contrarrevolución europea. ¿Consideraba de pronto la Asamblea Nacional al ministerio Barrot como el viejo Comité de Salvación Pública[129]? ¿O se consideraba a sí misma como la Convención? ¿Para qué, pues, la ocupación militar de un punto del Norte de Italia? Bajo este velo transparente, se ocultaba la expedición contra Roma.

El 14 de abril, 14.000 hombres, bajo el mando de Oudinot, se hicieron a la vela con rumbo a Civitavecchia; y el 16 de abril la Asamblea Nacional concedía al ministerio un crédito de 1.200.000 francos para sostener durante tres meses una flota de intervención en el Mediterráneo. De este modo suministraba al ministerio todos los medios para intervenir contra Roma, haciendo como si se tratase de intervenir contra Austria. No veía lo que hacía el ministerio; se limitaba a escuchar lo que decía. Semejante fe no se conocía ni siquiera en Israel; la Constituyente había venido a parar a la situación de no tener derecho a saber lo que tenía que hacer la república constituida.

Finalmente, el 8 de mayo se representó la última escena de la comedia: la Constituyente requirió al ministerio a que acelerase las medidas encaminadas a reducir la expedición italiana al objetivo que se le había asignado. Aquella misma noche, Bonaparte publicó una carta en el *Moniteur* en la que expresaba a Oudinot su más profundo agradecimiento. El 11 de mayo, la Asamblea Nacional rechazó el acta de acusación contra el mismo Bonaparte y su ministerio. Y la Montaña, que, en vez de desgarrar este tejido de engaños, tomó por el lado trágico la comedia parlamentaria para desempeñar en ella el papel de un Fouquier-Tinville, no hacía con esto más que dejar asomar su piel innata de cordero pequeño burgués por debajo de la piel prestada de león de la Convención.

La segunda mitad de la vida de la Constituyente se resume así: el 29 de enero confiesa que las fracciones burguesas monárquicas son los superiores naturales de la república por ella constituida; el 21 de marzo, que la violación de la Constitución es la realización de ésta; y el 11 de mayo, que la con tanto bombo pregonada alianza pasiva de la República Francesa con los pueblos que luchan por su libertad, significa su alianza activa con la contrarrevolución europea.

Esta mísera Asamblea se retiró de la escena después de haberse dado, dos días antes de su cumpleaños —el 4 de mayo—, la satisfacción de rechazar la propuesta de amnistía para los insurrectos de Junio. Con su poder destrozado; odiada a muerte por el pueblo; repudiada, maltratada, echada a un lado con desprecio por la burguesía, cuyo instrumento era; obligada, en la segunda mitad de su vida, a desautorizar la primera; despojada de su ilusión republicana; sin grandes obras en el pasado ni esperanzas en el futuro; cuerpo vivo muriéndose a pedazos, no acertaba a galvanizar su propio cadáver más que evocando constantemente el recuerdo de la victoria de Junio y volviendo a vivir aquellos días: reafirmándose a fuerza de repetir constantemente la condenación de los condenados. ¡Vampiro que se alimentaba de la sangre de los insurrectos de Junio!

Dejó detrás de sí el déficit del Estado, acrecentado por las costas de la insurrección de Junio, por la abolición del impuesto sobre la sal, por las indemnizaciones asignadas a los dueños de las plantaciones al ser abolida la esclavitud de los negros, por las costas de la expedición romana y por la desaparición del impuesto sobre el vino, cuya abolición acordó ya en su agonía, como un anciano malévolo que se alegra de echar sobre los hombros de su sonriente heredero una deuda de honor comprometedora.

En los primeros días de marzo comenzó la campaña electoral para la *Asamblea Nacional Legislativa.* Dos grupos principales se enfrentaron: el *partido del orden*[130] y el *partido demócrata-socialista* o *partido rojo*, y entre los dos estaban los *Amigos de la Constitución*, bajo cuyo nombre querían hacerse pasar por un partido los republicanos tricolores del *National.* El *partido del orden* se había formado inmediatamente después de las jornadas de Junio. Sólo cuando el 10 de diciembre le permitió apartar de su seno a la pandilla del *National*, la pandilla de los republicanos burgueses, se descubrió el misterio de su existencia: la *coalición de los orleanistas y legitimistas* en *un solo partido.* La clase burguesa se dividía en dos grandes fracciones, que habían ostentado por turno el monopolio del poder: la *gran propiedad territorial* bajo la *monarquía restaurada*[131], y así mismo la *aristocracia financiera* y la *burguesía*

industrial bajo la *monarquía de Julio. Borbón* era el nombre regio para designar la influencia preponderante de los intereses de una fracción; *Orleáns*, el nombre regio que designaba la influencia preponderante de los intereses de otra fracción; el *reino anónimo de la república* era el único en que ambas fracciones podían afirmar, con igualdad de participación en el poder, su interés común de clase, sin abandonar su mutua rivalidad. Si la república burguesa no podía ser sino la dominación completa y claramente manifestada de toda la clase burguesa ¿qué más podía ser que la dominación de los orleanistas complementados por los legitimistas y de los legitimistas complementados por los orleanistas, la *síntesis de la restauración y de la monarquía de Julio*? Los republicanos burgueses del *National* no representaban a ninguna gran fracción de su clase apoyada en bases económicas. Tenían solamente la significación y el título histórico de haber hecho valer, bajo la monarquía —frente a ambas fracciones burguesas, que sólo concebían su régimen *particular*—, el régimen general de la clase burguesa, el *reino anónimo de la república*, que ellos idealizaban y adornaban con antiguos arabescos, pero en el que saludaban sobre todo la dominación de su pandilla. Si el partido del *National* creyó volverse loco cuando vio en las cumbres de la república fundada por él a los monárquicos coligados, no menos se engañaban éstos en cuanto al hecho de su dominación conjunta. No comprendían que si cada una de sus fracciones, tomada aisladamente, era monárquica, el producto de su combinación química tenía que ser necesariamente *republicano*; que la monarquía blanca y la azul tenían necesariamente que neutralizarse en la república tricolor. Obligadas —por su oposición contra el proletariado revolucionario y contra las clases de transición que se iban precipitando más y más hacia éste como centro— a apelar a su fuerza unificada y a conservar la organización de esta fuerza unificada, cada una de ambas fracciones del partido del orden tenía que exaltar —frente a los apetitos de restauración y de supremacía de la otra— la dominación común, es decir, la *forma republicana* de la dominación burguesa. Así vemos a estos monárquicos, que en un principio creían en una restauración inmediata y que más tarde conservaban la forma republicana, confesar a la postre, llenos los labios de espumarajos de rabia e invectivas mortales contra la república, que sólo pueden avenirse dentro de ella y que aplazan la restauración por tiempo indefinido. El disfrute de la dominación conjunta fortalecía a cada una de las dos fracciones y las hacía todavía más incapaces y más reacias a someterse la una a la otra, es decir, a restaurar la monarquía.

El *partido del orden* proclamaba directamente, en su programa electoral, la dominación de la clase burguesa, es decir, la conser-

vación de las condiciones de vida de su dominación, de la *propiedad*, de la *familia*, de la *religión*, del *orden*. Presentaba, naturalmente, su dominación de clase y las condiciones de esta dominación, como el reinado de la civilización y como condiciones necesarias de la producción material y de las relaciones sociales de intercambio que de ella se derivan. El partido del orden disponía de recursos pecuniarios enormes, organizaba sucursales en toda Francia, tenía a sueldo a todos los ideólogos de la vieja sociedad, disponía de la influencia del gobierno existente, poseía un ejército gratuito de vasallos en toda la masa de pequeños burgueses y campesinos que, alejados todavía del movimiento revolucionario, veían en los grandes dignatarios de la propiedad a los representantes naturales de su pequeña propiedad y de los pequeños prejuicios que ésta acarrea; representado en todo el país por un sinnúmero de reyezuelos, el partido del orden podía castigar como insurrección la no aceptación de sus candidatos, despedir a los obreros rebeldes, a los mozos de labor que se resistiesen, a los domésticos, a los dependientes, a los empleados de ferrocarriles, a los escribientes, a todos los funcionarios supeditados a él en la vida civil. Y podía, por último, mantener en algunos sitios la leyenda de que la Constituyente republicana no había dejado al Bonaparte del 10 de diciembre revelar sus virtudes milagrosas. Al hablar del partido del orden, no nos hemos referido a los bonapartistas. Estos no formaban una fracción seria de la clase burguesa, sino una colección de viejos y supersticiosos inválidos y de jóvenes y descreídos caballeros de industria. El partido del orden venció en las elecciones, enviando una gran mayoría a la Asamblea Legislativa.

Frente a la clase burguesa contrarrevolucionaria coligada, aquellos sectores de la pequeña burguesía y de la clase campesina en los que ya había prendido el espíritu de la revolución tenían que coligarse naturalmente con el gran portador de los intereses revolucionarios, con el proletariado revolucionario. Y hemos visto cómo las derrotas parlamentarias empujaron a los portavoces demócratas de la pequeña burguesía en el parlamento, es decir, a la Montaña, hacia los portavoces socialistas del proletariado, y cómo los *concordats à l'amiable*, la brutal defensa de los intereses de la burguesía y la bancarrota empujaron también a la verdadera pequeña burguesía fuera del parlamento, hacia los verdaderos proletarios. El 27 de enero habían festejado la Montaña y los socialistas su reconciliación; en el gran banquete de febrero de 1849, reafirmaron su decisión de unirse. El partido social y el demócrata, el partido de los obreros y el de los pequeños burgueses, se unieron para formar *el partido socialdemócrata*, es decir, el partido *rojo*.

Paralizada durante un momento por la agonía que siguió a las jornadas de Junio, la República Francesa pasó desde el levantamiento del estado de sitio, desde el 19 de octubre, por una serie ininterrumpida de emociones febriles: primero, la lucha en torno a la presidencia; luego, la lucha del presidente con la Constituyente; la lucha en torno a los clubs; el proceso de Bourges[132] en el que, frente a las figurillas del presidente, de los monárquicos coligados, de los republicanos «honestos», de la Montaña democrática y de los doctrinarios socialistas del proletariado, sus verdaderos revolucionarios aparecían como gigantes antediluvianos que sólo un diluvio puede dejar sobre la superficie de la sociedad o que sólo pueden preceder a un diluvio social; la agitación electoral; la ejecución de los asesinos de Bréa[133]; los continuos procesos de prensa; las violentas intromisiones policíacas del Gobierno en los banquetes; las insolentes provocaciones monárquicas; la colocación en la picota de los retratos de Luis Blanc y Caussidière; la lucha ininterrumpida entre la república constituida y la Asamblea Constituyente, lucha que a cada momento hacía retroceder a la revolución a su punto de partida, que convertía a cada momento al vencedor en vencido y al vencido en vencedor y trastrocaba en un abrir y cerrar de ojos la posición de los partidos y las clases, sus divorcios y sus alianzas; la rápida marcha de la contrarrevolución europea, la gloriosa lucha de Hungría, los levantamientos armados alemanes; la expedición romana, la derrota ignominiosa del ejército francés delante de Roma. En este torbellino, en este agobio de la inquietud histórica, en este dramático flujo y reflujo de las pasiones revolucionarias, de las esperanzas, de los desengaños, las diferentes clases de la sociedad francesa tenían necesariamente que contar sus etapas de desarrollo por semanas, como antes las habían contado por medios siglos. Una parte considerable de los campesinos y de las provincias estaba ya imbuida del espíritu revolucionario. No era sólo que estuvieran desengañados acerca de Napoleón; era que el partido rojo les brindaba en vez del nombre el contenido: en vez de la ilusoria libertad de impuestos la devolución de los mil millones abonados a los legitimistas, la reglamentación de las hipotecas y la supresión de la usura.

Hasta el mismo ejército estaba contagiado de la fiebre revolucionaria. El ejército, al votar por Bonaparte, había votado por la victoria y Bonaparte le daba la derrota. Había votado por el pequeño cabo detrás del cual se ocultaba el gran capitán revolucionario, y Bonaparte le daba los grandes generales tras de cuya fachada se ocultaba un cabo mediocre. No cabía duda de que el partido rojo, es decir, el partido demócrata unificado, si no la victoria, tenía que conseguir por lo menos grandes triunfos; de

que París, el ejército y gran parte de las provincias votarían por él. *Ledru-Rollin*, el jefe de la Montaña, salió elegido en cinco departamentos; ningún jefe del partido del orden consiguió semejante victoria, tampoco la consiguió ningún nombre del partido propiamente proletario. Esta elección nos revela el misterio del partido demócrata-socialista. De una parte, la Montaña, campeón parlamentario de la pequeña burguesía demócrata, se veía obligada a coligarse con los doctrinarios socialistas del proletariado, y el proletariado, obligado por la espantosa derrota material de Junio a levantar cabeza de nuevo mediante victorias intelectuales y no capacitado todavía por el desarrollo de las demás clases para empuñar la dictadura revolucionaria, tenía que echarse en brazos de los doctrinarios de su emancipación, de los fundadores de sectas socialistas; de otra parte, los campesinos revolucionarios, el ejército, las provincias, se colocaban detrás de la Montaña. Y así ésta se convertía en señora del campo de la revolución. Mediante su inteligencia con los socialistas, había alejado todo antagonismo dentro del campo revolucionario. En la segunda mitad de la vida de la Constituyente, la Montaña representó el patetismo republicano de la misma, haciendo olvidar los pecados cometidos por ella durante el Gobierno provisional, durante la Comisión Ejecutiva y durante las jornadas de Junio. A medida que el partido del *National*, conforme a su carácter de partido a medias, se dejaba hundir pór el Gobierno monárquico, subía el partido de la Montaña, eliminado durante la época de omnipotencia del *National*, y se imponía como el representante parlamentario de la revolución. En realidad, el partido del *National* no tenía nada que oponer a las otras fracciones, las monárquicas, más que personalidades ambiciosas y habladurías idealistas. En cambio, el partido de la Montaña representaba a una masa fluctuante entre la burguesía y el proletariado y cuyos intereses materiales reclamaban instituciones democráticas. Frente a los Cavaignac y los Marrast, Ledru-Rollin y la Montaña representaban, por tanto, la verdad de la revolución, y la conciencia de esta importante situación les infundía tanto más valentía cuanto más se limitaban las manifestaciones de la energía revolucionaria a ataques parlamentarios, a formulación de actas de acusación, a amenazas, grandes voces, tonantes discursos y extremos que no pasaban nunca de frases. Los campesinos se encontraban en situación muy análoga a la de los pequeños burgueses y tenían casi las mismas reivindicaciones sociales que formular. Por eso, todas las capas intermedias de la sociedad, en la medida en que se veían arrastradas al movimiento revolucionario, tenían que ver necesariamente en Ledru-Rollin a su héroe. Ledru-Rollin era el personaje de la pequeña burguesía democrática. Frente al

partido del orden, tenían que pasar a primer plano, ante todo, los reformadores de ese orden, medio conservadores, medio revolucionarios y utopistas por entero.

El partido del *National*, los «amigos de la Constitución *quand même*»*, los *républicains purs et simples***, salieron completamente derrotados de las elecciones. Sólo una minoría ínfima de este partido fue enviada a la Cámara legislativa; sus jefes más notorios desaparecieron de la escena, incluso Marrast, el redactor jefe y Orfeo de la república «honesta».

El 28 de mayo se reunió la Asamblea legislativa, y el 11 de junio volvió a reanudarse la colisión del 8 de mayo; Ledru-Rollin, en nombre de la Montaña, presentó, a propósito del bombardeo de Roma, un acta de acusación contra el presidente y el ministerio incriminándoles la violación de la Constitución. El 12 de junio, rechazó la Asamblea Legislativa el acta de acusación, como la había rechazado la Asamblea Constituyente el 11 de mayo, pero esta vez el proletariado arrastró a la Montaña a la calle, aunque no a la lucha, sino a una procesión callejera simplemente. Basta decir que la Montaña iba a la cabeza de este movimiento para comprender que el movimiento fue vencido y que el Junio de 1849 resultó una caricatura tan ridícula como indigna del Junio de 1848. La gran retirada del 13 de junio sólo resultó eclipsada por el parte de operaciones, todavía más grande, de Changarnier, el gran hombre improvisado por el partido del orden. Toda época social necesita sus grandes hombres y, si no los encuentra, los inventa, como dice Helvetius.

El 20 de diciembre sólo existía la mitad de la república burguesa constituida: el *presidente*; el 28 de mayo fue completada con la otra mitad, con la *Asamblea Legislativa*. En junio de 1848, la república burguesa en formación había grabado su partida de nacimiento en el libro de la historia con una batalla inenarrable contra el proletariado; en junio de 1849, la república burguesa constituida lo hizo mediante una comedia incalificable representada con la pequeña burguesía. Junio de 1849 fue la Némesis que se vengaba del Junio de 1848. En junio de 1849 no fueron vencidos los obreros, sino abatidos los pequeños burgueses que se interponían entre ellos y la revolución. Junio de 1849 no fue la tragedia sangrienta entre el trabajo asalariado y el capital, sino la comedia entre el deudor y el acreedor: comedia lamentable y llena de escenas de encarcelamientos. El partido del orden había vencido; era todopoderoso. Ahora tenía que poner de manifiesto lo que era.

---

* A pesar de todo. (*N. de la Edit.*)
** Republicanos puros y simples. (*N. de la Edit.*)

III

LAS CONSECUENCIAS DEL 13 DE JUNIO DE 1849

El 20 de diciembre, la cabeza de Jano de la *república constitucional* no había enseñado todavía más que *una* cara, la del poder ejecutivo, con los rasgos borrosos y achatados de Luis Bonaparte; el 28 de mayo de 1849 enseñó la otra cara, la del poder *legislativo*, llena de cicatrices que habían dejado en ella las orgías de la Restauración y de la monarquía de Julio. Con la Asamblea Nacional legislativa se completó la formación de la *república constitucional*, es decir, de la forma republicana de gobierno en que queda constituida la dominación de la clase burguesa, y por tanto la dominación conjunta de las dos grandes fracciones monárquicas que forman la burguesía francesa: los legitimistas y los orleanistas coligados, el *partido del orden.* Y, mientras de este modo la República Francesa era concedida en propiedad a la coalición de los partidos monárquicos, la coalición europea de las potencias contrarrevolucionarias emprendía al mismo tiempo una cruzada general contra los últimos refugios de las revoluciones de Marzo. Rusia se lanzó sobre Hungría, Prusia marchó contra el ejército que luchaba por la Constitución del Reich y Oudinot bombardeó a Roma. La crisis europea marchaba, evidentemente, hacia un viraje decisivo; las miradas de toda Europa se dirigían a París y las miradas de todo París a la *Asamblea Legislativa.*

El 11 de junio subió a la tribuna Ledru-Rollin. No pronunció un discurso, sino que formuló contra los ministros una requisitoria escueta, sobria, documentada, concentrada, violenta.

El ataque contra Roma es un ataque contra la Constitución; el ataque contra la República Romana, un ataque contra la República Francesa. El artículo 5 de la Constitución dice así: «La República Francesa no empleará jamás sus fuerzas militares contra la libertad de ningún pueblo»; y el presidente emplea el ejército francés contra la libertad de Roma. El artículo 54 de la Constitución prohíbe al poder ejecutivo declarar ninguna guerra sin el consentimiento de la Asamblea Nacional*. El acuerdo de la Constituyente de 8 de mayo ordena expresamente a los ministros ajustar sin pérdida de tiempo la expedición romana a su primitiva finalidad, les prohíbe, por tanto, no menos expresamente, la guerra contra Roma; y Oudinot bombardea Roma. Así, Ledru-Rollin invocaba a la misma Constitución como testigo de cargo

---

* Desde aquí en adelante, hasta el final de la obra se entiende bajo el nombre de Asamblea Nacional la Asamblea Nacional Legislativa, que funcionó desde el 28 de mayo de 1849 hasta diciembre de 1851. (*N. de la Edit.*)

contra Bonaparte y sus ministros. Y él, el tribuno de la Constitución, lanzó a la cara de la mayoría monárquica de la Asamblea Nacional esta amenazadora declaración: «Los republicanos sabrán hacer respetar la Constitución por todos los medios, ¡incluso, si es preciso, por la fuerza de las armas!» «¡*Por la fuerza de las armas*!», repitió el eco centuplicado de la Montaña. La mayoría contestó con un tumulto espantoso; el presidente de la Asamblea Nacional llamó a Ledru-Rollin al orden. Ledru-Rollin repitió el desafío y acabó depositando en la mesa presidencial la moción de que se formulase un acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros. La Asamblea Nacional acordó, por 361 votos contra 203, pasar del bombardeo de Roma al simple orden del día.

¿Creía Ledru-Rollin poder derrotar a la Asamblea Nacional con la Constitución y al presidente con la Asamblea Nacional?

Era cierto que la Constitución prohibía todo ataque contra la libertad de otros pueblos, pero lo que el ejército francés atacaba en Roma era, según el ministerio, no la «libertad», sino el «despotismo de la anarquía». ¿Es que la Montaña, a pesar de toda su experiencia de la Asamblea Constituyente, no había comprendido todavía que la interpretación de la Constitución no pertenecía a los que la habían hecho, sino solamente a los que la habían aceptado; que su texto debía interpretarse en su sentido viable y que su único sentido viable era el sentido burgués; que Bonaparte y la mayoría monárquica de la Asamblea Nacional eran los intérpretes auténticos de la Constitución, como el cura es el intérprete auténtico de la Biblia y el juez el intérprete auténtico de la ley? ¿Iba la Asamblea Nacional, recién nacida del seno de unas elecciones generales, a sentirse obligada por las disposiciones testamentarias de la fenecida Constituyente, cuya voluntad, en vida de la misma, había quebrado un Odilon Barrot? Al remitirse al acuerdo tomado el 8 de mayo por la Constituyente, ¿había olvidado Ledru-Rollin que la misma Constituyente había rechazado el 11 de mayo su primera moción de formular un acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros, que había absuelto a uno y a otros, que de este modo había sancionado como «constitucional» el ataque contra Roma, que no hacía más que apelar de un fallo ya dictado y que, finalmente, apelaba de la Asamblea Constituyente republicana a la Asamblea legislativa monárquica? La propia Constitución llama en su auxilio a la insurrección, al requerir a todo ciudadano, en un artículo especial, para que la defienda. Ledru-Rollin se apoyaba en este artículo. ¿Pero no es cierto también que los poderes públicos están organizados para defender la Constitución, y que la violación de la Constitución no comienza hasta que uno de los poderes públicos constitucionales se rebela contra el otro? Y el presidente de la república, los ministros de la

república, y la Asamblea Nacional de la república estaban de perfecto acuerdo.

Lo que la Montaña intentó el 11 de junio fue *«una insurrección dentro de los límites de la razón pura»*, es decir, una *insurrección* puramente *parlamentaria*. La mayoría de la Asamblea, intimidada por la perspectiva de un alzamiento armado de las masas del pueblo, debía romper, en las personas de Bonaparte y los ministros, su propio poder y la significación de su propia elección. ¿No había intentado la Constituyente, de un modo parecido, cancelar la elección de Bonaparte, al insistir tan tenazmente en la destitución del ministerio Barrot-Falloux?

Tampoco faltaban precedentes de insurrecciones parlamentarias de los tiempos de la Convención, que habían subvertido de pronto, radicalmente, las relaciones entre la mayoría y la minoría —¿y no iba a lograr la joven Montaña lo que había logrado la vieja?—, ni las circunstancias del momento parecían ser desfavorables para semejante empresa. La excitación popular había alcanzado en París un grado crítico, el ejército no parecía, a juzgar por sus votaciones, estar inclinado hacia el gobierno, y la misma mayoría legislativa era aún demasiado joven para haberse consolidado y además estaba compuesta por personas de edad. Si la Montaña salía adelante con su insurrección parlamentaria, vendría a parar directamente a sus manos el timón del Estado. Por lo demás, el más ferviente deseo de la pequeña burguesía democrática era, como siempre, que la lucha se ventilase por encima de sus cabezas, en las nubes, entre las sombras de los parlamentarios. Por último, ambas, la pequeña burguesía democrática y su representación, la Montaña, conseguirían, con una insurrección parlamentaria, su gran fin: romper el poder de la burguesía sin desatar al proletariado o sin dejarle aparecer más que en perspectiva; así se habría utilizado el proletariado sin que éste fuese peligroso.

Después del voto de la Asamblea Nacional del 11 de junio, se celebró una reunión entre algunos miembros de la Montaña y delegados de las sociedades secretas obreras. Estos insistían en lanzarse aquella misma noche. La Montaña rechazó resueltamente este plan. No quería a ningún precio que la dirección se le fuese de las manos; sus aliados le eran tan sospechosos como sus adversarios, y con razón. Los recuerdos de Junio de 1848 agitaban más vivamente que nunca las filas del proletariado de París. Pero éste se hallaba aherrojado a la alianza con la Montaña. Esta representaba la mayoría de los departamentos, exageraba su influencia dentro del ejército, disponía del sector democrático de la Guardia Nacional y tenía consigo el poder moral de los tenderos. Comenzar en este momento la insurrección contra su voluntad, significaba exponer al proletariado —diezmado además

por el cólera y alejado de París en masas considerables por el paro forzoso— a una inútil repetición de las jornadas de Junio de 1848, sin una situación que obligase a lanzarse a la lucha desesperada. Los delegados proletarios hicieron lo único racional. Obligaron a la Montaña a *comprometerse*, es decir, a salirse del marco de la lucha parlamentaria, en caso de ser rechazada su acta de acusación. Durante todo el 13 de junio el proletariado guardó la misma posición escépticamente expectante, aguardando a que se produjera un cuerpo a cuerpo serio e irrevocable entre el ejército y la Guardia Nacional demócrata, para lanzarse entonces a la lucha y llevar la revolución más allá de la meta pequeñoburguesa que le había sido asignada. Para el caso de victoria, estaba ya formada la Comuna proletaria que habría de actuar junto al Gobierno oficial. Los obreros de París habían aprendido en la escuela sangrienta de Junio de 1848.

El 12 de junio, el propio ministro Lacrosse presentó en la Asamblea Legislativa una proposición pidiendo que se pasase inmediatamente a discutir el acta de acusación. El Gobierno había adoptado durante la noche todas las medidas para la defensa y para el ataque. La mayoría de la Asamblea Nacional estaba resuelta a empujar a la calle a la minoría rebelde. La minoría ya no podía retroceder; la suerte estaba echada: por 377 votos contra 8 fue rechazada el acta de acusación, y la Montaña, que a la hora de votar se había abstenido, se abalanzó llena de rencor a las salas de propaganda de la «democracia pacífica», a las oficinas del periódico *Démocratie pacifique*[134].

Al alejarse del parlamento, se quebrantó la fuerza de la Montaña, al igual que se quebrantaba la del gigante Anteo cuando éste se separaba de la Tierra, su madre. Los que eran Sansones en las salas de la Asamblea Legislativa, los montañeses, se convirtieron, en los locales de la «democracia pacífica», en simples filisteos. Se entabló un debate largo, ruidoso, vacío. La Montaña estaba resuelta a imponer el respeto a la Constitución por todos los medios, «*menos por la fuerza de las armas*». En esta resolución fue apoyada por un manifiesto[135], y por una diputación de los «Amigos de la Constitución». Este era el nombre que se atribuían las ruinas de la pandilla del *National*, del partido burgués-republicano. Mientras que de los representantes parlamentarios que le quedaban, seis habían votado en *contra* y todos los demás *en pro* de que se rechazase el acta de acusación, y mientras *Cavaignac* ponía su sable a disposición del partido del orden, la mayor parte del contingente extraparlamentario de la pandilla se aferraba ansiosamente a la ocasión que se le ofrecía para salir de su posición de parias políticos y pasarse en masa a las filas del partido demócrata. ¿No aparecían ellos como los escuderos naturales de este partido,

que se escondía detrás de su escudo, detrás de su *principio*, detrás de la *Constitución*?

Hasta el amanecer duraron los dolores del parto. La Montaña dio a luz «*una proclama al pueblo*», que apareció el 13 de junio ocupando un espacio más o menos vergonzante en dos periódicos socialistas[136]. Declaraba al presidente, a los ministros y a la mayoría de la Asamblea legislativa «*fuera de la Constitución*» (hors la Constitution) y llamaba a la Guardia Nacional, al ejército y finalmente al pueblo también, a «levantarse». «¡*Viva la Constitución!*», era la consigna que daba, consigna que quería decir lisa y llanamente: «*¡Abajo la revolución!*»

A la proclama constitucional de la Montaña correspondió el 13 de junio, una llamada *manifestación pacífica* de los pequeños burgueses, es decir, una procesión callejera desde Chateau d'Eau por los bulevares: 30.000 hombres, en su mayoría guardias nacionales, desarmados, mezclados con miembros de las sociedades secretas obreras, que desfilaban al grito de «*¡Viva la Constitución!*» Grito mecánico, frío, que los mismos manifestantes lanzaban como grito de una conciencia culpable y que el eco del pueblo que pululaba en las aceras devolvía irónicamente, cuando debía resonar como un trueno. Al canto polifónico le faltaba la voz de pecho. Y cuando el cortejo pasó por delante del edificio social de los «Amigos de la Constitución», y apareció en el frontón de la casa un heraldo constitucional alquilado que, agitando con todas las fuerzas su clac, con unos pulmones formidables, dejó caer sobre los peregrinos, como una granizada, la consigna de «¡*Viva la Constitución!*», hasta ellos mismos parecieron darse cuenta por un instante de lo grotesco de la situación. Sabido es cómo, al llegar a la desembocadura de la rue de la Paix, el cortejo fue recibido en los bulevares por los dragones y los cazadores de Changarnier de un modo nada parlamentario y cómo, en menos que se cuenta, se dispersó en todas direcciones, dejando escapar en la fuga algún que otro grito de «¡A las armas!» para cumplir el llamamiento parlamentario a las armas del 11 de junio.

La mayoría de la Montaña, reunida en la rue du Hasard, se dispersó en cuanto aquella disolución violenta de la procesión pacífica, en cuanto el vago rumor de asesinato de ciudadanos inermes en los bulevares y el creciente tumulto callejero parecieron anunciar la proximidad de un motín. *Ledru-Rollin*, a la cabeza de un puñado de diputados, salvó el honor de la Montaña. Bajo la protección de la artillería de París, que se había concentrado en el Palacio Nacional, se trasladaron al *Conservatoire des Arts et Métiers**, a donde había de llegar la quinta y la sexta legión

* Museo de Artes y Oficios. (*N. de la Edit.*)

de la Guardia Nacional. Pero los montañeses aguardaron en vano la llegada de la quinta y la sexta legión; estos prudentes guardias nacionales dejaron a sus representantes en la estacada; la misma artillería de París impidió al pueblo levantar barricadas; un barullo caótico hacía imposible todo acuerdo y las tropas de línea avanzaban con bayoneta calada. Parte de los representantes fueron hechos prisioneros y los demás lograron huir. Así terminó el 13 de junio.

Si el 23 de junio de 1848 había sido la insurrección del proletariado revolucionario, el 13 de junio de 1849 fue la insurrección de los pequeños burgueses demócratas, y cada una de estas insurrecciones, la expresión *clásica pura* de la clase que la emprendía.

Sólo en Lyon se produjo un conflicto duro y sangriento. Aquí donde la burguesía industrial y el proletariado industrial se encuentran frente a frente, donde el movimiento obrero no está encuadrado y determinado, como en París, por el movimiento general, el 13 de junio perdió, en sus repercusiones, el carácter primitivo. En las demás provincias donde estalló, no produjo incendios; fue *un rayo frío.*

El 13 de junio cerró la primera *etapa en la vida de la república constitucional,* cuya existencia normal había comenzado el 28 de mayo de 1849, con la reunión de la Asamblea legislativa. Todo este prólogo lo llenó la lucha estrepitosa entre el partido del orden y la Montaña, entre la burguesía y la pequeña burguesía, que se encabrita inútilmente contra la consolidación de la república burguesa, a favor de la cual ella misma había conspirado ininterrumpidamente en el gobierno provisional y en la Comisión Ejecutiva, a favor de la cual se había batido fanáticamente contra el proletariado en las jornadas de Junio. El 13 de junio rompió su resistencia y convirtio la *dictadura legislativa* de los monárquicos coligados en un *fait accompli**. A partir de este momento, la Asamblea Nacional no es más que el *Comité de Salvación Pública del partido del orden.*

París había puesto al presidente, a los ministros y a la mayoría de la Asamblea Nacional en «*estado de acusación*»; ellos pusieron a París en «*estado de sitio*». La Montaña había declarado «*fuera de la Constitución*» a la mayoría de la Asamblea Legislativa; la mayoría entregó a la Montaña a la *Haute Cour* por violación de la Constitución y proscribió a todos los elementos de este partido que representaban en él una fuerza vital. La Montaña quedó mutilada, hasta convertirse en un tronco sin cabeza y sin corazón. La minoría había ido hasta la tentativa de una *insurrección parlamentaria*; la mayoría elevó a ley su *despotismo parla-*

---

* Hecho consumado. (*N. de la Edit.*)

mentario. Decretó un nuevo *reglamento* parlamentario que destruía la libertad de la tribuna y autorizaba al presidente de la Asamblea Nacional a castigar a los diputados por infracción del orden, con la censura, con multas, con privación de dietas, expulsión temporal y cárcel. Suspendió sobre el tronco de la Montaña, en vez de la espada, el palo. Hubiera debido ser cuestión de honor para el resto de los diputados de la Montaña el salirse en masa de la Asamblea. Con este acto, se habría acelerado la descomposición del partido del orden. Se hubiera escindido necesariamente en sus elementos originarios en el momento en que no los mantuviese unidos ni la sombra de una oposición.

Al mismo tiempo que fueron despojados de su poder *parlamentario*, los pequeños burgueses demócratas fueron despojados de su poder *armado* con la disolución de la artillería de París y de las legiones 8, 9, y 12 de la Guardia Nacional. En cambio, la legión de la alta finanza, que el 13 de junio había asaltado las imprentas de Boulé y Roux, destruyendo las prensas, asolando las oficinas de los periódicos republicanos y deteniendo arbitrariamente a los redactores, a los cajistas, a los impresores, a los recaderos y a los distribuidores, obtuvo palabras de elogio y de aliento desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional. El licenciamiento de los guardias nacionales sospechosos de republicanismo se repitió por todo el territorio francés.

Una nueva *ley de prensa*, una nueva *ley de asociación*, una nueva *ley sobre el estado de sitio*, las cárceles de París abarrotadas, los emigrados políticos expulsados, todos los periódicos que iban más allá que el *National* suspendidos, Lyon y los cinco departamentos circundantes entregados a merced de las brutales vejaciones del despotismo militar, los Tribunales presentes en todas partes, el tantas veces depurado ejército de funcionarios depurado una vez más: éstos eran los inevitables y siempre repetidos *lugares comunes* de la reacción victoriosa. Después de las matanzas y las deportaciones de Junio son dignos de mención simplemente porque esta vez no se dirigían sólo contra París, sino también contra los departamentos; no iban sólo contra el proletariado, sino, sobre todo, contra las clases medias.

Las leyes de represión, que dejaban la declaración del estado de sitio a la discreción del Gobierno, apretaban todavía más la mordaza puesta a la prensa y aniquilaban el derecho de asociación, absorbieron toda la actividad legislativa de la Asamblea Nacional durante los meses de junio, julio y agosto.

Sin embargo, esta época no se caracteriza por la explotación de la victoria en el terreno de los *hechos*, sino en el terreno de los *principios*; no por los acuerdos de la Asamblea Nacional, sino

por la fundamentación de estos acuerdos; no por la cosa, sino por la frase; ni siquiera por la frase, sino por el acento y el gesto que la animaban. El exteriorizar sin pudor ni miramientos las *ideas monárquicas*, el insultar a la república con aristocrático desprecio, el divulgar los designios de restauración con frívola coquetería; en una palabra, la violación jactanciosa del *decoro republicano* dan a este período su tono y su matiz peculiares. ¡Viva la Constitución! era el grito de guerra de los *vencidos* del 13 de junio. Los *vencedores* quedaban, por tanto, relevados de la hipocresía del lenguaje constitucional, es decir, republicano. La contrarrevolución tenía sometida a Hungría, a Italia y a Alemania, y ellos creían ya que la restauración estaba a las puertas de Francia. Se desató una verdadera competencia entre los corifeos de las fracciones del partido del orden, a ver cuál documentaba mejor su monarquismo a través del *Moniteur* y cuál confesaba mejor sus posibles pecados liberales cometidos bajo la monarquía, se arrepentía de ellos y pedía perdón a Dios y a los hombres. No pasaba día sin que en la tribuna de la Asamblea Nacional se declarase la revolución de Febrero como una calamidad pública, sin que cualquier hidalgüelo legitimista provinciano hiciese constar solemnemente que jamás había reconocido a la república, sin que alguno de los cobardes desertores y traidores de la monarquía de Julio contase las hazañas heroicas que hubiera realizado oportunamente si la filantropía de Luis Felipe u otras incomprensiones no se lo hubiesen impedido. Lo que había que admirar en las jornadas de Febrero no era la magnanimidad del pueblo victorioso, sino la abnegación y la moderación de los monárquicos, que le habían consentido vencer. Un representante del pueblo propuso asignar una parte de los fondos de socorro para los heridos de Febrero a los *guardias municipales*, únicos que en aquellos días habían merecido bien de la patria. Otro quería que se decretase levantar una estatua ecuestre al duque de Orleáns en la plaza Carrousel. Thiers calificó a la Constitución de trozo de papel sucio. Por la tribuna desfilaban, unos tras otros, orleanistas que expresaban su arrepentimiento de haber conspirado contra la monarquía legítima; legitimistas que se reprochaban el haber acelerado, con su rebelión contra la monarquía ilegítima, la caída de la monarquía en general; Thiers que se arrepentía de haber intrigado contra Molé, Molé de haber intrigado contra Guizot, y Barrot de haber intrigado contra los tres. El grito de «¡Viva la república socialdemocrática!», fue declarado anticonstitucional; el grito de «¡Viva la república!», perseguido como socialdemócrata. En el aniversario de la batalla de Waterloo[104], un diputado declaró: «Temo menos la invasión de los prusianos que la entrada en Francia de los emigrados revolucionarios». A las quejas sobre

el terrorismo, que se decía estar organizado en Lyon y en los departamentos vecinos, Baraguay d'Hilliers contestó así: «Prefiero el terror blanco al terror rojo» (*J'aime mieux la terreur blanche que la terreur rouge*). Y la Asamblea rompía en aplausos frenéticos cada vez que salía de los labios de sus oradores un epigrama contra la república, contra la revolución, contra la Constituyente, a favor de la monarquía, o a favor de la Santa Alianza. Cada infracción de los formulismos republicanos más insignificantes, por ejemplo, el de dirigirse a los diputados con la palabra *citoyens**, entusiasmaba a los caballeros del orden.

Las elecciones parciales del 8 de julio en París —celebradas bajo la influencia del estado de sitio y la abstención electoral de una gran parte del proletariado—, la toma de Roma por el ejército francés, la entrada en Roma de las eminencias purpuradas[137] y de la Inquisición y el terrorismo monacal tras ellas, añadieron nuevas victorias a la victoria de junio y exaltaron la embriaguez del partido del orden.

Finalmente, a mediados de agosto, en parte con la intención de asistir a los consejos departamentales que acababan de reunirse y en parte cansados de los muchos meses de orgía de su tendencia, los monárquicos decretaron suspender por dos meses las sesiones de la Asamblea Nacional. Una comisión de veinticinco diputados, la crema de los legitimistas y orleanistas —un Molé, un Changarnier— fueron dejados, con visible ironía, como representantes de la Asamblea Nacional y *guardianes de la república*. La ironía era más profunda de lo que ellos sospechaban. Estos hombres, condenados por la historia a ayudar a derrocar la monarquía, a la que amaban, estaban destinados también por ella a conservar la república, a la que odiaban.

Con la *suspensión* de sesiones de la Asamblea Nacional *termina el segundo período de vida de la república constitucional, su período de monarquismo zafio*.

Volvió a levantarse el estado de sitio en París; volvió a funcionar la prensa. Durante la suspensión de los periódicos socialdemócratas, durante el período de la legislación represiva y de la batahola monárquica, *se republicanizó* el *Siècle*[138], viejo representante literario de los *pequeños burgueses monárquico-constitucionales*; *se democratizó* la *Presse*[139], viejo exponente literario de los *reformadores burgueses*: *se socialistizó* el *National*, viejo órgano clásico de los *burgueses republicanos*.

Las *sociedades secretas* crecían en extensión y actividad a medida que los *clubs públicos* se hacían imposibles. Las *cooperativas obreras* de producción, que eran toleradas como sociedades

---

* Ciudadanos. (*N. de la Edit.*)

puramente mercantiles y que carecían de toda importancia económica, se convirtieron políticamente en otros tantos medios de enlace del proletariado. El 13 de junio se llevó de un tajo las cabezas oficiales de los diversos partidos semirrevolucionarios; las masas que se quedaron recobraron su propia cabeza. Los caballeros del orden intimidaban con profecías sobre los horrores de la república roja; pero los viles excesos y los horrores hiperbóreos de la contrarrevolución victoriosa en Hungría, Baden y Roma, dejaron a la *«república roja»* inmaculadamente limpia. Y las descontentas clases medias de la sociedad francesa comenzaron a preferir las promesas de la república roja, con sus horrores problemáticos, a los horrores de la monarquía roja, con su desesperanza efectiva. Ningún socialista hizo más propaganda revolucionaria en Francia que *Haynau. A chaque capacité selon ses oeuvres!**

Entretanto, Luis Bonaparte aprovechaba las vacaciones de la Asamblea Nacional para hacer viajes principescos por provincias; los legitimistas más ardientes se iban en peregrinación a Ems, a adorar al nieto de San Luis[140], y la masa de los representantes del pueblo, amigos del orden, intrigaba en los consejos departamentales, que acababan de reunirse. Se trataba de hacer que éstos expresaran lo que la mayoría de la Asamblea Nacional no se atrevía a pronunciar aún: la *propuesta de urgencia para la revisión inmediata de la Constitución.* Con arreglo a su texto, la Constitución sólo podía revisarse a partir de 1852 y por una Asamblea Nacional convocada especialmente al efecto. Pero si la mayoría de los consejos departamentales se pronunciaban en este sentido, ¿no debía la Asamblea Nacional sacrificar a la voz de Francia la virginidad de la Constitución? La Asamblea Nacional ponía en estas asambleas provinciales las mismas esperanzas que las monjas de la *Henríada* de Voltaire en los Panduros. Pero los Putifares de la Asamblea Nacional tenían que habérselas, salvo algunas excepciones, con otros tantos Josés de provincias. La inmensa mayoría no quiso entender la acuciante insinuación. La revisión constitucional fue frustrada por los mismos instrumentos que tenían que darle vida: por las votaciones de los consejos departamentales. La voz de Francia, precisamente la de la Francia burguesa, habló. Y habló en contra de la revisión.

A comienzos de octubre volvió a reunirse la Asamblea Nacional legislativa; *tantum mutatus ab illo!***. Su fisonomía había cambiado completamente. La repulsa inesperada de la revisión por parte de los consejos departamentales la hizo volver a los límites de la

* A cada capacidad según sus obras. (Marx alude aquí a una conocida fórmula de Saint-Simon.) (*N. de la Edit.*)

** ¡Cuánto habían cambiado las cosas! (*N. de la Edit.*)

Constitución y le recordó los límites de su plazo de vida. Los orleanistas se volvieron recelosos por las peregrinaciones de los legitimistas a Ems; los legitimistas encontraban sospechosas las negociaciones de los orleanistas con Londres[141], los periódicos de ambas fracciones atizaron el fuego y sopesaron las mutuas reivindicaciones de sus pretendientes. Orleanistas y legitimistas abrigaban conjuntamente rencor por los manejos de los bonapartistas, que se traslucían en los viajes principescos, del presidente, en los intentos más o menos claros de emancipación del presidente, en el lenguaje pretencioso de los periódicos bonapartistas; Luis Bonaparte abrigaba rencor contra una Asamblea Nacional que no encontraba justas más que las conspiraciones legitimistas-orleanistas y contra un ministerio que le traicionaba continuamente a favor de esta Asamblea Nacional. Finalmente, el propio ministerio estaba dividido en el problema de la política romana y del *impuesto sobre la renta* proyectado por el ministro *Passy*, que los conservadores tildaban de socialista.

Uno de los primeros proyectos presentados por el ministerio Barrot a la Asamblea legislativa, al reanudar ésta sus sesiones, fue una petición de crédito de 300.000 francos para la pensión de viudedad de la *duquesa de Orleáns*. La Asamblea Nacional lo concedió, añadiendo al registro de deudas de la nación francesa una suma de siete millones de francos. Y así, mientras Luis Felipe seguía desempeñando con éxito el papel de *pauvre honteux*, de mendigo vergonzante, ni el ministerio se atrevía a solicitar el aumento de sueldo para Bonaparte ni la Asamblea parecía inclinada a concederlo. Y Luis Bonaparte se tambaleaba, como siempre, ante el dilema de *aut Caesar*, *aut Clichy!**

La segunda petición de crédito del ministro (nueve millones de francos para los *gastos de la expedición romana*) aumentó la tensión entre Bonaparte, de un lado, y los ministros y la Asamblea Nacional, de otro. Luis Bonaparte había publicado en el *Moniteur* una carta a su ayudante Edgar Ney, en la que constreñía al Gobierno papal a garantías constitucionales. Por su parte, el papa había lanzado un «motu proprio»[142], una alocución en la que rechazaba toda restricción de su poder restaurado. La carta de Bonaparte levantaba con intencionada indiscreción la cortina de su gabinete, para exponer su persona a las miradas de la galería como un genio benévolo, pero ignorado y encadenado en su propia casa. No era la primera vez que coqueteaba con los «aleteos furtivos de un alma libre»**. *Thiers*, el ponente de la Comisión, hizo caso omiso de los aleteos de Bonaparte y se limitó a traducir al francés

* ¡O César, o a Clichy! (Clichy, cárcel de deudores en París). (*N. de la Edit.*)
** De la poesía *De las montañas* del poeta alemán H. Herwegh. (*N. de la Edit.*)

la alocución papal. No fue el ministerio, sino *Víctor Hugo* quien intentó salvar al presidente mediante un orden del día por el que la Asamblea Nacional habría de expresar su conformidad con la carta de Bonaparte. *Allons donc! Allons donc!** Bajo esta interjección irreverentemente frívola enterró la mayoría la propuesta de Víctor Hugo. ¿La política del presidente? ¿La carta del presidente? ¿El presidente mismo? *Allons donc! Allons donc!* ¿Quién demonio toma *au sérieux*** a monsieur Bonaparte? ¿Cree usted, monsieur Víctor Hugo, que nos vamos a creer que cree usted en el presidente? *Allons donc! Allons donc!*

Finalmente, la ruptura entre Bonaparte y la Asamblea Nacional fue acelerada por la discusión sobre el *retorno de los Orleáns y los Borbones*. Había sido el primo del presidente, el hijo del ex rey de Westfalia***, quien, en ausencia del ministerio, se había encargado de presentar dicha propuesta, cuya única finalidad era colocar a los pretendientes legitimistas y orleanistas en el mismo plano, o mejor dicho, situarlos por *debajo* del pretendiente bonapartista, que estaba, por lo menos de hecho, en la cumbre del Estado.

Napoleón Bonaparte fue lo bastante irreverente para presentar el *retorno de las familias reales expulsadas* y la *amnistía de los insurrectos de Junio*, como dos partes de una misma proposición. La indignación de la mayoría le obligó inmediatamente a pedir perdón por este enlace sacrílego de lo sagrado y lo inmundo, de las estirpes reales y el engendro proletario, de las estrellas fijas de la sociedad y de los fuegos fatuos de sus ciénagas, y a asignar a cada una de las dos proposiciones su rango correspondiente. La Asamblea legislativa rechazó enérgicamente la vuelta de las familias reales, y *Berryer*, el Demóstenes de los legitimistas, no permitió que se abrigase ninguna duda acerca del sentido de este voto. ¡La degradación burguesa de los pretendientes, he ahí lo que se persigue! ¡Se les quiere despojar del halo de santidad, de la única majestad que les queda, de la *majestad del destierro*! ¡Qué habría que pensar de aquel pretendiente —exclamó Berryer—, que, olvidándose de su augusto origen, viniera aquí, para vivir como un simple particular! No se le podía decir más claro a Luis Bonaparte que con su presencia no había ganado la partida, que si los monárquicos coligados le necesitaban aquí, en Francia, como *hombre neutral* en el sillón presidencial, los pretendientes serios a la coronación debían permanecer ocultos a las miradas profanas tras la niebla del destierro.

---

* ¡Vamos! ¡Vamos! (*N. de la Edit.*)

** En serio. (*N. de la Edit.*)

*** Napoleón José Bonaparte, hijo de Jerónimo Bonaparte. (*N. de la Edit.*)

El 1 de noviembre, Luis Bonaparte contestó a la Asamblea Legislativa con un mensaje anunciando, en palabras bastante ásperas, la destitución del ministerio Barrot y la formación de un nuevo ministerio. El ministerio Barrot-Falloux había sido el ministerio de la coalición monárquica; el ministerio d'Hautpoul era el ministerio de Bonaparte, el órgano del presidente frente a la Asamblea Legislativa, el *ministerio de los recaderos*.

Bonaparte ya no era simplemente el *hombre neutral* del 10 de diciembre de 1848. La posesión del poder ejecutivo había agrupado en torno a él gran número de intereses; la lucha contra la anarquía obligó al propio partido del orden a aumentar su influencia, y si el presidente ya no era popular, este partido era impopular. ¿No podía confiar Bonaparte en obligar a los orleanistas y legitimistas, tanto por su rivalidad como por la necesidad de una restauración monárquica cualquiera, a reconocer al *pretendiente neutral*?

Del 1 de noviembre de 1849 data el tercer período de vida de la república constitucional, el período que termina con el 10 de marzo de 1850. No sólo comienza el juego normal de las instituciones constitucionales, que tanto admira Guizot, es decir, las peleas entre el poder ejecutivo y el legislativo, sino que, además, frente a los apetitos de restauración de los orleanistas y legitimistas coligados, Bonaparte defiende el título de su poder efectivo, la república; frente a los apetitos de restauración de Bonaparte, el partido del orden defiende el título de su poder común, la república; frente a los orleanistas, los legitimistas defienden, lo mismo que aquéllos frente a éstos, el *statu quo*, la república. Todas estas fracciones del partido del orden, cada una de las cuales tiene *in petto** su propio rey y su propia restauración, hacen valer en forma alternativa, frente a los apetitos de usurpación y de revuelta de sus rivales, la dominación común de la burguesía, la forma bajo la cual se neutralizan y se reservan las pretensiones específicas: *la república*.

Estos monárquicos hacen de la *monarquía* lo que Kant hacía de la república: la única forma racional de gobierno, un postulado de la razón práctica, cuya realización jamás se alcanza, pero a cuya consecución debe aspirarse siempre como objetivo y debe llevarse siempre en la intención.

De este modo, la república constitucional, que salió de manos de los republicanos burgueses como una fórmula ideológica vacía, se convierte, en manos de los monárquicos coligados, en una fórmula viva y llena de contenido. Y Thiers decía más verdad de lo que él sospechaba, al declarar: «Nosotros, los monárquicos, somos los verdaderos puntales de la república constitucional».

---

* En el fondo de su corazón. (*N. de la Edit.*)

La caída del ministerio de coalición y la aparición del ministerio de los recaderos tenía un segundo significado. Su ministro de Hacienda era *Fould.* Hacer de Fould ministro de Hacienda significaba entregar oficialmente la riqueza nacional de Francia a la Bolsa, la administración del patrimonio del Estado a la Bolsa y en beneficio de la Bolsa. Con el nombramiento de Fould, la aristocracia financiera anunciaba su restauración en el *Moniteur.* Esta restauración completaba necesariamente las demás restauraciones, que formaban otros tantos eslabones en la cadena de la república constitucional.

Luis Felipe no se había atrevido nunca a hacer ministro de Hacienda a un verdadero *loup-cervier**. Como su monarquía era el nombre ideal para la dominación de la alta burguesía, en sus ministerios, los intereses privilegiados tenían que ostentar nombres ideológicamente desinteresados. La república burguesa hacía pasar en todas partes a primer plano lo que las diferentes monarquías, tanto la legitimista como la orleanista, recataban siempre en el fondo. Hacía terrenal lo que aquéllas habían hecho celestial. En lugar de los nombres de santos ponían los nombres propios burgueses de los intereses de clase dominantes.

Toda nuestra exposición ha mostrado cómo la república, desde el primer día de su existencia, no derribó, sino que consolidó la aristocracia financiera. Pero las concesiones que se le hacían eran una fatalidad a la que se sometían sus autores sin querer provocarla. Con Fould, la iniciativa gubernamental volvió a caer en manos de la aristocracia financiera.

Se preguntará: ¿cómo la burguesía coligada podía soportar y tolerar la dominación de la aristocracia financiera, que bajo Luis Felipe se basaba en la exclusión o en la sumisión de las demás fracciones burguesas?

La contestación es sencilla.

En primer lugar, la aristocracia financiera forma, de por sí, una parte de importancia decisiva de la coalición monárquica, cuyo gobierno conjunto se llama república. ¿Acaso los corifeos y los «talentos» de los orleanistas no son los antiguos aliados y cómplices de la aristocracia financiera? ¿No es ésta misma la falange dorada del orleanismo? Por lo que a los legitimistas se refiere, ya bajo Luis Felipe habían tomado parte prácticamente en todas las orgías de las especulaciones bursátiles, mineras y ferroviarias. Y la conexión de la gran propiedad territorial con la alta finanza es en todas partes un *hecho normal.* Prueba de ello: *Inglaterra.* Prueba de ello: la misma *Austria.*

---

* Lince de la Bolsa. (*N. de la Edit.*)

En un país como Francia, donde el volumen de la producción nacional es desproporcionadamente inferior al volumen de la deuda nacional, donde la renta del Estado es el objeto más importante de especulación y la Bolsa el principal mercado para la inversión del capital que quiere valorizarse de un modo improductivo; en un país como éste, tiene que tomar parte en la Deuda pública, en los juegos de Bolsa, en la finanza, una masa innumerable de gentes de todas las clases burguesas o semiburguesas. Y todos estos partícipes subalternos ¿no encuentran sus puntales y jefes naturales en la fracción que defiende estos intereses en las proporciones más gigantescas y que representa estos intereses en conjunto y por entero?

¿Qué condiciona la entrega del patrimonio del Estado a la alta finanza? El crecimiento incesante de la deuda del Estado. ¿Y este crecimiento? El constante exceso de los gastos del Estado sobre sus ingresos, desproporción que es a la par causa y efecto de los empréstitos públicos.

Para sustraerse a este crecimiento de su deuda, el Estado tiene que hacer una de dos cosas. Una de ellas es limitar sus gastos, es decir, simplificar el organismo de gobierno, acortarlo, gobernar lo menos posible, emplear la menor cantidad posible de personal, intervenir lo menos posible en los asuntos de la sociedad burguesa. Y este camino era imposible para el partido del orden, cuyos medios de represión, cuyas ingerencias oficiales por razón de Estado y cuya omnipresencia a través de los organismos del Estado tenían que aumentar necesariamente a medida que su dominación y las condiciones de vida de su clase se veían amenazadas por más partes. No se puede reducir la gendarmería a medida que se multiplican los ataques contra las personas y contra la propiedad.

El otro camino que tiene el Estado es el de procurar eludir sus deudas y establecer por el momento, en el presupuesto, un equilibrio —aunque sea pasajero—, echando *impuestos extraordinarios* sobre las espaldas de las clases más ricas. Para sustraer la riqueza nacional a la explotación de la Bolsa, ¿tenía que sacrificar el partido del orden su propia riqueza en el altar de la patria? *Pas si bête!**

Por tanto, sin revolucionar completamente el Estado francés no había manera de revolucionar el presupuesto del Estado francés. Con este presupuesto era inevitable el crecimiento de la deuda del Estado, y con este crecimiento era indispensable la dominación de los que comercian con la deuda pública, de los acreedores del Estado, de los banqueros, de los comerciantes en

* ¡No era tan tonto! (*N. de la Edit.*)

dinero, de los linces de la Bolsa. Sólo una fracción del partido del orden participaba directamente en el derrocamiento de la aristocracia financiera: los *fabricantes*. No hablamos de los medianos ni de los pequeños industriales; hablamos de los regentes del interés fabril, que bajo Luis Felipe habían formado la amplia base de la oposición dinástica. Su interés está indudablemente en que se disminuyan los gastos de la producción, es decir, en que se disminuyan los impuestos, que gravan la producción, y en que se disminuya la deuda pública, cuyos intereses gravan los impuestos. Están, pues, interesados en el derrocamiento de la aristocracia financiera.

En Inglaterra —y los mayores fabricantes franceses son pequeños burgueses, comparados, con sus rivales británicos— vemos efectivamente a los fabricantes —a un Cobden, a un Bright— a la cabeza de la cruzada contra la Banca y contra la aristocracia de la Bolsa. ¿Por qué no en Francia? En Inglaterra predomina la industria; en Francia, la agricultura. En Inglaterra la industria necesita del *free trade**; en Francia necesita aranceles protectores o sea el monopolio nacional junto a los otros monopolios. La industria francesa no domina la producción francesa, y por eso los industriales franceses no dominan a la burguesía francesa. Para sacar a flote sus intereses frente a las demás fracciones de la burguesía, no pueden, como los ingleses, marchar al frente del movimiento y al mismo tiempo poner su interés de clase en primer término; tienen que seguir al cortejo de la revolución y servir intereses que están en contra de los intereses comunes de su clase. En Febrero no habían sabido ver dónde estaba su puesto, y Febrero les aguzó el ingenio. ¿Y quién está más directamente amenazado por los obreros que el patrono, el capitalista industrial? En Francia, el fabricante tenía que convertirse necesariamente en el miembro más fanático del partido del orden. La merma de su *ganancia* por la finanza, *¿qué importancia tiene al lado de la supresión de toda ganancia por el proletariado*?

En Francia, el pequeñoburgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeñoburgués; y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. Las tareas del obrero no se cumplen en Francia; sólo se proclaman. Su solución no puede ser alcanzada en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales[14]; la guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una guerra mundial entre naciones. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al pueblo que domina el

---

* Libre cambio. (*N. de la Edit.*)

mercado mundial, a dirigir a Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo.

Pero volvamos a Fould.

El 14 de noviembre de 1849, Fould subió a la tribuna de la Asamblea Nacional y explicó su sistema financiero: ¡la apología del viejo sistema fiscal! ¡Mantenimiento del impuesto sobre el vino! ¡Revocación del impuesto sobre la renta de Passy!

Tampoco Passy era ningún revolucionario; era un antiguo ministro de Luis Felipe. Era uno de esos puritanos de la envergadura de Dufaure y uno de los hombres de más confianza de Teste, el chivo expiatorio de la monarquía de Julio*. También Passy había alabado el viejo sistema fiscal y recomendado el mantenimiento del impuesto sobre el vino, pero al mismo tiempo había desgarrado el velo que cubría el déficit del Estado. Había declarado la necesidad de un nuevo impuesto, del impuesto sobre la renta, si no se quería llevar al Estado a la bancarrota. Fould, que recomendara a Ledru-Rollin la bancarrota del Estado, recomendó a la Asamblea Legislativa el déficit del Estado. Prometió ahorros cuyo misterio se reveló más tarde: por ejemplo, los gastos disminuyeron en sesenta millones y la deuda flotante aumentó en doscientos; artes de escamoteo en la agrupación de las cifras y en la rendición de las cuentas, que en último término iban todas a desembocar en nuevos empréstitos.

Con Fould en el ministerio, al encontrarse en presencia de las demás fracciones burguesas celosas de ella, la aristocracia financiera no actuó, naturalmente, de un modo tan cínicamente corrompido como bajo Luis Felipe. Pero el sistema era, a pesar de todo, el mismo: aumento constante de las deudas, disimulación del déficit. Y con el tiempo volvieron a asomar más descaradamente las viejas estafas de la Bolsa. Prueba de ello: la ley sobre el ferrocarril de Avignon, las misteriosas oscilaciones de los valores del Estado, que durante un momento fueron el tema de las conversaciones de todo París, y finalmente las fracasadas especulaciones de Fould y Bonaparte sobre las elecciones del 10 de marzo.

* El 8 de julio de 1847, comenzó ante el Tribunal de los pares de París el proceso contra Parmentier y el general Cubières por corrupción de funcionarios con objeto de obtener una concesión de minas de sal, y contra Teste, ministro de Obras Públicas de entonces, acusado de haberse dejado sobornar por ellos. Este último intentó suicidarse durante el proceso. Todos fueron condenados a fuertes multas. Teste, además, a tres años de cárcel. (*Nota de F. Engels para la edición de 1895.*)

Con la restauración oficial de la aristocracia financiera, el pueblo francés tenía que verse pronto abocado a un nuevo 24 de febrero.

La Constituyente, en un acceso de misantropía contra su heredera, había suprimido el impuesto sobre el vino para el año de gracia de 1850. Con la supresión de los viejos impuestos no se podían pagar las nuevas deudas. *Creton*, un cretino del partido del orden, había solicitado el mantenimiento del impuesto sobre el vino ya antes de que la Asamblea Legislativa suspendiese sus sesiones. Fould recogió esta propuesta, en nombre del ministerio bonapartista, y el 20 de diciembre de 1849, en el aniversario de la elevación de Bonaparte a la Presidencia, la Asamblea Nacional decretó *la restauración del impuesto sobre el vino.*

El abogado de esta restauración no fue ningún financiero, fue el jefe de los jesuitas *Montalembert.* Su deducción era contundentemente sencilla: el impuesto es el pecho materno de que se amamanta el gobierno. El Gobierno son los instrumentos de represión, son los órganos de la autoridad, es el ejército, es la policía, son los funcionarios, los jueces, los ministros, son los *sacerdotes.* El ataque contra los impuestos es el ataque de los anarquistas contra los centinelas del orden, que amparan la producción material y espiritual de la sociedad burguesa contra los ataques de los vándalos proletarios. El impuesto es el quinto dios, al lado de la propiedad, la familia, el orden y la religión. Y el impuesto sobre el vino es indiscutiblemente un impuesto; y no un impuesto como otro cualquiera, sino un impuesto tradicional, un impuesto de espíritu monárquico, un impuesto respetable. *Vive l'impôt des boissons! Three cheers and one more!**

El campesino francés, cuando quiere representar al diablo, lo pinta con la figura del recaudador de contribuciones. Desde el momento en que Montalembert elevó el impuesto a la categoría de dios, el campesino renunció a dios, se hizo ateo y se echó en brazos del diablo, en brazos del *socialismo.* Tontamente, la religión del orden lo dejó escapar de sus manos; lo dejaron escapar los jesuitas, lo dejó escapar Bonaparte. El 20 de diciembre de 1849 comprometió irrevocablemente al 20 de diciembre de 1848. El «sobrino de su tío» no era el primero de la familia a quien derrotaba el impuesto sobre el vino, este impuesto que, según la expresión de Montalembert, barruntaba la tormenta revolucionaria. El verdadero, el gran Napoleón, declaró en Santa Elena que el restablecimiento del impuesto sobre el vino había contribuido a su caída más que todo lo demás junto, al enajenarle las

---

* ¡Viva el impuesto sobre el vino! ¡Tres vivas y un viva más! (*N. de la Edit.*)

simpatías de los campesinos del Sur de Francia. Ya bajo Luis XIV era este impuesto el favorito del odio del pueblo (véanse las obras de Boisguillebert y Vauban); y, abolido por la primera revolución, Napoleón lo había restablecido en 1808, bajo una forma modificada. Cuando la restauración entró en Francia, delante de ella no cabalgaban solamente los cosacos, sino también la promesa de supresión del impuesto sobre el vino. La *gentilhommerie** no necesitaba, naturalmente, cumplir su palabra a la *gens taillable à merci et miséricorde***. 1830 fue un año que prometió la abolición del impuesto sobre el vino. No estaba en sus costumbres hacer lo que decía ni decir lo que hacía. 1848 prometió la abolición del impuesto sobre el vino, como lo prometió todo. Por último, la Constituyente, que nada había prometido, dio, como queda dicho, una disposición testamentaria según la cual el impuesto sobre el vino debería desaparecer a partir del 1 de enero de 1850. Y precisamente diez días antes del 1 de enero, la Asamblea Legislativa volvió a restablecerlo. Es decir, que el pueblo francés perseguía continuamente a este impuesto, y cuando lo echaba por la puerta se le colaba de nuevo por la ventana.

El odio popular contra el impuesto sobre el vino se explica por la razón de que este impuesto era suma y compendio de todo lo que tenía de execrable el sistema fiscal francés. El modo de su percepción es odioso y el modo de su distribución, aristocrático, pues las tasas son las mismas para los vinos más corrientes que para los más caros. Aumenta, por tanto, en progresión geométrica, con la pobreza del consumidor, como un impuesto progresivo al revés. Es una prima a la adulteración y a la falsificación de los vinos y provoca, por tanto, directamente, el envenenamiento de las clases trabajadoras. Disminuye el consumo montando fielatos a las puertas de todas las ciudades de más de 4.000 habitantes y convirtiendo cada ciudad en un territorio extranjero con aranceles protectores contra los vinos franceses. Los grandes tratantes en vinos, pero sobre todo los pequeños, los «marchands de vin», los taberneros, cuyos ingresos dependen directamente del consumo de bebidas, son otros tantos adversarios declarados de este impuesto. Y, finalmente, al reducir el consumo, el impuesto sobre el vino merma a la producción el mercado. A la par que incapacita a los obreros de las ciudades para pagar el vino, incapacita a los campesinos vinícolas para venderlo. Y Francia cuenta con una población vitivinícola de unos doce millones. Fácil es comprender, con esto, el odio del pueblo en general y el fanatismo de los

---

* La nobleza. (*N. de la Edit.*)

** La gente a quien se podía gravar con impuestos a discreción. (*N. de la Edit.*)

campesinos en particular contra el impuesto sobre el vino. Además en su restablecimiento no veían un acontecimiento aislado, más o menos fortuito. Los campesinos tienen una modalidad propia de tradición histórica, que se hereda de padres a hijos. Y en esta escuela histórica se murmuraba que todo gobierno, en cuanto quiere engañar a los campesinos, promete abolir el impuesto sobre el vino y, después que los ha engañado, lo mantiene o lo restablece. Por el impuesto sobre el vino paladea el campesino el bouquet del gobierno, su tendencia. El restablecimiento del impuesto sobre el vino, el 20 de diciembre, quería decir: *Luis Bonaparte es como los otros.* Pero éste no era como los otros, era una *invención campesina*, y en los pliegos con millones de firmas contra el impuesto sobre el vino, los campesinos retiraban los votos que habían dado hacía un año al «sobrino de su tío».

La población campesina —más de los dos tercios de la población total de Francia—, está compuesta en su mayor parte por los *propietarios territoriales* supuestamente libres. La primera generación, liberada sin compensación de las cargas feudales por la revolución de 1789, no había pagado nada por la tierra. Pero las siguientes generaciones pagaban bajo la forma de *precio de la tierra* lo que sus antepasados semisiervos habían pagado bajo la forma de rentas, diezmos, prestaciones personales, etc. Cuanto más crecía la población y más se acentuaba el reparto de la tierra, más caro era el precio de la parcela, pues a medida que ésta disminuye, aumenta la demanda en torno a ella. Pero en la misma proporción en que subía el precio que el campesino pagaba por la parcela —tanto si la compraba directamente como si sus coherederos se la cargaban en cuenta como capital—, aumentaba necesariamente el *endeudamiento del campesino*, es decir, la *hipoteca.* El título de deuda que grava el suelo se llama, en efecto, *hipoteca*, o sea, papeleta de empeño de la tierra. Al igual que sobre las fincas medievales se acumulaban los *privilegios*, sobre la parcela moderna se acumulan las *hipotecas.* Por otra parte, en la economía parcelaria, la tierra es, para su propietario, un mero *instrumento de producción.* Ahora bien, a medida que el suelo se reparte, disminuye su fertilidad. La aplicación de maquinaria al cultivo, la división del trabajo, los grandes medios para mejorar la tierra, tales como la instalación de canales de drenaje y de riego, etc., se hacen cada vez más imposibles, a la par que los *gastos improductivos* del cultivo aumentan en la misma medida en que aumenta la división del instrumento de producción en sí. Y todo esto, lo mismo si el dueño de la parcela posee capital que si no lo posee. Pero, cuanto más se acentúa la división, más es el pedazo de tierra con su mísero inventario el único capital

del campesino parcelista, más se reduce la inversión del capital sobre el suelo, más carece el pequeño campesino [*Kotsass*] de la tierra, de dinero y de cultura para aplicar los progresos de la agronomía, más retrocede el cultivo del suelo. Finalmente, el *producto neto* disminuye en la misma proporción en que aumenta el *consumo bruto*, en que toda la familia del campesino se ve imposibilitada para otras ocupaciones por la posesión de su tierra, aunque de ésta no pueda sacar lo bastante para vivir.

Así, pues, en la misma medida en que aumenta la población, y con ella la división del suelo, *encarece el instrumento de producción*, la tierra, y disminuye su *fertilidad*, y en la misma medida *decae la agricultura y se carga de deudas el campesino*. Y lo que era efecto se convierte, a su vez, en causa. Cada generación deja a la otra más endeudada, cada nueva generación comienza bajo condiciones más desfavorables y más gravosas, las hipotecas engendran nuevas hipotecas y, cuando el campesino no puede encontrar en su parcela una garantía para contraer *nuevas deudas*, es decir, cuando no puede gravarla con nuevas hipotecas, cae directamente en las garras de la *usura*, y los *intereses usurarios* se hacen cada vez más descomunales.

Y así se ha llegado a una situación en que el campesino francés, bajo la forma de *intereses* por las *hipotecas* que gravan la tierra, bajo la forma de intereses por los *adelantos no hipotecarios del usurero*, cede al capitalista no sólo la renta del suelo, no sólo el beneficio industrial, en una palabra: no sólo *toda la ganancia neta*, sino incluso *una parte del salario*; es decir, que ha descendido al nivel del *colono irlandés*, y todo bajo el pretexto de ser *propietario privado*.

En Francia, este proceso fue acelerado por la *carga fiscal* continuamente creciente y por las *costas judiciales*, en parte provocadas directamente por los mismos formalismos con que la legislación francesa rodea a la propiedad territorial, en parte por los conflictos interminables que se producen entre parcelas que lindan unas con otras y se entrecruzan por todos lados, y en parte por la furia pleiteadora de los campesinos, en quienes el disfrute de la propiedad se reduce al goce de hacer valer fanáticamente la propiedad imaginaria, *el derecho de propiedad*.

Según una estadística de 1840, el producto bruto del suelo francés ascendía a 5.237.178.000 francos. De éstos, 3.552.000.000 de francos se destinan a gastos de cultivo, incluyendo el consumo de los hombres que trabajan. Queda un producto neto de 1.685.178.000 francos, de los cuales hay que descontar 550 millones para intereses hipotecarios, 100 millones para los funcionarios de justicia, 350 millones para impuestos y 107 millones

para derechos de inscripción, timbres, tasas del registro hipotecario, etc. Queda la tercera parte del producto neto, 538 millones, que, repartidos entre la población, no tocan ni a 25 francos de producto neto por cabeza[143]. En esta cuenta no entran, naturalmente, ni la usura extrahipotecaria ni las costas de abogados, etc.

Fácil es comprender la situación en que se encontraron los campesinos franceses, cuando la república añadió a las viejas cargas otras nuevas. Como se ve, su explotación se distingue de la explotación del proletariado industrial sólo por la *forma*. El explotador es el mismo: *el capital*. Individualmente, los capitalistas explotan a los campesinos por medio de la *hipoteca* y de la *usura*; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los *impuestos del Estado*. El título de propiedad del campesino es el talismán con que el capital le venía fascinando hasta ahora, el pretexto de que se valía para azuzarle contra el proletariado industrial. Sólo la caída del capital puede hacer subir al campesino; sólo un gobierno anticapitalista, proletario, puede acabar con su miseria económica y con su degradación social. *La república constitucional* es la dictadura de sus explotadores coligados; la república *socialdemocrática*, la república *roja*, es la dictadura de sus aliados. Y la balanza sube o baja según los votos que el campesino deposita en la urna electoral. El mismo tiene que decidir su suerte. Así hablaban los socialistas en folletos, en almanaques, en calendarios, en proclamas de todo género. Hicieron este lenguaje más asequible al campesino los escritos polémicos que lanzó el partido del orden, el cual también, a su vez, se dirigió a él y, con la burda exageración, con la brutal interpretación y exposición de las intenciones e ideas de los socialistas, fue a dar precisamente con el verdadero tono campesino y sobreexcitó el apetito de aquél hacia el fruto prohibido. Pero los que hablaban el lenguaje más inteligible eran la propia experiencia que la clase campesina tenía ya del uso del derecho al sufragio y los desengaños, que, en el rápido desarrollo revolucionario, iban descargando golpe tras golpe sobre su cabeza. *Las revoluciones son las locomotoras de la historia.*

La gradual revolucionarización de los campesinos se manifestó en diversos síntomas. Se reveló ya en las elecciones a la Asamblea Legislativa; se reveló en el estado de sitio de los cinco departamentos que circundan a Lyon; se reveló algunos meses después del 13 de junio en la elección de un miembro de la Montaña en lugar del ex presidente de la *Chambre introuvable**, por el departamento de la Gironda; se reveló el 20 de diciembre de 1849 en la

* Así se llama en la Historia la Cámara de diputados fanáticamente ultramonárquica y reaccionaria, elegida en 1815, inmediatamente después de la segunda caída de Napoleón. (*Nota de F. Engels para la edición de 1895.*)

elección de un rojo para ocupar el puesto de un diputado legitimista muerto, en el departamento *du Gard*[144], esta tierra de promisión de los legitimistas, escenario de los actos de ignominia más espantosos contra los republicanos en 1794 y 1795, sede central de *la terreur blanche** de 1815, donde los liberales y los protestantes eran públicamente asesinados. Esta revolucionarización de la clase más estacionaria se manifiesta del modo más palpable después del restablecimiento del impuesto sobre el vino. Durante los meses de enero y febrero de 1850, las medidas del Gobierno y las leyes que se dictan se dirigen casi exclusivamente contra los *departamentos* y los *campesinos*. Es la prueba más palmaria de su progreso.

La *circular de d'Hautpoul* por la que se convierte al gendarme en inquisidor del prefecto, del subprefecto, y sobre todo del alcalde y por la que se organiza el espionaje hasta en los rincones de la aldea más remota; la *ley contra los maestros de escuela*, ley por la que éstos, que son las capacidades intelectuales, los portavoces, los educadores y los intérpretes de la clase campesina, son sometidos al capricho de los prefectos; ley por la que los maestros —proletarios de la clase culta— son expulsados de municipio en municipio como caza acosada; el *proyecto de ley contra los alcaldes*, por el que se suspende sobre sus cabezas la espada de Damocles de la destitución y se les enfrenta en todo momento —a ellos, presidentes de los municipios campesinos—, con el presidente de la república y con el partido del orden; la *ordenanza* por la que las 17 divisiones militares de Francia se convierten en cuatro bajalatos[145] y el cuartel y el vivac se imponen a los franceses como salón nacional; la *ley de enseñanza*, con la que el partido del orden proclama que la ignorancia y el embrutecimiento de Francia por la fuerza son condición necesaria para que pueda vivir bajo el régimen del surfagio universal: ¿qué eran todas estas leyes y medidas? Otros tantos intentos desesperados de reconquistar para el partido del orden a los departamentos y a los campesinos de los departamentos.

Considerados como *represión*, estos procedimientos eran deplorables, eran los verdugos de la propia finalidad que perseguían. Las grandes medidas, como el mantenimiento del impuesto sobre el vino, el impuesto de los 45 céntimos, la repulsa burlona dada a la petición campesina de devolución de los mil millones, etcétera: todos estos rayos legislativos se descargaban sobre la clase campesina de golpe, en grande, desde la sede central; y las leyes y medidas citadas más arriba daban carácter *general* al ataque y a la resistencia, convirtiéndolos en tema diario de las conversaciones

* El terror blanco. (*N. de la Edit.*)

en todas las chozas; inoculaban la revolución en todas las aldeas, *la llevaban a los pueblos y la hacían campesina.*

Por otra parte, estos proyectos de Bonaparte y su aprobación por la Asamblea Nacional, ¿no demostraban la unidad existente entre los dos poderes de la república constitucional en lo referente a la represión de la anarquía, es decir, de todas las clases que se rebelaban contra la dictadura burguesa? ¿Acaso *Soulouque*, inmediatamente después de su brusco mensaje[146], no había asegurado a la Asamblea legislativa su devoción por el orden mediante el mensaje subsiguiente de *Carlier*[147], caricatura sucia y vil de Fouché, como el mismo Luis Bonaparte era la caricatura vulgar de Napoleón?

La ley de enseñanza nos revela la alianza de los jóvenes católicos con los viejos volterianos. La dominación de los burgueses coligados, ¿podía ser otra cosa que el despotismo coligado de la restauración amiga de los jesuitas y de la monarquía de Julio, que se las daba de librepensadora? Las armas que había repartido entre el pueblo una fracción burguesa contra la otra, en sus pugnas alternativas por la dominación soberana, ¿no había que arrebatárselas de nuevo, ahora que se enfrentaba a la dictadura conjunta de ambas? Nada, ni siquiera la repulsa de los *concordats à l'amiable** sublevó tanto a los tenderos de París como esta coqueta ostentación de *jesuitismo.*

Entretanto, proseguían las colisiones entre las distintas fracciones del partido del orden y entre la Asamblea Nacional y Bonaparte. A la Asamblea Nacional no le gustó mucho el que, inmediatamente después de su golpe de Estado, después de haber formado un ministerio bonapartista propio, Bonaparte llamase a su presencia a los inválidos de la monarquía nombrados para prefectos y les pusiese como condición para ostentar el cargo el hacer campaña de agitación anticonstitucional a favor de su reelección a la presidencia; el que Carlier festejase su toma de posesión con la supresión de un club legitimista; el que Bonaparte crease un periódico propio, *Le Napoléon*[148], que delataba al público los apetitos secretos del presidente, mientras sus ministros tenían que negarlos en el escenario de la Asamblea Legislativa. No le gustaba mucho el mantenimiento obstinado del ministerio, a pesar de sus distintos votos de censura; tampoco le gustaba mucho el intento de ganarse el favor de los suboficiales con un aumento de veinte céntimos diarios y el favor del proletariado con un plagio de *Los Misterios de París* de Eugenio Sue, con un Banco para préstamos de honor; ni, finalmente, la desvergüenza con que se hacía que los ministros propusieran la deportación a Argelia de los insurrectos de Junio que aún quedaban, para

Acuerdos amistosos (*N. de la Edit.*)

echar sobre la Asamblea Legislativa la impopularidad *en gros**, mientras el presidente se reservaba para sí la popularidad *en détail***, concediendo indultos individuales. *Thiers* dejó escapar palabras amenazadoras sobre *coups d'état**** y *coups de tête***** y la Asamblea Legislativa se vengó de Bonaparte rechazando todos los proyectos de ley que le presentaba en beneficio propio e investigando de un modo ruidosamente desconfiado todos los que presentaba en beneficio común, para averiguar si, fortaleciendo el poder ejecutivo, no aspiraba a aprovecharse de él para el poder personal de Bonaparte. En una palabra, *se vengó con la conspiración del desprecio.*

Por su parte, el partido de los legitimistas veía con enojo cómo los orleanistas, más capacitados, volvían a adueñarse de casi todos los puestos y cómo crecía la *centralización*, mientras que el cifraba en la *descentralización* sus esperanzas de triunfo. Y, en efecto, la contrarrevolución *centralizaba violentamente*, es decir, preparaba el mecanismo de la revolución. *Centralizó* incluso, mediante el curso forzoso de los billetes de Banco, el oro y la plata de Francia en el Banco de París, creando así el *tesoro de guerra* de la revolución, *listo para su empleo.*

Finalmente, los orleanistas veían con enojo cómo salía de nuevo a flote el principio de la legitimidad, alzándose frente a su principio bastardo, y cómo eran ellos postergados y maltratados a cada paso como una esposa burguesa por su noble consorte.

Hemos visto cómo, unos tras otros, los campesinos, los pequeños burgueses, las capas medias en general, se iban colocando junto al proletariado, cómo eran empujados a una oposición abierta contra la república oficial y tratados por ésta como adversarios. *Rebelión contra la dictadura burguesa, necesidad de un cambio de la sociedad, mantenimiento de las instituciones democrático-republicanas como instrumentos de este cambio, agrupación en torno al proletariado como fuerza revolucionaria decisiva:* tales son las características generales del *llamado partido de la social-democracia, del partido de la república roja.* Este *partido de la anarquía*, como sus adversarios lo bautizán, es también una coalición de diferentes intereses, ni más ni menos que *el partido del orden.* Desde la reforma mínima del viejo desorden social hasta la subversión del viejo orden social, desde el liberalismo burgués hasta el terrorismo revolucionario: tal es la distancia que separa a los dos extremos que constituyen el punto de partida y la meta final del partido de la «anarquía».

---

* Al por mayor. (*N. de la Edit.*)
** Al por menor. (*N. de la Edit.*)
*** Golpes de Estado. (*N. de la Edit.*)
**** Ventoleras. (*N. de la Edit.*)

¡La abolición de los aranceles protectores es socialismo! Porque atenta contra el monopolio de la fracción *industrial* del partido del orden. ¡La regulación del presupuesto es socialismo! Porque atenta contra el monopolio de la fracción *financiera* del partido del orden. ¡La libre importación de carne y cereales extranjeros es socialismo! Porque atenta contra el monopolio de la tercera fracción del partido del orden, la de la *gran propiedad terrateniente*. En Francia, las reivindicaciones del partido de los freetraders[149], es decir, del partido más progresivo de la burguesía inglesa, aparecen como otras tantas reivindicaciones socialistas. ¡El volterianismo es socialismo!, pues atenta contra la cuarta fracción del partido del orden: la *católica*. ¡La libertad de prensa, el derecho de asociación, la instrucción pública general son socialismo, socialismo! Atentan contra el monopolio general del partido del orden.

La marcha de la revolución había hecho madurar tan rápidamente la situación, que los partidarios de reformas de todos los matices y las pretensiones más modestas de las clases medias veíanse obligados a agruparse en torno a la bandera del partido revolucionario más extremo, en torno a la *bandera roja*.

Sin embargo, por muy diverso que fuese el *socialismo* de los diferentes grandes sectores que integraban el partido de la anarquía —según las condiciones económicas de su clase o fracción de clase y las necesidades generales revolucionarias que de ellas brotaban—, había *un* punto en que coincidían todos: en proclamarse como *medio para la emancipación del proletariado* y en proclamar esta emancipación como su *fin*. Engaño intencionado de unos e ilusión de otros, que presentan el mundo transformado con arreglo a sus necesidades como el mundo mejor para todos, como la realización de todas las reivindicaciones revolucionarias y la supresión de todos los conflictos revolucionarios.

Bajo las frases socialistas *generales* y de tenor bastante uniforme del *«partido de la anarquía»*, se esconde el *socialismo* del *National*, de la *Presse* y del *Siècle*, que, más o menos consecuentemente, quiere derrocar la dominación de la aristocracia financiera y liberar a la industria y al comercio de las trabas que han sufrido hasta hoy. Es éste el socialismo de la industria, del comercio y de la agricultura, cuyos regentes dentro del partido del orden sacrifican estos intereses, por cuanto ya no coinciden con sus monopolios privados. De este *socialismo burgués*, que, naturalmente, como todas las variedades del socialismo, atrae a un sector de obreros y pequeños burgueses, se distingue el peculiar *socialismo pequeñoburgués*, el socialismo *par excellence**. El

* Por excelencia. (*N. de la Edit.*)

capital acosa a esta clase, principalmente como *acreedor*; por eso ella exige *instituciones de crédito*. La aplasta por la *competencia*; por eso ella exige *asociaciones* apoyadas por el Estado. Tiene superioridad en la lucha, a causa de la *concentración* del capital; por eso ella exige *impuestos progresivos*, restricciones para las herencias, centralización de las grandes obras en manos del Estado y otras medidas que *contengan por la fuerza el incremento del capital*. Y como ella sueña con la realización pacífica de su socialismo —aparte, tal vez, de una breve repetición de la revolución de Febrero—, se representa, naturalmente, el futuro proceso histórico como la *aplicación de los sistemas* que inventan o han inventado los pensadores de la sociedad, ya sea colectiva o individualmente. Y así se convierten en eclécticos o en adeptos de los *sistemas* socialistas existentes, del *socialismo doctrinario*, que sólo fue la expresión teórica del proletariado mientras éste no se había desarrollado todavía lo suficiente para convertirse en un movimiento histórico propio y libre.

Mientras que la *utopía*, el *socialismo doctrinario*, que supedita el movimiento total a uno de sus aspectos, que suplanta la producción colectiva, social, por la actividad cerebral de un pedante suelto y que, sobre todo, mediante pequeños trucos o grandes sentimentalismos, elimina en su fantasía la lucha revolucionaria de las clases y sus necesidades, mientras que este socialismo doctrinario, que en el fondo no hace más que idealizar la sociedad actual, forjarse de ella una imagen limpia de defectos y quiere imponer su propio ideal a despecho de la realidad social; mientras que este socialismo es traspasado por el proletariado a la pequeña burguesía; mientras que la lucha de los distintos jefes socialistas entre sí pone de manifiesto que cada uno de los llamados sistemas se aferra pretenciosamente a uno de los puntos de transición de la transformación social, contraponiéndolo a los otros, el *proletariado* va agrupándose más en torno al *socialismo revolucionario*, en torno al *comunismo*, que la misma burguesía ha bautizado con el nombre de *Blanqui*. Este socialismo es la *declaración de la revolución permanente*, de la *dictadura de clase* del proletariado como punto necesario de transición para la *supresión de las diferencias de clase en general*, para la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales.

El espacio de esta exposición no consiente desarrollar más este tema.

Hemos visto que así como en el partido del *orden* se puso necesariamente a la cabeza la *aristocracia financiera*, en el partido

de la «*anarquía*» pasó a primer plano el *proletariado.* Y mientras las diferentes clases reunidas en una liga revolucionaria se agrupaban en torno al proletariado, mientras los departamentos eran cada vez menos seguros y la propia Asamblea Legislativa se tornaba cada vez más hosca contra las pretensiones del Soulouque francés*, se iban acercando las elecciones parciales —que tantos retrasos y aplazamientos habían sufrido—, para cubrir los puestos de los diputados de la Montaña proscritos a consecuencia del 13 de junio.

El Gobierno, despreciado por sus enemigos, maltratado y humillado a diario por sus supuestos amigos, no veía más que *un* medio para salir de aquella situación desagradable e insostenible: el *motín.* Un motín en París habría permitido decretar el estado de sitio en París y en los departamentos y coger así las riendas de las elecciones. De otra parte, los amigos del orden se verían obligados a hacer concesiones a un gobierno que hubiese conseguido una victoria sobre la anarquía, si no querían aparecer ellos también como anarquistas.

El Gobierno puso manos a la obra. A comienzos de febrero de 1850, se provocó al pueblo derribando los árboles de la libertad[150]. En vano. Si los árboles de la libertad perdieron su puesto, el propio Gobierno perdió la cabeza y retrocedió asustado ante sus propias provocaciones. Por su parte, la Asamblea Nacional recibió con una desconfianza de hielo esta torpe tentativa de emancipación de Bonaparte. No tuvo más éxito la retirada de las coronas de siemprevivas de la Columna de Julio[151]. Esto dio a una parte del ejército la ocasión para manifestaciones revolucionarias y a la Asamblea Nacional para un voto de censura más o menos velado contra el ministerio. En vano la amenaza de la prensa del Gobierno con la abolición del sufragio universal, con la invasión de los cosacos. En vano el reto que d'Hautpoul lanzó directamente a las izquierdas en plena Asamblea Legislativa para que se echasen a la calle y su declaración de que el Gobierno estaba preparado para recibirlas. D'Hautpoul no consiguió más que una llamada al orden que le hizo el presidente, y el partido del orden, con silenciosa malevolencia, dejó que un diputado de la izquierda pusiese en ridículo los apetitos usurpadores de Bonaparte. En vano, finalmente, la profecía de una revolución para el *24 de febrero.* El Gobierno hizo que el 24 de febrero pasase ignorado para el pueblo.

El proletariado no se dejó provocar a ningún *motín* porque se disponía a hacer una *revolución.*

---

* Napoleón III. (*N. de la Edit.*)

Sin dejarse desviar de su camino por las provocaciones del Gobierno, que no hacían más que aumentar la irritación general contra el estado de cosas existente, el comité electoral, que estaba completamente bajo la influencia de los obreros, presentó tres candidatos por París: *De Flotte*, *Vidal* y *Carnot*. *De Flotte* era un deportado de Junio, amnistiado por una de las ocurrencias de Bonaparte en busca de popularidad; era amigo de Blanqui y había tomado parte en el atentado del 15 de mayo. *Vidal*, conocido como escritor comunista por su libro *Sobre la distribución de la riqueza*, había sido secretario de Luis Blanc en la Comisión del Luxemburgo. Y *Carnot*, hijo del hombre de la Convención que había organizado la victoria, el miembro menos comprometido del partido del *National*, ministro de Educación en el Gobierno provisional y en la Comisión Ejecutiva, era, por su democrático proyecto de ley sobre la instrucción pública, una protesta viviente contra la ley de enseñanza de los jesuitas. Estos tres candidatos representaban a las tres clases coligadas: a la cabeza, el insurrecto de Junio, el representante del proletariado revolucionario; junto a él, el socialista doctrinario, el representante de la pequeña burguesía socialista; y finalmente, el tercero, representante del partido burgués republicano, cuyas fórmulas democráticas habían cobrado, frente al partido del orden, una significación socialista y habían perdido desde hacía ya mucho tiempo su propia significación. Era, *como en Febrero*, una *coalición general contra la burguesía y el Gobierno*. Pero, esta vez estaba el *proletariado a la cabeza de la liga revolucionaria.*

A pesar de todos los esfuerzos hechos en contra, vencieron los candidatos socialistas. El mismo ejército votó por el insurrecto de Junio contra La Hitte, su propio ministro de la Guerra. El partido del orden estaba como si le hubiese caído un rayo encima. Las elecciones departamentales no le sirvieron de consuelo, pues arrojaron una mayoría de hombres de la Montaña.

¡Las elecciones del 10 de marzo de 1850! Era la revocación de junio de 1848: los asesinos y deportadores de los insurrectos de Junio volvieron a la Asamblea Nacional, pero con la cerviz inclinada, detrás de los deportados, y con los principios de éstos en los labios. *Era la revocación del 13 de junio de 1849*: la Montaña, proscrita por la Asamblea Nacional, volvió a su seno, pero como trompetero de avanzada de la revolución, ya no como su jefe. *Era la revocación del 10 de diciembre*: Napoleón había sido derrotado con su ministro La Hitte. La historia parlamentaria de Francia sólo conoce un caso análogo: la derrota de Haussez, ministro de Carlos X, en 1830. Las elecciones del 10 de marzo de 1850 eran, finalmente, la cancelación de las elecciones del 13 de mayo, que habían dado al partido del orden la mayoría.

Las elecciones del 10 de marzo protestaron contra la mayoría del 13 de mayo. El 10 de marzo era una revolución. Detrás de las papeletas de voto estaban los adoquines del empedrado.

«La votación del 10 de marzo es la guerra», exclamó Ségur d'Aguesseau, uno de los miembros más progresistas del partido del orden.

Con el 10 de marzo de 1850, la república constitucional entra en una nueva fase, *en la fase de su disolución*. Las distintas fracciones de la mayoría vuelven a estar unidas entre sí y con Bonaparte, vuelven a ser las salvadoras del orden y él vuelve a ser su *hombre neutral*. Cuando se acuerdan de que son monárquicas sólo es porque desesperan de la posibilidad de una república burguesa, y cuando él se acuerda de que es un pretendiente sólo es porque desespera de seguir siendo presidente.

A la elección de *De Flotte*, el insurrecto de Junio, contesta Bonaparte, por mandato del partido del orden, con el nombramiento de *Baroche* para ministro del Interior; de Baroche, el acusador de Blanqui y Barbès, de Ledru-Rollin y Guinard. A la elección de *Carnot* contesta la Asamblea Legislativa con la aprobación de la ley de enseñanza; a la elección de *Vidal* con la suspensión de la prensa socialista. El partido del orden pretende ahuyentar su propio miedo con los trompetazos de su prensa. «¡La espada es sagrada!», grita uno de sus órganos. «¡Los defensores del orden deben tomar la ofensiva contra el partido rojo!», grita otro. «Entre el socialismo y la sociedad hay un duelo a muerte, una guerra sin tregua ni cuartel; en este duelo a la desesperada tiene que perecer uno de los dos; si la sociedad no aniquila al socialismo, el socialismo aniquilará a la sociedad!», canta un tercer gallo del orden. ¡Levantad las barricadas del orden, las barricadas de la religión, las barricadas de la familia! ¡Hay que acabar con los 127.000 electores de París![152] ¡Un San Bartolomé de socialistas! Y el partido del orden cree por un momento que tiene asegurada la victoria.

Contra quien más fanáticamente se revuelven sus órganos es contra los *«tenderos de París»*. ¡El insurrecto de Junio elegido diputado por los tenderos de París! Esto significa que es imposible un segundo 13 de junio de 1848; esto significa que la influencia moral del capital está rota; esto significa que la Asamblea burguesa ya no representa más que a la burguesía; esto significa que la gran propiedad está perdida, porque su vasallo, la pequeña propiedad, va a buscar su salvación al campo de los que no tienen propiedad alguna.

El partido del orden vuelve, naturalmente, a su inevitable *lugar común*. *«¡Más represión!»*, exclama. *«¡Decuplicar la represión!»*; pero su fuerza represiva es ahora diez veces menor, mientras

que la resistencia se ha centuplicado. ¿No hay que reprimir al instrumento principal de la represión, al ejército? Y el partido del orden pronuncia su última palabra: «Hay que romper el anillo de hierro de una legalidad asfixiante. *La república constitucional es imposible.* Tenemos que luchar con nuestras verdaderas armas; desde febrero de 1848 venimos combatiendo a la revolución con *sus* armas y en *su* terreno; hemos aceptado *sus* instituciones, la Constitución es una fortaleza que sólo protege a los sitiadores, pero no a los sitiados. Al meternos de contrabando en la Santa Ilión dentro de la panza del caballo de Troya, no hemos conquistado la ciudad enemiga como nuestros antepasados, los *grecs**, sino que nos hemos hecho nosotros mismos prisioneros».

Pero la base de la Constitución es el *sufragio universal. La aniquilación del sufragio universal* es la última palabra del partido del orden, de la dictadura burguesa.

El sufragio universal les dio la razón el 4 de mayo de 1848, el 20 de diciembre de 1848, el 13 de mayo de 1849 y el 8 de julio de 1849. El sufragio universal se quitó la razón a sí mismo el 10 de marzo de 1850. La dominación burguesa, como emanación y resultado del sufragio universal, como manifestación explícita de la voluntad soberana del pueblo: tal es el sentido de la Constitución burguesa. Pero desde el momento en que el contenido de este derecho de sufragio, de esta voluntad soberana, deja de ser la dominación de la burguesía, ¿tiene la Constitución algún sentido? ¿No es deber de la burguesía el reglamentar el derecho de sufragio para que quiera lo que es razonable, es decir, su dominación? Al anular una y otra vez el poder estatal, para volver a hacerlo surgir de su seno, el sufragio universal, ¿no suprime toda estabilidad, no pone a cada momento en tela de juicio todos los poderes existentes, no aniquila la autoridad, no amenaza con elevar a la categoría de autoridad a la misma anarquía? Después del 10 de marzo de 1850, ¿a quién podía caberle todavía ninguna duda?

La burguesía, al rechazar el sufragio universal, con cuyo ropaje se había vestido hasta ahora, del que extraía su omnipotencia, confiesa sin rebozo: «*nuestra dictadura ha existido hasta aquí por la voluntad del pueblo*; *ahora hay que consolidarla contra la voluntad del pueblo*». Y, consecuentemente, ya no busca apoyo en *Francia*, sino fuera, en tierras extranjeras, en la *invasión*.

Con la invasión, la burguesía —nueva Coblenza[153] instalada en la misma Francia— despierta contra ella todas las pasiones nacionales. Con el ataque contra el sufragio universal da a la

* *Griegos*, juego de palabras: *Grecs* significa griegos y también, timadores profesionales. (*Nota de Engels para la edición de 1895.*)

nueva revolución un *pretexto general*, y la revolución necesitaba tal pretexto. Todo pretexto *especial* dividiría las fracciones de la Liga revolucionaria y sacaría a la superficie sus diferencias. El pretexto *general* aturde a las clases semirrevolucionarias, les permite engañarse a sí mismas acerca del *carácter concreto* de la futura revolución, acerca de las consecuencias de su propia acción. Toda revolución necesita un problema de banquete. El sufragio universal es el problema de banquete de la nueva revolución.

Pero las fracciones burguesas coligadas, al huir de la única forma posible de poder *conjunto*, de la forma más fuerte y más completa de su *dominación de clase*, de la *república constitucional*, para replegarse sobre una forma inferior, incompleta y más débil, sobre la *monarquía*, han pronunciado su propia sentencia. Recuerdan a aquel anciano que, queriendo recobrar su fuerza juvenil, sacó sus ropas de niño y se puso a querer forzar dentro de ellas sus miembros decrépitos. Su república no tenía más que *un* mérito: el de ser *la estufa de la revolución.*

El 10 de marzo de 1850, lleva esta inscripción:

*Après moi le déluge!**

IV

LA ABOLICION DEL SUFRAGIO UNIVERSAL EN 1850

(La continuación de los tres capítulos anteriores aparece en la *Revue* del último número publicado —número doble, quinto y sexto— de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*[90]. Después de describir la gran crisis comercial que estalló en 1847 en Inglaterra y de explicar por sus repercusiones en el continente europeo cómo las complicaciones políticas se agudizaron aquí hasta convertirse en las revoluciones de febrero y marzo de 1848, se expone cómo la prosperidad del comercio y de la industria, recobrada en el transcurso de 1848 y que en 1849 se acentuó todavía más, paralizó el ascenso revolucionario e hizo posibles las victorias simultáneas de la reacción. Respecto a Francia, dice luego especialmente:)**

Los mismos síntomas se presentan en *Francia* desde 1849, y sobre todo desde comienzos de 1850. Las industrias parisinas tienen todo el trabajo que necesitan, y también marchan bastante

---

* ¡Después de mí, el diluvio! (Palabras, atribuidas a Luis XV.) (*N. de la Edit.*)

** Este párrafo de introducción fue escrito por Engels para la edición de 1895. (*N. de la Edit.*)

bien las fábricas algodoneras de Ruán y Mulhouse, aunque aquí, como en Inglaterra, los elevados precios de la materia prima han entorpecido este mejoramiento. El desarrollo de la prosperidad en Francia se ha visto, además, especialmente estimulado por la amplia reforma arancelaria de España y por la rebaja de aranceles para distintos artículos de lujo en México; la exportación de mercancías francesas a ambos mercados ha aumentado considerablemente. El aumento de los capitales acarreó en Francia una serie de especulaciones, para las que sirvió de pretexto la explotación en gran escala de las minas de oro en California. Surgieron sociedades, que con sus acciones pequeñas y con sus prospectos teñidos de socialismo apelaban directamente al bolsillo de los pequeños burgueses y de los obreros, pero que, en conjunto y cada una en particular, se reducían a esa pura estafa que es característica exclusiva de los franceses y de los chinos. Una de estas sociedades es incluso protegida directamente por el Gobierno. En Francia, los derechos de importación ascendieron en los primeros nueve meses de 1848 a 63 millones de francos, de 1849 a 95 millones de francos y de 1850 a 93 millones de francos. Por lo demás, en el mes de septiembre de 1850 volvieron a exceder en más de un millón respecto a los del mismo mes de 1849. Las exportaciones aumentaron también en 1849, y más todavía en 1850.

La prueba más palmaria de la prosperidad restablecida es la reanudación de los pagos en metálico del Banco por ley de 6 de agosto de 1850. El 15 de marzo de 1848 el Banco había sido autorizado para suspender sus pagos en metálico. Su circulación de billetes, incluyendo los Bancos provinciales, ascendía por entonces a 373 millones de francos (14.920.000 libras esterlinas). El 2 de noviembre de 1849, esta circulación ascendía a 482 millones de francos, o sea, 19.280.000 libras esterlinas: un aumento de 4.360.000 libras. Y el 2 de septiembre de 1850, 496 millones de francos, o 19.840.000 libras: un aumento de unos 5 millones de libras esterlinas. Y no por esto se produjo ninguna depreciación de los billetes; al contrario, el aumento de circulación de los billetes iba acompañado por una acumulación continuamente creciente de oro y plata en los sótanos del Banco, hasta el punto de que en el verano de 1850 las reservas en metálico ascendían a unos 14 millones de libras esterlinas, suma inaudita en Francia. El hecho de que el Banco se viese así en condiciones de aumentar en 123 millones de francos (o 5 millones de libras esterlinas) su circulación, y con ello su capital en activo, demuestra palmariamente cuánta razón teníamos al afirmar en uno de los cuadernos anteriores* que la aristocracia financiera, lejos de haber sido

* Véase el presente tomo, págs. 274—278 (*N. de la Edit.*)

derrotada por la revolución, había salido de ella fortalecida. Este resultado se hace todavía más palpable por el siguiente resumen de la legislación bancaria francesa de los últimos años. El 10 de junio de 1847, se autorizó al Banco para emitir billetes de 200 francos; hasta entonces, los billetes más pequeños eran de 500 francos. Un decreto de 15 de marzo de 1848 declaró moneda legal los billetes del Banco de Francia y descargó al Banco de la obligación de canjearlos por oro o plata. La emisión de billetes del Banco se limitó a 350 millones de francos. Al mismo tiempo se le autorizó para emitir billetes de 100 francos. Un decreto de 27 de abril dispuso la fusión de los Bancos departamentales con el Banco de Francia; otro decreto de 2 de mayo de 1848 elevó su emisión de billetes a 442 millones de francos. Un decreto de 22 de diciembre de 1849 hizo subir la cifra máxima de emisión de billetes a 525 millones de francos. Finalmente, la ley de 6 de agosto de 1850 restableció la canjeabilidad de los billetes por dinero en metálico. Estos hechos: el aumento constante de la circulación, la concentración de todo el crédito francés en manos del Banco y la acumulación en los sótanos de éste de todo el oro y la plata de Francia, llevaron al señor Proudhon a la conclusión de que ahora el Banco podía dejar su vieja piel de culebra y metamorfosearse en un Banco popular proudhoniano. Proudhon no necesitaba conocer siquiera la historia de las restricciones bancarias inglesas de 1797 a 1819[154], le bastaba con echar una mirada al otro lado del Canal para ver que eso que él creía un hecho inaudito en la historia de la sociedad burguesa no era más que un fenómeno burgués perfectamente normal, aunque en Francia se produjese ahora por vez primera. Como se ve, los supuestos teóricos revolucionarios que llevaban la voz cantante en París después del Gobierno provisional eran tan ignorantes acerca del carácter y los resultados de las medidas adoptadas como los señores del propio Gobierno provisional.

A pesar de la prosperidad industrial y comercial de que goza momentáneamente Francia, la masa de la población, los 25 millones de campesinos, padece una gran depresión. Las buenas cosechas de los últimos años han hecho bajar en Francia los precios de los cereales mucho más que en Inglaterra, y con esto, la situación de los campesinos, endeudados, esquilmados por la usura y agobiados por los impuestos, no puede ser brillante, ni mucho menos. Sin embargo, la historia de los últimos tres años ha demostrado hasta la saciedad que esta clase de la población es absolutamente incapaz de ninguna iniciativa revolucionaria.

Lo mismo que el período de la crisis, el de prosperidad comienza más tarde en el continente que en Inglaterra. En Inglaterra se produce siempre el proceso originario: Inglaterra es el demiurgo

del cosmos burgués. En el continente, las diferentes fases del ciclo que recorre cada vez de nuevo la sociedad burguesa se producen en forma secundaria y terciaria. En primer lugar, el continente exporta a Inglaterra incomparablemente más que a ningún otro país. Pero esta exportación a Inglaterra depende, a su vez, de la situación de Inglaterra, sobre todo respecto al mercado ultramarino. Luego, Inglaterra exporta a los países de ultramar incomparablemente más que todo el continente, por donde el volumen de las exportaciones continentales a estos países depende siempre de las exportaciones de Inglaterra a ultramar en cada momento. Por tanto, aun cuando las crisis engendran revoluciones primero en el continente, la causa de éstas se halla siempre en Inglaterra. Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí. De otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten sobre Inglaterra es, al mismo tiempo, el termómetro por el que se mide hasta qué punto estas revoluciones ponen realmente en peligro el régimen de vida burgués o hasta qué punto afectan solamente a sus formaciones políticas.

Bajo esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo exuberantemente que pueden desenvolverse dentro de las condiciones burguesas, no puede ni hablarse de una verdadera revolución. Semejante revolución sólo puede darse en aquellos períodos en que estos *dos factores*, las *modernas fuerzas* productivas y las *formas burguesas de producción* incurren en mutua *contradicción*. Las distintas querellas a que ahora se dejan ir y en que se comprometen recíprocamente los representantes de las distintas fracciones del partido continental del orden no dan, ni mucho menos, pie para nuevas revoluciones; por el contrario, son posibles sólo porque la base de las relaciones sociales es, por el momento, tan segura y —cosa que la reacción ignora— tan *burguesa*. Contra ella rebotarán todos los intentos de la reacción por contener el desarrollo burgués, así como toda la indignación moral y todas las proclamas entusiastas de los demócratas. *Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es también tan segura como ésta.*

Pasemos ahora a *Francia*.

La victoria que el pueblo, coligado con los pequeños burgueses, había alcanzado en las elecciones del 10 de marzo, fue anulada por él mismo, al provocar las nuevas elecciones del 28 de abril. Vidal había salido elegido no sólo en París, sino también en el Bajo Rin. El comité de París, en el que tenían una nutrida representación la Montaña y la pequeña burguesía, le indujo a aceptar

el acta del Bajo Rin. La victoria del 10 de marzo perdió con esto su significación decisiva; el plazo de la decisión volvía a prorrogarse y la tensión del pueblo se amortiguaba: estaba acostumbrándose a triunfos legales en vez de acostumbrarse a triunfos revolucionarios. El sentido revolucionario del 10 de marzo —la rehabilitación de la insurrección de Junio— fue completamente destruido, finalmente, por la candidatura de Eugenio Sue, el socialfantástico sentimental y pequeñoburgués que a lo sumo sólo podía aceptar el proletariado como una gracia en honor a las grisetas. A esta candidatura de buenas intenciones enfrentó el partido del orden, a quien la política de vacilaciones del adversario había hecho cobrar audacia, un candidato que debía representar la *victoria* de Junio. Este cómico candidato era el espartano padre de familia Leclerc, a quien, sin embargo, la prensa fue arrancando del cuerpo, trozo a trozo, su armadura heroica y que en las elecciones sufrió, además, una derrota brillante. La nueva victoria electoral del 28 de abril ensoberbeció a la Montaña y a la pequeña burguesía. Aquélla se regocijaba ya con la idea de poder llegar a la meta de sus deseos por la vía puramente legal y sin volver a empujar al proletariado al primer plano mediante una nueva revolución; tenía la plena seguridad de que, en las nuevas elecciones de 1852, elevaría al señor Ledru-Rollin al sillón presidencial por medio del sufragio universal y traería a la Asamblea una mayoría de hombres de la Montaña. El partido del orden, completamente seguro por la renovación de las elecciones, por la candidatura de Sue y por el estado de espíritu de la Montaña y de la pequeña burguesía, de que éstas estaban resueltas a permanecer quietas, pasase lo que pasase, contestó a ambos triunfos en las elecciones con la *ley electoral* que abolía el sufragio universal.

El Gobierno se guardó mucho de presentar este proyecto de ley bajo su propia responsabilidad. Hizo una concesión aparente a la mayoría, confiando la elaboración del proyecto a los grandes dignatarios de esta mayoría, a los 17 burgraves[155]. No fue, por tanto, el Gobierno quien propuso a la Asamblea, sino la mayoría de ésta la que se propuso a sí misma la abolición del sufragio universal.

El 8 de mayo fue llevado el proyecto a la Cámara. Toda la prensa socialdemócrata se levantó como un solo hombre para predicar al pueblo una actitud digna, una *calme majestueux**, pasividad y confianza en sus representantes. Cada artículo de estos periódicos era una confesión de que lo primero que tendría que hacer una revolución sería destruir la llamada prensa revolucionaria, razón por la cual lo que ahora estaba sobre el tapete

* Calma majestuosa. (*N. de la Edit.*)

era su propia conservación. La prensa pseudo-revolucionaria delataba su propio secreto. Firmaba su propia sentencia de muerte.

El 21 de mayo la Montaña puso a debate la cuestión previa y propuso que fuese desechado el proyecto en bloque, por ser contrario a la Constitución. El partido del orden contestó diciendo que, si era necesario, se violaría la Constitución, pero que no hacía falta, puesto que la Constitución era susceptible de todas las interpretaciones y la mayoría era la única competente para decidir cuál de ellas era la acertada. A los ataques desenfrenados y salvajes de Thiers y Montalembert opuso la Montaña un humanismo culto y correcto. Se puso en el terreno jurídico; el partido del orden la remitió al terreno en que brota el Derecho, a la propiedad burguesa. La Montaña gimoteó: ¿acaso se quería provocar a toda costa una revolución? El partido del orden replicó que no le pillaría desprevenido.

El 22 de mayo fue liquidada la cuestión previa por 462 votos contra 227. Los mismos hombres que se empeñaban en demostrar de un modo tan solemne y concienzudo que la Asamblea Nacional y cada uno de sus diputados abdicaban tan pronto como le volvían la espalda al pueblo, que les había conferido los poderes, se aferraban a sus puestos y, en vez de actuar ellos mismos, intentaron de pronto hacer que actuase el país, y precisamente por medio de peticiones. Cuando el 31 de mayo la ley salió adelante brillantemente ellos siguieron en sus sitios. Quisieron vengarse con una protesta en la que levantaban acta de su inocencia en el estupro de la Constitución, protesta que ni siquiera hicieron de un modo público, sino que la deslizaron subrepticiamente en el bolsillo del presidente.

Un ejército de 150.000 hombres en París, las largas que le habían ido dando a la decisión, el apaciguamiento de la prensa, la pusilanimidad de la Montaña y de los diputados recién elegidos, la calma mayestática de los pequeños burgueses y, sobre todo, la prosperidad comercial e industrial, impidieron toda tentativa de revolución por parte del proletariado.

El sufragio universal había cumplido su misión. La mayoría del pueblo había pasado por la escuela de desarrollo, que es para lo único que el sufragio universal puede servir en una época revolucionaria. Tenía que ser necesariamente eliminado por una revolución o por la reacción.

La Montaña hizo un gasto de energía todavía mayor en una ocasión que se presentó a poco de esto. Desde lo alto de la tribuna parlamentaria, el ministro de la Guerra, d'Hautpoul, había llamado catástrofe funesta a la revolución de Febrero. Los oradores de la Montaña que, como siempre, se caracterizaron por su estrépito de indignación moral, no fueron autorizados a hablar por

el presidente Dupin. Girardin propuso a la Montaña retirarse en masa inmediatamente. Resultado: la Montaña siguió sentada en sus escaños, pero Girardin fue expulsado de su seno por indigno.

La ley electoral requería otro complemento: una nueva *ley de prensa*. Esta no se hizo esperar mucho tiempo. Un proyecto del Gobierno, agravado en muchos respectos por enmiendas del partido del orden, elevó las fianzas, estableció un impuesto del timbre extraordinario para las novelas por entregas (respuesta a la elección de Eugenio Sue), sometió a tributación todas las publicaciones semanales o mensuales hasta cierto número de pliegos y dispuso, finalmente, que todos los artículos periodísticos debían aparecer con la firma de su autor. Las disposiciones sobre la fianza mataron a la llamada prensa revolucionaria; el pueblo vio en su hundimiento una compensación por la supresión del sufragio universal. Sin embargo, ni la tendencia ni los efectos de la nueva ley se limitaban sólo a esta parte de la prensa. Mientras era anónima, la prensa periodística aparecía como órgano de la opinión pública, innúmera y anónima; era el tercer poder dentro del Estado. Teniendo que ser firmados todos los artículos, un periódico se convertía en una simple colección de aportaciones literarias de individuos más o menos conocidos. Cada artículo descendía al nivel de los anuncios. Hasta allí, los periódicos habían circulado como el papel moneda de la opinión pública; ahora se convertían en letras de cambio más o menos malas, cuya solvencia y circulación dependían del crédito no sólo del librador sino también del endosante. La prensa del partido del orden había incitado, al igual que a la supresión del sufragio universal, a la adopción de medidas extremas contra la mala prensa. Sin embargo, al partido del orden— y más todavía a algunos de sus representantes provinciales— les molestaba hasta la buena prensa, en su inquietante anonimidad. Sólo querían que hubiese escritores pagados, con nombre, domicilio y filiación. En vano la buena prensa se lamentaba de la ingratitud con que se recompensaban sus servicios. La ley salió adelante y la norma que obligaba a dar los nombres le afectaba sobre todo a ella. Los nombres de los periodistas republicanos eran bastante conocidos, pero las respetables firmas del *Journal des Débats*, de la *Assemblée Nationale*[156], del *Constitutionnel*[157], etc., etc., quedaban muy mal paradas con su altisonante sabiduría de estadistas, cuando la misteriosa compañía se destapaba siendo una serie de venales *penny-a-liners** con una larga práctica en su oficio y que por dinero contante habían defendido todo lo habido y por haber, como Granier de Cassagnac, o viejos trapos de fregar que se llama-

* Periodistas a tanto la línea. (*N. de la Edit.*)

ban a sí mismos estadistas, como Capefigue, o presumidos cascanueces, como el señor Lemoinne, del *Débats*.

En el debate sobre la ley de prensa, la Montaña había descendido ya a un grado tal de desmoralización, que hubo de limitarse a aplaudir los brillantes párrafos de una vieja notabilidad luisfilípica, del señor Víctor Hugo.

Con la ley electoral y la ley de prensa, el partido revolucionario y democrático desaparece de la escena oficial. Antes de retirarse a casa, poco después de clausurarse las sesiones, las dos fracciones de la Montaña, la de los demócratas socialistas y la de los socialistas demócratas, lanzaron dos manifiestos, dos *testimonia paupertatis**, en los que demostraban que, si la fuerza y el éxito no habían estado nunca de su lado, ellos habían estado siempre al lado del Derecho eterno y de todas las demás verdades eternas.

Fijémonos ahora en el partido del orden. La *Neue Rheinische Zeitung* decía, en su tercer número, página 16: «Frente a los apetitos de restauración de los orleanistas y legitimistas coligados, Bonaparte defiende el título de su poder efectivo, la república; frente a los apetitos de restauración de Bonaparte, el partido del orden defiende el título de su poder común, la república; frente a los orleanistas, los legitimistas defienden, como frente a los legitimistas, los orleanistas, el *statu quo*, la república. Todas estas fracciones del partido del orden, cada una de las cuales tiene *in petto* su propio rey y su propia restauración, hacen valer en forma alternativa, frente a los apetitos de usurpación y de revuelta de sus rivales, la dominación común de la burguesía, la forma bajo la cual se neutralizan y se reservan las pretensiones específicas: la *república*... Y Thiers decía más verdad de lo que él sospechaba, al declarar: «Nosotros, los monárquicos, somos los verdaderos puntales de la república constitucional»**.

Esta comedia de los *républicains malgré eux****: la repugnancia contra el *statu quo* y su continua consolidación; los incesantes rozamientos entre Bonaparte y la Asamblea Nacional; la amenaza constantemente renovada del partido del orden de descomponerse en sus distintos elementos integrantes y la siempre repetida fusión de sus fracciones; el intento de cada fracción de convertir toda victoria sobre el enemigo común en una derrota de los aliados temporales; los celos, odios y persecuciones alternativos, el incansable desenvainar de las espadas, que acababa siempre en un

---

* Certificados de pobreza (*N. de la Edit.*)

** Véase el presente tomo, pág. 274 (*N. de la Edit.*)

*** Republicanos a pesar suyo. (Alusión a la comedia de Molière *Médico a pesar suyo*.) (*N. de la Edit.*)

nuevo beso Lamourette[158]: toda esa poco edificante comedia de enredo no se había desarrollado nunca de un modo más clásico como durante los seis últimos meses.

El partido del orden consideraba la ley electoral, al mismo tiempo, como una victoria sobre Bonaparte. ¿No había entregado los poderes el Gobierno, al confiar a la Comisión de los diecisiete la redacción y la responsabilidad de su propio proyecto? ¿Y no descansaba la fuerza principal de Bonaparte frente a la Asamblea en el hecho de ser el elegido de seis millones? A su vez, Bonaparte veía en la ley electoral una concesión hecha a la Asamblea, con la que había comprado la armonía entre el poder legislativo y el poder ejecutivo. Como premio, el vulgar aventurero exigía que se le aumentase en tres millones su lista civil. ¿Podía la Asamblea Nacional entrar en un conflicto con el poder ejecutivo, en un momento en que acababa de excomulgar a la gran mayoría de los franceses? Se encolerizó tremendamente, parecía querer llevar las cosas al extremo; su comisión rechazó la propuesta; la prensa bonapartista amenazaba y apuntaba al pueblo desheredado, al que se le había robado el derecho de voto; tuvieron lugar una multitud de ruidosos intentos de transacción, y, por último, la Asamblea cedió en cuanto a la cosa, pero vengándose, al mismo tiempo, en cuanto al principio. En vez del aumento anual de principio de la lista civil en tres millones le concedió una ayuda de 2.160.000 francos. No contenta con esto, no hizo siquiera esta concesión hasta que no la hubo apoyado Changarnier, el general del partido del orden y protector impuesto a Bonaparte. Así, en realidad, no concedió los dos millones a Bonaparte, sino a Changarnier.

Este regalo, arrojado de *mauvaise grâce**, fue aceptado por Bonaparte en el sentido en que se lo hacían. La prensa bonapartista volvió a armar estrépito contra la Asamblea Nacional. Y cuando, en el debate sobre la ley de prensa, se presentó la enmienda sobre la firma de los artículos, enmienda dirigida especialmente contra los periódicos secundarios defensores de los intereses privados de Bonaparte, el periódico central bonapartista, el *Pouvoir*[159], dirigió un ataque abierto y violento contra la Asamblea Nacional. Los ministros tuvieron que desautorizar al periódico ante la Asamblea; el gerente del *Pouvoir* hubo de comparecer ante el foro de la Asamblea Nacional y fue condenado a la multa máxima, a 5.000 francos. Al día siguiente, el *Pouvoir* publicó un artículo todavía más insolente contra la Asamblea Nacional, y como revancha del Gobierno los Tribunales persiguieron inme-

* De mala gana. (*N. de la Edit.*)

diatamente a varios periódicos legitimistas por violación de la Constitución.

Por último, se abordó la cuestión de la suspensión de sesiones de la Cámara. Bonaparte la deseaba, para poder operar desembarazadamente, sin que la Asamblea le pusiese obstáculos. El partido del orden la deseaba, en parte para llevar adelante sus intrigas fraccionales y en parte siguiendo los intereses particulares de los diferentes diputados. Ambos la necesitaban para consolidar y ampliar en las provincias las victorias de la reacción. La Asamblea suspendió, por tanto, sus sesiones desde el 11 de agosto hasta el 11 de noviembre. Pero como Bonaparte no ocultaba, ni mucho menos, que lo único que perseguía era deshacerse de la molesta fiscalización de la Asamblea Nacional, la Asamblea imprimió incluso al voto de confianza un sello de desconfianza contra el presidente. De la comisión permanente de veintiocho miembros, que habían de seguir en sus puestos durante las vacaciones como guardadores de la virtud de la república, se alejó a todos los bonapartistas[160]. En sustitución de ellos, se eligió incluso a algunos republicanos del *Siècle* y del *National*, para demostrar al presidente la devoción de la mayoría a la república constitucional.

Poco antes, y sobre todo inmediatamente después de la suspensión de sesiones de la Cámara, parecieron querer reconciliarse las dos grandes fracciones del partido del orden, los orleanistas y los legitimistas, por medio de la fusión de las dos casas reales bajo cuyas banderas luchaban. Los periódicos estaban llenos de propuestas reconciliatorias que se decía habían sido discutidas junto al lecho de enfermo de Luis Felipe, en St. Leonards, cuando la muerte de Luis Felipe vino de pronto a simplificar la situación. Luis Felipe era el usurpador; Enrique V, el despojado. En cambio, el Conde de París, puesto que Enrique V no tenía hijos, era su legítimo heredero. Ahora, se le había quitado todo obstáculo a la fusión de los dos intereses dinásticos. Pero precisamente ahora las dos fracciones de la burguesía habían descubierto que no era la exaltación por una determinada casa real lo que las separaba, sino que eran, por el contrario, sus intereses de clase divergentes los que mantenían la escisión entre las dos dinastías. Los legitimistas, que habían ido en peregrinación al campamento regio de Enrique V en Wiesbaden, exactamente lo mismo que sus competidores a St. Leonards, recibieron aquí la noticia de la muerte de Luis Felipe. Inmediatamente, formaron un ministerio[161] *in partibus infidelium*[91], integrado en su mayoría por miembros de aquella Comisión de guardadores de la virtud de la república y que, con ocasión de una querella que estalló en el seno del partido, se descolgó con la proclamación sin rodeos del derecho por la gracia divina. Los orleanistas se regocijaban con el escándalo

comprometedor que este manifiesto[162] provocó en la prensa y no ocultaban ni por un momento su franca hostilidad contra los legitimistas.

Durante la suspensión de sesiones de la Asamblea Nacional, se reunieron las representaciones departamentales. Su mayoría se pronunció en favor de una revisión de la Constitución más o menos condicionada, es decir, se pronunció en favor de una restauración monárquica, no deteniéndose a puntualizar, a favor de una «*solución*», confesando al mismo tiempo que era demasiado incompetente y demasiado cobarde para encontrar esta solución. La fracción bonapartista interpretó inmediatamente este deseo de revisión en el sentido de la prórroga de los poderes presidenciales de Bonaparte.

La solución constitucional, la dimisión de Bonaparte en mayo de 1852, acompañada de la elección de nuevo presidente por todos los electores del país, y la revisión de la Constitución por una Cámara revisora en los primeros meses del nuevo mandato presidencial, es absolutamente inadmisible para la clase dominante. El día de la elección del nuevo presidente sería el día en que se encontraran todos los partidos enemigos: los legitimistas, los orleanistas, los republicanos burgueses, los revolucionarios. Tendría que llegarse a una decisión por la violencia entre las distintas fracciones. Y aunque el mismo partido del orden consiguiese llegar a un acuerdo sobre la candidatura de un hombre neutral al margen de ambas familias dinásticas, éste tendría otra vez en frente a Bonaparte. En su lucha contra el pueblo, el partido del orden se ve constantemente obligado a aumentar la fuerza del poder ejecutivo. Cada aumento de la fuerza del poder ejecutivo, aumenta la fuerza de su titular, Bonaparte. Por tanto, al reforzar el partido del orden su dominación conjunta da, en la misma medida, armas a las pretensiones dinásticas de Bonaparte, y refuerza sus probabilidades de hacer fracasar violentamente la solución constitucional en el día decisivo. Ese día, Bonaparte, en su lucha contra el partido del orden, no retrocederá ante uno de los pilares fundamentales de la Constitución, como tampoco este partido retrocedió en su lucha frente al pueblo, ante el otro pilar, ante la ley electoral. Es muy probable que llegase incluso a apelar al sufragio universal contra la Asamblea. En una palabra, la solución constitucional pone en tela de juicio todo el *statu quo*, y si se pone en peligro el *statu quo*, los burgueses ya no ven detrás de esto más que el caos, la anarquía, la guerra civil. Ven peligrar el primer domingo de mayo de 1852 sus compras y sus ventas, sus letras de cambio, sus matrimonios, sus escrituras notariales, sus hipotecas, sus rentas del suelo, sus alquileres, sus ganancias, todos sus contratos

y fuentes de lucro, y a este riesgo no pueden exponerse. Si peligra el *statu quo* político, detrás de esto se esconde el peligro de hundimiento de toda la sociedad burguesa. La única solución posible en el sentido de la burguesía es aplazar la solución. La burguesía sólo puede salvar la república constitucional violando la Constitución, prorrogando los poderes del presidente. Y ésta es también la última palabra de la prensa del orden, después de los largos y profundos debates sobre las «soluciones» a que se entregó después de las sesiones de los Consejos generales. El potente partido del orden se ve, pues, obligado, para vergüenza suya, a tomar en serio a la ridícula y vulgar persona del pseudo Bonaparte, tan odiada por aquél.

Esta sucia figura se equivocaba también acerca de las causas que la iban revistiendo cada vez más con el carácter de hombre indispensable. Mientras que su partido tenía la perspicacia suficiente para achacar a las circunstancias la creciente importancia de Bonaparte, ésta creía deberla exclusivamente a la fuerza mágica de su nombre y a su caricaturización ininterrumpida de Napoleón. Cada día se mostraba más emprendedor. A las peregrinaciones a St. Leonards y Wiesbaden opuso sus jiras por toda Francia. Los bonapartistas tenían tan poca confianza en el efecto mágico de su personalidad, que mandaban con él a todas partes, como claque, a gentes de la Sociedad del 10 de Diciembre* —la organización del lumpemproletariado parisino—, empaquetándolas a montones en los trenes y en las sillas de posta. Ponían en boca de su marioneta discursos que, según el recibimiento que se le hacía en las distintas ciudades, proclamaban la resignación republicana o la tenacidad perseverante como lema de la política presidencial. Pese a todas las maniobras, estos viajes distaban mucho de ser triunfales.

Convencido de haber entusiasmado así al pueblo, Bonaparte se puso en movimiento para ganar al ejército. Hizo celebrar en la explanada de Satory, cerca de Versalles, grandes revistas, en las que quería comprar a los soldados con salchichón de ajo, champán y cigarros. Si el auténtico Napoleón sabía animar a sus soldados decaídos, en las fatigas de sus cruzadas de conquista, con una momentánea intimidad patriarcal, el pseudo Napoleón creía que las tropas le mostraban su agradecimiento al gritar: *«vive Napoleón, vive le saucisson!»*** es decir, «¡Viva el salchichón y viva el histrión!»

Estas revistas hicieron estallar la disensión largo tiempo contenida entre Bonaparte y su ministro de la Guerra, d'Hautpoul,

---

* Véase el presente tomo, págs. 452—455 (*N. de la Edit.*)
** ¡Viva Napoleón, viva el salchichón! (*N. de la Edit.*)

de una parte, y de la otra Changarnier. En Changarnier había descubierto el partido del orden a su hombre realmente neutral, respecto al cual no podía ni hablarse de pretensiones dinásticas personales. Le tenía destinado para sucesor de Bonaparte. Además, con su actuación del 29 de enero y del 13 de junio de 1849, Changarnier se había convertido en el gran mariscal del partido del orden, en el moderno Alejandro, cuya brutal interposición había cortado, a los ojos del burgués pusilánime, el nudo gordiano de la revolución. Así, del modo más barato que cabe imaginar, un hombre que en el fondo no era menos ridículo que Bonaparte, se veía convertido en un poder y colocado por la Asamblea Nacional frente al presidente para fiscalizar su actuación. El mismo Changarnier coqueteaba, por ejemplo, en el asunto del suplemento a la lista civil, con la protección que dispensaba a Bonaparte y adoptaba con él y con los ministros un aire de superioridad cada vez mayor. Cuando, con motivo de la ley electoral, se esperaba una insurrección, prohibió a sus oficiales recibir ninguna clase de órdenes del ministro de la Guerra o del presidente. La prensa contribuía, además, a agrandar la figura de Changarnier. Dada la carencia completa de grandes personalidades, el partido del orden veíase naturalmente obligado a atribuir a un solo individuo la fuerza que le faltaba a toda su clase, inflando a este individuo hasta convertirlo en un gigante. Así fue cómo nació el mito de Changarnier, el «*baluarte de la sociedad*». La presuntuosa charlatanería y la misteriosa gravedad con que Changarnier se dignaba llevar el mundo sobre sus hombros forma el más ridículo contraste con los acontecimientos producidos durante la revista de Satory y después de ella, los cuales demostraron irrefutablemente que bastaba con un plumazo de Bonaparte, el infinitamente pequeño, para reducir a este engendro fantástico del miedo burgués, al coloso Changarnier, a las dimensiones de la mediocridad y convertirle —a él, héroe salvador de la sociedad— en un general retirado.

Bonaparte se había vengado de Changarnier desde hacía largo tiempo, provocando al ministro de la Guerra a conflictos disciplinarios con el molesto protector. Por fin, la última revista de Satory hizo estallar el viejo rencor. La indignación constitucional de Changarnier no conoció ya límites cuando vio desfilar los regimientos de caballería al grito anticonstitucional de «Vive l'Empereur!»*. Para adelantarse a debates desagradables a propósito de este grito en la próxima sesión de la Cámara, Bonaparte alejó al ministro de la Guerra, d'Hautpoul, nombrándole gobernador de Argelia. Para sustituirle nombró a un viejo general de

* «!Viva el Emperador!» (*N. de la Edit.*)

confianza, de tiempos del Imperio, que en cuanto a brutalidad podía medirse plenamente con Changarnier. Pero, para que la destitución de d'Hautpoul no apareciese como una concesión hecha a Changarnier, trasladó al mismo tiempo de París a Nantes al brazo derecho del gran salvador de la sociedad, al general Neumayer. Neumayer era quien había hecho que en la última revista toda la infantería desfilase con un silencio glacial ante el sucesor de Napoleón. Changarnier, a quien se había asestado el golpe en la persona de Neumayer, protestó y amenazó. En vano. Después de dos días de debate, el decreto de traslado de Neumayer apareció en el *Moniteur*, y al héroe del orden no le quedaba más salida que someterse a la disciplina o dimitir.

La lucha de Bonaparte contra Changarnier es la continuación de su lucha contra el partido del orden. Por tanto, la reapertura de la Asamblea Nacional el 11 de noviembre se celebra bajo auspicios amenazadores. Será la tempestad en el vaso de agua. En lo sustancial tiene que seguir representándose la vieja comedia. La mayoría del partido del orden, pese a cuanto griten los paladines de los principios de sus diversas fracciones, se verá obligada a prorrogar los poderes del presidente. Y Bonaparte, pese a todas sus manifestaciones previas, tendrá que doblar también, a su vez, la cerviz, aunque sólo sea por su penuria de dinero, y aceptar esta prórroga de poderes como simple delegación de manos de la Asamblea Nacional. De este modo se aplaza la solución, se mantiene el *statu quo*, una fracción del partido del orden se ve comprometida, debilitada, hecha imposible por la otra y la represión contra el enemigo común, contra la masa de la nación, se extiende y se lleva al extremo hasta que las propias condiciones económicas hayan alcanzado otra vez el grado de desarrollo en que una nueva explosión haga saltar a todos estos partidos en litigio, con su república constitucional.

Para tranquilizar al burgués, debemos decir, por lo demás, que el escándalo entre Bonaparte y el partido del orden tiene como resultado la ruina en la Bolsa de una multitud de pequeños capitalistas, cuyos patrimonios han ido a parar a los bolsillos de los grandes linces bursátiles.

Escrito por C. Marx de enero al 1 de noviembre de 1850.
Publicado por vez primera en la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, en los núms. 1, 2, 3 y 5-6, correspondientes al año 1850.
Firmado: *Carlos Marx.*

Se publica de acuerdo con el texto de la revista, cotejado con el de la edición de 1895.
Traducido del alemán.

F. ENGELS

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ALEMANIA[163]

I

ALEMANIA EN VISPERAS DE LA REVOLUCION

El primer acto del drama revolucionario desplegado en el continente europeo ha terminado. Los «poderes que fueron» antes del huracán de 1848 han recuperado su estado de «poderes que son», y los gobernantes más o menos populares por un día, los gobernadores provisionales, los triunviros y los dictadores con toda la caterva de diputados, apoderados civiles, delegados militares, prefectos, jueces, generales, jefes, oficiales y soldados han sido arrojados a la otra orilla, «exilados allende el mar», a Inglaterra o América para formar allí nuevos gobiernos «*in partibus infidelium*»[92], comités europeos, comités centrales, comités nacionales y anunciar su advenimiento con edictos tan solemnes como las de cualesquiera potentados menos imaginarios.

No es posible figurarse una derrota tan grande como la sufrida por el partido revolucionario, mejor dicho, por los partidos revolucionarios del continente en todos los puntos de la línea de batalla. ¿Y qué? ¿No duraron cuarenta y ocho años la lucha de las clases medias inglesas y cuarenta años las batallas sin par de las clases medias francesas por la supremacía social y política? ¿Y no tuvieron el triunfo más cerca que en ninguna otra ocasión en el preciso momento en que la monarquía restaurada se creía más sólida que nunca? Han pasado hace ya mucho los tiempos de la superstición que atribuía las revoluciones a la malevolencia

de un puñado de agitadores. En nuestros días todo el mundo sabe que dondequiera que hay una conmoción revolucionaria, tiene que estar motivada por alguna demanda social que las instituciones caducas impiden satisfacer. Esta demanda puede no dejarse aún sentir con tanta fuerza ni ser tan general como para asegurar el éxito inmediato; pero cada conato de represión violenta no hace sino acrecentarla y robustecerla hasta que rompe sus cadenas. Por tanto, si hemos sido derrotados, no podemos hacer nada más que volver a empezar desde el comienzo. Y, por fortuna, la tregua, probablemente muy breve, que tenemos concedida entre el fin del primer acto y el principio del segundo acto del movimiento, nos brinda el tiempo preciso para realizar una labor de imperiosa necesidad: estudiar las causas que hicieron ineludibles tanto el reciente estallido revolucionario como la derrota de la revolución, causas que no deben buscarse ni en los móviles accidentales, ni en los méritos, ni en las faltas, ni en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social y en las condiciones de existencia de cada país afectado por la conmoción. Que los movimientos imprevistos de febrero y marzo de 1848 no fueron promovidos por individuos sueltos, sino manifestaciones espontáneas e incontenibles de las demandas y necesidades nacionales, entendidas con mayor o menor claridad, pero vivamente sentidas por numerosas clases en cada país, es un hecho reconocido en todas partes. Pero cuando se indagan las causas de los éxitos de la contrarrevolución, se ve por doquier la respuesta preparada de que fue por la «traición» del señor Fulano de Tal o del ciudadano Mengano de Cual al pueblo. Respuesta que, según las circunstancias, puede estar o no muy en lo cierto, pero en modo alguno explica nada, ni tan siquiera muestra cómo pudo ocurrir que el «pueblo» se dejara traicionar de esa manera. Por lo demás, es muy pobre el porvenir de un partido político pertrechado con el conocimiento del solo hecho de que el ciudadano Fulano de Tal no es merecedor de confianza.

El análisis y la exposición de las causas tanto de la conmoción revolucionaria como de la derrota de la revolución revisten, además, una importancia excepcional desde el punto de vista de la historia. Todas esas pequeñas discordias y recriminaciones personales, todos esos asertos contradictorios de que fue Marrast, o Ledru-Rollin, o Luis Blanc, o cualquier otro miembro del Gobierno Provisional, o el gabinete entero quien llevó la revolución hacia los escollos que la hicieron naufragar ¿qué interés pueden tener ni qué luz pueden proyectar para los americanos o los ingleses que han observado todos esos movimientos desde una distancia demasiado grande para poder distinguir algún detalle de las operaciones? Nadie que esté en sus cabales creerá

jamás que once personas*, en su mayoría de capacidad más que mediocre tanto para hacer el bien como el mal, hayan podido hundir en tres meses a una nación de treinta y seis millones de habitantes, a menos que estos treinta y seis millones conocieran tan mal como estas once personas el rumbo que debían seguir. Pero de lo que precisamente se trata es de cómo pudo ocurrir que estos treinta y seis millones fueran llamados de pronto a decidir qué rumbo tomar, pese a que, en parte, avanzaban a tientas en las tinieblas, y de cómo ellos se perdieron luego y permitieron a sus viejos líderes volver por algún tiempo a los puestos de dirección.

Así pues, si bien intentamos explicar a los lectores de *The Tribune*[164] las causas que no sólo hicieron necesaria la revolución alemana de 1848, sino también inevitable su derrota temporal en 1849 y 1850, no se espere de nosotros una descripción completa de los sucesos tal y como sobrevinieron en el país. Los acontecimientos posteriores y el fallo de las generaciones venideras decidirán qué hechos de ese confuso cúmulo, aparentemente casuales, incoherentes e incongruentes, entrarán en la historia universal. Aún no ha llegado el momento de resolver este problema. Debemos constreñirnos a los límites de lo posible y sentirnos satisfechos si podemos encontrar las causas racionales basadas en hechos innegables que expliquen las vicisitudes principales de ese movimiento y nos den la clave de la dirección que el próximo y quizás no muy lejano estallido imprimirá al pueblo alemán.

Pues bien, ante todo, ¿qué situación había en Alemania cuando estalló la revolución?

La composición de las diferentes clases del pueblo que constituyen la base de toda organización política era en Alemania más complicada que en cualquier otro país. Mientras que en Inglaterra y en Francia el feudalismo había sido totalmente destruido o, al menos, reducido, como en Inglaterra, a unos pocos vestigios insignificantes, por la poderosa y rica clase media, concentrada en grandes ciudades, sobre todo en la capital, la nobleza feudal de Alemania conservaba gran parte de sus viejos privilegios. El sistema feudal de posesión de la tierra era el que prevalecía casi por doquier. Los terratenientes seguían conservando incluso la jurisdicción sobre sus arrendatarios. Privados de sus privilegios políticos, del derecho de exigir cuentas a los soberanos, conservaban casi íntegra su potestad medieval sobre los campesinos de sus tierras solariegas, así como su exención del pago de las contribuciones. El feudalismo prosperaba más en unos lugares que en otros, pero en ninguno fue destruido por entero excepto en la

* Los miembros del Gobierno Provisional francés. (*N. de la Edit.*)

orilla izquierda del Rin. Esta nobleza feudal, numerosísima y, en parte, riquísima, estaba considerada oficialmente el primer «estamento» del país. Nutría de altos funcionarios el Gobierno y casi totalmente de jefes y oficiales el ejército.

La burguesía de Alemania estaba muy lejos de ser tan rica y estar tan concentrada como la de Francia o Inglaterra. Las viejas manufacturas de Alemania fueron destruidas por el empleo del vapor y por la supremacía, en rápida expansión, de las manufacturas inglesas; las otras manufacturas, más modernas, fundadas bajo el sistema continental de Napoleón[15] en otras regiones del país, no compensaban la pérdida de las viejas ni eran suficientes para proporcionar a la industria una influencia tan poderosa que forzase a los gobiernos a satisfacer sus demandas, con tanto mayor motivo que estos gobiernos miraban con recelo todo aumento de la riqueza y el poder de los que no procedían de la nobleza. Si bien es cierto que Francia había mantenido venturosamente sus manufacturas sederas a través de cincuenta años de revoluciones y guerras, no lo es menos que Alemania, en el mismo período, perdió todas sus viejas tejedurías de lino. Además, los distritos manufactureros eran pocos y estaban alejados unos de otros. Situados en el interior del país, utilizaban en la mayoría de los casos para su exportación e importación puertos extranjeros, holandeses o belgas, de manera que tenían pocos o ningunos intereses comunes con las grandes ciudades portuarias del mar del Norte o Báltico; eran sobre todo, incapaces de constituir grandes centros industriales y comerciales como París, Lyón, Londres y Manchester. Las causas de ese atraso de las manufacturas alemanas eran muchas, pero basta con mencionar dos para explicarlo: la desventajosa situación geográfica del país, alejado del Atlántico, que se había convertido en la gran ruta del comercio mundial, y las continuas guerras en que Alemania se veía envuelta y han tenido por teatro su territorio desde el siglo XVI hasta nuestros días. La escasez numérica y, particularmente, la falta de concentración alguna es lo que ha impedido a las clases medias alemanas alcanzar la supremacía política que la burguesía inglesa viene gozando desde 1688 y que la francesa conquistó en 1789. No obstante, la riqueza, y con ella la importancia política de la clase media de Alemania, ha venido aumentando constantemente a partir de 1815. Los gobiernos, si bien muy a pesar suyo, se han visto obligados a tener en cuenta los intereses materiales, al menos los más inmediatos, de la burguesía. Se puede incluso afirmar a ciencia cierta que cada partícula de influencia política otorgada a la burguesía por las constituciones de los pequeños Estados luego arrebatada durante los dos períodos de reacción política que mediaron entre 1815 y 1830 y entre 1832 y 1840 era

compensada con la concesión de alguna ventaja más práctica. Cada derrota política de la clase media reportaba luego una victoria en el campo de la legislación comercial. Y, por cierto, la tarifa proteccionista prusiana de 1818[165] y la formación de la *Zollverein*[166] dieron mucho más a los comerciantes y manufactureros de Alemania que el dudoso derecho de expresar en las cámaras de algún diminuto ducado su desconfianza de los ministros que se reían de sus votos. Así, pues, con el aumento de la riqueza y la extensión del comercio, la burguesía alcanzó pronto el nivel en que el desarrollo de sus intereses más importantes se veía frenado por el régimen político del país, por su división casual entre treinta y seis príncipes con apetencias y caprichos opuestos; por las trabas feudales que atenazaban la agricultura y el comercio relacionado con ella; y por la fastidiosa supervisión a que la burocracia, ignorante y presuntuosa, sometía todas las transacciones. Al propio tiempo, la extensión y consolidación de la *Zollverein*, la introducción general del transporte a vapor y el aumento de la competencia en el comercio interior unieron más a las clases comerciantes de los distintos Estados y provincias, igualaron sus intereses y centralizaron su fuerza. La consecuencia natural fue el paso en masa de todos ellos al campo de la oposición liberal y la victoria en la primera batalla seria de la clase media alemana por el poder político. Este cambio puede datarse desde 1840, cuando la burguesía de Prusia asumió la dirección del movimiento de la clase media alemana. En adelante volveremos a tratar de este movimiento de la oposición liberal de 1840-1847.

Las grandes masas de la nación, que no pertenecían ni a la nobleza ni a la burguesía, constaban, en las ciudades, de la clase de los pequeños artesanos y comerciantes, y de los obreros, y en el campo, de los campesinos.

La clase de los pequeños artesanos y comerciantes es numerosísima en Alemania debido al escaso desarrollo que los grandes capitalistas e industriales han tenido como clase en este país. En las mayores ciudades constituye casi la mayoría de la población, y en las pequeñas predomina totalmente debido a la ausencia de competidores ricos que se disputen la influencia. Esta clase, una de las más importantes en todo organismo político moderno y en toda moderna revolución, es más importante aún en Alemania, donde ha desempeñado generalmente la parte decisiva en las recientes luchas. Su posición intermedia entre la clase de los capitalistas, comerciantes e industriales, más grandes, y el proletariado, u obreros fabriles, es la que determina su carácter. Aspira a alcanzar la posición de la primera, pero el mínimo cambio desfavorable de la fortuna hace descender a los de esta

clase a las filas de la última. En los países monárquicos y feudales, la clase de los pequeños artesanos y comerciantes necesita para su existencia los pedidos de la corte y la aristocracia; la pérdida de estos pedidos puede arruinarlos en gran parte. En las ciudades pequeñas son la guarnición militar, la diputación provincial y la Audiencia con la caterva que arrastran los que forman muy a menudo la base de su prosperidad; si se retira todo esto, los tenderos, los sastres, los zapateros y los carpinteros vendrán a menos. Así pues, están siempre oscilando entre la esperanza de entrar en las filas de la clase más rica y el miedo de verse reducidos al estado de proletarios o incluso de mendigos; entre la esperanza de asegurar sus intereses, conquistando una participación en los asuntos públicos, y el temor de provocar con su inoportuna oposición la ira del gobierno, del que depende su propia existencia, ya que está en la mano de él quitarle sus mejores clientes; posee muy pocos medios, y la inseguridad de su posesión es inversamente proporcional a la magnitud de los mismos; por todo lo dicho, esta clase vacila mucho en sus opiniones. Humilde y lacayuna ante los poderosos señores feudales o el gobierno monárquico, se pasa al lado del liberalismo cuando la clase media está en ascenso; tiene accesos de virulenta democracia tan pronto como la clase media se ha asegurado su propia supremacía, pero cae en la más abyecta cobardía tan pronto como la clase que está por debajo de ésta, la de los proletarios, intenta un movimiento independiente. A lo largo de nuestra exposición veremos cómo en Alemania esta clase ha pasado alternativamente de uno de estos estados a otro.

La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político en la misma medida en que la clase obrera de Inglaterra y Francia y la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el Estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más; entonces no se puede seguir entreteniendo a los obreros con esperanzas ilusorias y promesas que jamás se han de cumplir; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, es al fin planteado con toda claridad. Ahora,

en Alemania, la mayoría de la clase obrera tiene trabajo, pero no en las fábricas de los magnates de tipo contemporáneo, representados en Gran Bretaña por especies tan espléndidas sino por pequeños artesanos que tienen por todo sistema de producción meros vestigios de la Edad Media. Y lo mismo que existe una gran diferencia entre el gran señor del algodón, por una parte, y el pequeño zapatero o sastre, por otra, hay la misma distancia entre el obrero fabril despierto e inteligente de las modernas Babilonias industriales y el corto oficial de sastre o ebanista de una pequeña ciudad provincial en la que las condiciones de vida y el carácter del trabajo han sufrido sólo un ligero cambio en comparación con lo que eran cinco siglos antes para la gente de esta categoría. Esta ausencia general de condiciones modernas de vida y de modernos tipos de producción industrial iba acompañada naturalmente por una ausencia casi tan general de ideas contemporáneas; por eso no tiene nada de extraño que, al comienzo de la revolución, gran parte de los obreros reclamara inmediatamente el restablecimiento de los gremios y de las privilegiadas industrias de oficios medievales. Y aun así, merced a la influencia de los distritos manufactureros, en los que predominaba el moderno sistema de producción y, en consecuencia, de las facilidades de intercomunicación y desarrollo mental brindadas por la vida errante de gran número de obreros, entre ellos se formó un gran núcleo cuyas ideas sobre la liberación de su clase se distinguían por una claridad incomparablemente mayor y más acorde con los hechos existentes y necesidades históricas; pero eran sólo una minoría. Si el movimiento activo de la clase media puede datarse desde 1840, el de la clase obrera comienza por las insurrecciones de los obreros fabriles de Silesia y Bohemia en 1844[167] y no tardaremos en tener ocasión de pasar revista a las diferentes fases por las que ha pasado este movimiento.

Por último, estaba la gran clase de los pequeños arrendatarios, de los campesinos, que constituyen con su apéndice, los jornaleros agrícolas, una mayoría considerable de toda la nación. Pero esta clase se subdivide a su vez en diversos grupos. Vemos, primero, a los campesinos más acomodados, llamados en Alemania *Gross-* y *Mittelbauern**, propietarios de tierras más o menos extensas, y cada uno de ellos utiliza los servicios de varios obreros agrícolas. Esta clase, colocada entre los grandes propietarios feudales de la tierra, eximida del pago de contribuciones, y los pequeños campesinos y obreros agrícolas, por razones obvias, se encontraron en alianza con la burguesía urbana antifeudal. Segundo, vemos a los pequeños campesinos propietarios que predominan en la provincia

* Campesinos ricos y medios. (*N. de la Edit.*)

del Rin, donde el feudalismo sucumbió bajo los poderosos golpes de la Gran Revolución Francesa. Pequeños campesinos propietarios e independientes similares existían asimismo en algunas partes de otras provincias, donde habían logrado redimir las cargas feudales que vinculaban sus tierras. No obstante, esta clase era de propietarios libres sólo nominalmente, pues su propiedad había sido, por lo común, hipotecada y, además, en condiciones tan onerosas que no era el campesino, sino el usurero que había prestado el dinero al propietario real de la tierra. Tercero, los campesinos adscritos a la gleba, que no podían ser desahuciados con facilidad de sus parcelas, pero que estaban obligados a pagar al terrateniente una renta constante o ejecutar a perpetuidad un trabajo para el señor. Por último, existían obreros agrícolas cuyas condiciones, en muchas grandes haciendas, eran exactamente iguales que las de la misma clase en Inglaterra y que, en todo caso, vivían y morían pobres, mal alimentados y esclavos de sus amos. Antes de la revolución, estas tres últimas clases de la población rural: los pequeños propietarios libres, los campesinos adscritos a la gleba y los obreros agrícolas jamás se calentaban la cabeza con la política, pero, sin duda, este acontecimiento tenía que abrirles un nuevo sendero, lleno de brillantes perspectivas. La revolución ofrecía ventajas a cada uno de ellos, y era de esperar que el movimiento, una vez comenzado y desplegado, los incorporase a su vez a todos ellos. Pero, al mismo tiempo, es completamente evidente, e igualmente confirmado por la historia de todos los países modernos, que la población agrícola, debido a su dispersión en gran extensión y a la dificultad de que llegue a ponerse de acuerdo una porción considerable de ella, jamás puede emprender ningún movimiento independiente con éxito; requiere el impulso inicial de la población más concentrada, más ilustrada y de más movimiento de las ciudades.

El breve esbozo precedente de las clases más importantes que, en conjunto, formaban la nación alemana en el momento del estallido de los recientes movimientos, será suficiente para explicar una gran parte de la incoherencia, la incongruencia y la contradicción aparente que predominaban en este movimiento. Cuando intereses tan dispares, tan contradictorios y tan extrañamente encontradizos entran en violenta colisión; cuando estos intereses en pugna de cada distrito o provincia se mezclan en distintas proporciones; cuando, sobre todo, en el país no hay ningún centro importante, un Londres o un París, cuyas decisiones pudieran, por su peso, eximir al pueblo de la necesidad de ventilar cada vez de nuevo el mismo conflicto mediante la lucha en cada localidad, ¿qué otra cosa se puede esperar sino la dispersión de la lucha en un sinfín de combates desligados en los que se

derrama una enormidad de sangre y se gastan infinitas energías y capital sin ningún resultado decisivo?

El desmembramiento político de Alemania en tres docenas de principados más o menos importantes se explica igualmente por la confusión y multiplicidad de los elementos que constituyen la nación y, encima, son distintos en cada localidad. Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción. La Confederación alemana[96], es cierto, fue declarada indisoluble por los siglos de los siglos; no obstante, la Confederación y su órgano, la Dieta[168], jamás han representado la unidad alemana. El grado supremo a que llegó la centralización en Alemania fue la *Zollverein*; esta Liga obligó a los Estados del Mar del Norte a formar su propia Liga arancelaria[169], en tanto que Austria seguía protegiéndose con sus aranceles prohibitivos. Así pues, Alemania estaba satisfecha de su división, para todo objetivo práctico, sólo en tres poderes independientes en lugar de treinta y seis. Naturalmente, la supremacía decisiva del zar ruso*, establecida en 1814, no sufrió por ello cambio alguno.

Tras de exponer estas conclusiones previas, sacadas de nuestras premisas, veremos en el siguiente artículo cómo las diversas clases antemencionadas del pueblo alemán se pusieron en movimiento, una tras otra, y el carácter que este movimiento adquirió al estallar la revolución francesa de 1848.

Londres, septiembre de 1851

II

EL ESTADO PRUSIANO

El movimiento político de la clase media, o de la burguesía, en Alemania, puede datarse desde 1840. Fue precedido por síntomas que muestran que la clase adinerada e industrial de este país maduró hasta el punto de no poder mantenerse por más tiempo apática y pasiva a la presión de la monarquía semifeudal y semiburocrática. Los príncipes de menos importancia de Alemania fueron concediendo uno tras otro constituciones de carácter más o menos liberal, en parte para asegurarse mayor independencia frente a la supremacía de Austria y Prusia o frente a la influencia de la nobleza en sus propios Estados, en parte con el fin de consolidar en un todo las provincias dispersas que había unido bajo su gobernación el Congreso de Viena[170]. Y podían hacerlo sin el menor peligro para sí mismos; pues sin la Dieta de la Confe-

* Alejandro I. (*N. de la Edit.*)

deración, mero títere de Austria y Prusia, hubiese atentado contra su independencia como soberanos, sabían que contaban con el apoyo de la opinión pública y de las Cámaras para oponerse a los dictados de aquélla; y si, por el contrario, las Cámaras resultaban demasiado fuertes, los príncipes podían aprovechar el poder de la Dieta para romper toda oposición. Las instituciones constitucionales de Baviera, Würtemberg, Baden o Hannover no podían, en esas circunstancias, dar un impulso a ninguna lucha seria por el poder político y, por eso, la gran mayoría de la clase media alemana se mantuvo en general al margen de las pequeñas discordias que surgían en las asambleas legislativas de los pequeños Estados, dándose perfecta cuenta de que sin un cambio cardinal de la política y de la estructura de los dos grandes poderes de Alemania, todos los esfuerzos y victorias secundarias no tendrían el menor resultado. Pero, al mismo tiempo, de esas pequeñas asambleas surgió toda una grey de abogados liberales, representantes profesionales de la oposición; los Rotteck, los Welcker, los Roemer, los Jordan, los Stüve, los Eisenmann, todos esos grandes «hombres populares» (*Volksmänner*) que, después de una oposición más o menos ruidosa, pero siempre desafortunada, de veinte años, fueron elevados a la cumbre del poder por la oleada revolucionaria de 1848, y luego, cuando mostraron su total ineptitud e insignificancia, fueron destituidos en un instante. Ellos fueron los primeros modelos de políticos y oposicionistas profesionales en Alemania; con sus discursos y escritos habían familiarizado el oído alemán con el lenguaje del constitucionalismo y, con ello, vaticinaban la llegada de un tiempo en que la burguesía caería en la cuenta y devolvería el auténtico sentido a las frases políticas que esos parlanchines abogados y catedráticos tenían la costumbre de emplear sin entender gran cosa su verdadero significado.

La literatura alemana ha sentido también la influencia de la agitación política en que los acontecimientos de 1830[171] lanzaron a toda Europa. Casi todos los escritores de ese período predicaban un constitucionalismo inmaduro o un republicanismo más inmaduro aún. Fueron adquiriendo más y más la costumbre, sobre todo los escritorcillos de menos categoría, de llenar la falta de talento en sus obras con alusiones políticas capaces de llamar la atención del público. Las poesías, las novelas, las reseñas, los dramas, en suma, todos los géneros de creación literaria rebosaban de lo que se dio en llamar «tendencia», es decir, exposiciones más o menos tímidas de espíritu antigubernamental. Para completar la confusión de ideas que reinaba en Alemania después de 1830, estos elementos de oposición política se entremezclaron con recuerdos universitarios mal asimilados de filosofía alemana

y fragmentos mal entendidos de socialismo francés, particularmente de sansimonismo; y la pandilla de escritores que propagaba este conglomerado heterogéneo de ideas se denominó presuntuosamente a sí misma «Joven Alemania» o «Moderna Escuela»[172]. Posteriormente se arrepintieron de sus pecados juveniles, mas sin mejorar su estilo literario.

Por último, la filosofía alemana, que es el exponente más complicado, pero, a la vez, más seguro del desarrollo del pensamiento alemán, se puso de parte de la clase media cuando Hegel declaró en su *Filosofía del Derecho* que la monarquía constitucional es la forma final y más perfecta de gobierno. Dicho con otras palabras, Hegel anunció que se aproximaba el advenimiento de la clase media del país al poder político. Muerto Hegel, su escuela no se detuvo ahí. Mientras la parte más avanzada de sus adeptos, por un lado, sometió toda creencia religiosa a la prueba de una crítica rigurosa y conmovió hasta los cimientos el vetusto edificio del cristianismo, planteó al mismo tiempo principios políticos más audaces en comparación con los que hasta entonces eran del dominio del oído alemán e intentó restablecer la gloriosa memoria de los héroes de la primera revolución francesa. El oscuro lenguaje filosófico en que iban envueltas esas ideas ofuscaba el entendimiento tanto del literato como del lector, en cambio cegaba por completo al censor, y por eso los «Jóvenes Hegelianos» gozaban de una libertad de prensa desconocida en cualquier otra rama de la literatura.

Así, era evidente que en la opinión pública de Alemania se estaba operando un gran cambio. La inmensa mayoría de las clases cuya educación o posición en la vida les permitía, bajo la monarquía absoluta, adquirir alguna información política y formarse algo así como una opinión política independiente, se aunó paulatinamente en un poderoso sector de oposición al sistema existente. Al emitir su juicio sobre la lentitud del desarrollo político en Alemania, nadie podía perder de vista cuán difícil era tener una información certera sobre cualquier problema en un país en el que todas las fuentes de noticias estaban intervenidas por el gobierno y donde, en ninguna esfera, desde las escuelas para los pobres y las escuelas dominicales hasta los periódicos y las universidades, nada se decía, nada se enseñaba, nada se imprimía o publicaba que no hubiera sido aprobado previamente. Tomemos, por ejemplo, a Viena. Los habitantes de esta capital, que no se quedan detrás, en cuanto a aptitud para el trabajo y la producción industrial, de nadie de Alemania, y por la viveza de inteligencia, coraje y energía revolucionaria han demostrado estar muy por encima de todos, han resultado ser más ignorantes de la comprensión de sus verdaderos intereses y han cometido

durante la revolución más errores que los demás. Y eso ha sido debido en gran parte a la ignorancia casi absoluta de los problemas políticos más simples en que el Gobierno de Metternich ha logrado tenerlos.

No hacen falta más explicaciones del por qué, bajo ese sistema, la información política era casi un monopolio exclusivo de esas clases de la sociedad que podían pagar el paso de esta información de contrabando a su país, sobre todo de esos cuyos intereses eran más dañados por el estado existente de las cosas, a saber, de las clases industriales y comerciales. Por eso fueron los primeros en unir sus fuerzas contra la continuación del absolutismo más o menos disfrazado, y el tiempo de su paso a las filas de la oposición debe datarse por el comienzo del movimiento revolucionario real en Alemania.

El pronunciamiento de la oposición de la burguesía alemana debe fecharse en 1840, año de la defunción del rey anterior de Prusia*, el último fundador superviviente de la Santa Alianza[81]. Del nuevo rey se sabía que no era partidario de la monarquía predominantemente burocrática y militar de su padre. La burguesía alemana esperaba, en cierta medida, obtener de Federico Guillermo IV de Prusia lo que la clase media francesa había esperado de la coronación de Luis XVI. Todos convenían en que el viejo sistema estaba podrido, había fracasado y debía ser demolido; y lo que se había soportado en silencio bajo el viejo rey, ahora se declaraba intolerable en voz alta.

Pero si Luis XVI, «Louis le Désiré», era un simplón ordinario sin pretensiones, consciente a medias de su nulidad, una persona sin ideas determinadas que se regía principalmente por las costumbres contraídas durante su educación, «Federico Guillermo el Deseado» era totalmente distinto. Era, por cierto, más débil de carácter que su original francés, pero tenía pretensiones y opiniones propias. Había aprendido por sí mismo, como aficionado, los rudimentos de la mayoría de las ciencias, y por eso se creía lo suficiente instruido para considerar que su juicio era definitivo en todos los casos. Estaba convencido de que era un orador de primera clase, y, por cierto, en Berlín no había ni un viajante de comercio que pudiera aventajarle en prolijidad de presunto ingenio y torrente de elocuencia. Pero lo que tiene más importancia es que poseía opiniones propias. Odiaba y desdeñaba el elemento burocrático de la monarquía prusiana, mas sólo porque todas sus simpatías estaban del lado del elemento feudal. Uno de los fundadores y figuras principales del *Berliner politisches Wochenblatt*[173], de la denominada Escuela Histórica[174] (escuela que se

---

* Federico Guillermo III. (*N. de la Edit.*)

nutría de las ideas de Bonald, De Maistre y otros escritores de la primera generación de legitimistas franceses[59]) aspiraba a la restauración más completa posible de la situación predominante de la nobleza en la sociedad. El rey, que es el primer noble de su reino, está rodeado, ante todo, de una corte brillante, de vasallos poderosos, príncipes, duques y condes, y luego de una nobleza inferior numerosa y rica; reina a su propio albedrío sobre sus ciudadanos y campesinos, siendo así él mismo el cabeza de una jerarquía acabada de categorías o castas sociales, cada una de las cuales debe gozar de sus privilegios particulares y estar separada de los demás por una barrera casi insorteable de nacimiento o posición social sólida e inalterable; con la particularidad de que la fuerza e influencia de todas estas castas o «estamentos del reino» debían contrarrestarse al propio tiempo de manera que el rey tuviese completa libertad de acción: ése era el *beau idéal* que Federico Guillermo IV se propuso realizar y está procurando hacerlo hasta el momento presente.

Se necesitó cierto tiempo para que la burguesía prusiana, no muy versada en cuestiones teóricas, viese el verdadero alcance de los propósitos del rey. Pero notó muy pronto su propensión lo diametralmente opuesto de lo que ella quería. Tan pronto como la muerte del rey padre «desató la lengua» al nuevo rey, éste comenzó a proclamar sus intenciones en innumerables discursos. Y cada discurso, cada acto suyo, le iba restando más y más las simpatías de la clase media. Esto no le hubiera importado mucho de no haber existido varios hechos inexorables y alarmantes que le interrumpían los sueños poéticos. Desgraciadamente, este romanticismo está reñido con las cuentas, y el feudalismo, desde los tiempos aún de Don Quijote, ¡siempre las ha hecho sin el amo! Federico Guillermo IV aprendió demasiado bien el desdén por la moneda contante y sonante, que fue desde antiguo el rasgo hereditario más noble de los descendientes de los cruzados. Cuando subió al trono, encontró un sistema gubernamental organizado con economía si bien caro, y un tesoro estatal moderadamente lleno. En dos años se gastó hasta el último centavo de los excedentes en festejos de la corte, viajes reales, regalos, subvenciones a los nobles necesitados, arruinados y codiciosos, etc., y las contribuciones ordinarias ya no bastaban para cubrir las demandas ni de la corte ni del gobierno. Así, Su Majestad se vio muy pronto atenazado entre el déficit evidente, por un lado, y la ley de 1820, por el otro, según la cual toda emisión injustificada de un nuevo empréstito o todo aumento de los impuestos existentes era ilegal sin el asenso de la «futura repre-

* Bello ideal. (*N. de la Edit.*)

sentación del pueblo». Esta representación no existía; el nuevo rey estaba aún menos inclinado que su padre a crearla; y si lo hubiera estado, sabía que la opinión pública había cambiado asombrosamente desde su entronización.

Efectivamente, la clase media, que, en parte, esperaba que el nuevo rey promulgase inmediatamente la Constitución y proclamase la libertad de prensa, el ejercicio de la justicia por tribunales de jurados, etc., etc., que proclamaría, en suma, él mismo la revolución pacífica que necesitaba la burguesía para alcanzar el poder político, las clases medias habían visto su error y se volvían ferozmente contra el rey. En la provincia del Rin y, más o menos generalmente, en toda Prusia, estaban tan desesperadas que, al experimentar en su propio medio falta de gentes capaces de representarlas en la prensa, fueron incluso a una alianza con la dirección filosófica extrema de que ya hemos hablado antes. El fruto de esta alianza era la *Rheinische Zeitung*[175], que se publicaba en Colonia. Si bien la clausuraron a los quince meses de su fundación, puédese considerar, sin embargo, que este diario fue el que dio comienzo a la prensa periódica en Alemania. Esto fue en 1842.

El pobre rey, cuyas dificultades monetarias eran la sátira más rabiosa de sus propensiones medievales, no tardó en ver que no podía seguir gobernando sin hacer algunas pequeñas concesiones a la exigencia general de «Representación del Pueblo» que, como último remanente de las promesas, hacía tiempo olvidadas, de 1813 y 1815, figuraban en la ley de 1820. El rey estimaba que el modo menos desagradable de cumplir los preceptos de esta incómoda ley era convocar comités permanentes de las Dietas provinciales. Las Dietas provinciales fueron instituidas en 1823. Estaban compuestas en cada una de las ocho provincias del reino por: 1) la nobleza superior de las familias que fueron soberanas en el Imperio alemán, cuyos cabezas habían sido miembros de la Dieta estamental por derecho de nacimiento; 2) representantes de los caballeros o nobleza inferior; 3) representantes de las ciudades; y 4) diputados de los campesinos o de la clase de los pequeños labriegos. Todo estaba arreglado de manera que, en cada provincia, las dos secciones de la nobleza tuvieran siempre mayoría en la Dieta. Cada una de estas ocho Dietas provinciales elegía un comité, y estos ocho comités eran llamados ahora a Berlín para formar una asamblea representativa que debía votar el empréstito tan deseado. Se declaró que el Tesoro estaba lleno, y que el empréstito no se necesitaba para cubrir las demandas corrientes, sino para construir un ferrocarril estatal. Pero los Comités unidos[176] dieron al rey una negativa rotunda, declarándose incompetentes para obrar como representantes del pueblo

y reclamaron de Su Majestad que cumpliese la promesa de promulgar la Constitución representativa que había dado su padre cuando solicitó la ayuda del pueblo contra Napoleón.

La sesión de los Comités unidos mostró que el espíritu de oposición ya no afectaba sólo a la burguesía. A ésta se había adherido una parte de los campesinos, y muchos nobles, que eran a la vez grandes agricultores en sus propiedades, trataban con cereales, lana, alcohol y lino, y, por lo mismo, necesitaban las mismas garantías contra el absolutismo, la burocracia y la restauración feudal, se habían pronunciado igualmente contra el gobierno en pro de una Constitución representativa. El plan del rey fracasó por completo; el rey no recibió ni un céntimo y acrecentó la fuerza de la oposición. Las sesiones siguientes de las Dietas provinciales fueron aún más desfavorables para el rey. Todas reclamaron reformas, el cumplimiento de las promesas de 1813 y 1815, la Constitución y la libertad de prensa; a este efecto, las resoluciones respectivas de algunas de ellas fueron redactadas en términos bastante irrespetuosos; las respuestas airadas del rey exasperado empeoraron más aún la situación.

Entretanto, las dificultades financieras del gobierno fueron en aumento. La reducción de las asignaciones con destino a diversos servicios públicos, las transacciones fraudulentas relacionadas con el «*Seehandlung*»[177], establecimiento comercial que especulaba y traficaba a cuenta y riesgo del Estado y funcionaba hacía ya tiempo como agente financiero suyo, había bastado para guardar las apariencias de solvencia; el aumento de la emisión de papel moneda había proporcionado algunos recursos; y el secreto de la situación financiera, en general, había sido bien guardado. Pero las posibilidades para todos estos subterfugios se agotaron pronto. Entonces se intentó otro plan: abrir un banco con capital facilitado en parte por el Estado y, en parte, por accionistas privados; la dirección principal debía pertenecer al Estado, es decir, debía estar organizada de manera que el gobierno pudiera tomar de los fondos de este banco grandes sumas y, de esa manera, repetir las operaciones fraudulentas que ya no podía hacer con el «*Seehandlung*». Mas, por supuesto, no había capitalistas que desearan entregar su dinero en esas condiciones. Hubo que rehacer los estatutos del banco y garantizar la propiedad de los accionistas contra los atentados del fisco antes de que se abriera la suscripción a las acciones. Cuando, de esa manera, fracasó también ese plan, no quedó otro recurso que intentar obtener un empréstito, claro que en el caso de que se encontrasen capitalistas que prestasen su dinero sin exigir el acuerdo y la garantía de esta misteriosa «futura representación del pueblo». Se apeló a Rothschild, pero éste declaró que si el empréstito estaba garantizado por la «representación del pue-

blo», lo daría en el acto; en caso contrario, no podría hacer nada por la transacción.

Así se desvaneció toda esperanza de obtener dinero, y no había posibilidad de eludir la fatal «representación del pueblo». La negativa de Rothschild se conoció en el otoño de 1846, y en febrero del año siguiente el rey convocó a las ocho Dietas provinciales en Berlín para hacer de ellas una «Dieta Unida»[178]. La tarea de esta Dieta consistía en cumplir los preceptos de la ley de 1820 en caso de necesidad, a saber: votar los empréstitos y los nuevos impuestos, pero sin ningún otro derecho. Su voz en cuanto a las cuestiones de la legislación general debía ser puramente consultiva; no debía convocarse en períodos fijos, sino siempre y cuando le placiese al rey; podía tratar sólo las cuestiones que se le ocurriese plantear al gobierno. Los diputados de la Dieta, por supuesto, estaban muy insatisfechos del papel que se les concedía. Reiteraron sus deseos, que ya habían expresado en las asambleas de las provincias; las relaciones entre ellos y el gobierno no tardaron en enconarse, y cuando se les volvió a pedir el empréstito para construir el ferrocarril, se negaron de nuevo a darlo.

Esta votación dio en seguida lugar a la clausura de la asamblea. El rey, cuya exasperación subía de punto, disolvió la Dieta, expresando a los diputados su descontento, pero se quedó, no obstante, sin dinero. Y en efecto, tenía razón de sobra para alarmarse de su situación, al ver que la Liga Liberal, encabezada por las clases medias, a las que se habían adherido gran parte de la nobleza inferior y elementos descontentos de todo género que, agrupados en diversos sectores de los estamentos bajos, estaba dispuesta a conseguir lo que se proponía. En vano el rey había declarado en el discurso inaugural que jamás otorgaría una Constitución en el moderno sentido de la palabra. La Liga Liberal insistía en que se promulgase esa Constitución representativa, moderna y antifeudal, con todas sus consecuencias: la libertad de prensa, los tribunales de jurados, etc., dando a entender que, hasta que no la recibiese, no accedería a prestar ni un céntimo. Una cosa estaba clara: que las cosas no podían ir más allá de esa manera y que una de las partes debía ceder o la cosa llegaría a una ruptura, a una lucha sangrienta. Y las clases medias sabían que se encontraban en el umbral de la revolución y se preparaban para ella. Querían asegurarse por todos los medios a su alcance el apoyo de la clase obrera de las ciudades y de los campesinos en las zonas rurales, y es bien sabido que a fines de 1847 entre la burguesía apenas podía encontrarse una figura política eminente que no se proclamase a sí misma «socialista» para ganarse las simpatías de la clase proletaria. No tardaremos en ver a estos «socialistas» actuando.

Esta celosa propensión de la burguesía dirigente a imprimir

a su movimiento, al menos, una apariencia de socialismo, fue debida al gran cambio que se había operado en la clase obrera de Alemania. A partir de 1840, una parte de los obreros alemanes que habían estado en Francia y Suiza, se había familiarizado más o menos con las nociones rudimentarias del socialismo y el comunismo extendidas entre los obreros franceses. El creciente interés que se tenía desde 1840 por esas ideas en Francia, puso también de moda el socialismo y el comunismo en Alemania, y ya desde 1843 en todos los periódicos se discutían cuestiones sociales. Poco después, en Alemania se formó una escuela socialista cuyas ideas se distinguían más por la oscuridad que por la novedad; sus esfuerzos principales consistían en traducir del francés a la embrollada lengua de la filosofía alemana[179] el fourierismo, el sansimonismo y otras doctrinas. Aproximadamente por este tiempo se formó la escuela comunista alemana, que se distingue radicalmente de esa secta.

En 1844 estalló la insurrección de los tejedores de Silesia, seguida de la de los estampadores textiles de Praga. Estas insurrecciones, que fueron reprimidas con saña y no iban contra el gobierno, sino contra los patronos, produjeron honda impresión y dieron nuevo estímulo a la propaganda socialista y comunista entre los obreros. El mismo efecto tuvieron los motines del pan durante el año de hambre de 1847. En suma, lo mismo que la oposición constitucional agrupó en torno a su bandera al grueso de las clases propietarias (a excepción de los grandes terratenientes feudales), la clase obrera de las grandes ciudades vio el medio para su emancipación en las doctrinas socialistas y comunistas, si bien, bajo las leyes de prensa existentes, sólo podía ponerlas en conocimiento suyo en muy pequeño grado. No podía esperarse que los obreros tuvieran ideas muy claras de lo que querían: lo único que sabían era que el programa de la burguesía constitucional no contenía todo lo que ellos deseaban y que sus demandas no encajaban del todo en el marco de las ideas del constitucionalismo.

En Alemania no existía a la sazón un partido republicano aparte. La gente era o monárquica constitucional, o socialista y comunista más o menos claramente definida.

Con tales elementos, la menor colisión debía provocar una gran revolución. En tanto la alta nobleza, los altos funcionarios y los jefes militares eran el único apoyo seguro del sistema existente; en tanto la nobleza inferior, las clases medias comerciales e industriales, las universidades, los maestros de escuela de todas las categorías e incluso parte de las filas inferiores de la burocracia y de la oficialidad del ejército se habían unido contra el gobierno, en tanto, además, se contaban las masas descontentas de campesinos y proletarios de las grandes ciudades, masas que por entonces aún apoyaban a la oposición liberal, pero que ya hablaban de extraña

manera de sus intenciones de tomar las cosas en sus manos; en tanto la burguesía estaba dispuesta a derrocar el gobierno, y los proletarios se estaban preparando para derrocar a la burguesía en su hora, el gobierno persistía tenaz en el rumbo que debía llevar a la colisión. Alemania se encontraba, a comienzos de 1848, ante el umbral de la revolución, y esta revolución habría estallado indudablemente incluso en el caso de que no la hubiese acelerado la revolución de febrero en Francia.

En el artículo siguiente veremos los efectos que la revolución de París causó en Alemania. -

Londres, septiembre de 1851

III

LOS OTROS ESTADOS ALEMANES

En nuestro artículo anterior nos limitamos casi exclusivamente al Estado que, entre 1840 y 1848, fue casi el más importante del movimiento en Alemania: el de Prusia. Lancemos, no obstante, una rápida ojeada a otros Estados de Alemania en este mismo período.

Por lo que se refiere a los Estados pequeños, han pasado, desde el movimiento revolucionario de 1830, por la dictadura completa de la Dieta Unida, es decir, de Austria y Prusia. Por ilusorias que fuesen las diversas constituciones adoptadas como medio de defensa contra la arbitrariedad de Estados más grandes, para asegurar popularidad a sus autores coronados y la unidad a las asambleas heterogéneas de las provincias, formadas sin ningún principio rector por el Congreso de Viena, resultaron sin embargo, peligrosas en el tumultuoso período de 1830-1831 para el poder de los pequeños monarcas. Fueron derogadas casi totalmente. Lo que quedó de ellas era menos que una sombra y se requería la locuaz complacencia de un Welcker, un Rotteck o un Dahlmann para imaginar que se podía obtener algún resultado de esa sumisa oposición, mezclada con el vil reptilismo que se les permitía mostrar en las impotentes cámaras de esos pequeños Estados.

La parte más enérgica de la clase media de esos pequeños Estados abandonó, poco después de 1840, todas las esperanzas que ellas cifraran en el desarrollo del gobierno parlamentario de esas dependencias de Austria y Prusia. Y tan pronto como la burguesía prusiana y las clases aliadas a ella mostraron su seria resolución de luchar por el gobierno parlamentario de Prusia, se les permitió asumir la dirección del movimiento constitucional sobre toda la Alemania no austríaca. Es un hecho incontestable ahora que el

núcleo de los constitucionalistas de Alemania Central que luego se salió de la Asamblea Nacional de Francfort y que, por el lugar de sus reuniones separadas, recibió el nombre de Partido de Gotha[180], discutió mucho antes de 1848 un plan que, con pequeñas modificaciones, propuso en 1849 a los representantes de toda Alemania. Aspiraba a la exclusión completa de Austria de la Confederación Alemana y al establecimiento de una nueva Confederación con una nueva ley fundamental y un Parlamento federal bajo la protección de Prusia y la incorporación de los Estados más pequeños a otros mayores. Todo eso debía llevarse a cabo en el momento en que Prusia ingresara en las filas de la monarquía constitucional, diese la libertad de prensa y aplicase una política independiente de Rusia y Austria, concediendo así a los constitucionalistas de los Estados pequeños la posibilidad de obtener un control real sobre sus gobiernos respectivos. El inventor de este esquema fue el catedrático Gervinus, de Heidelberg (Baden). Así, la emancipación de la burguesía prusiana debía ser la señal para la emancipación de las clases medias de Alemania en general y para la conclusión de una alianza, ofensiva y defensiva, tanto contra Rusia como contra Austria; pues Austria, como veremos ahora mismo, era tenida por un país enteramente bárbaro del que se sabía muy poco, y lo poco que se sabía no hacía honor a su población; Austria, pues, no era considerada parte esencial de Alemania.

Por cuanto a las otras clases de la sociedad de los Estados pequeños, seguían, con más o menos rapidez, los pasos de sus cofrades de Prusia. Los pequeños comerciantes estaban más descontentos cada día de sus respectivos gobiernos por el aumento de los impuestos, las restricciones de sus exiguos derechos políticos, de los que estaban tan ufanos de compararse con los «esclavos del despotismo» de Austria y Prusia. Pero, en su oposición, aún no se descubría nada lo suficiente determinado que pudiera destacarlos como partido independiente distinto del partido constitucionalista de la gran burguesía. El descontento entre los campesinos también aumentaba, pero era bien sabido que en tiempos tranquilos y pacíficos jamás propugnarían sus intereses ni adoptarían su posición como clase independiente, excepto los países donde estaba establecido el sufragio universal. La clase obrera, en los oficios y las industrias de las ciudades, comenzaba a contaminarse con la «ponzoña» del socialismo y el comunismo, pero eran pocas, fuera de Prusia, las ciudades de alguna importancia y aún menos los distritos industriales, por lo que el movimiento de los obreros, debido a la falta de centros de actividad y propaganda, se desarrollaba con mucha lentitud en los Estados pequeños.

Tanto en Prusia como en los Estados pequeños, la dificultad que existía para que se manifestase la oposición política promovió

una original oposición religiosa que se expresaba en movimientos paralelos del catolicismo alemán y del Congregacionalismo Libre[181]. La historia nos brinda numerosos ejemplos de cómo en los países que gozan los bienes de una Iglesia Estatal y en que la discusión política está muy obstaculizada, la oposición profana y peligrosa contra el poder seglar se oculta tras una lucha más santificada y aparentemente más desinteresada contra el despotismo espiritual. Muchos gobiernos que no toleran la discusión de ninguno de sus actos lo pensarán bien antes de crear mártires y excitar el fanatismo religioso de las masas. Así pues, en 1845, se conceptuaba la religión parte inseparable del régimen de cada Estado de Alemania, ya se profesase la católica romana como la protestante o ambas a la vez. Y en cada uno de estos Estados, el clero de una de estas religiones o de las dos constituía una parte esencial del sistema burocrático del gobierno. Atacar la ortodoxia protestante o católica o al clero era tanto como atacar al propio gobierno. En cuanto a los católicos alemanes, su misma existencia era un ataque a los gobiernos católicos de Alemania, sobre todo de Austria y Baviera; y así lo entendían estos gobiernos. Los Congregacionalistas Libres, los disidentes protestantes, que tenían cierto parecido con los unitarios ingleses y norteamericanos[182], declaraban explícitamente su oposición a la tendencia ortodoxa clerical y rígida del rey de Prusia y de su ministro favorito del Departamento de Educación y Culto, señor Eichhorn. Las dos nuevas sectas, que se extendieron rápidamente durante cierto tiempo, la primera en las tierras católicas y la segunda en las protestantes, se distinguían únicamente por su diferencia de origen; en cuanto a sus doctrinas, coincidían exactamente en el importante punto de que todos los dogmas definidos carecían de consistencia. Esa falta de toda definición era su esencia genuina; decían que estaban erigiendo el gran templo bajo cuyas bóvedas se unirían todos los alemanes. Por tanto, en el aspecto religioso expresaban la segunda idea política del día, la idea de la unidad de Alemania; sin embargo, no podían ponerse de acuerdo entre ellos mismos.

La idea de la unidad de Alemania que las antemencionadas sectas procuraban llevar a cabo al menos en el terreno de la religión, inventando una religión común para todos los alemanes, amoldada especialmente a sus demandas, costumbres y gustos, esta idea se extendió efectivamente mucho, sobre todo en los Estados pequeños. Después de la disolución del Imperio alemán por Napoleón[183], el llamamiento a la unión de todos los *disjecta membra** del cuerpo alemán fue la expresión general del descontento por el orden establecido de las cosas, máxime en los Estados pequeños, donde los

---

* *Disjecta membra*: miembros dispersos. (*N. de la Edit.*)

gastos de la corte, de la administración y del ejército, en suma, el peso muerto de los impuestos, crecían en razón directa a la pequeñez y debilidad del Estado. Mas en el punto de lo que debía ser esa unidad de Alemania, cuando se llevase a efecto, eran dispares las opiniones de los partidos. La burguesía, que no quería grandes convulsiones revolucionarias, se satisfacía con lo que ya hemos visto que consideraba «viable», a saber, la unión de toda Alemania, excluida Austria, bajo la supremacía del gobierno constitucional de Prusia: y es seguro que por entonces no se podía hacer nada más sin provocar peligrosas tempestades. Los pequeños comerciantes, los artesanos y los campesinos, en la medida que el problema preocupaba a estos últimos, jamás llegaron a definirse con respecto a la unidad de Alemania, que reclamaron luego con tal griterío; unos cuantos soñadores, en su mayoría reaccionarios feudales, cifraban sus esperanzas en el restablecimiento del Imperio alemán; algunos ignorantes, los *soi-disant** radicales, admiradores de las instituciones suizas, que aún no habían conocido en la práctica y que, las decepcionó de manera tan ridícula, se pronunciaban por una república federal; había un solo partido extremo que, por entonces, se atrevía a propugnar la República Alemana[184], una e indivisible. Así pues, la unidad de Alemania era en sí un gran problema de desunión, de discordia y, en caso de ciertas eventualidades, incluso de guerra civil.

Resumiendo, la situación en Prusia y en los Estados pequeños de Alemania a fines de 1847 era la siguiente. La burguesía sentía su fuerza y se resolvió a no tolerar más tiempo las trabas con que el despotismo feudal y burocrático encadenaba sus transacciones comerciales, su productividad industrial y sus acciones comunes como clase; una parte de la nobleza rural se había convertido hasta tal punto en productora de artículos destinados exclusivamente al mercado que tenía los mismos intereses de la burguesía e hizo causa común con ella; la clase de los pequeños artesanos y comerciantes estaba descontenta por los impuestos y las barreras interpuestas en su negocio, pero aún no tenía ningún plan definido para esas reformas que pudieran asegurar su posición en la sociedad y en el Estado; los campesinos, oprimidos en algunos sitios por las exacciones feudales, y en otros por los prestamistas, los usureros y los leguleyos; los obreros de las ciudades habían sufrido el impacto del descontento general y odiaban tanto al gobierno como a los grandes capitalistas industriales y se dejaban contagiar por las ideas socialistas y comunistas. En suma, existía una masa heterogénea de elementos oposicionistas movidos por diversos intereses, pero más o menos dirigidos por la burguesía, a cuyas pri-

* *Soi-disant*: así llamados. (*N. de la Edit.*)

meras filas marchaba de nuevo la burguesía de Prusia y, particularmente, de la provincia del Rin. Por otro lado, los gobiernos, que discrepaban en muchas cuestiones y desconfiaban los unos de los otros, particularmente del de Prusia, con cuya protección debían contar; en Prusia, rechazado el gobierno por la opinión pública y aun por parte de la nobleza, apoyado por el ejército y la burocracia, que cada día se contagiaba más de las ideas de la burguesía oposicionista y caía bajo el influjo de ésta, el gobierno que, encima de lo dicho, no tenía un céntimo en el más estricto sentido de la palabra y que no podía conseguir ni un céntimo para cubrir su creciente déficit sin entregarse a la discreción de la burguesía, a la cual tenía en contra. ¿Habrá tenido alguna vez la burguesía de cualquier otro país mejor situación en su lucha contra el gobierno establecido?

Londres, septiembre de 1851

IV

AUSTRIA

Veamos ahora a Austria, país que en marzo de 1848 estaba casi tan oculto de la vista de las naciones extranjeras como China antes de la última guerra con Inglaterra[185].

Por supuesto, aquí podemos examinar sólo la parte alemana de Austria. Los asuntos de la población polaca, húngara e italiana de Austria quedan fuera de nuestro tema, pero habremos de tratarlos luego en la medida en que influyeron desde 1848 en los destinos de los alemanes austríacos.

El Gobierno del príncipe Metternich se ha regido por dos principios: primero, tener sujeta a cada una de las diferentes naciones sometidas a la dominación austríaca mediante las otras naciones que se encuentran en la misma situación; segundo, y éste ha sido siempre el principio fundamental de las monarquías absolutas, apoyarse en dos clases, en los terratenientes feudales y en los grandes capitalistas de la bolsa, contrarrestando al mismo tiempo la influencia y el poder de cada una de estas clases con la influencia y el poder de la otra para dejar completa libertad de acción al gobierno. La nobleza terrateniente, cuyos ingresos íntegros provenían de gabelas feudales de toda clase, no podía menos de apoyar el gobierno que había demostrado ser el único que la protegía contra la clase oprimida de los campesinos siervos, a costa de cuya expoliación vivía; y si la parte menos acaudalada de esta nobleza se

decidió a pasar a la oposición al gobierno, como ocurrió en 1846 en la Galicia rutena, Metternich lanzaba inmediatamente contra ellos a esos mismos siervos que no perdían ocasión de vengarse atrozmente de sus opresores inmediatos[186]. Por otra parte, los grandes capitalistas de la bolsa estaban ligados con el Gobierno de Metternich por las grandes sumas que habían invertido en valores del Estado. Austria, que recuperó todo su poder en 1815, que hizo resurgir y apoyó desde 1820 la monarquía absoluta de Italia y que fue eximida de parte de sus deudas por la quiebra de 1810, no tardó, una vez concertada la paz, en recuperar su crédito en los grandes mercados monetarios de Europa, y en la misma proporción que aumentaba su crédito, lo aprovechaba a más y mejor. Así, todos los magnates financieros de Europa habían invertido gran parte de su capital en títulos de la deuda austríaca. Todos ellos estaban interesados en apoyar el crédito público de Austria, y como ésta necesitaba constantemente nuevos empréstitos, ellos se veían obligados a desembolsar de tiempo en tiempo nuevos capitales para mantener en alto el crédito, ofrecer seguridades por los préstamos que ya habían hecho. La larga paz que siguió después de 1815 y la aparente imposibilidad de hundimiento de un viejo imperio milenario, como el de Austria, acrecentaron el crédito del Gobierno de Metternich en asombroso grado, haciéndolo incluso independiente de los buenos deseos de los banqueros y corredores de bolsa vieneses; en tanto que Metternich podía obtener suficiente dinero de Francfort y Amsterdam, tenía, naturalmente, la satisfacción de ver a los capitalistas austríacos a sus pies. Por lo demás, éstos se encontraban en todos los otros aspectos a su merced; los grandes beneficios que dichos banqueros, capitalistas de la bolsa y contratistas gubernamentales saben sacar siempre de la monarquía absoluta, eran compensados por el poder casi ilimitado que el gobierno poseía sobre sus personas y fortunas; por lo tanto, no podía esperarse el menor asomo de oposición por parte de ellos. Así, pues, Metternich estaba seguro del apoyo de las dos clases más poderosas e influyentes del imperio y poseía, además, un ejército y una burocracia de lo mejor constituidas para todos los propósitos del absolutismo. Los funcionarios y los militares al servicio de Austria formaban una casta singular; sus padres habían prestado servicio al *Kaiser*, y lo mismo harían los hijos; éstos no pertenecían a ninguna de las múltiples nacionalidades congregadas bajo el ala del águila bicéfala; eran trasladados, y siempre lo habían sido, de uno al otro confín del imperio, de Italia a Polonia, de Alemania a Transilvania; los húngaros, los polacos, los alemanes, los rumanos, los italianos, los croatas, todo aquel que no llevara la impronta de la autoridad «imperial y real», etc., y mostrara los rasgos de su idiosincrasia nacional era igualmente desdeñado por ellos, que

no tenían nacionalidad o, mejor dicho, sólo ellos constituían la verdadera nación austríaca. Es evidente qué arma tan dócil y, al mismo tiempo, tan poderosa debía ser esa jerarquía civil y militar en manos de un gobernante inteligente y enérgico.

Por cuanto a las otras clases de la población, Metternich, totalmente en el espíritu del hambre de Estado del *ancien régime**, se preocupaba poco por tener su apoyo. Con relación a ellos, conocía una sola política: sacarles la mayor cantidad posible de dinero en forma de impuestos y, a la vez, mantener la tranquilidad entre ellos. La burguesía industrial y comercial se desarrollaba en Austria con mucha lentitud. El comercio por el Danubio era relativamente insignificante; el país no poseía más que un puerto, el de Trieste, y el comercio por él era muy limitado. En cuanto a los industriales, gozaban de gran protección, llegando incluso en la mayoría de los casos a la completa exclusión de toda competencia extranjera; pero esta ventaja se les había concedido principalmente con vistas a aumentar su posibilidad de pagar impuestos y era en gran medida reducida a la nada por las restricciones internas de la industria, los privilegios de los gremios y otras corporaciones feudales que se respetaban escrupulosamente en tanto no entorpecían los propósitos e intenciones del gobierno. Los pequeños artesanos estaban constreñidos a los estrechos límites de estos gremios feudales que mantenían entre los diversos oficios una perpetua guerra por los privilegios de unos sobre los otros y, al propio tiempo, daban al conjunto de todas estas agrupaciones involuntarias una especie de carácter hereditario permanente, privando a la clase obrera de casi toda posibilidad de subir por la escala social. Por último, los campesinos y los obreros eran tenidos por simples objetos de exacción de impuestos: la única atención que se les concedía era mantenerlos el mayor tiempo posible en las mismas condiciones de vida en que existían ellos y en que habían existido sus padres. Con ese fin, toda vieja autoridad hereditaria, sólidamente establecida, se conservaba en la misma medida que la del Estado. El gobierno mantenía rigurosamente por doquier la potestad de los terratenientes sobre los pequeños campesinos en dependencia feudal, la del fabricante sobre los obreros fabriles, la del pequeño maestro artesano sobre los oficiales y aprendices, la del padre sobre el hijo, y cualquier manifestación de desobediencia era castigada como una infracción de la ley mediante el instrumento universal de la justicia austríaca: el palo.

Finalmente, para agrupar en un vasto sistema todas estas tentativas de crear una estabilidad artificial, se seleccionaba con la mayor precaución el sustento espiritual permitido para el pueblo

---

* Viejo régimen. (*N. de la Edit.*)

y se administraba con la mayor escasez posible. La educación estaba en todas partes en manos del clero católico, cuyas jerarquías se hallaban, igual que los grandes propietarios feudales de tierra, profundamente interesadas en el mantenimiento del sistema existente. Las universidades estaban organizadas de manera que no pudieran salir de ellas sino personas especializadas y capaces de alcanzar, en el mejor de los casos, más o menos provecho en ramas particulares del saber, pero no daban, en absoluto, esa libre enseñanza universal que se espera de otras universidades. La prensa periódica brillaba por su ausencia, a excepción de Hungría, y los periódicos húngaros estaban prohibidos en las otras partes de la monarquía. En cuanto a la literatura, en general, en un siglo no se había extendido nada; después de la muerte de José II, había vuelto incluso a reducirse. Y a lo largo de todas las fronteras de territorio austríaco con algún país civilizado se implantó un cordón de censura literaria ligado con el cordón de los oficiales de aduanas que impedían el paso de cualquier libro o periódico extranjero a Austria antes de haber sido revisado minuciosamente dos y tres veces su contenido y haberse aclarado que estaba libre del menor germen contaminoso del perverso espíritu de la época.

Aproximadamente treinta años después de 1815, este sistema funcionaba con asombrosa precisión. De Austria casi no se sabía nada en Europa, y lo que de Europa se sabía en Austria era igualmente tan poco. Ni la posición social de cada clase ni la misma población como un todo parecían haber sufrido el menor cambio. Por fuerte que fuese la hostilidad existente entre las clases, y la existencia de esta hostilidad era, para Metternich, la principal condición de gobierno, y aun la estimulaba para hacer a las clases superiores instrumento de todas las exacciones gubernamentales y dirigir así el odio del pueblo contra ellas, y por mucho que el pueblo odiase a los funcionarios subalternos de la Administración, casi no se registraba en general o no se registraba en absoluto descontento del gobierno central. El emperador era adorado, y los hechos parecían dar la razón al viejo Francisco I, quien, al dudar una vez de que este sistema pudiera durar mucho, agregó plácidamente: «Así y todo, durará mientras vivamos yo y Metternich».

No obstante, por el país se iba propagando un lento movimiento de fondo, que no afloraba a la superficie y reducía a la nada todos los esfuerzos de Metternich. La riqueza y la influencia de la burguesía industrial y comercial iban aumentando. El empleo de máquinas y de la fuerza del vapor en la industria produjo en Austria, lo mismo que en todas partes, una revolución en todas las relaciones y condiciones anteriores de vida de clases enteras de la sociedad; hizo libres a los siervos, y obreros fabriles a los pequeños

agricultores; minó las viejas corporaciones feudales de los artesanos y destruyó los medios de existencia de muchas de ellas. La nueva población comercial e industrial entró por doquier en colisión con las viejas instituciones feudales. Las clases medias, más o menos inducidas por sus ocupaciones a viajar al extranjero, introdujeron algunos conocimientos míticos de los países civilizados que estaban al otro lado de la línea aduanera imperial; la introducción de los ferrocarriles terminó por acelerar el movimiento industrial e intelectual. Había asimismo en el edificio estatal austríaco una parte peligrosa, a saber: la Constitución feudal húngara, con sus debates parlamentarios y las luchas de las masas oposicionistas de los nobles venidos a menos contra el gobierno y los magnates, aliados de éste. Presburgo*, sede de la Dieta, se encontraba ante las puertas de Viena. Todos estos elementos contribuían a crear entre las clases medias de las ciudades un espíritu que no era exactamente de oposición, pues la oposición aún era por entonces imposible, pero sí de descontento, y un deseo general de reformas, más de naturaleza administrativa que constitucional. Y, lo mismo que en Prusia, una parte de la burocracia se adhirió aquí también a la burguesía. Las tradiciones de José II no habían sido olvidadas en esta casta hereditaria de funcionarios de la Administración, los más instruidos de los cuales soñaban a veces con posibles reformas, pero preferían mucho más el despotismo progresivo e intelectual de este emperador al despotismo «paternal» de Metternich. Una parte de la nobleza más pobre estaba igualmente al lado de las clases medias, y en cuanto a las clases inferiores de la población, que siempre habían encontrado motivos de sobra para quejarse de las superiores, si no directamente del gobierno, en la mayoría de los casos no podían dejar de adherirse a los anhelos reformadores de la burguesía.

Fue poco más o menos por entonces, entre 1843 y 1844, cuando se puso comienzo en Alemania a un tipo singular de literatura acorde con estos cambios. Algunos escritores, novelistas, críticos literarios y malos poetas austríacos, todos, sin excepción, de talento muy mediocre, pero dotados de la peculiar habilidad propia de la raza semita, se establecieron en Leipzig y otras ciudades alemanas, fuera de Austria, y allí, lejos del alcance de Metternich, publicaron una serie de libros y folletos sobre asuntos austríacos. Tanto ellos como sus editores llevaron «un animado comercio» con esta mercancía. Toda Alemania ansiaba enterarse de los secretos de la política de la China europea; y la curiosidad de los propios austríacos, que recibían estas publicaciones de contrabando al por mayor a través de la frontera de Bohemia, era mayor aún.

* La denominación eslovaca es Bratislava. (*N. de la Edit.*)

Naturalmente, los secretos revelados en estas publicaciones no tenían gran importancia, y los planes de reformas ideados por sus bienintencionados autores llevaban la impronta de un candor rayano casi en la virginidad política. La Constitución y la libertad de prensa eran tenidas aquí por inalcanzables; las reformas administrativas, la ampliación de los derechos de las dietas provinciales, el permiso de entrada para los libros y periódicos extranjeros y una censura menos severa eran lo más que pedían estos buenos austríacos.

En todo caso, la creciente imposibilidad de impedir la comunicación literaria de Austria con el resto de Alemania, y a través de Alemania, con todo el mundo, contribuyó en gran medida a formar una opinión pública antigubernamental y puso, al menos, alguna información política al alcance de parte de la población austríaca. Así, para fines de 1847, Austria sufrió los efectos, si bien en menor grado, de la agitación política y político-religiosa que entonces sacudía a toda Alemania; y si su progreso en Austria se notó menos, no por eso dejó de encontrar suficientes elementos revolucionarios para influir en ellos: eran los campesinos, siervos o dependientes de los señores feudales, aplastados por el peso de las exacciones de los terratenientes y el gobierno; luego, los obreros fabriles, obligados por la porra del policía a trabajar en las condiciones que al fabricante se le antojase ponerles; luego, los menestrales, desprovistos por las reglas gremiales de toda oportunidad de alcanzar la independencia en su trabajo; luego, los comerciantes, que topaban a cada paso en sus asuntos con absurdas reglamentaciones; después, los fabricantes, en conflicto ininterrumpido con los gremios de las industrias de oficios, celosos de sus privilegios, o con los funcionarios molestos y codiciosos; por último, los maestros de escuela, los *savants**, los funcionarios más instruidos, que pugnaban en vano contra el clero ignorante y presuntuoso o contra los superiores estúpidos y déspotas. En suma, no había ni una sola clase contenta, ya que las pequeñas concesiones que el gobierno se veía obligado a hacer de cuando en cuando, no las hacía a su propia costa, pues el Tesoro no podía afrontarlo, sino a expensas de la alta aristocracia y el clero; y por lo que se refiere a los banqueros y poseedores de títulos de la deuda pública, los últimos sucesos de Italia, la oposición creciente de la Dieta húngara, el extraordinario espíritu de descontento y la demanda de reformas que se manifestaban por sí solos en todo el imperio no eran de una naturaleza que pudieran fortalecer su fe en la solidez y solvencia del Imperio austríaco.

Así pues, Austria iba marchando también lenta, pero segura, hacia un gran cambio, cuando ocurrieron de pronto en Francia los

* Eruditos. (*N. de la Edit.*)

sucesos que hicieron estallar de golpe la tempestad que se avecinaba y desmintieron el aserto del viejo Francisco de que el edificio se mantendría en pie mientras vivieran él y Metternich.

Londres, septiembre de 1851

V

LA INSURRECCION DE VIENA

El 24 de febrero de 1848 Luis Felipe fue expulsado de París y se proclamó la República Francesa. El 13 de marzo siguiente, el pueblo de Viena dio al traste con el poder del principe Metternich, a quien puso en vergonzosa fuga del país. El 18 de marzo, el pueblo de Berlín se alzó en armas y, tras obstinada lucha de dieciocho horas, tuvo la satisfacción de ver al Rey entregarse a sus manos. Hubo estallidos simultáneos de naturaleza más o menos violenta, pero todos con el mismo éxito, en las capitales de los Estados más pequeños de Alemania. El pueblo alemán, si bien es verdad que no llevó hasta el fin su primera revolución, emprendió al menos abiertamente el camino revolucionario.

Aquí no podemos entrar en detalles de los incidentes de todas estas insurrecciones: pero lo que sí debemos explicar es su carácter y la posición que las diferentes clases de la población adoptaron ante ellas.

Puede afirmarse que la revolución de Viena la hizo la población casi por unanimidad. La burguesía, excepto los banqueros y los capitalistas de la bolsa, se alzó como un solo hombre con los pequeños artesanos y comerciantes y el pueblo trabajador contra el gobierno que todos detestaban, contra el gobierno tan odiado por todos, que la pequeña minoría de nobles y acaudalados que lo apoyaban se agazapó al primer ataque. Las clases medias habían estado mantenidas en tal grado de ignorancia política por Metternich que no pudieron comprender en absoluto las noticias que les llegaron de París sobre el reino de la Anarquía, el Socialismo y el Terror y sobre la lucha que se avecinaba entre la clase de los capitalistas y la clase de los obreros. En su candor político, o no concedía importancia a estas noticias o las tenía por una diabólica invención de Metternich para intimidarlas y someterlas a su obediencia. Además, no habían visto nunca a los obreros actuar como clase o defender sus intereses propios, particulares, de clase. Por su vieja experiencia, no podían imaginarse la posibilidad de que surgieran repentinamente contradicciones algunas entre esas mismas clases que habían derrocado con unidad tan enternecedora un gobierno odiado por todos. Habían visto que los obreros estaban

de acuerdo con ellas en todos los puntos: en el de la Constitución, en el del tribunal de jurados, en el de la libertad de prensa, etcétera. Así, al menos en marzo de 1848, estaban en cuerpo y alma con el movimiento, y el movimiento, por otra parte, las había hecho a ellas desde el mismo comienzo (por lo menos en teoría) las clases dominantes del Estado.

Pero todas las revoluciones tienen por destino que la unión de las diferentes clases, que siempre es en cierto grado una condición necesaria de toda revolución, no puede subsistir mucho tiempo. Tan pronto como se conquista la victoria contra el enemigo común, los vencedores se dividen, forman distintos bandos, y vuelven las armas los unos contra los otros. Precisamente este rápido y pasional desarrollo del antagonismo entre las clases en los viejos y complicados organismos sociales hace que la revolución sea un agente tan poderoso del progreso social y político; y precisamente ese continuo y rápido crecer de los nuevos partidos, que se suceden en el poder durante esas conmociones violentas, hace a la nación que recorra en cinco años más camino que recorrería en un siglo en circunstancias ordinarias.

La revolución de Viena hizo a la clase media la clase predominante en el aspecto teórico; es decir, las concesiones que se arrancaron al gobierno eran tales que habrían asegurado inevitablemente la supremacía de la clase media si se hubieran puesto en práctica y se hubieran mantenido algún tiempo. Pero, en realidad, el dominio de esta clase estuvo lejos de establecerse. Es verdad que con la fundación de la Guardia Nacional, que dio armas a las clases medias, éstas cobraron fuerza e importancia; también es verdad que con la instauración del «Comité de Seguridad», especie de gobierno revolucionario que no respondía ante nadie y en el que predominaba la burguesía, ésta se encumbró en el poder. Pero, al mismo tiempo, parte de los obreros también estaban armados; ellos y los estudiantes cargaban con todo el peso de la lucha siempre que había que apelar a las armas; los estudiantes, unos cuatro mil en total, bien pertrechados y mucho más disciplinados que la Guardia Nacional, formaban el núcleo, la fuerza real del ejército revolucionario, y no estaban dispuestos a actuar como simple instrumento en manos del Comité de Seguridad. Y aunque los estudiantes lo reconocían y eran sus defensores más entusiastas, no por eso dejaban de constituir una especie de cuerpo independiente y bastante turbulento que celebraba por su cuenta reuniones en el «Aula» y mantenía una posición intermedia entre la burguesía y los obreros, impidiendo, con su agitación constante, que todo volviese a la tranquilidad cotidiana e imponiendo a menudo sus resoluciones al Comité de Seguridad. Por otra parte, los obreros, que habían sido despedidos del trabajo casi todos, hubieron de ser

empleados en obras públicas a expensas del Estado, y el dinero para pagarles había que sacarlo, naturalmente, de los bolsillos de los contribuyentes o de la caja de la ciudad de Viena. Todo esto no pudo menos de ser muy desagradable para los comerciantes y artesanos de Viena. Las manufacturas de la ciudad, destinadas a satisfacer el consumo de las casas ricas y aristocráticas de un vasto país, quedaron totalmente paralizadas, como se puede suponer, por la revolución, debido a la huida de los aristócratas y de la corte; el comercio decayó, y la agitación y ebullición continuas que partían de los estudiantes y los obreros no eran, por cierto, la mejor manera de «restablecer la confianza», como entonces se decía. Por eso no tardó en producirse cierto enfriamiento entre las clases medias, por un lado, y los turbulentos estudiantes y obreros, por el otro; y si, durante mucho tiempo, este enfriamiento no se transformó en hostilidad abierta, fue debido a que el Ministerio y, particularmente, la Corte, con su impaciencia por restablecer el viejo orden de las cosas daban constante pie a las sospechas y la actividad turbulenta de los partidos más revolucionarios y hacían aparecer sin cesar, incluso ante los ojos de las clases medias, el espectro del viejo despotismo de Metternich. Así, el 15 de mayo, y de nuevo el 26 del mismo, hubo en Viena más levantamientos de todas las clases debidos a que el gobierno había intentado restringir o anular totalmente algunas de las libertades recién conquistadas, y en cada ocasión, la alianza entre la Guardia Nacional o la burguesía armada, los estudiantes y los obreros se volvía a cimentar por cierto tiempo.

En cuanto a las otras clases de la población, la aristocracia y los magnates acaudalados habían desaparecido, y los campesinos estaban demasiado ocupados por todas partes en destruir el feudalismo hasta los últimos vestigios. Gracias a la guerra de Italia[187] y a las preocupaciones que Viena y Hungría daban a la Corte, los campesinos gozaban de completa libertad de acción, y en Austria consiguieron en la obra de su emancipación más que en cualquier otra parte de Alemania. La Dieta austríaca sólo tuvo que refrendar muy poco después los pasos dados en la práctica por los campesinos, y por mucho que el Gobierno de Schwarzenberg pueda restaurar, jamás podrá restablecer la servidumbre feudal de los campesinos. Y si en el momento presente Austria está de nuevo relativamente tranquila y hasta es fuerte, eso se debe principalmente a que la gran mayoría del pueblo, los campesinos, ha sacado verdaderas ventajas de la revolución y a que, atente el gobierno restaurado contra lo que quiera, estas ventajas materiales sensibles, conquistadas por los campesinos, siguen intactas hasta hoy.

Londres, octubre de 1851

VI

LA INSURRECCION DE BERLIN

El segundo centro de la acción revolucionaria fue Berlín. Después de lo dicho en los artículos anteriores, puede adivinarse que esta acción estuvo allí lejos de contar con el apoyo unánime de casi todas las clases que la apoyaron en Viena. En Prusia, la burguesía se había enzarzado ya en verdaderas batallas con el gobierno; el resultado de la «Dieta Unida» fue una ruptura; se avecinaba la revolución burguesa, y esta revolución pudo haber sido, en su primer estallido, tan unánime como la de Viena, de no haber estallado la revolución de febrero en París. Este acontecimiento lo precipitó todo, mientras que, al propio tiempo, se hizo bajo una bandera completamente distinta que la enarbolada por la burguesía prusiana para preparar la campaña contra su gobierno. La revolución de febrero derribó en Francia el mismo tipo de gobierno que la burguesía prusiana se proponía establecer en su propio país. La revolución de febrero se dio a conocer como una revolución de la clase obrera contra las clases medias; proclamó la caída del gobierno de la clase media y la emancipación de los obreros. Ahora, la burguesía prusiana había tenido poco antes suficientes agitaciones de la clase obrera en su propio país. Pasado el primer susto que le dio la insurrección de Silesia, intentó incluso encauzar estas agitaciones en su provecho; pero siempre había tenido un horror espantoso al socialismo y al comunismo revolucionarios: por eso, cuando vio al frente del Gobierno de París a hombres que ella tenía por los más peligrosos enemigos de la propiedad privada, del orden, la religión, la familia y los otros sagrarios de la moderna burguesía, sintió al punto enfriarse considerablemente su propio ardor revolucionario. Sabía que debía aprovechar la ocasión y que, sin la ayuda de las masas obreras, sería derrotada; y aun con todo, le faltó coraje. Por eso, a los primeros estallidos aislados en las provincias, se adhirió al gobierno e intentó mantener en calma al pueblo de Berlín que se reunía en multitudes durante los primeros cinco días ante el palacio real para discutir las noticias y exigir cambios en el gobierno; y cuando, al fin, después de la noticia de la caída de Metternich, el Rey* hizo algunas concesiones de poca monta, la burguesía consideró que la revolución había terminado y fue a dar las gracias a Su Majestad por haber satisfecho todos los anhelos de su pueblo. Pero siguieron el ataque de las tropas a la muchedumbre, las barricadas, la lucha y la derrota de la monarquía. Entonces cambiaron todas las cosas. Aquella misma clase obrera

* Federico Guillermo IV. (*N. de la Edit.*)

que la burguesía procuraba mantener en último plano, salió a primer plano, luchó y triunfó, y todos se percataron de pronto de su fuerza. Las restricciones del sufragio, de la libertad de prensa, del derecho a ser jurado y del derecho de reunión, restricciones que habrían sido muy del agrado de la burguesía debido a que atañían sólo a las clases que estaban por debajo de ella, ya no eran posibles. El peligro de que se repitiesen las escenas parisienses de «anarquía» era inminente. Ante este peligro, desaparecieron todas las discordias anteriores. Los amigos y enemigos de muchos años se unieron contra el obrero victorioso, pese a que éste aún no había manifestado ninguna reivindicación particular para sí mismo, y la alianza entre la burguesía y los defensores del régimen derrocado se concertó en las mismísimas barricadas de Berlín. Hubo de hacerse las concesiones necesarias, pero no más de las ineludibles; hubo de formar gobierno una minoría de los líderes de la oposición de la Dieta Unida, y, en recompensa por sus servicios para salvar la Corona, le prestaron su apoyo todos los puntales del viejo régimen: la aristocracia feudal, la burocracia y el ejército. Estas fueron las condiciones en las que los señores Camphausen y Hansemann aceptaron formar gabinete.

El pánico de los nuevos ministros a las masas excitadas era tan grande que cualquier medio era bueno para ellos con tal de reforzar los estremecidos cimientos de la autoridad. Estos hombres, despreciables e ilusos, creyeron que ya había pasado el peligro de restauración del viejo sistema; por eso echaron mano de todo el viejo mecanismo del Estado para restablecer el «orden». No fue destituido ni un solo funcionario de la burocracia ni oficial del ejército ni se introdujo el menor cambio en el viejo sistema burocrático de administración. Estos ministros constitucionales y responsables de valía hasta restituyeron en sus cargos a los funcionarios que el pueblo, en su primer arrebato de fogosidad revolucionaria, había expulsado por sus anteriores abusos de poder. Nada cambió en Prusia sino las personas que desempeñaban las carteras ministeriales; no se tocó ni siquiera al personal de los diversos departamentos de los ministerios, y todos los arribistas constitucionales, que habían formado corro en torno a los gobernantes de nuevo cuño y esperaban su parte de poder y jerarquía, recibieron por respuesta que esperasen hasta que la estabilidad restablecida permitiera hacer cambios en el personal burocrático, pues, por el momento, eso era peligroso.

El Rey, que se había amilanado en el mayor grado después de la insurrección del 18 de marzo, no tardó en ver que hacía tanta falta a estos ministros «liberales» como ellos le hacían a él. El trono había sido respetado por la insurrección; el trono era el último obstáculo existente para la «anarquía»; y las clases medias libe-

rales y sus líderes, hoy en el gobierno, estaban por eso muy interesados en tener las mejores relaciones con la Corona. El Rey y la camarilla reaccionaria que lo rodeaba no tardaron en comprenderlo y se aprovecharon de ello para impedir que el gobierno llevase a cabo hasta las pequeñas reformas que intentaba realizar de cuando en cuando.

La primera preocupación del gobierno fue dar cierta apariencia de legalidad a los recientes cambios violentos. La Dieta Unida fue convocada, a despecho de la oposición del pueblo, para votar, como órgano legal y constitucional del pueblo, una nueva ley electoral para elegir una asamblea que llegase a un acuerdo con la Corona sobre la nueva Constitución. Las elecciones tenían que ser indirectas, las masas de votantes elegirían a un número determinado de mandatarios que luego elegirían a los diputados. Pese a toda la oposición, este sistema de elecciones dobles fue aprobado. Luego se pidió a la Dieta Unida la sanción para solicitar un préstamo de veinticinco millones de dólares; el partido del pueblo se opuso, pero la Dieta lo aprobó.

Estos actos del gobierno contribuyeron a que el partido del pueblo, o democrático, como se llamaba ya a sí mismo, se desarrollara con la mayor rapidez. Este partido, encabezado por los pequeños artesanos y comerciantes, que agrupaba bajo sus banderas, al comienzo de la revolución, a la gran mayoría de los obreros, pedía el sufragio directo y universal, lo mismo que el implantado en Francia, una sola Asamblea legislativa y el reconocimiento completo y explícito de la revolución del 18 de marzo como la base del nuevo sistema gubernamental. La fracción más moderada quedaría satisfecha con una monarquía «democratizada» de esa manera, y los más avanzados exigían que se proclamase en última instancia la República. Ambas fracciones se pusieron de acuerdo en reconocer la Asamblea Nacional Alemana de Francfort como la autoridad suprema del país, en tanto que la soberanía de esta institución infundía verdadero pánico a los constitucionalistas y reaccionarios, pues la tenían por extraordinariamente revolucionaria.

El movimiento independiente de la clase obrera fue interrumpido temporalmente por la revolución. Las necesidades y circunstancias inmediatas del movimiento no permitían colocar en primer plano ninguna reivindicación particular del partido proletario. Efectivamente, mientras no se había desbrozado el terreno para la acción independiente de los obreros, mientras no se había establecido el sufragio directo y universal y mientras los treinta y seis Estados grandes y pequeños seguían desgarrando a Alemania en numerosos jirones, ¿qué otra cosa podía hacer el partido proletario sino estar al tanto del movimiento de París, importantísimo para él, y luchar al lado de los pequeños artesanos y comerciantes

para alcanzar los derechos que luego le permitieran batirse por su propia causa?

Por entonces, el partido proletario sólo se distinguía en su acción política del de los pequeños artesanos y comerciantes, o partido propiamente llamado democrático, en tres puntos: primero, en que juzgaban de distinto modo el movimiento francés, impugnando los demócratas el partido extremo de París y defendiéndolo los proletarios revolucionarios; segundo, en que los proletarios expresaban la necesidad de proclamar la República Alemana, una e indivisible, mientras que los más extremistas de los demócratas sólo se atrevían a hacer objeto de sus anhelos una república federal; tercero, en que el partido proletario mostraba en cada ocasión esa valentía y disposición a actuar que siempre falta a cualquier partido encabezado y compuesto principalmente por pequeños burgueses.

El partido proletario, o verdaderamente revolucionario, pudo ir sacando sólo muy poco a poco a las masas obreras de la influencia de los demócratas, a cuya zaga iban al comienzo de la revolución. Pero en el momento debido, la indecisión, la debilidad y la cobardía de los líderes democráticos hicieron el resto, y ahora puede decirse que uno de los resultados principales de las convulsiones de los últimos años es que dondequiera que la clase obrera está concentrada en algo así como masas considerables, se encuentra completamente libre de la influencia de los demócratas, que la condujeron en 1848 y 1849 a una serie interminable de errores y reveses. Mas no nos adelantemos; los acontecimientos de estos dos años nos brindarán multitud de oportunidades para mostrar a los señores demócratas en acción.

Los campesinos de Prusia, lo mismo que los de Austria, si bien con menos energía, pues el feudalismo, en general, no los oprimía tanto como en ésta, aprovecharon la revolución para emanciparse de golpe de todas las trabas feudales. Pero la burguesía prusiana, por las razones antes expuestas, se puso en el acto en contra de ellos, sus aliados más viejos e indispensables; los demócratas, tan asustados como la burguesía por lo que se dio en llamar ataques a la propiedad privada, tampoco les ayudaron; y así, transcurridos tres meses de emancipación, luego de sangrientas luchas y ejecuciones militares, sobre todo en Silesia, el feudalismo fue restaurado por mano de la burguesía que había sido antifeudal hasta el día de ayer. No hay otro hecho más bochornoso que éste contra ella. Jamás cometió semejante traición contra sus mejores aliados, contra sí mismo, ningún otro partido en la historia, y cualesquiera que sean la humillación y el castigo que tenga deparados este partido de la clase media, los tiene bien merecidos en virtud de este solo hecho.

Londres, octubre de 1851

VII

LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCFORT

El lector quizás recuerde que en los seis artículos precedentes hemos analizado el movimiento revolucionario de Alemania hasta las dos grandes victorias del pueblo del 13 de marzo en Viena y del 18 del mismo en Berlín. Hemos visto que tanto en Austria como en Prusia se formaron gobiernos constitucionales y se proclamaron los principios liberales, o de la clase media, como reglas rectoras de la futura política; y la única diferencia notable entre los dos grandes centros de acción fue que, en Prusia, la burguesía liberal, personificada en dos ricos comerciantes, los señores Camphausen y Hansemann, empuñó directamente las riendas del poder; en tanto que en Austria, donde la burguesía estaba mucho menos preparada en el aspecto político, subió al poder la burocracia liberal, declarando abiertamente que gobernaba por mandato de la burguesía. Hemos visto, además, que los partidos y clases sociales que, hasta entonces, estaban unidos en su oposición al viejo gobierno, se dividieron después de la victoria o incluso durante la lucha; y que esa misma burguesía liberal, la única que sacó provecho de la victoria, se volvió en el acto contra sus aliados de ayer, adoptó una actitud hostil contra toda clase o partido de carácter más avanzado y concertó una alianza con los elementos feudales y burocráticos vencidos. Era en realidad evidente, incluso desde el comienzo del drama revolucionario, que la burguesía liberal no podía sostenerse contra los partidos feudal y burocrático vencidos, mas no destruidos, sino recabando la ayuda de los partidos populares y más avanzados; y que ello requería asimismo, contra el torrente de estas masas más avanzadas, el apoyo de la nobleza feudal y de la burocracia. Así, estaba claro de sobra que la burguesía de Austria y Prusia no poseía fuerza suficiente para mantener su poder y adaptar las instituciones del país a sus propias demandas e ideales. El gobierno liberal burgués no era más que un lugar de tránsito del que el país, según el giro que tomaran las cosas, debía o bien pasar a un grado más alto, llegando a constituir una república unitaria, o bien volver de nuevo al viejo régimen clerical-feudal y burocrático. En todo caso, la lucha real y decisiva aún estaba por delante; los sucesos de marzo no eran sino el comienzo de la lucha.

Como Austria y Prusia eran los dos Estados dirigentes de Alemania, cada victoria decisiva de la revolución en Viena o Berlín habría sido también decisiva para toda Alemania. En efecto, tal y como se desarrollaron los acontecimientos de marzo de 1848 en estas dos ciudades, determinaron el sesgo de los asuntos alema-

nes. Por eso huelga recurrir a los movimientos que hubo en los Estados más pequeños; y podríamos realmente constreñirnos a examinar exclusivamente los asuntos de Austria y Prusia si la existencia de estos Estados pequeños no hubiese traído a la vida una institución que, por el mero hecho de existir, era la prueba más contundente de la situación anormal de Alemania y de que la última revolución no se había llevado hasta el fin; esta institución era tan anormal y absurda por su misma posición y estaba, además, tan pagada de su propia importancia que, probablemente, la historia jamás volverá a dar nada parecido. Esta institución era la denominada *Asamblea Nacional Alemana* de Francfort del Meno.

Después de la victoria del pueblo en Viena y Berlín era natural que se plantease la convocación de una Asamblea Representativa de toda Alemania. Esta institución fue elegida y se reunió en Francfort al lado de la vieja Dieta Federativa. El pueblo esperaba de la Asamblea Nacional Alemana que resolviese todas las cuestiones en litigio y actuase como autoridad legislativa suprema para toda la confederación alemana. Pero, al mismo tiempo, la Dieta que la hubo convocado no fijó en modo alguno sus atribuciones. Nadie sabía si sus decretos habrían de tener fuerza de ley o ser sometidos a la sanción de la Dieta Federativa o de cada gobierno por separado. Ante situación tan compleja, la Asamblea, si hubiese tenido el mínimo de energía, habría disuelto inmediatamente la Dieta, que era el organismo corporativo más impopular de Alemania, y la habría sustituido con un Gobierno federal elegido entre sus propios miembros. Debiera haberse declarado a sí misma única expresión legal de la voluntad soberana del pueblo alemán y, por lo mismo, dar fuerza de ley a todos sus decretos. Ante todo, debiera haberse asegurado a sí misma, organizando y armando en el país una fuerza suficiente para vencer toda oposición de los gobiernos. Eso era fácil, muy fácil de hacer en aquel período temprano de la revolución. Mas eso habría sido esperar demasiado de una Asamblea compuesta en su mayoría por abogados liberales y catedráticos doctrinarios, y la Asamblea, que mientras pretendía personificar la propia esencia de la mentalidad y la ciencia alemanas, no era en realidad sino la tribuna donde las viejas personalidades políticas, pasadas de moda, exhibían ante los ojos de toda Alemania su ridiculez involuntaria y su incapacidad para pensar y actuar. Esta asamblea de viejas momias tuvo desde el primer día de su existencia más miedo al menor movimiento popular que a todas las confabulaciones reaccionarias de todos los gobiernos alemanes juntos. Se reunía bajo la vigilancia de la Dieta Federativa, y, por si esto fuera poco, casi imploraba a ésta que aprobase sus decretos, ya que las primeras resoluciones de la Asamblea habían de ser promulga-

das por este odioso cuerpo. En vez de afianzar su propia soberanía, eludió con empeño la discusión de problema tan peligroso. En vez de rodearse de la fuerza armada del pueblo, pasó a tratar las cuestiones ordinarias, haciendo la vista gorda ante los actos de violencia de los gobiernos; en Maguncia se declaró delante de sus narices el estado de sitio, el pueblo fue desarmado, y la Asamblea Nacional no movió un dedo. Más tarde eligió al archiduque Juan de Austria Regente de Alemania y declaró que todas sus resoluciones tenían fuerza de ley; pero el archiduque Juan no fue elevado a su nuevo cargo hasta que se hubo obtenido el asenso de todos los gobiernos y el nombramiento no lo recibió de la Asamblea, sino de la Dieta; por cuanto a la fuerza legal de los decretos de la Asamblea, jamás la reconocieron los gobiernos de los Estados grandes, y la propia Asamblea no insistió en ello; por eso quedó pendiente esta cuestión. Así, presenciamos el extraño espectáculo de una Asamblea que pretendía ser la única representante legal de una nación grande y soberana sin poseer nunca ni la voluntad ni la fuerza para hacer que se reconocieran sus exigencias. Los debates de esta institución no dieron ningún resultado práctico ni tuvieron siquiera valor teórico alguno, ya que no hacían sino repetir los tópicos más manidos de escuelas filosóficas y jurídicas anticuadas; cada sentencia expresada, mejor dicho, balbuceada en esta Asamblea había sido impresa ya mil veces, y mil veces mejor, mucho antes.

Así, la pretendida nueva autoridad central de Alemania dejó todas las cosas tal y como las había encontrado. Lejos de llevar a cabo la unidad tan esperada de Alemania, no depuso ni al más insignificante de los príncipes que gobernaban en ella; no estrechó más los lazos de unión entre las provincias separadas; jamás dio un solo paso para romper las barreras aduaneras que separaban a Hannover de Prusia y a Prusia de Austria; no hizo siquiera la menor tentativa de abolir los aborrecibles impuestos que obstruían en Prusia por doquier la navegación fluvial. Y cuanto menos hacía la Asamblea, tanto más baladroneaba. Creó, pero en el papel, la Flota alemana; se anexó Polonia y Schleswig; permitió a la Austria alemana que hiciese la guerra a Italia, pero prohibió a los italianos que persiguieran a las tropas austríacas en territorio alemán, refugio seguro para éstas; dio tres hurras y un hurra más por la República Francesa y daba recepción a las embajadas húngaras, que regresaban a su país con ideas mucho más confusas, por cierto, de Alemania que antes de venir.

Esta Asamblea había sido al comienzo de la revolución el espantajo de todos los gobiernos alemanes, que esperaban de ella acciones muy dictatoriales y revolucionarias en virtud de lo indeterminado en que se creyó necesario dejar su competencia. Para debilitar la influencia de esta temible institución, estos gobiernos ten-

dieron una extensísima red de intrigas. Pero tuvieron más suerte que sagacidad, ya que la Asamblea ejecutaba la labor de los gobiernos mejor que pudieran haberlo hecho ellos mismos. El rasgo principal de las intrigas de los gobiernos era la convocación de asambleas legislativas locales y, en consecuencia, convocaban estas asambleas no sólo los Estados pequeños, sino que también Prusia y Austria convocaron sus Asambleas Constituyentes. En estas asambleas, lo mismo que en la Cámara de Representantes de Francfort, la mayoría pertenecía a la burguesía liberal o sus aliados, los abogados y funcionarios liberales; y en todas ellas el sesgo que tomaron los acontecimientos fue aproximadamente el mismo. La única diferencia consistía en que la Asamblea Nacional Alemana era el parlamento de un país imaginario, ya que declinó la misión de formar lo que había sido la primera condición de su existencia: una Alemania unida; que discutía medidas imaginarias, que jamás se llevarían a cabo, de un gobierno imaginario que ella misma había formado y que adoptaba resoluciones imaginarias que a todos tenían sin cuidado; mientras que en Austria y Prusia las Asambleas Constituyentes eran, al menos, parlamentos reales que quitaban y ponían gobiernos reales e imponían, aunque fuese temporalmente, sus resoluciones a los príncipes con los que tenían que enfrentarse. Eran también cobardes y les faltaba amplia comprensión de las medidas revolucionarias; traicionaron también al pueblo y devolvieron el poder al despotismo feudal, burocrático y militar. Pero se veían al menos obligadas a discutir las cuestiones prácticas de interés inmediato y vivir en esta tierra entre la demás gente, mientras que los charlatanes de Francfort jamás habían sido más dichosos que cuando pudieron remontarse «al reino etéreo de los sueños», *im Luftreich des Traums**. Así, los debates de las Asambleas Constituyentes de Berlín y Viena formaron una parte importante de la historia revolucionaria de Alemania, en tanto que las lucubraciones de la bufonada colectiva de Francfort podían interesar únicamente a algún anticuario o coleccionista de curiosidades literarias.

El pueblo de Alemania, al sentir profundamente la necesidad de poner fin al odioso fraccionamiento territorial, que diseminaba y reducía a la nada la fuerza colectiva de la nación, esperó algún tiempo que la Asamblea Nacional de Francfort pusiera al menos comienzo a una nueva era. Pero la infantil conducta de esta congregación de omnisapientes varones enfrió rápidamente el entusiasmo nacional. Su vergonzoso modo de obrar en ocasión del armisticio de Malmoe (septiembre de 1848)[188] promovió un estallido de indignación del pueblo contra esta Asamblea, de la que

---

* Heine. *Alemania. Un cuento de invierno*, cap. VII. (*N. de la Edit.*)

se esperaba diese a la nación campo libre para actuar y, en lugar de eso, dominada por una cobardía sin igual, sólo restableció la anterior solidez de los cimientos sobre los que se ha elevado el presente sistema contrarrevolucionario.

Londres, enero de 1852

VIII

LOS POLACOS, LOS CHECOS Y LOS ALEMANES

Por lo que se ha expuesto ya en los artículos anteriores, resulta evidente que, si no seguía otra revolución a la de marzo de 1848, en Alemania las cosas volverían inevitablemente al estado de antes de este acontecimiento. Pero es tal la complicada naturaleza del tema histórico que tratamos de aclarar, que los subsiguientes sucesos no podrán ser entendidos claramente sin tener en cuenta lo que podrían llamarse relaciones exteriores de la revolución alemana. Y estas relaciones exteriores eran de la misma intrincada naturaleza que los asuntos interiores.

Toda la mitad oriental de Alemania hasta el Elba, el Saale y el Bosque de Bohemia fue reconquistada, como es bien sabido, durante el último milenio a los invasores de origen eslavo. La mayor parte de estos territorios ha sido germanizada durante los últimos siglos hasta la extinción total de la nacionalidad y la lengua eslavas. Y si exceptuamos unos pequeños restos, que suman en total menos de cien mil almas (kassubianos en Pomerania, wends o sorbianos en Lusacia), sus habitantes son alemanes en todos los aspectos. Pero el caso es diferente a lo largo de la frontera de la vieja Polonia y en los territorios de lengua checa: Bohemia y Moravia. Aquí las dos nacionalidades están mezcladas en todos los distritos: las ciudades son, por lo general, más o menos alemanas, en tanto que el elemento eslavo prevalece en las aldeas, donde, sin embargo, va siendo desintegrado y desplazado gradualmente por el aumento continuo de la influencia alemana.

La razón de tal estado de las cosas estriba en lo siguiente. Desde los tiempos de Carlomagno, los germanos han venido haciendo los esfuerzos más pertinaces y constantes para conquistar, colonizar o, al menos, civilizar el Este de Europa. Las conquistas de la nobleza feudal entre el Elba y el Oder, así como las colonias feudales de las órdenes militares de caballeros en Prusia y Livonia sólo prepararon el terreno para un sistema de germanización más extensa y eficaz mediante la burguesía comercial y manufacturera

cuya importancia social y política venía aumentando en Alemania, como en el resto de Europa Oriental, desde el siglo XV. Los eslavos, particularmente los occidentales (polacos y checos), son esencialmente agricultores; el comercio y la manufactura jamás gozaron de gran favor entre ellos. La consecuencia fue que, con el crecimiento de la población y el surgimiento de las ciudades, en estas regiones la producción de artículos manufactureros cayó en las manos de los inmigrados alemanes, y el intercambio de estas mercancías por productos de la agricultura se hizo monopolio exclusivo de los hebreos quienes, si pertenecen a alguna nacionalidad, son indudablemente en estos países más alemanes que eslavos. Lo mismo ha ocurrido, aunque en menor grado, en todo el Este de Europa. El artesano, el pequeño comerciante y el pequeño fabricante de San Petersburgo, Pest, Jassy e incluso Constantinopla es alemán hasta hoy día; pero el prestamista, el tabernero y el quincallero, figuras muy importantes en estos países de pequeña densidad de población, es generalmente hebreo, cuya lengua natal es el alemán horriblemente estropeado. La importancia del elemento alemán en las zonas limítrofes eslavas, que fue aumentando siempre con el crecimiento de las ciudades, del comercio y de la industria, aumentó más aún cuando se creyó necesario importar de Alemania casi todos los elementos de la cultura espiritual; tras el mercader y el artesano alemán, se establecieron en tierras eslavas el clérigo alemán, el maestro de escuela alemán y el *savant* alemán. Y, por último, el paso de hierro de los ejércitos conquistadores o las apropiaciones cautelosas y bien meditadas de la diplomacia no sólo siguió, sino que en muchos casos precedió al avance lento, pero seguro, de la desnacionalización que operaba el desarrollo social. Así, grandes partes de Prusia Occidental y de Posnania fueron germanizadas desde la primera división de Polonia por las ventas y donaciones de tierras del dominio público a colonos alemanes, por los estímulos concedidos a los capitalistas alemanes para montar fábricas, etc., en estas zonas limítrofes y, muy a menudo también, por las medidas excesivamente despóticas contra los habitantes polacos del país.

De esa manera, en los últimos setenta años ha cambiado totalmente la línea de demarcación entre las nacionalidades alemana y polaca. La revolución de 1848 promovió de golpe la reivindicación de todas las naciones oprimidas, de una existencia independiente y del derecho a decidir por sí mismas sus propios asuntos; por eso era completamente natural que los polacos exigieran inmediatamente la reconstitución de su país en las fronteras de la vieja República Polaca que existió hasta 1772[189]. Ahora bien, estas fronteras habían quedado ya anticuadas incluso para entonces, si se toman como delimitación de las nacionalidades alemana y polaca;

y cada año que pasaba se quedaban más anticuadas aún a medida que progresaba la germanización; pero como los alemanes propugnaban con tanto entusiasmo la reconstitución de Polonia, debían esperar que les pidiesen, como primera prueba de la sinceridad de sus simpatías, que renunciasen a *su* parte del botín despojado. Por otro lado, ¿es que habían de ser cedidas regiones enteras, pobladas principalmente por alemanes, y grandes ciudades, enteramente alemanas, a un pueblo que aún no había dado ninguna prueba de su capacidad de progreso que le permitiese salir del estado de feudalismo basado en la servidumbre de la población agrícola? La cuestión era bastante complicada. La única solución posible estaba en la guerra contra Rusia; entonces, el problema de la delimitación entre las diferentes naciones revolucionadas pasaría a un plano secundario en comparación con el principal de levantar una frontera segura contra el enemigo común; los polacos, tras de recibir extensos territorios en el Este, se harían más tratables y razonables en el Oeste; después de todo, Riga y Mitau* serían para ellos no menos importantes que Danzig y Elbing**. Así, el partido avanzado de Alemania, que estimaba necesaria la guerra contra Rusia para ayudar al movimiento en el continente y consideraba que el restablecimiento nacional incluso de una parte de Polonia llevaría inevitablemente a esa guerra, apoyaba a los polacos; en tanto que el Partido Liberal de la clase media gobernante preveía su caída en una guerra nacional contra Rusia, que pondría en el poder a hombres más activos y enérgicos; por eso, fingiendo entusiasmo por la extensión de la nacionalidad alemana, declaró la Polonia prusa, foco principal de la agitación revolucionaria polaca, parte inseparable del futuro gran Imperio alemán. Las promesas dadas a los polacos durante los primeros días de agitación quedaron vergonzosamente sin cumplir; los destacamentos armados polacos, organizados con el consentimiento del gobierno, fueron dispersados y cañoneados por la artillería prusiana, y ya en abril de 1848, seis semanas después de la revolución de Berlín, el movimiento polaco fue aplastado, resucitando la vieja hostilidad nacional entre polacos y alemanes. Este servicio inmenso e incalcuelable lo prestaron al autócrata ruso los ministros Camphausen y Hansemann, comerciantes liberales. Debe agregarse que esta campaña polaca fue el primer medio de reorganizar e infundir moral a ese mismo ejército prusiano que luego derrocó al Partido Liberal y aplastó el movimiento que los señores Camphausen y Hansemann habían levantado con tantos esfuerzos. «En el pecado va la penitencia». Ese ha sido siempre el sino de todos los advenedizos de

* El nombre letón es Jelgava. (*N. de la Edit.*)
** Los nombres polacos son Gdansk y Elblong. (*N. de la Edit.*)

1848 y 1849, desde Ledru-Rollin hasta Changarnier y desde Camphausen hasta Haynau.

El problema de la nacionalidad motivó también otra lucha en Bohemia. Este país, poblado por dos millones de alemanes y tres millones de eslavos de lengua checa, tenía grandes recuerdos históricos, casi todos relacionados con la anterior supremacía de los checos. Pero la fuerza de esta rama de la familia eslava quedó quebrantada desde la guerra de los husitas en el siglo quince[190]; las provincias de habla checa fueron divididas, y una parte formó el reino de Bohemia, otra el principado de Moravia, y la tercera, el montañoso territorio carpático de los eslovacos, fue incluido en Hungría. Los moravos y los eslovacos habían perdido desde hacía tiempo todo vestigio de sentimiento y vitalidad nacional, si bien conservaban en gran parte su lenguaje. Bohemia estaba rodeada de países enteramente alemanes por tres lados. El elemento alemán había hecho grandes progresos en su propio territorio; incluso en la capital, Praga, las dos nacionalidades eran casi iguales en número; y el capital, el comercio, la industria y la cultura espiritual estaban por doquier en manos de los alemanes. El profesor Palacký, paladín de la nacionalidad checa, no es otra cosa que un erudito alemán trastornado que ni aun hoy puede hablar correctamente el checo sin acento extranjero. Mas, como suele suceder a menudo, la feneciente nacionalidad checa, feneciente según todos los hechos conocidos de la historia de los cuatro siglos últimos, hizo en 1848 un último esfuerzo para recuperar su anterior vitalidad, y el fracaso de este esfuerzo, independientemente de todas las consideraciones revolucionarias, había de probar que Bohemia podía existir en adelante sólo como parte de Alemania, aunque una porción de sus habitantes pudiera seguir hablando en una lengua no germánica durante varios siglos más[191].

Londres, febrero de 1852

IX

EL PANESLAVISMO. LA GUERRA DE SCHLESWIG-HOLSTEIN

Bohemia y Croacia (otro miembro desgajado de la familia eslava que ha estado sometida a la misma influencia de los húngaros que Bohemia de los alemanes) han sido la patria de lo que se ha dado en llamar «paneslavismo» en el continente europeo. Ni la una ni la otra han tenido la fuerza suficiente para existir como naciones independientes. Sus respectivas nacionalidades, minadas

paulatinamente por la acción de causas históricas que dieron lugar a su inevitable absorción por otros pueblos más enérgicos, no podían esperar sino la recuperación de algo parecido a independencia mediante una alianza con otras naciones eslavas. Habiendo veintidós millones de polacos, cuarenta y cinco millones de rusos, ocho millones de servios y búlgaros ¿por qué no formar una poderosa confederación de los ochenta millones de eslavos y expulsar de la santa tierra eslava o exterminar a los intrusos: a los turcos, a los húngaros y, sobre todo, a los odiados pero ineludibles *niemetz*, los alemanes? Así, en los estudios de unos cuantos *dilettanti* eslavos de la historia surgió este movimiento ridículo y antihistórico que no se proponía ni más ni menos que someter el Oeste civilizado al Este bárbaro, la ciudad al campo, el comercio, la industria y la cultura espiritual a la agricultura primitiva de los siervos eslavos. Pero tras esta absurda teoría se alzaba la terrible realidad del *Imperio ruso*, este imperio que descubre en cada paso que da la pretensión de tener a toda Europa por dominio del género eslavo y especialmente de su única parte enérgica, los rusos; este imperio que, con dos capitales como San Petersburgo y Moscú, aún no ha encontrado su centro de gravedad en tanto que la «*Ciudad del Zar*» (Constantinopla, denominada en ruso Tsargrad, ciudad del zar), conceptuada por todos los campesinos rusos de verdadera metrópoli de su religión y su nación, no sea en realidad la residencia de su emperador; este imperio que, durante los últimos ciento cincuenta años, jamás ha perdido, y sí ha ganado siempre, territorio en todas las guerras que ha comenzado. Y son harto conocidas en Europa Central las intrigas con que la política rusa ha sustentado la teoría paneslavista de nueva hornada, teoría cuyo invento viene como anillo al dedo a los fines de esta política. Así, los paneslavistas bohemios y croatas, unos intencionadamente y otros sin darse cuenta, han obrado directamente a favor de Rusia; han traicionado la causa revolucionaria en aras de la sombra de una nacionalidad que, en el mejor de los casos, correría la misma suerte que la nacionalidad polaca bajo la dominación rusa. Debe decirse, no obstante, en honor de los polacos, que ellos jamás han caído seriamente en esta ratonera paneslava; y si bien es verdad que algunos aristócratas se hicieron paneslavistas recalcitrantes, no lo es menos que a sabiendas de que con el sojuzgamiento ruso perdían menos que con una revuelta de sus propios campesinos siervos.

Los bohemios y croatas convocaron un congreso general eslavo en Praga para preparar la alianza universal de los eslavos[192]. Este congreso hubiera fracasado de todas las maneras incluso sin la intervención de las tropas austríacas. Las distintas lenguas eslavas se diferencian tanto como el inglés, el alemán y el sueco, y cuando se inauguraron los debates, se vio que no había ninguna

lengua eslava común mediante la cual pudieran hacerse entender los oradores. Se probó hablar en francés, pero tampoco lo entendía la mayoría, y los pobres entusiastas eslavos, cuyo único sentimiento común era el odio común a los alemanes, se vieron por último obligados a expresarse ellos mismos en la odiada lengua alemana, ¡ya que era la única que conocían todos! Pero justamente entonces se reunía otro congreso eslavo en Praga, representado por los lanceros de la Galicia rutena, los granaderos croatas y eslovacos y los artilleros y coraceros checos; y este congreso eslavo auténtico y armado, bajo el mando de Windischgrätz, en menos de veinticuatro horas desalojó de la ciudad y dispersó por los cuatro costados a los fundadores de esa imaginaria supremacía eslava.

Los diputados bohemios, moldavos y dálmatas y parte de los diputados polacos (de la aristocracia) a la Dieta Constituyente Austríaca hicieron en esta Asamblea una guerra constante al elemento alemán. Los alemanes y parte de los polacos (la nobleza arruinada) fueron en esta asamblea el apoyo principal del progreso revolucionario. El grueso de los diputados eslavos que se oponía a ellos no se contentaba con esa manifestación abierta de las tendencias reaccionarias de todo su movimiento, pero cayeron tan bajo que empezaron a urdir intrigas y conspirar con el mismísimo Gobierno austríaco que disolvió su congreso en Praga. Y recibieron el pago merecido por su infame conducta. Después de haber apoyado al gobierno durante la insurrección de octubre de 1848, con lo que éste les aseguró la mayoría en la Dieta, esta Dieta, ahora casi exclusivamente eslava, fue disuelta por las tropas austríacas, lo mismo que el congreso de Praga, y los paneslavistas fueron amenazados con la cárcel si volvían a moverse. Y lo único que han conseguido es que la nacionalidad eslava esté siendo minada en todas partes por la centralización austríaca, resultado al que deben su propio fanatismo y su ceguera.

Si las fronteras de Hungría y Alemania dejaran lugar a alguna duda, se desencadenaría ciertamente otra lucha aquí. Mas, por fortuna, no hubo pretexto para ello, y como ambas naciones tenían intereses íntimamente relacionados, peleaban contra los mismos enemigos, o sea, contra el Gobierno austríaco y el fanatismo paneslavista. El buen entendimiento no fue alterado aquí ni un momento. Pero la revolución italiana enzarzó a una parte, al menos, de Alemania, en una guerra intestina; y aquí debemos consignar, como prueba de lo mucho que el sistema de Metternich había logrado frenar el desarrollo de la opinión pública, que durante los primeros seis meses de 1848 los mismos hombres que en Viena levantaran las barricadas fueron, llenos de entusiasmo, a adherirse al ejército que combatió a los patriotas italianos. Esta deplorable confusión de ideas no duró, sin embargo, mucho.

Por último, estaba la guerra con Dinamarca por Schleswig y Holstein. Estas dos comarcas, indiscutiblemente germanas por la nacionalidad, la lengua y las predilecciones de la población, son asimismo necesarias a Alemania por razones militares, navales y comerciales. Sus habitantes han luchado con tenacidad durante los tres últimos siglos contra la intrusión danesa. Tenían de su parte, además, el derecho de los tratados. La revolución de marzo los colocó en colisión manifiesta con los daneses, y Alemania los apoyó. Pero, mientras en Polonia, Italia, Bohemia y, posteriormente, en Hungría, las operaciones militares se llevaban con la mayor energía, en esta guerra, la única popular, la única, al menos parcialmente, revolucionaria, se adoptó un sistema de marchas y contramarchas inútiles y se admitió incluso la mediación de la diplomacia extranjera, lo que condujo, tras multitud de heroicas batallas, al fin más miserable. Los gobiernos alemanes traicionaban durante esta guerra, siempre que se presentaba la ocasión, al ejército revolucionario de Schleswig Holstein y permitían intencionadamente a los daneses que lo aniquilaran cuando quedaba disperso o dividido. El cuerpo alemán de voluntarios fue tratado de igual manera.

Pero mientras el nombre alemán no se granjeaba así nada más que el odio en todas partes, los gobiernos constitucionales y liberales se frotaban las manos de alegría. Lograron aplastar los movimientos polaco y bohemio. Despertaron por doquier la vieja animosidad nacional que impidiera hasta el día todo entendimiento o acción mancomunada de los alemanes, los polacos y los italianos. Habían acostumbrado al pueblo a escenas de guerra civil y represiones por parte de las tropas. El ejército prusiano había recuperado la seguridad en sus fuerzas en Polonia, y el austríaco en Praga. Y mientras el rebosante patriotismo (*die patriotische Überkraft*, según la expresión de Heine*) de la juventud revolucionaria, pero miope, fue encauzado a Schleswig y Lombardia para que allí sirviera ésta de blanco de la metralla del enemigo, el ejército regular, instrumento real para la acción tanto en Prusia como en Austria, obtuvo la oportunidad de recuperar la simpatía de la gente con sus victorias sobre los extranjeros. Pero repetimos: tan pronto como estos ejércitos reforzados por los liberales para emplearlos contra el partido más radical, recuperaron la seguridad en sus fuerzas y la disciplina en cierto grado, volvieron las armas contra los liberales y restauraron el poder de los hombres del viejo régimen. Cuando Radetzky recibió en su campamento a orillas del río Adige las primeras órdenes de los «ministros responsables»

---

* Heine. *Bei des Nachtwächters Ankunft zu Paris* (*Sobre la llegada del sereno a París*) (del ciclo *Zeitgedichte*: Poemas modernos). (*N. de la Edit.*)

de Viena, exclamó: «¿Quiénes son estos ministros? ¡Ellos no son el Gobierno de Austria! Austria no existe ahora más que en mi campamento; mi ejército y yo somos Austria; ¡y cuando hayamos derrotado a los italianos, reconquistaremos el Imperio para el Emperador!» El viejo Radetzky tenía razón. Pero los imbéciles ministros «responsables» de Viena no detuvieron la atención en él.

Londres, febrero de 1852

X

EL ALZAMIENTO DE PARIS. LA ASAMBLEA DE FRANCFORT

Ya a comienzos de abril de 1848, el torrente revolucionario quedó detenido en todo el continente europeo mediante la alianza que las clases de la sociedad que habían sacado provecho de la primera victoria concertaron inmediatamente con los vencidos. En Francia, los pequeños comerciantes y artesanos y la fracción republicana de la burguesía se unieron a la burguesía monárquica contra los proletarios; en Alemania e Italia, la burguesía vencedora buscó con ansiedad el apoyo de la nobleza feudal, de la burocracia oficial y del ejército contra las masas populares y los pequeños comerciantes y artesanos. Los partidos conservadores y contrarrevolucionarios unidos no tardaron en recuperar su predominio. En Inglaterra, la manifestación del pueblo (10 de abril), inoportuna y mal preparada, se convirtió en una derrota completa y decisiva del partido del movimiento[193]. En Francia, dos manifestaciones similares (del 16 de abril[122] y del 15 de mayo[123]) fueron igualmente derrotadas. En Italia, el Rey Bomba* recuperó su autoridad de un solo golpe el 15 de mayo[194]. En Alemania, los nuevos gobiernos burgueses de los distintos Estados y sus respectivas Asambleas Constituyentes se consolidaron, y aunque la jornada del 15 de mayo, rica en acontecimientos, de Viena hubiese acabado en una victoria del pueblo, este acontecimiento habría sido de importancia secundaria nada más y podría ser tenido por el último estallido con éxito de la energía del pueblo. En Hungría, el movimiento pareció entrar en un manso cauce de perfecta legalidad, y el movimiento polaco, como ya hemos dicho en uno de nuestros artículos anteriores, fue aplastado en germen por las bayonetas prusianas. Sin embargo, todo esto aún no decidía nada en cuanto al sesgo que tomarían las cosas, y cada pulgada de terreno perdido

* Fernando II. (*N. de la Edit.*)

por los partidos revolucionarios en los distintos Estados tendía sólo a unir más y más sus filas para acciones decisivas.

Estas acciones decisivas se aproximaban. Podían desplegarse sólo en Francia; pues en tanto Inglaterra no tomase parte en la lucha revolucionaria, o Alemania siguiera dividida, Francia era, merced a su independencia nacional, su civilización y su centralización, el único país que podría dar a los países circundantes el impulso para una poderosa conmoción. Por eso, cuando el 23 de junio de 1848[43] comenzó la lucha sangrienta en París, cuando cada noticia recibida por telégrafo o por correo exponía con mayor claridad el hecho ante los ojos de Europa que esta lucha estaba empeñada entre las masas del pueblo trabajador, por un lado, y todas las demás clases de la población parisiense con el apoyo del ejército, por el otro lado, cuando los combates se prolongaron varios días con saña inaudita en la historia de las modernas guerras civiles, pero sin ninguna ventaja visible para ninguno de los dos bandos, se hizo evidente para todos que ésta era la gran batalla decisiva que envolvería, si la insurrección triunfaba, a todo el continente en una nueva oleada de revoluciones o, si fracasaba, traería, al menos por el momento, la restauración del régimen contrarrevolucionario.

Los proletarios de París fueron derrotados, diezmados y aplastados hasta el punto de que ni aun hoy se han repuesto del golpe. E inmediatamente, los nuevos y los viejos conservadores y contrarrevolucionarios levantaron la cabeza en toda Europa con tanta insolencia que mostraron lo bien que entendían la importancia del acontecimiento. La prensa fue atacada por todas partes, los derechos de reunión y asociación fueron restringidos, cada pequeño suceso en cada pequeña ciudad de provincia fue aprovechado para desarmar al pueblo, declarar el estado de sitio y adiestrar a las tropas en las nuevas maniobras y tretas que Cavaignac les había enseñado. Además, por primera vez desde febrero, se había demostrado que la invencibilidad de la insurrección popular en una gran ciudad era una ilusión; el honor de los ejércitos quedó restablecido; las tropas, que hasta ahora habían sido derrotadas siempre en las batallas de alguna importancia reñidas en las calles, recobraron la confianza en sus fuerzas incluso en este tipo de pelea.

Los primeros pasos positivos y planes definidos del viejo partido feudal-burocrático de Alemania, encaminados a deshacerse incluso de las clases medias, sus aliadas temporales, y restablecer en Alemania la situación que existía antes de los sucesos de marzo, pueden datarse desde los tiempos de esta derrota de los *ouvriers* de París. El ejército volvió a ser el poder decisivo en el Estado, y no pertenecía a las clases medias, sino a dicho partido. Incluso en Prusia, donde se habían observado desde antes de 1848 grandes sim-

patías al Gobierno constitucional por parte de los oficiales de graduación inferior, el desorden introducido en el ejército por la revolución volvió a estos jóvenes, propensos a pensar, a la fidelidad a su deber militar; tan pronto como los soldados rasos se tomaron algunas libertades con los oficiales, la necesidad de la disciplina y la obediencia a rajatabla quedó de pronto más que clara para ellos. Los nobles y los burócratas vencidos comenzaron a ver lo que debían hacer; no restaba sino mantener en pequeños conflictos con el pueblo al ejército, más unido que nunca, animado por las victorias sobre las pequeñas insurrecciones y en la guerra en el extranjero y celoso de los laureles recién conquistados por la soldadesca francesa; y, cuando llegase el momento decisivo, podría de un solo golpe demoledor aplastar a los revolucionarios y poner fin a la presunción de los parlamentarios burgueses. El momento propicio para ese golpe decisivo llegó muy pronto.

Pasamos por alto los debates parlamentarios y los conflictos locales, a veces curiosos, pero aburridos en la mayoría de los casos, que absorbieron durante el verano a los distintos partidos de Alemania. Baste decir que la mayoría de los defensores de los intereses burgueses, pese a los numerosos triunfos parlamentarios, ninguno de los cuales tuvo resultado práctico, sintió, en general, que su situación entre los partidos extremos era más insostenible cada día; por eso se vieron obligados a buscar la alianza de los reaccionarios y, al día siguiente, ganarse el favor de los partidos más populares. Esta vacilación constante les dio el golpe final en la opinión pública y, de acuerdo con el sesgo que iban tomando los acontecimientos, ese desdén que despertaron fue aprovechado principalmente en ese momento por los burócratas y la nobleza feudal.

Para el comienzo del otoño, las relaciones entre los diversos partidos empeoraron lo suficiente para hacer inevitable la batalla decisiva. El primer choque en esta guerra desencadenada entre las masas democráticas y revolucionarias, por un lado, y el ejército, por el otro, tuvo lugar en Francfort. Aunque este choque era secundario, fue el primero en el que las tropas sacaron ventaja a los insurrectos y tuvo un gran efecto moral. Prusia, por causas muy comprensibles, permitió al ilusorio gobierno formado por la Asamblea Nacional de Francfort concluir, por razones obvias, un armisticio con Dinamarca que no sólo entregó a los alemanes de Schleswig a la venganza danesa, sino que fue también la negación completa de los principios más o menos revolucionarios, en que se basaba, según la convicción general, la guerra danesa. La Asamblea de Francfort rechazó, por una mayoría de dos o tres votos, este armisticio. La votación fue seguida de una comedia de crisis ministerial; sin embargo, a los tres días la Asamblea revisó la votación y fue inducida a anularla de hecho y reconocer el armisticio. Este

acto vergonzoso provocó la indignación del pueblo. Se levantaron barricadas, pero en Francfort se habían concentrado suficientes tropas y, tras un combate de seis horas, la insurrección fue aplastada. Movimientos similares, si bien menos importantes, relacionados con este acontecimiento, hubo en otras partes de Alemania (Baden, Colonia), pero fueron igualmente derrotados.

Este choque previo dio al partido contrarrevolucionario la gran ventaja de que ahora el único gobierno surgido enteramente, al menos en apariencia, de unas elecciones populares, el Gobierno imperial de Francfort, así como la Asamblea Nacional se habían desprestigiado a los ojos del pueblo. Este gobierno y esta Asamblea se habían visto obligados a apelar a las bayonetas del ejército contra la manifestación de la voluntad del pueblo. Estaban comprometidos, y por pocos que fueran los derechos a ser respetados que hubiesen merecido hasta la fecha, el repudio a su origen y su dependencia de los antipopulares gobiernos y sus tropas convirtieron desde este momento al Regente del Imperio, a sus ministros y diputados en completas nulidades. No tardaremos en ver con qué desprecio recibieron primero Austria, luego Prusia y últimamente los pequeños Estados también, toda disposición, toda petición y toda diputación procedentes de esta institución de impotentes soñadores.

Llegamos ahora a la inmensa repercusión que tuvo en Alemania la batalla de junio en Francia, acontecimiento que fue tan decisivo para Alemania como la lucha proletaria de París había sido para Francia; nos referimos a la revolución y al subsiguiente asalto de Viena en octubre de 1848. Pero la importancia de esta batalla es tal que la explicación de las diferentes circunstancias que contribuyeron más directamente a su desenlace requeriría tanto lugar en las columnas de *The Tribune* que nos es forzoso dedicar un artículo especial a este tema.

Londres, febrero de 1852

XI

LA INSURRECCION DE VIENA

Llegamos ahora al acontecimiento decisivo que constituyó la contrapartida de la reacción de Alemania a la insurrección parisiense de junio y que, de un solo golpe, inclinó la balanza del lado del partido contrarrevolucionario: la insurrección de octubre de 1848 en Viena.

Hemos visto cuál era la posición de las distintas clases en Viena después de la victoria del 13 de marzo. Hemos visto también que el movimiento de la Austria alemana se había entrelazado con los sucesos de las provincias no alemanas de Austria, que lo frenaron. No nos queda, pues, sino exponer brevemente las causas que condujeron a esta última y la más temible insurrección de la Austria alemana.

La alta aristocracia y la burguesía bursátil, que habían constituido el principal apoyo extraoficial del Gobierno de Metternich, pudieron, incluso después de los sucesos de marzo, conservar la influencia decisiva en el gobierno, utilizando no sólo la Corte, el ejército y la burocracia, sino aún más el miedo a la «anarquía», que se extendió rápidamente entre las clases medias. No tardaron en aventurarse a lanzar varios globos sonda en forma de ley de la prensa[195], una estrambótica Constitución aristocrática[196] y una Ley electoral basada en la vieja división en estamentos[197]. El llamado ministerio constitucional, compuesto de burócratas medio liberales, tímidos e incapaces, del 14 de mayo, incluso aventuró un ataque directo contra las organizaciones revolucionarias de las masas, disolviendo el Comité Central de los Delegados de la Guardia Nacional y de la Legión Académica[198], cuerpo, formado ex profeso para controlar al gobierno y, en caso de necesidad, alzar contra él a las fuerzas populares. Pero este acto no hizo sino provocar la insurrección del 15 de mayo, por la que el gobierno se vio forzado a reconocer el Comité, anular la Constitución y la Ley electoral y dar atribuciones para redactar una nueva ley fundamental a la Dieta Constitucional, que se eligiese por sufragio universal. Todo esto fue confirmado al día siguiente en una proclama imperial. Pero el partido reaccionario, que también tenía a sus representantes en el gobierno, no tardó en compeler a sus colegas «liberales» a atentar de nuevo a las conquistas del pueblo. La Legión Académica, baluarte del partido del movimiento y centro de la continua agitación, se hizo por lo mismo odiosa a los ciudadanos más moderados de Viena; el 26 del mismo, un decreto del gobierno la disolvió. Tal vez este golpe hubiese tenido éxito de haberse encomendado el cumplimiento de la orden sólo a parte de la Guardia Nacional; pero el gobierno, que tampoco tenía confianza en esta guardia, puso en juego a las tropas, y la Guardia Nacional dio la vuelta en el acto y se unió con la Legión Académica, desbaratando así los planes del gobierno.

Entretanto, el Emperador* y su Corte habían abandonado el 16 de mayo a Viena y huido a Innsbruck, donde, rodeado de tiroleses fanáticos cuya lealtad se despertó con nueva fuerza debido

* Fernando I. (*N. de la Edit.*)

al peligro de que el ejército sardo-lombardo, apoyado por las tropas de Radetzky, que estaban de Innsbruck a tiro de cañón, invadiese el país, encontró asilo el partido contrarrevolucionario, y desde allí, incontrolado, inobservado y seguro, pudo reunir sus fuerzas dispersas, urdir y extender por todo el país una red de intrigas. Se restablecieron las relaciones con Radetzky, Jellachich y Windischgrätz, así como con los hombres de confianza de la jerarquía administrativa de las diferentes provincias; se tramaron también intrigas con los jefes eslavos; y asi se formó una fuerza real a disposición de la camarilla contrarrevolucionaria, mientras que se dejó a los impotentes ministros de Viena malversar su breve y débil popularidad en continuos choques con las masas revolucionarias y en los debates de la Dieta Constituyente, que se convocó luego. Así, la política consistente en dejar que el movimiento en la capital siguiese su propia marcha durante algún tiempo, política que en un país centralizado y homogéneo, como Francia, debía haber hecho omnipotente al partido del movimiento, en Austria, heterogéneo conglomerado político, fue uno de los medios más seguros de reorganizar las fuerzas de la reacción.

En Viena, la clase media, persuadida de que luego de tres derrotas sucesivas y, ante la faz de la Dieta Constituyente, basada en el sufragio universal, el partido de la Corte ya no era un enemigo tan temible, fue cayendo más y más en ese cansancio, esa apatía y esa eterna aspiración al orden y la tranquilidad que siempre invaden a esta clase después de las conmociones violentas y de la desorganización consiguiente de la vida económica. Los fabricantes de la capital austríaca se limitan casi exclusivamente a producir artículos de lujo cuya demanda ha disminuido mucho, como es natural, desde el estallido de la revolución y la huida de la Corte. Los llamamientos a volver al sistema regular de gobierno y al retorno de la Corte, con lo que se esperaba reanimar la prosperidad comercial, se generalizaron entre las clases medias. La apertura de la Dieta Constituyente en julio fue aplaudida con entusiasmo como si implicase el fin de la era revolucionaria; de igual manera se aplaudió el retorno de la Corte que, después de las victorias de Radetzky en Italia y del advenimiento del Gobierno reaccionario de Doblhoff, se creyó lo suficiente fuerte para no temer el empuje del pueblo y que, al mismo tiempo, consideraba necesaria su presencia en Viena para llevar hasta el fin sus intrigas con la mayoría eslava de la Dieta. Mientras la Dieta Constituyente discutía las leyes sobre la emancipación de los campesinos de las trabas feudales y del trabajo forzado para la nobleza, la Corte realizó con éxito una hábil maniobra. Se propuso al Emperador pasar revista a la Guardia Nacional el 19 de agosto; la familia imperial, los cortesanos y los generales rivalizaban en adular a los ciudadanos

armados que ya de por sí se ufanaban de verse públicamente reconocidos como uno de los cuerpos importantes del Estado; e inmediatamente después, un decreto firmado por el señor Schwarzer, el único ministro popular del gabinete, se publicó una orden según la cual el gobierno suprimía los subsidios que venía concediendo a los obreros sin trabajo. La añagaza salió bien; los obreros hicieron una manifestación; los guardias nacionales burgueses se pronunciaron a favor del decreto de su ministro; fueron lanzados contra los «anarquistas», y el 23 de agosto ellos se arrojaron como tigres contra los obreros inermes, que no les ofrecieron resistencia, y los ametrallaron a mansalva. Así, la unidad de la fuerza revolucionaria fue rota; la lucha de clase entre la burguesía y los proletarios también llegó en Viena a un estallido sangriento, y la camarilla contrarrevolucionaria vio que se aproximaba el día en que podría dar su gran golpe.

Los asuntos húngaros no tardaron en dar la oportunidad de proclamar abiertamente los principios por los que la camarilla contrarrevolucionaria intentaba actuar. El 5 de octubre, un decreto imperial publicado en la *Wiener Zeitung*[199], gaceta oficial, decreto que no llevaba la firma de ningún ministro responsable de Hungría, declaraba disuelta la Dieta Húngara y nombraba Gobernador civil y militar de este país a Jelacic, ban de Croacia, líder de la reacción eslava del sur que llevaba una guerra declarada contra las autoridades legales de Hungría. Al mismo tiempo, las tropas dislocadas en Viena recibieron la orden de ponerse en marcha y formar parte del ejército que había de reforzar la autoridad de Jelacic. Pero eso significaba enseñar demasiado la oreja; cada habitante de Viena sintió que la guerra contra Hungría era una guerra contra el principio de gobierno constitucional, principio que en el mismo decreto era vulnerado por la tentativa del Emperador de promulgar decretos con vigor legal sin la firma del ministro responsable. El 6 de octubre, el pueblo, la Legión Académica y la Guardia Nacional de Viena se sublevaron en masa y se opusieron al envío de tropas. Algunos granaderos se pasaron al lado del pueblo; hubo una breve escaramuza entre las fuerzas populares y las tropas; el ministro de la Guerra, Latour, recibió muerte de mano del pueblo, y por la tarde éste obtuvo la victoria. Mientras tanto, el ban Jelacic, derrotado en Stuhlweissenburg* por Perczel, se refugió cerca de Viena en territorio austríaco; las tropas vienesas, que debían ponerse en marcha para ayudarles, adoptaron ahora una posición ostentativa de hostilidad y defensa contra él; y el Emperador y la Corte huyeron de nuevo a Olmütz**, territorio semieslavo.

* La denominación húngara es Székesfehérvar. (*N. de la Edit.*)
** La denominaciónc heca es Olomouc. (*N. de la Edit.*)

Pero en Olmütz, la Corte se encontró en circunstancias muy distintas de las que había habido en Innsbruck. Ahora tenía la posibilidad de empezar inmediatamente la campaña contra la revolución. Fue rodeado por los diputados eslavos de la Constituyente, que volaron en masa a Olmütz, y por los entusiastas eslavos de todas partes de la monarquía. La campaña debía ser, a ojos suyos, una guerra por el restablecimiento del eslavianismo y de exterminio de los dos invasores de lo que se tenía por suelo eslavo, contra los alemanes y los húngaros. Windischgrätz, el conquistador de Praga, ahora jefe del ejército concentrado alrededor de Viena, se convirtió de pronto en el héroe de la nacionalidad eslava. Y su ejército vino a concentrarse rápidamente desde todas partes. Desde Bohemia, Moravia, Estiria, Austria superior e Italia salieron regimiento tras regimiento por las carreteras que convergían en Viena para adherirse a las tropas de Jelacic y de la ex guarnición de la capital. Más de sesenta mil hombres se unieron así hacia fines de octubre y no tardaron en comenzar a golpear la ciudad imperial por todos los lados hasta que, el 30 de octubre, avanzaron lo suficiente para aventurarse al ataque decisivo.

Entretanto, la confusión y el desamparo se adueñaron de Viena. Tan pronto como se consiguió la victoria, la clase media volvió a desconfiar como antes de los obreros «anárquicos»; los obreros, que recordaban perfectamente el trato que les había dado seis semanas antes la burguesía armada y la política inconsecuente, llena de vacilaciones, de las clases medias en su totalidad, no les querían confiar la defensa de la ciudad y exigieron armas y la organización militar para ellos mismos. La Legión Académica, impaciente por combatir el despotismo imperial, era totalmente incapaz de comprender la naturaleza del extrañamiento de las dos clases y, en general, no podía comprender las necesidades de la situación. Cundió la confusión entre la gente y los medios dirigentes. Los restos de la Dieta, diputados alemanes y varios eslavos, que, salvo raros diputados revolucionarios polacos, hicieron de espías para los amigos de Olmütz, se reunieron en sesión permanente, pero, en vez de obrar con resolución, perdieron el tiempo en debates vanos sobre la posibilidad de resistir al ejército imperial sin rebasar los límites de lo tolerable por la Constitución. El comité de Seguridad, compuesto de diputados de casi todas las instituciones populares de Viena, si bien estaba resuelto a resistir, se encontraba dominado por una mayoría de ciudadanos y pequeña burguesía que jamás permitieron seguir ninguna línea de acción decidida y enérgica. El consejo de la Legión Académica adoptó resoluciones heroicas, pero no era capaz en absoluto de asumir la dirección. Los obreros, rodeados de la desconfianza, desarmados y desorganizados, que apenas habían salido de la esclavitud espi-

ritual en que los tenía el viejo régimen, aún no lo suficiente despiertos para comprender, pero sí ya para sentir instintivamente su posición social y la línea política de acción que les convenía, podían hacerse oír sólo en estruendosas manifestaciones; no se podía esperar que vencieran todas las dificultades del momento. Pero, lo mismo que por doquier en Alemania durante la revolución, estaban preparados para luchar hasta el fin en cuanto obtuvieran armas.

Tal era el estado de las cosas en Viena. Fuera de la ciudad, el ejército austríaco reorganizado, que cobró ánimos con las victorias de Radetzky en Italia; sesenta o setenta mil hombres bien armados, bien organizados y, si no bien mandados, al menos con jefes. Dentro, confusión, contradicciones de clase y desorganización; una Guardia Nacional con una parte que había decidido no luchar en general, otra parte que estaba indecisa y sólo una pequeña parte dispuesta a actuar; una masa proletaria poderosa en número pero sin dirigentes ni preparación política alguna, igualmente presa del pánico que de los arrebatos casi inmotivados de furia, propensa a creer cualquier bulo, ansiosa de entrar en combate, pero sin armas, al menos al principio, y sólo mal armada y organizada de cualquier manera cuando, al fin, fue conducida a la batalla; una Dieta desvalida que seguía enzarzada en disputas sobre sutilidades teóricas cuando el techo que cubría a los diputados estaba ya casi envuelto en llamas; un Comité dirigente sin ánimos ni energía. Todo había cambiado desde las jornadas de marzo y mayo cuando, en el campo contrarrevolucionario, todo era confusión y cuando la única fuerza reorganizada era la creada por la revolución. Apenas si podía caber duda de cuál sería el desenlace de la lucha, y si había alguna, la disiparon los acontecimientos del 30 y 31 de octubre y del 1 de noviembre.

Londres, marzo de 1852

XII

EL ASALTO DE VIENA. LA TRAICION A VIENA

Cuando, concentrado al fin, el ejército de Windischrgrätz comenzó el ataque a Viena, las fuerzas que se pudieron movilizar para defender la capital fueron completamente insuficientes. Sólo a cierta parte de la Guadia Nacional se pudo enviar a las trincheras. Bien es verdad que, en última instancia, se organizó presurosamente una Guadia Proletaria, pero como quiera que la ten-

tativa de utilizar de esa manera esta valiente, enérgica y más numerosa parte de la población fue demasiado tardía, hubo poco tiempo para instruirla en el manejo de las armas y los rudimentos más elementales de la disciplina para que ofreciera venturosa resistencia. Así, la Legión Académica, cuyos efectivos eran de tres a cuatro mil hombres bien adiestrados y hasta cierto punto disciplinados, valientes y llenos de entusiasmo, fue, hablando en términos militares, la única fuerza en condiciones de cumplir airosamente su cometido. Mas ¿qué eran ellos, con los pocos Guardias Nacionales seguros y con la masa desordenada de proletarios armados frente a las fuerzas regulares mucho más numerosas de Windischgrätz, sin hablar ya de las hordas rufianescas de Jelacic, hordas que eran, por la propia naturaleza de sus costumbres, muy útiles para una guerra en la que había que tomar casa por casa y callejón por callejón? ¿Y qué otra cosa, sino varios cañones viejos y desgastados, con malas cureñas y malos servidores, podían oponer los sublevados a la numerosa y perfectamente equipada artillería que Windischgrätz empleó con tan pocos escrúpulos?

Cuanto más cerca estaba el peligro, tanto más aumentaba la confusión en Viena. La Dieta no se atrevió hasta el último momento a pedir la ayuda del ejército húngaro de Perczel, acampado a pocas leguas de la capital. El Comité de Seguridad* adoptó resoluciones contradictorias que reflejaban, lo mismo que las masas populares armadas, los flujos y reflujos de la marea de rumores de lo más dispares. Todos estaban de acuerdo sólo en un punto: en el respeto a la propiedad, respeto tan imponente que, en las circunstancias dadas, parecía casi cómico. Se hizo muy poco para elaborar hasta el fin el plan de la defensa. Bem, el único que podía salvar a Viena, si es que había por entonces en la capital alguien capaz de hacerlo, como era un extranjero casi desconocido, de origen eslavo, renunció a la tarea bajo el peso de la desconfianza general. Si hubiera insistido, pudo haber sido linchado como traidor. Messenhauser, el jefe de las fuerzas sublevadas, que valía más como novelista que como oficial incluso de graduación inferior, no servía en absoluto para su papel; no obstante, ocho meses después de luchas revolucionarias, el partido popular no produjo ni adquirió a ningún militar más diestro que él. Así comenzó la batalla. Los vieneses, de tomar en consideración sus medios de defensa, totalmente insuficientes, y la ausencia absoluta de preparación y organización militar, opusieron una resistencia de lo más heroica. En muchos lugares, la orden que dio Bem, cuando asumía el mando, de «defender esta posición hasta el último hombre» fue cumplida a rajatabla. Pero pudo más la fuerza. La artillería im-

* Véase el presente tomo, pág. 335 (*N. de la Edit.*)

perial fue barriendo barricada tras barricada en las largas y anchas avenidas que forman las calles principales de los suburbios; y a la tarde del segundo día de lucha, los croatas ocuparon la fila de casas situadas frente a la explanada de la Vieja Ciudad. Un ataque débil y desordenado del ejército húngaro acabó en un fracaso completo; y mientras algunas unidades dislocadas en la Ciudad Vieja capitulaban, otras vacilaban y sembraban la confusión, y los restos de la Legión Académica hacían nuevas fortificaciones, las tropas imperiales irrumpieron en la Ciudad Vieja y, aprovechando la confusión general, la tomaron por asalto.

Las consecuencias inmediatas de esta victoria, las brutalidades y ejecuciones llevadas a efecto por la ley marcial y las inauditas crueldades e infamias que las desenfrenadas hordas eslavas cometieron contra Viena son harto conocidas para entrar aquí en detalles. Las consecuencias ulteriores y el nuevo giro que la derrota de la revolución en Viena dio enteramente a los asuntos alemanes serán expuestos más adelante. Quedan por examinar dos puntos en relación con el asalto a Viena. El pueblo de esta capital tenía dos aliados: los húngaros y el pueblo alemán. ¿Dónde estaban a la hora de la prueba?

Hemos visto que los vieneses, con toda la generosidad de un pueblo recién liberado, se alzaron por una causa que, si bien era en última instancia privativa de ellos, lo era también, en primer orden y sobre todo, de los húngaros. Y prefirieron recibir ellos el golpe primero y más terrible antes que permitir la marcha de las tropas austríacas contra Hungría. Y mientras ellos acudieron así, noblemente, en apoyo de sus aliados, los húngaros, actuando con éxito contra Jelacic, lo repelieron hacia Viena y, con su victoria, acrecentaron la fuerza que iba a atacar a esta ciudad. En estas circunstancias, Hungría tenía el indudable deber de apoyar sin demora y con todas las fuerzas disponibles, no a la Dieta de Viena y no al Comité de Seguridad u otra institución cualquiera de esta capital, sino a la *revolución vienesa*. Y si los húngaros olvidaron incluso que Viena había dado la primera batalla por Hungría, no debieron haber olvidado, en beneficio de su propia seguridad, que Viena era el único puesto avanzado de la independencia húngara y que si ella caía, nada podría detener el avance de las tropas imperiales contra Hungría. Ahora sabemos muy bien todo lo que los húngaros pudieron argüir en defensa de su inactividad durante el sitio y el asalto de Viena: el estado insatisfactorio de sus propias fuerzas, la renuncia de la Dieta y de las otras instituciones oficiales de Viena a llamarlos en su ayuda, la necesidad de mantenerse dentro del terreno constitucional y de eludir las complicaciones con el poder central de Alemania. Pero el hecho es, en cuanto al estado insatisfactorio del ejército húngaro, que

durante los primeros días siguientes a la revolución de Viena ya la llegada de Jellachich, no había ninguna necesidad de emplear las tropas regulares, ya que las austríacas aún estaban muy lejos de concentrarse, y el desarrollo enérgico e incesante del éxito después de la primera victoria sobre Jelacic, incluso con las solas fuerzas del *Landsturm** que combatía cerca de Stuhlweissenburg, habría sobrado para entrar en contacto con los vieneses y demorar medio año toda concentración del ejército austríaco. En la guerra, sobre todo en la guerra revolucionaria, la rapidez de acción, en tanto no se alcance algún éxito decisivo, es una regla fundamental; y afirmamos, sin dejar lugar a ninguna duda, que Perczel, *por razones puramente militares*, no debió haber parado hasta unirse con los vieneses. Es verdad que se corría cierto riesgo, pero ¿quién ha ganado alguna vez una batalla sin arriesgar algo? ¿Y no arriesgaba nada el pueblo de Viena, con una población de cuatrocientos mil habitantes, al atraer contra sí las fuerzas que se habían puesto en marcha para someter a doce millones de húngaros? La falta cometida al aguardar que los austríacos reunieran fuerzas y al hacer luego una débil manifestación en Schwechat que acabó, como era de esperar, en una derrota sin gloria, fue un error militar que entrañaba sin duda más riesgo que una marcha decidida hacia Viena contra las desbandadas hordas de Jelacic.

Pero se dice que ese avance de los húngaros, en tanto no fuese autorizado por alguna institución oficial, habría sido una violación del territorio alemán, habría dado lugar a complicaciones con el poder central de Francfort y habría sido, sobre todo, un abandono de la política constitucional legal que daba fuerza a la causa húngara. ¡Pues las instituciones oficiales de Viena eran unas nulidades! ¿Se habían alzado en defensa de Hungría la Dieta y los comités populares o había sido el pueblo de Viena, y nadie más que él, quien empuñara las armas para dar la primera batalla por la independencia de Hungría? No era ni este ni el otro cuerpo oficial de Viena el que importaba apoyar: todas estas instituciones podían ser derrocadas, y lo habrían sido sin tardanza durante el desarrollo de la revolución, mas fue el auge del movimiento revolucionario y el avance ininterrumpido de las propias acciones del pueblo lo único que se planteaba y lo único que podía salvar a Hungría de la invasión. Las formas que este movimiento revolucionario pudiera adoptar posteriormente atañían a los vieneses, y no a los húngaros, puesto que Viena y la Austria alemana en general seguían siendo aliadas de los húngaros contra el enemigo común. Pero cabe preguntar si en este vehemente deseo del Gobierno húngaro de lograr alguna autorización casi legal no se debe ver el primer sín-

* Milicia popular. (*N. de la Edit.*)

toma claro de la pretensión a una legalidad bastante dudosa que, si no salvó a Hungría, sí produjo al menos muy buena impresión, algo más tarde, en el público burgués de Inglaterra.

En cuanto al pretexto de posibles conflictos con el poder central de Alemania en Francfort, no tenía ningún fundamento. Las autoridades de Francfort habían sido derrocadas de facto por la victoria de la contrarrevolución en Viena; y hubieran sido derrocadas igualmente incluso en el caso de que la revolución hubiese contado allí con apoyo suficiente para derrotar a sus enemigos. Por último, el gran argumento de que Hungría no debía abandonar el terreno legal y constitucional, podía ser muy del agrado de los librecambistas británicos[149], pero la historia jamás lo reconocerá satisfactorio. Supongamos que el 13 de marzo y el 6 de octubre los vieneses se hubieran atenido a los medios «legales y constitucionales». ¿Cuál habría sido el destino de ese movimiento «legal y constitucional» y de todas las gloriosas batallas que dieron a conocer por primera vez a Hungría al mundo civilizado? Ese mismo terreno legal y constitucional sobre el que, se asegura, pisaban los húngaros en 1848 y 1849, fue conquistado para ellos el 13 de marzo por la sublevación en alto grado ilegal y anticonstitucional del pueblo de Viena. No nos proponemos aquí examinar la historia de la revolución de Hungría, pero nos parece oportuno señalar que es totalmente inadecuado aplicar sólo medios legales de resistencia contra un enemigo que se mofa de esos escrúpulos; y si agregamos que, de no haber sido por esa eterna pretensión de legalidad que Görgey aprovechó y volvió contra el gobierno, la devoción del ejército de Görgey a su general y la vergonzosa catástrofe de Vilagos habrían sido imposibles[200]. Y cuando, en las últimas fechas de octubre de 1848 los húngaros cruzaron al fin el Leitha para salvar el honor del Imperio, ¿acaso no era eso ilegal en la misma medida que lo hubiera sido cualquier ataque inmediato y resuelto?

Se sabe que no abrigamos sentimientos de enemistad a Hungría. Estuvimos a su lado durante la lucha; podemos decir con pleno derecho que nuestro periódico, la *Neue Rheinische Zeitung*[71], contribuyó más que ningún otro a hacer que la causa de los húngaros fuese popular en Alemania, explicando la naturaleza de la lucha entre los magiares y los eslavos y escribiendo de la guerra húngara en una serie de artículos que han tenido el mérito de ser plagiados en casi todos los libros escritos posteriormente sobre este tema, sin exceptuar ni los trabajos de los propios húngaros ni de los «testigos oculares». Incluso hoy vemos en Hungría a una aliada indispensable y natural de Alemania en cualquier futura convulsión que se produzca en el continente. Pero hemos sido lo suficiente severos con relación a nuestros propios compatriotas para tener el derecho de expresar libremente la opinión que nos merecen nues-

tros vecinos; además, hemos registrado aquí los hechos con la imparcialidad del historiador y debemos decir que, en este caso particular, la generosa valentía del pueblo de Viena ha sido no sólo mucho más noble, sino también mucho más perspicaz que la cautelosa circunspección del Gobierno húngaro. Y, como alemanes que somos, podemos permitirnos declarar que no habríamos trocado el alzamiento espontáneo y aislado y la heroica resistencia del pueblo de Viena, compatriotas nuestros que dieron a los húngaros tiempo para organizar el ejército que pudo realizar tan grandes proezas, por ninguna de las ostentosas victorias y gloriosas batallas de la campaña húngara.

El segundo aliado de Viena era el pueblo alemán. Pero estaba enzarzado en todas partes en la misma lucha que los vieneses. Francfort, Baden y Colonia acababan de ser derrotadas y desarmadas. En Berlín y Breslau* el pueblo y las tropas estaban de punta y se esperaba el choque de un día para otro. Lo mismo sucedía en todos los centros locales del movimiento. Por doquier había cuestiones pendientes que podían ventilarse únicamente mediante la fuerza de las armas; y ahí fue donde se dejaron sentir con fuerza por primera vez las consecuencias desastrosas de la continuación del viejo desmembramiento y descentralización de Alemania. Las diversas cuestiones de cada Estado, de cada provincia y de cada ciudad eran las mismas en lo fundamental; pero se presentaron en todo lugar de manera diferente y en distintas circunstancias, y su grado de madurez era distinto en cada lugar. Por eso, ocurrió que mientras en cada localidad se sentía la gravedad decisiva de los sucesos de Viena, aún no se podía dar ningún golpe importante con alguna esperanza de que fuese una ayuda para los vieneses o emprender una operación de diversión a favor suyo; nada quedaba en su ayuda más que el Parlamento y el poder central de Francfort; y esa ayuda se recabó desde todas partes; ¿pero qué hicieron ellos?

El parlamento de Francfort y el hijo bastardo que dio a luz del incestuoso ayuntamiento con la vieja Dieta alemana, el así denominado poder central, aprovecharon el movimiento de Viena para mostrar su completa nulidad. Esta despreciable Asamblea, como ya hemos visto, había perdido mucho antes su virginidad y, pese a su juventud, ya se iba cubriendo de canas y adquiriendo experiencia en todos los artificios y prácticas de la prostitución seudodiplomática. De todos los sueños e ilusiones de poderío, de regeneración y unidad de Alemania, que se adueñaron de ella en un principio, no quedaba nada más que un cúmulo de estrepitosas frases teutónicas que se repetían en cada ocasión y una fe firme de cada miembro individual en su propia importancia y en la cre-

* El nombre polaco es Wroclaw. (*N. de la Edit.*)

dulidad del público. La ingenuidad original quedó descartada; los representantes del pueblo alemán se habían convertido en hombres prácticos, es decir, habían sacado en limpio que cuanto menos hiciesen y más charlasen tanto más segura sería su posición de regidores de los destinos de Alemania. Eso no implica que estimasen superfluas sus sesiones; todo lo contrario; pero descubrieron que todas las cuestiones realmente grandes eran terreno vedado para ellos, y mejor harían si se mantuviesen lejos de ellos. Pues bien, lo mismo que en el concilio de los sabios bizantinos de los tiempos de la decadencia del Imperio, discutían con un empaque y una asiduidad, dignos del sino que a la larga les tocó en suerte, dogmas teóricos hacía tiempo dilucidados en todas las partes del mundo civilizado o ínfimas cuestiones prácticas que jamás condujeron a ningún resultado práctico. Así, siendo la Asamblea una especie de Escuela de Lancaster[201], en la que los diputados se dedicaban a instruirse mutuamente y siendo, por tanto, muy importante para ellos mismos, estaban persuadidos de que hacían más aún de lo que el pueblo alemán podía esperar y consideraban traidor a la patria a todo aquel que tuviese la impudicia de pedirles que llegasen a algún resultado.

Cuando estalló la insurrección en Viena, hubo motivo para hacer un montón de interpelaciones, debates, propuestas y enmiendas que, por supuesto, no condujeron a nada. El poder central hubo de interceder. Envió a dos comisarios, los señores Welcker, ex liberal, y Mosle, a Viena. Las andanzas de Don Quijote y Sancho Panza son una verdadera Odisea en comparación con los heroicos descalabros y maravillosas aventuras de los dos caballeros andantes de la unidad de Alemania. No se atrevieron a ponerse en marcha hacia Viena. Windischgrätz les cantó las cuarenta, el imbécil del Emperador* los recibió extrañado, y el ministro Stadion los engañó con la mayor de las desvergüenzas. Sus despachos y cuentas rendidas son quizás la única parte de los trámites que tendrán cierto lugar en la literatura alemana; constituyen una novela satírica excelente, escrita según todas las reglas del género, y son un eterno monumento erigido a la ignominia de la Asamblea y del Gobierno de Francfort.

El ala izquierda de la Asamblea Nacional[83] también envió a Viena a dos comisarios, los señores Fröbel y Roberto Blum, para apoyar allí su autoridad. Cuando se acercaba el peligro, Blum juzgó lleno de razón, que allí se empeñaría la batalla general de la revolución alemana y decidió, sin titubear, jugarse el todo por el todo. Fröbel, por el contrario, era de la opinión de que estaba obligado a conservar su persona para ejercer las importantes funciones de

* Fernando I. (*N. de la Edit.*)

su puesto en Francfort. Blum era tenido por uno de los hombres más elocuentes de la Asamblea de Francfort; y, por cierto, era el más popular. Su elocuencia no satisfaría los requisitos de cualquier parlamento algo experimentado, pues le agradaban demasiado las declamaciones del tipo de los predicadores alemanes disidentes, y sus argumentos estaban faltos de agudeza filosófica y de conocimiento del lado práctico del asunto. En política, pertenecía a la «democracia moderada», tendencia muy indeterminada que tenía éxito precisamente merced a la falta de determinación de los principios. Mas, así y todo, Roberto Blum era, por naturaleza, un verdadero plebeyo, si bien algo pulido, y, en los momentos decisivos, su instinto plebeyo y su energía plebeya prevalecían sobre sus convicciones y opiniones políticas indecisas. En esos momentos se elevaba muy por encima de su capacidad ordinaria.

Así, del primer vistazo en Viena se percató de que el destino de su país se decidía allí, y no en los debates seudoelegantes de Francfort. Hizo en el acto la elección, abandonó toda idea de retroceso, asumió un puesto de mando en el ejército revolucionario y mostró extraordinaria serenidad y firmeza. El fue quien demoró durante bastante tiempo la caída de la ciudad y mantuvo uno de sus flancos a cubierto de los ataques, incendiando el puente de Tabor sobre el Danubio. Todos saben que después de la toma de Viena por asalto, fue detenido, entregado a los tribunales militares y fusilado. Murió como un héroe. Y la Asamblea de Francfort, aunque llena de miedo, recibió con aparente tranquilidad el sangriento agravio. Adoptó una resolución que, por la suavidad y el comedimiento diplomático de su lenguaje, era más un ultraje a la tumba del mártir asesinado que una condena de deshonor contra Austria. Mas no se podía esperar que esta despreciable Asamblea se resintiera por el asesinato de uno de sus miembros, máxime tratándose de un líder de la izquierda.

Londres, marzo de 1852

XIII

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA. LA ASAMBLEA NACIONAL

Viena cayó el 1 de noviembre, y el 9 del mismo mes, la disolución de la Asamblea Constituyente en Berlín mostró cuánto había levantado de golpe este acontecimiento la moral del partido contrarrevolucionario y le había dado fuerza en toda Alemania.

Los sucesos del verano de 1848 en Prusia se cuentan en muy pocotiempo. La Asamblea Constituyente, o mejor dicho, «la Asamblea elegida con el fin de llegar a un acuerdo con la Corona sobre la Constitución», y su mayoría compuesta de representantes de los intereses de las clases medias, hacía mucho tiempo que habían perdido la estima del público, ya que, por miedo a los elementos más enérgicos de la población, se complicaba en todas las intrigas de la Corte. Confirmó o, mejor dicho, restableció los odiosos privilegios del feudalismo, traicionando así la libertad y los intereses de los campesinos. No fue capaz de redactar una Constitución ni de enmendar en modo alguno la legislación general. Se ocupó casi exclusivamente de dar bonitas definiciones teóricas, de meras formalidades y problemas de etiqueta constitucional. La Asamblea era, en efecto, más bien una escuela de *savoir vivre** parlamentario para sus miembros que una institución de algún interés para el pueblo. Además, en la Asamblea no había ninguna mayoría estable y casi siempre decidían los problemas las vacilaciones del «*centro*» que, inclinándose con sus titubeos tan pronto a la derecha como a la izquierda, dio al traste primero con el Gabinete de Camphausen y luego con el de Auerswald y Hansemann. Pero mientras los liberales, aquí lo mismo que en todos los demás sitios, dejaron perder la ocasión, la Corte reorganizó a sus elementos de fuerza entre la nobleza y la parte más atrasada de la población rural, así como entre el ejército y la burocracia. Después de la caída de Hansemann se formó un gobierno de burócratas y militares, todos reaccionarios recalcitrantes, que, sin embargo, daba a entender que estaba dispuesto a tomar en consideración las reivindicaciones del Parlamento. Y la Asamblea, que se atenía al cómodo principio de que importaban las «medidas, y no los hombres», toleró que la engañasen tan llanamente que llegó a aplaudir a este Gabinete, en tanto que ella, naturalmente, no dedicaba la menor atención a que este mismo Gabinete iba concentrando y organizando abiertamente las fuerzas contrarrevolucionarias. Por último, cuando la caída de Viena dio la señal, el Rey** entregó la dimisión a sus ministros y los sustituyó con «hombres de acción» dirigidos por el actual primer ministro, señor Manteuffel. Entonces la dormida Asamblea sintió de pronto el peligro; emitió un voto de desconfianza al gobierno, el cual respondió al punto con un decreto que mandaba desplazar la Asamblea de Berlín, donde podía, en caso de conflicto, contar con el apoyo de las masas, a Brandenburgo, pequeña ciudad provincial dependiente enteramente del gobierno. La

---

* *Savoir vivre*: cortesía, tacto, conocimiento del trato social. (*N. de la Edit.*)

** Federico Guillermo IV. (*N. de la Edit.*)

Asamblea, no obstante, declaró que sin su consentimiento no se podía ni aplazar sus sesiones, ni ser trasladada a otro lugar, ni disuelta. Mientras tanto, el general Wrangel entró en Berlín al frente de unos cuarenta mil soldados. Una reunión de los síndicos municipales y de los oficiales de la Guardia Nacional acordó no ofrecer ninguna resistencia. Y luego que la Asamblea y la burguesía liberal, que la apoyaba, dejaron al partido reaccionario unido que ocupara todas las posiciones importantes y les quitara de las manos casi todos los medios de defensa, comenzó la gran comedia de «resistencia pasiva y legal» que, a juicio de ellos, debía ser una gloriosa imitación del ejemplo de Hampden y de los primeros esfuerzos de los norteamericanos en la guerra de la Independencia[202]. En Berlín se declaró el estado de sitio y se mantuvo la calma; la Guardia Nacional fue disuelta por el gobierno, y entregó las armas con la mayor puntualidad. La Asamblea fue acosada y trasladó sus sesiones de un lugar a otro durante dos semanas, y en todas partes la disolvían los militares; y los diputados de la Asamblea rogaban a los ciudadanos que mantuviesen la tranquilidad. Por último, cuando el gobierno declaró disuelta la Asamblea, ésta adoptó una resolución declarando ilegales las exacciones de los impuestos, y sus miembros fueron por el país para organizar la negativa al pago de los impuestos. Pero vieron que se habían equivocado desastrosamente en la elección de medios. Tras unas semanas de agitación, seguidas de severas medidas del gobierno contra la oposición, todos abandonaron la idea de negarse al pago de los impuestos para complacer a esta difunta Asamblea que no había tenido siquiera la valentía de defenderse.

El que las primeras fechas de noviembre de 1848 fuese ya demasiado tarde para intentar oponer resistencia armada o el que una parte del ejército, al encontrar seria oposición, se hubiese pasado al lado de la Asamblea, decidiendo así el litigio a su favor, es una cuestión que jamás se podrá resolver. Pero en la revolución, lo mismo que en la guerra, es siempre necesario presentar un frente robusto, y el que ataca lleva ventaja. Y en la revolución, lo mismo que en la guerra, es de la mayor necesidad ponerlo todo a una carta en el momento decisivo, cualquiera que sea la oportunidad. No hay una sola revolución triunfante en la historia que no pruebe la verdad de este axioma. Y aquí, el momento decisivo para la revolución prusiana había llegado en noviembre de 1848; la Asamblea, oficialmente a la cabeza de todos los intereses revolucionarios, no mostró ni un frente robusto, ya que retrocedía ante cada avance del enemigo; y aún menos atacó, ya que optó por no defenderse siquiera; y cuando llegó el momento decisivo, cuando Wrangel, al frente de cuarenta mil hombres, llamó a las puertas de Berlín, en vez de encontrar, como lo esperaban él y sus oficiales, todas las

calles obstruidas con barricadas y cada ventana convertida en una aspillera, halló las puertas abiertas de par en par y las calles obstruidas únicamente por los pacíficos berlineses disfrutando de la broma que les habían gastado por entregarse atados de pies y manos a los soldados, perplejos. Bien es verdad que la Asamblea y el pueblo, de haber resistido, pudieron haber sido derrotados; Berlín pudo haber sido bombardeado, y muchos millares pudieron haber perecido sin evitar la victoria definitiva del partido realista. Pero ésa no era la razón por la cual hubieran de entregar las armas en el acto. Una derrota después de un tenaz combate es un hecho de mucha mayor importancia revolucionaria que una victoria ganada fácilmente. Las derrotas de París en junio de 1848 y de Viena en octubre del mismo año revolucionaron efectivamente más las mentes del pueblo de estas dos ciudades que las victorias de febrero y marzo. La Asamblea y el pueblo de Berlín habrían compartido probablemente el destino de las dos antemencionadas ciudades; pero habrían caído con gloria y dejado en pos de sí, en las mentes de los supervivientes, un deseo de venganza que, en tiempos de revolución, es uno de los más altos incentivos para la acción enérgica y apasionada. No cabe la menor duda de que, en toda batalla, el que levanta el guante corre el riesgo de ser derrotado; mas ¿es acaso ésta una razón para que se confiese derrotado y se someta al yugo sin haber desenvainado la espada?

En una revolución, el que manda una posición decisiva y la rinde, en vez de obligar al enemigo a que pruebe sus fuerzas en el asalto, merece siempre el trato de traidor.

El propio decreto del Rey de Prusia para disolver la Asamblea Constituyente proclamaba también una nueva Constitución fundada en el proyecto que había redactado un comité de esta Asamblea, ampliando en algunos puntos los poderes de la Corona y poniendo en tela de juicio, en otros, los del Parlamento. La Constitución estatuía dos cámaras que debían reunirse en breve con el fin de examinarla y aprobarla.

No vale la pena preguntar dónde estaba la Asamblea Nacional Alemana durante la lucha «legal y pacífica» de los constitucionalistas prusianos. Estaba, como de costumbre, en Francfort, dedicada a aprobar resoluciones muy tímidas contra los procedimientos del Gobierno prusiano y admirar el «imponente espectáculo de la resistencia pasiva, legal y unánime de todo un pueblo contra la fuerza bruta». El Gobierno central envió a comisarios a Berlín para interceder entre el Gobierno y la Asamblea; pero corrieron la misma suerte que sus predecesores en Olmütz y fueron puestos cortésmente de patitas en la calle. La izquierda de la Asamblea Nacional, es decir, el denominado Partido Radical, envió también a comisarios; pero luego de convencerse sobradamente de la com

pleta invalidez de la Asamblea de Berlín y confesar su propio desamparo igual, volvieron a Francfort a dar cuenta del éxito obtenido y testimonio de la admirable conducta pacífica de la población de Berlín. Y por si eso fuera poco, cuando el señor Bassermann, uno de los comisarios del Gobierno central, informó que las últimas medidas restrictivas de los ministros prusianos no carecían de fundamento, ya que durante el último tiempo se veían deambular por las calles de Berlín tipos de feroz planta como los que siempre aparecen en la víspera de los movimientos anarquistas (y que desde entonces son denominados siempre «tipos de Bassermann»), estos dignos diputados de la izquierda y enérgicos representantes del interés revolucionario se alzaron de sus escaños en el acto para atestiguar, bajo juramento, ¡que no había ocurrido nada de eso! Así, al cabo de dos meses, la total impotencia de la Asamblea de Francfort fue demostrada con toda evidencia. No se podrían imaginar pruebas más fehacientes de que esta institución no servía en absoluto para cumplir sus funciones; más aún, de que no había tenido ni la idea más remota de cuál era su misión. El hecho de que tanto en Viena como en Berlín se decidiera el destino de la revolución, de que en ambas capitales las cuestiones más importantes y vitales se resolvían como si la Asamblea de Francfort no existiera en absoluto, este solo hecho es suficiente para dilucidar que la institución tratada no era más que un club de discusión compuesto por una sarta de simplones que permitían al gobierno manejarlos como títeres parlamentarios que eran exhibidos para entretener a los tenderos y artesanos de los pequeños Estados y de las minúsculas ciudades en tanto se tenía por conveniente distraer la atención de estos partidos. No tardaremos en ver el tiempo que se creyó conveniente. Pero es un hecho merecedor de atención el que entre todas las «eminencias» de dicha Asamblea no hubiese ninguna que tuviera el menor escrúpulo por el papel que debían representar y que incluso hasta el día de hoy los ex miembros del Club de Francfort conservan los órganos de percepción histórica peculiares de ellos nada más.

Londres, marzo de 1852

XIV

EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN. LA DIETA Y LA CAMARA

Los primeros meses de 1849 fueron empleados por los gobiernos austríaco y prusiano para aprovechar las ventajas obtenidas en octubre y noviembre de 1848. La Dieta austríaca venía arrastrando desde

la toma de Viena una mera existencia nominal en una pequeña ciudad provinciana de Moravia, denominada Kremsier*, donde los diputados eslavos, que contribuyeron poderosamente con sus electores a sacar al Gobierno austríaco de su postración, recibieron singular castigo por su traición a la revolución europea; tan pronto como el gobierno hubo recuperado su fuerza, trató a la Dieta y a su mayoría eslava con el mayor de los desprecios, y cuando los primeros éxitos de las armas imperiales anunciaron la rápida terminación de la guerra húngara, la Dieta fue disuelta el 14 de marzo, y los diputados desalojados por la fuerza militar. Entonces los eslavos vieron al fin que los habían engañado y clamaron: ¡Vamos a Francfort a seguir allí la oposición que no podemos hacer aquí! Pero era ya demasiado tarde, y el propio hecho de que no tenían otra alternativa que seguir manteniéndose en calma o adherirse a la impotente Asamblea de Francfort fue suficiente para mostrar su extremo desamparo.

Así acabaron, por el momento, y, más probablemente, para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania de recuperar su existencia nacional independiente. Los restos dispersos de los numerosos pueblos cuyas nacionalidad y vitalidad política se habían extinguido hacía tiempo y que, en consecuencia, se habían visto obligados a seguir durante casi mil años en pos de una nación más poderosa, que los había conquistado, lo mismo que los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajos bretones en Francia y, en un período más reciente, los criollos españoles y franceses en las regiones de Norteamérica, ocupadas luego por angloamericanos, estas nacionalidades fenecientes de bohemios, carintios, dálmatas y otros habían procurado aprovechar la confusión general de 1848 para recuperar el *statu quo* político que existió en el año 800 de nuestra era. La historia milenaria debió haberles enseñado que semejante regresión era imposible; que si todo el territorio al Este del Elba y el Saale hubo estado ocupado en tiempos por eslavos de familias afines, este hecho no probaba sino la mera tendencia histórica y, al mismo tiempo, el poder físico e intelectual de la nación alemana de someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de absorción de parte de los alemanes ha sido siempre y sigue siendo uno de los medios más poderosos de propagar la civilización de Europa Occidental al Este del continente; que podía detenerse únicamente en el caso de que el proceso de germanización alcanzase la frontera de naciones grandes, compactas y unidas, capaces de una vida nacional independiente, como son los húngaros

* El nombre checo es Kroměříž. (*N. de la Edit.*)

y, en cierto grado, los polacos; por eso, el destino natural e inevitable de estas naciones fenecientes era permitir el progreso de su disolución y absorción por sus vecinos más fuertes para llevarlo hasta el fin. Por cierto, ésta no es una perspectiva muy halagüeña para la ambición nacional de los soñadores paneslavistas que han alcanzado algunos éxitos agitando a una porción de bohemios y eslavos meridionales; pero ¿pueden esperar ellos que la historia retroceda mil años para complacer a unos cuantos cuerpos enfermizos de personas que en todas las partes del territorio que ocupan están mezclados con alemanes y rodeados de alemanes que, desde tiempos casi inmemoriales, no han tenido por todo medio de civilización otra lengua que la alemana y que han carecido de las primerísimas condiciones de existencia nacional, como son una población considerable y comunidad de territorio? Así, el auge del paneslavismo que, por doquier, en los territorios eslavos de Alemania y Hungría, ha sido el velo para el restablecimiento de la independencia de todas estas pequeñas naciones sin número, ha chocado en todas partes con el movimiento revolucionario europeo, y los eslavos, aun pretendiendo luchar por la libertad, han caído invariablemente (excluidos los demócratas polacos) en el bando del despotismo y la reacción. Así ha ocurrido en Alemania, en Hungría e incluso en muchas partes de Turquía. Los traidores a la causa del pueblo,los defensores y puntales principales de las intrigas del Gobierno austríaco se han colocado ellos mismos fuera de la ley ante los ojos de todas las naciones revolucionarias. Y aunque la masa de la población eslava no ha tomado parte en ningún sitio en las pequeñas querellas sobre la nacionalidad promovidas por los líderes del paneslavismo, por el mero hecho de que son demasiado ignorantes, jamás se olvidará que en Praga, una ciudad medio alemana, multitudes de fanáticos eslavos aclamaron y corearon el grito: «¡Más vale el látigo ruso que la libertad alemana!» Después de su fracasada tentativa de 1848 y de la lección que el Gobierno austríaco les dio, no es probable que intenten aprovechar luego ninguna otra oportunidad. Pero si intentasen de nuevo, bajo pretextos similares, aliarse con las fuerzas contrarrevolucionarias, el deber de Alemania es claro. Ningún país que se encuentre en estado de revolución y guerra exterior puede tolerar una *Vendée*[203] en su propio corazón.

Por cuanto a la Constitución que proclamó el Emperador * al mismo tiempo que disolvía la Dieta, no hay necesidad de volver a hablar de ella, pues jamás tuvo ninguna existencia práctica y hoy está abolida por completo. El absolutismo fue restaurado

* Francisco-José I. (*N. de la Edit.*)

en Austria por entero y en todos los aspectos desde el 4 de marzo de 1849.

En Prusia, las cámaras se reunieron en febrero para ratificar y revisar la nueva Constitución proclamada por el Rey. Se reunieron durante casi seis semanas y mostraron ante el gobierno bastante cortedad y sumisión, si bien no estuvieron lo suficiente preparadas para ir tan lejos como lo deseaban el Rey y sus ministros. Por eso fueron disueltas tan pronto como se presentó la ocasión propicia.

Así, Austria y Prusia se deshicieron por cierto tiempo de las trabas del control parlamentario. Ahora los Gobiernos concentraron todo el poder en sus manos y podían aplicarlo allí donde lo creyeran conveniente: Austria, contra Hungría e Italia; Prusia, contra Alemania, ya que Prusia se estaba preparando también para una campaña de restablecimiento del «orden» en los Estados pequeños.

Ahora, cuando en Viena y Berlín, los dos grandes centros del movimiento en Alemania, había triunfado la contrarrevolución, la lucha quedaba sin decidir sólo en los pequeños Estados, si bien la balanza iba inclinándose allí también más y más en contra de los intereses de la revolución. Estos pequeños Estados, hemos dicho, hallaron un centro común en la Asamblea Nacional de Francfort. Ahora, la denominada Asamblea Nacional, aunque su espíritu reaccionario había sido evidente desde mucho antes, tanto que el propio pueblo de Francfort se había alzado en armas contra ella, su origen era de una naturaleza más o menos revolucionaria; ocupó una posición revolucionaria anormal en enero; jamás había tenido determinada su competencia y había llegado por último a la decisión de que, sin embargo, no había sido reconocida nunca por los Estados grandes, que sus resoluciones tuviesen fuerza de ley. Bajo estas circunstancias, y cuando el partido monárquico constitucionalista veía sus posiciones conquistadas por los absolutistas, que se habían sobrepuesto, no es de extrañar que la burguesía liberal y monárquica de casi toda Alemania cifrara sus últimas esperanzas en la mayoría de esta Asamblea, lo mismo que los pequeños comerciantes y artesanos, núcleo del partido democrático, bajo la presión de los crecientes reveses, se unieron en torno a su minoría que constituía realmente la última agrupación parlamentaria compacta de la democracia. Por otra parte, los gobiernos de los Estados grandes, particularmente el de Prusia, veía más y más la incompatibilidad de ese cuerpo electivo irregular con el sistema monárquico restaurado de Alemania, y si no forzaron de golpe la disolución fue sólo porque aún no había llegado el momento y porque Prusia esperaba primero echar mano de él para conseguir sus propios fines ambiciosos.

Entretanto, la pobre Asamblea fue cayendo por sí sola en mayor confusión cada día. Sus diputados y comisarios eran tratados con el mayor de los desprecios tanto en Viena como en Berlín; uno de sus miembros* , pese a su inviolabilidad parlamentaria, había sido ejecutado en Viena como un rebelde común. Sus decretos no eran obedecidos por nadie. Y si los Estados grandes los mencionaban en general, era sólo en notas de protesta en las que se disputaba el derecho de la Asamblea a aprobar leyes y disposiciones obligatorias para todos sus gobiernos. El poder ejecutivo central, representante de la Asamblea, estaba enzarzado en querellas diplomáticas con casi todos los gabinetes de Alemania y, a despecho de sus esfuerzos, ni la Asamblea ni el Gobierno central pudieron hacer que Austria o Prusia declarasen cuáles eran, en última instancia, sus propósitos, planes y demandas. La Asamblea comenzó a ver claramente, al menos, que había dejado escapar el poder de sus manos, que se hallaba a la merced de Austria y Prusia y que, si intentaba dar a Alemania una Constitución federal para toda ella, tenía que emprender inmediatamente y con toda seriedad la obra. Muchos de los diputados vacilantes vieron claramente asimismo que los gobiernos los engañaban como querían. Mas ¿qué podían hacer ahora, en su impotente posición? El único paso que aún podía salvarlos habría sido pasarse inmediata y resueltamente al campo del pueblo; pero el éxito, incluso de este paso, era más que dudoso; pero ¿podía haber entre este desamparado, indeciso y miope gentío de seres engreídos que veían bajo el ruido constante de rumores contradictorios y notas diplomáticas su único consuelo y apoyo en las aseveraciones eternamente repetidas de que eran los mejores, los más grandes y sabios del país y que sólo ellos podían salvar a Alemania? ¿Dónde estaban, volvemos a preguntar, entre estas pobres criaturas atontadas por completo en un solo año de vida parlamentaria, los hombres capaces de tomar una resolución rápida y decisiva, sin hablar ya de acciones enérgicas y consecuentes?

El Gobierno austríaco se quitó al fin la careta. En su Constitución del 4 de marzo proclamó a Austria monarquía indivisible con una hacienda común, un sistema aduanero y una organización militar únicos, borrando con ello todas las barreras y diferencias entre las provincias alemanas y no alemanas. Esta declaración fue hecha en contra de las resoluciones y artículos de la proyectada Constitución federal que ya había sido aprobada por la Asamblea de Francfort. Era un desafío de Austria, y la pobre Asamblea no tenía otra opción que recogerlo. Lo hizo con mucha

---

* Roberto Blum. (*N. de la Edit.*)

fanfarronería, a lo que Austria, consciente de su fuerza y de la nulidad de la Asamblea, podía tranquilamente no prestar la menor atención. Y para vengarse de Austria por ese insulto, la honorable representación del pueblo alemán, como se denominaba a sí mismo, no vio nada mejor que postrarse ella misma, atada de pies y manos, a las plantas del Gobierno de Prusia. Por increíble que pueda parecer, se hincó de rodillas ante los mismos ministros que había condenado como anticonstitucionales y antipopulares y cuya dimisión reclamara en vano. Los pormenores de esta desgraciada transacción y los tragicómicos sucesos que le sucedieron serán tema de nuestro próximo artículo.

Londres, abril de 1852

XV

EL TRIUNFO DE PRUSIA

Llegamos al último capítulo de la historia de la revolución alemana: el conflicto de la Asamblea Nacional con los gobiernos de los diferentes Estados, especialmente el de Prusia, la insurrección de Alemania del Sur y del Oeste y su aplastamiento final por Prusia.

Ya hemos visto la Asamblea Nacional de Francfort en acción. La hemos visto pateada por Austria, insultada por Prusia, desobedecida por los Estados pequeños, engañada por su propio «Gobierno» central, impotente y a su vez engañado por todos los príncipes del país. Mas, por último, las cosas comenzaron a tomar un giro amenazador para esta débil, vacilante e insignificante institución legislativa. Se vio forzada a llegar a la conclusión de que «llevar a efecto la idea sublime de la Alemania Unida es un peligro», el cual significaba, ni más ni menos, que cuanto la Asamblea había hecho y estaba en vías de hacer parecía que acabaría en humo. Así se puso a funcionar con ahínco para llevar hasta el fin lo antes posible su gran obra: la «Constitución imperial».

Hubo, sin embargo, una dificultad. ¿Qué debía ser el poder ejecutivo? ¿Un Consejo Ejecutivo? Pues no: según el sabio parecer de la Asamblea, eso significaría hacer de Alemania una república. ¿Elegir un «presidente»? Eso vendría a ser lo mismo. Así, lo que se debía hacer era restaurar el viejo título imperial. Pero como, naturalmente, el Emperador debía ser un príncipe, ¿por quién se optaría? Ciertamente, por ninguno de los *dii minorum*

*gentium**, empezando por Reuss-Schleiz-Greiz-Lobenstein-Ebersdorf** y acabando por el rey de Baviera***; no lo habrían consentido ni Austria ni Prusia. Podía ser sólo el de uno de estos dos Estados. Mas ¿cuál de ellos? No cabe ninguna duda de que, en otras circunstancias favorables, esta augusta Asamblea seguiría reunida hasta el presente, discutiendo el importantísimo dilema, sin poder llegar a ninguna conclusión de no haber cortado el Gobierno austríaco el nudo gordiano y quitado a la Asamblea los quebraderos de cabeza.

Austria comprendía perfectamente que desde el momento en que pudiera aparecer de nuevo, con todas sus provincias sometidas, ante Europa como una gran potencia europea, la propia ley de la gravitación política atraería a su órbita el resto de Alemania sin la ayuda de ninguna autoridad que pudiera darle una corona imperial concedida por la Asamblea de Francfort. Austria se había hecho mucho más fuerte y había cobrado mucha mayor libertad de movimiento desde que arrojó la impotente corona del Imperio alemán, que trababa su propia política independiente sin agregarle ni un ápice de fuerza ni dentro ni fuera de Alemania. Y en el caso de que Austria no pudiera mantener sus posiciones en Italia e Hungría, también perdería su fuerza en Alemania y jamás podría pretender ya a la corona que se le había escapado de las manos cuando estaba en plena posesión de sus fuerzas. Por eso Austria se pronunció inmediatamente contra todo género de resurrección del poder imperial y reclamó explícitamente la restauración de la Dieta alemana, el único Gobierno central de Alemania conocido y reconocido por los tratados de 1815; y el 4 de marzo de 1849 promulgó una Constitución que no tenía otro sentido que declarar a Austria monarquía indivisible, centralizada e independiente, distinta incluso de la Alemania que la Asamblea de Francfort debía reorganizar.

Esta explícita declaración de guerra no dejó, verdaderamente, a los sabihondos de Francfort otra opción que excluir a Austria de Alemania y crear con los restos de ese país una especie de Imperio Romano Oriental[34], una «Pequeña Alemania»[97] cuyo manto imperial, bastante raído, debía colgar de los hombros de Su Majestad de Prusia. Debe recordarse que esto era el resurgir de un viejo proyecto concebido hacía ya seis u ocho años antes por el partido de los doctrinarios liberales de Alemania Meridional y Central

* Literalmente, dioses menores; en sentido figurado, personajes secundarios. (*N. de la Edit.*)

** Enrique LXXII. (*N. de la Edit.*)

*** Se alude a Maximiliano II, rey de Baviera. (*N. de la Edit.*)

que estimaban una providencia divina las humillantes circunstancias que habían vuelto a poner en primer plano su viejo pretexto como última «baza» para salvar el país.

De acuerdo con eso, en febrero y marzo de 1849, la Asamblea dio fin a los debates de la Constitución imperial junto con la Declaración de los Derechos y de la Ley electoral del Imperio; mas no sin haberse visto obligada a hacer, en muchos puntos importantes, las concesiones más contradictorias, unas veces al partido conservador o, mejor dicho, reaccionario, y otras a las minorías avanzadas de la Asamblea. En efecto, era evidente que el liderazgo de la Asamblea, que había pertenecido antes a la derecha y al centro derecha (conservadores y reaccionarios), fue pasando poco a poco, si bien con lentitud, a la izquierda o a la parte democrática de esta Asamblea. La postura bastante ambigua de los diputados austríacos en la Asamblea, que había excluido a su país de Alemania, y a la que aún eran convocados a asistir y votar, propició la ruptura del equilibrio en la Asamblea; y así, a fines de febrero, el centro izquierda y la izquierda se vieron ya, con la ayuda de los votos austríacos, muy a menudo en mayoría, si bien durante algunas ocasiones la minoría conservadora de los austríacos, totalmente de improviso y para hacer gracia, votaba con la derecha, inclinando de nuevo la balanza hacia el otro lado. Con esos *soubresauts** repentinos, intentaban despertar el desprecio a la Asamblea, de lo que, por otra parte, no había ninguna necesidad, ya que las masas populares se habían convencido desde hacía tiempo de la total vacuidad e inutilidad de todo lo que partía de Francfort. No es difícil imaginarse qué clase de Constitución se redactó entretanto con todos esos bandazos de uno a otro lado.

La izquierda de la Asamblea, que se creía ser la flor y nata, el orgullo de la Alemania revolucionaria, estaba totalmente embriagada con los escasos y deplorables éxitos obtenidos por la buena o, mejor dicho, mala voluntad de un puñado de políticos austríacos que obraban instigados por el despotismo austríaco y en beneficio de éste. Tan pronto como la mínima aproximación a sus propios principios, no muy bien definidos, recibía, diluida en dosis homeopáticas, una especie de sanción de la Asamblea de Francfort, estos demócratas clamaban que habían salvado el país y el pueblo. Esta pobre gente, corta de entendimiento, ha estado tan poco acostumbrada a lo largo de su vida, nada interesante por lo general, a algo parecido a éxitos que ha creído realmente que sus míseras enmiendas, aprobadas por una mayoría de dos o tres votos, cambiarían la faz de Europa. Desde el mismo

* Saltos súbitos. (*N. de la Edit.*)

comienzo de su carrera legislativa ha estado más contagiada que cualquier otra minoría de la Asamblea de la incurable enfermedad denominada *cretinismo parlamentario*, afección que imbuye a sus desgraciadas víctimas la solemne convicción de que todo el mundo, toda su historia todo su porvenir se rige y determina por una mayoría de votos emitidos en esa singular institución representativa que tiene el honor de contarlos entre sus miembros y que cuanto sucede extramuros de su sede: las guerras, las revoluciones, la construcción de ferrocarriles, la colonización de continentes enteros, los descubrimientos de oro en California, los canales de América Central, los ejércitos rusos y cualquier otra cosa más que pueda pretender a influir algo en los destinos de la humanidad no es nada en comparación con los inconmensurables sucesos que dependen de la solución de cada problema importante, cualquiera que sea, de los que ocupa justamente en esos momentos la atención de su honorable Cámara. De esa manera ha sido cómo el partido democrático de la Asamblea, sólo por haber logrado introducir de contrabando en la «Constitución imperial» algunas de sus recetas, se creyó en primer orden obligada a apoyarla, si bien esta Constitución contradecía flagrantemente en cada punto esencial sus propios principios proclamados tan a menudo; y cuando, al fin, los autores principales de este aborto lo abandonaron a su suerte, dejándoselo en herencia al partido democrático, éste aceptó y defendió dicha Constitución *monárquica* incluso en oposición a cuantos propugnaban *por entonces* los propios principios *republicanos* de este partido.

Pero se debe confesar que la contradicción que se manifestaba en ella era sólo aparente. El carácter indeterminado, autocontradictorio e inmaduro de la Constitución imperial era la mismísima imagen de las políticas inmaduras, confusas y contradictorias de estos señores democráticos. Y si sus propios dichos y escritos, en la medida que ellos podían escribir, no eran una prueba suficiente de ello, sus obras lo serían de sobra: pues entre la gente sensata es algo natural juzgar a una persona no por sus palabras, sino por sus obras; no por quien se quiere hacer pasar, sino por lo que hace y lo que es en realidad; y los hechos de estos héroes de la democracia alemana, como veremos más adelante, hablan con bastante elocuencia por sí mismos. Como quiera que sea, la Constitución imperial, con todos sus apéndices y galas, fue aprobada definitivamente y el 28 de marzo el Rey de Prusia fue elegido Emperador de Alemania, excluida Austria, por 290 votos con 248 abstenciones y unas 200 ausencias. La ironía de la historia fue completa; la farsa imperial representada en las calles del estupefacto Berlín tres días después de la revolución del 18 de marzo de 1848 por Federico Guillermo IV[204] en un estado que en cualquier

otro sitio le habría sido aplicada la ley del Estado de Meine contra las bebidas alcohólicas, esta repugnante farsa fue sancionada un año exactamente después por la ficticia Asamblea Representativa de toda Alemania. ¡Tal fue, entonces, el resultado de la revolución alemana!

Londres, julio de 1852

XVI

LA ASAMBLEA NACIONAL Y LOS GOBIERNOS

La Asamblea Nacional de Francfort, tras de haber elegido Emperador de Alemania (sin Austria) al rey de Prusia, envió una diputación a Berlín a ofrecerle la corona, y luego aplazó sus sesiones. El 3 de abril de 1848, Federico Guillermo recibió a los diputados. Les dijo que si bien aceptaba el derecho de supremacía sobre todos los otros príncipes de Alemania que la votación de los representantes del pueblo le concedía, no podía aceptar la corona imperial mientras no tuviera la seguridad de que los restantes príncipes reconocerían su supremacía y la Constitución del Imperio que le otorgaba esos derechos. Agregó que era cosa de los gobiernos alemanes estudiar si la Constitución era tal que ellos pudieran ratificarla. En todo caso, dijo para terminar, ciñese la corona imperial o no, estaría siempre dispuesto a desenvainar la espada contra cualquier enemigo exterior o interior. No tardaremos en ver cómo cumplió su promesa de manera bastante inesperada para la Asamblea Nacional.

Luego de una profunda indagación diplomática, los sabihondos de Francfort llegaron finalmente a la conclusión de que esa respuesta era tanto como renunciar a la corona. Entonces (el 12 de abril) resolvieron que la Constitución imperial era la ley del país y debía ser sostenida, y como no sabían cómo obrar en adelante, eligieron el Comité de los treinta para que propusiera modos de cumplimiento de esta Constitución.

Esta resolución fue la señal para el conflicto que se declaró entonces entre la Asamblea de Francfort y los gobiernos alemanes.

Las clases medias, especialmente los pequeños comerciantes y los artesanos, se pronunciaron inmediatamente en pro de la nueva Constitución de Francfort. No podían aguardar más el momento que debía ser «la cumbre de la revolución». En Austria y Prusia la revolución había acabado, por el momento, mediante la intervención de las fuerzas armadas; las clases mencionadas habrían preferido un modo menos violento de llevar a cabo esta

operación, pero les faltó la oportunidad; la cosa estaba hecha, y había que resignarse a ello: esa era la resolución que adoptaron en seguida y cumplían de la manera más heroica. En los Estados pequeños, donde las cosas habían ido transcurriendo con suavidad relativa, las clases medias hacía mucho que se limitaban a la agitación parlamentaria, tan adecuada a su espíritu, vistosa pero ineficaz por no estar respaldada con fuerza alguna. Los diversos Estados de Alemania, cada uno por separado, parecían haber adquirido así esa forma nueva y definitiva que se suponía les permitiría emprender desde ese momento la vía del desarrollo pacífico y constitucional. Sólo quedaba una cuestión pendiente, y era la de la nueva organización política de la Confederación alemana. Y esta cuestión, la única que aún parecía entrañar peligros, se creía necesario resolverla de golpe. De ahí, la presión ejercida sobre la Asamblea de Francfort por las clases medias para inducirla a que tuviese preparada la Constitución lo antes posible; de ahí la resolución entre la gran burguesía y la pequeña burguesía a aceptar y apoyar esta Constitución, comoquiera que fuese, con tal de crear sin demora un orden estable de las cosas. Así, desde el mismo comienzo, la agitación en pro de la Constitución imperial dimanaba de un sentimiento reaccionario y partió de las clases que hacía ya mucho estaban cansadas de la revolución.

Pero había otro aspecto más de la cuestión. Los principios primeros y fundamentales de la futura Constitución alemana habían sido votados durante la primavera y el verano de 1848, meses en que la agitación popular aún estaba en ascenso. Las resoluciones aprobadas entonces, si bien eran completamente reaccionarias *para aquel tiempo*, luego de los actos arbitrarios de los gobiernos austríaco y prusiano, parecieron extraordinariamente liberales y hasta democráticos. Había cambiado la medida de comparación. La Asamblea de Francfort no podía, sin suicidarse moralmente, borrar de la cuenta estas resoluciones ya votadas y rehacer la Constitución imperial a imagen de las que los antemencionados gobiernos habían dictado espada en mano. Además, como ya hemos visto, la mayoría de esta Asamblea había cambiado a favor de los partidos liberal y democrático, cuya influencia iba en aumento. Así, la Constitución imperial no sólo se distinguió por su origen, exclusivamente popular en apariencia, sino que, al mismo tiempo, aun estando llena de contradicciones, era la Constitución más liberal de Alemania. Su mayor falta estribaba en que no era más que una hoja de papel sin poder efectivo alguno para su aplicación en la vida.

En esas circunstancias era natural que el denominado partido democrático, es decir, la masa de los pequeños comerciantes y artesanos, se aferrara a la Constitución imperial. Esta clase

había ido siempre en sus reivindicaciones más allá que la burguesía liberal monárquico-constitucional; había actuado con la mayor intrepidez, había amenazado muy a menudo con oponer resistencia armada y no había escatimado promesas de dar su sangre y su vida en la lucha por la libertad; pero ya había dado multitud de pruebas de que, en el momento de peligro, no se la veía por ninguna parte y de que jamás se había sentido tan bien como al siguiente día de la derrota decisiva, cuando todo estaba ya perdido y le quedaba al menos el consuelo de saber que, de una manera u otra, el asunto *ya estaba* arreglado. Por eso, mientras la adhesión de los grandes banqueros, fabricantes y comerciantes era de carácter más reservado, más como una simple demostración a favor de la Constitución de Francfort, la clase social que se encontraba justamente por debajo de ellos, nuestros valientes tenderos democráticos dieron un paso adelante con gran ostentación y, como tenían por costumbre, proclamaron que antes derramarían hasta la última gota de sangre que dejarían tirar por los suelos la Constitución imperial.

Apoyado por estos dos partidos, el de la burguesía partidaria de la monarquía constitucional y el de los pequeños comerciantes más o menos democráticos, el movimiento en pro de la inmediata puesta en vigor de la constitución imperial ganó terreno con rapidez y encontró su expresión más poderosa en los parlamentos de varios Estados. Las cámaras de Prusia, Hannover, Sajonia, Baden y Württemberg se pronunciaron a favor de ella. La lucha entre los gobiernos y la Asamblea de Francfort adquirió carácter alarmante.

No obstante, los gobiernos obraron con rapidez. Las cámaras de Prusia fueron disueltas de manera anticonstitucional, pues aún tenían que estudiar y aprobar la Constitución; en Berlín hubo desórdenes provocados intencionadamente por el gobierno; y al día siguiente, el 28 de abril, el Gobierno prusiano hizo pública una circular en la que se conceptuaba la Constitución imperial de documento de lo más anárquico y revolucionario que los gobiernos de Alemania debían revisar y depurar. Así, Prusia rechazó de plano el soberano poder constitutivo que los sabihondos de Francfort habían pregonado a bombo y platillos pero nunca implantado. Se convocó un congreso de príncipes[205], y la vieja Dieta Federal fue renovada para discutir la Constitución que ya había sido promulgada con fuerza de ley. Simultáneamente, Prusia concentró tropas en Kreuznach, a tres días de camino desde Francfort, y exhortó a los pequeños Estados a que siguieran su ejemplo, disolviendo también sus cámaras tan pronto como se adhirieran a la Asamblea de Francfort. Este ejemplo fue seguido en el acto por Hannover y Sajonia.

Era evidente que no se podía eludir el desenlace de la lucha por la fuerza de las armas. La hostilidad de los gobiernos y la agitación entre el pueblo se iban mostrando cada día con colores más subidos. Los ciudadanos democráticos procuraban convencer en todas partes a los militares, y en el Sur de Alemania lo hicieron con gran éxito. Por doquier se celebraban grandes reuniones de masas que aprobaban resoluciones en apoyo de la Constitución imperial y de la Asamblea Nacional, incluso con la fuerza de las armas si era necesario. En Colonia se celebró una reunión de concejales de todos los municipios de la Prusia renana con el mismo fin. En el Palatinado, Bergen, Fulda, Nuremberg y Odenwald se reunieron grandes multitudes de campesinos llenos de entusiasmo. Al mismo tiempo, se disolvió la Asamblea Constituyente de Francia y se prepararon nuevas elecciones en un ambiente de inmensa agitación mientras que al cabo de un mes, tras una serie de brillantes victorias en la frontera oriental de Alemania, los húngaros alejaron del Tissa hacia el Leitha la invasión austríaca y se esperaba de un día para otro la toma de Viena por asalto. Así, mientras la imaginación popular era excitada al máximo grado en todas partes, y quedaba más clara cada día la agresiva política de los gobiernos, no se podía eludir el choque violento, y sólo una cobarde imbecilidad pudo persuadir de que la lucha acabaría pacíficamente. Pero esta cobarde imbecilidad estaba muy generalizada en la Asamblea de Francfort.

Londres, julio de 1852

XVII

LA INSURRECCION

El conflicto inevitable entre la Asamblea Nacional de Francfort y los gobiernos de los Estados de Alemania estalló al fin. Las hostilidades comenzaron en los primeros días de mayo de 1849. Los diputados austríacos, reclamados por su gobierno, habían abandonado ya la Asamblea y regresado a sus casas a excepción de los pocos miembros del partido de izquierda, o democrático. La gran mayoría de los diputados conservadores, conscientes del giro que iban a tomar los acontecimientos, abandonaron la Asamblea antes incluso de que se lo mandaran hacer sus respectivos gobiernos. Así, incluso independientemente de las causas indicadas en los artículos precedentes, causas que reforzaron la influencia de la izquierda, la simple deserción de los diputados de la derecha fue suficiente para convertir la vieja minoría en mayoría de la Asamblea. La nueva mayoría, que jamás había soñado

antes con obtener esa dicha, aprovechó sus escaños de la oposición para echar peroratas contra la debilidad, la indecisión y la indolencia de la antigua mayoría y de su Regencia imperial. Ahora todos *ellos* tuvieron que ocupar de pronto el puesto de la vieja mayoría. *Ellos* tenían que mostrar ahora de qué eran capaces. Naturalmente, *su* actuación debía ser enérgica, resuelta y activa. *Ellos*, la *flor y nata* de Alemania, pronto podrían empujar al senil Regente del Imperio y a sus vacilantes ministros, y en el caso de que eso fuera imposible, destituirían, y no podía caber ninguna duda de ello, por la fuerza del derecho soberano del pueblo a ese impotente gobierno y lo reemplazarían con un Comité Ejecutivo enérgico e infatigable que aseguraría la salvación de Alemania. ¡Pobrecitos! *Su* gobernación, si puede llamarse gobernación donde nadie obedece, era más ridícula aún que la de sus predecesores.

La nueva mayoría declaró que, a despecho de todos los obstáculos, la Constitución imperial debía ponerse en práctica y *sin demora*; que el 15 de julio siguiente el pueblo tenía que elegir a los diputados de la nueva cámara de representantes y que esta cámara se reuniría en Francfort el 22 de agosto siguiente. Eso era ya una explícita declaración de guerra a los gobiernos que no habían reconocido la Constitución imperial, ante todo a los de Prusia, Austria y Baviera, que abarcaban a más de las tres cuartas partes de la población alemana; era una declaración de guerra que fue aceptada en el acto por ellos. Prusia y Baviera llamaron también a los diputados enviados desde sus territorios a Francfort y apresuraron los preparativos militares contra la Asamblea Nacional; por otra parte, las manifestaciones del partido democrático (fuera del Parlamento) a favor de la Constitución imperial y de la Asamblea Nacional adquirieron un carácter más turbulento y violento, y las masas obreras, dirigidas por hombres del partido más extremista, estaban listas para empuñar las armas por una causa que, si no era la de ellas, les concedía al menos la oportunidad de acercarse algo a la conquista de sus fines, librando a Alemania de sus viejas cadenas monárquicas. Así, el pueblo y los gobiernos se vieron por doquier en grave conflicto entre sí; el estallido era inevitable; la mina estaba cargada, sólo faltaba la chispa que la hiciera explotar. La disolución de las cámaras en Sajonia, el llamamiento a filas de la Landwehr (los reservistas) en Prusia y la resistencia declarada del gobierno a la Constitución imperial eran esa chispa; la chispa saltó, y todo el país quedó envuelto en el acto por las llamas. En Dresde, el pueblo victorioso tomó la ciudad el 4 de mayo y expulsó al Rey*, en tanto que todos los distritos circundantes

* Federico Augusto II. (*N. de la Edit.*)

enviaban refuerzos a los sublevados. En la Prusia renana y Westfalia, los reservistas se negaron a ponerse en marcha, se apoderaron de los arsenales y se armaron en defensa de la Constitución imperial. En el Palatinado, el pueblo detuvo a los funcionarios gubernamentales de Baviera, se apoderó del tesoro público e instituyó un Comité de Defensa que puso la provincia bajo la protección de la Asamblea Nacional. En Württemberg, el pueblo obligó al Rey* a reconocer la Constitución imperial, y en Baden el ejército, unido al pueblo, puso en fuga al Gran Duque** y erigió un Gobierno Provisional. En otras partes de Alemania el pueblo sólo esperaba la señal decisiva de la Asamblea Nacional para alzarse en armas y ponerse a su disposición.

La postura de la Asamblea Nacional fue mucho más favorable de lo que se hubiera podido esperar después de su indigno pasado. La parte occidental de Alemania había empuñado las armas en defensa de la Asamblea; las tropas vacilaban por todas partes; en los estados pequeños se inclinaban evidentemente por el movimiento. Austria había sido puesta al borde del precipicio por la victoriosa ofensiva de los húngaros, y Rusia, baluarte de reserva de los gobiernos alemanes, ponía en tensión todas sus fuerzas para ayudar a Austria contra los ejércitos húngaros. Sólo quedaba por vencer a Prusia, y con las simpatías revolucionarias que había en este país, la probabilidad de éxito era más que posible. Todo, pues, dependía de la conducta de la Asamblea.

Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos se esté completamente preparada para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque pequeños, pero

* Guillermo I. (*N. de la Edit.*)
** Leopoldo. (*N. de la Edit.*)

diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!* *

¿Qué debía hacer, pues, la Asamblea Nacional de Francfort para evitar el seguro fracaso que la amenazaba? Ante todo, aclarar la situación y convencerse de que no había otra salida que someterse a los gobiernos incondicionalmente o adoptar la causa de la insurrección armada sin reservas ni titubeos. Segundo, reconocer públicamente todas las insurrecciones que ya habían estallado y llamar en todas partes al pueblo a empuñar las armas en defensa de la representación nacional, poniendo fuera de la ley a todos los príncipes, ministros y demás personajes que se atrevieran a oponerse a la soberanía del pueblo representado por sus mandatarios. Tercero, destituir en el acto al Regente imperial de Alemania y fundar un Comité Ejecutivo fuerte, activo, *que no retrocediera ante nada*, llamar a las tropas rebeldes a Francfort para contar inmediatamente con su protección, ofreciendo así al propio tiempo un pretexto legal para extender la sedición, organizar en un cuerpo compacto todas las fuerzas a su disposición y aprovechar rápidamente, sin tardanza ni titubeos, todo medio propicio para reforzar su posición y debilitar la de sus adversarios.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Francfort hicieron precisamente todo lo contrario. No contentos con dejar que las cosas transcurriesen según su curso natural, estos venerables varones fueron tan lejos que, con su oposición, dejaron que se aplastasen los movimientos insurreccionales que se estaban preparando. Así obró, por ejemplo, el señor Carlos Vogt en Nuremberg. Toleraron que se aplastaran las insurrecciones de Sajonia, la Prusia renana y Westfalia sin más ayuda que la de la protesta póstuma y sentimental contra la insensible violencia del Gobierno prusiano. Mantuvieron en secreto relaciones diplomáticas con la insurrección del Sur de Alemania, pero no le concedieron la ayuda de reconocerla públicamente. Sabían que el Regente del Imperio estaba al lado de los gobiernos, y a pesar de ello, *lo* exhortaban, sin hacer él ningún caso, a oponerse a las intrigas de estos gobiernos. Los ministros del Imperio, todos viejos conservadores, ridiculizaban por doquier esta impotente Asamblea, y ellos lo toleraban. Y cuando Guillermo Wolff, diputado de Silesia y uno de los redac-

* ¡Audacia, audacia y una vez más audacia! (*N. de la Edit.*)

tores de *Neue Rheinische Zeitung*, los conminó a que la Asamblea pusiera fuera de la ley al Regente del Imperio*, que era, como decía en verdad Wolff, el primer y mayor traidor del Imperio, ¡esos demócratas revolucionarios le taparon la boca con unánimes gritos de virtuosa indignación! En suma, que siguieron hablando, protestando, clamando y perorando, pero nunca con valentía ni intenciones de actuar; entretanto, las tropas hostiles de los gobiernos se iban aproximando más y más, y su propio poder ejecutivo, el Regente del Imperio, se dedicaba tesoneramente a confabularse con los príncipes alemanes para acelerar la destrucción de la Asamblea. Así, hasta el último vestigio de consideración perdió esta despreciable Asamblea; los sublevados, que se habían alzado para defenderla, dejaron de preocuparse por su suerte, y cuando, como veremos más adelante, se llegó por último a su vergonzoso fin, la Asamblea feneció sin que nadie se cuidara de su muerte sin pena ni gloria.

Londres, agosto de 1852

XVIII

LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS

En nuestro último artículo hemos mostrado que la lucha entre los gobiernos alemanes, por un lado, y el Parlamento de Francfort, por el otro, había adquirido últimamente tal grado de violencia que, en los primeros días de mayo, en gran parte de Alemania estallaron insurrecciones: primero en Dresde, luego en el Palatinado bávaro, en parte de la Prusia renana y, por último, en Baden.

En todos los casos, las *verdaderas fuerzas combativas* de los insurrectos, las que empuñaron primero las armas y dieron la batalla a las tropas, eran *los obreros de las ciudades*. Parte de la población más pobre del campo, los jornaleros y los pequeños campesinos, se adherían a ellos por lo general después de que estallaba el conflicto. El mayor número de jóvenes de todas las clases inferiores a la de los capitalistas se encontraba, al menos por algún tiempo, en las filas de los ejércitos insurrectos, pero esta multitud, bastante abigarrada, de jóvenes, disminuyó rápidamente tan pronto como las cosas tomaron un giro algo serio. Particularmente los estudiantes, estos «representantes del intelecto», como les agradaba denominarse, fueron los primeros en abandonar sus banderas, a menos que se lograse sujetarlos, ascen-

* Juan. (*N. de la Edit.*)

diéndolos a oficiales, para lo cual, por supuesto, sólo muy rara vez tenían los dones necesarios.

La clase obrera participó en esta insurrección como lo hubiera hecho en otra cualquiera que les permitiera o retirar algunos de los obstáculos interpuestos en su progreso hacia la dominación política y la revolución social o, al menos, obligara a las clases sociales más influyentes, pero menos valientes, a seguir un rumbo más decidido y revolucionario del que habían seguido hasta entonces. La clase obrera empuñó las armas con pleno conocimiento de que esa lucha, por sus fines directos, no era la suya; pero se atuvo a la única política acertada para ella: no permitir a ninguna clase, encumbrada a costa suya (como había hecho la burguesía en 1848), que consolidase su dominación de clase si no le dejaba, al menos, el campo libre para la lucha por sus propios intereses; en todo caso, aspiraba a provocar una crisis por la que o la nación fuese resuelta e inconteniblemente encauzada por la senda revolucionaria o se la condujese al restablecimiento más completo posible del *status quo* prerrevolucionario y, por lo mismo, hiciese inevitable una nueva revolución. En ambos casos, la clase obrera representaba los intereses reales y bien entendidos de toda la nación, acelerando cuanto pudiera el rumbo revolucionario que, para las viejas sociedades de la civilizada Europa, era ya una necesidad histórica y sin el cual ninguna de ellas podía aspirar de nuevo a un desarrollo más tranquilo y regular de sus fuerzas.

En cuanto a la población rural, que se había adherido a la insurrección, ésta se lanzó en lo fundamental a los brazos del partido revolucionario, en parte, por el enorme peso de los impuestos y, en parte, por las cargas feudales que la agobiaban. Faltos de iniciativa propia, iban a la cola de las otras clases incorporadas a la insurrección, vacilando entre los obreros y la clase de los pequeños artesanos y comerciantes. Su propia posición social privada decidía en casi todos los casos el camino que elegían; los obreros agrícolas apoyaban por lo general a los artesanos de la ciudad, y los pequeños campesinos optaban por ir de la mano con la pequeña burguesía.

Esta clase de los pequeños comerciantes y artesanos, cuyas gran importancia e influencia hemos advertido ya varias veces, puede ser considerada la clase dirigente de la insurrección de mayo de 1849. Como en esta ocasión entre los centros del movimiento no figuraba ninguna ciudad grande de Alemania, dicha clase, que predomina siempre en las ciudades medianas y pequeñas, encontró los medios de tomar en sus manos la dirección del movimiento. Hemos visto, además, que en esta lucha por la Constitución imperial y por los derechos del Parlamento alemán se ponían en juego precisamente los intereses de la clase que estamos tratando.

Los Gobiernos Provisionales que se formaron en todas las regiones sublevadas representaban en su mayoría a esta parte del pueblo; por eso puede juzgarse de lo que es capaz de hacer, en general, la pequeña burguesía alemana, por la magnitud del movimiento y, como veremos, es sólo capaz de frustrar cualquier movimiento que se confíe a su dirección.

La pequeña burguesía, grande en jactancia, es completamente incapaz de actuar y muy cobarde para arriesgar algo. El carácter *mezquino* de sus transacciones comerciales y de sus operaciones de crédito es de lo más apto para imprimir un sello de falta de energía y espíritu emprendedor; por eso era de esperar que estas mismas cualidades marcasen su rumbo político. Efectivamente, la pequeña burguesía incitaba a la insurrección con palabras rimbombantes y gran jactancia de lo que iba a hacer; ansiaba adueñarse del poder tan pronto como la insurrección, en mucho contra su voluntad, estallara; e hizo uso de su poder con el único propósito de reducir a la nada los efectos de la insurrección. Dondequiera que el conflicto armado llevaba a una seria crisis, la pequeña burguesía era presa del mayor pánico por la peligrosa situación que la crisis creaba; era presa de pánico ante el pueblo que había tomado en serio sus jactanciosos llamamientos a las armas; presa de pánico del poder que de ese modo le había caído en las manos; presa de pánico, sobre todo, de las consecuencias que tendría para ella, para sus posiciones sociales y para sus fortunas la política en que se habían metido ellos mismos. ¿No se esperaba de ella que arriesgara «la vida y la propiedad», como acostumbraba a decir, por la causa de la insurrección? ¿No se había visto obligada a tomar posiciones oficiales en la insurrección, por lo que, en caso de derrota, ella corría el peligro de perder su capital? Y en caso de victoria, ¿no estaba ella segura de verse inmediatamente desplazada de sus puestos y ver radicalmente trastocada su política por los proletarios triunfantes que constituían la fuerza principal de su ejército combativo? Colocada así entre los peligros opuestos que la rodeaban por todos lados, la pequeña burguesía no supo aprovechar su poder más que para dejar que las cosas fuesen al azar, en virtud de lo cual se malogró, como es natural, la pequeña oportunidad de éxito que pudo haber y, así, condenar definitivamente la insurrección a la derrota. La política o, mejor dicho, la falta de política de la pequeña burguesía fue la misma por doquier, y, por eso, las insurrecciones de mayo de 1849 en todas las tierras de Alemania estuvieron cortadas por el mismo patrón.

En Dresde, la lucha duró cuatro días en las calles. La pequeña burguesía de la ciudad, la «guardia municipal», no ya se mantuvo al margen de la lucha, sino que, en muchas ocasiones, favoreció

las operaciones de las tropas contra los insurrectos, que eran casi exclusivamente obreros de los distritos fabriles circundantes y encontraron *un jefe capaz y sereno en el refugiado ruso Mijaíl Bakunin*, que fue hecho prisionero y se encuentra actualmente recluido en la fortaleza de Munkacs *, en Hungría. La intervención de numerosas tropas prusianas aplastó esta insurrección.

En la Prusia renana, la lucha era de poca monta. Como todas las grandes ciudades eran fortalezas dominadas por ciudadelas, las acciones de los sublevados hubieron de limitarse a escaramuzas aisladas. En cuanto hubo bastantes tropas concentradas, se puso fin a la resistencia armada.

En el Palatinado y en Baden, por el contrario, los sublevados se adueñaron de una región rica y fértil y de un Estado entero. El dinero, las armas, los soldados, las municiones, todo estaba a su disposición. Los soldados del ejército regular se adhirieron voluntariamente a los insurrectos; es más, en Baden formaban en las primeras filas. Las insurrecciones de Sajonia y de la Prusia renana se sacrificaron por ganar tiempo para organizar este movimiento del Sur de Alemania. Jamás hubo, como en este caso, condiciones tan propicias para una insurrección provincial y parcial. En París se esperaba una revolución; los húngaros estaban a las puertas de Viena; en todos los Estados centrales de Alemania estaban a favor de la insurrección no sólo el pueblo, sino incluso las tropas, que sólo esperaban una oportunidad para adherirse a ella abiertamente. Sin embargo, como el movimiento cayó en manos de la pequeña burguesía, fue frustrado desde el mismo comienzo. Los gobernantes pequeñoburgueses, particularmente los de Baden, encabezados por el señor Brentano, jamás olvidaron que, usurpando el puesto y las prerrogativas del soberano «legal», el Gran Duque, incurrían en alta traición. Se mantuvieron quietos en sus sillones ministeriales, sintiéndose delincuentes en el alma. ¿Qué se podía esperar de esos cobardes? No sólo abandonaron la insurrección a la espontaneidad, dejándola descentralizada y, por lo mismo, ineficaz, sino que hicieron cuanto pudieron para restar al movimiento toda la energía, debilitarlo y malograrlo. Y lo consiguieron merced al celoso apoyo de la clase de los profundos políticos, de los héroes «democráticos» de la pequeña burguesía que estaban seriamente convencidos de que «salvaban el país» mientras toleraban que los engañasen unos cuantos trapacistas como Brentano.

Por cuanto al aspecto bélico del asunto se refiere, jamás se llevaron las operaciones militares con tanto desaliño y mentecatez como bajo la dirección del ex teniente general del ejército

* El nombre ucraniano es Mukáchevo. (*N. de la Edit.*)

regular Sigel, general en jefe de Baden. Todo estaba en completo desorden, se dejaron pasar todas las oportunidades propicias y perder todos los momentos preciosos, planeando proyectos colosales, pero impracticables, y cuando, al fin, se hizo cargo del mando el polaco de talento Mieroslawski, el ejército estaba desorganizado, derrotado, desmoralizado, mal abastecido y teniendo que hacer frente a un enemigo el cuádruple más numeroso. Mieroslawski no pudo hacer otra cosa que dar en Waghäusel una batalla gloriosa, pero sin éxito, replegarse inteligentemente, ofrecer un último combate sin esperanzas ante los muros de Rastatt y deponer el mando. Lo mismo que en todas las guerras insurreccionales, en las que los ejércitos son mezclas de soldados adiestrados y reclutas sin preparación, en el ejército revolucionario hubo mucho heroísmo y, a la vez, mucho pánico, impropio del soldado; pero, con toda la imperfección que no podía menos de tener, le cupo al menos la satisfacción de ver que la cuádruple superioridad numérica del enemigo no pareció a éste suficiente para derrotarlo y de que cien mil hombres de un ejército regular en una campaña contra veinte mil insurrectos les tenían en el aspecto militar tanto respeto como si hubiesen tenido que pelear contra la Vieja Guardia de Napoleón.

La insurrección estalló en mayo de 1849, y a mediados de julio del mismo año fue aplastada por completo, acabando así la primera revolución alemana.

XIX

EL FIN DE LA INSURRECCION

Mientras el Sur y el Oeste de Alemania se encontraban abiertamente sublevados, y los gobiernos tardaron más de diez semanas, desde el comienzo de las hostilidades en Dresde hasta la capitulación de Rastatt, en sofocar esta llamarada de la primera revolución alemana, la Asamblea Nacional desapareció de la escena política sin que nadie lo notara.

Dejamos a esta augusta institución en Francfort desconcertada por los insolentes ataques de los gobiernos contra su dignidad, por la impotencia y la traicionera inactividad del poder central que ella misma había creado, por los alzamientos de los pequeños comerciantes y artesanos en defensa de este poder y por las insurrecciones de la clase obrera que perseguían un objetivo final más revolucionario. Entre los miembros de la Asamblea reinaban el abatimiento y la desesperación; los acontecimientos tomaron en seguida un sesgo tan determinado y decisivo que en pocos

días se disiparon las ilusiones de estos doctos legisladores respecto a su fuerza e influencia reales. Los conservadores, a una señal dada por los gobiernos, se retiraron de una institución que, desde ese momento, ya no podía existir más que desafiando a las autoridades constituidas. Los liberales, desconcertados en grado sumo, tuvieron por irremediablemente perdida la causa; y también renunciaron a sus funciones representativas. Los honorables señores desertaban por centenares. De ochocientos o novecientos que eran al principio, su número fue disminuyendo con tanta rapidez que pronto se hubo de declarar un quórum de ciento cincuenta, y pocos días después, de cien diputados. Y aun así, era difícil reunir este número mínimo, pese a que el partido democrático quedó íntegro en la Asamblea.

Estaba suficientemente claro lo que debía hacer el resto del Parlamento. Sólo adherirse abierta y resueltamente a la insurrección, dándole con ello toda la fuerza que podía conferirle la legalidad en tanto que adquiría, al mismo tiempo, un ejército para su defensa. Debió exigir del poder central el cese inmediato de todas las hostilidades; y si, como pudo haberse previsto, esta autoridad no pudiera ni quisiera hacerlo, destituirla en el acto y formar un gobierno más enérgico en su lugar. Si las tropas insurrectas no podían ser desplazadas a Francfort (cosa que, al principio, cuando los gobiernos de los Estados se hallaban poco preparados y aún dudaban, pudo haberse hecho con facilidad), entonces la Asamblea pudo haber trasladado sin demora su sede al mismo centro de la región insurrecta. Todo eso, si se hubiera hecho en seguida y con energía, no más tarde de mediados o fines de mayo, podían haberse dado probabilidades de éxito tanto para la insurrección como para la Asamblea Nacional.

Pero no se podían esperar pasos tan decididos de los representantes de los tenderos alemanes. Estos ambiciosos estadistas no se habían librado en absoluto de sus ilusiones. Los diputados que habían perdido su fatal fe en la fuerza e inviolabilidad del Parlamento, habían tomado ya las de Villadiego; los demócratas, que seguían en sus sitios, no se dejaban inducir tan fácilmente a abandonar los sueños de poder y grandeza que habían acariciado durante doce meses. Fieles al rumbo que habían tomado antes, eludían toda acción enérgica hasta que, al fin, desaparecieron todas las oportunidades de éxito e incluso la menor posibilidad de sucumbir, al menos, con honores de guerra. Desplegando una apariencia de actividad, cuya total infructuosidad, unida a sus grandes pretensiones, no podía sino despertar compasión y mover a risa, siguieron tomando resoluciones, enviando mensajes y solicitudes a un Regente imperial que no les hacía el menor caso y a ministros que estaban abiertamente aliados con el enemigo. Y

cuando, al fin, *Guillermo Wolff*, diputado por Striegau*, uno de los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung*, el único hombre verdaderamente revolucionario en toda la Asamblea, les dijo que si tomaban en serio sus propias palabras debían poner fin a su propia charlatanería y declarar fuera de la ley al Regente imperial, primer traidor del país, la virtuosa indignación tanto tiempo contenida de estos señores parlamentarios estalló de pronto con tanta violencia como jamás mostraran cuando el gobierno les lanzaba un insulto tras otro. Y así tenía que ser, ya que la propuesta de *Wolff* fue la primera palabra sensata pronunciada entre las paredes de la catedral de San Pablo[206]; pues él exigía justamente lo que hacía falta hacer, y esa claridad de expresión, en la que todo se llamaba con su nombre, no podía sino ofender a unas almas sentimentales resueltas sólo en su irresolución y demasiado cobardes para actuar que se habían metido en la cabeza de una vez para siempre que, no haciendo nada, hacían exactamente lo que debían hacer. Cada palabra que les aclaraba, como el fogonazo de un relámpago, la fatua nebulosidad intencionada de sus mentes, cada sugerencia capaz de sacarlos del laberinto en que se habían obstinado en meterse ellos mismos y en el que se habían obstinado en seguir el mayor tiempo posible, cada concepción clara de las cosas tales y como eran, sonaba para ellos como un agravio a la majestad de esta Asamblea soberana.

Poco después de que la situación de los honorables señores de Francfort se hizo insostenible, a despecho de las resoluciones, llamamientos, interpelaciones y proclamas, se retiraron, pero no a las regiones sublevadas; eso habría sido un paso demasiado decidido. Se fueron a Stuttgart, donde el gobierno de Württemberg mantenía una especie de neutralidad expectante. Allí, al menos, declararon que el Regente del Imperio había perdido su derecho al poder y eligieron entre ellos a una regencia de cinco personas. Esta regencia procedió en el acto a adoptar una ley sobre la milicia que fue enviada a todos los gobiernos de Alemania, observando las formalidades debidas. ¡A esos enemigos declarados de la Asamblea se ordenaba que reuniesen fuerzas en su defensa! Así se formó, claro que en el papel, un ejército para la defensa de la Asamblea Nacional. Divisiones, brigadas, regimientos, baterías: todo quedaba regulado y ordenado. No faltaba nada más que la realidad, ya que este ejército, naturalmente, jamás existió.

Un último esquema se ofrecía por sí solo a la Asamblea Nacional. La población democrática de todas las partes del país envió diputaciones para ponerse a disposición del Parlamento y hacerle

* El nombre polaco es Strzegom. (*N. de la Edit.*)

que obrase con resolución. El pueblo, que conocía cuáles eran las intenciones del Gobierno de Württemberg, pidió a la Asamblea Nacional que lo obligase a colaborar abierta y activamente con sus vecinos sublevados. Pero no. La Asamblea Nacional, en vez de hacer eso, se fue a Stuttgart y se entregó a la buena merced del Gobierno de Württemberg. Los diputados se daban cuenta de lo que hacían y por eso se opusieron a la agitación entre el pueblo. Así perdieron la poca influencia que les podía haber quedado. Se ganaron el desprecio merecido, y el Gobierno de Württemberg, presionado por Prusia y el Regente imperial, puso fin a la farsa democrática, cerrando el 18 de junio de 1849 la sala donde se reunía el Parlamento y ordenando a los miembros de la regencia que abandonaran el país.

Entonces se fueron a Baden, al campo de la insurrección, pero allí ya no hacían ninguna falta. Nadie les hacía caso. La regencia, sin embargo, en nombre del soberano pueblo alemán, continuó salvando el país con sus esfuerzos. Hizo una tentativa de que lo reconociesen las potencias extranjeras, entregando *passports* a cuantos desearan recibirlos. Editó proclamas y envió comisarios a sublevar las regiones de Württemberg a las que había negado la ayuda cuando aún era tiempo; y como es natural, sin resultado alguno. Ahora tenemos a la vista un informe original de los enviados a la regencia por uno de esos comisarios, el señor Roesler (diputado por Oels*), cuyo contenido es bastante característico. Está fechado el 30 de junio de 1849 en Stuttgart. Después de describir las aventuras de media docena de esos comisarios en una búsqueda infructuosa de dinero, da una serie de excusas por no haber llegado aún a su lugar de destino y luego se explaya en argumentaciones de más peso respecto a las posibles disensiones entre Prusia, Austria, Baviera y Württemberg con sus posibles consecuencias. Después de haberlo pensado bien todo, llega, sin embargo, a la conclusión de que ya no queda ninguna oportunidad. A continuación propone formar con hombres de confianza un servicio de información y un sistema de espionaje para conocer las intenciones del Gobierno de Württemberg y los movimientos de las tropas. Esta carta no llegó a sus destinatarios, ya que, cuando fue escrita, la «regencia» había pasado ya enteramente al «departamento de asuntos extranjeros», es decir, a Suiza. Y en tanto que el pobre señor Roesler aún se rompía los cascos en cuanto a las intenciones del terrible gobierno de un reino de sexta categoría, cien mil soldados prusianos, bávaros y hesianos habían ventilado ya todas las cuestiones en la última batalla reñida al pie de los muros de Rasttat.

---

* El nombre polaco es Olesnica. (*N. de la Edit.*)

Así se desvaneció el Parlamento alemán y, con él, la primera y última creación de la revolución. Su convocación había sido la primera evidencia de que allí *había habido* realmente una revolución en enero; y existió hasta que se puso fin a esta primera revolución moderna de Alemania. Elegido bajo la influencia de las clases capitalistas, por una población rural desmembrada y dispersa, cuya mayor parte acababa de salir de la mudez del feudalismo, este Parlamento sirvió para unir en un cuerpo en el terreno político todos los grandes nombres populares de 1820 a 1848 y luego anularlos por completo. Todas las celebridades de la clase media liberal estaban reunidas en él; la burguesía esperaba maravillas y se ganó la vergüenza para ella y sus representantes. La clase capitalista industrial y comercial sufrió en Alemania una derrota más completa que en cualquier otro país; primero fue vencida, quebrantada y destituida de los cargos oficiales en todos los Estados de Alemania; luego fue tirada por los suelos, vejada y puesta en ridículo en el Parlamento Central de Alemania. El liberalismo político, la gobernación de la burguesía, tanto en forma monárquica como republicana, es imposible para siempre en Alemania.

En el último período de su existencia, el Parlamento alemán sirvió para envilecer eternamente a la fracción que encabezó desde marzo de 1848 la oposición oficial, a los representantes demócratas de los intereses de los pequeños artesanos y comerciantes y parte de los campesinos. En mayo y junio de 1849 se dio a esta clase una oportunidad de mostrar su capacidad para formar un gobierno firme en Alemania. Ya hemos visto el fracaso que tuvo; y no tanto por las adversas circunstancias como por su evidente y constante cobardía, que siempre se manifestó en todos los movimientos decisivos que hubo desde el estallido de la revolución; y eso porque, en política, ha mostrado la misma miopía, pusilanimidad y vacilación típicas de sus operaciones mercantiles. En mayo de 1849, en virtud de esa conducta, perdió ya la confianza de la clase obrera, verdadera fuerza combativa de todas las insurrecciones europeas. Y aun con todo, tuvo probabilidades de triunfar. Desde el momento en que los reaccionarios y los liberales abandonaron el Parlamento, éste les pertenecía exclusivamente a ellos. La población rural se puso a su lado. Dos terceras partes de los ejércitos de los Estados pequeños, una tercera parte del prusiano y la mayoría de la Landwehr (reserva o milicia) prusiana estaban dispuestas a adherirse a él si hubiese actuado con resolución y coraje en consecuencia de una clara visión de la marcha de las cosas. Pero los políticos que continuaban dirigiendo a esta clase no eran más sagaces que la masa de pequeños comerciantes y artesanos que los seguían. Demostraron

ser más ciegos aún, estar más aferrados a las ilusiones que alimentaban ellos mismos por propia voluntad, ser más crédulos y más incapaces de tener resueltamente en cuenta los hechos que los liberales. Su importancia política también cayó por debajo del punto de congelación. Pero como, de hecho, no pusieron en práctica sus triviales principios, habrían podido, ante la concurrencia de circunstancias *muy* favorables, resurgir por un momento, pero esta última esperanza se les frustró lo mismo que a sus colegas de la «democracia pura» en Francia con *el golpe de Estado de Luis Bonaparte.*

La derrota de la insurrección del Sudoeste de Alemania y la dispersión del Parlamento alemán ponen fin a la historia de la primera revolución alemana. No nos queda más que echar un vistazo de despedida a los victoriosos miembros de la alianza contrarrevolucionaria. Lo haremos en nuestro siguiente artículo[207].

Londres, 24 de septiembre de 1852

Escrito por Engels entre agosto de 1851 y septiembre de 1852.

Publicado en *The New-York Daily Tribune* el 25 y el 28 de octubre, el 6, el 7, el 12 y el 28 de noviembre de 1851, el 27 de febrero, el 5, el 15, el 18 y el 19 de marzo, el 9, el 17 y el 24 de abril, el 27 de julio, el 19 de agosto, el 18 de septiembre y el 2 y el 23 de octubre de 1852. Firmado: *Carlos Marx*

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.

Traducido del inglés.

F. ENGELS

EL RECIENTE PROCESO DE COLONIA

Londres, miércoles, 1 de diciembre de 1852

Seguramente, habrán recibido por los periódicos europeos numerosas informaciones del extraordinario proceso de Colonia, en Prusia, contra los comunistas[49], y sus resultados. Pero como ninguna de las informaciones da ni siquiera aproximadamente una relación fidedigna de los hechos, y como estos hechos proyectan clara luz sobre los medios políticos que tienen aherrojado el continente europeo, creo necesario volver a hablar de este proceso.

El Partido Comunista, o proletario, lo mismo que otros partidos, ha perdido la posibilidad de organizarse *legalmente* en el continente por la supresión de los derechos de asociación y reunión. Ademas, sus dirigentes fueron exilados de sus países. Pero ningún partido político puede existir sin organización; y si la burguesía liberal, lo mismo que la pequeña burguesía democrática, eran capaces de suplir más o menos esa organización con su posición social, sus ventajas materiales y las relaciones diarias establecidas desde hacía tiempo entre sus miembros, el proletariado, en cambio, privado de esa posición social y de medios pecuniarios, estuvo necesariamente compelido a buscar esa organización en asociaciones secretas. Por eso, tanto en Francia como en Alemania surgió multitud de sociedades secretas que, a partir de 1849, fueron siendo descubiertas, una tras otra, por la policía, y perseguidas como confabulaciones. Muchas de estas asociacio-

nes eran realmente complots para derrocar el gobierno existente, y es un cobarde quien no conspira bajo ciertas circunstancias, lo mismo que es un imbécil quien lo hace en otras distintas. Además, existían otras asociaciones que se planteaban otros fines más vastos y sublimes, asociaciones que sabían que el derrocamiento de los gobiernos existentes es sólo una etapa transitoria en la magna lucha que se avecinaba y que procuraban mantener unido y preparar el partido, cuyo núcleo estaba constituido por ellos, para el combate final y decisivo que acabará un día u otro para siempre con la dominación no sólo de los meros «tiranos», «déspotas» y «usurpadores» en Europa, sino también con un poder mucho mayor y más terrible que el de éstos: el del capital sobre el trabajo.

La organización del Partido Comunista de vanguardia en Alemania[40] fue de esta índole. Según los principios de su *Manifiesto* (publicado en 1848) y con las tesis de la serie de artículos sobre *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, publicados* en *The New-York Daily Tribune*[164], este partido jamás se forjó ilusiones de que podría hacer cuando quisiera y como se le antojara la revolución que ponga en práctica sus ideas. Ha estudiado las causas que motivaron los movimientos revolucionarios de 1848 y las que los condujeron a la derrota. Al reconocer que en el fondo de todas las luchas políticas está el antagonismo social de las clases, se aplicó a estudiar las condiciones bajo las que una clase de la sociedad puede y debe ser llamada a representar todos los intereses de una nación y, así, gobernarla políticamente. La historia ha mostrado al Partido Comunista cómo creció el poder de los primeros capitalistas acaudalados, tras la aristocracia terrateniente de la Edad Media, y cómo ellos asieron luego las riendas del gobierno; cómo fueron desplazadas la influencia social y la dominación política de este sector *financiero* de los capitalistas por la creciente fuerza de los capitalistas *industriales* desde el empleo del vapor, y cómo en el presente reclaman su turno en el poder otras dos clases más, la pequeña burguesía y los obreros industriales. La experiencia revolucionaria práctica de 1848—1849 confirmó los razonamientos de la teoría que condujo a la conclusión de que la democracia de los pequeños comerciantes y artesanos debía tener su turno antes que la clase obrera comunista pudiera esperar a establecerse permanentemente en el poder y destruir el sistema de esclavitud asalariada que la sujeta al yugo de la burguesía. Así, la organización secreta de los comunistas no podía tener el objetivo directo de derrocar los gobiernos

---

* Véase el presente tomo, págs. 307-396. (*N. de la Edit.*)

actuales de Alemania. No se formó para derrocar estos gobiernos, sino el gobierno insurreccional que tarde o temprano vendrá a sustituirlos. Cada uno de los miembros de la organización podrá apoyar enérgicamente en su día, y sin duda lo hará, el movimiento revolucionario contra el *statu quo*; pero la *preparación* de tal movimiento no puede ser objeto de la Liga de los Comunistas más que propagando las ideas comunistas entre las masas. La mayoría de los miembros de esta asociasión comprende tan bien las bases de la misma que, cuando la ambición y el arribismo de algunos de sus miembros llevaron a las tentativas de convertirla en una organización conspiradora para hacer la revolución *ex tempore**, fueron expulsados en seguida.

Hoy por hoy, ninguna ley del mundo da pie para denominar una liga de este género organización conspiradora o sociedad secreta fundada con fines de alta traición. Y si ha habido una conspiración, no ha sido contra el gobierno existente, sino contra sus probables sucesores. Y el Gobierno prusiano lo sabe. Por eso los once detenidos han estado incomunicados durante dieciocho meses que las autoridades han aprovechado para las maquinaciones judiciales más raras. Imagínense que después de ocho meses de presidio, los detenidos han estado encarcelados varios meses más para proseguir las pesquisas ¡«por falta de pruebas de delito alguno contra ellos»! Y cuando, al fin, les hicieron comparecer ante el jurado, no les pudieron imputar un solo acto premeditado de carácter traicionero. Así y todo, fueron condenados, y ahora verán de qué manera.

En mayo de 1851 fue detenido uno de los emisarios de la Liga** y, tomándose como pretexto unos documentos que le encontraron, se hicieron más detenciones. Un agente de la policía prusiana, cierto Stieber, recibió la orden de seguir la pista de las ramificaciones de la presunta conspiración, en Londres. Logró obtener algunos documentos pertenecientes a los antemencionados disidentes de la asociación que, después de haber sido expulsados de ella, organizaron realmente un complot en París y Londres. Los papeles fueron obtenidos mediante un doble delito. Se sobornó a un tal Reuter para abrir la mesa de escritorio del secretario* de la asociación y sustraer de allí los papeles. Pero eso aún era poco. Este robo condujo al descubrimiento del denominado complot franco-alemán, en París[208], y a la condena de sus participantes, pero no se dio con la clave de la gran Liga de los

* De improviso, sin preparación alguna. (*N. de la Edit.*)
** Peter Nothjung. (*N. de la Edit.*)
*** Oswaldo Dietz. (*N. de la Edit.*)

Comunistas. El complot de París, como podemos ver ahora perfectamente, estaba dirigido por varios ambiciosos imbéciles y *chevaliers d'industrie** políticos de Londres, y un sujeto procesado anteriormente por falsificación, que luego ha hecho de espía de la policía de París**; los simplones engañados por ellos se resarcieron de su insignificancia política supina con exclamaciones de furia y enfáticas frases pidiendo sangre.

La policía prusiana hubo de buscar, pues, nuevos descubrimientos. Abrió una oficina regular de la policía secreta en la Embajada prusiana de Londres. Un agente de policía apellidado Greif ejercía su odiosa profesión con el título de *attaché**** de la Embajada, procedimiento suficiente por sí solo para poner a todas las embajadas de Prusia fuera del derecho internacional y al que ni siquiera se habían atrevido a recurrir los austríacos. A sus órdenes actuaba un tal Fleury, comerciante de la City de Londres, individuo de alguna fortuna y relaciones en medios bastante respetuosos, uno de esos tipos ruines y capaces de las mayores bajezas por inclinación innata a la infamia. Otro agente era un corredor de comercio llamado Hirsch, quien, sin embargo, había sido denunciado ya como espía a su llegada. Se infiltró en la sociedad de algunos comunistas alemanes refugiados en Londres, y ellos, para obtener pruebas de su verdadero carácter, lo admitieron por breve tiempo. Las pruebas de su relación con la policía no se hicieron esperar mucho y, desde ese momento, el señor Hirsch desapareció. Y aunque, de esa manera, perdió la ocasión de obtener la información, por la cual le pagaban, no permaneció inactivo. Desde su retiro de Kensington, donde jamás encontró a ninguno de los comunistas en cuestión, fabricaba todas las semanas presuntos informes de supuestas reuniones de un imaginario Comité Central de esa mismísima organización conspiradora que la policía prusiana no podía capturar. El contenido de esos informes era de la naturaleza más absurda. Ni un solo nombre bautismal correspondía a la realidad, ni un apellido estaba correctamente escrito y ni una palabra de las atribuidas a una u otra persona tenía visos de haber sido pronunciadas por ella. Ayudó a Hirsch a amañar esos falsos escritos su maestro Fleury, y aún no está probado que el *attaché* Greif no haya tenido ninguna parte en estos infames procedimientos. Aunque parezca mentira, el Gobierno prusiano tomó esas necias invenciones por una verdad evangélica, y ya pueden imaginarse ustedes la confusión que introdujeron testimonios de ese género presentados al tribunal de jurados. Cuando

* *Chevaliers d'industrie*: aventureros, bribones. (*N. de la Edit.*)

** Julian Cherval. (*N. de la Edit.*)

*** Agregado. (*N. de la Edit.*)

comenzó el proceso judicial, el antemencionado agente de policía, señor Stieber, ocupó el lugar de los testigos y declaró bajo juramento todos esos absurdos, afirmando, con no poca autosuficiencia, que uno de sus agentes secretos estaba en íntima relación con esos individuos de Londres que eran tenidos por los promotores de la horrorosa conspiración. Este agente secreto era, en efecto, muy secreto, pues se ocultó durante ocho meses en Kensigton por temor de ver a alguno de los individuos cuyos pensamientos, palabras y hechos más ocultos él pretendía revelar semana tras semana.

Sin embargo, los señores Hirsch y Fleury tenían en reserva una invención más. Todas las informaciones que ellos habían hecho estaban reunidas en el «original libro de actas» de las reuniones del comité secreto supremo, en cuya existencia insistía la policía prusiana; y el señor Stieber descubrió que este libro concordaba maravillosamente con las informaciones ya recibidas de algunos individuos y lo puso en el acto delante del jurado, declarando bajo juramento que, tras un serio examen, había llegado a la convicción de que el libro era auténtico. Fue entonces cuando la mayoría de los absurdos depuestos por Hirsch se hizo patente. Podrán imaginarse la sorpresa de los pretendidos miembros de ese comité secreto cuando hallaron allí declaraciones suyas que ellos jamás habían hecho. Uno, cuyo nombre de bautismo era Guillermo, denominábase en el libro Luis o Carlos; otros, que se encontraban entonces en el extremo opuesto de Inglaterra, eran presentados como oradores pronunciando discursos en Londres; de otros se informaba que habían leído cartas que jamás habían recibido; se decía que se reunían regularmente los jueves, en tanto que tenían por costumbre verse amigablemente los miércoles; un obrero, que apenas si sabía escribir, figuraba como uno de los secretarios de actas y firmaba como tal; y pusieron en boca de ellos expresiones de un lenguaje que sólo puede oírse en una comisaría de policía prusiana, y no en una reunión constituida en su mayoría de literatos bien conocidos en su país. Y, para colmo, se amañó un recibo por la suma de dinero que los falseadores de las actas pagaron supuestamente al presunto secretario del imaginario comité central. Pero la existencia de este presunto secretario se basaba exclusivamente en el engaño de que había sido objeto el infeliz Hirsch por un malicioso comunista.

Esta burda falsificación era un asunto demasiado escandaloso para no producir el efecto contrario al que se intentaba. Aunque los amigos londinenses de los acusados carecían de toda posibilidad de poner en conocimiento de los jurados los detalles del caso; aunque las cartas que ellos remitían a la defensa eran destruidas en correos; aunque los documentos y los testimonios hechos bajo

juramento y por escrito que, pese a todo, se logró hacer llegar a manos de esos magistrados, no fueron admitidos como testimonios judiciales, la indignación general fue tal que incluso los fiscales públicos, y aun el propio señor Stieber, que había dado juramento de la autenticidad del libro de actas, se vieron obligados a confesar su falsificación.

No obstante, esta falsificación no fue el único acto de este género cuya culpa recaía en la policía. Se vieron otros dos o tres casos de la misma índole durante el proceso. Los documentos sustraídos por Reuter fueron interpolados por la policía con objeto de desfigurar su sentido. Uno de ellos, lleno de inverosímiles necedades, estaba escrito con letra que imitaba a la del doctor Marx; se creyó por cierto tiempo que lo había escrito él hasta que, al fin, los acusadores se vieron obligados a reconocer que era falso. Mas, por cada infamia de la policía probada como tal, había otras cinco o seis que, por el momento, no podían demostrarse, ya que la defensa operaba en medio de la sorpresa, las pruebas se debían traer de Londres, y toda la correspondencia de los defensores con los comunistas emigrados en aquella capital ¡era tenida en el proceso por complicidad en el presunto complot!

Que Greif y Fleury son realmente tales y como han sido mostrados anteriormente es cosa confirmada por el propio señor Stieber en su testimonio. En cuanto a Hirsch, ha confesado ante un magistrado londinense la falsificación del «Libro de Actas» por orden y con la asistencia de Fleury y luego ha abandonado Inglaterra para evitar la persecución criminal.

El gobierno se vio en una situación muy delicada por las vergonzosas denuncias hechas durante el proceso. La composición del jurado era en este proceso como no se había conocido nunca en la provincia del Rin: seis nobles, reaccionarios hasta la médula, cuatro magnates del dinero y dos funcionarios de la Administración pública. No eran las personas más indicadas para examinar atentamente la caótica masa de pruebas que les fueron amontonando durante seis semanas, al tiempo que les gritaban continuamente al oído que los acusados eran los cabecillas de una espantosa conspiración comunista que perseguía el fin de derrocar todo lo sagrado: ¡la propiedad, la familia, la religión, el orden, el gobierno y la ley! Sin embargo, si el gobierno en ese tiempo no hubiese dado a entender a las clases privilegiadas que la absolución en ese proceso daría la señal para suprimir el tribunal de jurados y sería tenida por una manifestación política pública, por una prueba de que la oposición liberal burguesa estaba lista para unirse hasta con los revolucionarios más extremos, el veredicto habría sido, pese a todo, absolutorio. Mas, como quiera que sea, la aplicación retroactiva del nuevo código prusiano permitió al

gobierno condenar a siete de los acusados y dar la absolución sólo a cuatro. Las sentencias fueron de tres a seis años de encarcelamiento, de lo que ustedes sin duda se enterarían ya en su tiempo, cuando les llegó la noticia.

Escrito por Engels el 29 de noviembre de 1852.
Publicado en *The New-York Daily Tribune*, del 22 de diciembre de 1852, № 3.645.
Firmado: *Carlos Marx*

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del inglés.

C. MARX

EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE [209]

PROLOGO DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICION DE 1869

Mi malogrado amigo *José Weydemeyer**, proponíase editar en Nueva York, a partir del 1 de enero de 1852, un semanario político. Me invitó a mandarle para dicho semanario la historia del coup d'état**. Le escribí, pues, un artículo cada semana, hasta mediados de febrero, bajo el título de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.* Entre tanto, el plan primitivo de Weydemeyer fracasó. En cambio, comenzó a publicar en la primavera de 1852 una revista mensual titulada *Die Revolution*, cuyo primer cuaderno estaba formado por mi *Dieciocho Brumario.* Algunos cientos de ejemplares de este cuaderno salieron camino de Alemania, pero sin llegar a entrar en el comercio de libros propiamente dicho. Un librero alemán que se las daba de tremendamente radical, a quien le propuse encargarse de la venta, rechazó con verdadera indignación moral tan «inoportuna pretensión».

Como se ve por estos datos, la presente obra nació bajo el impulso inmediato de los acontecimientos, y sus materiales históricos no pasan del mes de febrero de 1852. La actual reedición se debe, en parte, a la demanda de la obra en el mercado librero, y, en parte, a instancias de mis amigos de Alemania.

---

* Comandante militar del distrito de Saint Louis durante la guerra civil en Norteamérica. (*Nota de Marx.*)

** Golpe de Estado. (*N. de la Edit.*)

Entre las obras que trataban *en la misma época* del mismo tema, sólo dos son dignas de mención: *Napoléon le Petit*, de *Víctor Hugo* y *Coup d'Etat*, de *Proudhon*.

Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto el acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empequeñecerlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. Por su parte, Proudhon intenta presentar el golpe de Estado como resultado de un desarrollo histórico anterior. Pero, entre las manos, la construcción histórica del golpe de Estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado. Cae con ello en el defecto de nuestros pretendidos historiadores *objetivos*. Yo, por el contrario, demuestro cómo *la lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.

Una reelaboración de la presente obra la habría privado de su matiz peculiar. Por eso, me he limitado simplemente a corregir las erratas de imprenta y a tachar las alusiones que hoy ya no se entenderían.

La frase final de mi obra: «Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de Bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme»[210], es ya una realidad*.

El coronel Charras abrió el fuego contra el culto napoleónico en su obra sobre la campaña de 1815. Desde entonces, y sobre todo en estos últimos años, la literatura francesa, con las armas de la investigación histórica, de la crítica, de la sátira y del sainete, ha dado el golpe de gracia a la leyenda napoleónica. Fuera de Francia, se ha apreciado poco y se ha comprendido aún menos esta violenta ruptura con la fe tradicional del pueblo, esta formidable revolución espiritual.

Finalmente, confío en que mi obra contribuirá a eliminar ese tópico del llamado *cesarismo*, tan corriente, sobre todo actualmente, en Alemania. En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores. Se olvida la importante sentencia de *Sismon-*

* **Véase el presente tomo, pág. 498 (*N. de la Edit.*)**

di: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado[211]. La diferencia de las condiciones materiales, económicas, de la lucha de clases antigua y moderna es tan radical, que sus criaturas políticas respectivas no pueden tener más semejanza las unas con las otras que el arzobispo de Canterbury y el pontífice Samuel.

Carlos Marx

Londres, 23 de junio de 1869.

Publicado en la segunda edición de la obra de C. Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, publicada en Hamburgo en julio de 1869.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1869. Traducido del alemán.

PROLOGO DE F. ENGELS A LA TERCERA EDICION ALEMANA DE 1885

El que se haya hecho necesaria una nueva edición del *Dieciocho Brumario*, treinta y tres años después de publicada la primera, demuestra que esta obra no ha perdido nada de su valor.

Y fue, en realidad, un trabajo genial. Inmediatamente después del acontecimiento que sorprendió a todo el mundo político como un rayo caído de un cielo sereno, condenado por unos con gritos de indignación moral y aceptado por otros como tabla salvadora contra la revolución y como castigo por sus extravíos, pero contemplado por todos con asombro y por nadie comprendido, inmediatamente después de este acontecimiento, se alzó Marx con una exposición breve, epigramática, en que se explicaba en su concatenación interna toda la marcha de la historia de Francia desde las jornadas de febrero, se reducía el milagro del 2 de diciembre[212] a un resultado natural y necesario de esta concatenación, y no se necesitaba siquiera tratar al héroe del golpe de Estado más que con el desprecio que se tenía tan bien merecido. Y tan de mano maestra estaba trazado el cuadro, que cada nueva revelación hecha pública desde entonces no ha hecho más que suministrar nuevas pruebas de lo fielmente que estaba reflejada allí la realidad. Esta manera eminente de comprender la historia viva del momento, esta penetración profunda en los acontecimientos, al mismo tiempo que se producen, es, en realidad, algo que no tiene igual.

Mas para ello había que poseer también el conocimiento tan exacto que Marx poseía de la historia de Francia. Francia es el

país en el que las luchas históricas de clase se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas sucesivas dentro de las que se han movido estas luchas de clase y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, adquieren también los contornos más acusados. Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria estamental desde el Renacimiento[213], Francia pulverizó al feudalismo en la gran revolución e instauró la dominación pura de la burguesía bajo una forma clásica como ningún otro país de Europa. También la lucha del proletariado cada vez más vigoroso contra la burguesía dominante reviste aquí una forma aguda, desconocida en otras partes. He aquí por qué Marx no sólo estudiaba con especial predilección la historia pasada de Francia, sino que seguía también en todos sus detalles la historia contemporánea, reuniendo los materiales para emplearlos ulteriormente, razón por la cual jamás se veía sorprendido por los acontecimientos.

Pero a esto vino a añadirse otra circunstancia. Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por tanto también los choques de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio, condicionado por ésta. Dicha ley, que tiene para la historia la misma importancia que la ley de la transformación de la energía para las Ciencias Naturales, fue también la que le dio aquí la clave para comprender la historia de la Segunda República francesa[214]. Esta historia le sirvió de piedra de toque para contrastar su ley, e incluso hoy, a la vuelta de treinta y tres años, tenemos que reconocer que la prueba arroja un resultado brillante.

F. E.

Escrito en 1885.

Publicado en el libro: *Karl Marx. «Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte»*, Hamburg, 1885.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.

Traducido del alemán.

EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE[209]

I

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Dantón, Luis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795[215], el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del 18 Brumario![216]

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789—1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de

1793 a 1795. Es como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo: lo traduce siempre a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lengua natal.

Si examinamos esas conjuraciones de los muertos en la historia universal, observaremos en seguida una diferencia que salta a la vista. Camilo Desmoulins, Dantón, Robespierre, Saint-Just, Nopoleón, los héroes, lo mismo que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas e instaurar la sociedad *burguesa* moderna. Los unos hicieron añicos las instituciones feudales y segaron las cabezas feudales que habían brotado en él. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre concurrencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse las fuerzas productivas industriales de la nación, que habían sido liberadas; y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos. Una vez instaurada la nueva formación social, desaparecieron los colosos antediluvianos, y con ellos el romanismo resucitado: los Brutos, los Gracos, los Publícolas, los tribunos, los senadores y hasta el mismo César. Con su sobrio practicismo, la sociedad burguesa se había creado sus verdaderos intérpretes y portavoces en los Say, los Cousin, los Royer-Collard, los Benjamín Constant y los Guizot; sus verdaderos caudillos estaban en las oficinas comerciales, y la cabeza atocinada de Luis XVIII era su cabeza política. Completamente absorbida por la producción de la riqueza y por la lucha pacífica de la concurrencia, ya no se daba cuenta de que los espectros del tiempo de los romanos habían velado su cuna. Pero, por muy poco heroica que la sociedad burguesa sea, para traerla al mundo habían sido necesarios, sin embargo, el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República Romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Así, en otra fase de desarrollo, un siglo antes, Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc.

En esas revoluciones, la resurrección de los muertos servía, pues, para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro.

En 1848—1851, no hizo más que dar vueltas el espectro de la antigua revolución, desde Marrast, *le républicain en gants jaunes**, que se disfrazó de viejo Bailly, hasta el aventurero que esconde sus vulgares y repugnantes rasgos bajo la férrea mascarilla de muerte de Napoleón. Todo un pueblo que creía haberse dado un impulso acelerado por medio de una revolución, se encuentra de pronto retrotraído a una época fenecida, y para que no pueda haber engaño sobre la recaída, hacen aparecer las viejas fechas, el viejo calendario, los viejos nombres, los viejos edictos (entregados ya, desde hace largo tiempo, a la erudición de los anticuarios) y los viejos esbirros, que parecían haberse podrido desde hace mucho tiempo. La nación se parece a aquel inglés loco de Bedlam[217] que creía vivir en tiempo de los viejos faraones y se lamentaba diariamente de las duras faenas que tenía que ejecutar como cavador de oro en las minas de Etiopía, emparedado en aquella cárcel subterránea, con una lámpara de luz mortecina sujeta en la cabeza, detrás el guardián de los esclavos con su largo látigo y en las salidas una turbamulta de mercenarios bárbaros, incapaces de comprender a los forzados ni de entenderse entre sí porque no hablaban el mismo idioma. «¡Y todo esto —suspira el loco— me lo han impuesto a mí, a un ciudadano inglés libre, para sacar oro para los antiguos faraones!» «¡Para pagar las deudas de la familia Bonaparte!», suspira la nación francesa. El inglés, mientras estaba en uso de su razón, no podía sobreponerse a la idea fija de obtener oro. Los franceses, mientras estaban en revolución, no podían sobreponerse al recuerdo napoleónico, como demostraron las elecciones del 10 de diciembre[218]. Ante los peligros de la revolución se sintieron atraídos por el recuerdo de las ollas de Egipto[219], y la respuesta fue el 2 de diciembre de 1851[212]. No sólo obtuvieron la caricatura del viejo Napoleón, sino al propio viejo Napoleón en caricatura, tal como necesariamente tiene que aparecer a mediados del siglo XIX.

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de

* El republicano de guantes amarillos. (*N. de la Edit.*)

su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

La revolución de febrero cogió desprevenida, *sorprendió* a la vieja sociedad, y el pueblo proclamó este *golpe de mano* inesperado como una hazaña de la historia universal con la que se abría la nueva época. El 2 de diciembre, la revolución de febrero es escamoteada por la voltereta de un jugador tramposo, y lo que parece derribado no es ya la monarquía, sino las concesiones liberales que le habían sido arrancadas por seculares luchas. Lejos de ser la *sociedad* misma la que se conquista un nuevo contenido, parece como si simplemente el *Estado* volviese a su forma más antigua, a la dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana. Así contesta al *coup de main** de febrero de 1848 el *coup de tête*** de diciembre de 1851. Por donde se vino, se fue. Sin embargo, el intervalo no ha pasado en vano. Durante los años de 1848 a 1851, la sociedad francesa asimiló, y lo hizo mediante un método abreviado, por ser revolucionario, las enseñanzas y las experiencias que en un desarrollo normal, lección tras lección, por decirlo así, habrían debido preceder a la revolución de febrero, para que ésta hubiese sido algo más que un estremecimiento en la superficie. Hoy, la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario, la situación, las relaciones, las condiciones, sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna.

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constante-

* Golpe de mano, una acción decidida. (*N. de la Edit.*)
** Un acto arriesgado, arrogante. (*N. de la Edit.*)

mente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!
¡Aquí está la rosa, baila aquí! [220]

Por lo demás, cualquier observador mediano, aunque no hubiese seguido paso a paso la marcha de los acontecimientos en Francia, tenía que presentir que esperaba a la revolución una inaudita vergüenza. Bastaba con escuchar los engreídos ladridos de triunfo con que los señores demócratas se felicitaban mutuamente por los efectos milagrosos que esperaban del segundo domingo de mayo de 1852[221]. El segundo domingo de mayo de 1852 habíase convertido en sus cabezas en una idea fija, en un dogma, como en las cabezas de los quiliastas[222] el día en que había de reaparecer Cristo y comenzar el reino milenario. La debilidad había ido a refugiarse, como siempre, en la fe en el milagro: creía vencer al enemigo con sólo descartarlo mágicamente con la fantasía, y perdía toda la comprensión del presente ante la glorificación pasiva del futuro que le esperaba y de las hazañas que guardaba *in petto**, pero que aún no consideraba oportuno revelar. Esos héroes que se esforzaban en refutar su probada incapacidad prestándose mutua compasión y reuniéndose en un tropel, habían atado su hatillo, se embolsaron sus coronas de laurel a crédito y se disponían precisamente a descontar en el mercado de letras de cambio sus repúblicas *in partibus*[92] para las que, en el secreto de su ánimo poco exigente, tenían ya previsoramente preparado el personal de gobierno. El 2 de diciembre cayó sobre ellos como un rayo en cielo sereno, y los pueblos, que en épocas de malhumor pusilánime gustan de dejar que los voceadores más chillones ahoguen su miedo interior, se habrán convencido quizás de que han pasado ya los tiempos en que el graznido de los gansos podía salvar al Capitolio[223].

La Constitución, la Asamblea Nacional, los partidos dinásticos, los republicanos azules y los rojos, los héroes de Africa[224], el trueno de la tribuna, el relampagueo de la prensa diaria, toda la literatura, los nombres políticos y los renombres intelectuales, la ley civil y el derecho penal, la *liberté*, *égalité*, *fraternité* y el segundo domingo de mayo de 1852; todo ha desaparecido como una fantasmagoría al conjuro de un hombre al que ni sus mismos enemigos reconocen como brujo. El sufragio universal sólo pareció sobrevivir un instante para hacer su testamento de puño y letra

---

* En el pecho. (*N. de la Edit.*)

a los ojos del mundo entero y poder declarar, en nombre del propio pueblo: «Todo lo que existe merece perecer»*.

No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue sorprendida. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36 millones de almas.

Recapitulemos, en sus rasgos generales, las fases recorridas por la revolución francesa desde el 24 de febrero de 1848 hasta el mes de diciembre de 1851.

Hay tres períodos capitales que son inconfundibles: *el período de febrero*; del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, *período de constitución de la república o de la Asamblea Nacional Constituyente*; del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, *período de la república constitucional o de la Asamblea Nacional Legislativa*.

El *primer período*, desde el 24 de febrero, es decir, desde la caída de Luis Felipe, hasta el 4 de mayo de 1848, fecha en que se reúne la Asamblea Constituyente, el *período de febrero*, propiamente dicho, puede calificarse como el *prólogo* de la revolución. Su carácter se revelaba oficialmente en el hecho de que el Gobierno por él improvisado se declarase a sí mismo *provisional*, y, como el Gobierno, todo lo que este período sugirió, intentó o proclamó, se presentaba también como algo puramente *provisional*. Nada ni nadie se atrevía a reclamar para sí el derecho a existir y a obrar de un modo real. Todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático-republicana y los obreros socialdemócratas encontraron su puesto provisional en el *Gobierno* de Febrero.

No podía ser de otro modo. Las jornadas de febrero proponíanse primitivamente como objetivo una reforma electoral, que había de ensanchar el círculo de los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera. Pero cuando estalló el conflicto real y verdadero, el pueblo subió a las barricadas, la Guardia Nacional[98] se mantuvo en actitud pasiva, el ejército no opuso una resistencia seria y la monarquía huyó, la república pareció la evidencia por sí misma. Cada partido la interpretaba a su manera. Arrancada por el proletariado con las armas en la mano, éste le imprimió su

* Goethe. *Fausto*, parte I, esencia III (*Despacho de Fausto*). (*N. de la Edit.*)

sello y la proclamó *república social*. Con esto se indicaba el contenido general de la moderna revolución, el cual se hallaba en la contradicción más peregrina con todo lo que por el momento podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible, el grado de desarrollo alcanzado por la masa y bajo las circunstancias y relaciones dadas. De otra parte, las pretensiones de todos los demás elementos que habían cooperado a la revolución de febrero fueron reconocidas en la parte leonina que obtuvieron en el Gobierno. Por eso, en ningún período nos encontramos con una mezcla más abigarrada de frases altisonantes e inseguridad y desamparo efectivos, de aspiraciones más entusiastas de innovación y de imperio más firme de la vieja rutina, de más aparente armonía de toda la sociedad y más profunda discordancia entre sus elementos. Mientras el proletariado de París se deleitaba todavía en la visión de la gran perspectiva que se había abierto ante él y se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales, las viejas fuerzas de la sociedad se habían agrupado, reunido, vuelto en sí y encontrado un apoyo inesperado en la masa de la nación, en los campesinos y los pequeños burgueses, que se precipitaron todos de golpe a la escena política, después de caer las barreras de la monarquía de Julio[110].

El *segundo período*, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el período de la *constitución, de la fundación de la república burguesa*. Inmediatamente después de las jornadas de febrero no sólo se vio sorprendida la oposición dinástica por los republicanos, y éstos por los socialistas, sino toda Francia por París. La Asamblea Nacional, que se reunió el 4 de mayo de 1848, salida de las elecciones nacionales, representaba a la nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al rasero burgués los resultados de la revolución. En vano el proletariado de París, que comprendió inmediatamente el carácter de esta Asamblea Nacional, intentó el 15 de mayo[121], pocos días después de reunirse ésta, descartar por la fuerza su existencia, disolverla, descomponer de nuevo en sus distintas partes integrantes la forma orgánica con que le amenazaba el espíritu reaccionante de la nación. Como es sabido, el único resultado del 15 de mayo fue alejar de la escena pública durante todo el ciclo que examinamos a Blanqui y sus camaradas, es decir, a los verdaderos jefes del partido proletario.

A *la monarquía burguesa* de Luis Felipe sólo puede suceder *la república burguesa*; es decir, que si en nombre del rey, había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son paparruchas utópicas, con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declara-

ción de la Asamblea Nacional Constituyente con *la insurrección de junio*[43], el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil *, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo. Más de 3.000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al *fondo* de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir nuevos bríos, intenta una vez y otra pasar nuevamente a primer plano, pero con un gasto cada vez más débil de fuerzas y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza a ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren unos tras otros los diversos partidos. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más cuanto más se reparten por toda la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la Asamblea Nacional y en la prensa van cayendo unos tras otros, víctimas de los tribunales, y se ponen al frente de él figuras cada vez más equívocas. En parte, se entrega a *experimentos doctrinarios, Bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, forzosamente fracasa.* Parece que no puede descubrir nuevamente en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que se ha creado, mientras *todas las clases* con las que ha luchado en junio no estén tendidas a todo lo largo a su lado mismo. Pero, por lo menos, sucumbe con los honores de una gran lucha de alcance histórico-universal; no sólo Francia, sino toda Europa tiembla ante el terremoto de junio, mientras que las sucesivas derrotas de las clases más altas se consiguen a tan poca costa, que sólo la insolente exageración del partido vencedor puede hacerlas pasar por acontecimientos, y son tanto más ignominiosas cuanto más lejos queda del proletariado el partido que sucumbe.

Ciertamente, la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero, al mismo tiempo, había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de

---

* Véase el presente tomo, pág. 224 (*N de la Edit.*)

«república o monarquía». Había revelado que aquí *república burguesa* equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras. Había demostrado que en países de vieja civilización, con una formación de clase desarrollada, con condiciones modernas de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, *la república no significa en general más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa* y no *su forma conservadora de vida*, como, por ejemplo, en los Estados Unidos de América, donde si bien existen ya clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo; donde los medios modernos de producción, en vez de coincidir con una superpoblación crónica, suplen más bien la escasez relativa de cabezas y brazos, y donde, por último, el movimiento febrilmente juvenil de la producción material, que tiene un mundo nuevo que apropiarse, no ha dejado tiempo ni ocasión para eliminar el viejo mundo fantasmal.

Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un *partido del orden* frente a la clase proletaria, como *partido de la anarquía*, del socialismo, del comunismo. Habían «salvado» a la sociedad de «*los enemigos de la sociedad*». Habían dado a su ejército como santo y seña los tópicos de la vieja sociedad: «*Propiedad, familia, religión y orden*», y gritado a la cruzada contrarrevolucionaria: «¡Bajo este signo, vencerás!»[225]. Desde este instante, tan pronto como uno cualquiera de los numerosos partidos que se habían agrupado bajo aquel signo contra los insurrectos de junio, intenta situarse en el palenque revolucionario en su propio interés de clase, sucumbe familia, religión y orden!» La sociedad es salvada cuantas veces al grito de «¡Propiedad, familia, religión y orden!» La sociedad es salvada cuantas veces se va restringiendo el círculo de sus dominadores y un interés más exclusivo se impone al más amplio. Toda reivindicación, aun de la más elemental reforma financiera burguesa, del liberalismo más vulgar, del más formal republicanismo, de la más trivial democracia, es castigada en el acto como un «atentado contra la sociedad» y estigmatizada como «socialismo». Hasta que, por último, los pontífices de «la religión y el orden» se ven arrojados ellos mismos a puntapiés de sus sillas píticas[226], sacados de la cama en medio de la noche y de la niebla, empaquetados en coches celulares, metidos en la cárcel o enviados al destierro; de su templo no queda piedra sobre piedra, sus bocas son selladas, sus plumas rotas, su ley desgarrada, en nombre de la religión, de la propiedad, de la familia y del orden. Burgueses fanáticos del orden son tiroteados en sus balcones por la soldadesca embriagada, la santidad del hogar es pro-

fanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo, en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden. La hez de la sociedad burguesa forma por fin la *sagrada falange del orden*, y el héroe Krapülinski* se instala en las Tullerías como *«salvador de la sociedad»*.

II

Reanudemos el hilo de los acontecimientos.

La historia de la *Asamblea Nacional Constituyente* desde las jornadas de junio es la *historia de la dominación y de la disgregación de la fracción burguesa republicana*, de aquella fracción que se conoce por los nombres de republicanos tricolores, republicanos puros, republicanos políticos, republicanos formalistas, etc.

Bajo la monarquía burguesa de Luis Felipe, esta fracción había formado la *oposición* republicana *oficial* y era, por tanto, parte integrante reconocida del mundo político de la época. Tenía sus representantes en las Cámaras y un considerable campo de acción en la prensa. Su órgano parisino, el *National*[113] era considerado, a su modo, un órgano tan respetable como el *Journal des Débats*[123]; a esta posición que ocupaba bajo la monarquía constitucional correspondía su carácter. No se trata de una fracción de la burguesía mantenida en cohesión por grandes intereses comunes y deslindada por condiciones peculiares de producción, sino de una pandilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y funcionarios de ideas republicanas, cuya influencia descansaba en las antipatías personales del país contra Luis Felipe, en los recuerdos de la antigua república, en la fe republicana de un cierto número de soñadores, y sobre todo en el *nacionalismo francés*, cuyo odio contra los Tratados de Viena[227] y contra la alianza con Inglaterra atizaba constantemente esta fracción. Una gran parte de los partidarios que tenía el *National* bajo Luis Felipe los debía a este imperialismo recatado, que más tarde, bajo la república, pudo enfrentarse, por tanto, con él, como un competidor aplastante, en la persona de Luis Bonaparte. Combatía a la aristocracia financiera, como lo hacía todo el resto de la oposición burguesa. La polémica contra el presupuesto, que en Francia se hallaba directamente relacionada con la lucha contra la aristocracia financiera, brindaba una popularidad demasiado barata y proporcionaba a los *leading articles*** puritanos materia demasiado abundante, para que no se la explotase. La burguesía industrial le estaba agradecida por su defensa servil del sistema proteccionista francés, que él, sin embargo,

* Luis Bonaparte. (*N. de la Edit.*)
** Editoriales. (*N. de la Edit.*)

acogía por razones más bien nacionales que nacional-económicas; la burguesía, en conjunto, le estaba agradecida por sus odiosas denuncias contra el comunismo y el socialismo. Por lo demás, el partido del *National* era *puramente republicano*, exigía que el dominio de la burguesía adoptase formas republicanas en vez de monárquicas, y exigía sobre todo su parte de león en este dominio. Respecto a las condiciones de esta transformación, no veía absolutamente nada claro. Lo que, en cambio, veía claro como la luz del sol y lo que se declaraba públicamente en los banquetes de la reforma en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, era su impopularidad entre los pequeños burgueses demócratas y sobre todo entre el proletariado revolucionario. Estos republicanos puros —los republicanos puros son así— estaban completamente dispuestos a contentarse por el momento con una regencia de la Duquesa de Orleáns, cuando estalló la revolución de febrero y asignó a sus representantes más conocidos un puesto en el Gobierno provisional. Poseían, de antemano, naturalmente, la confianza de la burguesía y la mayoría dentro de la Asamblea Nacional Constituyente. De la Comisión ejecutiva que se formó en la Asamblea Nacional al reunirse ésta, fueron inmediatamente excluidos los elementos *socialistas* del Gobierno provisional, y el partido del *National* se aprovechó del estallido de la insurrección de junio para dar el pasaporte a la *Comisión ejecutiva*, y desembarazarse así de sus rivales más afines, los *republicanos pequeñoburgueses o republicanos demócratas* (Ledru-Rollin, etc.). Cavaignac, el general del partido republicano burgués, que había dirigido la batalla de junio, sustituyó a la Comisión ejecutiva con una especie de poder dictatorial. Marrast, antiguo redactor jefe del *National*, se convirtió en el presidente perpetuo de la Asamblea Nacional Constituyente, y los ministerios y todos los demás puestos importantes cayeron en manos de los republicanos puros.

La fracción burguesa republicana, que había venido considerándose desde hacía mucho tiempo como la legítima heredera de la monarquía de Julio vio así superadas sus esperanzas más audaces, pero no llegó al poder como soñara bajo Luis Felipe, por una revuelta liberal de la burguesía contra el trono, sino por una insurrección, sofocada a cañonazos, del proletariado contra el capital. Lo que ella se había imaginado como el acontecimiento *más revolucionario* resultó ser, en realidad, el *más contrarrevolucionario*. Le cayó el fruto en el regazo, pero no cayó del árbol de la vida, sino del árbol del conocimiento.

La exclusiva *dominación de los republicanos burgueses* sólo duró desde el 24 de junio hasta el 10 de diciembre de 1848. Esta etapa se resume en *la redacción de una Constitución republicana*, y en *la proclamación del estado de sitio en París*.

La nueva *Constitución* no era, en el fondo, más que una reedición republicanizada de la Carta Constitucional, de 1830[228]. El censo electoral restringido de la monarquía de Julio, que excluía de la dominación política incluso a una gran parte de la burguesía, era incompatible con la existencia de la república burguesa. La revolución de febrero había proclamado inmediatamente el sufragio universal y directo para remplazar el censo restringido. Los republicanos burgueses no podían deshacer este hecho. Tuvieron que contentarse con añadir la condición restrictiva de un domicilio mantenido durante seis meses en el punto electoral. La antigua organización administrativa, municipal, judicial, militar, etc. se mantuvo intacta, y allí donde la Constitución la modificó, estas modificaciones afectaban al índice y no al contenido; al nombre, no a la cosa.

El inevitable Estado Mayor de las libertades de 1848, la libertad personal, de prensa, de palabra, de asociación, de reunión, de enseñanza, de culto, etc., recibió un uniforme constitucional, que hacía a éstas invulnerables. En efecto, cada una de estas libertades es proclamada como el derecho *absoluto* del ciudadano francés, pero con un comentario adicional de que estas libertades son ilimitadas en tanto en cuanto no son limitadas por los «*derechos iguales de otros* y por la *seguridad pública*», o bien por «leyes» llamadas a armonizar estas libertades individuales entre sí y con la seguridad pública. Así, por ejemplo: «Los ciudadanos tienen derecho a asociarse, a reunirse pacíficamente y sin armas, a formular peticiones y a expresar sus opiniones por medio de la prensa o de otro modo. *El disfrute de estos derechos no tiene más límite que los derechos iguales de otros y la seguridad pública*» (cap. II de la Constitución francesa, art. 8). «La enseñanza es libre. La libertad de enseñanza *se ejercerá* según las condiciones que determina la ley y bajo el control supremo del Estado» (lugar cit., art. 9). «El domicilio de todo ciudadano es inviolable, *salvo* en las condiciones previstas por la ley» (cap. II, art. 3). Etc., etc. Por tanto, la Constitución se remite constantemente a futuras leyes *orgánicas*, que han de precisar y poner en práctica aquellas reservas y regular el disfrute de estas libertades ilimitadas, de modo que no choquen entre sí, ni con la seguridad pública. Y estas leyes orgánicas fueron promulgadas más tarde por los amigos del orden, y todas esas libertades reguladas de modo que la burguesía no chocase en su disfrute con los derechos iguales de las otras clases. Allí donde veda completamente «a los otros» estas libertades, o consiente su disfrute bajo condiciones que son otras tantas celadas policíacas, lo hace siempre, pura y exclusivamente, en interés de la «*seguridad pública*», es decir, de la seguridad de la burguesía, tal y como lo ordena la Constitución. En lo sucesivo, ambas partes

invocan, por tanto, con pleno derecho, la Constitución: los amigos del orden al anular todas esas libertades, y los demócratas, al reivindicarlas todas. Cada artículo de la Constitución contiene, en efecto, su propia antítesis, su propia cámara alta y su propia cámara baja. En la frase general, la libertad; en el comentario adicional, la anulación de la libertad. Por tanto, mientras se respetase *el nombre* de la libertad y sólo se impidiese su aplicación real y efectiva—por la vía legal se entiende—, la existencia constitucional de la libertad permanecía íntegra, intacta, por mucho que se asesinase su existencia *común y corriente.*

Sin embargo, esta Constitución, convertida en inviolable de un modo tan sutil, era, como Aquiles, vulnerable en un punto; no en el talón, sino en la cabeza, o mejor dicho en las dos cabezas en que culminaba: *la Asamblea Legislativa*, de una parte, y, de otra, *el presidente.* Si se repasa la Constitución, se verá que los únicos artículos absolutos, positivos, indiscutibles y sin tergiversación posible, son los que determinan las relaciones entre el presidente y la Asamblea Legislativa. En efecto, aquí se trataba, para los republicanos burgueses, de asegurar su propia posición. Los artículos 45—70 de la Contitución están redactados de tal forma, que la Asamblea Nacional puede eliminar al presidente de un modo constitucional, mientras que el presidente sólo puede eliminar a la Asamblea Nacional inconstitucionalmente, desechando la Constitución misma. Aquí, ella misma provoca, pues, su violenta supresión. No sólo consagra la división de poderes, como la Carta Constitucional de 1830, sino que la extiende hasta una contradicción insostenible. *El juego de los poderes constitucionales*, como Guizot llamaba a las camorras parlamentarias entre el poder legislativo y el ejecutivo, juega en la Constitución de 1848 constantemente *va banque*. De un lado, 750 representantes del pueblo, elegidos por sufragio universal y reelegibles, que forman una Asamblea Nacional no fiscalizable, indisoluble e indivisible, una Asamblea Nacional que goza de omnipotencia legislativa, que decide en última instancia acerca de la guerra, de la paz y de los tratados comerciales, la única que tiene el derecho de amnistía y que con su permanencia ocupa constantemente el primer plano de la escena. De otro lado, el presidente, con todos los atributos del poder regio, con facultades para nombrar y separar a sus ministros, independientemente de la Asamblea Nacional, con todos los medios del poder ejecutivo en sus manos, siendo el que distribuye todos los puestos y el que, por tanto, decide en Francia la suerte de más de millón y medio de existencias, que dependen de los 500.000 funcionarios y oficiales de todos los grados. Tiene bajo su mando todo el poder armado. Goza del privilegio de indultar a delincuentes individuales, de dejar en suspenso a los

guardias nacionales, de destituir, de acuerdo con el Consejo de Estado, los consejos generales y cantonales y los ayuntamientos elegidos por los mismos ciudadanos. La iniciativa y la dirección de todos los tratados con el extranjero son facultades reservadas a él. Mientras que la Asamblea Nacional actúa constantemente sobre las tablas, expuesta a la luz del día y a la crítica pública, el presidente lleva una vida oculta en los Campos Elíseos y, además, teniendo siempre clavado en los ojos y en el corazón el artículo 45 de la Constitución, que le grita un día tras otro «*frère, il faut mourir!*»* ¡Tu poder acaba el segundo domingo del hermoso mes de mayo del cuarto año de tu elección! ¡Y entonces, todo este esplendor se ha acabado y la función no puede repetirse, y si tienes deudas mira a tiempo cómo te las arreglas para saldarlas con los 600.000 francos que te asigna la Constitución, si es que acaso no prefieres dar con tus huesos en Clichy[229] al segundo lunes del hermoso mes de mayo! A la par que asigna al presidente el poder efectivo, la Constitución procura asegurar a la Asamblea Nacional el poder moral. Aparte de que es imposible atribuir un poder moral mediante los artículos de una ley, la Constitución aquí vuelve a anularse a sí misma, al disponer que el presidente será elegido por todos los franceses mediante sufragio universal y directo. Mientras que los votos de Francia se dispersan entre los 750 diputados de la Asamblea Nacional, aquí se concentran, por el contrario, en *un solo* individuo. Mientras que cada uno de los representantes del pueblo sólo representa a este o a aquel partido, a esta o aquella ciudad, a esta o aquella cabeza de puente o incluso a la mera necesidad de elegir a uno cualquiera que haga el número de los 750, sin parar mientes minuciosamente en la cosa ni en el hombre, *él* es el elegido de la nación, y el acto de su elección es el gran triunfo que se juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. La Asamblea Nacional elegida está en una relación metafísica con la nación, mientras que el presidente elegido está en una relación personal. La Asamblea Nacional representa sin duda, en sus distintos diputados, las múltiples facetas del espíritu nacional, pero en el presidente se encarna este espíritu. El presidente posee frente a ella una especie de derecho divino, es presidente por la Gracia del Pueblo.

Tetis, la diosa del mar, había profetizado a Aquiles que moriría en la flor de la juventud. La Constitución, que tiene su punto vulnerable, como Aquiles, tenía también como éste el presentimiento de que moriría de muerte prematura. A los republicanos puros constituyentes les bastaba con echar desde el reino de nubes

* *Frère, il faut mourir!* («¡Hermano, hay que morir!»), palabras con que se saludaban entre sí los miembros de la orden de los monjes católicos trapenses. (*N. de la Edit.*)

de su república ideal una mirada al mundo profano, para darse cuenta de cómo a medida que se iban acercando a la consumación de su gran obra de arte legislativo, crecía por días la insolencia de los monárquicos, de los bonapartistas, de los demócratas, de los comunistas, y su propio descrédito, sin que, por tanto, Tetis necesitase abandonar el mar y confiarles el secreto. Intentaron salir astutamente al paso de la fatalidad con un ardid constitucional, mediante el artículo 111 de la Constitución, según el cual toda propuesta de *revisión constitucional* ha de votarse en tres debates sucesivos, con un intervalo de un mes entero entre cada debate, por las tres cuartas partes de votantes, por lo menos, y siempre y cuando que, además, voten no menos de 500 diputados de la Asamblea Nacional. Con esto no hacían más que el pobre intento de ejercer como minoría —porque ya se veían proféticamente como tal— un poder que en aquel momento, en que disponía de la mayoría parlamentaria y de todos los resortes del poder del Gobierno, se les iba escapando por días de las débiles manos.

Finalmente, en un artículo melodramático, la Constitución se confía «a la vigilancia y al patriotismo de todo el pueblo francés y de cada francés por separado», después que en otro artículo anterior había entregado ya los «vigilantes» y «patriotas» a los tiernos y criminalísimos cuidados del Tribunal Supremo, *Haute Cour*, creado expresamente por ella.

Tal era la Constitución de 1848, que no fue derribada el 2 de diciembre de 1851 por una cabeza, sino que se vino a tierra al contacto de un simple sombrero; cierto es que este sombrero era el tricornio napoleónico.

Mientras los republicanos burgueses de la Asamblea se ocupaban en cavilar, discutir y votar esta Constitución, Cavaignac mantenía, fuera de la Asamblea, *el estado de sitio en París.* El estado de sitio en París fue el comadrón de la Constituyente en sus dolores republicanos del parto. Si más tarde la Constitución fue muerta por las bayonetas, no hay que olvidar que también había sido guardada en el vientre materno y traída al mundo por las bayonetas, por bayonetas vueltas contra el pueblo. Los antepasados de los «republicanos honestos» habían hecho dar a su símbolo, la bandera tricolor[115], la vuelta por Europa. Ellos, a su vez, hicieron también un invento que se abrió por sí mismo paso por todo el continente, pero retornando a Francia con amor siempre renovado, hasta que acabó adquiriendo carta de ciudadanía en la mitad de sus departamentos: *el estado de sitio.* ¡Magnífico invento, aplicado periódicamente en cada una de las crisis sucesivas en el curso de la revolución francesa! Y el cuartel y el vivac, puestos así, periódicamente, por encima de la sociedad francesa para aplastarle el cerebro y convertirla en un ser tranquilo; el sable y el mosquetón,

que periódicamente regentaban la justicia y la administración, ejercían tutela y censura, hacían funciones de policía y oficio de serenos; el bigote y la guerrera, que se preconizaban periódicamente como la sabiduría suprema y como los rectores de la sociedad, ¿no tenían necesariamente el cuartel y el vivac, el sable y el mosquetón, el bigote y la guerrera, que dar por último en la ocurrencia de que era mejor salvar a la sociedad de una vez para siempre, proclamando su propio régimen como el más alto de todos y descargando por completo a la sociedad burguesa del cuidado de gobernarse por sí misma? El cuartel y el vivac, el sable y el mosquetón, el bigote y la guerrera tenían necesariamente que dar en esta ocurrencia, con tanta mayor razón cuanto que de este modo podían esperar también una mejor recompensa por sus altos servicios, mientras que limitándose a decretar periódicamente el estado de sitio y a salvar transitoriamente a la sociedad por encargo de esta o aquella fracción de la burguesía, se conseguía poco de sólido, fuera de algunos muertos y heridos y de algunas muecas amistosas de burgueses. ¿Por qué el elemento militar no podía jugar por fin de una vez al estado de sitio en su propio interés y para su propio beneficio, sitiando al mismo tiempo las bolsas burguesas? Por lo demás, no olvidemos, digámoslo de pasada, que *el coronel Bernard*, aquel mismo presidente de la Comisión militar que bajo Cavaignac ayudó a mandar a la deportación, sin juicio, a 15.000 insurrectos, vuelve a hallarse en este momento a la cabeza de las Comisiones militares que actúan en París.

Si los republicanos «honestos», los republicanos puros, plantaron con el estado de sitio de París el vivero en que habían de criarse los pretorianos[230] del 2 de diciembre de 1851 merecen en cambio que se ensalce en ellos el que, lejos de exagerar el sentimiento nacional como habían hecho bajo Luis Felipe, ahora, cuando disponen del poder de la nación, se arrastran a los pies del extranjero, y en vez de liberar a Italia, hacen que vuelvan a ocuparla los austríacos y los napolitanos[231]. La elección de Luis Bonaparte como presidente, el 10 de diciembre de 1848, puso fin a la dictadura de Cavaignac y a la Constituyente.

En el artículo 44 de la Constitución se dice: «El presidente de la República Francesa no deberá haber perdido nunca la ciudadanía francesa». El primer presidente de la República Francesa, L. N. Bonaparte, no sólo había perdido la ciudadanía francesa, no sólo había sido agente especial de la policía inglesa, sino que era incluso un suizo naturalizado[232].

Ya he expuesto en otro lugar la significación de las elecciones del 10 de diciembre*. No he de volver aquí sobre esto. Baste obser-

---

* Véase el presente tomo, págs. 241—243 (*N. de la Edit.*)

var que fue una *reacción de los campesinos*, que habían tenido que pagar el coste de la revolución de febrero, contra las demás clases de la nación, una *reacción del campo contra la ciudad.* Esta reacción encontró gran eco en el ejército, al que los republicanos del *National* no habían dado fama ni aumento de sueldo; entre la gran burguesía, que saludó en Bonaparte el puente hacia la monarquía; entre los proletarios y los pequeños burgueses, que le saludaron como un azote para Cavaignac. Más adelante he de tener ocasión de examinar más en detalle el papel de los campesinos en la revolución francesa.

La época que va desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente en mayo de 1849, abarca la historia del ocaso de los republicanos burgueses. Después de haber creado una república para la burguesía, de haber expulsado dèl campo de lucha al proletariado revolucionario y de reducir provisionalmente al silencio a la pequeña burguesía democrática, se ven ellos mismos puestos al margen por la masa de la burguesía, que con justo derecho embarga a esta república como cosa de *su propiedad.* Pero esta masa burguesa era *realista.* Una parte de ella, los grandes propietarios de tierras, había dominado bajo la *Restauración*[131] y era, por tanto, *legitimista.* La otra parte, los aristócratas financieros y los grandes industriales, había dominado bajo la monarquía de Julio, y era, por consiguiente, *orleanista*[93]. Los altos dignatarios del Ejército, de la Universidad, de la Iglesia, del Foro, de la Academia y de la Prensa se repartían entre ambos campos, aunque en distinta proporción. Aquí, en la república burguesa, que no ostentaba el nombre de *Borbón* ni el nombre de *Orleáns*, sino el nombre de *Capital*, habían encontrado la forma de gobierno bajo la cual podían dominar *conjuntamente.* Ya la insurrección de junio los había unido en las filas del «partido del orden»[130]. Ahora, se trataba ante todo de eliminar a la pandilla de los republicanos burgueses que ocupaban todavía los escaños de la Asamblea Nacional. Y todo lo que estos republicanos puros habían tenido de brutales para abusar de la fuerza física contra el pueblo, lo tuvieron ahora de cobardes, de pusilánimes, de tímidos, de alicaídos, de incapaces de luchar para mantener su republicanismo y su derecho de legisladores frente al poder ejecutivo y los realistas. No tengo por qué relatar aquí la historia ignominiosa de su desintegración. No cayeron, se acabaron. Su historia ha terminado para siempre, y en el período siguiente ya sólo figuran, lo mismo dentro que fuera de la Asamblea, como recuerdos, recuerdos que parecen revivir de nuevo tan pronto como se trata del mero nombre de República y cuantas veces el conflicto revolucionario amenaza con descender hasta el nivel más bajo. Diré de pasada que el periódico que dio su nombre a este partido, el *National*, se pasó en el período siguiente al socialismo.

Antes de terminar con este período, tenemos que echar todavía una ojeada retrospectiva a los dos poderes, uno de los cuales anuló al otro el 2 de diciembre de 1851, mientras que desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente vivieron en relaciones maritales. Nos referimos, de un lado, a Luis Bonaparte y, de otro lado, al partido de los realistas coligados, al partido del orden, al partido de la gran burguesía. Al tomar posesión de la presidencia, Bonaparte formó inmediatamente un ministerio del partido del orden, al frente del cual puso a Odilon Barot, que era, nótese bien, el antiguo dirigente de la fracción más liberal de la burguesía parlamentaria. Por fin, el señor Barrot había cazado la cartera de ministro cuyo espectro le perseguía desde 1830, y más aún, la presidencia del ministerio; pero no como lo había soñado bajo Luis Felipe, como el jefe más avanzado de la oposición parlamentaria, sino con la misión de matar un parlamento y como aliado de todos sus peores enemigos, los jesuitas y los legitimistas. Por fin, pudo casarse con la novia, pero sólo después de que ésta había sido ya prostituidal. En cuanto a Bonaparte, se eclipsó en apariencia totalmente. Ese partido actuaba por él.

Ya en el primer consejo de ministros se acordó la expedición a Roma, que se convino en realizar a espaldas de la Asamblea Nacional y arrancándole a ésta los medios financieros bajo un pretexto falso. Así comenzó la cosa, estafando a la Asamblea Nacional y con una conspiración secreta con las potencias absolutistas extranjeras contra la república revolucionaria romana. Del mismo modo y con la misma maniobra, Bonaparte preparó su golpe del 2 de diciembre contra la Asamblea Legislativa realista y su república constitucional. No olvidemos que el mismo partido, que el 20 de diciembre de 1848 formaba el ministerio de Bonaparte, formaba el 2 de diciembre de 1851 la mayoría de la Asamblea Nacional Legislativa.

La Constituyente había acordado en agosto no disolverse hasta después de elaborar y promulgar toda una serie de leyes orgánicas complementarias de la Constitución. El partido del orden le propuso el 6 de enero de 1849, por medio del diputado Rateau, no tocar las leyes orgánicas y acordar más bien su *propia disolución.* No sólo el ministerio, con el señor Odilon Barrot a la cabeza, sino todos los diputados realistas de la Asamblea Nacional le hicieron saber en este momento, en tono imperativo, que su disolución era necesaria para restablecer el crédito, para consolidar el orden, para poner fin a aquella indefinida situación provisional y crear un estado de cosas definitivo; se le dijo que entorpecía la actividad del nuevo Gobierno y sólo procuraba alargar su vida por rencor, que el país estaba cansado de ella.

Bonaparte tomó nota de todas estas invectivas contra el poder legislativo, se las aprendió de memoria y, el 2 de diciembre de 1851, demostró a los realistas parlamentarios que había aprovechado sus lecciones. Repitió contra ellos sus propios tópicos.

El ministerio Barrot y el partido del orden fueron más allá. Hicieron que de toda Francia se dirigiesen *solicitudes a la Asamblea Nacional* pidiendo a ésta muy amablemente que se retirase. De este modo, lanzaron a la batalla contra la Asamblea Nacional, expresión constitucionalmente organizada del pueblo, sus masas no organizadas. Enseñaron a Bonaparte a apelar ante el pueblo contra las asambleas parlamentarias. Por fin, el 29 de enero de 1849 llegó el día en que la Constituyente había de resolver el problema de su propia disolución. La Asamblea Nacional se encontró con el edificio en que se celebraban sus sesiones ocupado militarmente; Changarnier, el general del partido del orden, en cuyas manos se concentraba el mando supremo de la Guardia Nacional y las tropas de línea, celebró en París una gran revista de tropas, como en vísperas de una batalla, y los realistas coligados declararon conminatoriamente a la Constituyente, que si no se mostraba sumisa se emplearía la fuerza. Se mostró sumisa y regateó únicamente un plazo brevísimo de vida. ¿Qué fue el 29 de enero sino el *coup d'état** del 2 de diciembre de 1851, sólo que ejecutado por los realistas juntamente con Bonaparte contra la Asamblea Nacional republicana? Esos señores realistas no advirtieron o no quisieron advertir que Bonaparte se valió del 29 de enero de 1849 para hacer que desfilase ante él, por las Tullerías, una parte de las tropas y se agarró ávidamente a esta primera demostración pública del poder militar contra el poder parlamentario, para hacer alusión a Calígula[233]. Claro está que ellos no veían más que a su Changarnier.

El motivo que llevó especialmente al partido del orden a acortar violentamente la vida de la Constituyente fueron las leyes *orgánicas* complementarias de la Constitución, como la ley de enseñanza, la ley de cultos, etc. A los realistas coligados les interesaba en extremo hacer ellos mismos estas leyes y no dejar que las hiciesen los republicanos ya recelosos. Entre estas leyes orgánicas figuraba también, sin embargo, una ley sobre la responsabilidad del presidente de la república. En 1851, la Asamblea Legislativa se ocupaba precisamente de la redacción de esta ley, cuando Bonaparte paró este *coup*** con el *coup* del 2 de diciembre. ¡Qué no hubieran dado los realistas coligados, en su campaña

* Golpe de Estado. (*N. de la Edit.*)
** Golpe. (*N. de la Edit.*)

parlamentaria del invierno de 1851, por haberse encontrado ya hecha, la ley sobre la responsabilidad presidencial! ¡Y hecha, además, por una Asamblea desconfiada, rencorosa, republicana!

Después de que la misma Constituyente había roto el 29 de enero de 1849 su última arma, el ministerio Barrot y los amigos del orden la acosaron a muerte, no dejaron por hacer nada que pudiera humillarla y arrancaron a su debilidad y a su falta de confianza en sí misma leyes que le costaron el último residuo de respeto de que aún gozaba entre el público. Bonaparte, con su idea fija napoleónica, fue lo suficientemente audaz para explotar públicamente esta degradación del poder parlamentario. En efecto, cuando el 8 de mayo de 1849 la Asamblea Nacional da un voto de censura al Gobierno por la ocupación de Civitavecchia* por Oudinot y ordena que se reduzca la expedición romana a su supuesta finalidad, Bonaparte publica en el *Moniteur*[116], en la tarde del mismo día, una carta a Oudinot en la que le felicita por sus heroicas hazañas, y se presenta ya, por oposición a los escritorcillos parlamentarios, como el generoso protector del ejército. Los realistas, al ver esto, se sonrieron, creyendo sencillamente que habían logrado embaucarle. Por fin, cuando Marrast, presidente de la Constituyente, creyó en peligro por un momento la seguridad de la Asamblea Nacional, y, apoyándose en la Constitución, requirió a un coronel con su regimiento, el coronel se negó a obedecer, invocó la disciplina y remitió a Marrast a Changarnier, quien le despidió sardónicamente, diciéndole que no le gustaban las *baïonnettes intelligentes***. En noviembre de 1851, cuando los realistas coligados quisieron comenzar la lucha decisiva contra Bonaparte, intentaron, con su célebre *proyecto de ley sobre los cuestores*[234], lograr que se adoptara el principio de la requisición directa de las tropas por el presidente de la Asamblea Nacional. Uno de sus generales, Le Flô, había suscrito el proyecto de ley. Fue inútil que Changarnier votase en favor de la propuesta y que Thiers rindiese homenaje a la circunspecta sabiduría de la antigua Constituyente. *El ministro de la Guerra, St. Arnaud*, le contestó como Changarnier había contestado a Marrast, ¡y entre los gritos de aplauso de la Montaña!

Así fue cómo el mismo *partido del orden*, cuando todavía no era Asamblea Nacional, cuando sólo era ministerio, estigmatizó *el régimen parlamentario*. ¡Y pone el grito en el cielo, cuando, el 2 de diciembre de 1851, este régimen es desterrado de Francia!

¡Le deseamos feliz viaje!

---

* Véase el presente tomo, págs. 253—255 (*N. de la Edit.*)

** Las bayonetas inteligentes. (*N. de la Edit.*)

III

El 28 de mayo de 1849 se reunió la Asamblea Nacional Legislativa. El 2 de diciembre de 1851 fue disuelta por la fuerza. Este período abarca la vida de *la república constitucional o parlamentaria.*

En la primera revolución francesa, a la dominación de los *constitucionales* le sigue la dominación de los *girondinos*, y a la dominación de los *girondinos*, la de los *jacobinos*[235]. Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla delante. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve de éste modo en un sentido ascensional.

En la revolución de 1848 es al revés. El partido proletario aparece como apéndice del pequeñoburgués-democrático. Este le traiciona y contribuye a su derrota el 16 de abril[122], el 15 de mayo y en las jornadas de junio. A su vez, el partido democrático se apoya sobre los hombros del republicano-burgués. Apenas se consideran seguros, los republicanos burgueses se sacuden el molesto camarada y se apoyan, a su vez, sobre los hombros del partido del orden. El partido del orden levanta sus hombros, deja caer a los republicanos burgueses dando volteretas y salta, a su vez, a los hombros del poder armado. Y cuando cree que está todavía sentado sobre esos hombros, una buena mañana se ecnuentra con que los hombros se han convertido en bayonetas. Cada partido da coces al que empuja hacia adelante y se apoya en las espaldas del partido que impulsa para atrás. No es extraño que, en esta ridícula postura, pierda el equilibrio y se venga a tierra entre extrañas cabriolas, después de hacer las muecas inevitables. De este modo, la revolución se mueve en sentido descendente. En este movimiento de retroceso se encuentra todavía antes de desmontarse la última barricada de febrero y de constituirse el primer órgano de autoridad revolucionaria.

El período que tenemos ante nosotros abarca la mezcolanza más abigarrada de clamorosas contradicciones: constitucionales que conspiran abiertamente contra la Constitución, revolucionarios que confiesan abiertamente ser constitucionales, una Asamblea Nacional que quiere ser omnipotente y no deja de ser ni un solo momento parlamentaria; una Montaña que encuentra su misión en la resignación y para los golpes de sus derrotas presentes con la profecía de victorias futuras; realistas que son los *patres conscripti** de la república y se ven obligados por la situación

* Los senadores. (*N. de la Edit.*)

a mantener en el extranjero las dinastías reales en pugna, de que son partidarios, y sostener en Francia la república, a la que odian; un poder ejecutivo que encuentra en su misma debilidad su fuerza, y su respetabilidad en el desprecio que inspira; una república que no es más que la infamia combinada de dos monarquías, la de la Restauración y la de Julio, con una etiqueta imperial; alianzas cuya primera cláusula es la separación; luchas cuya primera ley es la indecisión; en nombre de la calma una agitación desenfrenada y vacua; en nombre de la revolución los más solemnes sermones en favor de la tranquilidad; pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos; un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que sólo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse; esfuerzos pretenciosamente ostentados y espantos burgueses ante el peligro del fin del mundo y al mismo tiempo los salvadores de éste tejiendo las más mezquinas intrigas y comedias palaciegas, que en su *laisser aller** recuerdan más que el Juicio Final los tiempos de la Fronda[236]; el genio colectivo oficial de Francia ultrajado por la estupidez ladina de un solo individuo; la voluntad colectiva de la nación, cuantas veces habla en el sufragio universal, busca su expresión adecuada en los enemigos empedernidos de los intereses de las masas, hasta que, por último, la encuentra en la voluntad obstinada de un filibustero. Si hay pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris, es éste. Hombres y acontecimientos aparecen como un Schlemihl a la inversa, como sombras que han perdido sus cuerpos. La misma revolución paraliza a sus propios portadores y sólo dota de violencia pasional a sus adversarios. Y cuando, por fin, aparece el «espectro rojo», constantemente evocado y conjurado por los contrarrevolucionarios, no aparece tocado con el gorro frigio[237] de la anarquía, sino vistiendo el uniforme del orden, con *zaragüelles rojos.*

Veíamos que el ministerio nombrado por Bonaparte el 20 de diciembre de 1848, el día de su ascensión, era un ministerio del partido del orden, de la coalición legitimista y orleanista. Este ministerio, Barrot-Falloux, había sobrevivido a la Constituyente republicana, cuya vida había acortado de un modo más o menos violento, y empuñaba todavía el timón. Changarnier, el general de los realistas coligados, seguía concentrando en su persona el alto mando de la primera división militar y de la Guardia Nacional de París. Finalmente, las elecciones generales habían asegurado al partido del orden la gran mayoría en la Asamblea Nacional. Aquí, los diputados y los pares de Luis Felipe se encontraron con

* Despreocupación. (*N. de la Edit.*)

un santo tropel de legitimistas para quienes numerosas papeletas electorales de la nación se habían trocado en entradas para la escena política. Los diputados bonapartistas eran demasiado contados para poder formar un partido parlamentario independiente. Sólo aparecían como una *mauvaise queue** del partido del orden. Como vemos, el partido del orden tenía en sus manos el poder del Gobierno, el ejército y el cuerpo legislativo; en una palabra, todos los poderes del Estado, y hallábase fortalecido moralmente por las elecciones generales que hacían aparecer su dominación como voluntad del pueblo, y por la victoria simultánea de la contrarrevolución en todo el continente europeo.

Jamás un partido abrió la campaña con medios más abundantes ni bajo mejores auspicios.

Los republicanos puros naufragados se vieron reducidos en la Asamblea Nacional Legislativa a una pandilla de unos 50 hombres, y a su frente los generales africanos Cavaignac, Lamoricière y Bedeau. Pero el gran partido de oposición lo formaba la *Montaña*. Con este nombre parlamentario se había bautizado el partido *socialdemócrata*. Disponía de más de 200 de los 750 votos de la Asamblea Nacional y era, por lo menos, tan fuerte como cualquiera de las tres fracciones del partido del orden por separado. Su minoría relativa frente a toda la coalición realista parecía estar compensada por circunstancias especiales. No sólo porque las elecciones departamentales pusieron de manifiesto que este partido había ganado simpatías considerables entre la población del campo. Contaba además en sus filas con casi todos los diputados de París, el ejército había hecho una confesión de fe democrática mediante la elección de tres suboficiales, y el jefe de la Montaña, Ledru-Rollin, a diferencia de todos los representantes del partido del orden, fue elevado al rango de la nobleza parlamentaria por cinco departamentos que habían concentrado sus votos en él. Por tanto, el 28 de mayo de 1849, dados los inevitables choques intenstinos de los realistas y los de todo el partido del orden con Bonaparte, la Montaña parecía contar con todas las probabilidades de éxito. Catorce días después lo había perdido todo, hasta el honor.

Antes de proseguir con la historia parlamentaria, son indispensables algunas observaciones, para evitar los errores corrientes acerca del carácter total de la época que nos ocupa. Según la manera de ver de los demócratas, durante el período de la Asamblea Nacional Legislativa el problema es el mismo que el del período de la Constituyente: la simple lucha entre republicanos y realistas. En cuanto al movimiento mismo lo encierran en un tópico: «*reacción*», la noche, en la que todos los gatos son pardos y que les

---

* Un apéndice molesto. (*N. de la Edit.*)

permite salmodiar todos sus habituales lugares comunes, dignos de su papel de sereno. Y, ciertamente, a primera vista el partido del orden parece un ovillo de diversas fracciones realistas, que no sólo intrigan unas contra otras para elevar cada cual al trono a su propio pretendiente y eliminar al del bando contrario, sino que, además, se unen todas en el odio común y en los ataques comunes contra la «república». Por su parte, la Montaña aparece como la representante de la «república» frente a esta conspiración realista. El partido del orden aparece constantemente ocupado en una «reacción» que, ni más ni menos que en Prusia, va contra la prensa, contra la asociación, etc., y se traduce, al igual que en Prusia, en brutales ingerencias policíacas de la burocracia, de la gendarmería y de los tribunales. A su vez, la Montaña está constantemente ocupada con no menos celo en repeler estos ataques, defendiendo así los «eternos derechos humanos», como todo partido sedicente popular lo viene haciendo más o menos desde hace siglo y medio. Sin embargo, examinando más de cerca la situación y los partidos, se esfuma esta apariencia superficial, que vela *la lucha de clases* y la peculiar fisonomía de este período.

Legitimistas y orleanistas formaban, como queda dicho, las dos grandes fracciones del partido del orden. ¿Qué era lo que hacía que estas fracciones se aferrasen a sus pretendientes y las mantenía mutuamente separadas? ¿Serían tan sólo las flores de lis[127] y la bandera tricolor, la Casa de Borbón y la Casa de Orleáns, diferentes matices del realismo o, en general, su profesión de fe realista? Bajo los Borbones había gobernado *la gran propiedad territorial*, con sus curas y sus lacayos; bajo los Orleáns, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir, *el capital*, con todo su séquito de abogados, profesores y retóricos. La monarquía legítima no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, del mismo modo que la monarquía de Julio no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses. Lo que, por tanto, separaba a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una u otra dinastía, ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus

bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas, aunque cada fracción se esforzase por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que lo que las separaba era la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que eran más bien sus intereses divididos lo que impedía que las dos dinastías se uniesen. Y así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son. Orleanistas y legitimistas se encontraron en la república los unos junto a los otros y con idénticas pretensiones. Si cada parte quería imponer frente a la otra *la restauración* de su *propia* dinastía, esto sólo significaba una cosa: que cada uno de *los dos grandes intereses* en que se divide *la burguesía* —la propiedad del suelo y el capital— aspiraba a restaurar su propia supremacía y la subordinación del otro. Hablamos de dos intereses de la burguesía, pues la gran propiedad del suelo, pese a su coquetería feudal y a su orgullo de casta, estaba completamente aburguesada por el desarrollo de la sociedad moderna. También los tories en Inglaterra se hicieron durante mucho tiempo la ilusión de creer que se entusiasmaban con la monarquía, la Iglesia y las bellezas de la vieja Constitución inglesa, hasta que llegó el día del peligro y les arrancó la confesión de que sólo se entusiasmaban con *la renta del suelo.*

Los realistas coligados intrigaban unos contra otros en la prensa, en Ems[140], en Claremont[141], fuera del parlamento. Entre bastidores, volvían a vestir sus viejas libreas orleanistas y legitimistas y reanudaban sus viejos torneos. Pero en la escena pública, en sus grandes representaciones cívicas, como gran partido parlamentario, despachaban a sus respectivas dinastías con simples reverencias y aplazaban la restauración de la monarquía *in infinitum**. Cumplían con su verdadero oficio como *partido del orden*, es decir, bajo un título *social* y no bajo un título *político*, como representantes del régimen social burgués y no como caballeros de ninguna princesa peregrinante, como clase burguesa frente a otras clases y no como realistas frente a republicanos. Y, como partido del orden, ejercieron una dominación más ilimitada y más dura sobre las demás clases de la sociedad que la que habían ejercido nunca bajo la Restauración o bajo la monarquía de Julio, como sólo era

* Hasta la infinidad. (*N. de la Edit.*)

posible ejercerla bajo la forma de la república parlamentaria. pues sólo bajo esta forma podían unirse los dos grandes sectores de la burguesía francesa, y por tanto poner a la orden del día la dominación de su clase en vez del régimen de un sector privilegiado de ella. Si, a pesar de esto y también como partido del orden, insultaban a la república y manifestaban la repugnancia que sentían por ella, no era sólo por apego a sus recuerdos realistas. El instinto les enseñaba que, aunque la república había coronado su dominación política, al mismo tiempo socavaba su base social, ya que ahora se enfrentaban con las clases sojuzgadas y tenían que luchar con ellas sin ningún género de mediación, sin poder ocultarse detrás de la corona, sin poder desviar el interés de la nación mediante sus luchas subalternas intestinas y con la monarquía. Era un sentimiento de debilidad el que los hacía retroceder temblando ante las condiciones puras de su dominación de clase y suspirar por las formas más incompletas, menos desarrolladas y precisamente por ello menos peligrosas de su dominación. En cambio, cuantas veces los realistas coligados chocan con el pretendiente que tienen enfrente, con Bonaparte, cuantas veces creen que el poder ejecutivo hace peligrar su omnipotencia parlamentaria, cuantas veces tienen que exhibir, por tanto, el título político de su dominación, actúan como *republicanos* y no como realistas. Desde el orleanista Thiers, quien advierte a la Asamblea Nacional que la república es lo que menos los separa, hasta el legitimista Berryer, que el 2 de diciembre de 1851, ceñido con la banda tricolor, arenga como tribuno, en nombre de la república, al pueblo congregado delante del edificio de la alcaldía del décimo *arrondissement**. Claro está que el eco burlón le contestaba con este grito: Henri V! Henri V! **

Frente a la burguesía coligada se había formado una coalición de pequeños burgueses y obreros, el llamado *partido socialdemócrata*. Los pequeños burgueses viéronse mal recompensados después de las jornadas de junio de 1848, vieron en peligro sus intereses materiales y puestas en tela de juicio por la contrarrevolución las garantías democráticas que habían de asegurarles la posibilidad de hacer valer esos intereses. Se acercaron, por tanto, a los obreros. De otra parte, su representación parlamentaria, la *Montaña*, puesta al margen durante la dictadura de los republicanos burgueses, había reconquistado durante la última mitad de la vida de la Constituyente su perdida popularidad con la lucha contra Bonaparte y los ministros realistas. Había concer-

---

* Distrito. (*N. de la Edit.*)
** ¡Enrique V! ¡Enrique V! (*N. de la Edit.*)

tado una alianza con los jefes socialistas. En febrero de 1849 se festejó con banquetes la reconciliación. Se esbozó un programa común, se crearon comités electorales comunes y se proclamaron candidatos comunes. A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació *la socialdemocracia*. La nueva *Montaña*, fruto de esta combinación, contenía, prescindiendo de algunos figurantes de la clase obrera y de algunos sectarios socialistas, los mismos elementos que la vieja, sólo que más fuertes en número. Pero, en el transcurso del proceso había cambiado, con la clase que representaba. El carácter peculiar de la socialdemocracia consiste en exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos revolucionarias, el contenido es siempre el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por vía democrática, pero una transformación dentro del marco de la pequeña burguesía. No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones *especiales* de su emancipación son las condiciones *generales* fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos son todos *shopkeepers** o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida; que, por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquéllos, prácticamente, el interés material y la situación social. Tal es, en general, la relación que existe entre los *representantes políticos* y *literarios* de una clase y la clase por ellos representada.

Por todo lo expuesto se comprende de por sí que aunque la Montaña luchase constantemente con el partido del orden en torno a la república y a los llamados derechos del hombre, ni la república ni los derechos del hombre eran su fin último, del mismo modo que un ejército al que se quiere despojar de sus armas

---

* Tenderos. (*N. de la Edit.*)

y que se apresta a la defensa, no se lanza al terreno de lucha solamente para quedar en posesión de sus armas.

Inmediatamente después de reunirse la Asamblea Nacional, el partido del orden provocó a la Montaña. La burguesía sentía ahora la necesidad de acabar con los demócratas pequeñoburgueses, lo mismo que un año antes había comprendido la necesidad de acabar con el proletariado revolucionario. Pero la situación del adversario era distinta. La fuerza del partido proletario estaba en la calle, y la de los pequeños burgueses en la misma Asamblea Nacional. Tratábase, pues, de sacarlos de la Asamblea Nacional a la calle y hacer que ellos mismos destrozasen su fuerza parlamentaria antes de que tuviesen tiempo y ocasión para consolidarla. La Montaña corrió hacia la trampa a rienda suelta.

El cebo que le echaron fue el bombardeo de Roma por las tropas francesas*. Este bombardeo infringía el artículo V de la Constitución, que prohíbe a la República Francesa emplear sus fuerzas armadas contra las libertades de otro pueblo. Además, el artículo 54 prohibía toda declaración de guerra por el poder ejecutivo sin la aprobación de la Asamblea Nacional, y la Constituyente había desautorizado la expedición a Roma, con su acuerdo de 8 de mayo. Basándose en estas razones, Ledru-Rollin presentó el 11 de junio de 1849 un acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros. Azuzado por las picadas de avispa de Thiers, se dejó arrastrar incluso a la amenaza de que estaban dispuestos a defender la Constitución por todos los medios, hasta con las armas en la mano. La Montaña se levantó como un sólo hombre y repitió este llamamiento a las armas. El 12 de junio, la Asamblea Nacional desechó el acta de acusación, y la Montaña abandonó el parlamento. Los acontecimientos del 13 de junio son conocidos: la proclama de una parte de la Montaña declarando «fuera de la Constitución» a Bonaparte y sus ministros; la procesión callejera de los guardias nacionales democráticos, que, desarmados como iban, se dispersaron a escape al encontrarse con las tropas de Changarnier, etc., etc. Una parte de la Montaña huyó al extranjero, otra parte fue entregada al Tribunal Supremo de Bourges[132], y un reglamento parlamentario sometió al resto a la vigilancia de maestro de escuela del presidente de la Asamblea Nacional. En París se declaró nuevamente el estado de sitio, y la parte democrática de su Guardia Nacional fue disuelta. Así se destrozaba la influencia de la Montaña en el parlamento y la fuerza de los pequeños burgueses en París.

En Lyon, donde el 13 de junio había dado la señal para un sangriento levantamiento obrero, se declaró también el estado

---

* Véase el presente tomo, págs. 253—255 (*N. de la Edit.*)

de sitio, que se hizo extensivo a los cinco departamentos circundantes, situación que dura hasta el momento actual.

El grueso de la Montaña dejó en la estacada su vanguardia, negándose a firmar la proclama de ésta. La prensa desertó, y sólo dos periódicos se atrevieron a publicar el pronunciamiento. Los pequeños burgueses traicionaron a sus representantes: los guardias nacionales no aparecieron, y donde aparecieron fue para impedir que se levantasen barricadas. Los representantes habían engañado a los pequeños burgueses, ya que a los pretendidos aliados del ejército no se les vio por ninguna parte. Finalmente, en vez de obtener un refuerzo de él, el partido democrático contagió al proletariado su propia debilidad, y, como suele ocurrir con las hazañas democráticas, los jefes tuvieron la satisfacción de poder acusar a su «pueblo» de deserción, y el pueblo la de poder acusar de engaño a sus jefes.

Rara vez se había anunciado una acción con más estrépito que la campaña inminente de la Montaña, rara vez se había trompeteado un acontecimiento con más seguridad ni con más anticipación que la victoria inevitable de la democracia. Indudablemente, los demócratas creen en las trompetas, cuyos toques habían derribado las murallas de Jericó[238]. Y cuantas veces se enfrentan con las murallas del despotismo, intentan repetir el milagro. Si la Montaña quería vencer en el parlamento, no debió llamar a las armas. Y si llamaba a las armas en el parlamento, no debía comportarse en la calle parlamentariamente. Si la manifestación pacífica era un propósito serio, era necio no prever que se la habría de recibir belicosamente. Y si se pensaba en una lucha efectiva, era peregrino deponer las armas con las que esa lucha había de librarse. Pero las amenazas revolucionarias de los pequeños burgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a ejecutar sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar, los actores dejan de tomar su papel *au sérieux** y la acción se derrumba lamentablemente, como un balón lleno de aire al que se le pincha con una aguja.

Ningún partido exagera más ante él mismo sus medios que el democrático, ninguno se engaña con más ligereza acerca de la

---

* En serio. (*N. de la Edit.*)

situación. Porque una parte del ejército hubiese votado a su favor, la Montaña estaba ya convencida de que el ejército se sublevaría por ella. ¿Y con qué motivo? Con un motivo que, desde el punto de vista de las tropas, no tenía otro sentido que el que los revolucionarios se ponían al lado de los soldados romanos y en contra de los soldados franceses. De otra parte, estaba todavía demasiado fresco el recuerdo del mes de junio de 1848, para que el proletariado no sintiese una profunda repugnancia contra la Guardia Nacional, y los jefes de las sociedades secretas una desconfianza completa hacia los jefes democráticos. Para superar estas diferencias, harían falta grandes intereses comunes que estuviesen en juego. La infracción de un artículo constitucional abstracto no podía representar un tal interés. ¿Acaso no se había violado ya repetidas veces la Constitución, según aseguraban los propios demócratas? ¿Y acaso los periódicos más populares no habían estigmatizado esta Constitución como un amaño contrarrevolucionario? Pero el demócrata, como representa a la pequeña burguesía, es decir, a una *clase de transición*, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el *pueblo*. Lo que ellos representan son los *derechos del pueblo,* lo que los interesa, es el *interés del pueblo*. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que el *pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los *opresores*. Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia, la culpa la tienen los sofistas perniciosos, que escinden al *pueblo indivisible* en varios campos enemigos, o el ejército, demasiado embrutecido y cegado para ver en los fines puros de la democracia lo mejor para él, o bien ha fracasado todo por un detalle de ejecución, o ha surgido una casualidad imprevista que ha malogrado la partida por esta vez. En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción readquirida de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él.

Por eso no debemos formarnos una idea demasiado trágica de la Montaña diezmada, destrozada y humillada por el nuevo reglamento parlamentario. Si el 13 de junio eliminó a sus jefes, por otra parte abrió paso a «capacidades» de segundo rango, a quie-

nes esta nueva posición halagaba. Si su impotencia en el parlamento ya no dejaba lugar a dudas, esto les daba ahora también derecho a limitar sus actos a estallidos de indignación moral y a estrepitosas declamaciones. Si el partido del orden aparentaba ver encarnados en ellos, como últimos representantes oficiales de la revolución, todos los horrores de la anarquía, esto les permitía comportarse en la práctica con tanta mayor trivialidad y humildad. Y del 13 de junio se consolaban con este giro profundo: «Pero, si se osa tocar el sufragio universal, ¡ah, entonces! ¡Entonces verán quiénes somos nosotros!» *Nous verrons!»* *.

Por lo que se refiere a los «montañeses» huidos al extranjero, basta observar que Ledru-Rollin, en vista de que había conseguido arruinar irremisiblemente en menos de dos semanas el potente partido a cuyo frente estaba, se creyó llamado a formar un gobierno francés *in partibus*[92], que a lo lejos, desgajada del campo de acción, su figura parecía ganar en talla a medida que bajaba el nivel de la revolución y las magnitudes oficiales de la Francia oficial iban haciéndose enanas; que pudo figurar como pretendiente republicano para 1852; que dirigía circulares periódicas a los valacos y a otros pueblos, en las que se amenazaba a los déspotas del continente con sus hazañas y las de sus aliados. ¿Acaso le faltaba por completo la razón a Proudhon cuando gritó a estos señores: *Vous n'êtes que des blagueurs*!**?

El 13 de junio, el partido del orden no sólo había quebrantado la fuerza de la Montaña, sino que había impuesto *el sometimiento de la Constitución a los acuerdos de la mayoría de la Asamblea Nacional*. Y así entendía él la república, como el régimen en el que la burguesía domina bajo formas parlamentarias, sin encontrar un valladar como bajo la monarquía; en el veto del poder ejecutivo o en el derecho de disolver el parlamento. Esto era la *república parlamentaria*, como la llamaba Thiers. Pero, si el 13 de junio la burguesía aseguró su omnipotencia en el seno del parlamento, ¿no condenaba a éste a una debilidad incurable frente al poder ejecutivo y al pueblo, al repudiar a la parte más popular de la Asamblea? Al entregar a numerosos diputados, sin más ceremonias, a la requisición de los tribunales, anulaba su propia inmunidad parlamentaria. El reglamento humillante que impuso a la Montaña, elevaba el rango del presidente de la república en la misma proporción en que rebajaba el de cada uno de los representantes del pueblo. Al estigmatizar la insurrección en defensa del régimen constitucional, como un movimiento anárquico encaminado a subvertir la sociedad, la burguesía se cerraba a sí

* Ya veremos. (*N. de la Edit.*)
** ¡No sois más que unos charlatanes! (*N. de la Edit.*)

misma el camino del llamamiento a la insurrección, tan pronto como el poder ejecutivo violase la Constitución en contra de ella. Y la ironía de la histora quiso que el 2 de diciembre de 1851, el general que bombardeó Roma por orden de Bonaparte, dando así el motivo inmediato para el motín constitucional del 13 de junio, *Oudinot*, hubiera de ser propuesto al pueblo, en tono implorante y en vano, por el partido del orden, como el general de la Constitución frente a Bonaparte. Otro héroe del 13 de junio, *Vieyra*, que desde la tribuna de la Asamblea Nacional cosechó elogios por las brutalidades cometidas por él en los locales de periódicos democráticos, al frente de una banda de guardias nacionales pertenecientes a la alta finanza, este mismo Vieyra estaba en el secreto de la conspiración de Bonaparte y contribuyó esencialmente a cortar a la Asamblea Nacional, en sus horas de agonía, todo apoyo por parte de la Guardia Nacional.

El 13 de junio tenía, además, otra significación. La Montaña había querido arrancar el que se entregase a Bonaparte a los tribunales. Por tanto, su derrota era una victoria directa para Bonaparte, el triunfo personal de éste sobre sus enemigos democráticos. El partido del orden había conseguido la victoria y Bonaparte no tenía que hacer más que embolsársela. Así lo hizo. El 14 de junio pudo leerse en los muros de París una proclama en la que el presidente, como sin participación suya, resistiéndose, obligado simplemente por la fuerza de los acontecimientos, sale de su recato claustral, se queja, como la virtud ofendida, de las calumnias de sus adversarios, y, mientras parece identificar a su persona con la causa del orden, identifica la causa del orden con su persona. Además, la Asamblea Nacional había aprobado, aunque después de realizada, la expedición contra Roma, habiendo la iniciativa de la misma corrido a cargo de Bonaparte. Después de restituir en el Vaticano al pontífice Samuel, podía esperar entrar en las Tullerías como rey David[239]. Se había ganado a los curas.

El motín del 13 de junio se limitó, como hemos visto, a una pacífica procesión callejera. Contra él no se podían, por tanto, ganar laureles guerreros. No obstante, en una época tan pobre en héroes y en acontecimientos, el partido del orden convirtió esta batalla incruenta en un segundo Austerlitz[240]. La tribuna y la prensa ensalzaron el ejército, como el poder del orden, en contraposición a las masas del pueblo, como la impotencia de la anarquía, y glorificaron a Changarnier, como el «baluarte de la sociedad». Un engaño, en el que acabó creyendo hasta él mismo. Pero por debajo de cuerda, fueron desplazados de París los cuerpos que parecían dudosos, los regimientos en que las elecciones habían dado los resultados más democráticos fueron desterrados de

Francia a Argelia, las cabezas inquietas que había entre las tropas, enviadas a secciones de castigo, y, por último, sistemáticamente llevado a cabo el acordonamiento del cuartel contra la prensa y su aislamiento de la sociedad civil.

Llegamos aquí al viraje decisivo en la historia de la Guardia Nacional francesa. En 1830 había decidido la caída de la Restauración. Bajo Luis Felipe fracasaron todos los motines en los que la Guardia Nacional estaba al lado de las tropas. Cuando en las jornadas de febrero de 1848, se mantuvo en actitud pasiva frente a la insurrección y equívoca frente a Luis Felipe, éste se dio por perdido, y lo estaba. Así fue arraigando la convicción de que la revolución no podía vencer *sin* la Guardia Nacional, ni el ejército podía vencer *contra* ella. Era la fe supersticiosa del ejército en la omnipotencia civil. Las jornadas de junio de 1848, en que toda la Guardia Nacional, unida a las tropas de línea, sofocó la insurrección, habían reforzado esta fe supersticiosa. Después de haber subido Bonaparte a la presidencia, la posición de la Guardia Nacional descendió en cierto modo, por la fusión anticonstitucional de su mando con el mando de la primera división militar en la persona de Changarnier.

Como el mando de la Guardia Nacional aparecía aquí como un atributo del alto mando militar, la Guardia Nacional parecía quedar reducida a un apéndice de las tropas de línea. Por fin, el 13 de junio fue destrozada. Y no sólo por su disolución parcial, que desde aquel momento se repitió periódicamente en todos los puntos de Francia y sólo dejó en pie las ruinas de la Guardia Nacional. La manifestación del 13 de junio fue, sobre todo, una manifestación de los guardias nacionales democráticos. Es cierto que no opusieron al ejército sus armas sino sólo sus uniformes, pero en este uniforme estaba precisamente el talismán. El ejército se convenció de que el tal uniforme era un trapo de lana como otro cualquiera. El encanto quedó roto. En las jornadas de junio de 1848, la burguesía y la pequeña burguesía, en calidad de Guardia Nacional, estuvieron unidas con el ejército contra el proletariado; el 13 de junio de 1849, la burguesía hizo que el ejército dispersase a la Guardia Nacional pequeñoburguesa; el 2 de diciembre de 1851, había desaparecido la Guardia Nacional de la propia burguesía, y Bonaparte se limitó a registrar este hecho al firmar, después de producido, el decreto de su disolución. Así fue cómo la burguesía rompió ella misma su última arma contra el ejército, pero no tenía más remedio que romperla desde el momento en que la pequeña burguesía no estaba ya detrás de ella como vasallo, sino delante de ella como rebelde, del mismo modo que tenía necesariamente que destruir en general, con sus propias manos, a partir del instante en que se hizo

ella misma absolutista, todos sus medios de defensa contra el absolutismo.

Entretanto, el partido del orden festejaba la reconquista de un poder que en 1848 sólo parecía haber perdido para volver a encontrarlo libre de sus trabas en 1849, con invectivas contra la república y la Constitución, maldiciendo todas las revoluciones futuras, presentes y pasadas, incluyendo las hechas por los dirigentes de su mismo partido, y por medio de leyes que amordazaban a la prensa, destruían el derecho de asociación y sancionaban el estado de sitio como institución orgánica. Luego, la Asamblea Nacional suspendió sus sesiones desde mediados de agosto hasta mediados de octubre, después de haber nombrado una comisión permanente para el tiempo que durase su ausencia. Durante estas vacaciones, los legitimistas intrigaron con Ems, los orleanistas con Claremonts, Bonaparte mediante *tournées* principescas, y los consejos departamentales en cabildeos sobre la revisión constitucional, casos que se repiten con regularidad durante las vacaciones periódicas de la Asamblea Nacional y en los que entraré tan pronto como se conviertan en acontecimientos. Aquí advertimos tan sólo que la Asamblea Nacional obró impolíticamente al desaparecer de la escena durante tan largo intervalo, dejando que sólo apareciese al frente de la república *una* figura, aunque lamentable: la de Luis Bonaparte, mientras el partido del orden, para escándalo del público, se descomponía en sus partes integrantes realistas y se dejaba llevar por sus apetitos de restauración en pugna. Tan pronto como enmudecía, durante estas vacaciones, el ruido ensordecedor del *parlamento* y su cuerpo se disolvía en la nación, nadie podía dejar de ver que sólo faltaba *una cosa* para consumar la verdadera faz de esta república: hacer permanentes las vacaciones *parlamentarias* y sustituir *su* lema de *Liberté*, *égalité*, *fraternité*, por estas palabras inequívocas: *Infanterie*, *Cavalerie*, *Artillerie!**

IV

A mediados de octubre de 1849 reanudó sus sesiones la Asamblea Nacional. El 1 de noviembre, Bonaparte la sorprendió con un mensaje en el que le anunciaba la destitución del ministerio Barrot-Falloux y la formación de un nuevo ministerio. Jamás se ha arrojado a lacayos de su puesto con menos cumplidos que Bonaparte a sus ministros. Los puntapiés destinados a la Asamblea Nacional los recibían, por el momento, Barrot y Compañía.

---

* ¡Infantería, caballería, artillería! (*N. de la Edit.*)

El ministerio Barrot estaba compuesto, como hemos visto, por legitimistas y orleanistas, era un ministerio del partido del orden. Bonaparte había necesitado de él para disolver la Constituyente republicana, poner por obra la expedición contra Roma y destrozar el partido democrático. El se había eclipsado aparentemente detrás de este ministerio, entregando el poder del Gobierno en manos del partido del orden y poniéndose la careta de modestia que bajo Luis Felipe llevaba el gerente responsable de los periódicos, la careta del *homme de paille**. Ahora se quitó la máscara, que no era ya velo sutil detrás del que podía ocultar su fisonomía, sino la máscara de hierro que le impedía mostrar una fisonomía propia. Había constituido el ministerio Barrot para hacer saltar, en nombre del partido del orden, la Asamblea Nacional republicana; y lo destituyó para declarar a su propio nombre independiente de la Asamblea Nacional del partido del orden.

Pretextos plausibles para esta destitución no faltaban. El ministerio Barrot descuidaba incluso las formas de decoro que habrían hecho aparecer al presidente de la república como un poder al lado de la Asamblea Nacional. Durante las vacaciones parlamentarias Bonaparte publicó una carta dirigida a Edgar Ney en la que parecía desaprobar la actuación iliberal del papa**, del mismo modo que había publicado, en oposición a la Constituyente, otra carta en la que elogiaba a Oudinot por su ataque contra la República de Roma***. Al votarse en la Asamblea Nacional el presupuesto de la expedición romana, Víctor Hugo, por un supuesto liberalismo, puso a discusión esa carta. El partido del orden ahogó entre exclamaciones despectivamente incrédulas la ocurrencia de que las ocurrencias de Bonaparte pudieran tener la menor importancia política. Ninguno de los ministros recogió el guante en su favor. En otra ocasión, Barrot, con su conocido patetismo vacuo, dejó escapar desde la tribuna palabras de indignación contra los «manejos abominables» en que, según su testimonio, andaban las personas más cercanas al presidente. Por último, el ministerio, a la par que hacía aprobar por la Asamblea Nacional una pensión de viudedad para la Duquesa de Orleáns, rechazaba todas las propuestas para aumentar la lista civil de la presidencia. Y en Bonaparte, el pretendiente imperial se fundía tan íntimamente con el caballero de industria arruinado, que una gran idea, la de su misión de restaurador del imperio, se complementaba siempre con otra: la de que el pueblo francés tenía la misión de saldar sus deudas.

* Hombre de paja. (*N. de la Edit.*)
** Pío IX. (*N. de la Edit.*)
*** Véase el presente tomo, pág. 255 (*N. de la Edit.*)

El ministerio Barrot-Falloux fue el primero y el último *ministerio parlamentario* nombrado por Bonaparte. Por eso su destitución señala un viraje decisivo. Con él, el partido del orden perdió, para no recuperarlo jamás, un puesto indispensable para afirmar el régimen parlamentario, el asidero del poder ejecutivo. Se comprende inmediatamente que en un país como Francia, donde el poder ejecutivo dispone de un ejército de funcionarios de más de medio millón de individuos y tiene por tanto constantemente bajo su dependencia más incondicional a una masa inmensa de intereses y existencias, donde el Estado tiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil, desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus vibraciones más insignificantes, desde sus modalidades más generales de existencia hasta la existencia privada de los individuos, donde este cuerpo parasitario adquiere, por medio de una centralización extraordinaria, una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad que sólo encuentran correspondencia en la dependencia desamparada, en el carácter caóticamente informe del auténtico cuerpo social, se comprende que en un país semejante, al perder la posibilidad de disponer de los puestos ministeriales, la Asamblea Nacional perdía toda influencia efectiva, si al mismo tiempo no simplificaba la administración del Estado, no reducía todo lo posible el ejército de funcionarios y finalmente no dejaba a la sociedad civil y a la opinión pública crearse sus órganos propios, independientes del poder del Gobierno. Pero, *el interés material* de la burguesía francesa está precisamente entretejido del modo más íntimo con la conservación de esa extensa y ramificadísima maquinaria del Estado. Coloca aquí a su población sobrante y completa en forma de sueldos del Estado lo que no puede embolsarse en forma de beneficios, intereses, rentas y honorarios. De otra parte, su *interés político* la obligaba a aumentar diariamente la represión, y por tanto los recursos y el personal del poder del Estado, a la par que se veía obligada a sostener una guerra ininterrumpida contra la opinión pública y mutilar y paralizar recelosamente los órganos independientes de movimiento de la sociedad, allí donde no conseguía amputarlos por completo. De este modo, la burguesía francesa veíase forzada, por su situación de clase, de una parte, a destruir las condiciones de vida de todo poder parlamentario, incluyendo, por tanto, el suyo propio, y, de otra, a hacer irresistible el poder ejecutivo hostil a ella.

El nuevo ministerio llamábase el ministerio d'Hautpoul. No porque el general d'Hautpoul hubiese obtenido el rango de presidente del Consejo. Con Barrot, Bonaparte había suprimido

prácticamente esta dignidad, que condenaba al presidente de la república, ciertamente, a la nulidad legal de un rey constitucional, pero de un rey constitucional sin trono y sin corona, sin cetro y sin espada, sin atributo de la irresponsabilidad, sin la posesión imprescriptible de la suprema dignidad del Estado y, lo más fatal de todo, sin lista civil. En el ministerio de d'Hautpoul no había más que un hombre de fama parlamentaria, el prestamista *Fould*, uno de los miembros de peor reputación de la alta finanza. Le tocó en suerte la cartera de Hacienda. Consúltense las cotizaciones de la Bolsa de París y se verá que, desde el 1 de noviembre de 1849, los fondos franceses suben y bajan con las subidas y bajadas de las acciones bonapartistas. Habiendo encontrado así su aliado en la Bolsa, Bonaparte se adueñó, al mismo tiempo, de la policía mediante el nombramiento de Carlier para prefecto de la policía de París.

Sin embargo, las consecuencias del cambio de ministerios sólo podían revelarse conforme fuesen desarrollándose las cosas. Por el momento, Bonaparte sólo había dado un paso adelante para luego verse empujado hacia atrás de un modo tanto más visible. A su agrio mensaje, siguió la declaración más servil de sumisión a la Asamblea Nacional. Cuantas veces los ministros hacían el tímido intento de presentar como proyectos de ley sus caprichos personales, ellos mismos parecían cumplir a regañadientes un mandato grotesco, obligados tan sólo por su posición y convencidos de antemano de la falta de éxito. Cuantas veces Bonaparte, a espaldas de sus ministros, se iba de la lengua hablando de sus intenciones y jugando con sus *idées napoléoniennes*[241], sus mismos ministros le desautorizaban desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional. Parecía como si sus apetitos usurpadores sólo se exteriorizasen para que no se acallasen las risas malignas de sus adversarios. Se comportaba como un genio ignorado, considerado por el mundo entero como un bobo. Jamás fue objeto del desprecio de todas las clases de un modo más completo que durante este período. Jamás la burguesía dominó de un modo más incondicional, jamás hizo una ostentación más jactanciosa de las insignias de su dominación.

No me propongo escribir aquí la historia de sus actividades legislativas, que se resume, durante este período, en dos leyes: la ley restableciendo *el impuesto sobre el vino* y *la ley de enseñanza*, que suprime la incredulidad religiosa. Si a los franceses se les ponían obstáculos para beber vino, en cambio se les servía con tanta mayor abundancia el agua de la vida justa. Si en la ley sobre el impuesto del vino la burguesía declaraba intangible el antiguo odioso sistema fiscal francés, con la ley de enseñanza

intentaba asegurar el antiguo estado de ánimo de las masas, que lo hacía soportar. Se asombra uno de ver a los orleanistas, a los burgueses liberales, estos viejos apóstoles del volterianismo y de la filosofía ecléctica, confiar a sus enemigos hereditarios, los jesuitas, la administración del espíritu francés. Pero, orleanistas y legitimistas, aunque discrepasen en lo que se refería al pretendiente a la corona, comprendían que su dominación coligada exigía unir los medios de opresión de dos épocas, que los medios de sojuzgamiento de la monarquía de Julio debían completarse y fortalecerse con los medios de sojuzgamiento de la Restauración.

Los campesinos, defraudados en todas sus esperanzas, oprimidos más que nunca, de una parte, por el bajo nivel de los precios de los cereales y, de otra parte, por la carga de las contribuciones y por el endeudamiento hipotecario, cada vez mayores, comenzaron a agitarse en los departamentos. Se les contestó con una batida furiosa contra los maestros de escuela, que fueron sometidos al cura, contra los alcaldes, que fueron sometidos al prefecto, y con un sistema de espionaje, al que quedaron sometidos todos. En París y en las grandes ciudades, la reacción misma presenta la fisonomía de su época y provoca más de lo que reprime. En el campo, se hace baja, vulgar, mezquina, agobiante, vejatoria; en una palabra, el gendarme. Se comprende hasta qué punto tres años de régimen del gendarme, bendecido por el régimen del cura, tenía que desmoralizar a masas incultas.

Por grande que fuese la suma de pasión y declamación que el partido del orden derrochase desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional contra la minoría, sus discursos eran monosilábicos, como los del cristiano, que ha de decir: sí, sí; no, no. Monosilábicos en la tribuna y monosilábicos en la prensa. Insulsos como los acertijos cuya solución se sabe de antemano. Ya se trate del derecho de petición o del impuesto sobre el vino, de la libertad de prensa o de la libertad de comercio, de los clubs o del reglamento municipal, de la protección de la libertad personal o de la regulación del presupuesto del Estado, la consigna se repite siempre, el tema es siempre el mismo, el fallo está siempre preparado y reza invariablemente: «*¡Socialismo!*» Se presenta como *socialista* hasta el liberalismo burgués, como socialista la ilustración burguesa, como socialista la reforma financiera burguesa. Era socialista construir un ferrocarril donde había ya un canal y socialista defenderse con el palo cuando le atacaban a uno con la espada.

Y esto no era mera retórica, moda, táctica de partido. La burguesía tenía la conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma, de que

todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que había creado la abandonaban. Comprendía que todas las llamadas libertades civiles y los organismos de progreso atacaban y amenazaban, al mismo tiempo, en la base social y en la cúspide política, a *su dominación de clase*, y por tanto se habían convertido en «*socialistas*». En esta amenaza y en este ataque veía con razón el secreto del socialismo, cuyo sentido y cuya tendencia juzgaba ella más exactamente que se sabe juzgar a sí mismo el llamado socialismo, el cual no puede comprender por ello cómo la burguesía se cierra a cal y canto contra él, ya gima sentimentalmente sobre los dolores de la humanidad, ya anuncie cristianamente el reino milenario y la fraternidad universal, ya chochee humanísticamente hablando de ingenio, cultura, libertad o cavile doctrinalmente un sistema de conciliación y bienestar de todas las clases sociales. Lo que no comprendía la burguesía era la consecuencia de que su *mismo régimen parlamentario*, de que su *dominación política* en general tenía que caer también bajo la condenación general, como *socialista*. Mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, no podía destacarse tampoco de un modo puro el antagonismo de las otras clases, ni podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte toda lucha contra el poder del Estado en una lucha contra el capital. Cuando en cada manifestación de vida de la sociedad veía un peligro para la «tranquilidad», ¿cómo podía empeñarse en mantener a la cabeza de la sociedad *el régimen de la intranquilidad*, su propio régimen, *el régimen parlamentario*, este régimen que, según la expresión de uno de sus oradores, vive en la lucha y merced a la lucha? El régimen parlamentario vive de la discusión; ¿cómo, pues, va a prohibir que se discuta? Todo interés, toda institución social se convierten aquí en ideas generales, se ventilan bajo forma de ideas; ¿cómo, pues, algún interés, alguna institución van a situarse por encima del pensamiento e imponerse como artículo de fe? La lucha de los oradores en la tribuna provoca la lucha de los plumíferos de la prensa, el club de debates del parlamento se complementa necesariamente con los clubs de debates de los salones y de las tabernas, los representantes que apelan continuamente a la opinión del pueblo autorizan a la opinión del pueblo para expresar en peticiones su verdadera opinión. El régimen parlamentario lo deja todo a la decisión de las mayorías; ¿cómo, pues, no van a querer decidir las grandes mayorías fuera del parlamento? Si los que están en las cimas de Estado tocan el violín, ¿qué cosa más natural sino que los que están abajo bailen?

Por tanto, cuando la burguesía excomulga como *«socialista»* lo que antes ensalzaba como *«liberal»*, confiesa que su propio interés le ordena esquivar el peligro de su *Gobierno propio*, que para poder imponer la tranquilidad en el país tiene que imponérsela ante todo a su parlamento burgués, que para mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político; que los individuos burgueses sólo pueden seguir explotando a otras clases y disfrutando apaciblemente de la propiedad, la familia, la religión y el orden bajo la condición de que su clase sea condenada con las otras clases a la misma nulidad política; que para salvar la bolsa, hay que renunciar a la corona, y que la espada que había de protegerla tiene que pender al mismo tiempo sobre su propia cabeza como la espada de Damocles.

En el campo de los intereses generales de la burguesía, la Asamblea Nacional se mostró tan improductiva, que, por ejemplo, los debates sobre el ferrocarril París-Aviñón, comenzados en el invierno de 1850, no habían terminado todavía el 2 de diciembre de 1851. Donde no se trataba de oprimir, de actuar reaccionariamente, estaba condenada a una esterilidad incurable.

Mientras el ministerio de Bonaparte tomaba en parte la iniciativa de leyes en el espíritu del partido del orden, y en parte exageraba todavía más su severidad en la ejecución y manejo de las mismas, el propio Bonaparte intentaba, mediante propuestas puerilmente necias, ganar popularidad, poner de manifiesto su antagonismo con la Asamblea Nacional y apuntar al designio secreto de abrir al pueblo francés sus tesoros ocultos, designio cuya ejecución sólo impedían provisionalmente las circunstancias. Así, la proposición de decretar un aumento de cuatro *sous** diarios para los sueldos de los suboficiales. Así, la proposición de crear un Banco para conceder créditos de honor a los obreros. Obtener dinero regalado y prestado: he aquí la perspectiva con que esperaba que las masas picasen en el anzuelo. Regalar y recibir prestado: a eso se limita la ciencia financiera del lumpemproletariado, lo mismo del distinguido que del vulgar. A esto se limitaban los resortes que Bonaparte sabía poner en movimiento. Jamás un pretendiente ha especulado más simplemente sobre la simpleza de las masas.

La Asamblea Nacional montó repetidas veces en cólera ante estos intentos innegables de ganar popularidad a costa suya, ante el peligro creciente de que este aventurero, al que le espoleaban las deudas y al que no contenía el temor de perder ninguna reputación adquirida osase un golpe desesperado. La desarmonía entre el partido del orden y el presidente había adoptado ya un

* Moneda de cinco céntimos. (*N. de la Edit.*)

carácter amenazador, cuando un acontecimiento inesperado volvió a echar a éste, arrepentido, en brazos de aquél. Nos referimos a *las elecciones parciales del 10 de marzo de 1850*. Estas elecciones se celebraron para cubrir los puestos de diputados que la prisión o el destierro habían dejado vacantes después del 13 de junio. París sólo eligió a candidatos socialdemócratas. Concentró incluso la mayoría de los votos en un insurrecto de junio de 1848, en De Flotte. La pequeña burguesía de París, aliada al proletariado, se vengaba así de su derrota del 13 de junio de 1849. Parecía como si sólo se hubiese retirado del campo de batalla en el momento de peligro para volver a pisarlo, con una masa mayor de fuerzas combativas y con una consigna de guerra más audaz, al presentarse la ocasión propicia. Una circunstancia parecía aumentar el peligro de esta victoria electoral. El ejército votó en París por el insurrecto de junio, contra La Hitte, un ministro de Bonaparte, y en los departamentos votó en gran parte por los «montañeses», que también aquí, aunque no de un modo tan decisivo como en París, afirmaron la supremacía sobre sus adversarios.

Bonaparte viose, de pronto, colocado otra vez frente a la revolución. Lo mismo que el 29 de enero de 1849, lo mismo que el 13 de junio de 1849, el 10 de marzo de 1850 desapareció detrás del partido del orden. Se inclinó, pidió pusilánimemente perdón, se brindó a nombrar cualquier ministerio que la mayoría parlamentaria ordenase, suplicó incluso a los jefes de partido, orleanistas y legitimistas, a los Thiers, a los Berryer, a los Broglie, a los Molé, en una palabra, a los llamados «burgraves»[155] a que empuñasen ellos mismos el timón del Estado. El partido del orden no supo aprovechar este momento único. En vez de tomar audazmente el poder que le ofrecían, no obligó siquiera a Bonaparte a reponer el ministerio destituido el 1 de noviembre; se contentó con humillarle mediante el perdón y con incorporar al ministerio d'Hautpoul al señor *Baroche*. Este Baroche había vomitado furia como acusador público, una vez contra los revolucionarios del 15 de mayo y otra contra los demócratas del 13 de junio, ante el Tribunal Supremo del Bourges, ambas veces por atentado contra la Asamblea Nacional. Ninguno de los ministros de Bonaparte había de contribuir más a desprestigiar a la Asamblea Nacional, y después del 2 de diciembre de 1851 lo volvemos a encontrar, bien instalado y espléndidamente retribuido, de vicepresidente del Senado. Había escupido en la sopa de los revolucionarios, para que luego se la comiese Bonaparte.

Por su parte, el Partido Socialdemócrata sólo parecía acechar pretextos para poner de nuevo en tela de juicio su propia victoria

y mellarla. Vidal, uno de los diputados recién elegidos en París, había salido elegido también por Estrasburgo. Le convencieron de que rechazase el acta de París y optase por la de Estrasburgo. Por tanto, en vez de dar a su victoria en el terreno electoral un carácter definitivo, obligando con ello al partido del orden a discutírsela inmediatamente en el parlamento; en vez de empujar así al adversario a la lucha en el momento de entusiasmo popular y aprovechando el estado de espíritu favorable del ejército, el partido democrático aburrió a París durante los meses de marzo y abril con una nueva campaña de agitación electoral, dejó que las pasiones populares excitadas se extenuasen en este nuevo juego de escrutinio provisional, que la energía revolucionaria se saciase con éxitos constitucionales, se gastase en pequeñas intrigas, hueras declamaciones y movimientos aparentes, que la burguesía se concentrase y tomase sus medidas, y, finalmente, que la significación de las elecciones de marzo encontrase, en la votación parcial de abril, con la elección de Eugenio Sue, un comentario sentimental suavizador. En una palabra, le hizo al 10 de marzo una broma de 1 de abril.

La mayoría parlamentaria comprendió la debilidad de su adversario. Sus diecisiete burgraves —pues Bonaparte les había entregado la dirección y la responsabilidad del ataque— elaboraron una nueva ley electoral, cuyo proyecto se confió al señor Faucher, quien recabó para sí este honor. La ley fue presentada por él el 8 de mayo; en ella, se abolía el sufragio universal, se imponía como condición que el elector llevase tres años domiciliado en el punto electoral, y finalmente, a los obreros se les condicionaba la prueba de este domicilio al testimonio de su patrono.

Toda la excitación y toda la furia revolucionaria de los demócratas durante la lucha constitucional de las elecciones se convirtieron en prédicas constitucionales, recomendando, ahora que se trataba de probar con las armas en la mano que aquellos triunfos electorales habían ido en serio: orden, calma mayestática (*calme majestueux*), actitud legal, es decir, sumisión ciega a la voluntad de la contrarrevolución, que se imponía insolentemente como ley. Durante el debate, la Montaña avergonzó al partido del orden, haciendo valer contra su pasión revolucionaria la actitud desapasionada del hombre de bien que no se sale del terreno legal y fulminándole con el espantoso reproche de que se comportaba revolucionariamente. Hasta los diputados recién elegidos se esforzaron en demostrar, con su actitud correcta y reflexiva, cuán ignorantes eran quienes los denigraban como anarquistas e interpretaban su elección como una victoria revolucionaria. El 31 de mayo fue aprobada la nueva ley electoral. La Montaña se contentó con meter de contrabando una protesta en el bolsillo del presidente.

A la ley electoral le siguió una nueva ley de prensa, con la que quedaba suprimida de raíz toda la prensa diaria revolucionaria[242]. Era la suerte que se había merecido. El *National* y *La Presse*[139] —dos órganos burgueses—, quedaron después de este diluvio como la avanzada más extrema de la revolución.

Vimos que los jefes democráticos hicieron, durante los meses de marzo y abril, todo lo posible por embrollar al pueblo de París en una lucha ficticia y que después del 8 de mayo hicieron todo lo posible por contenerlo de la lucha real. No debemos, además, olvidar que el año 1850 fue uno de los años más brillantes de prosperidad industrial y comercial, y que, por tanto, el proletariado de París tenía trabajo en su totalidad. Pero la ley electoral del 31 de mayo de 1850 le apartaba de toda intervención en el poder político. Lo aislaba hasta del propio campo de la lucha. Volvía a precipitar a los obreros a la situación de parias en que vivían antes de la revolución de febrero. Al dejarse guiar por los demócratas frente a este acontecimiento y al olvidar el interés revolucionario de su clase ante un bienestar momentáneo, renunciaron al honor de ser una potencia conquistadora, se sometieron a su suerte, demostraron que la derrota de junio de 1848 los había incapacitado para luchar durante muchos años y que, por el momento, el proceso histórico tenía que pasar de nuevo *sobre* sus cabezas. En cuanto a la democracia pequeñoburguesa, que el 13 de junio había gritado: «¡Ah, pero si tocan al sufragio universal, ah, entonces!», se consolaba ahora pensando que el golpe contrarrevolucionario que se había descargado sobre ella no era tal golpe y que la ley del 31 de mayo no era tal ley. El segundo domingo de mayo de 1852, todo francés comparecerá en el palenque electoral, empuñando en una mano la papeleta de voto y en la otra la espada. Esta profecía le servía de satisfacción. Finalmente, el ejército volvió a ser castigado por sus superiores por las elecciones de marzo y abril de 1850, como lo había sido por las del 28 de mayo de 1849. Pero esta vez se dijo resueltamente: «¡La revolución no nos engañará por tercera vez!»

La ley del 31 de mayo de 1850 era el *coup d'état* de la burguesía. Todas sus victorias anteriores sobre la revolución tenían un carácter meramente provisional. Tan pronto como la Asamblea Nacional en funciones se retiraba de la escena, comenzaban a ser dudosas. Dependían del azar de unas nuevas elecciones generales, y la historia de las elecciones desde 1848 probaba irrefutablemente que en la misma proporción en que se desarrollaba el poder efectivo de la burguesía, ésta iba perdiendo su poder moral sobre las masas del pueblo. El 10 de marzo, el sufragio universal se pronunció directamente en contra de la dominación de la burguesía; la burguesía contestó proscribiendo el sufragio universal. La ley

del 31 de mayo era, pues, una de las necesidades impuestas por la lucha de clases. Por otra parte, la Constitución exigía, para que la elección del presidente de la República fuese válida, un mínimo de dos millones de votos. Si ninguno de los candidatos a la presidencia obtenía esta votación mínima, la Asamblea Nacional debería elegir al presidente entre los tres candidatos que obtuviesen más votos. Cuando la Constituyente dictó esta ley, había en el censo electoral diez millones de electores. Es decir, que a juicio de ella bastaba con los votos de una quinta parte del censo para que la elección del presidente fuese válida. La ley del 31 de mayo suprimió del censo electoral, por lo menos, tres millones de electores, redujo el número de éstos a siete millones y mantuvo, no obstante, la cifra mínima de dos millones para la elección del presidente. Por tanto, elevó el mínimo legal de una quinta parte a casi un tercio del censo; es decir, hizo todo lo posible por escamotear la elección del presidente de manos del pueblo, entregándola a manos de la Asamblea Nacional. Por donde el partido del orden parecía haber consolidado doblemente su dominación con la ley del 31 de mayo, al entregar la elección de la Asamblea Nacional y la del presidente de la república al arbitrio de la parte más estacionaria de la sociedad.

V

Después de superarse la crisis revolucionaria y abolirse el sufragio universal, estalló inmediatamente una nueva lucha entre la Asamblea Nacional y Bonaparte.

La Constitución había fijado el sueldo de Bonaparte en 600.000 francos. No había pasado medio año desde su instalación, cuando consiguió elevar esta suma al doble. Odilon Barrot arrancó a la Asamblea Constituyente un suplemento anual de 600.000 francos para los llamados gastos de representación. Después del 13 de junio, Bonaparte había expresado otra demanda igual, sin que esta vez Barrot le escuchase. Ahora, después del 31 de mayo, se aprovechó inmediatamente del momento favorable e hizo que sus ministros propusiesen a la Asamblea Nacional una lista civil de tres millones. Una larga y aventurera vida de vagabundo le había dotado de los tentáculos más perfectos para tantear los momentos de debilidad en que podía sacar dinero a sus burgueses. Era un chantaje en toda regla. La Asamblea Nacional había deshonrado la soberanía del pueblo con su ayuda y su connivencia. La amenazó con denunciar su delito ante el tribunal del pueblo si no aflojaba la bolsa y compraba su silencio con tres millones al año. La Asamblea Nacional había robado el voto a tres millones

de franceses. Bonaparte exigía por cada francés políticamente desvalorizado un franco en moneda circulante, lo que hacía un total exacto de tres millones de francos. El elegido por seis millones de electores reclama una indemnización por los votos que le han estafado después de su elección. La comisión de la Asamblea Nacional rechazó al importuno. La prensa bonapartista amenazó. ¿Podía la Asamblea Nacional romper con el presidente de la República, en un momento en que había roto fundamental y definitivamente con la masa de la nación? Por eso, aun denegando la lista civil anual, concedió por una sola vez un suplemento de 2.160.000 francos. Con ello, hacíase reo de una doble debilidad: la de conceder el dinero y la de revelar al mismo tiempo, con su irritación, que lo concedía de mala gana. Más adelante veremos para qué necesitaba Bonaparte este dinero. Tras este molesto epílogo que siguió a la supresión del sufragio universal, pisándolo los talones, y en el que Bonaparte cambió la humilde actitud que adoptara durante la crisis de marzo y abril por un retador cinismo frente al parlamento usurpador, la Asamblea Nacional suspendió sus sesiones por tres meses, desde el 11 de agosto hasta el 11 de noviembre. Dejó en su lugar una comisión permanente de 28 miembros, en la que no entraba ningún bonapartista, pero sí en cambio algunos republicanos moderados. En la comisión permanente de 1849 no había más que hombres de orden y bonapartistas. Pero entonces el partido del orden se declaraba permanentemente en contra de la revolución. Ahora, la república parlamentaria se declaraba permanentemente en contra del presidente. Después de la ley del 31 de mayo, el partido del orden ya no tenía enfrente más que este rival.

Cuando la Asamblea Nacional volvió a reunirse en noviembre de 1850, parecía inevitable que estallase, en vez de sus escaramuzas anteriores con el presidente, una gran lucha implacable, una lucha a vida o muerte entre los dos poderes.

Lo mismo que en 1849, durante las vacaciones parlamentarias de este año, el partido del orden se había dispersado en sus distintas fracciones, cada cual ocupada con sus propias intrigas restauradoras, a los que la muerte de Luis Felipe daba nuevo pábulo. El rey de los legitimistas, Enrique V, había llegado incluso a nombrar un ministerio formal, que residía en París y del que formaban parte miembros de la comisión permanente. Bonaparte quedaba, pues, autorizado para emprender a su vez jiras por los departamentos franceses y dejar escapar, recatada o abiertamente, según el estado de ánimo de la ciudad a la que regalaba con su presencia, sus propios planes de restauración, reclutando votos para sí. En estas jiras, que el gran *Moniteur* oficial y los pequeños «monitores» privados de Bonaparte, tenían, naturalmente, que

celebrar como cruzadas triunfales, le acompañaban constantemente afiliados de la *Sociedad del 10 de Diciembre*. Esta sociedad data del año 1849. Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y un general bonapartista a la cabeza de todas. Junto a *roués** arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, lazzaroni[119], carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzuelos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la *bohème*; con estos elementos, tan afines a él, formó Bonaparte la solera de la Sociedad del 10 de Diciembre, «Sociedad de beneficencia» en cuanto que todos sus componentes sentían, al igual que Bonaparte, la necesidad de beneficiarse a costa de la nación trabajadora. Este Bonaparte, que se erige en *jefe del lumpemproletariado*, que sólo en éste encuentra reproducidos en masa los intereses, que él personalmente persigue, que reconoce en esta hez, desecho y escoria de todas las clases, la única clase en la que puede apoyarse sin reservas, es el auténtico Bonaparte, el Bonaparte *sans phrase***. Viejo *roué* ladino, concibe la vida histórica de los pueblos y los grandes actos de Gobierno y de Estado como una comedia, en el sentido más vulgar de la palabra, como una mascarada, en que los grandes disfraces y las frases y gestos no son más que la careta para ocultar lo más mezquino y miserable. Así, en su expedición a Estrasburgo, el buitre suizo amaestrado desempeñó el papel de águila napoleónica. Para su incursión en Boulogne, embute a unos cuantos lacayos de Londres en uniformes franceses[243]. Ellos representan el ejército. En su Sociedad del 10 de Diciembre, reunió a 10.000 miserables del lumpen, que habían de representar al pueblo, como Nick Bottom representaba el león. En un momento en que la misma burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo, sin faltar a ninguna de las pedantescas condiciones de la etiqueta dramática francesa, y ella misma obraba a medias engañada y a medias convencida de la solemnidad de sus acciones y representaciones dramáticas, tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia. Sólo después de eliminar a su solemne adversario, cuando él mismo toma en serio su papel

---

* Libertinos. (*N. de la Edit.*)
** Sin frases. (*N. de la Edit.*)

imperial y cree representar, con su careta napoleónica, al auténtico Napoleón, sólo entonces es víctima de su propia concepción del mundo, el payaso serio que ya no toma a la historia universal por una comedia, sino su comedia por la historia universal. Lo que para los obreros socialistas habían sido los talleres nacionales* y para los republicanos burgueses los *gardes mobiles***, era para Bonaparte la Sociedad del 10 de Diciembre: la fuerza combativa de partido propia de él. Las secciones de esa sociedad, enviadas por grupos a las estaciones, debían improvisarle en sus viajes un público, representar el entusiasmo popular, gritar *Vive l'Empereur!****, insultar y apalear a los republicanos, naturalmente bajo la protección de la policía. En sus viajes de regreso a París, debían formar la vanguardia, adelantarse a las contramanifestaciones o dispersarlas. La Sociedad del 10 del Diciembre le pertenecía a él, era *su* obra, su idea más privativa. Todo lo demás de que se apropia se lo da la fuerza de las circunstancias, en todos sus hechos actúan por él las circunstancias o se limita a copiarlo de los hechos de otros; pero el Bonaparte que se presenta en público, ante los ciudadanos, con las frases oficiales del orden, la religión, la familia, la propiedad, y detrás de él la sociedad secreta de los Schufterle y los Spiegelberg, la sociedad del desorden, la prostitución y el robo, es el propio Bonaparte como autor original, y la historia de la Sociedad del 10 de Diciembre es su propia historia. Se había dado el caso de que representantes del pueblo pertenecientes al partido del orden habían sido apaleados por los decembristas. Más aún. El comisario de policía Yon, adscrito a la Asamblea Nacional y encargado de la vigilancia de su seguridad, denunció a la comisión permanente, basándose en el testimonio de un tal Alais, que una sección de decembristas había acordado asesinar al general Changarnier y a Dupin, presidente de la Asamblea Nacional, estando ya elegidos los individuos encargados de ejecutar este acuerdo. Se comprenderá el terror del señor Dupin. Parecía inevitable una investigación parlamentaria sobre la Sociedad del 10 de Diciembre, es decir, la profanación del mundo secreto bonapartista. Por eso, precisamente, antes de que volviera a reunirse la Asamblea Nacional, Bonaparte disolvió prudentemente su sociedad, claro está que sólo sobre el papel, pues todavía a fines de 1851, el prefecto de policía Carlier, en una extensa memoria, intentaba en vano moverle a disolver realmente a los decembristas.

La Sociedad del 10 de Diciembre había de seguir siendo el ejército privado de Bonaparte mientras éste no consiguiese conver-

* Véase el presente tomo, pág. 225 (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente tomo, págs. 224—225 (*N. de la Edit.*)
*** ¡Viva el Emperador! (*N. de la Edit.*)

tir el ejército público en una Sociedad del 10 de Diciembre. Bonaparte hizo la primera tentativa encaminada a esto poco después de suspenderse las sesiones de la Asamblea Nacional, y la hizo con el dinero que acababa de arrancarle a ésta. Como fatalista que es, abriga la convicción de que hay ciertos poderes superiores, a los que el hombre y sobre todo el soldado no se puede resistir. Entre estos poderes incluye, en primer término, los cigarros y el champagne, las aves frías y el salchichón adobado con ajo. Por eso, en los salones del Elíseo, empieza obsequiando a los oficiales y suboficiales con cigarros y champagne, aves frías y salchichón adobado con ajo. El 3 de octubre repite esta maniobra con las masas de tropa en la revista de St. Maur, y el 10 de octubre vuelve a repetirla en una escala todavía mayor en la revista militar de Satory. El tío se acordaba de las campañas de Alejandro en Asia, el sobrino se acuerda de las cruzadas triunfales de Baco en las mismas tierras. Alejandro era, ciertamente, un semidiós, pero Baco era un dios completo. Y, además, el dios tutelar de la Sociedad del 10 de Diciembre.

Después de la revista del 3 de octubre, la comisión permanente llamó a comparecer ante ella al ministro de la Guerra, d'Hautpoul. Este prometió que no volverían a repetirse aquellas infracciones de la disciplina. Sabido es cómo Bonaparte cumplió el 10 de octubre la palabra dada por d'Hautpoul. En ambas revistas había llevado el mando Changarnier, como comandante en jefe del ejército de París. Changarnier, que era a la vez miembro de la comisión permanente, jefe de la Guardia Nacional, el «salvador» del 29 de enero y del 13 de junio, el «baluarte de la sociedad», candidato del partido del orden para la dignidad presidencial, el presunto Monk de dos monarquías, no se había reconocido jamás hasta entonces subordinado al ministro de la Guerra, se había burlado siempre abiertamente de la Constitución republicana y había perseguido a Bonaparte con una arrogante protección equívoca. Ahora, se desvivía por la disciplina contra el ministro de la Guerra y por la Constitución contra Bonaparte. Mientras que el 10 de octubre una parte de la caballería dejó oír el grito de *Vive Napoléon! Vivent les saucissons!**, Changarnier hizo que por lo menos la infantería, que desfilaba al mando de su amigo Neumayer, guardase un silencio glacial. Como castigo, el ministro de la Guerra, acuciado por Bonaparte, relevó al general Neumayer de su puesto en París con el pretexto de entregarle el alto mando de la 14ª y la 15ª divisiones. Neumayer rehusó este cambio de destino y viose obligado así a pedir el retiro. Por su parte, Changarnier publicó el 2 de noviembre una

---

* ¡Viva Napoleón! ¡Vivan los salchichones! (*N. de la Edit.*)

orden de plaza en la que prohibía a las tropas gritos ni ninguna clase de manifestaciones políticas estando bajo las armas. Los periódicos elíseos[244] atacaron a Changarnier; los periódicos del partido del orden, a Bonaparte; la comisión permanente celebraba una sesión secreta tras otra, en las que se presentaba reiteradamente la proposición de declarar a la patria en peligro; el ejército parecía estar dividido en dos campos enemigos, con dos Estados Mayores enemigos, uno en el Elíseo, donde moraba Bonaparte, y otro en las Tullerías, donde moraba Changarnier. Sólo parecía faltar la reanudación de las sesiones de la Asamblea Nacional para que sonase la señal de la lucha. Al público francés estos rozamientos entre Bonaparte y Changarnier le merecían el mismo juicio que a aquel periodista inglés que los caracterizó en las siguientes palabras:

«Las criadas políticas de Francia barren la ardiente lava de la revolución con las viejas escobas, y se tiran del moño mientras ejecutan su faena».

Entretanto, Bonaparte se apresuró a destituir al ministro de la Guerra, d'Hautpoul, expidiéndolo precipitadamente a Argelia y nombrando para sustituirle en la cartera de ministro de la Guerra al general Schramm. El 12 de noviembre mandó a la Asamblea Nacional un mensaje de prolijidad norteamericana, recargado de detalles, oliendo a orden, ávido de reconciliación, lleno de resignación constitucional, en el que se trataba de todo lo divino y lo humano, menos de las *questions brûlantes** del momento. Como de pasada, dejaba caer las palabras de que con arreglo a las normas expresas de la Constitución, el presidente disponía por sí solo del ejército. El mensaje terminaba con estas palabras altisonantes:

«*Francia exige ante todo tranquilidad... Soy el único ligado por un juramento, y me mantendré dentro de los estrictos límites que me traza...* Por lo que a mí se refiere, elegido por el pueblo y no debiendo más que a éste mi poder, me someteré siempre a su voluntad legalmente expresada. Si en este período de sesiones acordáis la revisión constitucional, una Asamblea Constituyente reglamentará la posición del poder ejecutivo. En otro caso, el pueblo declarará solemnemente su decisión en 1852. Pero, cualesquiera que sean las soluciones del porvenir, lleguemos a una inteligencia, para que jamás la pasión, la sorpresa o la violencia decidan la suerte de una gran nación... Lo que sobre todo me preocupa no es saber quién va a gobernar a Francia en 1852, sino emplear el tiempo de que dispongo de modo que el período restante pase sin agitación y sin perturbaciones. Os he abierto sinceramente mi corazón, contestad vosotros a mi franqueza con vuestra confianza, a mi buen deseo con vuestra colaboración, y Dios se encargará del resto».

El lenguaje honesto, hipócritamente moderado, virtuosamente lleno de lugares comunes de la burguesía, descubre su más pro-

* Problemas candentes. (*N. de la Edit.*)

fundo sentido en labios de autócrata de la Sociedad del 10 de Diciembre y del héroe de las meriendas de St. Maur y Satory.

Los burgraves del partido del orden no se dejaron engañar ni un solo instante en cuanto al crédito que se podía dar a esa efusión cordial. Acerca de los juramentos estaban ya desde hacía mucho tiempo al cabo de la calle; entre ellos había veteranos, virtuosos del perjurio político, y el pasaje dedicado al ejército no se les pasó desapercibido. Observaron con desagrado que, en la prolija e interminable enumeración de las leyes recientemente promulgadas, el mensaje guardaba un silencio afectado acerca de la más importante de todas, la ley electoral, y más aún, que en caso de no revisión constitucional se dejaba al arbitrio del pueblo, para 1852, la elección del presidente. La ley electoral era el grillete atado a los pies del partido del orden, que le impedía andar, y no digamos lanzarse al asalto. Además, con la disolución oficial de la Sociedad del 10 de Diciembre y la destitución del ministro de la Guerra, d'Hautpoul, Bonaparte había sacrificado por su propia mano en el altar de la patria a las víctimas propiciatorias. Quitó la espina al choque que se esperaba. Finalmente, el mismo partido del orden procuró rehuir, atenuar, disimular temerosamente todo conflicto decisivo con el poder ejecutivo. Por miedo a perder las conquistas hechas contra la revolución dejó que su rival cosechase los frutos de ellas. «Francia exige ante todo tranquilidad». Así le venía gritando desde febrero * el partido del orden a la revolución, así le gritaba al partido del orden el mensaje de Bonaparte. «Francia exige ante todo tranquilidad». Bonaparte cometía actos encaminados a la usurpación, pero el partido del orden provocaba «agitación» si armaba ruido en torno a estos actos y los interpretaba de un modo hipocondríaco. Los salchichones de Satory no despegaban los labios si nadie hablaba de ellos. «Francia exige ante todo tranquilidad». Es decir Bonaparte exigía que se le dejase hacer tranquilamente lo que quería, y el partido parlamentario sentíase paralizado por un doble temor: por el temor de provocar la agitación revolucionaria y por el temor de aparecer como el perturbador de la tranquilidad a los ojos de su propia clase, a los ojos de la burguesía. Por tanto que Francia exigía ante todo tranquilidad, el partide del orden no se atrevió, después de que Bonaparte, en su mensaje, había hablado de «paz», a contestar con «guerra». El público, que ya se relamía pensando en las grandes escenas de escándalo que se iban a producir al reanudarse las sesiones de la Asamblea Nacional, viose defraudado en sus esperanzas. Los diputados de la oposición que

* Febrero de 1848. (*N. de la Edit.*)

exigían que se presentasen las actas de la comisión permanente acerca de los acontecimientos de octubre fueron arrollados por los votos de la mayoría. Se rehuyeron por principio todos los debates que pudieran excitar los ánimos. Los trabajos de la Asamblea Nacional durante los meses de noviembre y diciembre de 1850 carecieron de interés.

Por último, hacia fines de diciembre, comenzó una guerra de guerrillas en torno a unas u otras prerrogativas del parlamento. El movimiento se sumió en minucias alrededor de las prerrogativas de ambos poderes, después que la burguesía, con la abolición del sufragio universal, se hubo desembarazado por el momento de la lucha de clases.

Se había ejecutado contra Mauguin, uno de los representantes de la nación, una sentencia judicial por deudas. A instancia del presidente del Tribunal, el ministro de Justicia, Rouher, declaró que podía dictarse sin más trámites mandato de arresto contra el deudor. Mauguin fue recluido, pues, en la cárcel de deudores. Al conocer el atentado, la Asamblea Nacional montó en cólera. No sólo ordenó que el preso fuese inmediatamente puesto en libertad, sino que aquella misma tarde mandó a su *greffier** a que le sacase por la fuerza de Clichy[229]. Sin embargo, para testimoniar su fe en la santidad de la propiedad privada y con la segunda intención de abrir, en caso de necesidad, un asilo para «montañeses» molestos, declaró válida la prisión por deudas de representantes del pueblo, previa autorización de la Asamblea Nacional. Se olvidó de decretar que también se podría meter en la cárcel por deudas al presidente de la República. Destruyó la última apariencia de inviolabilidad que rodeaba a los miembros de su propia corporación.

Recuérdese que el comisario de policía, Yon, había denunciado, basándose en el testimonio de un tal Alais, los planes de asesinato de Dupin y Changarnier, por una sección de decembristas. Ya en la primera sesión los cuestores presentaron en relación con esto la propuesta de crear una policía parlamentaria propia, pagada del presupuesto privado de la Asamblea Nacional e independiente en absoluto del prefecto de policía. El ministro del Interior, Baroche, protestó contra esta ingerencia en sus atribuciones. En vista de esto se llegó a una mísera transacción, según la cual el comisario de policía de la Asamblea sería pagado de su presupuesto privado y nombrado y destituido por sus cuestores, pero previo acuerdo con el ministro del Interior. Entre tanto, Alais había sido entregado por el Gobierno a los tribunales, y no fue difícil presentar sus declaraciones como falsas y proyectar, por

---

* Ujier. (*N. de la Edit.*)

boca del fiscal, un resplandor de ridículo sobre Dupin, Changarnier, Yon y toda la Asamblea Nacional. Ahora, el 29 de diciembre, el ministro Baroche escribe una carta a Dupin exigiendo la destitución de Yon. La Mesa de la Asamblea Nacional, asustada de la violencia con que había procedido en el asunto Mauguin y acostumbrada a que el poder ejecutivo le devolviera dos golpes por cada uno que ella le asestaba, no sanciona el acuerdo. Destituye a Yon en recompensa por el celo con que le había servido y se despoja de una prerrogativa parlamentaria inexcusable contra un hombre que no decide por la noche para ejecutar por el día, sino que decide por el día y ejecuta por la noche.

Hemos visto que la Asamblea Nacional, durante los meses de noviembre y diciembre, rehuyó, ahogó, en grandes y decisivas ocasiones, la lucha contra el poder ejecutivo. Ahora la vemos obligada a aceptar esta lucha por los motivos más mezquinos. En el asunto Mauguin, confirma en principio la prisión por deudas de los representantes de la nación, pero se reserva la posibilidad de aplicarla solamente a los representantes que no le sean gratos, y regatea por este infame privilegio con el ministro de Justicia. En vez de aprovecharse del supuesto plan de asesinato para abrir una investigación sobre la Sociedad del 10 de Diciembre y desenmascarar irremisiblemente a Bonaparte ante Francia y ante Europa, presentándolo en su verdadera faz, como la cabeza del lumpemproletariado de París, deja que la colisión descienda a un punto en que ya lo único que se ventila entre ella y el ministro del Interior es quién tiene competencia para nombrar y separar a un comisario de la policía. Así, vemos al partido del orden, durante todo este período, obligado por su posición equívoca, a convertir su lucha contra el poder ejecutivo en mezquinas discordias de competencias, minucias, leguleyerías, litigios de lindes, y a tomar como contenido de sus actividades las más insípidas cuestiones de forma. No se atreve a afrontar el choque en el momento en que éste tiene una significación de principio, en que el poder ejecutivo se ha comprometido realmente y en que la causa de la Asamblea Nacional sería la causa de toda la nación. Con ello daría a la nación una orden de marcha, y nada teme tanto como el que la nación se mueva. Por eso, en estas ocasiones, desecha las proposiciones de la Montaña y pasa al orden del día. Después de abandonarse así la cuestión litigiosa en sus grandes dimensiones, el poder ejecutivo espera tranquilamente el momento en que pueda volver a plantearla por motivos fútiles e insignificantes, allí donde sólo ofrezca, por decirlo así, un interés parlamentario puramente local. Y entonces estalla la ira contenida del partido del orden, entonces rasga el telón que oculta los bastidores, entonces denuncia

al presidente, entonces declara a la república en peligro; pero entonces su patetismo pierde también todo sabor y el motivo de la lucha aparece como un pretexto hipócrita e indigno de ser tomado en cuenta. La tempestad parlamentaria se convierte en una tempestad en un vaso de agua, la lucha en intriga, el choque en escándalo. Mientras la malignidad de las clases revolucionarias se ceba en la humillación de la Asamblea Nacional, pues estas clases se entusiasman por las prerrogativas parlamentarias de aquélla tanto como ella por las libertades públicas, la burguesía fuera del parlamento no comprende cómo la burguesía de dentro del parlamento puede derrochar el tiempo en tan mezquinas querellas y comprometer la tranquilidad con tan míseras rivalidades con el presidente. La mete en confusión una estrategia que sella la paz en los momentos en que todo el mundo espera batallas y ataca en los momentos en que todo el mundo cree que se ha sellado la paz.

El 20 de diciembre, Pascal Duprat interpeló al ministro del Interior sobre la lotería de los lingotes de oro. Esta lotería era una «hija del Elíseo»[245]. Bonaparte la había traído al mundo con sus leales, y el prefecto de policía, Carlier, la había tomado bajo la protección oficial, a pesar de que la ley en Francia prohíbe toda clase de loterías, fuera de los sorteos hechos para fines de beneficencia. Siete millones de billetes por valor de un franco cada uno, y la ganancia destinada, al parecer, a embarcar a vagabundos de París para California. De una parte se quería que los sueños dorados desplazasen los sueños socialistas del proletariado parisino, la tentadora perspectiva del premio gordo desplazase el derecho doctrinario al trabajo. Naturalmente, los obreros de París no reconocieron en el brillo de los lingotes de oro de California los opacos francos que les habían sacado del bolsillo con engaños. Pero, en lo fundamental, tratábase de una estafa directa. Los vagabundos que querían encontrar minas de oro californianas sin moverse de París, eran el propio Bonaparte y los caballeros comidos de deudas que formaban su Tabla redonda. Los tres millones concedidos por la Asamblea Nacional se los habían gastado ya alegremente, y había que volver a llenar la caja como fuese. En vano había abierto Bonaparte una suscripción nacional para construir las llamadas *cités ouvriéres**, a cuya cabeza figuraba él mismo, con una suma considerable. Los burgueses, duros de corazón, aguardaron a que desembolsase el capital suscrito, y como, naturalmente, el desembolso no se efectuó, la especulación sobre aquellos castillos socialistas en el aire se vino chabacanamente a tierra. Los lingotes de oro dieron mejor resultado.

* Colonias obreras. (*N. de la Edit.*)

Bonaparte y consortes no se contentaron con embolsarse una parte del remanente de los siete millones que quedaba después de cubrir el valor de las barras sorteadas, sino que fabricaron diez, quince y hasta veinte billetes falsos del mismo número. ¡Operaciones financieras en el espíritu de la Sociedad del 10 de Diciembre! Aquí la Asamblea Nacional no tenía enfrente al ficticio presidente de la República, sino al Bonaparte de carne y hueso. Aquí, podía cogerle *in fraganti*, transgrediendo no ya la Constitución, sino el *Code pénal**. Si ante la interpelación de Duprat la Asamblea pasó al orden del día, no fue solamente porque la enmienda de Girardin de declararse *satisfait* traía a la memoria del partido del orden su corrupción sistemática. El burgués, y sobre todo el burgués hinchado en estadista, complementa su vileza práctica con su grandilocuencia teórica. Como estadista, se convierte, al igual que el poder del Estado que tiene enfrente, en un ser superior, al que sólo se le puede combatir de un modo superior, solemne.

Bonaparte, que precisamente como *bohémien*, como lumpemproletario principesco, le llevaba al truhán burgués la ventaja de que podía librar la lucha con medios rastreros, vio ahora, después de que la propia Asamblea le había ayudado a cruzar, llevándole de la mano, el suelo resbaladizo de los banquetes militares, de las revistas, de la Sociedad del 10 de Diciembre y, por último, del *Code pénal*, llegado el momento en que podía pasar de la aparente defensiva a la ofensiva. Las pequeñas derrotas del ministro de Justicia, del ministro de la Guerra, del ministro de Marina, del ministro de Hacienda, que se le atravesaban en el camino y con las que la Asamblea Nacional hacía manifiesto su descontento gruñón, no le molestaban gran cosa. No sólo impidió que los ministros dimitiesen, reconociendo con ello la subordinación del poder ejecutivo al parlamento, sino que ahora pudo llevar ya a efecto la obra que había comenzado durante las vacaciones de la Asamblea Nacional; desgajar del parlamento el poder militar, *destituir a Changarnier*.

Un periódico elíseo publicó una orden de plaza, dirigida, durante el mes de mayo, al parecer, a la primera división del ejército y procedente, por tanto, de Changarnier, en la que se recomendaba a los oficiales, en caso de sublevación, no dar cuartel a los traidores dentro de sus propias filas, fusilarlos inmediatamente y rehusar a la Asamblea Nacional las tropas, si ésta llegaba a requerirlas. El 3 de enero de 1851 se interpeló al Gobierno acerca de esta orden de plaza. Para examinar este asunto pide primero tres meses, luego una semana y por último sólo veinti-

---

* Código penal. (*N. de la Edit.*)

cuatro horas de reflexión. La Asamblea insiste en que se dé una explicación inmediata. Changarnier se levanta y declara que aquella orden de plaza jamás ha existido. Añade que se apresurará en todo momento a atender a los requerimientos de la Asamblea Nacional y que, en caso de colisión, ésta puede contar con él. La Asamblea acoge su declaración con indescriptibles aplausos y le concede un voto de confianza. La Asamblea Nacional resigna sus poderes, decreta su propia impotencia y la omnipotencia del ejército, al colocarse bajo la protección privada de un general; pero el general se equivoca, poniendo a disposición de la Asamblea, contra Bonaparte, un poder que sólo tiene en precario del propio Bonaparte y esperando, a su vez, protección de este parlamento, de su protegido, necesitado él mismo de protección. Pero Changarnier cree en el poder misterioso de que la burguesía le ha dotado desde el 29 de enero de 1849. Se considera como el tercer poder al lado de los otros dos poderes del Estado. Comparte la suerte de los demás héroes, o, mejor dicho, santos de esta época, cuya grandeza consiste precisamente en la gran opinión interesada que sus partidos se forman de ellos y que quedan reducidos a figuras mediocres tan pronto como las circunstancias los invitan a hacer milagros. El descreimiento es siempre el enemigo mortal de estos héroes supuestos y santos reales. De aquí su noble indignación moral contra los bromistas y burlones carentes de entusiasmo.

Aquella misma noche fueron llamados los ministros al Elíseo. Bonaparte acucia para que sea destituido Changarnier, cinco ministros se niegan a firmar la destitución, el *Moniteur* anuncia una crisis ministerial y la prensa del orden amenaza con la formación de un ejército parlamentario bajo el mando de Changarnier. El partido del orden tenía atribuciones constitucionales para dar este paso. Le bastaba con nombrar a Changarnier presidente de la Asamblea Nacional y requerir cualquier cantidad de tropas para velar por su seguridad. Podía hacerlo con tanta más seguridad cuanto que Changarnier se hallaba todavía realmente al frente del ejército y de la Guardia Nacional de París y sólo acechaba el momento de ser requerido en unión del ejército. La prensa bonapartista no se atrevía siquiera a poner en tela de juicio el derecho de la Asamblea Nacional a requerir directamente las tropas, escrúpulo jurídico que en aquellas circunstancias no auguraba ningún éxito. Y, si se tiene en cuenta que Bonaparte tuvo que buscar en todo París durante ocho días para encontrar por fin a dos generales —Baraguay d'Hilliers y Saint-Jean d'Angely—, que se declararan dispuestos a refrendar la destitución de Changarnier, parece lo más verosímil que el ejército hubiese respondido a la orden de la Asamblea Nacional. En cam-

bio, es más que dudoso que el partido del orden hubiera encontrado en sus propias filas y en el parlamento el número de votos necesario para este acuerdo, si se advierte que ocho días después se separaron de él 286 votos y que la Montaña rechazó una propuesta semejante, incluso en diciembre de 1851, en la hora final de la decisión. No obstante, quizá, los burgraves hubiesen conseguido todavía arrastrar a la masa de su partido a un heroísmo que consistía en sentirse seguros detrás de un bosque de bayonetas y en aceptar los servicios de un ejército que había desertado a su campo. En vez de hacer esto, los señores burgraves se trasladaron al Elíseo en la noche del 6 de enero para hacer desistir a Bonaparte, mediante giros y reparos de ingeniosos estadistas, de la destitución de Changarnier. Cuando se trata de convencer a alguien, es porque se le reconoce como el dueño de la situación. Bonaparte, asegurado por este paso, nombra el 12 de enero un nuevo ministerio, en el que continúan los jefes del antiguo, Fould y Baroche. Saint-Jean d'Angely es nombrado ministro de la Guerra, el *Moniteur* publica el decreto de destitución de Changarnier, y su mando se divide entre Baraguay d'Hilliers, al que se le asigna la primera división, y Perrot, que se hace cargo de la Guardia Nacional. Se le da el pasaporte al «baluarte de la sociedad», y si ninguna piedra cae de los tejados, suben en cambio las cotizaciones de la Bolsa.

El partido del orden, dando una repulsa al ejército, que se pone a su disposición en la persona de Changarnier, y entregándoselo así de modo irrevocable al presidente, declara que la burguesía ha perdido la vocación de gobernar. Ya no existía un Gobierno parlamentario. Al perder el asidero del ejército y de la Guardia Nacional, ¿qué medio de fuerza le quedaba para afirmar a un mismo tiempo el poder usurpado del parlamento sobre el pueblo y su poder constitucional contra el presidente? Ninguno. Sólo le quedaba la apelación a estos principios inermes que él mismo había interpretado siempre como meras reglas generales y que se prescribían a otros para poder uno moverse con mayor libertad. Con la destitución de Changarnier y la entrega del poder militar a Bonaparte, termina la primera parte del período que estamos examinando, el período de la lucha entre el partido del orden y el poder ejecutivo. La guerra entre ambos poderes se declara ahora abiertamente, se libra abiertamente, pero cuando ya el partido del orden ha perdido sus armas y soldados. Sin ministerio, sin ejército, sin pueblo, sin opinión pública, sin ser ya, desde su ley electoral de 31 de mayo, representante de la nación soberana, sin ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada, la Asamblea Nacional va convirtiéndose poco a poco en un *antiguo parlamento francés*[246], que debe entregar la iniciativa al Gobierno

y contentarse por su parte con gruñidos de recriminación *post festum**.

El partido del orden recibe al nuevo ministerio con una avalancha de indignación. El general Bedeau evoca en el recuerdo la benignidad de la comisión permanente durante las vacaciones y los excesivos miramientos con que había renunciado a la publicación de las actas de sus sesiones. Por su parte, el ministro del Interior insiste en la publicación de estas actas que son ya, naturalmente, tan sosas como agua estancada, que no descubren ningún hecho nuevo y no producen el menor efecto al público hastiado. A propuesta de Rémusat, la Asamblea Nacional se retira a sus despachos y nombra un «Comité de medidas extraordinarias». París no se sale de los carriles de su orden cotidiano, con tanta mayor razón, cuanto que en este momento el comercio prospera, las manufacturas trabajan, los precios del trigo están bajos, los víveres abundan, en las cajas de ahorros ingresan todos los días cantidades nuevas. Las «medidas extraordinarias», tan estrepitosamente anunciadas por el parlamento, quedan reducidas, el 18 de enero, a un voto de desconfianza contra los ministros, sin que se mencione siquiera el nombre del tal general Changarnier. El partido del orden viose obligado a dar al voto este giro para asegurarse los votos de los republicanos, ya que de todas las medidas del ministerio, éstos sólo aprobaban la destitución de Changarnier, mientras que el partido del orden no podía en realidad censurar los demás actos ministeriales, dictados por él mismo.

El voto de desconfianza del 18 de enero se decidió por 415 votos contra 286. Por tanto, sólo pudo sacarse adelante mediante una *coalición* de los legitimistas y orleanistas extremados con los republicanos puros y la Montaña. Este voto probaba, pues, que el partido del orden no sólo había perdido el ministerio y el ejército, sino que en los conflictos con Bonaparte había perdido también su mayoría parlamentaria independiente, que un tropel de diputados había desertado de su campo por el espíritu de componendas llevado al fanatismo, por miedo a la lucha, por cansancio, por consideraciones de parentesco hacia los sueldos del Estado, tan entrañables para ellos, especulando con las vacantes de ministros (Odilon Barrot), por ese mezquino egoísmo con que el burgués corriente se inclina siempre a sacrificar a este o al otro motivo privado el interés general de su clase. Desde el principio, los diputados bonapartistas sólo se unían al partido del orden en la lucha contra la revolución. El jefe del partido católico, Montalembert, había puesto ya por entonces su influencia en el

* *Después de la fiesta*, es decir, con retraso. (*N. de la Edit.*)

platillo de Bonaparte, pues desesperaba de la vitalidad del partido parlamentario. Finalmente, los caudillos de este partido, Thiers y Berryer, el orleanista y el legitimista, viéronse obligados a proclamarse abiertamente republicanos, a reconocer que, aunque su corazón era monárquico, su cabeza abrigaba ideas republicanas y que la república parlamentaria era la única forma posible para la dominación de toda la burguesía. De este modo se vieron obligados a estigmatizar ellos mismos ante los ojos de la clase burguesa, como una intriga tan peligrosa como descabellada, los planes de restauración que seguían urdiendo impertérritos a espaldas del parlamento.

El voto de desconfianza del 18 de enero fue un golpe contra los ministros y no contra el presidente. Pero no había sido el ministerio, sino el presidente quien había destituido a Changarnier. ¿Iba el partido del orden a formular un acta de acusación contra Bonaparte? ¿Por sus veleidades de restauración? Estas no eran más que el complemento de las suyas propias. ¿Por su conspiración en las revistas militares y en la Sociedad del 10 de Diciembre? Hacía ya mucho tiempo que se habían enterrado estos temas bajo simples órdenes del día. ¿Por la destitución del héroe del 29 de enero y del 13 de junio, del hombre que en mayo de 1850 amenazaba en caso de revuelta con pegar fuego a París por los cuatro costados? Sus aliados de la Montaña y Cavaignac no le permitían siquiera sostener al caído «baluarte de la sociedad» mediante una manifestación oficial de condolencia. Los del partido del orden no podían discutir al presidente la facultad constitucional de destituir a un general. Sólo se enfurecían porque habían hecho un uso no parlamentario de su derecho constitucional. ¿No habían hecho ellos constantemente un uso inconstitucional de sus prerrogativas parlamentarias, sobre todo al abolir el sufragio universal? Estaban obligados, pues, a moverse estrictamente dentro de los límites parlamentarios. Y hacía falta padecer aquella peculiar enfermedad que desde 1848 viene haciendo estragos en todo el continente, *el cretinismo parlamentario*, enfermedad que aprisiona como por encantamiento a los contagiados en un mundo imaginario, privándoles de todo sentido, de toda memoria, de toda comprensión del rudo mundo exterior; hacía falta padecer este cretinismo parlamentario, para que quienes habían por sus propias manos destruido y tenían necesariamente que destruir, en su lucha con otras clases, todas las condiciones del poder parlamentario, considerasen todavía como triunfos sus triunfos parlamentarios y creyesen dar en el blanco del presidente cuando disparaban contra sus ministros. No hacían más que darle una ocasión para humillar nuevamente a la Asamblea Nacional a los ojos de la nación. El 20 de enero, el *Moniteur*

anunció que había sido aceptada la dimisión de todo el ministerio. Bajo el pretexto de que ningún partido parlamentario tenía ya la mayoría, como lo demostraba el voto del 18 de enero, fruto de la coalición entre la Montaña y los monárquicos, y esperando a la formación de una nueva mayoría, Bonaparte nombró un llamado ministerio-puente, en el que no figuraba ningún diputado y en el que todos sus componentes eran individuos completamente desconocidos e insignificantes, un ministerio de simples recaderos y escribientes. El partido del orden podía ahora desgastarse en el juego con estas marionetas; el poder ejecutivo no creyó que valía siquiera la pena de estar seriamente representado en la Asamblea Nacional. Cuanto más simples coristas fuesen sus ministros, más visiblemente concentraba Bonaparte en su persona todo el poder ejecutivo, mayor margen de libertad tenía para explotarlo al servicio de sus fines.

El partido del orden, coligado con la Montaña, se vengó desechando la dotación presidencial de 1.800.000 francos que el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre había obligado a sus recaderos ministeriales a presentar. Esta vez, la votación se decidió por una mayoría de sólo 102 votos; es decir, que desde el 18 de enero habían vuelto a desertar 27 votos; la descomposición del partido del orden seguía su curso. Al mismo tiempo, para que en ningún momento pudiera caber engaño acerca del sentido de su coalición con la Montaña, no se dignó tomar siquiera en consideración una proposición encaminada a la amnistía general de los presos políticos, firmada por 189 diputados de la Montaña. Bastó con que el ministro del Interior, un tal Vaïsse declarase que el orden sólo era aparente, que reinaba gran agitación secreta, que sociedades omnipresentes se organizaban secretamente, que los periódicos democráticos se preparaban para reaparecer, que los informes de las provincias eran desfavorables, que los emigrados de Ginebra tendían, a través de Lyon, una conspiración por todo el sur de Francia, que Francia estaba al borde de una crisis industrial y comercial, que los fabricantes de Roubaix habían reducido la jornada de trabajo, que los presos de Belle-Isle[247] se habían sublevado; bastó con que hasta un Vaïsse conjurase el espectro rojo, para que el partido del orden rechazase, sin discutirla siquiera, una proposición que habría valido a la Asamblea Nacional una enorme popularidad y habría obligado a Bonaparte a echarse de nuevo en sus brazos. En vez de dejarse intimidar por el poder ejecutivo con la perspectiva de nuevos desórdenes, habría debido, por el contrario, dejar a la lucha de clases un pequeño margen, para mantener bajo su dependencia al poder ejecutivo. Pero no se sentía a la altura de la misión de jugar con fuego.

Entretanto, el llamado ministerio-puente fue vegetando hasta mediados de abril. Bonaparte cansó, chasqueó a la Asamblea Nacional con constantes combinaciones de nuevos ministerios. Tan pronto parecía querer formar un ministerio republicano con Lamartine y Billault, como un ministerio parlamentario, con el inevitable Odilon Barrot, cuyo nombre no puede faltar cuando hace falta un cándido, o un ministerio legitimista, con Vatimesnil y Benosit d'Azy, o un ministerio orleanista, con Maleville. Y mientras de este modo màntiene en tensión a las diversas fracciones del partido del orden unas contra otras y las atemoriza a todas con la perspectiva de un ministerio republicano y con la restauración entonces inevitable del sufragio universal, suscita en la burguesía la convicción de que sus esfuerzos sinceros por lograr un ministerio parlamentario se estrellan contra la actitud irreconciliable de las fracciones realistas. Pero la burguesía clamaba tanto más estentóreamente por un «gobierno fuerte», encontraba tanto más imperdonable dejar a Francia «sin administración», cuanto más parecía estar en marcha una crisis comercial general, que laboraba en las ciudades en pro del socialismo como laboraba en el campo el bajo precio ruinoso del trigo. El comercio languidecía cada día más, los brazos parados aumentaban visiblemente, en París había por lo menos 10.000 obreros sin pan; en Ruán, Mulhouse, Lyon, Roubaix, Tourcoing, Saint-Etienne, Elbeuf, etc., se paralizaban innumerables fábricas. En estas circunstancias, Bonaparte pudo atreverse a restaurar, el 11 de abril, el ministerio del 18 de enero, con los señores Rouher, Fould, Baroche, etc., reforzados por el señor Léon Faucher, a quien la Asamblea Constituyente, durante sus últimos días, por unanimidad, con la sola excepción de los votos de cinco ministros, había estigmatizado con un voto de desconfianza por la difusión de telegramas falsos. Por tanto, la Asamblea Nacional había conseguido el 18 de enero un triunfo sobre el ministerio, había luchado durante tres meses contra Bonaparte para que el 11 de abril Fould y Baroche pudiesen recibir en su alianza ministerial, como tercero, al puritano Faucher.

En noviembre de 1849, Bonaparte se había contentado con un ministerio *no parlamentario* y en enero de 1851 con un ministerio *extraparlamentario*; el 11 de abril, se sintió ya lo bastante fuerte para formar un ministerio *antiparlamentario*, en el que se unían armónicamente los votos de desconfianza de ambas Asambleas, la Constituyente y la Legislativa, la republicana y la realista. Esta gradación de ministerios era el termómetro por el que el parlamento podía medir el descenso de su propio calor vital. A fines de abril, éste había caído tan bajo, que Persigny pudo invitar a Changarnier, en una entrevista personal, a pasarse

al campo del presidente. Le aseguró que Bonaparte consideraba completamente destruida la influencia de la Asamblea Nacional y que estaba preparada ya la proclama que había de publicarse después del *coup d'état*, constantemente proyectado, pero otra vez accidentalmente aplazado. Changarnier comunicó a los caudillos del partido del orden la esquela mortuoria, pero, ¿quién cree que las picaduras de las chinches matan? Y el parlamento, con estar tan derrotado, tan descompuesto, tan corrompido, no podía resistirse a ver en el duelo con el grotesco jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre algo más que el duelo con una chinche. Pero, Bonaparte contestó al partido del orden como Agesilao al rey Agis: «*Te parezco un ratón, pero algún día te pareceré un león*»[248].

VI

La coalición con la Montaña y los republicanos puros, a que el partido del orden se veía condenado, en sus vanos esfuerzos por retener el poder militar y reconquistar la suprema dirección del poder ejecutivo, demostraba irrefutablemente que había perdido su *mayoría parlamentaria propia*. La mera fuerza del calendario, la manecilla del reloj, dio el 28 de mayo la señal para su completa desintegración. Con el 28 de mayo comienza el último año de vida de la Asamblea Nacional. Esta tenía que decidirse ahora por seguir manteniendo intacta la Constitución o por revisarla. Pero la revisión constitucional no quería decir solamente dominación de la burguesía o de la democracia pequeñoburguesa, democracia o anarquía proletaria, república parlamentaria o Bonaparte, sino que quería decir también Orleáns o Borbón. Con esto, se echó a rodar en el parlamento la manzana de la discordia, que por fuerza tenía que encender abiertamente el conflicto de intereses que dividían el partido del orden en fracciones enemigas. El partido del orden era una amalgama de sustancias sociales heterogéneas. El problema de la revisión creó la temperatura política que descompuso el producto en sus elementos originarios.

El interés de los bonapartistas por la revisión era sencillo. Para ellos, tratábase sobre todo de derogar el artículo 45, que prohibía la reelección de Bonaparte y la prórroga de sus poderes. No menos sencilla parecía la posición de los republicanos. Estos rechazaban incondicionalmente toda revisión, viendo en ella una conspiración urdida por todas partes contra la república. Y como disponía de *más de la cuarta parte de los votos* de la Asamblea Nacional y constitucionalmente eran necesarias las tres cuartas

partes para acordar válidamente la revisión y convocar la Asamblea encargada de llevarla a cabo, les bastaba con contar sus votos para estar seguros del triunfo. Y estaban seguros de triunfar.

Frente a estas posiciones tan claras, el partido del orden se hallaba metido en inextricables contradicciones. Si rechazaba la revisión, ponía en peligro el *statu quo*, no dejando a Bonaparte más que una salida, la de la violencia, entregando a Francia el segundo domingo de mayo de 1852, en el momento decisivo, a la anarquía revolucionaria, con un presidente que había perdido su autoridad, con un parlamento que hacía ya mucho que no la tenía y con un pueblo que aspiraba a reconquistarla. Si votaba por la revisión constitucional, sabía que votaba en vano y que sus votos fracasarían necesariamente ante el veto constitucional de los republicanos. Si, anticonstitucionalmente, declaraba válida la simple mayoría de votos, sólo podía confiar en dominar la revolución, sometiéndose sin condiciones a las órdenes del poder ejecutivo y erigía a Bonaparte en dueño de la Constitución, de la revisión constitucional y del propio partido del orden. Una revisión puramente parcial, que prorrogase los poderes del presidente abría el camino a la usurpación imperial. Una revisión general, que acortase la vida de la república, planteaba un conflicto inevitable entre las pretensiones dinásticas, pues las condiciones para una restauración borbónica y para una restauración orleanista no sólo eran distintas, sino que se excluían mutuamente.

La *república parlamentaria* era algo más que el terreno neutral en el que podían convivir con derechos iguales las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad territorial y la industria. Era la condición inevitable para su dominación *en común*, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad. Como realistas, volvían a caer en su antiguo antagonismo, en la lucha por la supremacía de la propiedad territorial o la del dinero, y la expresión suprema de este antagonismo, su personificación, eran sus mismos reyes, sus dinastías. De aquí la resistencia del partido del orden contra *la vuelta de los Borbones*.

El orleanista y diputado Creton había presentado periódicamente, en 1849, 1850, 1851, la proposición de derogar el decreto de destierro contra las familias reales. Y el parlamento daba, con la misma periodicidad, el espectáculo de una asamblea de realistas que se obstinaban en cerrar a sus reyes desterrados la puerta por la que podían retornar a la patria. Ricardo III había asesinado a Enrique VI con la observación de que era demasiado bueno para este mundo y estaba mejor en el cielo. Aquellos realistas declaraban que Francia no merecía volver a poseer sus

reyes. Obligados por la fuerza de las circunstancias, se habían convertido en republicanos y sancionaban repetidamente la decisión del pueblo que expulsaba a sus reyes de Francia.

La revisión constitucional (y las circunstancias obligaban a tomarla en cuenta) ponía en tela de juicio, a la par que la república, la dominación en común de las dos fracciones de la burguesía y resucitaba de nuevo, con la posibilidad de una restauración de la monarquía, la rivalidad de intereses que ésta había representado alternativamente y con preferencia, resucitaba la lucha por la supremacía de una fracción sobre la otra. Los diplomáticos del partido del orden creían poder dirimir la lucha amalgamando ambas dinastías, mediante una llamada *fusión* de los partidos realistas y de sus casas reales. La verdadera fusión de la restauración y de la monarquía de Julio era la república parlamentaria, en la que se borraban los colores orleanista y legitimista y las especies burguesas desaparecían en el burgués a secas, en el burgués como género. Pero ahora se trataba de que el orleanista se hiciese legitimista y el legitimista orleanista. Se quería que la monarquía, encarnación de su antagonismo, pasase a encarnar su unidad, que la expresión de sus intereses fraccionales exclusivos se convirtiese en expresión de su interés común de clase, que la monarquía hiciese lo que sólo podía hacer y había hecho la abolición de dos monarquías, la República. Era la piedra filosofal, en cuyo descubrimiento se quebraban la cabeza los doctores del partido del orden. ¡Como si la monarquía legítima pudiera convertirse nunca en la monarquía del burgués industrial o la monarquía burguesa en la monarquía de la aristocracia tradicional de la tierra! ¡Como si la propiedad territorial y la industria pudiesen hermanarse bajo *una* sola corona, cuando ésta sólo podía ceñir una cabeza, la del hermano mayor o la del menor! ¡Como si la industria pudiese avenirse nunca con la propiedad territorial, mientras ésta no se decide a hacerse industrial! Aunque Enrique V muriese mañana, el conde de París no se convertiría por ello en rey de los legitimistas, a menos que dejase de serlo de los orleanistas. Sin embargo, los filósofos de la fusión, que se engreían a medida que el problema de la revisión iba pasando al primer plano, que hicieron de la *Assemblée Nationale*[156] su órgano diario oficial y que incluso vuelven a laborar en ese momento (febrero de 1852), buscaban la explicación de todas las dificultades en la resistencia y la rivalidad de ambas dinastías. Los intentos de reconciliar a la familia de Orleáns con Enrique V, intentos que comenzaron desde la muerte de Luis Felipe, pero que, como todas las intrigas dinásticas, solamente se representaban, en general, durante las vacaciones de la Asamblea Nacional, en los entreactos, entre bastidores, más por coquetería sentimental con

la vieja superstición que como un propósito serio, se convirtieron ahora en acciones dramáticas, representadas por el partido del orden en la escena pública, en vez de representarse como antes en un teatro de aficionados. Los correos volaban de París a Venecia[249], de Venecia a Claremont, de Claremont a París. El conde de Chambord lanza un manifiesto en el que «con la ayuda de todos los miembros de su familia», anuncia, no su restauración, sino la restauración «nacional». El orleanista Salvandy se echa a los pies de Enrique V. En vano los jefes legitimistas Berryer, Benoist d'Azy, Saint-Priest, se van en peregrinación a Claremont, a convencer a los Orleáns. Los fusionistas se dan cuenta demasiado tarde de que los intereses de ambas fracciones burguesas no pierden en exclusivismo ni ganan en transigencia por agudizarse bajo la forma de intereses de familia, de los intereses de dos casas reales. Aunque Enrique V reconociese al Conde de París como su sucesor (único éxito que, en el mejor de los casos, podía conseguir la fusión), la casa de Orleáns no ganaba con ello ningún derecho que no le garantizase ya la falta de hijos de Enrique V y en cambio perdía todos los derechos que le había conquistado la revolución de julio. Renunciaba a sus derechos originarios, a todos los títulos que, en una lucha casi secular, había ido arrancando a la rama más antigua de los Borbones, cambiaba sus prerrogativas históricas, las prerrogativas de la monarquía moderna, por las prerrogativas de su árbol genealógico. Por tanto, la fusión no sería más que la abdicación voluntaria de la casa de Orleáns, su resignación legitimista, la vuelta arrepentida de la Iglesia estatal protestante a la católica. Una retirada que, además, no la llevaría siquiera al trono que había perdido, sino a las gradas del trono en que había nacido. Los antiguos ministros orleanistas, Guizot, Duchâtel, etc., que se fueron también corriendo a Claremont, a abogar por la fusión, sólo representaban en realidad la resaca que había dejado la revolución de julio, la falta de fe en la monarquía burguesa y en la monarquía de los burgueses, la fe supersticiosa en la legitimidad como último amuleto contra la anarquía. Creyéndose mediadores entre los Orleáns y los Borbón, sólo eran en realidad orleanistas apóstatas, y como tales los recibió el príncipe de Joinville. En cambio, el sector viable y batallador de los orleanistas, Thiers, Baze, etc., convenció con tanta mayor facilidad a la familia de Luis Felipe de que si toda restauración monárquica inmediata presuponía la fusión de ambas dinastías y ésta, a su vez, la abdicación de la casa de Orleáns, en cambio correspondía por entero a la tradición de sus antepasados el reconocer provisionalmente la república esperando a que los acontecimientos permitiesen convertir el sillón presidencial en trono. Se difundió en forma de rumor la

candidatura de Joinville a la presidencia, manteniéndose en suspenso la curiosidad pública, y algunos meses más tarde, en septiembre, después de rechazarse la revisión constitucional, fue públicamente proclamada.

De este modo, no sólo había fracasado el intento de una fusión realista entre orleanistas y legitimistas, sino que había roto su *fusión parlamentaria*, su forma común republicana volviendo a desdoblar el partido del orden en sus primitivos elementos; pero, cuanto más crecía el divorcio entre Claremont y Venecia, cuanto más se rompía su avenencia y más se iba extendiendo la agitación a favor de Joinville, más acuciantes y más serias se hacían las negociaciones entre Faucher, el ministro de Bonaparte, y los legitimistas.

La descomposición del partido del orden no se detuvo en sus elementos primitivos. Cada una de las dos grandes fracciones se descompuso a su vez de nuevo. Era como si volviesen a revivir todos los viejos matices que antiguamente se habían combatido dentro de cada uno de los dos campos, el legitimista y el orleanista; como ocurre con los infusorios secos al contacto con el agua; como si hubiesen recuperado la suficiente energía vital para formar grupos propios y antagonismos independientes. Los legitimistas veíanse transpuestos en sueños a los litigios entre las Tullerías y el Pabellón Marsan, entre Villèle y Polignac[250]. Los orleanistas volvían a vivir la edad de oro de los torneos entre Guizot, Molé, Broglie, Thiers y Odilon Barrot.

El sector revisionista del partido del orden, aunque discorde también en cuanto a los límites de la revisión, integrado por los legitimistas bajo Berryer y Falloux de un lado, y de otro La Rochejaquelein, y los orleanistas cansados de luchar, bajo Molé, Broglie, Montalembert y Odilon Barrot, llegó a un acuerdo con los representantes bonapartistas acerca de la siguiente vaga y amplia proposición:

«Los diputados abajo firmantes, con el fin de restituir a la nación el pleno ejercicio de su soberanía, presentan la moción de que la Constitución sea revisada».

Pero al mismo tiempo declaraban unánimemente, por boca de su portavoz, Tocqueville, que la Asamblea Nacional no tenía derecho a pedir *la abolición de la república*, que este derecho sólo correspondía a la cámara encargada de la revisión. Que, por lo demás, la Constitución sólo podía revisarse *por la vía «legal»*, es decir, cuando votasen por la revisión las tres cuartas partes de los votos constitucionalmente prescritas. Tras 6 días de turbulentos debates, el 19 de julio, fue rechazada, como era de prever, la revisión. Votaron a favor 446, pero en contra 278. Los

orleanistas decididos, Thiers, Changarnier, etc., votaron con los republicanos y la Montaña.

La mayoría del parlamento se declaraba así en contra de la Constitución, pero ésta se declaraba, de por sí, a favor de la minoría y declaraba su acuerdo como obligatorio. Pero, ¿acaso el partido del orden no había supeditado la Constitución a la mayoría parlamentaria el 31 de mayo de 1850 y el 13 de junio de 1849? ¿No descansaba toda su política anterior en la supeditación de los artículos constitucionales a los acuerdos parlamentarios de la mayoría? ¿No había dejado a los demócratas y castigado en ellos la superstición bíblica por la letra de la ley? Pero en este momento la revisión constitucional no significaba más que la continuación del poder presidencial, del mismo modo que la persistencia de la Constitución sólo significaba la destitución de Bonaparte. El parlamento se había declarado a favor de él, pero la Constitución se declaraba en contra del parlamento. Bonaparte obró, pues, en un sentido parlamentario al desgarrar la Constitución, y en un sentido constitucional al disolver el parlamento.

El parlamento había declarado a la Constitución, y con ella su propia dominación, «fuera de la mayoría», con su acuerdo había derogado la Constitución y prorrogado los poderes presidenciales, declarando al mismo tiempo que ni aquélla podía morir, ni éstos vivir mientras él mismo persistiese. Los que habían de enterrarlo estaban ya a la puerta. Mientras el parlamento discutía la revisión, Bonaparte retiró al general Baraguay d'Hilliers, que se mostraba indeciso, el mando de la primera división y nombró para sustituirle al general Magnan, el vencedor de Lyon, el héroe de las jornadas de diciembre, una de sus criaturas, que ya bajo Luis Felipe se había comprometido más o menos por él con motivo de la expedición de Boulogne.

El partido del orden demostró, con su acuerdo sobre la revisión, que no sabía gobernar ni servir, ni vivir ni morir, ni soportar la república ni derribarla, ni mantener la Constitución ni echarla por tierra, ni cooperar con el presidente ni romper con él. ¿De quién esperaba la solución de todas las contradicciones? Del calendario, de la marcha de los acontecimientos. Dejó de arrogarse un poder sobre éstos. Retó, por tanto, a los acontecimientos a que se impusiesen por la fuerza, retando con ello al poder, al que, en su lucha contra el pueblo, había ido cediendo un atributo tras otro, hasta reducirse a la impotencia frente a él. Para que el jefe del poder ejecutivo pudiese trazar el plan de lucha contra él con mayor desembarazo, fortalecer sus medios de ataque, elegir sus armas, consolidar sus posiciones, acordó, precisamente en este momento crítico, retirarse de la escena y aplazar sus sesiones por tres meses, del 10 de agosto al 4 de noviembre.

El partido parlamentario no sólo se había desdoblado en sus dos grandes fracciones y cada una de éstas no sólo se había subdividido, sino que el partido del orden dentro del parlamento se había divorciado del partido del orden *fuera* del parlamento. Los portavoces y escribas de la burguesía, su tribuna y su prensa, en una palabra, los ideólogos de la burguesía y la burguesía misma, los representantes y los representados aparecían divorciados y ya no se entendían más.

Los legitimistas de provincias, con su horizonte limitado y su ilimitado entusiasmo, acusaban a sus caudillos parlamentarios, Berryer y Falloux, de deserción al campo bonapartista y de traición contra Enrique V. Su inteligencia flordelisada creía en el pecado original, pero no en la diplomacia.

Incomparablemente más funesta y más decisiva era la ruptura de la burguesía comercial con sus políticos. Ella no reprochaba a éstos, como los legitimistas a los suyos, el haber desertado de un principio, sino, por el contrario, el aferrarse a principios ya superfluos.

Ya he apuntado más arriba que, desde la entrada de Fould en el Gobierno, el sector de la burguesía comercial que se había llevado la parte del león en el Gobierno de Luis Felipe, *la aristocracia financiera*, se había hecho bonapartista. Fould no sólo representaba el interés de Bonaparte en la Bolsa, sino que representaba al mismo tiempo los intereses de la Bolsa cerca de Bonaparte. La posición de la aristocracia financiera la pinta del modo más palmario una cita tomada de su órgano europeo, el *Economist*[251] de Londres. En su número del 1 de febrero de 1851, la revista publica la siguiente correspondencia de París:

«Por todas partes hemos podido comprobar que Francia exige ante todo tranquilidad. El presidente lo declara en su mensaje a la Asamblea Legislativa, la tribuna nacional le hace eco, los periódicos lo aseguran, se proclama desde el púlpito, *lo demuestran la sensibilidad de los valores del Estado ante la menor perspectiva de desorden y su firmeza tan pronto como triunfa el poder ejecutivo*».

En su número del 29 de noviembre de 1851, el *Economist* declara en su propio nombre:

«*En todas las Bolsas de Europa se reconoce ahora al presidente como el guardián del orden*».

Por tanto, la aristocracia financiera condenaba la lucha parlamentaria del partido del orden contra el poder ejecutivo como una *alteración del orden* y festejaba todos los triunfos del presidente sobre los supuestos representantes de ella como un *triunfo del orden*. Por aristocracia financiera hay que entender aquí no sólo los grandes empresarios de los empréstitos y los especuladores

en valores del Estado, cuyos intereses coinciden, por razones bien comprensibles, con los del poder público. Todo el moderno negocio pecuniario, toda la economía bancaria, se halla entretejida del modo más íntimo con el crédito público. Una parte de su capital activo se invierte, necesariamente, en valores del Estado que dan réditos y son rápidamente convertibles. Sus depósitos, el capital puesto a su disposición y distribuido por ellos entre los comerciantes e industriales, afluye en parte de los dividendos de los rentistas del Estado. Si en todas las épocas la estabilidad del poder público es el alfa y el omega para todo el mercado monetario y sus sacerdotes, ¿cómo no ha de serlo hoy, en que todo diluvio amenaza con arrastrar junto a los viejos Estados las viejas deudas del Estado?

También a *la burguesía industrial*, en su fanatismo por el orden, le irritaban las querellas del partido parlamentario del orden con el poder ejecutivo. Después de su voto del 18 de enero con motivo de la destitución de Changarnier, Thiers, Anglès, Sainte-Beuve, etc., recibieron reprimendas públicas, procedentes precisamente de sus mandantes de los distritos industriales, en las que se estigmatizaba sobre todo su coalición con la Montaña como un delito de alta traición contra el orden. Si bien hemos visto que las pullas jactanciosas, las mezquinas intrigas en que se manifestaba la lucha del partido del orden contra el presidente no merecían mejor acogida, por otra parte este partido burgués, que exigía a sus representantes que dejasen pasar sin resistencia el poder militar de manos de su propio parlamento a manos de un pretendiente aventurero, no era siquiera digno de las intrigas que se malgastaban en su interés. Demostraba que la lucha por defender su interés *público*, su propio *interés de clase*, su poder *político*, no hacía más que molestarle y disgustarle como una perturbación de su negocio privado.

Durante las jiras de Bonaparte, los dignatarios burgueses de las ciudades departamentales, los magistrados, los jueces comerciales, etc., le recibían en todas partes, casi sin excepción, del modo más servil, aun cuando, como hizo en Dijon, atacase sin reservas a la Asamblea Nacional y especialmente al partido del orden.

Cuando el comercio marchaba bien, como ocurría aún a comienzos de 1851, la burguesía comercial se enfurecía contra todo lo que fuese lucha parlamentaria, por miedo a que el comercio perdiese el humor. Cuando el comercio marchaba mal, como ocurría constantemente desde fines de febrero de 1851, acusaba a las luchas parlamentarias de ser la causa del estancamiento y clamaba por que aquellas luchas se acallasen para que el comercio pudiera reanimarse. Los debates sobre la revisión constitucio-

nal coincidieron precisamente con esta época mala. Como aquí se trataba del ser o no ser de la forma de gobierno existente, la burguesía se sintió tanto más autorizada a reclamar a sus representantes que se pusiese fin a esta atormentadora situación provisional y que se mantuviese el *statu quo*. Esto no era ninguna contradicción. Por poner fin a esta situación provisional ella entendía precisamente su perpetuidad el aplazar hasta un remoto porvenir el momento de tomar una decisión. El *statu quo* sólo podía mantenerse por dos caminos: prorrogar los poderes de Bonaparte o hacer que éste dimitiese constitucionalmente y elegir a Cavaignac. Una parte de la burguesía deseaba la segunda solución y no supo dar a sus representantes mejor consejo que callar, no tocar el punto candente. Creía que si sus representantes no hablaban, Bonaparte se abstendría de obrar. Quería un parlamento-avestruz, que escondiese la cabeza para no ser visto. Otra parte de la burguesía quería que Bonaparte, ya que estaba sentado en el sillón presidencial, continuase sentado en él, para que todo siguiese igual. Y le sublevaba que su parlamento no violase abiertamente la Constitución y no abdicase sin más rodeos.

Los Consejos generales de los departamentos, representaciones provinciales de la gran burguesía, reunidos durante las vacaciones de la Asamblea Nacional, desde el 25 de agosto, se declararon casi unánimemente en pro de la revisión, es decir, en contra del parlamento y a favor de Bonaparte.

Más inequívocamente todavía que el divorcio con sus *representantes parlamentarios*, ponía de manifiesto la burguesía su furia contra sus representantes literarios, contra su propia prensa. Las condenas a multas exorbitantes y a desvergonzadas penas de cárcel con que los jurados burgueses castigaban todo ataque de los periodistas burgueses contra los apetitos usurpadores de Bonaparte, todo intento por parte de la prensa de defender los derechos políticos de la burguesía contra el poder ejecutivo, causaban el asombro no sólo de Francia, sino de toda Europa.

Si *el partido parlamentario del orden*, con sus gritos pidiendo tranquilidad, se condenaba él mismo, como ya he indicado, a la inacción, si declaraba la dominación política de la burguesía incompatible con la seguridad y la existencia de la burguesía, destruyendo por su propia mano, en la lucha contra las demás clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, del régimen parlamentario, *la masa extraparlamentaria de la burguesía*, con su servilismo hacia el presidente, con sus insultos contra el parlamento, con el trato brutal a su propia prensa, empujaba a Bonaparte a oprimir, a destruir a sus oradores y sus escritores, sus políticos y sus literatos, su tribuna y su prensa,

para poder así entregarse confiadamente a sus negocios privados bajo la protección de un gobierno fuerte y absoluto. Declaraba inequívocamente que ardía en deseos de deshacerse de su propia dominación política, para deshacerse de las penas y los peligros de esa dominación.

Y esta burguesía extraparlamentaria, que se había rebelado ya contra la lucha puramente parlamentaria y literaria en pro de la dominación de su propia clase y traicionado a los caudillos de esta lucha, ¡se atreve ahora a acusar *a posteriori* al proletariado por no haberse lanzado por ella a una lucha sangrienta, a una lucha a vida o muerte! Ella, que en todo momento sacrificó su interés general de clase, su interés político, al más mezquino y sucio interés privado, exigiendo a sus representantes este mismo sacrificio, ¡se lamenta ahora de que el proletariado sacrifique a sus intereses materiales, los intereses políticos ideales de ella! Se presenta como una alma cándida a quien el proletariado, extraviado por los socialistas, no ha sabido comprender y ha abandonado en el momento decisivo. Y encuentra un eco general en el mundo burgués. No me refiero, naturalmente, a los politicastros y majaderos ideológicos alemanes. Me remito, por ejemplo, al mismo *Economist*, que todavía el 29 de noviembre de 1851, es decir, cuatro días antes del golpe de Estado, presentaba a Bonaparte como el «guardián del orden» y a los Thiers y Berryer como «anarquistas», y que el 27 de diciembre de 1851, cuando ya Bonaparte había reducido a la tranquilidad a aquellos «anarquistas», clama acerca de la traición cometida por las «ignorantes, incultas y estúpidas masas proletarias contra el ingenio, los conocimientos, la disciplina, la influencia espiritual, los recursos intelectuales y el peso moral de las capas medias y elevadas de la sociedad». La única masa estúpida, ignorante y vil no fue nadie más que la propia masa burguesa.

Es cierto que en 1851 Francia había vivido una especie de pequeña crisis comercial. A fines de febrero se puso de manifiesto la disminución de las exportaciones respecto a 1850, en marzo se resintió el comercio y comenzaron a cerrarse las fábricas, en abril la situación de los departamentos industriales parecía tan desesperada como después de las jornadas de febrero, en mayo los negocios no se habían reavivado aún; todavía el 28 de junio, la cartera del Banco de Francia, con su aumento enorme de los depósitos y su descenso no menos grande de los descuentos de letras, revelaba el estancamiento de la producción; hasta mediados de octubre no volvió a producirse de nuevo una mejora progresiva en los negocios. La burguesía francesa se explicaba este estancamiento del comercio con motivos puramente políticos, con la lucha entre el parlamento y el poder ejecutivo, con la inestabilidad de una

forma de gobierno puramente provisional, con la perspectiva intimidadora del segundo domingo de mayo de 1852. No negaré que todas estas circunstancias ejercían un efecto deprimente sobre algunas ramas industriales en París y en los departamentos. Sin embargo, esta influencia de las circunstancias políticas era una influencia meramente local y sin importancia. ¿Qué mejor prueba de esto que el hecho de que la situación del comercio comenzase a mejorar precisamente hacia mediados de octubre, en el momento en que la situación política empeoraba, en que el horizonte político se oscurecía, esperándose a cada instante que cayese un rayo del Elíseo? Por lo demás, el burgués de Francia, cuyo «ingenio, conocimientos, penetración espiritual y recursos intelectuales» no llegan más allá de su nariz, pudo dar con la nariz en la causa de su miseria comercial en todo el tiempo que duró la Exposición Industrial de Londres[252]. Mientras en Francia se cerraban las fábricas, en Inglaterra estallaban las bancarrotas comerciales. Mientras en abril y mayo el pánico industrial alcanzaba su apogeo en Francia, en abril y mayo el pánico comercial alcanzaba el apogeo en Inglaterra. La industria lanera inglesa sufría quebrantos como la francesa, y otro tanto ocurría con la manufactura de la seda. Y si las fábricas algodoneras inglesas seguían trabajando, no era ya con las mismas ganancias que en 1849 y 1850. No había más diferencia, sino que en Francia la crisis era industrial y en Inglaterra comercial; que, mientras en Francia las fábricas se cerraban, en Inglaterra se extendía su producción pero bajo condiciones más desfavorables que en los años anteriores; que en Francia la que salía peor parada era la exportación y en Inglaterra la importación. La causa común que, naturalmente, no ha de buscarse dentro de los límites del horizonte político francés, era palmaria. Los años de 1849 y 1850 fueron años de la mayor prosperidad material y de una superproducción que sólo se manifestó como tal a partir de 1851. A comienzos de este año, aún se la fomentó de un modo especial con vistas a la Exposición Industrial. Como circunstancias peculiares, hay que añadir: primero, la mala cosecha de algodón de 1850 y 1851; luego, la seguridad de una cosecha algodonera más abundante que la que se esperaba, el alza y luego la baja repentina, en una palabra, las oscilaciones de los precios del algodón. La cosecha de seda en bruto había sido todavía inferior, por lo menos en Francia, a la cifra media. Finalmente, la manufactura lanera se había extendido tanto, desde 1848, que la producción de lana no podía darle abasto y el precio de la lana en bruto subió muy desproporcionadamente en relación con el precio de los artículos de lana. Aquí, en la materia prima de tres industrias del mercado mundial, tenemos, pues, ya triple material para un estancamiento

del comercio. Prescindiendo de estas circunstancias especiales, la aparente crisis del año 1851 no era más que el alto que la superproducción y superespeculación hacen cada vez que recorren el ciclo industrial, antes de reunir todas sus fuerzas para recorrer con vertiginosidad febril la última etapa del ciclo y llegar de nuevo a su punto de partida: *la crisis comercial general*. En estos intervalos de la historia del comercio, estallan en Inglaterra las bancarrotas comerciales, mientras que en Francia se paraliza la industria misma, en parte obligada a retroceder por la competencia de los ingleses en todos los mercados, competencia que precisamente en esos momentos se agudiza hasta términos irresistibles, y en parte por ser una industria de lujo, que sufre preferentemente las consecuencias de todos los estancamientos de los negocios. De este modo, Francia, además de recorrer las crisis generales, recorre sus propias crisis nacionales de comercio, que, sin embargo, están mucho más determinadas y condicionadas por el estado general del mercado mundial que por las influencias locales francesas. No carecerá de interés oponer al prejuicio del burgués de Francia el juicio del burgués de Inglaterra. Una de las mayores casas de Liverpool escribe en su memoria comercial anual de 1851:

«Pocos años han engañado más que éste en los pronósticos hechos al comenzar; en vez de la gran prosperidad, que se preveía casi unánimemente, resultó ser uno de los años más decepcionantes desde hace un cuarto de siglo. Esto sólo se refiere, naturalmente, a las clases mercantiles, no a las industriales. Y, sin embargo, al comenzar el año había indudablemente sus razones para pensar lo contrario; las reservas de mercancías eran escasas, el capital abundante, las subsistencias baratas, estaba asegurado un otoño próspero; paz inalterada en el continente y ausencia de perturbaciones políticas o financieras en nuestro país: realmente, nunca se habían visto más libres las alas del comercio... ¿A qué atribuir este resultado desfavorable? Creemos que al *exceso de comercio*, tanto en las importaciones como en las exportaciones. Si nuestros comerciantes no ponen por sí mismos a su actividad límites más estrechos, nada podrá sujetarnos dentro de los carriles, más que un pánico cada tres años».

Imaginémonos ahora al burgués de Francia en medio de este pánico de los negocios, con su cerebro obsesionado por el comercio, torturado, aturdido por los rumores de golpe de Estado y de restablecimiento del sufragio universal, por la lucha entre el parlamento y el poder ejecutivo, por la guerra de la Fronda de los orleanistas y los legitimistas, por las conspiraciones comunistas del Sur de Francia y las supuestas *jacqueries** de los departamentos del Nièvre y del Cher, por los reclamos de los distintos candidatos a la presidencia, por las consignas chillonas de los periódicos, por las amenazas de los republicanos de defender con las armas en la mano la Constitución y el sufragio universal, por los evange-

* Insurrecciones campesinas. (*N. de la Edit.*)

lios de los héroes emigrados *in partibus*[92], que anunciaban el fin del mundo para el segundo domingo de mayo de 1852, y comprenderemos que, en medio de esta confusión indecible y estrepitosa de fusión, revisión, prórroga de poderes, Constitución, conspiración, coalición, emigración, usurpación y revolución, el burgués, jadeante, gritase como loco a su república parlamentaria: «*¡Antes un final terrible que un terror sin fin!*»

Bonaparte supo entender este grito. Su capacidad de comprensión se aguzó por la creciente violencia de sus acreedores, que veían en cada crepúsculo que los iba acercando al día del vencimiento, al segundo domingo de mayo de 1852, una protesta del movimiento de los astros contra sus letras de cambio terrenales. Se habían convertido en verdaderos astrólogos. La Asamblea Nacional había frustrado a Bonaparte toda esperanza en la prórroga constitucional de su poder y la candidatura del príncipe de Joinville no consentía más vacilaciones.

Si hubo alguna vez un acontecimiento que proyectase delante de sí una sombra mucho tiempo antes de ocurrir, fue el golpe de Estado de Bonaparte. Ya el 29 de enero de 1849, cuando apenas había pasado un mes desde su elección, hizo una proposición en este sentido a Changarnier. Su propio primer ministro, Odilon Barrot, había denunciado veladamente en el verano de 1849, y Thiers abiertamente en el invierno de 1850, la política del golpe de Estado. En mayo de 1851, Persigny había intentado otra vez más ganar a Changarnier para el golpe y el *Messager de l'Assemblée*[253] había hecho públicas estas negociaciones. Los periódicos bonapartistas amenazaban con un golpe de Estado ante cada tormenta parlamentaria, y cuanto más se acercaba la crisis, más subían de tono. En las orgías, que Bonaparte celebraba todas las noches con la *swell mob** de ambos sexos, en cuanto se acercaba la media noche y las abundantes libaciones desataban las lenguas y calentaban la fantasía, se acordaba el golpe de Estado para la mañana siguiente. Se desenvainaban las espadas, tintineaban los vasos, los diputados salían volando por las ventanas y el manto imperial caía sobre los hombros de Bonaparte, hasta que la mañana siguiente ahuyentaba al fantasma, y el asombrado París se enteraba, por las vestales poco reservadas y los indiscretos paladines, del peligro de que había escapado una vez más. Durante los meses de septiembre y octubre se atropellaban los rumores sobre un *coup d'état*. La sombra cobraba al mismo tiempo color, como un daguerrotipo iluminado. Si se ojean las series de septiembre y octubre en las selecciones de los órganos de la prensa diaria europea, se encontrarán textual-

* La aristocracia del hampa. (*N. de la Edit.*)

mente noticias de este tipo: «París está lleno de rumores de un golpe de Estado. Se dice que la capital se llenará de tropas durante la noche y que a la mañana siguiente aparecerán decretos disolviendo la Asamblea Nacional, declarando el departamento del Sena en estado de sitio, restaurando el sufragio universal y apelando al pueblo. Se dice que Bonaparte busca ministros para poner en práctica estos decretos ilegales». Las correspondencias que dan estas noticias terminan siempre con la palabra fatal «*aplazado*». El golpe de Estado fue siempre la idea fija de Bonaparte. Con esta idea en la cabeza volvió a pisar el territorio de Francia. Hasta tal punto estaba poseído por ella, que la delataba y se le iba de la lengua a cada paso. Y era tan débil, que volvía a abandonarla también a cada paso. La sombra del golpe de Estado habíase hecho tan familiar a los parisinos como espectro, que cuando por fin se les presentó en carne y hueso no querían creer en él. No fue, pues, ni el recato discreto del jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre ni una sorpresa insospechada por la Asamblea Nacional lo que hizo que triunfase el golpe de Estado. Si triunfó, fue, a pesar de la indiscreción de *aquél* y a ciencia y conciencia de *ésta*, como resultado necesario e inevitable del proceso anterior.

El 10 de octubre, Bonaparte anunció a sus ministros su resolución de restaurar el sufragio universal; el 16 le presentaron la dimisión, y el 26 conoció París la formación del ministerio Thorigny. El prefecto de policía Carlier fue sustituido al mismo tiempo por Maupas y el jefe de la primera división, Magnan, concentró en la capital los regimientos más seguros. El 4 de noviembre reanudó sus sesiones la Asamblea Nacional. Ya no tenía que hacer más que repetir en pocas y sucintas lecciones de repaso el curso que había acabado y probar que la habían enterrado sólo después de morir.

El primer puesto que había perdido en su lucha con el poder ejecutivo era el ministerio. Y no tuvo más remedio que confesar solemnemente esta pérdida, aceptando como plenamente válido el simulacro de ministerio de Thorigny. La comisión permanente había recibido con risas al señor Giraud, cuando éste se presentó en nombre de los nuevos ministros. ¡Flojo era el ministerio para medidas tan fuertes como la restauración del sufragio universal! Pero se trataba precisamente de no sacar nada adelante *en* el Parlamento, sino de sacarlo todo *contra* el Parlamento.

El mismo día en que reanudó sus sesiones, la Asamblea Nacional recibió el mensaje en que Bonaparte exigía la restauración del sufragio universal y la derogación de la ley de 31 de mayo de 1850. Sus ministros presentaron el mismo día un decreto en este sentido. La Asamblea rechazó inmediatamente la proposición de urgencia de los ministros, y el 13 de noviembre la propuesta

de ley, por 355 votos contra 348. De este modo, volvió a romper una vez más su mandato, volvió a confirmar una vez más que había dejado de ser la representación libremente elegida del pueblo, para convertirse en el parlamento usurpador de una clase, confesó una vez más que había cortado por su propia mano los músculos que unían la cabeza parlamentaria con el cuerpo de la nación.

Si el poder ejecutivo, con su propuesta de restauración del sufragio universal, apelaba de la Asamblea Nacional al pueblo, el poder legislativo, con su proyecto de ley sobre los cuestores, apelaba del pueblo al ejército. Esta ley de los cuestores había de fijar el derecho de la Asamblea Nacional a requerir directamente el auxilio de las tropas, a crear un ejército parlamentario. Al erigir así al ejército en árbitro entre ella y el pueblo, entre ella y Bonaparte, al reconocer al ejército como poder decisivo del Estado, tenía necesariamente que confirmar, de otra parte, que había abandonado ya desde hacía mucho tiempo su pretensión de mando sobre el ejército. Cuando, en vez de requerir inmediatamente a las tropas, debatía sobre su derecho a requerirlas, revelaba la duda en su propio poder. Al rechazar la ley de los cuestores, confesaba abiertamente su impotencia. Esta ley fue desechada con una minoría de 108 votos; la Montaña decidió, por tanto, la votación. Se encontraba en la situación del asno de Buridán, no ciertamente entre dos sacos de pienso, sin saber cuál sería mejor, sino entre dos tandas de palos, sin saber cuál sería peor. De un lado, el miedo a Changarnier; de otro lado, el miedo a Bonaparte. Hay que reconocer que la situación no tenía nada de heroica.

El 18 de noviembre se propuso una enmienda a la ley sobre las elecciones municipales presentada por el partido del orden, en la que se disponía que los electores municipales no necesitarían tres años de domicilio, sino uno solo, para poder votar. La enmienda se desechó por un solo voto, pero este voto resultó inmediatamente ser un error. Escindido en sus fracciones enemigas, el partido del orden había perdido desda hacía ya mucho tiempo su mayoría parlamentaria propia. Ahora ponía de manifiesto que en el parlamento no existía ya mayoría alguna. La Asamblea Nacional era ya *incapaz para tomar ucuerdos.* Sus elementos atómicos ya no se mantenían unidos por ninguna fuerza de cohesión; había gastado su último hálito de vida, estaba muerta.

Finalmente, algunos días antes de la catástrofe, la masa extraparlamentaria de la burguesía había de confirmar solemnemente una vez más su ruptura con la burguesía dentro del parlamento. Thiers, que como héroe parlamentario estaba contagiado preferentemente de la enfermedad incurable del cretinismo parlamentario,

había maquinado después de la muerte del parlamento una nueva intriga parlamentaria con el Consejo de Estado, una ley de responsabilidad con la que se pretendía sujetar al presidente dentro de los límites de la Constitución. Así como el 15 de septiembre, en la fiesta en que se puso la primera piedra del nuevo mercado de París, Bonaparte había fascinado a las *damas des halles*, a las pescaderas, como un segundo Masaniello (claro está que una de estas pescaderas valía en cuanto a fuerza efectiva, por 17 burgraves), del mismo modo que, después de presentada la ley sobre los cuestores, entusiasmaba a los tenientes obsequiados en el Elíseo, ahora, el 25 de noviembre, arrebató a la burguesía industrial, congregada en el circo para recibir de sus manos las medallas de los premios por la Exposición Industrial de Londres. Reproduciré la parte significativa de su discurso, tomada del *Journal des Débats*.

«Con éxitos tan inesperados, me creo autorizado a decir cuán grande sería la República Francesa si se le consintiese defender sus intereses reales y reformar sus instituciones, en vez de verse constantemente perturbada, de un lado, por los demagogos y, de otro lado, por las alucinaciones monárquicas. (*Grandes, atronadores y repetidos aplausos de todas las partes del anfiteatro.*) Las alucinaciones monárquicas entorpecen todo progreso y todo desarrollo industrial serio. En lugar de progreso, no hay más que lucha. Vemos a hombres que antes eran el más celoso sostén de la autoridad y de las prerrogativas reales y que hoy son partidarios de una Convención solamente para quebrantar la autoridad nacida del sufragio universal. (*Grandes y repetidos aplausos.*) Vemos a hombres que han sufrido más que nadie de la revolución y la han deplorado más que nadie, y que provocan una nueva, sin más objeto que encadenar la voluntad de la nación... Yo os prometo tranquilidad para el porvenir, etc., etc. (*«Bravo», «bravo», atronadores «Bravo».*)

Así aplaude la burguesía industrial con su aclamación más servil el golpe de Estado del 2 de diciembre, la aniquilación del parlamento, el ocaso de su propia dominación, la dictadura de Bonaparte. La tempestad de aplausos del 25 de noviembre tuvo su respuesta en la tempestad de cañonazos del 4 de diciembre, y la mayoría de las bombas fueron a estallar en la casa del señor Sallandrouze, en cuya garganta había estallado la mayoría de los vítores.

Cuando Cromwell disolvió el Parlamento Largo[254], se dirigió solo al centro del salón de sesiones, sacó el reloj para que aquél no viviese ni un solo minuto más del plazo que le había señalado y fue arrojando del salón a los diputados uno por uno con insultos alegres y humoristas. El 18 Brumario, Napoleón, con menos talla que su modelo, se trasladó, a pesar de todo, al Cuerpo Legislativo y le leyó, aunque con voz entrecortada, su sentencia de muerte. El segundo Bonaparte, que por lo demás se hallaba en posesión de un poder ejecutivo muy distinto del de Cromwell o Napoleón, no fue a buscar su modelo en los anales de la historia universal,

sino en los anales de la Sociedad del 10 de Diciembre, en los anales de la jurisprudencia criminal. Roba al Banco de Francia 25 millones de francos, compra al general Magnan por un millón y a los soldados por 15 francos cada uno y por aguardiente, se reúne a escondidas por la noche con sus cómplices, como un ladrón, manda asaltar las casas de los parlamentarios más peligrosos, sacándolos de sus camas y llevándose a Cavaignac, Lamoriciére, Le Flô, Changarnier, Charras, Thiers, Baze y otros, manda ocupar las plazas principales de París y el edificio del Parlamento con tropas y pegar, al amanecer, en todos los muros, carteles estridentes proclamando la disolución de la Asamblea Nacional y del Consejo de Estado, la restauración del sufragio universal y la declaración del departamento del Sena en estado de sitio. Y poco después, inserta en el *Moniteur* un documento falso, según el cual influyentes hombres parlamentarios se han agrupado en torno a él en un Consejo de Estado.

Los restos del parlamento, formados principalmente por legitimistas y orleanistas, se reúnen en el edificio de la alcaldía del 10 distrito y acuerdan entre gritos de «¡Viva la república!» la destitución de Bonaparte, arengan en vano a la masa boquiabierta congregada delante del edificio y, por último, custodiados por tiradores africanos, son arrastrados primero al cuartel d'Orsay y luego empaquetados en coches celulares y transportados a las cárceles de Mazas, Ham y Vincennes. Así terminaron el partido del orden, la Asamblea Legislativa y la revolución de febrero.

He aquí en breves rasgos, antes de pasar rápidamente a las conclusiones, el esquema de su historia:

I. *Primer período*. Del 24 de febrero al 4 de mayo de 1848. Período de febrero. Prólogo. Farsa de confraternización general.

II. *Segundo período*. Período de constitución de la república y de la Asamblea Nacional Constituyente.

1. Del 4 de mayo al 25 de junio de 1848. Lucha de todas las clases contra el proletariado. Derrota del proletariado en las jornadas de junio.

2. Del 25 de junio al 10 de diciembre de 1848. Dictadura de los republicanos burgueses puros. Se redacta el proyecto de Constitución. Declaración del estado de sitio en París. El 10 de diciembre se elimina la dictadura burguesa con la elección de Bonaparte para presidente.

3. Del 20 de diciembre de 1848 al 28 de mayo de 1849. Lucha de la Constituyente contra Bonaparte y el partido del orden coligado con él. Caída de la Constituyente. Derrota de la burguesía republicana.

III. *Tercer período*. Período de la *república constitucional* y de la *Asamblea Nacional Legislativa*.

1. Del 28 de mayo al 13 de junio de 1849. Lucha de los pequeños burgueses contra la burguesía y contra Bonaparte. Derrota de la democracia pequeñoburguesa.

2. Del 13 de junio de 1849 al 31 de mayo de 1850. Dictadura parlamentaria del partido del orden. Corona su dominación con la abolición del sufragio universal, pero pierde el ministerio parlamentario.

3. Del 31 de mayo de 1850 al 2 de diciembre de 1851. Lucha entre la burguesía parlamentaria y Bonaparte.

a) Del 31 de mayo de 1850 al 12 de enero de 1851. El parlamento pierde el alto mando sobre el ejército.

b) Del 12 de enero al 11 de abril de 1851. El parlamento sucumbe en sus tentativas por volver a adueñarse del poder administrativo. El partido del orden pierde su mayoría parlamentaria propia. Coalición del partido del orden con los republicanos y la Montaña.

c) Del 11 de abril al 9 de octubre de 1851. Intentos de revisión, de fusión, de prórroga de poderes. El partido del orden se descompone en los elementos que lo integran. Definitiva ruptura del parlamento burgués y de la prensa burguesa con la masa de la burguesía.

d) Del 9 de octubre al 2 de diciembre de 1851. Ruptura franca entre el parlamento y el poder ejecutivo. El parlamento consume su defunción y sucumbe, abandonado por su propia clase, por el ejército y por las demás clases. Hundimiento del régimen parlamentario y de la dominación burguesa. Triunfo de Bonaparte. Parodia de restauración imperial.

VII

La *república social* apareció como frase, como profecía, en el umbral de la revolución de febrero. En las jornadas de junio de 1848, fue ahogada en sangre del *proletariado de París*, pero aparece en los restantes actos del drama como espectro. Se anuncia la *república democrática*. Se esfuma el 13 de junio de 1849, con sus *pequeños burgueses* dados a la fuga, pero en su huida arroja tras sí reclamos doblemente jactanciosos. La *república parlamentaria* con la burguesía se adueña de toda la escena, apura su vida en toda la plenitud, pero el 2 de diciembre de 1851 la entierra bajo el grito de angustia de los realistas coligados: «¡Viva la república!»

La burguesía francesa, que se rebelaba contra la dominación del proletariado trabajador, encumbró en el poder al lumpemproletariado, con el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre a la cabeza. La burguesía mantenía a Francia bajo el miedo constante a los

futuros espantos de la anarquía roja; Bonaparte descontó este porvenir cuando el 4 de diciembre hizo que el ejército del orden, animado por el aguardiente, disparase contra los distinguidos burgueses del Boulevard Montmartre y del Boulevard des Italiens, que estaban asomados a las ventanas. La burguesía hizo las apoteosis del sable, y el sable manda sobre ella. Aniquiló la prensa revolucionaria, y ve aniquilada su propia prensa. Sometió las asambleas populares a la vigilancia de la policía; sus salones se hallan bajo la vigilancia de la policía. Disolvió la Guardia Nacional democrática y su propia Guardia Nacional ha sido disuelta. Decretó el estado de sitio, y el estado de sitio ha sido decretado contra ella. Suplantó los jurados por comisiones militares, y las comisiones militares ocupan el puesto de sus jurados. Sometió la enseñanza del pueblo a los curas, y los curas la someten a ella a su propia enseñanza. Deportó a detenidos sin juicio, y ella es deportada sin juicio. Sofocó todo movimiento de la sociedad mediante el poder del Estado, y el poder del Estado sofoca todos los movimientos de su sociedad. Se rebeló, llevada del entusiasmo por su bolsa, contra sus propios políticos y literatos; sus políticos y literatos fueron quitados de en medio, pero su bolsa se ve saqueada después de amordazarse su boca y romperse su pluma. La burguesía gritaba incansablemente a la revolución como San Arsenio a los cristianos: *Fuge, tace, quiesce*! ¡Huye, calla, sé tranquila! Y ahora es Bonaparte el que grita a la burguesía: *Fuge, tace, quiesce*! ¡Huye, calla, sé tranquila!

La burguesía francesa había resuelto desde hacía mucho tiempo el dilema de Napoleón: *Dans cinquante ans, l'Europe sera républicaine ou cosaque**... Lo había resuelto en la *république cosaque***. Ninguna Circe ha desfigurado con su encanto maligno la obra de arte de la república burguesa, convirtiéndola en un monstruo. Esa república sólo perdió su apariencia de respetabilidad. La Francia actual*** se contenía ya íntegra en la república parlamentaria. Sólo hacía falta el arañazo de una bayoneta para que la vejiga estallase y el monstruo saltase a la vista.

¿Por qué el proletariado de París no se levantó después del 2 de diciembre?

La caída de la burguesía sólo estaba decretada; el decreto no se había ejecutado todavía. Cualquier alzamiento serio del proletariado habría dado a aquélla nuevos bríos, la habría reconciliado con el ejército y habría asegurado a los obreros una segunda derrota de junio.

---

* Dentro de cincuenta años, Europa será republicana o cosaca. (*N. de la Edit.*)

** República cosaca. (*N. de la Edit.*)

*** O sea, Francia después del golpe de Estado de 1851. (*N. de la Edit.*)

El 4 de diciembre, el proletariado fue espoleado a la lucha por burgueses y tenderos. En la noche de este día prometieron comparecer en el lugar de la lucha varias legiones de la Guardia Nacional, armadas y uniformadas. En efecto, burgueses y tenderos habían descubierto que, en uno de sus decretos del 2 de diciembre, Bonaparte abolía el voto secreto y les ordenaba inscribir en los registros oficiales, detrás de sus nombres, un sí o un no. La resistencia del 4 de diciembre amedrentó a Bonaparte. Durante la noche mandó pegar en todas las esquinas de París carteles anunciando la restauración del voto secreto. Burgueses y tenderos creyeron haber alcanzado su finalidad. Todos los que no se presentaron a la mañana siguiente eran tenderos y burgueses.

Un golpe de mano de Bonaparte, dado durante la noche del 1 al 2 de diciembre, había privado al proletariado de París de sus guías, de los jefes de las barricadas. ¡Un ejército sin oficiales, al que los recuerdos de junio de 1848 y de 1849 y de mayo de 1850 inspiraban la aversión a luchar bajo la bandera de los *montagnards*, confió a su vanguardia, a las sociedades secretas, la salvación del honor insurreccional de París, que la burguesía entregó tan mansamente a la soldadesca, que Bonaparte pudo más tarde desarmar a la Guardia Nacional con el pretexto burlón de que temía que sus armas fuesen empleadas abusivamente contra ella misma por los anarquistas!

«*C'est le triomphe complet et définitif du Socialisme!*»*. Así caracterizó Guizot el 2 de diciembre. Pero si la caída de la república parlamentaria encierra ya en germen el triunfo de la revolución proletaria, su resultado inmediato, tangible, era la *victoria de Bonaparte sobre el parlamento, del poder ejecutivo sobre el poder legislativo, de la fuerza sin frases sobre la fuerza de las frases.* En el parlamento, la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general. Ante el poder ejecutivo, abdica de toda voluntad propia y se somete a los dictados de un poder extraño, de la autoridad. El poder ejecutivo, por oposición al legislativo, expresa la heteronomía de la nación por oposición a su autonomía. Por tanto, Francia sólo parece escapar al despotismo de una clase para reincidir bajo el despotismo de un individuo, y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad. Y la lucha parece haber terminado en que todas las clases se postraron de hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.

Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora,

---

* Es el triunfo completo y definitivo del socialismo. (*N. de la Edit.*)

termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!*

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del poder del Estado, los dignatarios feudales en funcionarios retribuidos y el abigarrado mapamuestrario de las soberanías medievales en pugna en el plan reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del Gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la monarquía de Julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del Estado. Cada interés *común* (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, *general* (*allgemeines*), se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente. la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viose obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del Gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos

---

* Shakespeare. *Hamlet*, acto I, escena 5. (*N. de la Edit.*)

que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor.

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa, que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero de industria venido de fuera y elevado sobre el pavés por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y sin embargo, el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: *los campesinos parcelarios.*

Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los Orleáns la dinastía del dinero, los Bonapartes son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés. El elegido de los campesinos no es el Bonaparte que se sometía al parlamento burgués, sino el Bonaparte que lo dispersó. Durante tres años consiguieron las ciudades falsificar el sentido de la elección del 10 de diciembre y estafar a los campesinos la restauración del imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 no se consumó hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto

con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas, un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad.

La tradición histórica hizo nacer en el campesino francés la fe milagrosa de que un hombre llamado Napoleón le devolvería todo el esplendor. Y se encuentra un individuo que se hace pasar por tal hombre, por ostentar el nombre de Napoleón gracias a que el *Code Napoléon* ordena: «*La recherche de la paternité est interdite*»*. Tras 20 años de vagabundaje y una serie de grotescas aventuras, se cumple la leyenda, y este hombre se convierte en emperador de los franceses. La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses.

Pero, se me objetará: ¿y los levantamientos campesinos de media Francia, las batidas del ejército contra los campesinos, y los encarcelamientos y deportaciones en masa de campesinos?

Desde Luis XIV, Francia no ha asistido a ninguna persecución semejante de campesinos «por manejos demagógicos».

Pero entiéndase bien. La dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina, que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que,

* Queda prohibida la investigación de la paternidad. (*N. de la Edit.*)

por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino, no su juicio, sino su prejuicio, no su porvenir, sino su pasado, no sus Cévennes[255] modernas, sino su moderna Vendée[203].

Los tres años de dura dominación de la república parlamentaria habían curado a una parte de los campesinos franceses de la ilusión napoleónica y los habían revolucionado, aun cuando sólo fuese superficialmente; pero la burguesía los empujaba violentamente hacia atrás cuantas veces se ponían en movimiento. Bajo la república parlamentaria, la conciencia moderna de los campesinos franceses pugnó con la conciencia tradicional. El proceso se desarrolló bajo la forma de una lucha incesante entre los maestros de escuela y los curas. La burguesía abatió a los maestros. Por vez primera los campesinos hicieron esfuerzos para adoptar una actitud independiente frente a la actividad del Gobierno. Esto se manifestó en el conflicto constante de los alcaldes con los prefectos. La burguesía destituyó a los alcaldes. Finalmente, los campesinos de diversas localidades se levantaron durante el período de la república parlamentaria contra su propio engendro, el ejército. La burguesía los castigó con estados de sitio y ejecuciones. Y esta misma burguesía clama ahora acerca de la estupidez de las masas, de la *vile multitude** que la ha traicionado frente a Bonaparte. Fue ella misma la que consolidó con sus violencias las simpatías de la clase campesina por el Imperio, la que ha mantenido celosamente el estado de cosas que forman la cuna de esta religión campesina. Claro está que la burguesía tiene necesariamente que temer la estupidez de las masas, mientras siguen siendo conservadoras, y su conciencia en cuanto se hacen revolucionarias.

En los levantamientos producidos después del *coup d'état*, una parte de los campesinos franceses protestó con las armas en la mano contra su propio voto del 10 de diciembre de 1848. La experiencia adquirida desde 1848 les había abierto los ojos. Pero habían entregado su alma a las fuerzas infernales de la historia, y ésta los cogía por la palabra, y la mayoría estaba aún tan llena de prejuicios, que precisamente en los departamentos más rojos la población campesina votó públicamente por Bonaparte. Según ellos, la Asamblea Nacional le había impedido caminar. Ahora no había hecho más que romper las ligaduras que las ciudades habían puesto a la voluntad del campo. En algunos sitios, abrigaban incluso la idea grotesca de colocar, junto a un Napoleón, una Convención.

Después de que la primera revolución había convertido a los campesinos semisiervos en propietarios libres de su tierra, Napo-

---

* La muchedumbre vil. (*N. de la Edit.*)

león consolidó y reglamentó las condiciones bajo las cuales podrían explotar sin que nadie les molestase el suelo de Francia que se les acababa de asignar, satisfaciendo su afán juvenil de propiedad. Pero lo que hoy lleva a la ruina al campesino francés, es su misma parcela, la división del suelo, la forma de propiedad consolidada en Francia por Napoleón. Fueron precisamente las condiciones materiales las que convirtieron al campesino feudal francés en campesino parcelario y a Napoleón en emperador. Han bastado dos generaciones para engendrar este resultado inevitable: empeoramiento progresivo de la agricultura y endeudamiento progresivo del agricultor. La forma «napoleónica» de propiedad, que a comienzos del siglo XIX era la condición para la liberación y el enriquecimiento de la población campesina francesa, se ha desarrollado en el transcurso de este siglo como la ley de su esclavitud y de su pauperismo. Y es precisamente esta ley la primera de las *idées napoléoniennes*[241] que viene a afirmar el segundo Bonaparte. Si comparte todavía con los campesinos la ilusión de buscar la causa de su ruina, no en su misma propiedad parcelaria, sino fuera de ella, en la influencia de circunstancias secundarias, sus experimentos se estrellarán como pompas de jabón contra las relaciones de producción.

El desarrollo económico de la propiedad parcelaria ha invertido de raíz la relación de los campesinos con las demás clases de la sociedad. Bajo Napoleón, la parcelación del suelo en el campo complementaba la libre concurrencia y la gran industria incipiente de las ciudades. La clase campesina era la protesta omnipresente contra la aristocracia terrateniente que se acababa de derribar. Las raíces que la propiedad parcelaria echó en el suelo francés quitaron al feudalismo toda sustancia nutritiva. Sus mojones formaban el baluarte natural de la burguesía contra todo golpe de mano de sus antiguos señores. Pero en el transcurso del siglo XIX pasó a ocupar el puesto de los señores feudales el usurero de la ciudad, las cargas feudales del suelo fueron sustituidas por la hipoteca y la aristocrática propiedad territorial fue suplantada por el capital burgués. La parcela del campesino sólo es ya el pretexto que permite al capitalista sacar de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario. Las deudas hipotecarias que pesan sobre el suelo francés imponen a los campesinos de Francia un interés tan grande como los intereses anuales de toda la deuda nacional británica. La propiedad parcelaria, en esta esclavitud bajo el capital a que conduce inevitablemente su desarrollo, ha convertido a la masa de la nación francesa en trogloditas. Diez y seis millones de campesinos (incluyendo las mujeres y los niños) viven en chozas, una gran parte de las cuales sólo tienen una abertura, otra parte,

dos solamente, y las privilegiadas, tres. Las vantanas son para una casa lo que los cinco sentidos para la cabeza. El orden burgués, que a comienzos del siglo puso al Estado de centinela de la parcela recién creada y la abonó con laureles, se ha convertido en un vampiro que le chupa la sangre y la medula y la arroja a la caldera de alquimista del capital. El *Code Napoleón* no es ya más que el código de los embargos, de las subastas y de las adjudicaciones forzosas. A los cuatro millones (incluyendo niños, etc.) de *paupers* oficiales, vagabundos, delincuentes y prostitutas, que cuenta Francia, hay que añadir cinco millones, cuya existencia flota al borde del abismo y que o bien viven en el mismo campo o desertan constantemente, con sus harapos y sus hijos, del campo a las ciudades y de las ciudades al campo. Por tanto, los intereses de los campesinos no se hallan ya, como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe natural en el *proletariado urbano*, que tiene por misión derrocar el orden burgués. Pero el *Gobierno fuerte y absoluto* —que es la segunda *idée napoléonienne* que viene a poner en práctica el segundo Napoleón— está llamado a defender por la violencia este orden «material». Y este *ordre matériel** es también el tópico en todas las proclamas de Bonaparte contra los campesinos rebeldes.

Junto a la hipoteca, que el capital le impone, pesan sobre la parcela *los impuestos*. Los impuestos son la fuente de vida de la burocracia, del ejército, de los curas y de la corte; en una palabra, de todo el aparato del poder ejecutivo. Un gobierno fuerte e impuestos elevados son cosas idénticas. La propiedad parcelaria se presta por naturaleza para servir de base a una burocracia omnipotente e innumerable. Crea un nivel igual de relaciones y de personas en toda la faz del país. Ofrece también, por tanto, la posibilidad de influir por igual sobre todos los puntos de esta masa igual desde un centro supremo. Destruye los grados intermedios aristocráticos entre la masa del pueblo y el poder del Estado. Provoca, por tanto, desde todos los lados, la ingerencia directa de este poder estatal y la interposición de sus órganos inmediatos. Y finalmente, crea una superpoblación parada que no encuentra cabida ni en el campo ni en las ciudades y que, por tanto, echa mano de los cargos públicos como de una respetable limosna, provocando la creación de cargos del Estado. Con los nuevos mercados que abrió a punta de bayoneta, con el saqueo del continente, Napoleón devolvió los impuestos forzosos con sus intereses. Estos impuestos eran entonces un acicate para la industria del campesino, mientras que ahora privan a su industria de sus últimos recursos y acaban de ex-

* «Orden material». (*N. de la Edit.*)

ponerle indefenso al pauperismo. Y de todas las *idées napoléoniennes*, la de una enorme burocracia, bien galoneada y bien cebada, es la que más agrada al segundo Bonaparte. ¿Y cómo no había de agradarle, si se ve obligado a crear, junto a las clases reales de la sociedad, una casta artificial, para la que el mantenimiento de su régimen es un problema de cuchillo y tenedor? Por eso, una de sus primeras operaciones financieras consistió en elevar nuevamente los sueldos de los funcionarios a su altura antigua y en crear nuevas sinecuras.

Otra *idée napoléonienne* es la dominación de *los curas* como medio de gobierno. Pero si la parcela recién creada, en su armonía con la sociedad, en su dependencia de las fuerzas de la naturaleza y en su sumisión a la autoridad que la protegía desde lo alto era, naturalmente, religiosa, esta parcela, comida de deudas, divorciada de la sociedad y de la autoridad y forzada a salirse de sus propios horizontes limitados, se hace, naturalmente, irreligiosa. El cielo era una añadidura muy hermosa al pequeño pedazo de tierra acabado de adquirir, tanto más cuanto que de él vienen el sol y la lluvia; pero se convierte en un insulto tan pronto como se le quiere imponer a cambio de la parcela. En este caso, el cura ya sólo aparece como el ungido perro rastreador de la policía terrenal: otra *idée napoléonienne*. La próxima vez, la expedición contra Roma se llevará a cabo en la misma Francia, pero en sentido inverso al del señor Montalembert.

Finalmente, el punto culminante de las *idées napoléoniennes* es la preponderancia del *ejército*. El ejército era el *point d'honneur** de los campesinos parcelarios, eran ellos mismos convertidos en héroes, defendiendo su nueva propiedad contra el enemigo de fuera, glorificando su nacionalidad recién conquistada, saqueando y revolucionando el mundo. El uniforme era su ropa de gala; la guerra su poesía; la parcela, prolongada y redondeada en la fantasía, la patria, y el patriotismo la forma ideal del sentido de propiedad. Pero los enemigos contra quienes ahora tiene que defender su propiedad el campesino francés no son los cosacos, son los alguaciles y los agentes ejecutivos del fisco. La parcela no está ya enclavada en lo que llaman patria, sino en el registro hipotecario. El mismo ejército ya no es la flor de la juventud campesina, sino la flor del pantano del lumpemproletariado campesino. Está formado en su mayoría por *remplaçants***, por sustitutos, del mismo modo que el segundo Bonaparte no es más que el *remplaçant*, el sustituto de Napoleón. Sus hazañas heroicas consisten ahora en las cacerías

* El orgullo. (*N. de la Edit.*)

** Los que se obligaban a servir en el ejército, en sustitución de los que eran llamados a filas. (*N. de la Edit.*)

y batidas contra los campesinos, en el servicio de gendarmería, y si las contradicciones internas de su sistema lanzan al jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre del otro lado de la frontera francesa, tras algunas hazañas de bandidaje el ejército no cosechará precisamente laureles, sino palos.

Como vemos, *todas las idées napoléoniennes son las ideas de la parcela incipiente*, *juvenil*, pero constituyen un contrasentido para la parcela caduca. No son más que las alucinaciones de su agonía, palabras convertidas en frases, espíritus convertidos en fantasmas. Pero la parodia del imperio era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y hacer que se destacase nítidamente la contraposición entre el Estado y la sociedad. Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del Estado construido sobre ella. La centralización del Estado, que la sociedad moderna necesita, sólo se levanta sobre las ruinas de la máquina burocrático-militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo.

Las condiciones de los campesinos franceses nos descubren el misterio de *las elecciones generales del 20 y el 21 de diciembre*, que llevaron al segundo Bonaparte al Sinaí pero no para recibir leyes, sino para darlas.

Manifiestamente, la burguesía no tenía ahora más opción que elegir a Bonaparte. Cuando, en el Concilio de Constanza[256], los puritanos se quejaban de la vida licenciosa de los papas y gemían acerca de la necesidad de reformar las costumbres, el cardenal Pierre d'Ailly dijo, con voz tonante: «¡Cuando sólo el demonio en persona puede salvar a la Iglesia católica, vosotros pedís ángeles!» La burguesía francesa exclamó también, después del *coup d'état*: ¡Sólo el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre puede ya salvar a la sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar a la propiedad, el perjurio a la religión, el bastardismo a la familia y el desorden al orden!

Bonaparte, como poder ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el «orden burgués». Pero la fuerza de este orden burgués está en la clase media. Se cree, por tanto, representante de la clase media y promulga decretos en este sentido. Pero si es algo, es gracias a haber roto y romper de nuevo diariamente la fuerza política de esta clase media. Se afirma, por tanto, como adversario de la fuerza política y literaria de la clase media. Pero, al proteger su fuerza material, engendra de nuevo su fuerza política. Se trata, por tanto, de mantener viva la causa, pero de suprimir el efecto allí donde éste se manifieste. Pero esto no es posible sin una pequeña confusión de causa y efecto, pues al influir el uno sobre la otra y viceversa, ambos pierden sus características distintivas. Nuevos decretos que borran la línea divisoria. Bona-

parte se reconoce al mismo tiempo, frente a la burguesía, como representante de los campesinos y del pueblo en general, llamado a hacer felices dentro de la sociedad burguesa a las clases inferiores del pueblo. Nuevos decretos, que estafan de antemano a los «verdaderos socialistas»[179] su sabiduría de gobernantes. Pero Bonaparte se sabe ante todo jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, representante del lumpemproletariado, al que pertenece él mismo, su *entourage**, su Gobierno y su ejército, y al que ante todo le interesa beneficiarse a sí mismo y sacar premios de lotería californiana del Tesoro público. Y se confirma como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre con decretos, sin decretos y a pesar de los decretos.

Esta misión contradictoria del hombre explica las contradicciones de su Gobierno, el confuso tantear aquí y allá, que procura tan pronto atraerse como humillar, unas veces a esta y otras veces a aquella clase, poniéndolas a todas por igual en contra suya, y cuya inseguridad práctica forma un contraste altamente cómico con el estilo imperioso y categórico de sus actos de gobierno, estilo imitado sumisamente del tío.

La industria y el comercio, es decir, los negocios de la clase media, deben florecer como planta de estufa bajo el Gobierno fuerte. Se otorga un sinnúmero de concesiones ferroviarias. Pero el lumpemproletariado bonapartista tiene que enriquecerse. Manejos especulativos con las concesiones ferroviarias en la Bolsa por gentes iniciadas de antemano. Pero no se presenta ningún capital para los ferrocarriles. Se obliga al Banco a adelantar dinero a cuenta de las acciones ferroviarias. Pero, al mismo tiempo, hay que explotar personalmente al Banco, y, por tanto, halagarlo. Se exime al Banco del deber de publicar semanalmente sus informes. Contrato leonino del Banco con el Gobierno. Hay que dar trabajo al pueblo. Se ordenan obras públicas. Pero las obras públicas aumentan las cargas tributarias del pueblo. Por tanto, rebaja de los impuestos mediante un ataque contra los rentistas, convirtiendo las rentas al 5 por 100 en rentas al 4½ por 100. Pero hay que dar un poco de miel a la burguesía. Por tanto, se duplica el impuesto sobre el vino para el pueblo, que lo bebe *en detail***, y se rebaja a la mitad para la clase media, que lo bebe *en grós****. Se disuelven las asociaciones obreras existentes, pero se prometen milagros de asociación para el porvenir. Hay que ayudar a los campesinos: Bancos hipotecarios, que aceleran su endeudamiento y la concentración de la propiedad. Pero a estos Bancos hay que utilizarlos para sacar dinero de los

* Los que le rodean. (*N. de la Edit.*)
** Al por menor. (*N. de la Edit.*)
*** Al por mayor. (*N. de la Edit.*)

que se preste a esta condición, que no figura en el decreto, y el Banco hipotecario se queda reducido a mero decreto, etc., etc.

Bonaparte quisiera aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases. Pero no puede dar nada a una sin quitárselo a la otra. Y así como en los tiempos de la Fronda se decía del duque de Guisa que era el hombre más *obligeant** de Francia, porque había convertido todas sus fincas en obligaciones de sus partidarios, contra él mismo, Bonaparte quisiera ser también el hombre más *obligeant* de Francia y convertir toda la propiedad y todo el trabajo de Francia en una obligación personal contra él mismo. Quisiera robar a Francia entera para regalársela a Francia, o mejor dicho, para comprar de nuevo a Francia con dinero francés, pues como jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre tiene necesariamente que comprar lo que quiere que le pertenezca. Y en institución del soborno se convierten todas las instituciones del Estado: el Senado, el Consejo de Estado, el Cuerpo Legislativo, la Legión de Honor, la medalla del soldado, los lavaderos, los edificios públicos, los ferrocarriles, el Estado Mayor de la Guardia Nacional sin soldados rasos, los bienes confiscados de la casa de Orleáns. En medio de soborno se convierten todos los puestos del ejército y de la máquina de gobierno. Pero lo más importante en este proceso es que se toma a Francia para entregársela a ella misma, son los tantos por ciento que durante la operación de cambio se embolsan el jefe y los individuos de la Sociedad del 10 de Diciembre. El chiste con el que la condesa L., la amante del señor de Morny, caracterizaba la confiscación de los bienes orleanistas: «*C'est le premier vol de l'aigle*»** [«Es el primer vuelo (robo) del águila»], puede aplicarse a todos los vuelos de este *águila*, que más que águila es *cuervo*. Tanto él como sus adeptos se gritan diariamente, como aquel cartujo italiano al avaro, que contaba jactanciosamente los bienes que habría de disfrutar durante largos años: «*Tu fai conto sopra i beni, bisogna prime far il conto sopra gli anni*»***. Para no equivocarse en los años, echan las cuentas por minutos. En la corte, en los ministerios, en la cumbre de la administración y del ejército, se amontona un tropel de bribones, del mejor de los cuales puede decirse que no se sabe de dónde viene, una *bohème* estrepitosa, sospechosa y ávida de saqueo, que se arrastra en sus casacas galoneadas con la misma grotesca dignidad que los grandes dignatarios de Soulouque. Si queremos representarnos plásticamente esta capa superior de la Sociedad del 10 de Diciembre, nos basta con saber que

* Obsequioso. (*N. de la Edit.*)
** La palabra *vol* significa vuelo y robo.
*** «Cuentas los bienes, cuando lo que debieras contar son los años».

*Véron-Crevel** es su predicador de moral y *Granier de Cassagnac* su pensador. Cuando Guizot, durante su ministerio, utilizó a este Granier en un periodicucho contra la oposición dinástica, solía ensalzarlo con esta frase: «*C'est le roi des drôles*», «es el rey de los bufones». Sería injusto recordar a propósito de la corte y de la tribu de Luis Bonaparte a la Regencia[257] o a Luis XV. Pues «Francia ha pasado ya con frecuencia por un gobierno de favoritas pero nunca todavía por un gobierno de chulos»**.

Acosado por las exigencias contradictorias de su situación y al mismo tiempo obligado como un prestidigitador a atraer hacia sí, mediante sorpresas constantes, las miradas del público, como hacia el sustituto de Napoleón, y por tanto a ejecutar todos los días un golpe de Estado en miniatura, Bonaparte lleva el caos a toda la economía burguesa, atenta contra todo lo que a la revolución de 1848 había parecido intangible, hace a unos pacientes para la revolución y a otros ansiosos de ella, y engendra una verdadera anarquía en nombre del orden, despojando al mismo tiempo a toda la máquina del Estado del halo de santidad, profanándola, haciéndola a la par asquerosa y ridícula. Copia en París, bajo la forma de culto del manto imperial de Napoleón, el culto a la sagrada túnica de Tréveris[258]. Pero si por último el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la Columna de Vendôme[210].

Escrito por C. Marx en diciembre de 1851-marzo de 1852.
Publicado como primer número de la revista *Die Revolution* en 1852, en Nueva York.
Firmado: *Karl Marx*

Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1869.
Traducido del alemán.

* En su obra *La Cousine Bette*, Balzac presenta en Crevel, personaje inspirado en el Dr. Véron, propietario del periódico *Constitutionnel*, al tipo del filisteo más libertino de París.

** Palabras de Madame Girardin.

C. MARX

LA DOMINACION BRITANICA EN LA INDIA[259]

...El Indostán es una Italia de proporciones asiáticas, con el Himalaya por los Alpes, las llanuras de Bengala por las llanuras de Lombardía, la cordillera del Decán por los Apeninos y la isla de Ceilán por la de Sicilia. La misma riqueza y diversidad de productos del suelo e igual desmembración en su estructura política. Y así como Italia fue condensada de cuando en cuando por la espada del conquistador en diversas masas nacionales, vemos también que el Indostán, cuando no se encuentra oprimido por los mahometanos, los mogoles[260] o los británicos, se divide en tantos Estados independientes y antagónicos como ciudades o incluso pueblos cuenta. Sin embargo, desde el punto de vista social, el Indostán no es la Italia, sino la Irlanda del Oriente. Y esta extraña combinación de Italia e Irlanda, del mundo de la voluptuosidad y del mundo del dolor, se anticipaba ya en las antiguas tradiciones de la religión del Indostán. Esta es a la vez una religión de una exuberancia sensualista y de un ascetismo mortificador de la carne, una religión de Lingam[261] y de Yaggernat, la religión del monje y de la bayadera[262].

No comparto la opinión de los que creen en la existencia de una edad de oro en el Indostán, aunque para confirmar mi punto de vista no me remitiré, como lo hace sir Carlos Wood, al período

de la dominación de Kuli khan. Pero, tomemos, por ejemplo, los tiempos de Aurengzeib; o la época en que aparecieron los mongoles en el Norte y los portugueses en el Sur; o el período de la invasión musulmana y de la Heptarquía[263] en el Sur de la India; o, si ustedes quieren retornar a una antigüedad más remota, tomemos la cronología mitológica de los brahmines[264], que remonta el origen de las calamidades de la India a una época mucho más antigua que el origen cristiano del mundo.

No cabe duda, sin embargo, de que la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente más intensa que todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país. No aludo aquí al despotismo europeo cultivado sobre el terreno del despotismo asiático por la Compañía inglesa de las Indias Orientales[265]; combinación mucho más monstruosa que cualquiera de esos monstruos sagrados que nos infunden pavor en un templo de Salseta[266]. Este no es un rasgo distintivo del dominio colonial inglés, sino simplemente una imitación del sistema holandés, hasta el punto de que para caracterizar la labor de la Compañía inglesa de las Indias Orientales basta repetir literalmente lo dicho por sir Stamford Raffles, gobernador *inglés* de Java, acerca de la antigua Compañía holandesa de las Indias Orientales:

«La Compañía holandesa, movida exclusivamente por un espíritu de lucro y menos considerada con sus súbditos que un plantador de las Indias Occidentales con la turba de esclavos que trabajaba en sus posesiones —pues éste había pagado su dinero por los hombres adquiridos en propiedad, mientras que aquélla no había pagado nada—, empleó todo el aparato de despotismo existente para exprimirle a la población hasta el último céntimo en contribuciones y obligarla a trabajar hasta su completo agotamiento. Y así, agravó el mal ocasionado al país por un gobierno caprichoso y semibárbaro, utilizándolo con todo el ingenio práctico de los políticos y todo el egoísmo monopolizador de los mercaderes».

Guerras civiles, invasiones, revoluciones, conquistas, años de hambre: por extraordinariamente complejas, rápidas y destructoras que pudieran parecer todas estas calamidades sucesivas, su efecto sobre el Indostán no pasó de ser superficial. Inglaterra, en cambio, destrozó todo el entramado de la sociedad hindú, sin haber manifestado hasta ahora el menor intento de reconstitución. Esta pérdida de su viejo mundo, sin conquistar otro nuevo, imprime un sello de particular abatimiento a la miseria del hindú y desvincula al Indostán gobernado por la Gran Bretaña de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada.

Desde tiempos inmemoriales, en Asia no existían, por regla general, más que tres ramos de la hacienda pública: el de las finan-

zas, o del pillaje interior; el de la guerra, o del pillaje exterior, y, por último, el de obras públicas. El clima y las condiciones del suelo, particularmente en los vastos espacios desérticos que se extienden desde el Sahara, a través de Arabia, Persia, la India y Tartaria, hasta las regiones más elevadas de la meseta asiática, convirtieron al sistema de irrigación artificial por medio de canales y otras obras de riego en la base de la agricultura oriental. Al igual que en Egipto y en la India, las inundaciones son utilizadas para fertilizar el suelo en Mesopotamia, Persia y otros lugares: el alto nivel de las aguas sirve para llenar los canales de riego. Esta necesidad elemental de un uso económico y común del agua, que en Occidente hizo que los empresarios privados se agrupasen en asociaciones voluntarias, como ocurrió en Flandes y en Italia, impuso en Oriente, donde el nivel de la civilización era demasiado bajo, y los territorios demasiado vastos para impedir que surgiesen asociaciones voluntarias, la intervención del Poder centralizador del Gobierno. De aquí que todos los gobiernos asiáticos tuviesen que desempeñar esa función económica: la organización de las obras públicas. Esta fertilización artificial del suelo, función de un gobierno central, y en decadencia inmediata cada vez que éste descuida las obras de riego y avenamiento, explica el hecho, de otro modo inexplicable, de que encontremos ahora territorios enteros estériles y desérticos que antes habían sido excelentemente cultivados, como Palmira, Petra, las ruinas que se encuentran en el Yemen y grandes provincias de Egipto, Persia y el Indostán. Así se explica también el que una sola guerra devastadora fuese capaz de despoblar un país durante siglos enteros y destruir toda su civilización.

Pues bien, los británicos de las Indias Orientales tomaron de sus predecesores el ramo de las finanzas y el de la guerra, pero descuidaron por completo el de las obras públicas. De aquí la decadencia de una agricultura que era incapaz de seguir el principio inglés de la libre concurrencia, el principio del *laissez faire, laissez aller**. Sin embargo, estamos acostumbrados a ver que en los imperios asiáticos la agricultura decae bajo un gobierno y resurge bajo otro. Aquí la cosecha depende tanto de un gobierno bueno o malo como en Europa del buen o mal tiempo. Por eso, por graves que hayan sido las consecuencias de la opresión y del abandono de la agricultura, no podemos considerar que éste haya sido el golpe de gracia asestado por el invasor británico a la sociedad hindú, si todo ello no hubiera ido acompañado de una circunstancia

* Dejad hacer, dejad pasar: fórmula de los economistas burgueses librecambistas que defendían la libertad de comercio y la no ingerencia del Estado en el dominio de las relaciones económicas. (*N. de la Edit.*)

mucho más importante, que constituye una novedad en los anales de todo el mundo asiático. Por importantes que hubiesen sido los cambios políticos experimentados en el pasado por la India, sus condiciones sociales permanecieron intactas desde los tiempos más remotos hasta el primer decenio del siglo XIX. El telar de mano y el torno de hilar, origen de un ejército incontable de tejedores e hiladores, eran los pivotes centrales de la estructura social de la India. Desde tiempos inmemoriales, Europa había recibido las magníficas telas elaboradas por los hindúes, enviando a cambio sus metales preciosos, con lo que proporcionaba la materia prima necesaria para los orífices, miembros indispensables de la sociedad hindú, cuya afición por los aderezos es tan grande que hasta los individuos de las clases más bajas, que andan casi desnudos, suelen tener un par de pendientes de oro o algún adorno de oro alrededor del cuello. Era casi general la costumbre de llevar anillos en los dedos de las manos y de los pies. Las mujeres y los niños se adornaban frecuentemente los tobillos y los brazos con aros macizos de oro o de plata, y las estatuillas de oro o plata, representando a las divinidades, eran un atributo del hogar. El invasor británico acabó con el telar de mano indio y destrozó el torno de hilar. Inglaterra comenzó por desalojar de los mercados europeos a los tejidos de algodón de la India; después llevó el hilo torzal a la India y terminó por invadir la patria del algodón con tejidos de algodón. Entre 1818 y 1836, la exportación de hilo torzal de Inglaterra a la India aumentó en la proporción de 1 a 5.200. En 1824, la India apenas importó 1.000.000 de yardas de muselina inglesa, mientras que en 1837 la importación subió ya a más de 64.000.000 de yardas. Pero durante ese mismo período la población de Dacca se redujo de 150.000 habitantes a 20.000. Esta decadencia de ciudades de la India, que habían sido célebres por sus tejidos, no puede ser considerada, ni mucho menos, como la peor consecuencia de la dominación inglesa. El vapor británico y la ciencia británica destruyeron en todo el Indostán la unión entre la agricultura y la industria artesana.

Estas dos circunstancias —de una parte, el que los hindúes, al igual que todos los pueblos orientales, dejasen en manos del Gobierno central el cuidado de las grandes obras públicas, condición básica de su agricultura y de su comercio, y de otra, el que los hindúes, diseminados por todo el territorio del país, se concentrasen a la vez en pequeños centros en virtud de la unión patriarcal entre la agricultura y la artesanía— originaron desde tiempos muy remotos un sistema social de características muy particulares: el llamado *village system* (sistema de comunidades rurales). Este sistema era el que daba a cada una de estas pequeñas agrupaciones su organización autónoma y su vida distinta.

Podemos juzgar de las características de este sistema por la siguiente descripción que figura en un antiguo informe oficial sobre los asuntos de la India, presentado en la Cámara de los Comunes:

«Considerado geográficamente, un poblado es un espacio de unos cientos o miles de acres de tierras cultivadas e incultas; desde el punto de vista político parece una corporación o un municipio. Por lo común suele tener los siguientes funcionarios y servidores: un *potail* o jefe, que es, generalmente, el encargado de dirigir los asuntos del poblado, resuelve las disputas que surgen entre sus habitantes, posee poder policíaco y desempeña dentro del poblado las funciones de recaudador de contribuciones, para lo cual es la persona más indicada, por su influencia personal y su perfecto conocimiento de la situación y los asuntos de la gente. El *kurnum* lleva las cuentas de las labores agrícolas y registra todo lo relacionado con ellas. Siguen el *tallier* y el *totie*: las obligaciones del primero consisten en recoger informes sobre los delitos o las infracciones que se cometan, y acompañar y proteger a las personas que se trasladen de un poblado a otro; las obligaciones del segundo parecen circunscribirse más a los límites del poblado y consisten, entre otras, en guardar las cosechas y ayudar a medirlas. El *guardafrontera* cuida los lindes del poblado y testifica acerca de ellos en caso de disputa. El vigilante de los depósitos de agua y de los canales es el encargado de distribuir el agua para las necesidades de la agricultura. El brahmín que vela por el culto. El maestro de escuela, a quien se puede ver enseñando a los niños del poblado a leer y a escribir sobre la arena. El brahmín encargado del calendario, o astrólogo, y otros. Todos estos funcionarios y servidores constituyen la administración del poblado, que en ciertos lugares del país es más reducida, pues algunos de los deberes y funciones que se han descrito se refunden y desempeñan por una misma persona; en otros lugares su número es mayor. Los habitantes del campo han vivido bajo esta forma primitiva de gobierno municipal desde tiempos inmemoriales. Los límites de los poblados cambiaban muy raramente, y aunque en ocasiones los poblados sufrían grandes daños e incluso eran devastados por la guerra, el hambre o las enfermedades, el mismo nombre, los mismos límites, los mismos intereses y hasta las mismas familias perduraban durante siglos enteros. A los habitantes de esos poblados no les preocupaba en absoluto la desaparición o las divisiones de los reinos; mientras su poblado siguiese intacto, les tenía sin cuidado la potencia a cuyas manos habían pasado o el soberano a que habían sido sometidos, pues su economía interior permanecía inmutable. El *potail* seguía siendo el jefe y seguía actuando como juez o magistrado y recaudador de contribuciones».

Estas pequeñas formas estereotipadas de organismo social han sido destruidas en su mayor parte y están desapareciendo, no tanto por culpa de la brutal intromisión del recaudador británico de contribuciones o del soldado británico, como por la acción del vapor inglés y de la libertad de comercio inglesa. Estas comunidades de tipo familiar tenían por base la industria doméstica, esa combinación peculiar de tejido a mano, hilado a mano y laboreo a mano, que les permitía bastarse a sí mismas. La intromisión inglesa, que colocó al hilador en Lancashire y al tejedor en Bengala, o que barrió tanto al hilador hindú como al tejedor hindú, disol-

vió esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas, al hacer saltar su base económica, produciendo así la más grande, y, para decir la verdad, la única revolución *social* que jamás se ha visto en Asia.

Sin embargo, por muy lamentable que sea desde un punto de vista humano ver cómo se desorganizan y descomponen en sus unidades integrantes esas decenas de miles de organizaciones sociales laboriosas, patriarcales e inofensivas; por triste que sea verlas sumidas en un mar de dolor, contemplar cómo cada uno de sus miembros va perdiendo a la vez sus viejas formas de civilización y sus medios hereditarios de subsistencia, no debemos olvidar al mismo tiempo que esas idílicas comunidades rurales, por inofensivas que pareciesen, constituyeron siempre una sólida base para el despotismo oriental; que restringieron el intelecto humano a los límites más estrechos, convirtiéndolo en un instrumento sumiso de la superstición, sometiéndolo a la esclavitud de reglas tradicionales y privándolo de toda grandeza y de toda iniciativa histórica. No debemos olvidar el bárbaro egoísmo que, concentrado en un mísero pedazo de tierra, contemplaba tranquilamente la ruina de imperios enteros, la perpetración de crueldades indecibles, el aniquilamiento de la población de grandes ciudades, sin prestar a todo esto más atención que a los fenómenos de la naturaleza, y convirtiéndose a su vez en presa fácil para cualquier agresor que se dignase fijar en él su atención. No debemos olvidar que esa vida sin dignidad, estática y vegetativa, que esa forma pasiva de existencia despertaba, de otra parte y por oposición, unas fuerzas destructivas salvajes, ciegas y desenfrenadas que convirtieron incluso el asesinato en un rito religioso en el Indostán. No debemos olvidar que esas pequeñas comunidades estaban contaminadas por las diferencias de casta y por la esclavitud, que sometían al hombre a las circunstancias exteriores en lugar de hacerle soberano de dichas circunstancias, que convirtieron su estado social que se desarrollaba por sí solo en un destino natural e inmutable, creando así un culto embrutecedor a la naturaleza, cuya degradación salta a la vista en el hecho de que el hombre, el soberano de la naturaleza, cayese de rodillas, adorando al mono *Hanumán* y a la vaca *Sabbala*.

Bien es verdad que al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución.

En tal caso, por penoso que sea para nuestros sentimientos personales el espectáculo de un viejo mundo que se derrumba, desde el punto de vista de la historia tenemos pleno derecho a exclamar con Goethe:

«Sollte diese Qual uns quälen
Da sie unsre Lust vermehrt,
Hat nicht Myriaden Seelen
Timur's Herrschaft aufgezehrt?»*

Escrito por C. Marx el 10 de junio de 1853.
Publicado en el *New-York Daily Tribune*, núm. 3804, del 25 de junio de 1853.

Firmado: *Karl Marx*

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del inglés.

* ¿Quién lamenta los estragos
Si los frutos son placeres?
¿No aplastó miles de seres
Tamerlán en su reinado?
(De la poesía de Goethe *A Suleika* del *Diván occidental-oriental*). (*N. de la Edit.*)

C. MARX

FUTUROS RESULTADOS DE LA DOMINACION BRITANICA EN LA INDIA

Londres, viernes, 22 de julio de 1853

Me propongo resumir en este artículo mis observaciones referentes a la India.

¿Cómo ha podido establecerse la dominación inglesa en la India? El poder ilimitado del Gran Mogol[267] fue derribado por los virreyes mongoles; el poder de los virreyes fue derrotado por los mahratas[268], el poder de los mahratas fue derrocado por los afganos, y mientras todos luchaban contra todos irrumpió el conquistador británico y los sometió a todos. Un país donde no sólo luchan musulmanes contra hindúes, sino también tribu contra tribu y casta contra casta; una sociedad cuyo entramado se basa en una especie de equilibrio resultante de la repulsión general y del exclusivismo constitucional de todos sus miembros, ¿cómo no iban a estar ese país y esa sociedad predestinados a convertirse en presa de los conquistadores? Aunque no conociésemos nada de la historia pasada del Indostán, ¿no bastaría acaso el gran hecho indiscutible de que, incluso ahora, Inglaterra mantiene esclavizada a la India con ayuda de un ejército hindú sostenido a costa de la misma India? Así pues, la India no podía escapar a su destino de ser conquistada, y toda su historia pasada, en el supuesto de que haya habido tal historia, es la sucesión de las conquistas sufridas por ella. La sociedad hindú carece por completo de historia, o por lo menos de historia conocida. Lo que llamamos historia de la India no es más que la historia de los sucesivos invasores que fundaron sus im

perios sobre la base pasiva de esa sociedad inmutable que no les ofrecía ninguna resistencia. No se trata, por tanto, de si Inglaterra tenía o no tenía derecho a conquistar la India, sino de si preferimos una India conquistada por los turcos, los persas o los rusos a una India conquistada por los británicos.

Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia.

Los árabes, los turcos, los tártaros y los mongoles que conquistaron sucesivamente la India, fueron rápidamente *hinduizados.* De acuerdo con la ley inmutable de la historia, los conquistadores bárbaros son conquistados por la civilización superior de los pueblos sojuzgados por ellos. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de civilización superior a la hindú, y por eso resultaron inmunes a la acción de esta última. Los británicos destruyeron la civilización hindú al deshacer las comunidades nativas, al arruinar por completo la industria indígena y al nivelar todo lo grande y elevado de la sociedad nativa. Las páginas de la historia de la dominación inglesa en la India apenas ofrecen algo más que destrucciones. Tras los montones de ruinas a duras penas puede distinguirse su obra regeneradora. Y sin embargo, esa obra ha comenzado.

La unidad política de la India, más consolidada y extendida a una esfera más amplia que en cualquier momento de la dominación de los grandes mongoles, era la primera condición de su regeneración. Esa unidad, impuesta por la espada británica, se verá ahora fortalecida y perpetuada por el telégrafo eléctrico. El ejército hindú, organizado y entrenado por los sargentos ingleses, es una condición *sine qua non* para que la India pueda conquistar su independencia y lo único capaz de evitar que el país se convierta en presa del primer conquistador extranjero. La prensa libre, introducida por vez primera en la sociedad asiática y dirigida fundamentalmente por una descendencia cruzada de hindúes y europeos, es un nuevo y poderoso factor de la reconstrucción. Incluso los *zamindares* y los *ryotwares*[269], por execrables que sean, representan dos formas distintas de propiedad privada de la tierra, tan ansiada por la sociedad asiática. Los indígenas, educados de mala gana y a pequeñas dosis por los ingleses en Calcuta, constituyen el origen de una nueva clase que reúne los requisitos necesarios para gobernar el país e imbuida de ciencia europea. El vapor estableció una comunicación rápida y regular entre la India y Europa y conectó sus principales puertos con todos los puertos de los mares del Sur y del Este, contribuyendo así a sacar a la India de su aislamiento, primera condición del estancamiento que sufre

el país. No está lejano el día en que una combinación de barcos y ferrocarriles reduzca a ocho días de viaje la distancia entre Inglaterra y la India. Y entonces, ese país en un tiempo fabuloso habrá quedado realmente incorporado al mundo occidental.

Hasta ahora, las clases gobernantes de la Gran Bretaña sólo han estado interesadas en el progreso de la India de un modo accidental, transitorio y a título de excepción. La aristocracia quería conquistarla, la plutocracia saquearla, y la burguesía industrial ansiaba someterla con el bajo precio de sus mercancías. Pero ahora la situación ha cambiado. La burguesía industrial ha descubierto que sus intereses vitales reclaman la transformación de la India en un país productor, y que para ello es preciso ante todo proporcionarle medios de riego y vías de comunicación interior. Los industriales se proponen cubrir la India con una red de ferrocarriles. Y lo harán; con lo que se obtendrán resultados inapreciables.

Es bien notorio que las fuerzas productivas de la India están paralizadas por la escasez aguda de medios de comunicación, indispensables para el transporte y el intercambio de sus variados productos. En ningún lugar del mundo más que en la India podemos encontrar tal indigencia social en medio de tanta abundancia de productos naturales. Y todo por la escasez de medios de cambio. En 1848, una comisión de la Cámara de los Comunes estableció que

«mientras en Kandesh el quarter de trigo costaba de 6 a 8 chelines, se vendía al precio de 64 a 70 chelines en Punah, donde la gente se moría de hambre en las calles, pues no podían recibir víveres de Kandesh a causa de que los caminos arcillosos estaban intransitables».

El trazado de las líneas férreas puede ser fácilmente aprovechado para servir a la agricultura, construyendo estanques en aquellos lugares donde haya necesidad de extraer tierra para los terraplenes y estableciendo conducciones de agua a lo largo de las líneas férreas. De este modo, puede extenderse considerablemente el sistema de irrigación, condición indispensable para el desarrollo de la agricultura en Oriente, con lo que se evitarían las frecuentes malas cosechas provocadas por la escasez de agua. Desde este punto de vista, la enorme importancia de los ferrocarriles resulta evidente si recordamos que incluso en los distritos próximos a los Ghates las tierras irrigadas pagan tres veces más impuesto, ocupan de diez a doce veces más gente y rinden de doce a quince veces más beneficio que las tierras no irrigadas de igual extensión.

Los ferrocarriles permitirán reducir el número y los gastos de sostenimiento de los establecimientos militares. En unas declaraciones hechas ante una comisión especial de la Cámara de los Co-

munes, el coronel Warren, comandante del fuerte St. William, dijo:

«La posibilidad de recibir informes desde lugares apartados del país en tantas horas como ahora se requieren días y hasta semanas, la posibilidad de enviar instrucciones, tropas y bastimentos con toda rapidez, son consideraciones que no pueden ser sobreestimadas. Las guarniciones podrían establecerse en lugares más distantes y más sanos que ahora, con lo cual se salvarían las vidas de muchos hombres que sucumben víctimas de las enfermedades. De igual modo, no habría necesidad de almacenar tantas provisiones en distintos depósitos, evitándose así las pérdidas ocasionadas por la descomposición y la acción destructora del clima. Los efectivos podrían disminuir en la misma proporción en que aumentaría su eficacia».

Sabido es que la organización municipal y la base económica de las comunidades rurales fueron destruidas, pero el peor de sus rasgos, la disgregación de la sociedad en átomos estereotipados e inconexos, les sobrevivió. El aislamiento de las comunidades rurales motivó la ausencia de caminos en la India, y la ausencia de caminos perpetuó el aislamiento de las comunidades. En estas condiciones, la comunidad permanecía estabilizada en un bajo nivel de vida, apartada casi por completo de las otras comunidades, sin mostrar el menor afán de progreso social y sin realizar ningún esfuerzo por conseguirlo. Mas ahora, cuando los británicos han roto esa *inercia* que se bastaba a sí misma de las comunidades rurales, los ferrocarriles ayudarán a satisfacer las nuevas necesidades de comunicación e intercambio. Además,

«uno de los efectos del sistema ferroviario será el llevar a cada poblado que cruce tal conocimiento de los adelantos y aplicaciones prácticas de otros países y facilitar de tal modo su adquisición, que, en primer lugar, permitirá que el artesanado hereditario y estipendiario de la comuna de la India pueda manifestar todas sus capacidades, y, en segundo lugar, suplirá sus defectos» (Chapman. *El algodón y el comercio de la India*).

Ya sé que la burguesía industrial inglesa trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de abaratar el transporte del algodón y de otras materias primas necesarias para sus fábricas. Pero si introducís las máquinas en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no podréis impedir que ese país fabrique dichas máquinas. No podréis mantener una red de vías férreas en un país enorme, sin organizar en él todos los procesos industriales necesarios para satisfacer las exigencias inmediatas y corrientes del ferrocarril, lo cual implicará la introducción de la maquinaria en otras ramas de la industria que no estén directamente relacionadas con el transporte ferroviario. El sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la industria moderna. Y esto es tanto más cierto, cuanto que, según confesión de las propias autoridades británicas, los hindúes tienen una aptitud particular para adaptarse

a trabajos totalmente nuevos para ellos y adquirir los conocimientos necesarios para el manejo de las máquinas. Buena prueba de esto nos la ofrecen la capacidad y pericia demostradas por los mecánicos indígenas que han estado trabajando durante muchos años en las máquinas de vapor de la Casa de la Moneda de Calcuta, así como también los hindúes que han estado atendiendo numerosas máquinas de vapor de las minas de carbón de Hardwar, y otros ejemplos. El propio Mr. Campbell, a pesar de lo muy influenciado que pueda estar por los prejuicios de la Compañía de las Indias Orientales[265], se ve obligado a confesar que

> «vastas masas del pueblo hindú poseen una gran *energía industrial*, buena aptitud para acumular capital, extraordinaria perspicacia para las matemáticas y gran facilidad para el cálculo y las ciencias exactas». «Su intelecto» —sigue diciendo— «es excelente»[270].

La industria moderna, llevada a la India por los ferrocarriles, destruirá la división hereditaria del trabajo, base de las castas hindúes, ese principal obstáculo para el progreso y el poderío de la India.

Todo cuanto se vea obligada a hacer en la India la burguesía inglesa no emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su condición social, pues tanto lo uno como lo otro no sólo dependen del desarrollo de las fuerzas productivas, sino de su apropiación por el pueblo. Pero lo que sí no dejará de hacer la burguesía es sentar las premisas materiales necesarias para la realización de ambas empresas. ¿Acaso la burguesía ha hecho nunca algo más? ¿Cuándo ha realizado algún progreso sin arrastrar a individuos aislados y a pueblos enteros por la sangre y el lodo, la miseria y la degradación?

Los hindúes no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la misma Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los propios hindúes no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico. En todo caso, podemos estar seguros de ver en un futuro más o menos lejano la regeneración de este interesante y gran país, cuna de nuestros idiomas y de nuestras religiones; de este país que nos ofrece en el *yata*[272] el tipo del antiguo germano y en el brahmín[264] el tipo del griego antiguo; de este país, cuyos nobles habitantes, aun los pertenecientes a las clases más inferiores, son, según expresión del príncipe Saltykov, *«sonts plus fisn et plus adroits que les italiens»**. Incluso su misión la compensan con una especie de serena

* «Más finos y más diestros que los italianos»[271]. (*N. de la Edit.*)

nobleza, y, a pesar de su natural pasividad, asombraron a los oficiales británicos con su valor.

No puedo abandonar el tema de la India sin hacer algunas observaciones a título de conclusión.

La profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos cuando, en lugar de observar esa civilización en su casa, donde adopta formas honorables, la contemplamos en las colonias, donde se nos ofrece sin ningún embozo. La burguesía se hace pasar por la defensora de la propiedad, pero, ¿qué partido revolucionario ha hecho jamás una revolución agraria como las realizadas en Bengala, Madrás y Bombay? ¿Acaso no ha recurrido en la India —para expresarnos con las palabras del propio lord Clive, ese gran saqueador— a feroces extorsiones, cuando la simple corrupción no bastaba para satisfacer su afán de rapiña? Y mientras en Europa charlaban sobre la inviolable santidad de la deuda nacional, ¿no confiscaba acaso los dividendos de los rajás que habían invertido sus ahorros personales en acciones de la propia Compañía? Y cuando luchaba contra la revolución francesa con el pretexto de defender «nuestra santa religión», ¿no prohibía la propaganda del cristianismo en la India? Y cuando quiso embolsarse los ingresos que proporcionaban las peregrinaciones a los templos de Orissa y Bengala, ¿no convirtió en una industria la prostitución y los crímenes organizados en el templo de Yaggernat?[262] Helos ahí, los defensores de «la propiedad, el orden, la familia y la religión».

Los devastadores efectos de la industria inglesa en la India —país de dimensiones no inferiores a las de Europa y con un territorio de 150 millones de acres— son evidentes y aterradores. Pero no debemos olvidar que esos efectos no son más que el resultado orgánico de todo el actual sistema de producción. Esta producción descansa en el dominio supremo del capital. La centralización del capital es indispensable para la existencia del capital como poder independiente. Los efectos destructores de esa centralización sobre los mercados del mundo no hacen más que demostrar en proporciones gigantescas las leyes orgánicas inmanentes de la Economía política, vigentes en la actualidad para cualquier ciudad civilizada. El período burgués de la historia está llamado a sentar las bases materiales de un nuevo mundo: a desarrollar, por un lado, el intercambio universal, basado en la dependencia mutua del género humano, y los medios para realizar ese intercambio; y, de otro lado, desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgueses van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo del mismo modo como las revoluciones geológicas

crearon la superficie de la tierra. Y sólo cuando una gran revolución social se apropie las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos al control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano habrá dejado de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado.

Escrito por C. Marx el 22 de julio de 1853.

Publicado en el *New-York Daily Tribune*, № 3840, del 8 de agosto de 1853.
Firmado: *Karl Marx*

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.

Traducido del inglés.

C. MARX

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA FIESTA DEL ANIVERSARIO DEL *PEOPLE'S PAPER*[273]

Las llamadas revoluciones de 1848 no fueron más que pequeños hechos episódicos, ligeras fracturas y fisuras en la dura corteza de la sociedad europea. Bastaron, sin embargo, para poner de manifiesto el abismo que se extendía por debajo. Demostraron que bajo esa superficie, tan sólida en apariencia, existían verdaderos océanos, que sólo necesitaban ponerse en movimiento para hacer saltar en pedazos continentes enteros de duros peñascos. Proclamaron, en forma ruidosa a la par que confusa, la emancipación del proletariado, ese secreto del siglo XIX y de su revolución.

Bien es verdad que esa revolución social no fue una novedad inventada en 1848. El vapor, la electricidad y el telar mecánico eran unos revolucionarios mucho más peligrosos que los ciudadanos Barbés, Raspail y Blanqui. Pero, a pesar de que la atmósfera en la que vivimos ejerce sobre cada uno de nosotros una presión de 20.000 libras, ¿acaso la sentimos? No en mayor grado que la sociedad europea sentía, antes de 1848, la atmósfera revolucionaria que la rodeaba y que presionaba sobre ella desde todos los lados.

Nos hallamos en presencia de un gran hecho característico del siglo XIX, que ningún partido se atreverá a negar. Por un lado, han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos

síntomas de decadencia que superan en mucho a los horrores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio Romano.

Hoy día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen la vida humana al nivel de una fuerza material bruta. Este antagonismo entre la industria moderna y la ciencia, por un lado, y la miseria y la decadencia, por otro; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época es un hecho palpable, abrumador e incontrovertible. Unos partidos pueden lamentar este hecho; otros pueden querer deshacerse de los progresos modernos de la técnica con tal de verse libres de los conflictos actuales; otros más pueden imaginar que este notable progreso industrial debe complementarse con una regresión política igualmente notable. Por lo que a nosotros se refiere, no nos engañamos respecto a la naturaleza de ese espíritu maligno que se manifiesta constantemente en todas las contradicciones que acabamos de señalar. Sabemos que para hacer trabajar bien a las nuevas fuerzas de la sociedad se necesita únicamente que éstas pasen a manos de hombres nuevos, y que tales hombres nuevos son los obreros.

Estos son igualmente un invento de la época moderna, como las propias máquinas. En todas las manifestaciones que provocan el desconcierto de la burguesía, de la aristocracia y de los pobres profetas de la regresión, reconocemos a nuestro buen amigo Robin Goodfellow, al viejo topo que sabe cavar la tierra con tanta rapidez, a ese digno zapador que se llama Revolución. Los obreros ingleses son los primogénitos de la industria moderna. Y no serán, naturalmente, los últimos en contribuir a la revolución social producida por esa industria, revolución que significa la emancipación de su propia clase en todo el mundo y que es tan universal como la dominación del capital y la esclavitud asalariada. Conozco las luchas heroicas libradas por la clase obrera inglesa desde mediados del siglo pasado, y que no son tan famosas por haber sido mantenidas en la oscuridad y silenciadas por los historiadores burgueses. Para vengarse de las iniquidades cometidas por las clases go

bernantes, en la Edad Media existía en Alemania un tribunal secreto llamado *Vehmgericht**. Si alguna casa aparecía marcada con una cruz roja, el pueblo sabía que el propietario de dicha casa había sido condenado por *Vehm*. Hoy día, todas las casas de Europa están marcadas con la misteriosa cruz roja. La Historia es el juez; el agente ejecutor de su sentencia es el proletariado.

Publicado en el *People's Paper*, № 207, del 19 de abril de 1856.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico. Traducido del inglés.

* «El Juicio de Temis». (*N. de la Edit.*)

C. MARX

PROLOGO DE LA *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA*[274]

Estudio el sistema de la Economía burguesa por este orden: *capital*, *propiedad del suelo*, *trabajo asalariado*; *Estado*, *comercio exterior*, *mercado mundial*. Bajo los tres primeros títulos, investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre los tres títulos restantes salta a la vista. La primera sección del libro primero, que trata del capital, contiene los siguientes capítulos: 1) la mercancía; 2) el dinero o la circulación simple; 3) el capital, en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido del presente fascículo. Tengo ante mí todos los materiales de la obra en forma de monografías, redactadas con grandes intervalos de tiempo para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales con arreglo al plan apuntado dependerá de circunstancias externas.

Aunque había esbozado una introducción general[275], prescindo de ella, pues, bien pensada la cosa, creo que el adelantar los resultados que han de demostrarse, más bien sería un estorbo, y el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general. En cambio, me parecen oportunas aquí algunas referencias acerca de la trayectoria de mis estudios de Economía Política.

Mis estudios profesionales eran los de Jurisprudencia, de la que, sin embargo, sólo me preocupé como disciplina secundaria, al lado

de la Filosofía y la Historia. En 1842-43, siendo redactor de la *Rheinische Zeitung*[175], me vi por vez primera en el trance difícil de tener que opinar acerca de los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad del suelo, la polémica oficial mantenida entre el señor von Schaper, a la sazón gobernador de la provincia renana, y la *Rheinische Zeitung* acerca de la situación de los campesinos del Mosela, y, finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocuparme por vez primera de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de «marchar adelante» superaba con mucho el conocimiento de la materia, la *Rheinische Zeitung* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de aquellas chapucerías, pero confesando al mismo tiempo redondamente, en una controversia con la *Allgemeine Zeitung* de Augsburgo[276], que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas. Con tanto mayor deseo aproveché la ilusión de los gerentes de la *Rheinische Zeitung* quienes creían que suavizando la posición del periódico iban a conseguir que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para retirarme de la escena pública a mi cuarto de estudio.

Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio la luz en 1844 en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*[13], que se publicaban en París. Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de «sociedad civil», y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de Economía Política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superes-

tructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación

social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*), había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, se estableció también en Bruselas, acordamos contrastar conjuntamente nuestro, punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana; en realidad liquidar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana*. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octavo— llevaba ya la mar de tiempo en Westfalia, en el sitio en que había de editarse, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de esto, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objeto principal: esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el *Manifiesto del Partido Comunista*** redactado por Engels y por mí, y un *Discurso sobre el librecambio*, que yo publiqué. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por vez primera, científicamente, aunque sólo en forma polémica, en la obra *Miseria de la Filosofía*, etc., publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el *Trabajo asalariado****, en el que recogía las conferencias que había dado acerca de este tema en la Asociación Obrera Alemana de Bruselas[72], fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi abandono forzoso de Bélgica.

La publicación de la *Neue Rheinische Zeitung*[71] (1848-1849) y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. Los inmensos materiales para la historia de la Economía Política acumulados en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa, y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro de California y de Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso, de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios me lle-

* C. Marx y F. Engels. *La Ideología Alemana*. (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente tomo, págs. 110—140 (*N. de la Edit.*)
*** Véase el presente tomo, págs. 153—178 (*N. de la Edit.*)

vaban, a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo me mermaba el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el *New York Daily Tribune*[164], me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa correspondencias propiamente dichas. Sin embargo, los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mi colaboración, que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia propiamente económica.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la Economía Política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan, y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Y a la puerta de la ciencia, como a la del infierno, debiera estamparse esta consigna:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
*Ogni viltà convien che qui sia morta**.

Londres, enero de 1859. *Carlos Marx*

Publicado por primera vez en el libro: *Zur Kritik der politischen Oekonomie von Karl Marx*. Erstes Heft, Berlin, 1859.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.
Traducido del alemán.

---

* *Déjese aquí cuanto sea recelo,*
Mátese aquí cuanto sea vileza. (Dante. *La divina comedia.*) (*N. de la Edit.*)

F. ENGELS

CARLOS MARX. *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA.*

PRIMER FASCICULO, BERLIN, FRANZ DUNKER, 1859[277]

I

En todos los campos de la ciencia los alemanes han demostrado hace tiempo que valen tanto, y en muchos de ellos más, que las otras naciones civilizadas. No había más que una ciencia que no contase entre sus talentos ningún nombre alemán: la Economía Política. La razón se alcanza fácilmente. La Economía Política es el análisis teórico de la moderna sociedad burguesa y presupone, por tanto, relaciones burguesas desarrolladas, relaciones que después de las guerras de la Reforma y las guerras campesinas[278], y sobre todo después de la guerra de los Treinta años[279], no podían darse en Alemania antes de que pasasen varios siglos. La separación de Holanda del Imperio alemán[280] apartó a Alemania del comercio mundial y redujo de antemano su desarrollo industrial a las proporciones más mezquinas. Y, mientras los alemanes se reponían tan fatigosa y lentamente de los estragos de las guerras intestinas, mientras gastaban todas sus energías cívicas, que nunca fueron demasiado grandes, en una lucha estéril contra las trabas aduaneras y las necias ordenanzas comerciales que cada príncipe en miniatura y cada barón del Reich imponía a la industria de sus súbditos; mientras las ciudades imperiales languidecían entre la quincalla de los gremios y el patriciado, Holanda, Inglaterra y Francia conquistaban los primeros puestos en el comercio mundial, establecían colonia tras colonia y llevaban la industria manufacturera a su máximo apogeo, hasta que, por último, Ingla-

terra, con la invención del vapor, que valorizó por fin sus yacimientos de hulla y de hierro, se colocó a la cabeza del desarrollo burgués moderno. Mientras hubiese que luchar contra restos tan ridículamente anticuados de la Edad Media como los que hasta 1830 obstruían el progreso material burgués de Alemania, no había que pensar en que existiese una Economía Política alemana. Hasta la fundación de la Liga aduanera[166], los alemanes no se encontraron en condiciones de poder *entender*, únicamente, la Economía política. En efecto, a partir de entonces comienza a importarse la Economía Política inglesa y francesa, en provecho de la burguesía alemana. La gente erudita y los burócratas no tardaron en adueñarse de la materia importada, aderezándola de un modo que no honra precisamente al «espíritu alemán». De la turbamulta de caballeros de industria, mercaderes, dómines y burócratas metidos a escritores, nació una literatura económica alemana que, en punto a insipidez, superficialidad, vacuidad, prolijidad y plagio, sólo puede parangonarse con la novela alemana. Entre la gente de sentido práctico se ha formado en primer término la escuela de los industriales proteccionistas, cuya primera autoridad, List, sigue todavía siendo lo mejor que ha producido la literatura económica burguesa alemana, aunque toda su obra gloriosa esté copiada del francés Ferrier, padre teórico del sistema continental[15]. Frente a esta tendencia, apareció en la década del cuarenta la escuela librecambista de los comerciantes de las provincias del Báltico, que repetían balbuceando, con una fe infantil, aunque interesada, los argumentos de los «freetraders» ingleses[149]. Finalmente, entre los dómines y los burócratas, a cuyo cargo corría el lado teórico de esta ciencia, tenemos áridos herboristas sin sentido crítico, como el señor Rau, especuladores seudo-ingeniosos como el señor Stein, que se dedicaba a traducir las tesis de los extranjeros al lenguaje indigerido de Hegel, o espigadores literaturizantes dentro del campo de la «historia de la cultura», como el señor Riehl. De todo esto salieron, por último, las ciencias camerales[281], un potaje de yerbajos de toda especie, revuelto con una salsa ecléctico-economista, que servía a los opositores para ingresar en los escalafones de la Administración pública.

Mientras, en Alemania, la burguesía, los dómines y los burócratas se esforzaban por aprenderse de memoria, como dogmas intangibles, y por explicarse un poco los primeros rudimentos de la Economía política anglo-francesa, salió a la palestra el partido proletario alemán. Todo el contenido de la teoría de este partido emanaba del estudio de la Economía Política, y del instante de su advenimiento data también la *Economía Política alemana*, como ciencia con existencia propia. Esta Economía Política alemana se basa sustancialmente en la *concepción materialista*

de la historia, cuyos rasgos fundamentales se exponen concisamente en el prólogo de la obra que comentamos. La parte principal de este prólogo* se ha publicado ya en *Das Volk*[282] por lo cual nos remitimos a ella. La tesis de que «el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general», de que todas las relaciones sociales y estatales, todos los sistemas religiosos y jurídicos, todas las ideas teóricas que brotan en la historia, sólo pueden comprenderse cuando se han comprendido las condiciones materiales de vida de la época de que se trata y se ha sabido explicar todo aquello por estas condiciones materiales; esta tesis era un descubrimiento que venía a revolucionar no sólo la Economía Política, sino todas las ciencias históricas (y todas las ciencias que no son naturales, son históricas). «No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia». Es una tesis tan sencilla, que por fuerza tenía que ser la evidencia misma, para todo el que no se hallase empantanado en las engañifas idealistas. Pero esto no sólo encierra consecuencias eminentemente revolucionarias para la teoría, sino también para la práctica: «Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de *revolución social*. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella... Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo»**. Por tanto, si seguimos desarrollando nuestra tesis materialista y la aplicamos a los tiempos actuales, se abre inmediatamente ante nosotros la perspectiva de una potente revolución, la revolución más potente de todos los tiempos.

Pero, mirando las cosas de cerca, vemos también, inmediatamente, que esta tesis, en apariencia tan sencilla, de que la conciencia del hombre depende de su existencia, y no al revés, rechaza

---

* Véase el presente tomo, págs. 516—520 (*N. de la Edit.*)
** Véase el presente tomo, pág. 518 (*N. de la Edit.*)

rial de ciencias naturales, y principalmente químico y fisiológico, más abundante. La angosta mentalidad filistea de los tiempos prekantianos vuelve a presentársenos, reproducida hasta la más extrema vulgaridad, en Büchner y Vogt; y hasta el propio Moleschott, que jura por Feuerbach, se pierde a cada momento, de un modo divertidísimo, entre las categorías más sencillas. Naturalmente, el envarado penco del sentido común burgués se detiene perplejo ante la zanja que separa la esencia de las cosas de sus manifestaciones, la causa, del efecto; y, si uno va a cazar con galgos en los terrenos escabrosos del pensar abstracto, no debe hacerlo a lomos de un penco.

Aquí se planteaba, por tanto, otro problema que, de suyo, no tenía nada que ver con la Economía Política. ¿Con qué método había de tratarse la ciencia? De un lado estaba la dialéctica hegeliana, bajo la forma completamente abstracta, «especulativa», en que la dejara Hegel; de otro lado, el método ordinario, que volvía a estar de moda, el método, en su esencia metafísico, wolffiano, y del que se servían también los economistas burgueses para escribir sus gordos e incoherentes libros. Este último método había sido tan destruido teóricamente por Kant, y sobre todo por Hegel, que sólo la inercia y la ausencia de otro método *sencillo* podían explicar que aún perdurase prácticamente. Por otra parte, el método hegeliano era de todo punto inservible en su forma *existente*. Era un método esencialmente idealista, y aquí se trataba de desarrollar una concepción del mundo más materialista que todas las anteriores. Aquel método arrancaba del pensar puro, y aquí había que partir de los hechos más tenaces. Un método que, según su propia confesión, «partía de la nada, para llegar a la nada, a través de la nada»[284], era de todos modos impropio bajo esta forma. Y no obstante, este método era, entre todo el material lógico existente, lo único que podía ser utilizado. No había sido criticado, no había sido superado; ninguno de los adversarios del gran dialéctico había podido abrir una brecha en su airoso edificio; había caído en el olvido, porque la escuela hegeliana no supo qué hacer con él. Lo primero era, pues, someter a una crítica a fondo el método hegeliano.

Lo que ponía al modo discursivo de Hegel por encima del de todos los demás filósofos era el formidable sentido histórico que lo animaba. Por muy abstracta e idealista que fuese su forma, el desarrollo de sus ideas marchaba siempre paralelamente con el desarrollo de la historia universal, que era, en realidad, sólo la piedra de toque de aquél. Y aunque con ello se invirtiese y pusiese cabeza abajo la verdadera relación, la Filosofía nutríase toda ella, no obstante, del contenido real; tanto más cuanto que Hegel se distinguía de sus discípulos en que no alardeaba, como

éstos, de ignorancia, sino que era una de las cabezas más eruditas de todos los tiempos. El fue el primero que intentó poner de relieve en la historia un proceso de desarrollo, una conexión interna; y por muy peregrinas que hoy nos parezcan muchas cosas de su filosofía de la historia, la grandeza de la concepción fundamental sigue siendo todavía algo admirable, lo mismo si comparamos con él a sus predecesores que si nos fijamos en los que después de él se han permitido hacer consideraciones generales acerca de la historia. En la *Fenomenología*, en la *Estética*, en la *Historia de la Filosofía*, en todas partes vemos reflejada esta concepción grandiosa de la historia, y en todas partes encontramos la materia tratada históricamente, en una determinada conexión con la historia, aunque esta conexión aparezca invertida de un modo abstracto.

Esta concepción de la historia, que hizo época, fue la premisa teórica directa de la nueva concepción materialista, y ya esto brindaba también un punto de partida para el método lógico. Si, ya desde el punto de vista del «pensar puro», esta dialéctica olvidada había conducido a tales resultados, y si además había acabado como jugando con toda la lógica y la metafísica anteriores a ella, indudablemente tenía que haber en ella algo más que sofística y pedantesca sutileza. Pero, el acometer la crítica de este método, empresa que había hecho y hace todavía recular a toda la filosofía oficial, no era ninguna pequeñez.

Marx era y es el único que podía entregarse a la labor de sacar de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista, en la sencilla desnudez en que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento. El haber elaborado el método en que descansa la crítica de la Economía Política por Marx es, a nuestro juicio, un resultado que apenas desmerece en importancia de la concepción materialista fundamental.

Aun el método descubierto de acuerdo con la crítica de la Economía Política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde lo más simple hasta lo más complejo, el desarrollo histórico de la literatura sobre Economía Política brindaba un hilo natural de engarce para la crítica, pues, en términos generales, las categorías económicas aparecerían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. Esta forma presenta, aparentemente, la ventaja de una mayor claridad, puesto que en ella se sigue el desarrollo *real* de las cosas, pero en la práctica lo único que se conseguiría, en

el mejor de los casos, sería hacerla más popular. La historia se desarrolla con frecuencia a saltos y en zigzags, y habría que seguirla así en toda su trayectoria, con lo cual no sólo se recogerían muchos materiales de escasa importancia, sino que habría que romper muchas veces la ilación lógica. Además la historia de la Economía Política no podría escribirse sin la de la sociedad burguesa, con lo cual la tarea se haría interminable, ya que faltan todos los trabajos preparatorios. Por tanto, el único método indicado era el lógico. Pero éste no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica.

Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho; por tanto, aquí, partimos de la primera relación económica con que nos encontramos. Luego, procedemos a analizarla. Ya en el sólo hecho de tratarse de una *relación*, va implícito que tiene dos lados que *se relacionan entre sí*. Cada uno de estos dos lados se estudia separadamente, de donde luego se desprende su relación recíproca y su interacción. Nos encontramos con contradicciones, que reclaman una solución. Pero, como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se desarrolla exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos real y efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán planteado también en la práctica y en ella habrán encontrado también, probablemente, su solución. Y si estudiamos el carácter de esta solución, veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente.

La Economía Política comienza por la *mercancía*, por el momento en que se cambian unos productos por otros, ya sea por obra de individuos aislados o de comunidades de tipo primitivo. El producto que entra en el intercambio es una mercancía. Pero lo que le convierte en mercancía es, pura y simplemente, el hecho de que a la *cosa*, al producto, vaya ligada una *relación* entre dos personas o comunidades, la relación entre el productor y el consumidor, que aquí no se confunden ya en la misma persona. He aquí un ejemplo de un hecho peculiar que recorre toda la Econo-

mía Política y ha producido lamentables confusiones en las cabezas de los economistas burgueses. La Economía Política no trata de cosas, sino de *relaciones* entre personas y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *unidas a cosas y aparecen como cosas*. Aunque ya algún que otro economista hubiese vislumbrado, en casos aislados, esta conexión, fue Marx quien la descubrió en cuanto a su alcance para toda la Economía Política, simplificando y aclarando con ello hasta tal punto los problemas más difíciles, que hoy hasta los propios economistas burgueses pueden comprenderlos.

Si enfocamos la mercancía en sus diversos aspectos —pero la mercancía que ha cobrado ya su pleno desarrollo, no aquella que comienza a desarrollarse trabajosamente en los actos primigenios de trueque entre dos comunidades primitivas—, se nos presenta bajo los dos puntos de vista del valor de uso y del valor de cambio, con lo que entramos inmediatamente en el terreno del debate económico. El que desee un ejemplo palmario de cómo el método dialéctico alemán, en su fase actual de desarrollo, está tan por encima del viejo método metafísico, vulgar y charlatanesco, por lo menos como los ferrocarriles sobre los medios de transporte de la Edad Media, no tiene más que ver, leyendo a Adam Smith o a cualquier otro economista oficial de fama, cuántos suplicios les costaba a estos señores el valor de cambio y el valor de uso, cuán difícil se les hacía distinguirlos claramente y concebirlos cada uno de ellos en su propia y peculiar precisión, y comparar luego esto con la clara y sencilla exposición de Marx.

Después de aclarar el valor de uso y el valor de cambio, se estudia la mercancía como unidad directa de ambos, tal como entra en el *proceso de cambio*. A qué contradicciones da lugar esto, puede verse en las págs. 20 y 21. Advertiremos únicamente que estas contradicciones no tienen tan sólo un interés teórico abstracto, sino que reflejan al mismo tiempo las dificultades que surgen de la naturaleza de la relación de intercambio directo, del simple acto del trueque, y las imposibilidades con que necesariamente tropieza esta primera forma tosca de cambio. La solución de estas imposibilidades se encuentra transfiriendo a una mercancía especial —el *dinero*— la cualidad de representar el valor de cambio de todas las demás mercancías. Tras esto, se estudia en el segundo capítulo el dinero o la circulación simple, a saber: 1) el dinero como *medida del valor*, determinándose en forma más concreta el valor medido en dinero, el *precio*; 2) como *medio de circulación*, y 3) como unidad de ambos conceptos en cuanto *dinero real*, como representación de toda la riqueza burguesa material. Con esto, terminan las investigaciones del

primer fascículo, reservándose para el segundo la transformación del dinero en capital.

Vemos, pues, cómo con este método el desenvolvimiento lógico no se ve obligado, ni mucho menos, a moverse en el reino de lo puramente abstracto. Por el contrario, necesita ilustrarse con ejemplos históricos, mantenerse en contacto constante con la realidad. Por eso, estos ejemplos se aducen en gran variedad y consisten tanto en referencias a la trayectoria histórica real en las diversas etapas del desarrollo de la sociedad como en referencias a la literatura económica, en las que se sigue, desde el primer paso, la elaboración de conceptos claros de las relaciones económicas. La crítica de las distintas definiciones, más o menos unilaterales o confusas, se contiene ya, en lo sustancial, en el desarrollo lógico y puede resumirse brevemente.

En un tercer artículo, nos detendremos a examinar el contenido económico de la obra[277].

Escrito por F. Engels del 3 al 15 de agosto de 1859.
Publicado en *Das Volk*, en los números 14 y 16, del 6 y 20 de agosto de 1859.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del alemán.

C. MARX

CARTAS

MARX A PAVEL VASILIEVICH ANNENKOV

PARIS

Bruselas, 28 de diciembre [de 1846]

Querido señor Annenkov:

Hace ya mucho que hubiera recibido usted la respuesta a la suya del 1 de noviembre si mi librero me hubiese mandado antes de la semana pasada la obra del señor Proudhon *La Filosofía de la Miseria*. La he leído por encima, en dos días, a fin de comunicarle a usted, sin pérdida de tiempo, mi opinión. Por haberla leído sin gran detenimiento, no puedo entrar en detalles, y me limito a hablarle de la impresión general que me ha producido. Si usted lo desea, podré extenderme al particular en otra carta.

Le confieso francamente que el libro me ha parecido, en general, malo, muy malo. Usted mismo ironiza en su carta refiriéndose al «jirón de la filosofía alemana» de que alardea el señor Proudhon en esta obra informe y presuntuosa, pero usted supone que el veneno de la filosofía no ha afectado a sus investigaciones económicas. Yo también estoy muy lejos de imputar a la filosofía del señor Proudhon los errores de sus investigaciones económicas. El señor Proudhon no nos ofrece una crítica falsa de la Economía Política porque sea la suya una filosofía ridícula; nos ofrece una filosofía ridícula porque no ha comprendido la situación social de nuestros días en su engranaje [*engrènement*], si usamos esta palabra, que, como otras muchas cosas, el señor Proudhon ha tomado de Fourier.

¿Por qué el señor Proudhon habla de Dios, de la razón universal, de la razón impersonal de la humanidad, razón que nun-

ca se equivoca, que siempre es igual a sí misma y de la que basta tener una idea acertada para ser dueño de la verdad? ¿Por qué el señor Proudhon recurre a un hegelianismo superficial para fingirse un pensador profundo?

El mismo señor Proudhon nos da la clave del enigma. Para el señor Proudhon la historia es una determinada serie de desarrollos sociales. El ve en la historia la realización del progreso. El estima, finalmente, que los hombres, tomados como individuos, no sabían lo que hacían, que se imaginaban de modo erróneo su propio movimiento, es decir, que su desarrollo social parece, a primera vista, una cosa distinta, separada, independiente de su desarrollo individual. El señor Proudhon no puede explicar estos hechos y recurre entonces a su hipótesis —verdadero hallazgo— de la razón universal que se manifiesta. Nada más fácil que inventar causas místicas, es decir, frases cuando se carece de sentido común.

Pero cuando el señor Proudhon reconoce que no comprende en absoluto el desarrollo histórico de la humanidad —como lo hace al recurrir a las palabras altisonantes de razón universal, Dios, etc.— ¿no reconoce también implícitamente que es incapaz de comprender el *desarrollo económico*?

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma? El producto de la acción recíproca de los hombres. ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las facultades productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio, del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil, corresponde un determinado orden político (*état politique*), que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. Esto es lo que el señor Proudhon jamás llegará a comprender, pues él cree que ha hecho una gran cosa apelando del Estado a la sociedad civil, es decir, del resumen oficial de la sociedad a la sociedad oficial.

Huelga añadir que los hombres no son libres árbitros de sus *fuerzas productivas* —base de toda su historia—, pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no crean y que es producto de la generación anterior. El simple hecho de que cada generación posterior se encuentre con fuerzas productivas adqui-

ridas por la generación precedente, que le sirven de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tanto más la historia de la humanidad por cuanto las fuerzas productivas de los hombres, y, por consiguiente, sus relaciones sociales, han adquirido mayor desarrollo. Consecuencia obligada: la historia social de los hombres no es nunca más que la historia de su desarrollo individual, tengan o no ellos mismos conciencia de esto. Sus relaciones materiales forman la base de todas sus relaciones. Estas relaciones materiales no son más que las formas necesarias bajo las cuales se realiza su actividad material e individual.

El señor Proudhon confunde las ideas y las cosas. Los hombres no renuncian nunca a lo que han conquistado, pero esto no quiere decir que no renuncien nunca a las formas sociales bajo las cuales han adquirido determinadas fuerzas productivas. Todo lo contrario. Para no verse privados del resultado adquirido, para no perder los frutos de la civilización, los hombres se ven constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas de producción adquiridas, a modificar todas sus formas sociales tradicionales. Empleo aquí la palabra «comercio» en su sentido más amplio, para designar lo que en alemán decimos «*Verkehr*». Por ejemplo: el privilegio, la institución de gremios y corporaciones, el régimen reglamentado de la Edad Media, eran relaciones sociales que sólo se correspondían con las fuerzas productivas adquiridas y con el estado social anterior, del que aquellas instituciones habían brotado. Bajo la tutela del régimen de las corporaciones y las ordenanzas, se acumularon capitales, se desarrolló el comercio marítimo, se fundaron colonias; y los hombres habrían perdido estos frutos de su actividad, si se hubiesen empeñado en conservar las formas a la sombra de las cuales habían madurado aquellos frutos. Por eso estallaron dos truenos: la revolución de 1640 y la de 1688. En Inglaterra fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones sociales con ellas congruentes y el Estado político que era la expresión oficial de la vieja sociedad civil. Por tanto, las formas económicas bajo las que los hombres producen, consumen y cambian, son *transitorias e históricas*. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y con el modo de producción cambian todas las relaciones económicas, que no eran más que las relaciones necesarias de aquel modo concreto de producción.

Esto es lo que el señor Proudhon no ha sabido comprender y, menos aún, demostrar. Incapaz de seguir el movimiento real de la historia, el señor Proudhon nos ofrece una fantasmagoría con pretensiones de dialéctica. No siente la necesidad de hablar

de los siglos XVII, XVIII y XIX, porque su historia discurre en los medios nebulosos de la imaginación y se eleva, muy alto, por encima del tiempo y del espacio. En una palabra, eso no es historia, sino viejos trapos hegelianos, no es una historia profana — la historia de los hombres —, sino una historia sagrada, la historia de las ideas. A su modo de ver, el hombre no es más que un instrumento del que se vale la idea o la razón eterna para desarrollarse. Las *evoluciones* de que habla el señor Proudhon son concebidas como evoluciones que se operan en el seno de la mística idea absoluta. Si arranca uno el velo de este lenguaje místico, verá que el señor Proudhon le ofrece el orden en que las categorías económicas se hallan alineadas en su cabeza. No hará falta que me esfuerce mucho para probarle que éste es el orden de una mente muy desordenada.

El señor Proudhon inicia su libro con una disertación acerca del *valor*, que es su tema predilecto. En ésta no entraré en el análisis de dicha disertación.

La serie de evoluciones económicas de la razón eterna comienza con la *división del trabajo*. Para el señor Proudhon la división del trabajo es una cosa bien simple. Pero, ¿no fue el régimen de las castas una determinada división del trabajo? ¿No fue el régimen de las corporaciones otra división del trabajo? Y la división del trabajo del régimen de la manufactura, que comenzó a mediados del siglo XVII y terminó a fines del XVIII en Inglaterra, ¿no fue también totalmente distinta de la división del trabajo de la gran industria, de la industria moderna?

El señor Proudhon se halla tan lejos de la verdad que omite incluso lo que los economistas profanos toman en consideración. Cuando habla de la división del trabajo, no siente la necesidad de hablar del *mercado* mundial. Pues bien, ¿acaso la división del trabajo en los siglos XIV y XV, cuando no había aún colonias, cuando América no existía aún para Europa y al Asia Oriental sólo se podía llegar a través de Constantinopla, acaso esa división del trabajo no debía distinguirse esencialmente de la división del trabajo en el siglo XVII, cuando las colonias se hallaban ya desarrolladas?

Pero esto no es todo. Toda la organización interior de los pueblos, todas sus relaciones internacionales, ¿son acaso otra cosa que la expresión de cierta división del trabajo?, ¿no deben cambiar con los cambios de la división del trabajo?

El señor Proudhon ha comprendido tan poco en el problema de la división del trabajo, que ni siquiera habla de la separación de la ciudad y del campo, que en Alemania, por ejemplo, se operó del siglo IX al XII. Así, pues, esta separación debe ser ley eterna para el señor Proudhon, ya que no conoce ni su origen ni su

desarrollo. En todo su libro habla como si esta creación de un modo de producción determinado debiera existir hasta el fin del mundo. Todo lo que el señor Proudhon dice de la división del trabajo es sólo un resumen, por cierto muy superficial, muy incompleto, de lo dicho antes por Adam Smith y otros mil autores.

La segunda evolución son las *máquinas*. En el señor Proudhon la conexión entre la división del trabajo y las máquinas es enteramente mística. Cada una de las formas de división del trabajo tiene sus instrumentos de producción específicos. De mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, los hombres no lo hacían todo a mano. Poseían instrumentos, e instrumentos muy complicados, como telares, buques, palancas, etc., etc.

Así, pues, nada más ridículo que derivar las máquinas de la división del trabajo en general.

Señalaré también, de pasada, que si el señor Proudhon no ha alcanzado a comprender el origen histórico de las máquinas, peor aún ha comprendido su desarrollo. Puede decirse que hasta 1825 —período de la primera crisis universal— las necesidades del consumo, en general, crecían más rápidamente que la producción, y el desarrollo de las máquinas fue una consecuencia forzada de las necesidades del mercado. A partir de 1825, la invención y la aplicación de las máquinas no ha sido más que un resultado de la guerra entre patronos y obreros. Pero esto sólo puede decirse de Inglaterra. En cuanto a las naciones europeas, se han visto obligadas a emplear las máquinas por la concurrencia que les hacen los ingleses, tanto en sus propios mercados como en el mercado mundial. Finalmente, en Norteamérica la introducción de la maquinaria se ha debido tanto a la concurrencia con otros pueblos, como a la escasez de mano de obra, es decir, a la desproporción entre la población del país y sus necesidades industriales. Por estos hechos puede usted ver qué sagacidad pone de manifiesto el señor Proudhon cuando conjura el fantasma de la concurrencia como la tercera evolución, ¡como la antítesis de las máquinas!

Finalmente, es en general un verdadero absurdo hacer de las *máquinas* una categoría económica al lado de la división del trabajo, de la concurrencia, del crédito, etc.

La máquina tiene tanto de categoría económica como el buey que tira del arado. La *aplicación* actual de las máquinas es una de las relaciones de nuestro régimen económico presente, pero el modo de explotar las máquinas es totalmente distinto de las propias máquinas. La pólvora continúa siendo pólvora, indistintamente de que se la emplee para herir a un hombre o para restañar sus heridas.

El señor Proudhon se supera a sí mismo cuando permite que

la concurrencia, el monopolio, los impuestos o la policía, la balanza de comercio, el crédito y la propiedad se desarrollen en el interior de su cabeza precisamente en el orden de mi enumeración. Casi todas las instituciones de crédito se habían desarrollado ya en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, antes de la invención de las máquinas. El crédito público no era más que una nueva manera de elevar los impuestos y de satisfacer las nuevas demandas originadas por la llegada de la burguesía al poder.

Finalmente, la *propiedad* constituye la última categoría en el sistema del señor Proudhon. En el mundo real, por el contrario, la división del trabajo y todas las demás categorías del señor Proudhon son relaciones sociales, cuyo conjunto forma lo que actualmente se llama *propiedad*; fuera de esas relaciones, la propiedad burguesa no es sino una ilusión metafísica o jurídica. La propiedad de otra época, la propiedad feudal, se desarrolla en una serie de relaciones sociales completamente distintas. Cuando establece la propiedad como una relación independiente, el señor Proudhon comete algo más que un error de método: prueba claramente que no ha aprehendido el vínculo que liga todas las formas de la producción *burguesa*, que no ha comprendido el carácter *histórico* y *transitorio* de las formas de la producción en una época determinada. El señor Proudhon sólo puede hacer una crítica dogmática, pues no estima nuestras instituciones sociales como productos históricos y no comprende ni su origen ni su desarrollo.

Así, el señor Proudhon se ve también constreñido a recurrir a una *ficción* para explicar el desarrollo. Se imagina que la división del trabajo, el crédito, las máquinas, etc. han sido inventados para servir a su idea fija, a la idea de la igualdad. Su explicación es de una ingenuidad sublime. Esas cosas han sido inventadas para la igualdad, pero desgraciadamente, se han vuelto contra ella. Este es todo su argumento. Con otras palabras: hace una suposición gratuita, y como el desarrollo real y su ficción se contradicen a cada paso, concluye que hay una contradicción. Oculta que la contradicción únicamente existe entre sus obsesiones y el movimiento real.

Así, pues, el señor Proudhon, debido principalmente a su falta de conocimientos históricos, no ha visto que los hombres, al desarrollar sus facultades productivas, es decir, al vivir, desarrollan ciertas relaciones entre ellos y que el carácter de estas relaciones cambia necesariamente con la modificación y el desarrollo de estas facultades productivas. No ha visto que las *categorías económicas* no son más que *abstracciones* de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economis-

tas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas. Así, pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, el señor Proudhon, debido a una inversión mística, sólo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones. Esas abstracciones son ellas mismas fórmulas que han estado dormitando en el seno de Dios padre desde el nacimiento del mundo.

Pero aquí nuestro buen señor Proudhon sufre graves convulsiones intelectuales. Si todas esas categorías económicas son emanaciones del corazón de Dios, si son la vida oculta y eterna de los hombres, ¿cómo puede haber ocurrido, primero, que se hayan desarrollado y, segundo, que el señor Proudhon no sea conservador? El señor Proudhon explica estas contradicciones evidentes valiéndose de todo un sistema de antagonismos.

Para esclarecer este sistema de antagonismos, tomemos un ejemplo.

El *monopolio* es bueno porque es una categoría económica y, por tanto, una emanación de Dios. La concurrencia es buena, porque también es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la concurrencia. Y aún es peor que el monopolio y la concurrencia se devoren mutuamente. ¿Qué se debe hacer? Como estos pensamientos eternos de Dios se contradicen, al señor Proudhon le parece evidente que también en el seno de Dios hay una síntesis de estos dos pensamientos, en la que los males del monopolio se ven equilibrados por la concurrencia y viceversa. Como resultado de la lucha entre las dos ideas, sólo puede exteriorizarse su lado bueno. Hay que arrancar a Dios esta idea secreta, aplicarla seguidamente y todo saldrá a las mil maravillas; hay que revelar la fórmula sintética oculta en la noche de la razón impersonal de la humanidad. El señor Proudhon se ofrece como revelador sin titubeo alguno.

Pero mire usted por un segundo la vida real. En la vida económica de nuestros días no sólo usted verá la concurrencia y el monopolio, sino también su síntesis, que no es una *fórmula*, sino un *movimiento*. El monopolio produce la concurrencia y la concurrencia produce el monopolio. Por lo tanto, esta ecuación, lejos de eliminar las dificultades de la situación presente, como se lo imaginan los economistas burgueses, tiene por resultado una situación aún más difícil y más embrollada. Así, al cambiar la base sobre la que descansan las relaciones económicas actuales, al aniquilar el *modo* actual de producción, se aniquila no sólo la concurrencia, el monopolio y su antagonismo, sino también

su unidad, su síntesis, el movimiento, que es el equilibrio real de la concurrencia y del monopolio.

Ahora le daré un ejemplo de la dialéctica del señor Proudhon.

La *libertad* y la *esclavitud* forman un antagonismo. No hay necesidad de referirse a los lados buenos y malos de la libertad. En cuanto a la esclavitud, huelga hablar de sus lados malos. Lo único que debe ser explicado es el lado bueno de la esclavitud. No se trata de la esclavitud indirecta, de la esclavitud del proletariado; se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en el Brasil y en los Estados meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud, no habría algodón, y sin algodón, no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias, son las colonias lo que ha creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo viejo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud, es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia. Sin la esclavitud, Norteamérica, el país más desarrollado, se transformaría en país patriarcal. Si se borra a Norteamérica del mapa del mundo, tendremos la anarquía, la decadencia absoluta del comercio y de la civilización modernas. Pero hacer desaparecer la esclavitud equivaldría a borrar a Norteamérica del mapa del mundo. La esclavitud es una categoría económica y por eso se observa en cada nación desbe que el mundo es mundo. Los pueblos modernos sólo han sabido disfrazar la esclavitud en sus propios países e importarla al nuevo mundo. ¿Qué hará nuestro buen señor Proudhon después de estas consideraciones acerca de la esclavitud? Buscará la síntesis de la libertad y de la esclavitud, el verdadero término medio o equilibrio entre la esclavitud y la libertad.

El señor Proudhon ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda; y no es un gran mérito, en él, haber sabido ver estas cosas tan sencillas. Lo que el señor Proudhon no ha sabido ver es que los hombres producen también, con arreglo a sus facultades productivas, las *relaciones sociales* en que producen el paño y el lienzo. Y menos aún ha sabido ver que los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su productividad material (*productivité matérielle*), crean también las *ideas* y las *categorías*, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales. Por tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios. Para el

señor Proudhon las abstracciones, las categorías son, por el contrario, la causa primaria. A su juicio, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia. *La abstracción, la categoría, considerada como tal*, es decir, separada de los hombres y de su acción material, es, naturalmente, inmortal, inalterable, impasible; no es más que una modalidad de la razón pura, lo cual quiere decir, simplemente, que la abstracción, considerada como tal, es abstracta: ¡*tautología* maravillosa!

Por eso las relaciones económicas, vistas en forma de categorías, son para el señor Proudhon fórmulas eternas, que no conocen principio ni progreso.

En otros términos: el señor Proudhon no afirma directamente que la *vida burguesa* sea para él una *verdad eterna*. Lo dice indirectamente, al divinizar las categorías que expresan en forma de ideas las relaciones burguesas. Toma los productos de la sociedad burguesa por seres eternos surgidos espontáneamente, y dotados de vida propia, tan pronto como se los presenta en forma de categorías, en forma de ideas. No ve, por tanto, más allá del horizonte burgués. Como opera con ideas burguesas, suponiéndolas eternamente verdaderas, pugna por encontrar la síntesis de estas ideas, su equilibrio, y no ve que su modo actual de equilibrarse es el único posible.

En realidad, hace lo que hacen todos los buenos burgueses. Todos ellos nos dicen que la libre concurrencia, el monopolio, etc., en principio, es decir, considerados como ideas abstractas, son los únicos fundamentos de la vida, aunque en la práctica dejen mucho que desear. Todos ellos quieren la concurrencia, sin las funestas consecuencias de la concurrencia. Todos ellos quieren lo imposible, a saber: las condiciones burguesas de vida, sin las consecuencias necesarias de estas condiciones. Ninguno de ellos comprende que la forma burguesa de producción es una forma histórica y transitoria, como lo era la forma feudal. Este error proviene de que, para ellos, el hombre burgués es la única base posible de toda sociedad, proviene de que no pueden representarse ningún estado social en que el hombre hubiese dejado de ser burgués.

El señor Proudhon es, pues, necesariamente, un *doctrinario*. El movimiento histórico que está revolucionando el mundo actual, se reduce, para él, al problema de encontrar el verdadero equilibrio, la síntesis de dos ideas burguesas. Así, el hábil mozo descubre, a fuerza de sutileza, la idea oculta de Dios, la unidad de las dos ideas aisladas, que sólo lo están porque el señor Proudhon las ha aislado de la vida práctica, de la producción actual, que es la combinación de las realidades que ellas expresan. En vez del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hom-

bres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas; en vez de las guerras espantosas que se preparan entre las distintas clases de una nación y entre las diferentes naciones; en vez de la acción práctica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en vez de este movimiento vasto, duradero y complicado, el señor Proudhon pone el detestable movimiento de su cabeza (*la mouvement cacadauphin*). Así, son los sabios, los hombres capaces de sorprender los pensamientos recónditos de Dios, los que hacen la historia. A la gente menuda sólo le toca poner en práctica sus revelaciones.

Ahora comprenderá usted por qué el señor Proudhon es enemigo declarado de todo movimiento político. Para él, la solución de los problemas actuales no consiste en la acción pública, sino en las rotaciones dialécticas dentro de su cabeza. Como las categorías son, para él, las fuerzas motrices, para cambiar las categorías no hace falta cambiar la vida práctica. Muy por el contrario: hay que cambiar las categorías, y en consecuencia cambiará la sociedad real.

En su deseo de conciliar las contradicciones, lo único que no se le ocurre al señor Proudhon es preguntar si no deberá ser derrocada la base misma de estas contradicciones. Se parece en todo al político doctrinario, para quien el rey, la Cámara de los diputados y el Senado son, como partes integrantes de la vida social, categorías eternas. Sólo que él busca una nueva fórmula para equilibrar estas potencias, cuyo equilibrio está precisamente en el movimiento actual, en que una de estas potencias tan pronto es vencedora como esclava de la otra. Así, en el siglo XVIII una multitud de cabezas mediocres se dedicaban a buscar la verdadera fórmula para equilibrar los estamentos sociales, la nobleza, el rey, el parlamento, etc., y al día siguiente ya no había ni rey, ni parlamento, ni nobleza. El verdadero equilibrio en este antagonismo era el derrocamiento de todas las relaciones sociales que servían de base a estas instituciones feudales y al antagonismo entre ellas.

Como el señor Proudhon pone de un lado las ideas eternas, las categorías de la razón pura, y del otro lado a los hombres y su vida práctica, que es, según él, la aplicación de estas categorías, encuentra usted en él desde el primer momento un *dualismo* entre la vida y las ideas, entre el alma y el cuerpo; dualismo que se repite bajo muchas formas. Ahora se dará usted cuenta de que este antagonismo no es más que la incapacidad del señor Proudhon para comprender el origen terrenal y la historia profana de las categorías que él diviniza.

Me he extendido ya demasiado y no puedo detenerme en las absurdas acusaciones que el señor Proudhon lanza contra el comunismo. Por el momento, convendrá usted conmigo en que un

hombre que no ha comprendido el actual estado de la sociedad menos aún comprenderá el movimiento que tiende a derrocarla y las expresiones literarias de ese movimiento revolucionario.

El *único punto* en que estoy completamente de acuerdo con el señor Proudhon es en su repulsión hacia la sensiblería socialista. Antes que él me he ganado ya muchos enemigos por mis ataques contra el socialismo borreguil, sentimental, utopista. ¿Pero no se hace el señor Proudhon ilusiones extrañas cuando opone su sentimentalismo de pequeño burgués —me refiero a sus declamaciones acerca del hogar, el amor conyugal y todas esas banalidades— al sentimentalismo socialista, que en Fourier, por ejemplo, es mucho más profundo que las presuntuosas banalidades de nuestro buen Proudhon? El mismo comprende tan bien la vaciedad de sus argumentos, su completa incapacidad para hablar de estas cosas, que se lía de pronto la manta a la cabeza y pronuncia furiosas tiradas y exclamaciones (*irae hominis probi*), vocifera, despidiendo espumarajos por la boca, jura, denuncia, maldice, se da golpes de pecho y se jacta ante Dios y ante los hombres de hallarse puro de infamias socialistas. Se desvela por criticar el sentimentalismo socialista o lo que él toma por sentimentalismo. Como un santo, como el Papa, excomulga a los pobres pecadores y canta las glorias de la pequeña burguesía y las miserables, amorosas y patriarcales ilusiones del hogar. Esto no es casual. El señor Proudhon es de pies a cabeza un filósofo y un economista de la pequeña burguesía. En una sociedad avanzada *el pequeño burgués* se hace necesariamente, en virtud de su posición, socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y siente compasión por los dolores del pueblo. Es al mismo tiempo burgués y pueblo. En su fuero interno se jacta de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que proclama diferente del término medio. Ese pequeño burgués diviniza la *contradicción*, porque la contradicción es el fondo de su ser. No es más que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica, y al señor Proudhon corresponde el mérito de ser el intérprete científico de la pequeña burguesía francesa, lo que constituye un verdadero mérito, pues la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales que han de suceder.

Hubiera querido enviarle con esta carta mi libro de Economía política[285], pero hasta ahora no he conseguido imprimir esta obra ni mi crítica de los filósofos y socialistas alemanes*, de la que le hablé en Bruselas. Le parecerán a usted inverosímiles las difi-

* C. Marx y F. Engels. *La Ideología Alemana* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 3, págs. 7-544). (*N. de la Edit.*)

cultades que una publicación de este tipo encuentra en Alemania, tanto por parte de la policía como por parte de los libreros, que son representantes interesados de todas las tendencias que yo ataco. En cuanto a nuestro propio partido, además de ser pobre, una gran parte del Partido Comunista Alemán está enfadada conmigo porque me opongo a sus utopías y a sus declamaciones...

Traducido del francés.

MARX A JOSEPH WEYDEMEYER

NUEVA YORK

Londres, 5 de marzo de 1852

...Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la *existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la *abolición de todas las clases* y hacia una *sociedad sin clases*...

Traducido del alemán.

MARX A ENGELS

MANCHESTER

Londres, 16 de abril [de 1856]

...Anteayer se celebró un pequeño banquete con motivo del aniversario de *People's Paper*[273]. Esta vez acepté la invitación, pues me pareció oportuno, con mayor motivo por haber sido yo el *único* (así lo comunicó el periódico) invitado entre toda la emigración. Me correspondió pronunciar el primer brindis. Brindé por la *souveraineté du proletariat dans tous les pays* (soberanía del proletariado en todos los países). Hice un pequeño *speech* en inglés, sin embargo, no pienso publicarlo en la prensa*. El objetivo que me proponía ha sido logrado. El señor Talandier, que tuvo que pagar por su entrada 2,5 chelines, así como el resto de la banda francesa y demás emigrados, se han convencido de

---

*. Véase el presente tomo, págs. 513—515. (*N. de la Edit.*)

que nosotros somos los únicos aliados «*íntimos*» de los cartistas y que si nos abstenemos de manifestaciones públicas y dejamos a los franceses coquetear con los cartistas a la vista de todo el mundo, podemos en cualquier momento volver a ocupar el lugar que ya nos corresponde históricamente. Ello se ha hecho tanto más necesario porque en el mitin del 25 de febrero, presidido por Pyat, el (*old boy*) iletrado alemán *Scherzer* hizo uso de la palabra y, con un espíritu de espantosa limitación gremial, denunció a los «sabios» alemanes, a los «trabajadores del cerebro», de que han abandonado a los iletrados y les han constreñido a cubrirse de vergüenza ante las demás naciones. Tú, claro está, conoces a Scherzer ya de París. He vuelto a ver unas cuantas veces al amigo *Schapper* y lo he visto en el papel de pecador muy arrepentido. La vida cerrada que lleva en los últimos dos años parece haber ejercido una influencia bastante benéfica en sus facultades mentales. Comprenderás que, por si acaso, siempre vale la pena tenerle a mano; más importante aún es arrancarle de la influencia de Willich. Schapper está ahora muy furioso contra los alcornoques de Windmill Street[286].

Pasaré tu carta a Steffen. La carta de L.* deberías quedártela. Puedes hacer lo mismo con todas las cartas cuya devolución no te pida. Cuanto menos vayan danzando por correos, tanto mejor. Estoy de completo acuerdo con tu juicio acerca de la región del Rin. Lo fatal para nosotros es que, avizorando el futuro, veo asomar allí algo que huele a «traición a la patria». Del giro que tomen las cosas en Berlín dependerá el que nos veamos o no en una posición similar a la de los del Club de Mainz en la vieja revolución[287]. *Ça sera dur.* ¡Nosotros conocemos bien a nuestros bizarros hermanos franceses del otro lado del Rin! En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo saldrá a pedir de boca...

Traducido del alemán.

MARX A ENGELS

RYDE

[Londres], 25 de septiembre de 1857

...Tu *Army* está muy bien y únicamente sus dimensiones me han producido el efecto de un estacazo, pues sé cuán perjudicial es para ti esforzarte mucho. Si hubiera sabido que ibas a tra-

* Lewi. (*N. de la Edit.*)

bajar hasta tan altas horas de la noche, hubiera mandado al cuerno todo el asunto.

La historia del *ejército* prueba, con mayor evidencia que nada, la justeza de nuestro punto de vista acerca de la conexión entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales. En general, el ejército tiene importancia en el desarrollo económico. El salario, por ejemplo, se desarrolló plenamente y por primera vez en el ejército de los antiguos. El *peculium castrense** es también, en Roma, la primera forma jurídica en que se reconoce la propiedad mobiliaria de los no cabezas de familia. Lo mismo puede decirse del régimen gremial, que surgió por primera vez en las corporaciones de los *fabri***. También aquí observamos por primera vez la aplicación de las máquinas en gran escala. Incluso el valor especial de los metales y su uso como dinero parece remontarse originariamente —apenas superada la Edad de Piedra de Grimm— a su importancia militar. También la división del trabajo *dentro* de una misma rama de la industria parece haberse aplicado por primera vez en los ejércitos. En ellos observamos además, resumida y palmariamente, toda la historia de la sociedad civil. Si algún día tienes tiempo, debes analizar el problema desde este punto de vista.

Los únicos puntos que has dejado por tocar en tu escrito son, a mi entender, los siguientes: 1) la aparición de auténticas tropas mercenarias, por primera vez, en gran escala, y de golpe, entre los cartagineses (para nuestro uso privado consultaré un libro sobre el ejército de Cartago escrito por un berlinés*** y de cuya existencia me he enterado hace poco). 2) El desarrollo del ejército en Italia en el siglo XV y comienzos del XVI. Aquí, precisamente, nacieron las argucias militares de carácter táctico. Por cierto, en su *Historia de Florencia* Maquiavelo describe muy graciosamente cómo peleaban los condottieri[288]. (Copiaré este trozo y te lo remitiré. Pero no, cuando vaya a verte a Brighton —¿cuándo?— te llevaré el libro de Maquiavelo. Su *Historia de Florencia* es una obra maestra.) Y por fin, 3) el sistema militar asiático, tal como apareció originariamente entre los persas y, después, en las más diversas variedades, entre los mongoles, los turcos, etc...

Traducido del alemán.

* Peculio del soldado. (*N. de la Edit.*)
** Artesanos agregados al ejército. (*N. de la Edit.*)
*** W. Boetticher. (*N. de la Edit.*)

NOTAS
INDICES

35—0853

NOTAS

[1] Carlos Marx escribió las *Tesis sobre Feuerbach* en Bruselas, en la primavera de 1845, cuando había terminado ya de desarrollar los rasgos principales de su teoría materialista de la historia y había extendido el materialismo a la explicación de la sociedad humana. Según definición de Engels, es «...el primer documento en que se contiene el germen inicial de la nueva concepción del mundo». (Véase en el tomo 3 de la presente edición el prefacio al libro *Ludwig Feuerbach.*)

En las *Tesis sobre Feuerbach*, Carlos Marx pone al descubierto el principal defecto de todo el materialismo anterior, así como también del feuerbachiano: su carácter pasivo-contemplativo, la incomprensión de la importancia de la actividad revolucionaria, «práctica-crítica» del hombre. Marx subraya el papel decisivo de la práctica revolucionaria para comprender y transformar el mundo.

Las *Tesis sobre Feuerbach* se encuentran en el *Cuaderno de notas* de Marx correspondiente a los años 1844-1847 y llevan el título *Sobre Feuerbach*. Al editar en 1888 las *Tesis*, Engels las redactó, introduciendo en ellas algunos cambios con el fin de hacer este documento, que Marx no se proponía publicar, más comprensible para los lectores. En la presente edición, las *Tesis* se ofrecen tal y como las publicó Engels, agregando, con el manuscrito de Marx delante, subrayados y entre comillados que no se ven en la edición de 1888. El título de *Tesis sobre Feuerbach* se debe al Instituto de Marxismo-Leninismo.—7

[2] *La Ideología Alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana, representada por Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán representado por sus diversos profetas* es una obra conjunta de Carlos Marx y Federico Engels, escrita en Bruselas entre 1845 y 1846. En ella desplegaron por primera vez en todos los aspectos la concepción materialista de la historia como base filosófica de la teoría del comunismo científico.

El manuscrito de *La Ideología Alemana* de Marx y Engels constaba de dos tomos, el primero de los cuales contenía la crítica de la filosofía posthegeliana, y el segundo, la crítica del «socialismo verdadero».

En el primer capítulo del primer tomo se expone el contenido positivo fundamental de toda la obra. Por eso el primer capítulo es el más importante de todos y tiene significado independiente.

El manuscrito del primer capítulo consta de tres partes en borrador y dos, pasadas en limpio, del comienzo del mismo. De acuerdo con ello, el texto del capítulo se divide en cuatro partes.

La primera parte del mismo es la segunda variante de la copia en limpio con la adición de la primera variante de lo que no se utilizó en la segunda, la segunda parte es el núcleo primordial de toda la obra. La tercera y cuarta partes son digresiones teóricas pasadas del capítulo sobre Stirner (tercer capítulo del primer tomo). En esta edición, el orden de los textos va según el folleto ruso: C. Marx y F. Engels. *Feuerbach. La oposición de las concepciones materialista e idealista.* (Nueva publicación del primer capítulo de *La Ideología Alemana*). Moscú, 1966.

Todos los encabezamientos y adiciones necesarias de la editorial van entre corchetes, así como también los números de las páginas del manuscrito. Los folios de la segunda copia en limpio, que es la fundamental, están numerados por Marx y Engels y señalados con la letra «f» y una cifra: [f. 1], etc. Las páginas de la primera copia en limpio no tienen numeración del autor y están indicadas con la letra «p» y una cifra [p. 1], etc. Las páginas de las tres partes del borrador, numeradas por Marx, se indican con una simple cifra [1], etc.—11

3 Se refiere a la obra fundamental de D. F. Strauss *Das Leben Jesu* (*La vida de Jesús*), Bd. 1-2, Tübingen, 1835-1836, que puso comienzo a la crítica filosófica de la religión y a la división de la escuela hegeliana en viejos hegelianos y jóvenes hegelianos.—11

4 Se alude a la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.—11

5 *Diadocos*: generales de Alejandro Magno que se enzarzaron al fallecer éste, en enconada lucha por el poder. A lo largo de esta lucha (fines del siglo IV y comienzos del siglo III a. de n.e.), la monarquía de Alejandro, que era, en sí, una agrupación administrativo-militar efímera, se dividió en varios Estados.—11

6 *Pensamientos que hacen estremecer el mundo*, expresión de un artículo anónimo de la revista *Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, t. IV, pág. 327.

Wigand's Vierteljahrsschrift (*Revista trimestral de Wigand*), publicación filosófica de los jóvenes hegelianos; la editaba O. Wigand en Leipzig de 1844 a 1845. Colaboraban en ella B. Bauer, Max Stirner, L. Feuerbach y otros.—14

7 El término de «Verkehr» (trato) en *La Ideología Alemana* tiene un contenido muy amplio. Incluye la comunicación material y espiritual de individuos, grupos sociales y países enteros. Marx y Engels muestran en su obra que el trato material entre las personas, sobre todo en el proceso de producción, es la base de todo otro trato. En los términos *Verkehrsform*, *Verkehrsweise*, *Verkehrsverhältnisse*, *Produktions- und Verkehrsverhältnisse* («forma de trato», «modo de trato», «relaciones de trato», «relaciones de producción y trato»), que se usan en la *Ideología Alemana*, encontró expresión el concepto de relaciones de producción que, por entonces, Marx y Engels tenían en proceso de formación.—16

8 El término «Stamm», que se traduce en *La Ideología Alemana* por «tribu», tenía en la ciencia de los años 40 del siglo XIX un significado más amplio

que en la actualidad. Implicaba conjunto de personas que procedían de un mismo antecesor y abarcaba los conceptos modernos de «gens» y «tribu». La definición exacta y la distinción de estos conceptos se dio por primera vez en el libro de L. Morgan *La sociedad antigua* (1877). En esta obra principal del insigne etnógrafo e historiador norteamericano se puso en claro por primera vez la importancia de la gens en tanto que célula fundamental del régimen de la comunidad primitiva y, con ello, se colocó la base científica de toda la historia de la comunidad primitiva. Al sintetizar los resultados de las investigaciones de Morgan, Engels desplegó en todos los aspectos el contenido de los conceptos «gens» y «tribu» en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) (véase la presente edición, t. 3).—17

[9] La ley agraria de los tribunos populares romanos Licinio y Sexto, adoptada en el año 367 a. de n.e., prohibía a los ciudadanos romanos poseer más de 500 yugadas (unas 125 ha) de tierra del fondo público (*ager publicus*).—18

[10] Se refiere al artículo de B. Bauer *Característica de Ludwig Feuerbach*, inserto en la revista *Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, t. III, págs. 86-146.—24, 38

[11] Véase Hegel, *Filosofía de la Historia, Introducción, Base geográfica de la Historia Universal*.—26

[12] Se alude a una expresión que B. Bauer hace en su *Característica de Ludwig Feuerbach* (*Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, t. III, pág. 130).—27

[13] *Deutsch-Französische Jahrbücher* (*Anales alemano-franceses*) se publicaban en París bajo la dirección de C. Marx y A. Ruge en alemán. Salió sólo el primer número, doble, en febrero de 1844. Insertaba las obras de C. Marx *Contribución al problema hebreo* y *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. Introducción*, así como las de F. Engels *Esbozos para la crítica de la economía política* y *La situación de Inglaterra. Tomás Carlyle. Lo pasado y lo presente.* Estos trabajos implicaban el paso definitivo de Marx y Engels al materialismo y el comunismo. La causa principal de que esta revista dejara de aparecer fueron las discrepancias esenciales entre Marx y el radical burgués Ruge.—32, 517

[14] Esta deducción sobre la posibilidad de la victoria de la revolución proletaria sólo en el caso de que se hiciera simultáneamente en los países capitalistas adelantados y, por consiguiente, de la imposibilidad del triunfo de la revolución en un solo país, y que obtuvo la forma más acabada en el trabajo de Engels *Principios del comunismo* (1847) (véase el presente tomo, pág. 82) era acertada para el período del capitalismo premonopolista. En las nuevas condiciones históricas, en el período del capitalismo monopolista, Lenin, partiendo de la ley, que él descubrió, del desarrollo económico y político desigual del capitalismo en la época del imperialismo, llegó a la nueva conclusión de que era posible la victoria de la revolución socialista primero en varios países o incluso en uno solo, tomado por separado, y de que era imposible la victoria simultánea de la revolución en todos los países o en la mayoría de ellos. La fórmula de esta nueva deducción se dio por vez primera en el artículo de Lenin *La consigna de los Estados Unidos de Europa* (1915).—34, 93, 277

[15] *El sistema continental*, o bloqueo continental: prohibición, declarada en 1806 por Napoleón I para los países del continente europeo de comerciar con Inglaterra. El bloqueo continental cayó después de la derrota de Napoleón en Rusia.—36, 310, 522

[16] *La Marsellesa, La Carmagnola, Ça ira*: canciones revolucionarias del período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. La última canción tenía el estribillo: «*Ah! ça ira, ça ira, ça ira. Les aristocrates à la lanterne!*» («¡La cosa irá, la cosa irá. Los aristócratas, a la farola!»).—38

[17] Expresiones del libro de M. Stirner *El único y su propiedad* (M. Stirner. *Der Einzige und sein Eigenthum*. Leipzig, 1845).—39

[18] Esta expresión es del artículo de B. Bauer *Característica de Ludwig Feuerbach* (véase la revista *Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, t. III, pág. 139).—42

[19] Expresión del libro de M. Stirner *El único y su propiedad*.—42

[20] *Hallische Jahrbücher* y *Deutsche Jahrbücher*, título abreviado de la revista literario-filosófica de los jóvenes hegelianos que se publicaba en forma de hojas diarias en Leipzig desde enero de 1838 hasta junio de 1841. El título completo era *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst* (*Anuario de Halles sobre problemas de la ciencia y el arte alemanes*) y desde julio de 1841 hasta enero de 1843 con el título de *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* (*Anuario alemán sobre problemas de la ciencia y el arte*). En enero de 1843 fue suspendida por el gobierno.—42

[21] B. Bauer. *Geschichte der Politik, Cultur und Aufklärung des achtzehnten Jahrhunderts*. Bd. 1-2, Charlottenburg, 1843-1845 (B. Bauer. *Historia de la política, la cultura y la instrucción del siglo dieciocho*. Tomos 1-2, Charlottenburgo, 1843-1845).—43

[22] *Canción del Rin*: de la poesía *El Rin alemán* del poeta pequeñoburgués alemán N. Bekker, muy utilizada por los nacionalistas. Fue escrita en 1840 y desde entonces se le ha puesto muchas veces música.—43

[23] Se alude al artículo de L. Feuerbach *Sobre la esencia del cristianismo*, motivado por *El único y su propiedad*, que se publicó en la revista *Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, t. II, págs. 193-205. El artículo termina así: «Por consiguiente, a F[euerbach] no se le puede llamar ni materialista, ni idealista, ni filósofo de la identidad. ¿Qué es, pues? Lo mismo en el pensamiento que en la realidad, así en el espíritu como en la carne, en su esencia sensorial: *es una persona* o, mejor dicho, ya que la esencia del hombre F. la supone sólo en la sociedad, es una persona social, un *comunista*».— 43

[24] L. Feuerbach. *Grundsätze der Philosophie der Zukunft*. Zurich und Winterthur, 1843, S. 47 (L. Feuerbach. *Tesis fundamentales de la filosofía del futuro*. Zurich y Winterthur, 1843, pág. 47).

En sus notas, tituladas *Feuerbach* y destinadas, probablemente, para el primer capítulo del primer tomo de *La Ideología Alemana*. Engels cita y comenta el lugar indicado del libro de Feuerbach:

«El ser no es un concepto universal que se puede separar de las cosas. Forma un todo con lo existente... El ser es la posición de la esencia. *Mi esencia es lo mismo que mi ser*. El pez existe en el agua, pero de ese ser no se separa su esencia. La lengua identifica ya el ser y la esencia. Sólo en la vida de la humanidad, *y aun así únicamente en los casos anormales, desdichados*, el ser se separa de la esencia; aquí ocurre que la esencia del hombre no se halla allí donde él existe, sino debido precisamente a esta división, ya no se halla con su alma en el verdadero sentido allí donde se encuentra realmente su cuerpo. *Tú estás* sólo allí donde está Tu cora-

zón. Pero todas las cosas, *salvo los casos antinaturales*, se hallan de buen grado allí donde se encuentran y son a gusto lo que son» (pág. 47).

Excelente apología de lo existente. A excepción de los casos antinaturales y de algunos anormales. Tú te colocas de buen grado, en el séptimo año de vida, de guarda en una mina de hulla, pasas catorce horas al día solo en la oscuridad y ya que Tu ser es ése, ésa es también Tu esencia. Lo mismo ocurre al operario de la selfactina. Tu «esencia» es tal que debes someterte a alguna rama determinada del trabajo».—44

25 Marx y Engels se refieren al tercer capítulo del primer tomo de *La Ideología Alemana.* Esta parte del capítulo sobre Feuerbach entraba en un principio en este tercer capítulo y seguía directamente al texto aludido aquí por Marx y Engels. En el citado lugar del tercer capítulo Marx y Engels citan la obra de Hegel *Filosofía de la Historia* y otras.—47

26 *La liga contra las leyes cerealistas*: organización de la burguesía industrial inglesa, fundada en 1838 por los fabricantes Cobden y Bright. Las denominadas leyes cerealistas, promulgadas para limitar o prohibir la importación de trigo del extranjero, se implantaron en Inglaterra en beneficio de los grandes terratenientes. Al exigir la libertad completa de comercio, la Liga pretendía abolir dichas leyes con el fin de disminuir los salarios de los obreros y debilitar las posiciones económicas y políticas de la aristocracia terrateniente. El resultado de esta lucha fue que en 1846 se derogaron dichas leyes, lo cual significaba un triunfo de la burguesía industrial sobre la aristocracia agraria.—50

27 *La Unión* (*Verein*), según Stirner, agrupación voluntaria de egoístas.—51

28 J. Aikin. *A Description of the Country from thirty to forty Miles round Manchester.* London 1795 (J. Aikin. *Descripción de los alrededores de Manchester en un radio de treinta a cuarenta millas.* Londres, 1795).—58

29 La cita es de la *Lettre sur la Jalousie du Commerce* (*Carta sobre la competencia en el comercio*), del libro de J. Pinto *Traité de la Circulation et du Crédit.* Amsterdam, 1771 (*Tratado de la circulación y el crédito.* Amsterdam 1771), págs. 234, 283, 58

30 A. Smith. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations.* London, 1776 (A. Smith. *Encuesta sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de los pueblos.* Londres, 1776).—59

31 Véase el libro de J. J. Rousseau *Du Contract social*; *ou*, *Principes du droit politique* (*Sobre el contrato social, o principios del Derecho político*) aparecido en Amsterdam en 1762.— 67

32 Se alude a los razonamientos que M. Stirner hace en su artículo *Los reseñadores de Stirner*, publicado en el tercer tomo de la revista *Wigand's Vierteljahrsschrift* de 1845, pág. 187, 69

33 Inglaterra fue conquistada por los normandos en 1066; Nápoles, en 1130—71

34 *Imperio Romano de Oriente*, Estado que se separó en el año 395 del Imperio romano esclavista con centro en Constantinopla; posteriormente se denominó Bizancio; existió hasta 1453, en que fue conquistado por Turquía.—71, 377

35 La ciudad italiana de Amalfi fue un próspero centro comercial en los siglos X y XI. El derecho marítimo de la ciudad (*Tabula Amalphitana*) tenía vigencia en toda Italia y estaba muy extendido en los países mediterráneos.—78

[36] El trabajo *Principios del comunismo* es un proyecto de programa de la Liga de los Comunistas. Lo escribió Engels en París por encargo del comité comarcal de la Liga. Como lo tenía por proyecto previo, Engels, en la carta a Marx del 23 al 24 de noviembre de 1847, propone renunciar a la forma de catecismo y redactar un programa de la Liga de los Comunistas en forma de *Manifiesto Comunista*. En el segundo congreso de la Liga de los Comunistas (29 de noviembre — 8 de diciembre), las opiniones de Marx y Engels fueron aprobadas por completo; se les dio el encargo de redactar el programa de la Liga, que fue el *Manifiesto del Partido Comunista*. Al escribirlo, los fundadores del marxismo utilizaron una serie de tesis expuestas en los *Principios del comunismo*.

En la obra *Principios del comunismo* Engels fundamentó teóricamente algunos principios programáticos y tácticos muy importantes del partido proletario y enseñó qué medidas debía aplicar el proletariado que conquistara el poder para preparar el paso del capitalismo al socialismo.—82

[37] En el manuscrito, en lugar de respuesta a la pregunta 22, así como a la siguiente, la 23, figura la palabra «queda». Por lo visto, estima que la respuesta debía quedar en la forma que estaba expuesta en uno de los proyectos previos, que no nos han llegado, del programa de la Liga de los Comunistas.—96

[38] Recibieron la denominación de *cartistas* los participantes en el movimiento obrero de Gran Bretaña entre los años 30 y mediados de los 50 del siglo XIX debido a la grave situación económica y la falta de derechos políticos. Este movimiento transcurrió bajo la consigna de lucha por la aprobación de la Carta del Pueblo que contenía las reivindicaciones de sufragio universal y varias condiciones que garantizaban este derecho a los obreros. Según definición de Lenin, el cartismo era «el primer movimiento proletario y revolucionario amplio, verdaderamente de masas y políticamente formado».—98

[39] El *Manifiesto del Partido Comunista* es el primer documento programático del comunismo científico en el que se exponen en forma íntegra y armoniosa los fundamentos de la gran doctrina de Marx y Engels. «Esta obra expone, con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, comunista» (V. I. Lenin).

El *Manifiesto del Partido Comunista* pertrechó al proletariado con la demostración científica de que son inevitables el hundimiento del capitalismo y la victoria de la revolución proletaria y determinó las tareas y fines del movimiento proletario revolucionario.

Escrito por Marx y Engels como programa de la Liga de los Comunistas, el *Manifiesto* se publicó por primera vez en Londres en febrero de 1848. En esta edición se incluyen, además del propio *Manifiesto*, los prólogos a todas las ediciones, excepto el de la inglesa, que apareció en 1888, ya que las ideas expuestas en él se reproducen en los otros prefacios y, concretamente, en el de la edición alemana de 1890.—99, 110

[40] La *Liga de los Comunistas*: primera organización comunista internacional del proletariado, fundada por C. Marx y F. Engels, existió de 1847 a 1852. (Véase el artículo de F. Engels *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas* en la presente edición, t. 3).—99, 179, 398

[41] Se trata de la revolución de febrero de 1848 en Francia.—99

[42] *The Red Republican* (*El republicano rojo*): semanario cartista que editó en Londres J. Harney entre junio y noviembre de 1850. El *Manifiesto* se publicó resumido en los números 21-24 de noviembre de 1850.—99

[43] *La insurrección de junio*: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.—99, 103, 219, 415

[44] *Le Socialiste* (*El Socialista*): diario que apareció en francés en Nueva York entre octubre de 1871 y mayo de 1873; era el órgano de las secciones francesas de la Federación Norteamericana de la Internacional; después del Congreso de La Haya, rompió con la Internacional.

La mencionada traducción francesa del *Manifiesto del Partido Comunista* se publicó en el periódico *Le Socialiste* en enero-marzo de 1872—99

[45] Se trata de la primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, aparecida en 1869 en Ginebra, traducido por Bakunin. Al traducirlo, éste tergiversó en varios lugares el contenido del *Manifiesto*. Las faltas de la primera edición fueron corregidas en la que apareció en Ginebra en 1882, traducida por Plejánov. La traducción de Plejánov puso comienzo a la vasta difusión de las ideas del *Manifiesto* en Rusia—99

[46] *La Comuna de París* de 1871: Gobierno revolucionario de la clase obrera. Existió del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871. En el lato sentido, suele denominarse asimismo Comuna de París a la propia revolución del 18 de marzo de 1871 y al período de la dictadura del proletariado que la siguió. La historia de la Comuna de París y su esencia están expuestas con pormenores en el trabajo de Marx *La Guerra Civil en Francia*.—100

[47] Se trata de la «Imprenta rusa libre», en la que se imprimió el periódico democrático-revolucionario *Kólokol* (*La Campana*), que editaban A. Herzen y N. Ogariov. La imprenta, fundada por Herzen, se encontró hasta 1865 en Londres y luego fue trasladada a Ginebra. En esta imprenta se imprimió en 1869 la mencionada edición del *Manifiesto*. Véase la nota 45.—101

[48] Marx y Engels aluden a la situación que se creó después del asesinato del emperador Alejandro II por los adeptos de la «libertad del pueblo» el 1 de marzo de 1881, cuando Alejandro III, ya coronado, no salía de Gátchina por miedo a otros posibles atentados del Comité Ejecutivo secreto de la organización «Libertad del Pueblo».—101, 353

[49] *El proceso de los comunistas en Colonia* (4 de octubre-12 de noviembre de 1852) fue incoado con fines provocativos por el Gobierno prusiano contra once miembros de la Liga de los Comunistas. Acusados de alta traición sin más pruebas que documentos y testimonios falsos, siete fueron condenados a reclusión en una fortaleza por plazos de 3 a 6 años. Los viles métodos provocadores a que recurrió el Estado policíaco prusiano contra el movimiento obrero internacional fueron denunciados por Marx y Engels (véase el artículo de Engels *El reciente proceso de Colonia* en el presente tomo, pág. 397 y el folleto de Marx *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*).—103, 397

[50] Esta tesis teórica de Marx y Engels está expuesta en una serie de trabajos suyos desde los años 40 del siglo XIX; en la fórmula dada viene en los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores.—105

[51] Este prefacio fue escrito por Engels el 1 de mayo de 1890, el día en que, por acuerdo del Congreso de París de la II Internacional (julio de 1889),

en varios países de Europa y América se celebraron manifestaciones masivas, huelgas y mítines obreros, reivindicando la jornada de ocho horas y el cumplimiento de otros acuerdos del Congreso. A partir de entonces, los obreros de todos los países celebran anualmente el 1° de mayo como jornada de revista combativa de las fuerzas revolucionarias y de solidaridad internacional del proletariado.—105

52 *La Polonia del Congreso* era denominada la parte de Polonia que pasó oficialmente con el nombre de Reinado polaco a Rusia, según acuerdo del Congreso de Viena de 1814-1815.—106

53 Se refiere a la insurrección de liberación nacional polaca de 1863 a 1864 encauzada contra la opresión de la autocracia zarista. Debido a la inconsecuencia del partido de los «rojos», pequeños nobles, que dejaron escapar la iniciativa revolucionaria, la dirección de la insurrección pasó a manos de la aristocracia agraria y de la gran burguesía, que aspiraban a una componenda ventajosa con el Gobierno zarista. Para el verano de 1864, la insurrección fue aplastada sin piedad por las tropas zaristas.—107

54 Engels incluyó asimismo esta nota en la edición alemana del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1890, omitiendo únicamente la última frase.—110

55 Las *Cruzadas*: campañas militares de colonización del Oriente emprendidas por los grandes señores feudales de Europa Occidental, por los caballeros y por las ciudades comerciales italianas en los siglos XI-XIII bajo la bandera religiosa de la liberación de los santuarios cristianos en Jerusalén y otros «Santos Lugares» que se hallaban en poder de los musulmanes. Los ideólogos e inspiradores de las cruzadas eran la Iglesia católica y el Papa, movidos por su afán de conquistar la dominación mundial, y la fuerza militar principal eran los caballeros. En las expediciones también tomaron parte campesinos deseosos de emanciparse del yugo feudal. Los cruzados se dedicaban al saqueo y la violencia tanto respecto de la población musulmana como de los cristianos que habitaban en los países por los que pasaban. No se planteaban sólo la conquista de los Estados musulmanes de Siria, Palestina, Egipto y Túnez, sino también del Imperio Bizantino ortodoxo. Las conquistas de los cruzados en el Mediterráneo oriental eran efímeras, y sus posesiones no tardaron en volver a manos de los musulmanes.—114

56 Marx y Engels ya no emplearon en sus obras posteriores los términos de «valor del trabajo» y «precio del trabajo». En su lugar, empleaban conceptos más exactos, propuestos por Marx: «valor de la fuerza de trabajo» y «precio de la fuerza de trabajo» (véase la introducción de Engels a la obra de Marx *Trabajo asalariado y capital* en el presente tomo, págs. 145—152).—117

57 Se alude al movimiento en pro de la reforma electoral que, bajo la presión de las masas, fue adoptada por la Cámara de los Comunes en 1831 y aprobada definitivamente por la Cámara de los Lores en junio de 1832. La reforma iba dirigida contra el monopolio político de la aristocracia agraria y financiera y abría las puertas del parlamento a la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que constituían la fuerza principal de la lucha por la reforma, se vieron defraudados por la burguesía liberal y no lograron el derecho al sufragio.—130

58 La *restauración de 1660 a 1689*: período del segundo reinado de la dinastía de los Estuardos en Inglaterra, derrocada por la revolución burguesa de este país en el siglo XVII.

La *restauración de 1814 a 1830*: período del segundo reinado de los Borbones en Francia. El régimen reaccionario de los Borbones, que representaba los intereses de la corte y los clericales, fue derrocado por la revolución de julio de 1830.—130

59 *Legitimistas*: partidarios de la dinastía «legítima» de los Borbones, derrocada en 1830, que representaba los intereses de la gran posesión hereditaria de la tierra. En la lucha contra la dinastía reinante de los Orleáns (1830-1848), que se apoyaba en la aristocracia financiera y en la gran burguesía, una parte de los legitimistas recurría a menudo a la demagogia social, haciéndose pasar por defensores de los trabajadores contra los explotadores burgueses.—131, 216, 319

60 La *«Joven Inglaterra»*: grupo de políticos y literatos ingleses pertenecientes al partido de los tories; s constituyó a comienzos de los años 40 del siglo XIX. Al expresar el descontento de la aristocracia terrateniente por el crecimiento del poderío económico y político de la burguesía, los miembros del grupo de la «Joven Inglaterra» empleaban procedimientos demagógicos para someter a su influencia a la clase obrera y utilizarla en su propia lucha contra la burguesía.—131

61 Los *junkers*: en el sentido estricto de la palabra son la aristocracia terrateniente de Prusia Oriental; en el lato sentido, la clase de los terratenientes alemanes.—131

62 Se trata de los demócratas republicanos pequeñoburgueses y socialistas pequeñoburgueses, partidarios del periódico francés *La Réforme* (salió en París entre 1843 y 1850), que propugnaban la instauración de la república y la realización de reformas democráticas y sociales.—139

63 Sobre el periódico *La Réforme* véase la nota 62.—139, 233

64 En febrero de 1846 se preparaba la insurrección en las tierras polacas para conquistar la emancipación nacional de Polonia. Los iniciadores principales de la insurrección eran los demócratas revolucionarios polacos (Dembowski y otros). Pero, debido a la traición de los elementos de la nobleza y la detención de los dirigentes de la sublevación por la policía prusiana, la sublevación general fue frustrada, produciéndose únicamente algunos estallidos revolucionarios sueltos. Sólo en Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, los insurgentes lograron el 22 de febrero obtener la victoria y formar un Gobierno nacional que publicó un manifiesto sobre la abolición de las cargas feudales. La insurrección de Cracovia fue aplastada a comienzos de marzo de 1846. En noviembre de este mismo año, Austria, Prusia y Rusia firmaron un acuerdo de incorporación de Cracovia al Imperio austríaco.—140, 213

65 El presente artículo es una parte del trabajo de Marx *La burguesía y la contrarrevolución*, escrito en diciembre de 1848. En este trabajo Marx examina la causa de la victoria de la contrarrevolución en Prusia desde el punto de vista del materialismo histórico y pone al descubierto las particularidades de la revolución de marzo en Alemania.—141

66 Se refiere a la revolución de marzo de 1848 en Alemania.—141

67 Se trata del órgano estamental constituido por representantes de todas las dietas provinciales de Prusia. En este caso, Marx se refiere a la *Segunda Dieta Unida*, que fue convocada el 2 de abril de 1848, bajo el ministerio de Camphausen. Aprobó la ley de las elecciones a la Asamblea Nacional prusiana y se manifestó de acuerdo con el empréstito que la Dieta Unida había negado al Gobierno en 1847. Luego, el 10 de abril de 1848, esta Dieta fue disuelta.—141

[68] *Tories*: partido político de Inglaterra fundado a fines del siglo XVIII. Expresaba los intereses de la aristocracia terrateniente y el alto clero, defendía las tradiciones del pasado feudal y combatía las reivindicaciones liberales y progresistas. A mediados del siglo XIX, el partido de los tories se refundió para formar el partido conservador.—141

[69] Se alude a la revolución burguesa de 1566-1609 en los Países Bajos (actuales Bélgica y Holanda), que formaban parte del Estado español; la revolución combinaba la lucha de la burguesía y de las masas populares contra el feudalismo con la guerra de liberación nacional contra la dominación de España. En 1609, luego de una serie de derrotas, España se vio obligada a reconocer la independencia de la República burguesa de Holanda. La revolución burguesa de los Países Bajos en el siglo XVI inauguró el período de las revoluciones burguesas triunfantes en Europa. El territorio de la actual Bélgica siguió en poder de los españoles hasta el año de 1714.—142

[70] Al publicar *Trabajo asalariado y capital*, Marx se proponía describir en forma popular las relaciones económicas, base material de la lucha de clases en la sociedad capitalista. Quería pertrechar al proletariado con la arma teórica del conocimiento científico de la base en que descansan en la sociedad capitalista la dominación de clase de la burguesía y la esclavitud asalariada de los obreros. Al desarrollar los puntos de partida de su teoría de la plusvalía, Marx formula a grandes rasgos la tesis de la depauperación relativa y absoluta de la clase obrera bajo el capitalismo.—145,153

[71] *La Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie* (*Nueva Gaceta del Rin. Organo de la Democracia*) salía todos los días en Colonia desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849; la dirigía Marx, y en el consejo de redacción figuraba Engels.— 145, 190, 230, 564, 219

[72] La *Asociación Obrera Alemana de Bruselas* fue fundada por Marx y Engels a fines de agosto de 1847 con el fin de dar instrucción política a los obreros alemanes residentes en Bélgica y propagar entre ellos las ideas del comunismo científico. Bajo la dirección de Marx y Engels y sus compañeros de lucha. la Asociación se convirtió en un centro legal de agrupación de los proletarios revolucionarios alemanes en Bélgica. Los mejores elementos de la Asociación integraban la Organización de Bruselas de la Liga de los Comunistas. Las actividades de la Asociación Obrera Alemana de Bruselas se suspendieron poco después de la revolución de febrero de 1848 en Francia, debido a las detenciones y la expulsión de sus componentes por la policía belga.—145, 519

[73] Se alude a la intervención de las tropas del zar en Hungría, en 1849. con el fin de sofocar la revolución burguesa en este país y restaurar allí el poder de los Habsburgo austríacos.—145

[74] Se trata de las insurrecciones de las masas populares en Alemania en mayo-julio de 1849 en defensa de la Constitución imperial (adoptada por la Asamblea Nacional de Francfort el 28 de marzo de 1849, pero rechazada por varios Estados alemanes). Tenían un carácter espontáneo y disperso y fueron aplastadas a mediados de julio de 1849.—145

[75] Posteriormente, entre los manuscritos de Marx se descubrió un borrador de la conferencia final o de varias conferencias finales sobre el trabajo asalariado y el capital. Era un manuscrito titulado *Salarios* y llevaba en la tapa las notas: «Bruselas, diciembre de 1847». Por su contenido, este

manuscrito completa en parte la obra inacabada de Marx *Trabajo asalariado y capital*. Sin embargo, las partes finales preparadas para la imprenta, de este trabajo, no se han encontrado entre los manuscritos de Marx.—145

76 Marx escribe en *El Capital*: «Por Economía Política clásica entiendo toda la Economía Política que, comenzando por W. Petty, investiga la conexión interna de las relaciones burguesas de producción». Los principales representantes de la Economía Política clásica en Inglaterra eran Adam Smith y David Ricardo.—146

77 F. Engels escribe en su obra *Anti-Dühring* que «la Economía Política, en el sentido estricto de la palabra, aunque hubiese surgido a fines del siglo XVII en las cabezas de algunas personalidades geniales, tal como fue formulada en las obras de los fisiócratas y de Adam Smith es, en esencia, hija del siglo XVIII».—147

78 Engels se refiere a la celebración del 1º de Mayo en 1891. En algunos países (Inglaterra y Alemania), la fiesta del 1º de Mayo se celebraba el primer domingo posterior a esta fecha; en 1891 cayó en el día 3.—152

79 Alusión a la leyenda del complicado nudo con que Gordio, rey de Frigia, unió el yugo al timón de su carro; según la predicción de un oráculo, quien lo desanudase sería el soberano de Asia; Alejandro de Macedonia, después de varias tentativas infructuosas, lo cortó con su espada.—159

80 El *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* fue escrito por Marx y Engels a fines de marzo de 1850, cuando aún cifraban esperanzas en un nuevo ascenso de la revolución. Al exponer la teoría y la táctica del proletariado en la presente revolución, Marx y Engels recalcaban, sobre todo, en el *Mensaje* la necesidad de crear un partido proletario independiente y de separarse de los demócratas pequeñoburgueses. La idea rectora fundamental, formulada en el *Mensaje* por los fundadores del marxismo, es la idea de la revolución ininterrumpida que debe conducir a la abolición de la propiedad privada y de las clases y a la organización de una nueva sociedad.

El *Mensaje del Comité Central* se difundió en secreto entre los miembros de la Liga de los Comunistas. En 1851 este documento, encontrado por la policía prusiana a varios miembros detenidos de la Liga de los Comunistas, se imprimió en los periódicos burgueses y en el libro de dos funcionarios de la policía: Wermuth y Stieber.—179

81 La *Santa Alianza*: agrupación reaccionaria de los monarcas europeos, fundada en 1815 por la Rusia zarista, Austria y Prusia para aplastar los movimientos revolucionarios de algunos países y conservar en ellos los regímenes monárquico-feudales.—181, 213, 318

82 Se alude a París, capital de Francia, tenida desde los tiempos de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII por foco de la revolución. —181

83 *Izquierda de la Asamblea de Francfort*: ala izquierda pequeñoburguesa de la Asamblea Nacional convocada después de la revolución de marzo en Alemania, que comenzó sus reuniones el 18 de mayo de 1848 en Francfort del Meno. La tarea principal de la Asamblea consistía en poner fin al fraccionamiento político de Alemania y redactar una constitución para toda Alemania. Sin embargo, debido a la cobardía y a las vacilaciones de su mayoría liberal, a la indecisión e inconsecuencia del ala izquierda, la Asamblea no se atrevió a tomar en sus manos el poder supremo y no supo ocupar una posición decidida en las cuestiones fundamentales de la

revolución de 1848-1849 en Alemania. El 30 de mayo de 1849 la Asamblea se vio obligada a trasladar su sede a Stuttgart. El 18 de junio de 1849 fue disuelta por las tropas.—181, 366

84 *Neue Oder-Zeitung* (*Nuevo periódico del Oder*): diario democrático-burgués alemán que apareció con este título entre 1849 y 1855 en Breslau (Wroclaw). En 1855 Marx fue el corresponsal de este periódico en Londres.—184

85 Las opiniones expuestas aquí sobre la cuestión agraria están estrechamente relacionadas con la apreciación general que Marx y Engels dieron en los años 40 y 50 de las perspectivas del desarrollo de la revolución. Los fundadores del marxismo estimaban entonces, como indicara Lenin, que el capitalismo iba caducando ya, y el socialismo se aproximaba. Partiendo de ello, Marx y Engels se pronunciaron en el *Mensaje* contra la entrega de la tierra confiscada de los terratenientes a los campesinos, por su transformación en propiedad del Estado y su entrega a disposición de los obreros de colonias de proletariado agrícola asociado.

Apoyándose en la experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, así como en la experiencia del movimiento revolucionario en otros países, Lenin desplegó las opiniones marxistas sobre la cuestión agraria. Al reconocer la conveniencia de la conservación preferente de las grandes empresas agrícolas después de la revolución proletaria en los países capitalistas avanzados, escribió: «Sería, sin embargo, un gran error sobrestimar esta regla o hacer un cliché de ella y no tolerar la entrega gratuita a los pequeños campesinos y, a veces, medios, de los alrededores de *parte* de las tierras expropiadas a los expropiadores».—187

86 La *Convención*: así se denominaba la Asamblea Nacional durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Fundada en 1792, la Convención acabó definitivamente con el feudalismo y reprimió sin piedad a todos los elementos contrarrevolucionarios y conciliadores y luchó contra la intervención extranjera.—188

87 *Brumario*: mes del calendario republicano francés. El 18 Brumario (9 de noviembre) de 1799, Napoleón Bonaparte llevó a cabo un golpe de Estado e implantó la dictadura militar.—188

88 La obra de Marx *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* es una serie de artículos con el título común *De 1848 a 1849*. En ella se ofrece una explicación materialista de todo un período de la historia de Francia y se exponen las tesis más importantes de la táctica revolucionaria del proletariado. Basándose en la experiencia práctica de la lucha revolucionaria de las masas, Marx desarrolló en *Las luchas de clases en Francia* su teoría de la revolución y de la dictadura del proletariado. Al demostrar la necesidad de que la clase obrera conquistara el poder político, Marx emplea aquí por primera vez el término de «dictadura del proletariado» y da a conocer las tareas políticas, económicas e ideológicas de esta dictadura. Formula, además, la idea de la alianza de la clase obrera y el campesinado bajo la dirección de la clase obrera. El plan primario del trabajo *Las luchas de clases en Francia* incluía cuatro artículos: *La derrota de junio de 1848*, *El 13 de junio de 1849*, *Las consecuencias del 13 de junio en el continente* y *La situación actual en Inglaterra*. Sin embargo, sólo aparecieron tres artículos. Los problemas de la influencia de los sucesos de junio de 1849 en el continente y de la situación de Inglaterra fueron aclarados en otros escritos de la revista, concretamente en los reportajes internacionales escritos conjuntamente por Marx y Engels. Al editar la obra de Marx en 1895, Engels introdujo adicional-

mente un cuarto capítulo en el que se incluían apartados dedicados a los acontecimientos de Francia con el subtítulo de *Tercer comentario internacional.* Engels tituló este capítulo *La abolición del sufragio universal en 1850.*—190, 209

89 La *Introducción* a la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* la escribió Engels para una edición aparte del trabajo, publicado en Berlín en 1895.

Al mostrar cuán importante era el análisis de la marcha y de las enseñanzas de la revolución de 1848 a 1849, ofrecido en la obra de Marx, Engels dedicó gran parte de su prefacio a sintetizar la experiencia subsiguiente de la lucha de clase del proletariado, ante todo en Alemania. Engels recalca en su obra la necesidad de aprovechar de manera revolucionaria todos los medios legales en beneficio de la preparación del proletariado para la revolución socialista, de la hábil combinación de la lucha por la democracia con la lucha por la revolución socialista y de la supeditación de la primera tarea a la segunda. En esta introducción, Engels vuelve a fundamentar la tesis angular del marxismo de que la elección de los métodos tácticos y de las formas de lucha dependen de la situación histórica concreta, de la necesidad de sustituir las formas pacíficas, preferentes para el proletariado, de labor revolucionaria por las no pacíficas en caso de que las clases reaccionarias dominantes empleen la violencia.

Al publicarse la introducción, la Directiva del Partido Socialdemócrata de Alemania pidió con insistencia a Engels que suavizara el tono, demasiado revolucionario a juicio de ella, y le imprimiese una forma más cautelosa. Engels sometió a crítica la posición vacilante de la dirección del partido y su anhelo a «obrar exclusivamente sin salirse de la legalidad». Sin embargo, obligado a tener en cuenta la opinión de la Directiva, Engels accedió a omitir en las pruebas de imprenta varios pasajes y cambiar algunas fórmulas. En esta edición se publica íntegro el texto del prefacio.

Al mismo tiempo y, basándose en este trabajo, algunos líderes de la socialdemocracia intentaron presentar a Engels, como partidario de la vía exclusivamente pacífica, en cualesquiera circunstancias, de paso del poder a la clase obrera, como si Engels fuera un paladín de la «legalidad a toda costa». Indignado hasta lo más hondo, Engels insistió en que su introducción se publicase en la revista *Neue Zeit.* Sin embargo, se publicó en ella con los mismos cortes que hubo de hacer el autor en la antemencionada edición suelta. Mas incluso con esos cortes, el prefacio conservaba íntegramente su carácter revolucionario.

El texto del prefacio de Engels se publicó íntegro por primera vez en la URSS en el año 1930 en el libro de Carlos Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1849.*—190

90 *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* (*Nueva Gazeta del Rin. Comentario político-económico*): revista fundada por Marx y Engels en diciembre de 1849 que editaron hasta noviembre de 1850; órgano teórico y político de la Liga de los Comunistas. Se imprimía en Hamburgo. Salieron seis números de la revista, que dejó de aparecer debido a las persecuciones de la policía en Alemania y a la falta de recursos materiales.—192, 293

91 Se alude a las dotaciones gubernamentales que Engels designa irónicamente con el nombre de la finca regalada a Bismarck por el emperador Guillermo I en el Bosque de Sajonia, cerca de Hamburgo. —193, 302

92 *In partibus infidelium* (literalmente: «en el país de los infieles»): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales

en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.— 194, 307, 412, 438, 480

93 Se trata de los dos partidos monárquicos de la burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX, o sea, de los legitimistas (véase la nota 59) y los orleanistas.

Orleanistas: partidarios de los duques de Orleáns, rama menor de la dinastía de los Borbones, que se mantuvo en el poder desde la revolución de Julio de 1830 hasta la revolución de 1848; representaban los intereses de la aristocracia financiera y la gran burguesía.

Durante la Segunda república (1848-1851), los dos grupos monárquicos constituyeron el núcleo del «partido del orden», un partido conservador unificado.—197, 227, 424

94 Francia participó, siendo emperador Napoleón III, en la guerra de Crimea (1854-1855), hizo a Austria la guerra para disputarle Italia (1859), participó con Inglaterra en las guerras contra China (1856-1858 y 1860), comenzó la conquista de Indochina (1860-1861), organizó la intervención armada en Siria (1860-1861) y México (1862-1867); por último, guerreó contra Prusia (1870-1871).—197

95 Engels emplea el termino que expresaba uno de los principios de la política exterior de los medios gobernantes del Segundo Imperio bonapartista (1852-1870). El llamado «principio de las nacionalidades» era muy usado por las clases dominantes de los grandes Estados como cubierta ideológica de sus planes anexionistas y de sus aventuras en política exterior. Sin tener nada que ver con el reconocimiento de las naciones a la autodeterminación, el «principio de las nacionalidades» era un acicate para espolear las discordias nacionales y transformar el movimiento nacional, sobre todo los movimientos de los pueblos pequeños, en instrumento de la política contrarrevolucionaria de los grandes Estados en pugna.— 197

96 La *Confederación Alemana*, fundada el 8 de junio de 1815 en el Congreso de Viena, era una unión de los Estados absolutistas feudales de Alemania y consolidaba el fraccionamiento político y económico de Alemania.— 197, 315

97 En consecuencia de la victoria sobre Francia durante la guerra franco-prusiana (1870-1871) surgió el Imperio alemán del que, no obstante, quedó excluida Austria, de donde procede la denominación de «*Pequeño Imperio alemán*». La derrota de Napoleón III fue un impulso para la revolución en Francia, que derrocó a Luis Bonaparte y dio lugar el 4 de septiembre de 1870 a la proclamación de la república.—198, 377

98 La *Guardia Nacional*: milicia voluntaria civil y armada con mandos elegidos que existió en Francia y algunos países más de Europa Occidental. Se formó por primera vez en Francia en 1789 a comienzos de la revolución burguesa; existió con intervalos hasta 1871. Entre 1870 y 1871, la Guardia Nacional de París, en la que se incluyeron en las condiciones de la guerra franco-prusiana las grandes masas democráticas, desempeñó un gran papel revolucionario. Fundado en febrero de 1871, su Comité Central encabezó la sublevación proletaria del 18 de marzo de 1871 y en el período inicial de la Comuna de París de 1871 ejerció (hasta el 28 de marzo) la función de primer Gobierno proletario en la historia. Una vez aplastada la Comuna de París, la Guardia Nacional fue disuelta.—198, 214, 413

[99] Después de la derrota en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, Francia pagó a Alemania una contribución de cinco mil millones de francos.—199

[100] *La ley de excepción contra los socialistas* se promulgó en Alemania el 21 de octubre de 1878. Según esta ley se prohibían todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones de masas y la prensa obrera, se confiscaba todo lo escrito sobre socialismo y se reprimía a los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, esta ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.—199

[101] Bismarck decretó el sufragio universal en 1866 para las elecciones al Reichstag de Alemania del Norte, y, en 1871, para las elecciones al Reichstag del Imperio alemán unificado.—200

[102] Engels cita la introducción teórica escrita por Marx para el programa del Partido Obrero Francés que se aprobó en el Congreso de El Havre en 1880.—200

[103] *El 4 de septiembre de 1870*, merced a la acción revolucionaria de las masas populares, fue derrocado en Francia el Gobierno de Luis Bonaparte y proclamada la república. *El 31 de octubre de 1870* los blanquistas llevaron a cabo una tentativa infructuosa de sublevación contra el Gobierno de la Defensa Nacional.—204

[104] La batalla de *Wagram*, durante la guerra austro-francesa de 1809, duró del 5 al 6 de junio del mismo año. En ella, las tropas francesas mandadas por Napoleón I derrotaron al ejército austríaco del archiduque Carlos.

La batalla de *Waterloo* (Bélgica) tuvo lugar el 18 de junio de 1815. El ejército de Napoleón fue derrotado. Esta batalla desempeñó el papel decisivo en la campaña de 1815, predeterminando la victoria definitiva de la coalición antinapoleónica de los Estados europeos y la caída del imperio de Napoleón I.—204, 269

[105] Engels se refiere a la larga lucha entre el poder ducal y la nobleza en los ducados de Mecklemburgo-Schwerin y Mecklemburgo-Strelitz, que concluyó mediante la firma, en 1755, del tratado constitucional de Rostock acerca de los derechos hereditarios de la nobleza. Este tratado confirmó los fueros y privilegios anteriores de ésta y refrendó su posición dirigente en las Dietas estamentales; eximió de contribuciones la mitad de sus tierras; fijó la magnitud de los impuestos sobre el comercio y la artesanía y la participación de la una y la otra en los gastos del Estado.—205

[106] El 5 de diciembre de 1894, se presentó al Reichstag alemán un nuevo proyecto de ley contra los socialistas. El proyecto fue rechazado el 11 de mayo de 1895.—208

[107] Se alude a la revolución burguesa de 1830 que tuvo por resultado el derrocamiento de la dinastía de los Borbones.—210

[108] El duque de Orleáns ocupó el trono francés con el nombre de Luis Felipe.—210

[109] *El 5 y el 6 de junio de 1832* hubo una sublevación en París. Los obreros, que participaban en ella, levantaron una serie de barricadas y se defendieron con gran valentía y firmeza.

En abril de 1834 estalló la insurrección de los obreros de Lyón, una de las primeras acciones de masas del proletariado francés. Esta insurrección, apoyada por los republicanos en varias ciudades más, sobre todo en París, fue aplastada con saña.

La insurrección del *12 de mayo de 1839* en París, en la que también desempeñaron un papel principal los obreros revolucionarios, fue preparada por la Sociedad Secreta Republicano-socialista de Las Estaciones del Año bajo la dirección de A. Blanqui y A. Barbès; fue arrollada por las tropas y la Guardia Nacional.—210

110 *La monarquía de Julio*: período del reinado de Luis Felipe (1830-1848). La denominación es debida a la revolución de julio.—211, 414

111 *Sonderbund*: alianza separada de los siete cantones católicos, atrasados en el aspecto económico, de Suiza; se concluyó en 1834 con el fin de oponerse a las transformaciones burguesas progresivas en Suiza y defender los privilegios de la Iglesia y los jesuitas. La disposición de la Dieta suiza de julio de 1847 sobre la disolución del Sonderbund sirvió de pretexto para que éste rompiese a comienzos de noviembre las hostilidades contra los otros cantones. El 23 de noviembre de 1847, el ejército del Sonderbund fue derrotado por las tropas del Gobierno federal. En el período de la guerra del Sonderbund, los Estados reaccionarios de Europa occidental, que antes integraban la Santa Alianza: Austria y Prusia, intentaron intervenir en los asuntos suizos a favor del Sonderbund. Guizot apoyó de hecho a estos Estados, tomando bajo su defensa el Sonderbund.—213

112 En Buzançais (departamento del Indre), a iniciativa de los obreros hambrientos y de los habitantes de las aldeas vecinas, en la primavera de 1847 fueron asaltados los almacenes de comestibles pertenecientes a los especuladores; esto dio lugar a un sangriento choque de la población con las tropas, seguido luego de despiadadas represiones gubernamentales: cuatro participantes directos en los sucesos de Buzançais fueron ejecutados el 16 de abril de 1847, y otros muchos fueron condenados a trabajos forzados.—**214**.

113 *Le National* (*El Nacional*): diario francés; se publicó en París de 1830 a 1851; órgano de los republicanos burgueses moderados. Los representantes más destacados de esta corriente en el Gobierno Provisional eran Marrast, Bastide y Garnier-Pagés.—214, 417

114 *La Gazette de France* (*La Gaceta de Francia*): diario que aparecía en París desde 1631 hasta los años 40 del siglo XIX; órgano de los legitimistas, partidarios de la restauración de la dinastía de los Borbones.—216

115 Durante los primeros días de la existencia de la República Francesa se planteó la cuestión de elegir la bandera nacional. Los obreros revolucionarios de París exigían que se declarase enseña nacional la bandera roja que enarbolaran los obreros de los suburbios de la capital durante la insurrección de junio de 1832. Los representantes de la burguesía insistían en que se eligiera la tricolor (azul, blanca y roja), que había sido la bandera de Francia durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII y del imperio de Napoleón I. Esta bandera había sido también, antes de la revolución de 1848, el emblema de los republicanos burgueses que se agrupaban en torno al periódico *Le National*. Los representantes de los obreros se vieron obligados a acceder a que la bandera nacional de la República Francesa fuese declarada la tricolor. No obstante, al asta de la bandera se adhirió una escarapela roja.—218, 422

116 *Le Moniteur universel* (*El Heraldo universal*): diario francés, órgano oficial del Gobierno; aparecía en París desde 1789 hasta 1901. En las páginas de *Le Moniteur* se insertaban obligatoriamente las disposiciones y decretos del Gobierno, informaciones de los debates parlamentarios y otros docu

mentos oficiales; en 1848 se publicaban también en este periódico informaciones de las reuniones de la Comisión de Luxemburgo.—219, 497

117 La primera república existió en Francia desde 1792 hasta 1804.—219

118 Se trata de la suma asignada en 1825 por la Corona francesa como compensación a los aristócratas por los bienes que les habían sido confiscados durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.—223

119 *Lazzaroni*: sobrenombre que se daba en Italia al lumpemproletariado, elementos desclasados. Los lazzaroni fueron utilizados reiteradas veces por los medios monárquico-reaccionarios en la lucha contra el movimiento liberal y democrático.—224, 453

120 Según la «ley sobre los pobres» de Inglaterra, aprobada en 1834, se toleraba una sola forma de ayuda a los pobres: su alojamiento en casas de trabajo con régimen carcelario; los obreros ejecutaban en ellas labores improductivas, monótonas y extenuadoras; estas casas de trabajo fueron denominadas por el pueblo «bastillas para los pobres».—225

121 *El 15 de mayo de 1848*, durante una manifestación popular, los obreros y artesanos parisienses penetraron en la sala de sesiones de la Asamblea Constituyente, la declararon disuelta y formaron un Gobierno revolucionario. Los manifestantes, sin embargo, no tardaron en ser desalojados por la Guardia Nacional y las tropas. Los dirigentes de los obreros (Blanqui, Barbès, Albert, Raspail, Sobrier y otros) fueron detenidos.—229, 414

122 *El 16 de abril de 1848* la Guardia Nacional burguesa, movilizada especialmente con este fin, detuvo en París una manifestación pacífica de obreros que iban a presentar al Gobierno Provisional una petición sobre la «organización del trabajo» y la «abolición de la explotación del hombre por el hombre».—233, 352, 428

123 Se alude al artículo de fondo del *Journal des Débats* del 28 de agosto de 1848.

Journal des Débats politiques et littéraires (*Periódico de los debates políticos y literarios*): diario burgués francés fundado en París en 1789. Durante la monarquía de Julio fue el periódico gubernamental, órgano de la burguesía orleanista. Durante la revolución de 1848, el periódico expresaba las opiniones de la burguesía contrarrevolucionaria agrupada en el denominado partido del orden.—235, 352, 417

124 *Genízaros*: infantería regular de los sultanes turcos, fundada en el siglo XIV; se distinguía por una crueldad extraordinaria.—237

125 El primer proyecto de la Constitución fue presentado a la Asamblea Nacional el 19 de junio de 1848.—239

126 Según la leyenda de la Biblia, Saúl, primer rey el reino hebreo, abatió en lucha contra los filisteos a miles de ellos, y su escudero David, protegido de Saúl, a decenas de miles. Muerto Saúl, David ocupó el trono del reino hebreo.—241

127 La *flor de lis*: emblema heráldico de la monarquía de los Borbones; la *violeta*, emblema de los bonapartistas.—242

128 Marx se remite al comunicado de París del 18 de diciembre firmado con el signo del corresponsal Fernando Wolf, en la *Neue Rheinische Zeitung*, № 174, del 21 de diciembre de 1848. Es posible que las palabras indicadas pertenezcan al propio Marx, quien redactó escrupulosamente todos los artículos del periódico.—242

129 *Comité de Salvación Pública*: órgano central del Gobierno revolucionario de la República Francesa fundado en abril de 1793. Este Comité desempeñó un papel de excepcional importancia en la lucha con la contrarrevolución interior y exterior.—225

130 *Partido del orden*: surgió en 1848 como partido de la gran burguesía conservadora; era una coalición de las dos fracciones monárquicas de Francia, es decir, de los legitimistas y los orleanistas (véanse las notas 59 y 93); desde 1849 hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 ocupaba una posición rectora en la Asamblea Legislativa de la Segunda República.—256, 424

131 Sobre la restauración en Francia véase la nota 58.—256, 424

132 En *Bourges* se celebró entre el 7 de marzo y el 3 de abril de 1849 el proceso contra los participantes en los acontecimientos del 15 de mayo de 1848 (véase la nota 121). Barbès fue condenado a reclusión perpetua, y Blanqui a diez años de cárcel. Albert, De Flotte, Sobrier, Raspail y los demás, a diversos plazos de prisión y deportación a las colonias.—259. 435

133 El general Bréa, que mandaba a parte de las tropas durante el aplastamiento de la insurrección de junio del proletariado parisiense, recibió muerte de manos de los insurrectos junto a las puertas de Fontainebleau el 25 de junio de 1848. En relación con ello fueron ejecutados dos participantes en la sublevación.—259

134 *La Démocratie pacifique* (*La Democracia pacífica*): diario de los fourieristas que apareció en París entre 1843 y 1851, redactado por V. Considérant.

En la tarde del 12 de junio de 1849 se celebró en la redacción del periódico una reunión de los diputados del Partido de la Montaña. Los participantes en esta reunión se negaron a recurrir a las armas y decidieron limitarse a una manifestación pacífica.—265

135 En el manifiesto publicado en el periódico *Le Peuple* (*El Pueblo*), N 206, del 13 de junio de 1849, «La Asociación Democrática de los Amigos de la Constitución» exhortaba a los ciudadanos parisienses a salir en manifestación pacífica para protestar contra las «atrevidas pretensiones» del poder ejecutivo.—265

136 La proclama de La Montaña se publicó en *La Réforme* y en *La Démocratie pacifique*, así como en el periódico de Proudhon *Le Peuple* del 13 de junio de 1849.—266

137 Marx se refiere a la comisión del papa Pío IX, compuesta de tres cardenales que, con el apoyo del ejército francés y, después de haber aplastado la República de Roma, restableció en ésta el régimen reaccionario. Los cardenales llevaban vestidura roja.—270

138 *Le Siècle* (*El Siglo*); diario francés que aparecía en París de 1836 a 1939; en los años 40 del siglo XIX reflejaba las ideas de la parte de la pequeña burguesía que se limitaba a exigir reformas constitucionales moderadas; en los años 50 fue un periódico republicano moderado.—270

139 *La Presse* (*La Prensa*): diario que salía en París desde 1836; durante la monarquía de Julio tenía carácter oposicionista; en 1848-1849 fue órgano de los republicanos burgueses; posteriormente fue órgano bonapartista.—270, 450

140 Se trata del conde de Chambord (que se denominaba a sí mismo Enrique V), de la rama mayor de la dinastía de los Borbones, que pretendía al trono francés. Una de las residencias permanentes de Chambord en

Alemania Occidental, además de la ciudad de Wiesbaden, era la ciudad de Ems.—271, 432

141 En Claremont, lugar suburbano de Londres, vivía Luis Felipe, que había huido de Francia después de la Revolución de febrero de 1848.—272, 432

142 *Motu proprio* («con su propio permiso»): palabras iniciales de ciertos mensajes papales que se adoptaban sin el acuerdo de los cardenales y trataban, por lo común, asuntos administrativos y de política interior de la región papal. En este caso concreto se trata del mensaje del papa Pío IX del 12 de septiembre de 1849.—272

143 El resultado no coincide: debe ser 578.178.000, y no 538.000.000; por lo visto, en los datos hay un error, sin embargo, esto no influye en la conclusión general: tanto en un caso como en otro, salen menos de 25 francos de ingresos netos por habitante.—283

144 En el departamento *du Gard*, con motivo de la muerte del diputado legitimista De Beaune se celebraron elecciones complementarias. Por una mayoría de 20.000 votos de los 36.000 posibles salió elegido Favaune, candidato de los partidarios de La Montaña.—284

145 En 1850, el gobierno dividió el territorio de Francia en cinco grandes regiones militares, como resultado de lo cual París y los departamentos adyacentes quedaron rodeados de otras cuatro regiones, a la cabeza de las cuales se colocó a los reaccionarios más declarados. Al recalcar el parecido entre el poder ilimitado de estos generales reaccionarios y el despotismo de los bajaes turcos, la prensa republicana denominó bajalatos estas regiones.—284

146 Se refiere al mensaje del presidente Luis Bonaparte a la Asamblea Legislativa de fecha del 31 de octubre de 1849 en el que se comunicaba que admitía la dimisión del gabinete de Barrot y formaba nuevo gobierno.—285

147 En el mensaje del 10 de noviembre de 1849, Carlier, nuevo prefecto de la policía de París, exhortaba a crear una «liga social contra el socialismo» para defender «la religión, el trabajo, la familia, la propiedad y la lealtad».—285

148 *Le Napoléon* (*Napoleón*): semanario que aparecía en París desde el 6 de enero hasta el 19 de mayo de 1850.—285

149 *Freetraders* (Librecambistas): partidarios de la libertad de comercio y de la no intervención del Estado en la vida económica. En los años 40-50 del siglo XIX constituyeron un grupo político aparte que entró posteriormente en el Partido Liberal.—287, 364, 522

150 *Los árboles de la libertad* fueron plantados en las calles de París después de la victoria de la revolución de febrero de 1848. La plantación de los árboles de la libertad, robles y álamos por lo general, era una tradición en Francia ya durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII y se introdujo en su tiempo por una disposición de la Convención.—289

151 *La columna de Julio*, erigida en 1840 en la Plaza de la Bastilla de París en memoria de los caídos durante la revolución de Julio de 1830, estaba adornada con coronas de siemprevivas desde los tiempos de la revolución de febrero de 1848.—289

152 *De Flotte*, partidario de Blanqui y representante del proletariado revolucionario de París, obtuvo en las elecciones del 15 de marzo de 1850 126.643 votos.—291

153 *Coblenza*: ciudad de Alemania Occidental. Durante la revolución bur-

guesa de fines del siglo XVIII en Francia fue el centro de la emigración contrarrevolucionaria.—292

154 En 1797 el Gobierno inglés promulgó un decreto especial sobre la restricción (limitación) bancaria que establecía un curso forzoso de los billetes de banco y anulaba el cambio del papel moneda por oro. Este cambio de los billetes de banco por oro no se restableció hasta 1819.—295

155 *Burgraves* fue el apodo que se dio a los diecisiete líderes orleanistas y legitimistas (véase las notas 80 y 18) que formaban parte de la secretaría encargada por la Asamblea Legislativa de redactar el proyecto de la nueva ley electoral. Se les llamaba así por sus pretensiones sin fundamento al poder y por las aspiraciones reaccionarias. El apodo fue tomado del drama histórico de Víctor Hugo *Los burgraves*, consagrado a la vida en la Alemania medieval. En Alemania se llamaban así los gobernadores de las ciudades y las provincias nombrados por el emperador.—297, 448

156 *L'Assemblée Nationale* (*La Asamblea Nacional*): diario francés de orientación monárquico-legitimista; aparecía en París desde 1848 hasta 1857. Entre 1848 y 1851 reflejaba las opiniones de los partidarios de la fusión de ambos partidos dinásticos: los legitimistas y los orleanistas.—299, 470

157 *Le Constitutionnel* (*Periódico Constitucional*): diario burgués de Francia; aparecía en París desde 1815 hasta 1870; en los años 40, órgano del ala moderada de los orleanistas; en el período de la revolución de 1848 expresaba las opiniones de la burguesía contrarrevolucionaria agrupada en torno de Thiers; después del golpe de Estado de diciembre de 1851, este periódico se hizo bonapartista.—299

158 *Baiser Lamourette* (*El beso de Lamourette*): alusión a un conocido episodio de los tiempos de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. El 7 de julio de 1792, el diputado a la Asamblea Nacional Lamourette propuso poner fin a todas las discordias dentro del partido mediante un beso fraternal. Siguiendo su llamamiento, los representantes de los partidos hostiles se abrazaron mutuamente, pero, como era de esperar, al otro día fue olvidado este falso «beso fraternal».—301

159 *Le Pouvoir* (*El Poder*): periódico bonapartista fundado en París en 1849; apareció con este título desde junio de 1850 hasta enero de 1851.—301

160 Según el artículo 32 de la Constitución de la República Francesa, se debía formar, durante los descansos entre las sesiones de la Asamblea Legislativa, una comisión permanente de veinticinco miembros electivos más los del secretariado de la Asamblea. La Comisión tenía derecho, en caso de necesidad, a convocar la Asamblea Legislativa. En 1850 esta Comisión se componía, de hecho, de treinta y nueve personas: once del secretariado, tres cuestores y veinticinco miembros elegidos.—302

161 Se trata del gabinete de ministros proyectado por los legitimistas y constituido por de Lévis, Saint-Priest, Berryer, Pastoret y D'Escars para el caso de que el conde de Chambord subiera al poder.—302

162 Se refiere al denominado *Manifiesto de Wiesbaden*, circular que redactó el 30 de agosto de 1850 en Wiesbaden el secretario de la fracción legitimista en la Asamblea Legislativa, De Barthelemy, por encargo del conde de Chambord. En esta circular se determinaba la política de los legitimistas para el caso de que subieran al poder; el conde de Chambord declaraba que «rechazaba oficial y *rotundamente* todo llamamiento al pueblo, ya que tal llamamiento implicaba la renuncia al gran principio nacional de una monarquía hereditaria». Esta declaración motivó una polémica en la prensa con motivo de la protesta de una serie de monárquicos encabezados por el diputado La Rochejaquelein.—303

163 En el trabajo de Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se hace el resumen de la revolución de 1848 y 1849 en Alemania y, desde las posiciones del materialismo histórico, se ofrece un profundo análisis de sus premisas, etapas fundamentales de su desarrollo y posiciones de las diversas clases y partidos. En él se despliegan los principios tácticos de la lucha revolucionaria del proletariado y están echadas las bases de la doctrina marxista de la insurrección armada.

La serie de artículos *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se imprimió en el *New-York Daily Tribune* de 1851 a 1852 y fue escrita por Engels a petición de Marx, ocupado por entonces en hacer investigaciones económicas. Se publicó en el *Tribune* con la firma de Marx, que era el correspondiente oficial del periódico; hasta 1913, y eso con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, no se supo que este trabajo lo había escrito Engels.—307

164 *The Tribune*: título abreviado del periódico progresista burgués *The New-York Daily Tribune* (*Tribuna Diaria de Nueva York*), que apareció de 1841 a 1924. Marx y Engels colaboraron en él desde agosto de 1851 hasta marzo de 1862.—309, 398, 520

165 *La tarifa proteccionista de 1818*: abolición de los aranceles internos en el territorio de Prusia.—311

166 *Zollverein* (La Liga aduanera), fundada en 1834 bajo los auspicios de Prusia, agrupaba a casi todos los Estados alemanes; una vez establecida una frontera aduanera común, contribuyó en lo sucesivo a la unión política de Alemania.—311, 522

167 La insurrección de los tejedores de *Silesia*, del 4 al 6 de junio de 1844, primera gran lucha de clase del proletariado y la burguesía de Alemania, y la insurrección de los obreros *checos* en la segunda mitad de junio de 1844 fueron aplastadas sin piedad por las tropas gubernamentales.—313

168 *La Dieta de la Unión*: órgano central de la Unión Alemana con sede en Francfort del Meno; fue un instrumento de la política reaccionaria de los gobiernos alemanes.—315

169 La denominada *Liga arancelaria* (*Steuerverein*) se formó en mayo de 1834, integrada por los Estados alemanes de Hannover, Braunschweig, Oldemburgo y Schaumburgo-Lippe, interesados en el comercio con Inglaterra. Para 1854, esta alianza separada se deshizo, y sus participantes se adhirieron a la Liga aduanera (véase la nota 166).—315

170 En el Congreso de Viena de 1814-1815, Austria, Inglaterra y la Rusia zarista, que encabezaban a la reacción europea, recortaron el mapa de Europa con el fin de restaurar las monarquías legítimas en contra de los intereses de unión nacional e independencia de los pueblos.—315

171 En julio de 1830 se produjo en Francia una revolución burguesa que fue seguida de insurrecciones en una serie de países europeos: Bélgica, Polonia, Alemania e Italia.—316

172 *La Joven Alemania*: grupo literario que apareció en los años 30; reflejaba en sus obras artísticas y periodísticas los estados de ánimo oposicionistas de la pequeña burguesía y propugnaba la defensa de la libertad de conciencia y de prensa.—317

173 *Berliner politisches Wochenblatt* (*Semanario Político Berlinés*): órgano extremadamente reaccionario que se editaba desde 1831 hasta 1841 con

la participación de varios representantes de la escuela histórica del derecho.—318

174 *Escuela histórica del derecho*: corriente reaccionaria en las ciencias históricas y jurídicas que apareció en Alemania a fines del siglo XVIII.—318

175 *Rheinische Zeitung für Politik, Handel und Gewerbe* (*Periódico del Rin sobre política, comercio e industria*): diario que aparecía en Colonia desde el 1 de enero de 1842 hasta el 31 de marzo de 1843. A partir de abril de 1842 colaboró en este periódico Marx, y desde octubre del mismo año fue uno de sus redactores.—320, 517

176 *Comités unidos*: órganos estamentales consultivos de Prusia que se elegían por las Dietas provinciales entre sus componentes.—320

177 *Seehandlung* (*El comercio marítimo*): sociedad de comercio y crédito fundada en 1772 en Prusia. Gozaba de una serie de importantes privilegios estatales y concedía grandes préstamos al gobierno.—321

178 *Dieta Unida*: Asamblea unida de las dietas estamentales de las provincias, convocada en Berlín en abril de 1847 para garantizar al rey un empréstito exterior. Por la renuncia del rey a satisfacer las exigencias políticas más modestas de la mayoría burguesa de la Dieta, esta última se negó a garantizar el empréstito, por lo que en junio del mismo año el rey la disolvió.—322

179 Alusión a las obras de los representantes del socialismo alemán o «verdadero», corriente reaccionaria que se extendió en Alemania en los años 40 del siglo XIX principalmente entre la intelectualidad pequeñoburguesa.—323, 496

180 *Partido de Gotha*: se fundó en junio de 1849 por representantes de la gran burguesía contrarrevolucionaria y de los liberales de derecha; se proponía agrupar a toda Alemania, excepción hecha de Austria, bajo los auspicios de la Prusia de los Hohenzollern.—325

181 «*Catolicismo alemán*»: movimiento religioso que surgió en 1844 y abarcó a grandes sectores de la burguesía media y pequeña; estaba encauzado contra las manifestaciones extremas de misticismo y gazmoñería en la Iglesia católica. Al rechazar la primacía del papa de Roma y de numerosos dogmas y ritos de la Iglesia católica, los «católicos alemanes» pretendían adaptar el catolicismo a los menesteres de la burguesía alemana.

«*Congregacionalismo Libre*»: se separó de la Iglesia protestante oficial en 1846. Esta oposición religiosa fue una de las formas de manifestación del descontento de la burguesía alemana en los años 40 del siglo XIX por el régimen reaccionario de Alemania. En 1859, el «Congregacionalismo Libre» se fundió con el de «católicos alemanes».—326

182 *Unitarios* o antitrinitarios: representantes de la corriente religiosa que surgió en el siglo XVI en Alemania y reflejaba la lucha de las masas populares y de la parte radical de la burguesía contra el régimen y la Iglesia feudales. En Inglaterra y América, el unitarismo penetró a raíz del siglo XVII. La doctrina del unitarismo colocaba en el siglo XIX en primer plano los momentos ético-morales de la religión, pronunciándose contra su aspecto exterior, ritual.—326

183 Hasta agosto de 1806 Alemania entraba en el denominado Sacro Imperio Romano de la nación alemana, fundado en el siglo X; era una unión de principados feudales y ciudades libres que reconocían el poder supremo del emperador.—326

184 La consigna de una República Alemana única e indivisible fue lanzada ya en vísperas de la revolución por Marx y Engels.—327

185 Se trata de la denominada *primera guerra del opio* (1839-1842): guerra de rapiña de Inglaterra contra China que puso comienzo a la conversión de China en un país semicolonial.—328

186 En febrero-marzo de 1846 estalló simultáneamente con la insurrección de liberación nacional en Cracovia una gran sublevación campesina en la Galicia rutena que las autoridades austríacas utilizaron para aplastar el movimiento insurreccional de la nobleza inferior. Luego de sofocar la insurrección en Cracovia, el Gobierno austríaco aplastó asimismo la insurrección campesina en la Galicia rutena.—329

187 Se trata de la guerra de liberación nacional del pueblo italiano contra la dominación austríaca en 1848 y 1849. La traicionera conducta de las clases dominantes italianas, que temían la unión de Italia por vía revolucionaria, condujo a la derrota en la lucha contra Austria.—336

188 El 26 de agosto de 1848 se concertó en Malmoe el armisticio entre Dinamarca y Prusia que, bajo la presión de las masas populares, se vio obligada a tomar parte en la guerra al lado de los insurrectos de Schleswig y Holstein, que luchaban por la unión con Alemania contra la dominación danesa. Al llevar una guerra aparente contra Dinamarca, Prusia concluyó con ella un vergonzoso armisticio por siete meses que, en septiembre, fue ratificado por la Asamblea Nacional de Francfort. La guerra se reanudó en marzo de 1849. Sin embargo, en julio de 1850 Prusia concluyó un contrato pacífico con Dinamarca, lo que permitió a la última derrotar a los sublevados.—344

189 Se refiere a las fronteras entre Polonia hasta la primera división de 1772, cuando una gran parte de su territorio quedó dividido entre Rusia, Prusia y Austria-Hungría.—346

190 *Guerras de los husitas*: guerras de liberación nacional del pueblo checo entre 1419 y 1437 contra los señores feudales alemanes y la Iglesia católica; deben su denominación al dirigente de la Reforma checa Jan Hus (1369-1415).—348

191 En el presente artículo Engels trata del movimiento nacional de los pueblos que integraban por entonces el Imperio austríaco (checos, eslovacos, croatas y otros). Marx y Engels, que trataron siempre la cuestión nacional desde el punto de vista de los intereses de la revolución, simpatizaron ardientemente con su lucha, cuando en ella eran fuertes las tendencias democrático-revolucionarias. Cuando en este movimiento prevalecieron los elementos burgueses-terratenientes de derecha y el movimiento nacional de estos pueblos lograron utilizarlo las fuerzas monárquicas reaccionarias contra la revolución alemana y húngara, Marx y Engels cambiaron de actitud con él. «Por eso y sólo por eso Marx y Engels estaban en contra del movimiento nacional de los checos y los eslavos del sur»— escribió Lenin.

A la par con la apreciación adecuada del papel objetivo de los movimientos nacionales de los pueblos eslavos de Austria, en las condiciones concretas de 1848-1849, en el trabajo de Engels hay también varias afirmaciones erróneas respecto a los destinos históricos de estos pueblos. Engels despliega la idea de que estos pueblos ya no son capaces de existencia nacional independiente y que serán ineludiblemente absorbidos por el vecino más fuerte. Esta deducción de Engels se explica principalmente por la opinión general que tenía por entonces de los destinos

históricos de los pueblos pequeños. Engels creía que el curso de la historia, cuya tendencia fundamental en el capitalismo es la centralización y la constitución de grandes Estados, llevaría a la absorción de los pueblos pequeños por naciones mayores. Al señalar acertadamente la tendencia, propia del capitalismo, a la centralización y a la formación de grandes Estados, Engels no tuvo en cuenta otra tendencia: la lucha de los pueblos pequeños contra la opresión nacional, por su independencia, y la aspiración de los mismos a organizar su propio Estado. A medida que se iban incorporando las grandes masas populares a la lucha de liberación nacional, conforme iba aumentando su grado de conciencia y organización, los movimientos de liberación nacional de los pueblos pequeños, incluidos los eslavos de Austria, adquirían un carácter más y más democrático y progresivo y llevaban a ampliar el frente de la lucha revolucionaria. Como ha mostrado la historia, los pueblos eslavos pequeños que antes integraban el Imperio austríaco no sólo mostraron su capacidad de desarrollo nacional independiente, así como de crear su propio Estado, sino que salieron a las filas de los constructores del régimen social más avanzado.—348

192 El *Congreso eslavo*, que se reunió en Praga el 2 de junio de 1848, mostró la presencia de dos tendencias en el movimiento nacional de los pueblos eslavos, oprimidos por el Imperio de los Habsburgo. No pudo llegar a un punto de vista único sobre la solución del problema nacional. Parte de los delegados del Congreso, que pertenecían al ala radical y habían participado activamente en la insurrección de Praga de 1848, fue sometida a crueles represiones. Los representantes del ala liberal moderada que habían quedado en Praga declararon el 16 de junio que las sesiones del Congreso se aplazaban por tiempo indefinido.—349

193 La manifestación masiva que los cartistas convocaron para el 10 de abril de 1848 en Londres a fin de entregar al Parlamento una petición de que se aprobase la Carta del Pueblo fracasó debido a la indecisión y las vacilaciones de sus organizadores. El fracaso de la manifestación fue utilizado por las fuerzas de la reacción para emprender la ofensiva contra los obreros y reprimir a los cartistas.—352

194 *El 15 de mayo de 1848*, el rey napolitano Fernando II aplastó la insurrección popular, disolvió la guardia nacional, dispersó el Parlamento y anuló las reformas introducidas bajo la presión de las masas populares en febrero de 1848.—352

195 Las *reglas provisionales de la prensa*, publicadas por el Gobierno austríaco el 1 de abril de 1848, exigían depositar una considerable suma como garantía para obtener el derecho a publicar periódicos.—356

196 *La Constitución del 25 de abril de 1848* fijaba una alta cuota de propiedad y largo período de residencia en el lugar dado para las elecciones a la Dieta, instituía dos cámaras: la inferior y el senado, conservaba las instituciones estamentales representativas y concedía al emperador el derecho a derogar las leyes aprobadas por las cámaras.—356

197 *La Ley electoral del 8 de mayo de 1848* privaba del derecho electoral a los obreros, jornaleros y criados. Parte de los senadores era designada por el Emperador, y la otra parte se elegía mediante votaciones de dos etapas entre los mayores contribuyentes. Las elecciones a la Cámara inferior eran también de dos etapas.—356

198 *Legión Académica*: organización civil militarizada compuesta de estudiantes de opiniones radicales de la Universidad de Viena.—356

199 *Wiener Zeitung*: título abreviado del periódico oficial del gobierno *Oesterreichische Kaiserische Wiener Zeitung* (*Periódico Imperial Austríaco de Viena*); con este título salía desde 1780.—358

200 *Junto a Vilagos*, el ejército húngaro, mandado por Görhey, se rindió el 13 de agosto de 1849 a las tropas zaristas enviadas para aplastar la insurrección húngara.—364

201 *Escuelas de Lancaster*: escuelas primarias para hijos de padres pobres, en las que se aplicaba el sistema de enseñanza mutua; llevaban el nombre del pedagogo inglés José Lancaster (1778-1831).—366

202 En 1636, John Hampden, luego uno de los dirigentes destacados de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, se negó a pagar el «impuesto naval», no aprobado por la Cámara de los Comunes. El juicio incoado contra él contribuyó a que aumentase la oposición contra el absolutismo en la sociedad inglesa.

La negativa de los norteamericanos, en 1766, a pagar el impuesto del timbre, introducido por el Gobierno inglés, y la táctica de boicotear las mercancías inglesas a comienzos de los años 70 del siglo XVIII fue el prólogo de la guerra de la independencia de las colonias norteamericanas contra Inglaterra (1775-1783).—369

203 Alusión al motín contrarrevolucionario de la *Vandée* (provincia occidental de Francia), levantado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos atrasados de esta provincia para luchar contra la revolución francesa.—373, 491

204 El 21 de marzo de 1848, a iniciativa de los ministros burgueses de Prusia, se organizó en Berlín un solemne cortejo real acompañado de manifestaciones en pro de la unificación de Alemania. Federico Guillermo IV pasó por las calles de Berlín con un brazalete negro, rojo y dorado, símbolo de la Alemania unida, y pronunció discursos seudopatrióticos.—379

205 Se refiere a la conferencia convocada para revisar la denominada Constitución imperial. Como resultado de la conferencia, el 26 de mayo de 1849 se concluyó un convenio («unión de los tres reyes») entre los monarcas de Prusia, Sajonia y Hannover. La «unión» era una tentativa de la monarquía prusiana de lograr la hegemonía en Alemania, ya que el regente del Imperio debía ser el rey de Prusia. No obstante, bajo la presión de Austria y Rusia, Prusia se vio obligada a retroceder y, ya en noviembre de 1850, a renunciar a la «unión».—382

206 En *la catedral de San Pablo*, de Francfort del Meno, se celebraron reuniones de la Asamblea Nacional Alemana desde el 18 de mayo de 1848 hasta el 30 de mayo de 1849.—393

207 El último artículo de esta serie no se publicó en el *New York Daily Tribune*. En la edición inglesa de 1896, preparada para la prensa por Eleonora Marx-Eveling, hija de Carlos Marx, así como en varias ediciones subsiguientes, se insertó como último artículo el de Engels, que no se incluía en esta serie y llevaba por título *El reciente proceso de Colonia* (véase el presente tomo, págs. 397—403).—396

208 En septiembre de 1851 se practicaron en Francia detenciones entre los miembros de las comunidades locales pertenecientes a la fracción de Willich-Schapper, desgajada de la Liga de los Comunistas en septiembre de 1850. La táctica pequeñoburguesa de las confabulaciones, adoptada por esta minoría, permitió a la policía francesa, y a la prusiana también,

con la ayuda del provocador Cherval, que encabezaba una de las comunas parisienses, amañar una causa sobre la así denominada confabulación alemana-francesa. En febrero de 1852, los detenidos fueron condenados por acusación de haber preparado un golpe de Estado. Fracasaron rotundamente las tentativas de la policía prusiana de imputar a la Liga de los Comunistas, dirigida por Marx y Engels, el haber participado en la confabulación.—399

209 El trabajo de Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* escrito basándose en el análisis concreto de los sucesos revolucionarios de Francia entre 1848 y 1851, es una de las obras más importantes del marxismo. En este trabajo cobraron su desarrollo sucesivo todas las tesis fundamentales del materialismo histórico: la teoría de la lucha de clases y de la revolución proletaria y la doctrina del Estado y de la dictadura del proletariado. Es de excepcional importancia la conclusión que hace Marx en el problema de la actitud del proletariado ante el Estado burgués. «Todas las revoluciones han perfeccionado esta máquina —dice—, en lugar de romperla» (pág. 488).

En el trabajo *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* obtuvo ulterior desarrollo el problema del campesinado como aliado de la clase obrera en la presente revolución, se puso en claro el papel de los partidos políticos en la vida de la sociedad y se ofrece una profunda caracterización de la esencia del bonapartismo.—404, 409

210 La *Columna de Vendôme* fue erigida en 1806-1810 en París en memoria de las victorias de la Francia Napoleónica; se fundió con el bronce de los cañones enemigos y está coronada con una estatua de Napoleón. El 16 de mayo de 1871, según disposición de la Comuna de París, la Columna de Vendôme fue derribada; en 1875 fue restablecida por la reacción.—405, 498

211 J. C. L. Simonde de Sismondi. *Études sur l'économie politique*. T. I, París, 1837, pág. 35 (*Estudios sobre la Economía Política*).—406

212 El *2 de diciembre de 1851*: día del golpe de Estado contrarrevolucionario que llevaron a cabo en Francia Luis Bonaparte y sus partidarios.—406, 410

213 *Renacimiento*: período del desarrollo cultural e ideológico de varios países de Europa occidental y central relacionado con el nacimiento de las relaciones capitalistas. Abarca la segunda mitad del siglo XV y el siglo XVI. Este período se suele relacionar a menudo con el turbulento florecimiento del arte y la ciencia, con el despertar del interés por la cultura del Mundo Antiguo (de donde proviene la propia denominación del período).—407

214 La Segunda República existió en Francia en los años 1848-1852.—407

215 *La Montaña de 1793 a 1795*: grupo revolucionario democrático de la Convención durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.—408

216 Sobre el golpe de Estados del 18 Brumario véase la nota 87. Por «segunda edición del 18 Brumario» Marx entiende el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.—408

217 *Bedlam*: manicomio en Londres.—410

218 El 10 de diciembre de 1848 Luis Bonaparte fue elegido Presidente de la República Francesa por sufragio universal.—410

219 La expresión *«recordar las ollas de Egipto»* procede de una leyenda bíblica: al huir los hebreos de Egipto, algunos de los pusilánimes, asustados por las dificultades del camino y por el hambre, empezaron a evocar los días del cautiverio, donde tenían, por lo menos, comida.—410

220 *Hic Rhodus, hic salta!* (¡Aquí está Rodas, salta aquí!): palabras de una fábula de Esopo que trata de un fanfarrón que, invocando testigos, afirmaba que en Rodas había dado un salto prodigioso. Quienes le escuchaban, contestaron: «¿Para qué necesitamos testigos? ¡Aquí está Rodas, salta aquí!» Lo que, en sentido figurado, quiere decir que lo principal está a la vista, y hay que demostrarlo delante de los presentes.

¡Aquí está la rosa, baila aquí!: paráfrasis de la cita precedente (Ῥόδος es en griego el nombre de la isla y, a la vez, significa «rosa») que dio Hegel en el prefacio del libro *Filosofía del derecho*.—412

221 Según la Constitución francesa de 1848, las elecciones de nuevo presidente debían celebrarse cada cuatro años el segundo domingo del mes de mayo. En mayo de 1852 caducaba el plazo de las funciones presidenciales de Luis Bonaparte.—412

222 *Quiliastas* (del griego «Kilias», mil): predicadores de la doctrina místico-religiosa de la segunda venida de Jesucristo y el establecimiento del «reino milenario» de la justicia, la igualdad y el bienestar generales en la Tierra.—412

223 *Capitolio*: cerro de Roma que es en sí una ciudadela fortificada donde se erigieron los templos de Júpiter, Juno y otros dioses. Según la tradición, en el año 390 antes de nuestra era, durante la invasión de los galos, Roma se salvó únicamente merced a los graznidos de las ocas del templo de Juno que despertaron a la guardia, dormida, del Capitolio.—412

224 Se alude a los denominados «africanistas» o «argelinos». Estos nombres recibían en Francia los generales y oficiales que habían hecho carrera en las guerras coloniales contra las tribus argelinas que luchaban por su independencia. En la Asamblea Nacional Legislativa, los generales africanistas Cavaignac, Lamoricière y Bedeau encabezaban la minoría republicana.—412

225 Según la afirmación del historiador romano Eusebio de Cesarea, el emperador Constantino I vio en el cielo en el año 312, la víspera de la victoria sobre su rival Majencio, una cruz con la inscripción: «in hoc signo vinces» («bajo este signo vencerás»).—416

226 Se alude a la *pitonisa*, sacerdotisa y profetisa del templo de Apolo en Delfos que anunciaba sus profecías, sentada en un trípode junto al templo.—416

227 *Tratados de Viena*: tratados concertados en Viena (mayo-junio de 1815) por los Estados que habían participado en las guerras napoleónicas (véase la nota 170).—417

228 La *Carta Constitucional* fue aprobada después de la revolución burguesa de 1830 en Francia. Era la ley fundamental de la monarquía de Julio. Proclamaba formalmente los derechos soberanos de la nación y restringía un tanto el poder del monarca.—419

229 *Clichy*: cárcel de París donde se recluía a los deudores insolventes (desde 1826 hasta 1867).—421, 458

230 *Pretorianos*: denominación que se daba en la Roma antigua a la guardia personal privilegiada de los jefes militares o del emperador; participaban

siempre en los motines interiores y llevaban a menudo al trono a personeros suyos. Aquí se trata de la Sociedad del 10 de diciembre (véase el presente tomo, págs. 453—455).—423

231 Se alude a la participación conjunta del Reino napolitano y Austria en la intervención contra la República Romana en mayo-julio de 1849.—423

232 Marx se refiere a los siguientes hechos de la biografía de Luis Bonaparte: en 1832 Luis Bonaparte adoptó la nacionalidad suiza en el cantón de Thurgau; en 1848, durante su estancia en Inglaterra, se hizo voluntariamente constable especial (en Inglaterra, reserva policíaca entre la población civil).—423

233 El emperador romano Calígula (37-41) fue elevado al trono por la guardia pretoriana.—426

234 Se llamaban *cuestores* en la Asamblea Legislativa a los encargados de administrar la hacienda pública y velar por su seguridad (por analogía con los cuestores de la Roma antigua). El proyecto de ley sobre la concesión al presidente de la Asamblea Nacional del derecho de llamar a las tropas fue presentado por los cuestores realistas Le Flô, Baze y Panat el 6 de noviembre de 1851, y tras de suscitar violentos debates, fue rechazado el 17 de noviembre.—427

235 *Constitucionalistas*: partidarios de la monarquía constitucional, representantes de la gran burguesía, estrechamente ligada al poder monárquico, y de la aristocracia liberal.

Girondinos: agrupación política burguesa del período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Expresaban los intereses de la burguesía moderada, vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y seguían la senda de las componendas con la monarquía. Debían su denominación al departamento de la Gironda, representado por muchos dirigentes de la agrupación en la Asamblea Legislativa y la Convención.

Jacobinos: agrupación política de la burguesía del período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Representaban el ala izquierda de la burguesía francesa y defendían con energía y consecuencia la necesidad de acabar con el feudalismo y el absolutismo.—428

236 *Fronda*: movimiento aristocrático burgués desplegado en Francia contra el absolutismo entre 1648 y 1653. Los nobles, dirigentes del movimiento, con el apoyo de sus séquitos y de tropas extranjeras, utilizaban en provecho propio las insurrecciones campesinas y los movimientos democráticos de las ciudades que estallaban por entonces.—429

237 *Gorro frigio*: gorro encarnado de los antiguos frigios. Posteriormente sirvió de modelo para el gorro que usaron los jacobinos.—429

238 *Jericó*: según la leyenda bíblica, primera ciudad que ocuparon los hebreos al entrar en Palestina. Las murallas de la ciudad cayeron a causa de las trompetas de quienes la sitiaban.—436

239 Alusión a los planes de Luis Bonaparte de recibir la corona real de Francia de manos del papa Pío IX. Según la Biblia, David, rey de Israel, fue ungido para el trono por el profeta Samuel.—439

240 Batalla de *Austerlitz* (Moravia), dada el 2 de diciembre (20 de noviembre) de 1805. En ella Napoleón I venció a las tropas ruso-austríacas.—439

241 Alusión al libro de Luis Bonaparte *Des idées napoléoniennes* (*Las ideas napoleónicas*), aparecido en París en 1839.—444, 492

242 Según la ley de prensa, aprobada por la Asamblea Legislativa en julio de 1850, se aumentó considerablemente la suma que los editores de periódicos debían depositar en rehenes y se introdujo el impuesto del timbre, que se extendía asimismo a los folletos.—450

243 Alusión a dos hechos de la biografía de Luis Bonaparte: el 30 de octubre de 1836 intentó levantar una sublevación en Estrasburgo con el apoyo de dos regimientos de artillería. Los sublevados fueron desarmados, y el propio Luis Bonaparte detenido y deportado a América. El 6 de agosto de 1840 intentó sublevarse de nuevo con las tropas de la guarnición de Boulogne, después de cuyo fracaso fue condenado a prisión perpetua, pero huyó a Inglaterra en 1846.—453

244 Se alude a los periódicos de tendencia bonapartista; la denominación procede del palacio del Elíseo, residencia de Luis Bonaparte en París durante el período de su presidencia.—456

245 Marx utiliza aquí, para un juego de palabras, unos versos de la poesía de Schiller *La alegría*, en la que se canta la alegría, hija de Elíseo o de los Campos Elíseos (sinónimo de paraíso entre los autores antiguos). Los Campos Elíseos son también el nombre de una avenida de París, en la que se encontraba la residencia de Luis Bonaparte.—460

246 *Parlamentos*: instituciones judiciales supremas de Francia que existieron hasta la revolución burguesa de fines del siglo XVIII. Registraban las disposiciones reales y gozaban, además, del derecho de recriminación, o sea, del derecho de protesta contra las disposiciones que no correspondían a las costumbres y a la legislación del país.—463

247 *Belle-Isle*: isla en el golfo de Vizcaya, lugar de reclusión de los presos políticos.—466

248 Marx utiliza aquí, no transmitiéndolo con toda exactitud, el siguiente episodio del libro *Deipnosophistae* («*Los banquetes de los sofistas*», de Ateneo, escritor antiguo (s. II-III). El faraón egipcio Tachos, al hacer alusión a la pequeña estatura de Agesilao, rey de Esparta, que había acudido en su ayuda con las tropas a su mando, dijo: «La montaña estaba encinta. Zeus se asustó. Pero la montaña parió un ratón». Agesilao replicó: «Te parezco un ratón, pero algún día te pareceré un león».—468

249 Venecia fue en los años 50 del siglo XIX el lugar de residencia del conde de Chambord, pretendiente legitimista al trono de Francia.—471

250 Se alude a las divergencias tácticas que surgieron en el campo de los legitimistas durante el período de la Restauración. Villèle (partidario de Luis XVIII) se pronunció en pro de la aplicación cautelosa de medidas reaccionarias; Polignac, partidario del conde d'Artois, coronado en 1824 con el nombre de Carlos X, exigía el restablecimiento completo del orden de cosas anterior a la revolución.

Palacio de las Tullerías, de París: residencia de Luis XVIII; uno de los edificios del palacio, el *Pabellón Marsan*, en el período de la Restauración fue residencia del conde d'Artois.—250

251 *The Economist* (*El Economista*): revista semanal inglesa de economía y política, órgano de la gran burguesía industrial; aparece en Londres desde 1843.—474

252 *Exposición industrial de Londres*: primera exposición mundial de comercio e industria; se celebró entre mayo y octubre de 1851.—478

253 *Le Messager de l'Assemblée* (*El Mensajero de la Asamblea*): diario antibonapartista francés; apareció en París desde el 16 de febrero hasta el 2 de diciembre de 1851.—480

254 El *Parlamento Largo* (1640-1653): parlamento inglés convocado por el rey Carlos I cuando se había iniciado la revolución burguesa, convertido luego en organismo legislativo de ésta. En 1649, el Parlamento condenó a Carlos I a muerte y proclamó la República en Inglaterra; Cromwell lo disolvió en 1653.—483

255 *Cévennes*: zona montañosa de la provincia francesa de Languedoc, donde se alzaron los campesinos en 1702-1705. La insurrección, provocada por las persecuciones a los protestantes, adquirió un acusado carácter antifeudal.—491

256 *El Concilio de Constanza* (1414-1418) fue convocado con el fin de fortalecer el catolicismo cuya unidad había sido quebrantada por el naciente movimiento reformista.—495

257 Se refiere a la regencia de Felipe de Orleáns en Francia entre 1715 y 1723 durante la minoría de edad de Luis XV.—498

258 *La sagrada túnica de Tréveris*: la que vestía supuestamente Cristo al morir crucificado. Se conservaba en la catedral de Tréveris (Alemania Occidental) como reliquia de los católicos. Era objeto de adoración de los peregrinos.—498

259 Los artículos de Marx *La dominación británica en la India* y *Futuros resultades de la dominación británica en la India* son de los mejores que salieron de su pluma sobre el problema nacional y colonial. En estos artículos, tomando como ejemplo la dominación británica en la India, que dispone de colosales riquezas naturales y una antiquísima civilización, Marx muestra los rasgos peculiares del sistema de dominación colonial de los Estados capitalistas sobre los países del Oriente, atrasados en el aspecto económico. Al analizar las etapas más importantes de la conquista y la esclavización colonial de la India por los ingleses, Marx señala que los saqueos y extorsiones cometidos por los colonizadores en la India sirvieron de fuente de enriquecimiento y reforzamiento de la oligarquía de los magnates de la tierra y de los tiburones de la bolsa. en la propia Inglaterra. Llega a la conclusión revolucionaria de que la liberación de la India podía lograrse mediante la revolución proletaria en Inglaterra o la lucha de liberación del propio pueblo hindú contra la dominación de los colonizadores.—499

260 *Mogoles*: conquistadores de origen túrquico procedentes de la parte oriental del Asia Central que invadieron la India a comienzos del siglo XVI y fundaron en 1526, en el Norte de este país, el Imperio de los Grandes Mogoles (así se denominaba la dinastía gobernante de este imperio) que, debido a las continuas luchas intestinas y al reforzamiento de las tendencias separatistas feudales se disgregó prácticamente en la primera mitad del siglo XVIII.—499

261 *Religión de Lingam*: culto a la deidad de Siva extendido particularmente entre la secta india meridional de los lingayates (de *linga*, símbolo de Siva) que no reconoce las diferencias de casta y rechaza los ayunos, los sacrificios y las peregrinaciones.—499

262 *Yaggernat* (Yaganat): una de las encarnaciones del dios hindú Vichnú. Los sacerdotes del templo de Yaggernat obtenían cuantiosos ingresos de las peregrinaciones en masa (estimulando además la prostitución de las bayaderas, residentes en el templo). El culto de Yaggernat se distinguía por la extraordinaria suntuosidad de los ritos y por el extremado fanatismo religioso, que se manifestaba en las flagelaciones y suicidios de los creyentes. Durante las grandes fiestas, algunos de ellos se lanzaban bajo las ruedas de la carroza en que se llevaba la imagen de Vichnú-Yaggernat.—499, 511

263 *Heptarquía* (siete gobiernos): término adoptado en la historiografía inglesa para designar el régimen político de Inglaterra en los albores de la Edad Media, cuando el país estuvo fraccionado en siete reinados anglosajones (del siglo VI al VIII). Marx utiliza aquí, por analogía, este término para designar el fraccionamiento feudal del Decán (India central y meridional) antes de su conquista por los musulmanes.—500

264 *Brahmines*: una de las cuatro castas más antiguas de la India a la que pertenecía primero y fundamentalmente la capa privilegiada de los sacerdotes; posteriormente, lo mismo que otras castas indias, abarcaba, además de los sacerdotes, a gente de diversas profesiones y origen social, sin excluir a los campesinos y artesanos empobrecidos.—500, 510

265 *Compañía de las Indias Orientales*: compañía comercial inglesa que fue instrumento de la política colonial inglesa en la India, China y otros países de Asia. Se fundó en 1600. La ley adoptada en 1853 restringía los derechos monopolistas de la Compañía para dirigir la India. La Compañía fue liquidada definitivamente en 1858.—500, 511

266 La isla de Salsette, situada al Norte de Bombay, tenía fama por sus 109 templos budistas en grutas.—500

267 *El Gran Mogol*: título dado por los gobernantes europeos a los gobernadores del Imperio de los Mogoles (véase la nota 260), que se denominaban a sí mismos padishas.—506

268 *Mahratas*: pueblo indio que ocupó la parte noroccidental del Decán. A mediados del siglo XVII, tras de asestar un rudo golpe al Imperio de los Grandes Mogoles y coadyuvar a su desintegración, los mahratas fundaron su Estado independiente, cuya cúspide feudal no tardó en emprender la senda de las guerras de conquista. A fines del siglo XVII, el Estado de los mahratas quedó debilitado por las luchas feudales intestinas. Desangrados en la lucha por la dominación sobre la India y las discordias internas, los principados mahratas fueron botín de la Compañía de las Indias Orientales, que los sometieron como consecuencia de la guerra anglo-mahrata de 1803-1805.—506

269 *Sistemas de Zamindares y Ryotwares*: dos sistemas de contribución de la tierra introducidos por las autoridades inglesas en la India a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.—507

270 G. Campbell. *Modern India: a Sketch of the System of Civil Government*. London, 1852, págs. 59-60. (G. Campbell. *La India contemporánea: Ensayo del sistema de gobierno civil*. Londres, 1852, págs. 59-60).—510

271 Marx cita el libro de A. Saltykov *Lettres sur l'Inde*. Paris, 1848, p. 61 (*Cartas sobre la India*, etc.). La edición rusa salió en Moscú en 1851.—510

272 *Yates*: grupo de casta en el Norte de la India; en su masa fundamental eran agricultores; pertenecían también a ella representantes de la capa feudal militar.—510

273 El 14 de abril de 1856, en un banquete organizado en Londres en honor del cuarto aniversario del periódico cartista *The People's Paper*, Marx, haciendo uso del derecho que se le concedía de hablar el primero, pronunció un discurso sobre el papel histórico mundial del proletariado. La participación de Marx en el aniversario de *The People's Paper* fue uno de los ejemplos más brillantes de la conexión de los fundadores del comunismo científico con los cartistas ingleses, de la aspiración de Marx y Engels de ejercer influencia ideológica en el proletariado inglés y apoyar a los dirigentes cartistas para hacer resurgir el movimiento obrero en Inglaterra sobre una base nueva, socialista.

The People's Paper (*El periódico del pueblo*): semanario cartista que apareció desde mayo de 1852 hasta junio de 1858 en Londres; Marx y Engels colaboraron en él desde octubre de 1852 hasta diciembre de 1856, ayudando también a redactarlo. En junio de 1858, el periódico pasó a manos de unos hábiles negociantes burgueses.—513, 542

274 La obra de Marx *Contribución a la crítica de la Economía Política* constituye una etapa importante en la formación de la Economía Política marxista. Antes de escribir el libro, Marx dedicó quince años a investigaciones científicas y al estudio de infinidad de publicaciones para elaborar los fundamentos de su teoría económica. Pensaba exponer los resultados de su trabajo en una extensa obra sobre economía. En agosto-septiembre de 1857 comenzó a sistematizar los datos reunidos e hizo el primer borrador de plan de la obra. Luego se ocupó unos meses en redactar con más detalles su plan y decidió publicar la obra por partes. Tras de firmar un contrato previo con el editor berlinés F. Dunker, Marx comenzó a preparar el primer fascículo, que vio la luz en junio de 1859.

Nada más salir el primer fascículo, Marx se dispuso a publicar el segundo, en el que debían reflejarse los problemas del capital. Sin embargo, las investigaciones del problema le impulsaron a modificar el plan inicial de publicar una obra grande. En vez del segundo fascículo y los sucesivos, preparó *El Capital*, en el que incluyó las tesis fundamentales, tras de volver a redactarlas, del libro *Contribución a la crítica de la Economía Política*.—516

275 Se trata de la *Introducción* que Marx escribió, sin llegar a terminarla, para el proyectado voluminoso libro sobre Economía.—516

276 *Allgemeine Zeitung* (*Gaceta General*): diario reaccionario alemán fundado en 1798; desde 1810 hasta 1882 apareció en Augsburgo. En 1842 publicó una falsificación de las ideas del comunismo y del socialismo utópicos, que Marx denunció en su artículo *El comunismo y el «Allgemeine Zeitung» de Augsburgo*.—517

277 Este artículo de Engels es una reseña del libro de Carlos Marx *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Engels lo caracteriza de eminente conquista científica del partido proletario e importante etapa en la elaboración de la concepción científica proletaria del mundo. La reseña quedó sin terminar. Se publicaron sólo sus dos primeras partes. La tercera, en la que Engels se proponía ofrecer un análisis del contenido económico del libro, no apareció impresa debido a que el periódico fue suspendido; el manuscrito no se ha encontrado.—521, 530

278 *Reforma*: amplio movimiento social contra la Iglesia católica que se extendió durante todo el siglo XVI por numerosos países europeos. En la mayoría de países, el movimiento de la Reforma fue acompañado de grandes batallas entre las clases; la guerra campesina de 1524-1525 en Alemania transcurrió bajo el signo ideológico de la Reforma.—521

279 *La guerra de los treinta años* (1618-1648): guerra europea general debida a la lucha entre protestantes y católicos. Alemania se hizo el campo principal de esta lucha y objeto del merodeo y de las pretensiones anexionistas de los beligerantes.—521

280 En el período de 1477 a 1555 Holanda formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico, después de cuya división se vio bajo el dominio de España. Al final de la revolución burguesa del siglo XVI, Holanda se libró de la dominación española y se convirtió en República burguesa independiente.—521

281 *Ciencias camerales*: curso de asignaturas de administración, hacienda, economía y otras que se enseñaba en las universidades medievales, y luego también en las burguesas, de una serie de países europeos.—522

282 *Das Volk* (*El Pueblo*): semanario que aparecía en alemán en Londres desde el 7 de mayo hasta el 20 de agosto de 1859 con la colaboración directa de Marx; desde comienzos de julio Marx fue, de hecho, su director.—523

283 Aquí, alusión irónica a los hegelianos de derecha que ocupaban en los años 30 y 40 del siglo XIX numerosas cátedras de las universidades alemanas y utilizaron su situación para atacar a los representantes de otra dirección más radical en filosofía. Sobre los *diadocos* véase la nota 5.—525

284 Véase *La Ciencia de la Lógica* de Hegel, parte I, sección 2.—526

285 Se trata de la obra concebida por Marx *Crítica de la política y de la Economía Política*.—541

286 Se refiere a la *Sociedad Londinense de Instrucción de los Obreros Alemanes* que tenía sede, en los años 50 del siglo XIX, en la calle Great-Windmill. Esta Sociedad la fundaron en febrero de 1840 C. Schapper, J. Moll y otros afiliados a la Liga de los Justos. Marx y Engels participaron activamente en sus labores en 1849 y 1850. El 17 de septiembre de 1850, ellos y varios adeptos suyos se salieron de esta Sociedad debido a que su mayor parte se puso del lado de la fracción sectaria y aventurera de Willich y Schapper. Cuando en 1864 se fundó la Internacional, esta Sociedad pasó a ser la sección alemana de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en Londres. La Sociedad de Instrucción existió hasta 1918, cuando fue clausurada por el Gobierno inglés.—543

287 Después de la toma de Maguncia por el ejército revolucionario francés, los demócratas republicanos alemanes fundaron en octubre de 1792 en esta ciudad un club denominado de los amigos de la igualdad y la fraternidad. Los miembros de este club de Maguncia hacían propaganda en pro de la destrucción del viejo sistema feudal, de la instauración del régimen republicano y de la incorporación de la orilla izquierda del Rin a la Francia revolucionaria. Sus opiniones no contaron con la simpatía ni el apoyo de la población urbana ni de los campesinos. En julio de 1793, cuando los prusianos tomaron Maguncia, cesó la actividad de los miembros de este club.—543

288 *Condottieri*: jefes de soldados mercenarios en Italia durante los siglos XIV y XV.—544

INDICE DE NOMBRES

A

Agesilao (ap. 442-ap. 358 a. de n.e). rey de Esparta (ap. 399-ap. 358 a. de. n.e.).—468.

Agis I (m. ap. en 399 a. de n.e.): rey de Esparta (ap. 426—ap. 399 a. de n.e.).—468.

Aikin, John (1747-1822): médico y publicista radical inglés.-58.

Ailly, Pierre d' (1350-m. en 1420 ó 1425): cardenal francés; desempeñó importante papel en el Concilio de Constanza.—495.

Albert (auténtico apellido *Martin, Alejandro*) (1815-1895): obrero y socialista francés; en 1848 fue miembro del Gobierno Provisional.—214, 217, 228.

Allais, Luis Pedro Constantino (n. ap. en 1821): agente de la policía francesa.—454, 458.

Alejandro Magno (356-323 a. de n.e.): gran estratega militar y estadista del mundo antiguo. —54, 149, 305, 455.

Alejandro I (1777-1825): emperador ruso (1801-1825).—315.

Alejandro III (1845-1894): emperador ruso (1881-1894).—101.

Anglès, Francisco Ernesto (1807-1861): terrateniente francés, diputado a la Asamblea Legislativa (1850-1851), representante del partido del orden.—475.

Annenkov, Pável Vasílievich (1812-1887): terrateniente liberal y literato ruso.—531.

Augusto (63 a. de n.e.—14 de n.e.): primer emperador romano (27 a. de n.e.—14 de n.e.).—25.

Auerswald, Rodolfo (1795-1866): estadista prusiano, ministro-presidente y ministro de Negocios Extranjeros (junio-septiembre de 1848).—368.

Aurangzeb (1618-1707): padisha (1658-1707) de la dinastía de los Grandes Mogoles en la India.-500.

B

Babeuf, Graco (auténtico apellido *François-Noël*) (1760-1797): revoluçionario francés, destacado

representante del comunismo utópico igualitario, organizador de «la conspiración de los iguales.»—136.

Bailly, Juan Silvano (1736-1793): personalidad de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, uno de los dirigentes de la burguesía liberal constitucionalista.—410.

Bakunin, Mijaíl Alexándrovich (1814-1876): demócrata y publicista ruso, participante de la revolución de 1848-1849 en Alemania; fue uno de los ideólogos del anarquismo; actuó en la I Internacional como enemigo rabioso de del marxismo; en el Congreso de La Haya, en 1872, fue expulsado de la I Internacional por su actividad escisionista.—97, 101, 390.

Balzac, Honorato de (1799-1850): gran escritor realista francés.—498.

Baraguay d'Hilliers, Achille (1795-1878): general francés; durante la Segunda República fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa; en 1851 mandó la guarnición de París; bonapartista.—270, 473.

Barbès, Armand (1809-1870): revolucionario y demócrata pequeñoburgués francés; participó activamente en la revolución de 1848, fue condenado a prisión perpetua por participar en los acontecimientos del 15 de mayo de 1848 y amnistiado en 1854.—250, 291, 513.

Baroche, Pedro Julio (1802-1870): político y estadista francés, representante del partido del orden, después, bonapartista; en 1849 fue fiscal general del Tribunal de Apelación.—291, 448, 459, 463, 467.

Barrot, Odilon (1791-1873): político burgués francés, jefe de la oposición liberal dinástica hasta febrero de 1848; de diciembre de 1848 a octubre de 1849 encabezó el ministerio que se apoyaba en el partido del orden.—206, 214, 234, 235, 244, 245, 246, 248, 249, 250, 251, 263, 269, 272, 274, 425-427, 429, 441, 442, 443, 451, 452, 464, 467, 472, 480.

Bassermann, Federico Daniel (1811-1855): político burgués alemán, diputado a la Asamblea Nacional de Francfort; se adhirió al centro derecha.—371.

Bastiat, Federico (1801-1850): economista vulgar francés.—210.

Bastide, Julio (1800-1879): político burgués y publicista francés; fue uno de los redactores del periódico *National* (1836-1846) y ministro de Negocios Extranjeros (mayo-deciembre de 1848).—238.

Bauer, Bruno (1809-1882): filósofo idealista alemán, uno de los destacados jóvenes hegelianos, radical burgués; después de 1866 fue nacional-liberal.—13, 39, 42.

Baze, Juan Desiderio (1800-1881): abogado y político francés, orleanista.—471, 484.

Beaumarchais, Pedro Augusto (1732-1799): célebre dramaturgo francés.—250.

Bebel, Augusto (1840-1913): destacada personalidad del movimiento obrero alemán e internacional; a partir de 1867 encabezó la Liga de las sociedades obreras alemanas, fue miembro de la I Internacional, diputado al Reichstag, uno de los fundadores y jefes de la socialdemocracia alemana, amigo y compañero de lucha de Marx y Engels; dirigente de la II Internacional.—200.

Bedeau, Alfonso María (1804-1863): general y político francés, republicano burgués moderado; durante la Segunda República fue vicepresidente de las Asambleas Constituyente y Legislativa.—430, 464.

Bem, José (1795-1850): general polaco, participante de la insurrección de 1830-1831; en 1848 tomó parte en la lucha revolucionaria en Viena; fue uno de los dirigentes del ejército revolucionario en Hungría.—361.

Benoist d'Azy, Dionisio (1796-1880): político y financiero francées; de

1849 a 1851 fue vicepresidente de la Asamblea Legislativa; legitimista.—467, 471.

Bernard: coronel francés, encabezó las comisiones militares que castigaron a los participantes de la insurrección de junio de 1848 en París; después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, uno de los organizadores de persecuciones judiciales de los republicanos antibonapartistas.—423.

Berryer, Pedro Antonio (1790-1868): abogado y político francés, legitimista.—273, 433, 448, 465, 472, 474, 477.

Bevan, W.: presidente del Consejo de las tradeuniones de la ciudad Swansea; en 1887 fue presidente del Congreso de las tradeuniones que se celebró en esta ciudad.—104.

Billault, Augusto Adolfo María (1805-1863): político francés, orleanista, desde 1849 fue bonapartista; miembro de la Asamblea Constituyente (1848-1849), ministro del Interior (1854-1858).—467.

Bismarck, Otto, príncipe (1815-1898): estadista y diplomático de Prusia y Alemania, representante de los junkers prusianos, ministro-presidente de Prusia (1862-1871), canciller del Imperio Alemán (1871-1890).—107, 194, 197, 198, 200, 207.

Blanc, Luis (1811-1882): socialista pequeñoburgués e historiador francés; en 1848 fue miembro del Gobierno Provisional y presidente de la Comisión de Luxemburgo; a partir de agosto de 1848, uno de los dirigentes de la emigración pequeñoburguesa en Londres.—139, 214, 217, 225, 226, 228, 234, 235, 246, 259, 290, 308, 408.

Blanqui, Luis Augusto (1805-1881): revolucionario y comunista utópico francés; durante la revolución de 1848 mantuvo la posición de extrema izquierda en el movimiento democrático y proletario francés; fue condenado a encarcelamiento repetidas veces.—226, 250, 288, 290, 291, 414, 513.

Blum, Roberto (1807-1848): demócrata pequeñoburgués alemán, encabezó el ala izquierda en la Asamblea Nacional de Francfort; en octubre de 1948 participó en la defensa de Viena y fue fusilado después de que las tropas contrarrevolucionarias tomaron la ciudad.—366, 367, 375.

Boetticher, Carlos Guillermo (m. en 1868): funcionario prusiano, en la década del 30 fue presidente general de la provincia de Prusia.—544.

Boguslawski, Alberto (1834-1905): general y escritor militar alemán.—206, 207.

Boisguillebert, Pedro (1646-1714): economista francés, predecesor de los fisiócratas, fundador de la economía política burguesa clásica en Francia.—280.

Bonald, Luis Gabriel Ambrosio (1754-1840): político y publicista francés, monárquico.—106, 318.

Bonaparte: véase *Napoleón III*.

Bonaparte, Jerónimo (1784-1860): hermano menor de Napoleón I, rey de Westfalia (1807-1813).—273.

Bonaparte, Napoleón José Carlos Pablo (1822-1891): hijo de Jerónimo Bonaparte, primo de Luis Bonaparte; diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República.—273.

Bonapartes: dinastía imperial francesa de 1804 a 1814, en 1815 y de 1852 a 1870.—273, 278, 279, 489.

Borbones: dinastía real francesa de 1589 a 1792, de 1814 a 1815 y de 1815 a 1830.—257, 273, 424, 431, 468, 471, 489.

Brandenburgo, Federico Guillermo, condee de (1792-1850): genera y estadista prusiano, de noviembre de 1848 a noviembre de 1850 encabezó el ministerio contrarrevolucionario.—368.

Bréa, Juan Bautista Fidel (1790-1848): general francés, reaccio-

nario, participó en el aplastamiento de la insurrección de junio de 1848, fue fusilado por lo sublevados.—259.

Bretano,Lorenzo (1813-1891): demócrata pequeñoburgués de Baden; en 1848 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort, se adhirió al ala izquierda; en 1849 encabezó el Gobierno Provisional de Baden; después de derrotar la insurrección, emigró.—390.

Brigdt, *Juan* (1811-1889): fabricante inglés, uno de los fundadores de la Liga contra las leyes cerealistas; a partir de fines de los 60, uno de los líderes del partido liberal; fue varias veces ministro de gabinetes liberales.—277.

Broglie, *Aquiles Carlos* (1785-1870): estadista francés, primer ministro (1835-1836), diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851), orleanista.—448, 472.

Bruto, *Marco Junio* (ap. 85-42 a. de n.e.): político romano, jefe de la conspiración contra Julio César.—409.

Büchner, *Luis* (1824-1899): filósofo y fisiólogo burgués alemán, representante del materialismo vulgar.—526.

Bugeaud de la Piconnerie, *Tomás Roberto* (1784-1849): mariscal de Francia; en el período de la monarquía de Julio fue miembro de la Cámara de los Diputados, orleanista; en 1848-1849 fue comandante en jefe del ejército alpino, diputado a la Asamblea Legislativa.—245.

C

Cabet, *Esteban* (1788-1856): publicista francés, participante del movimiento político del proletariado de los años 30-40, destacado representante del comunismo utópico pacífico, autor del libro *Viaje a Icaria*.—105, 226.

Calígula (12-41): emperador romano (37-41).—426.

Campbell, *Jorge* (1824-1892): funcionario colonial inglés en la India, autor de una serie de obras sobre la India; miembro del Parlamento, liberal.—510.

Camphausen, *Ludolf* (1803-1890): banquero alemán, uno de los líderes de la burguesía liberal renana; de marzo a junio de 1848 fue ministro-presidente de Prusia.—142, 338, 341, 347, 348, 368.

Capefigue, *Juan Bautista Honorato Remon* (1802-1872): publicista e historiador francés, monárquico.—300.

Carlomagno (ap. 742-814): rey de los francos (768-800) y emperador (800-814).—72, 345.

Carlos, *Alberto* (1798-1849): rey de Piamonte (1831-1849).—255.

Carlos X (1757-1836): rey de Francia (1824-1830).—290.

Carlier, *Pedro* (1799-1858): prefecto de policía de París (1849-1851), bonapartista.—285, 444, 454, 481.

Carnot, *Lázaro Nicolás* (1753-1823): matemático y físico, político y militar francés, republicano burgués; se adhirió a los jacobinos en el período de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia; uno de los organizadores de la defensa de Francia contra la coalición de los Estados europeos.—290, 291.

Carnot, *Lázaro Hipólito* (1801-1888): publicista y político francés, republicano burgués; en 1848 fue miembro del Gobierno Provisional; diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República; después de 1851, uno de los líderes de la oposición republicana al régimen bonapartista.—290, 291.

Catón (*Marco Porcio, el Mayor*) (234-149 a. de n.e.): político y escritor romano.—236.

Caussidière, *Marco* (1808-1861): demócrata pequeñoburgués francés, participante de la insurrección de Lyón (1834); de febrero a junio de 1848 fue prefecto de policía de París, diputado a la Asamblea Constituyente; en junio de 1848 emigró a Inglaterra.—220, 234, 235, 259, 408.

Cavaignac, *Luis Eugenio* (1802-1857): general y político francés, republicano burgúes moderado; desde mayo de 1848 fue ministro de la Guerra que aplastó con extraordinaria crueldad la insurrección de junio del proletariado parisino; de junio a diciembre de 1848, jefe del poder ejecutivo.—230, 233, 237, 238, 240, 241, 242, 243, 244, 247, 248, 253, 254, 255, 260, 263, 353, 418, 422, 423, 424, 430, 465, 476, 484.

César, *Cayo Julio* (ap. 100-44 a. de n.e.): célebre general y estadista romano.—272.

Clive, *Roberto* (1725-1774): gobernador de Bengala (en 1757-1760 y en 1765-1767), empezó a emplear métodos rapaces de la dominación británica colonial en la India.—511.

Cobden, *Ricardo* (1804-1865): fabricante y político burgués inglés, uno de los líderes de los librecambistas y fundadores de la Liga contra las leyes cerealistas.—277.

Constant, *Benjamín* (1767-1830): escritor y político liberal francés.—409.

Constantino (ap. 274-337): emperador romano (306-337).—208.

Cousin, *Víctor* (1792-1867): filósofo idealista y ecléctico francés.—409.

Crémieux, *Adolfo* (1796-1880): abogado y político francés, liberal burgués de los años 40.—214, 253.

Creton, *Nicolás José* (1798-1864): abogado francés, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, orleanista.—279, 469.

Cromwell, *Oliverio* (1599-1658): jefe de la burguesía y de la nobleza aburguesada durante la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra; desde 1653, lord protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda.—409, 483.

Cubières, *Amadeo Luis* (1786-1853): general y estadista francés, orleanista; en 1847 fue degradado por soborno y abuso.—278.

Ch

Chambord, *Enrique Carlos*, conde de (1820-1883): último representante de la rama mayor de los Borbones y nieto de Carlos X, pretendiente al trono de Francia con el nombre de Enrique V.—471.

Changarnier, *Nicolás Ana Teódulo* (1793-1877): general y político burgués francés, monárquico; desde junio de 1848 mandó la guarnición y la Guardia Nacional de París, participó en la disolución de la manifestación del 13 de junio de 1849 en París.—245, 251, 261, 266, 270, 301, 305, 306, 348, 426, 427, 429, 435, 439, 440, 454, 455, 456, 458, 459, 461-465, 467, 468, 473, 475, 480, 482, 484.

Chapman, *John* (1801-1854): publicista inglés, radical burgués, partidario de reformas en la India.—509.

Charras, *Juan Bautista Adolfo* (1810-1865): político y militar francés, republicano burgués moderado; tomó parte en el aplastamiento de la insurrección de junio del proletariado parisiense (1848); combatió a Luis Bonaparte; fue expulsado de Francia.—405, 484.

Cherbuliez, *Antonio Eliseo* (1797-1869): economista suizo, continuador de Sismondi.—73.

Cherval, *Julio* (auténtico apellido *Kremer*, *José*): agente provocador de la policía prusiana que penetró en las filas de la Liga de los Comunistas; uno de los acusados en la causa del llamado complot alemano-francés de febrero de 1852 en París; huyó de la cárcel con la ayuda de la policía.—400.

D

Dahlmann, *Federico Cristóbal* (1785-1860): historiador y político alemán, liberal; en 1848-1849 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort; se adhirió al centro de derecha.—324.

Dante Alighieri (1265-1321): gran poeta italiano.—520.
Danton, Jorge Jacobo (1759-1794): destacada figura de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, jefe del ala derecha de los jacobinos.—408, 409.
Darwin, Carlos Roberto (1809-1882): eminente naturalista inglés y fundador de la biología científica evolucionista.—103.
De Flotte, Pablo (1817-1860): oficial de marina francés, partidario de Blanqui, participante activo de los acontecimientos del 15 de mayo y de la insurrección de junio de 1848 en París, diputado a la Asamblea Constituyente (1850-1851).—290, 291, 448.
De Maistre, José (1753-1821): escritor francés, uno de los ideólogos de la reacción aristocrática y clerical, enemigo rabioso de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.—319.
Demóstenes (384-322 a. de n.e.): notable orador y político de la Antigua Grecia.—273.
Desmoulins, Camilo (1760-1794): publicista francés, personalidad de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, jacobino de derecha.—409.
Dietz, Oswald (ap. 1824-1864): arquitecto alemán, participante de la revolución de 1848-1849; emigró a Londres; fue miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas, después de la escisión de ésta, se adhirió a la fracción sectaria aventurera de Willich Schapper; más tarde, participante de la Guerra civil en los EE.UU. al lado de los del Norte.—399.
Diocleciano (ap. 245-313): emperador romano (284-305).—208.
Doblhoff, Antonio (1800-1872): estadista austríaco, liberal moderado; en mayo de 1848 fue ministro de Comercio y, de julio a octubre de este año, ministro del Interior.—357.
Duclerc, Carlos Teodoro Eugenio (1812-1888): político francés, miembro de la redacción del periódico *National* (1840-1846).—253.
Duchâtel, Carlos (1803-1867): estadista francés, orleanista, ministro del Interior (1839-1840 y 1840-febrero de 1848).—471.
Dufaure, Julio Armando Estanislao (1798-1881): político burgués francés, orleanista; en 1848 fue diputado a la Asamblea Constituyente, de octubre a diciembre de 1848, ministro del Interior en el Gobierno de Cavaignac.—278.
Duncker, Francisco (1822-1888): político burgués y editor alemán.—521.
Dupin, Andrés María Juan Jacobo (1783-1865): jurisconsulto y político francés, orleanista, presidente de la Asamblea Legislativa (1849-1851); más tarde, bonapartista.—299, 454, 458, 459.
Dupont de L'Eure, Jacobo Carlos (1767-1855): político francés, liberal; participante de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia y de la revolución de 1830; en 1848 fue presidente del Gobierno Provisional.—214.
Duprat, Pascal (1815-1885): periodista francés, republicano burgués; diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República; combatió a Luis Bonaparte.—460, 461.

E

Eichhorn, Juan Alberto Federico (1779-1856): estadista prusiano, ministro de Cultos, Instrucción Pública e Higiene de Prusia (1840-1848).—326.
Eisenmann, Godofredo (1795-1867): publicista alemán, diputado a la Asamblea Nacional de Francfort, se adhirió al centro y, luego, al ala izquierda.—316.
Engels, Federico (1820-1895) (datos biográficos): 5, 6, 65, 74, 78, 81, 86, 100-104, 105-107, 109, 111, 113, 131, 135, 138-140, 145, 152, 165, 178, 179, 183, 190, 208, 213, 278, 283, 292, 396, 403, 519, 530, 542, 543.

Enrique II de Lorena, duque de *Guisa* (1614-1664): uno de los dirigentes de la Fronda.—497.
Enrique V: véase *Chambord, Enrique Carlos*, 302, 452, 470, 471, 474.
Enrique VI (1421-1471): rey de Inglaterra de 1422, a 1461.—433, 468.
Enrique VIII (1491-1547): rey de Inglaterra de 1509 a 1547.—55.
Enrique LXXII Reuss-Lobenstein-Ebersdorf (1797-1853): príncipe reinante (1822-1848) del Estado enano de Reuss, línea menor.—377.

F

Falloux, Alfredo (1811-1886): político francés, legitimista y clerical; en 1848 inspiró la disolución de los talleres nacionales y el aplastamiento de la insurrección de junio en París; de 1848 a 1849 fue ministro de Instrucción Pública.—245, 254, 264, 274, 429, 440, 443, 472, 474.
Faucher, León (1803-1854): político burgués francés, orleanista, economista maltusiano y ministro del Interior de diciembre de 1848 a mayo de 1849 y en 1851; más tarde, bonapartista.—210, 449, 467.
Federico Augusto II (1797-1854): rey de Sajonia (1836-1854).—384.
Federico II el Grande (1712-1786): rey de Prusia (1740-1786).—204.
Federico Guilermo III (1770-1840): rey de Prusia (1797-1840).—318.
Federico Guillermo IV (1795-1861): rey de Prusia (1840-1861).—319, 337, 368, 379, 380.
Fernando I (1793-1875): emperador de Austria (1835-1848).—356, 366.
Fernando II (1810-1859): rey de Nápoles (1830-1859), llamado el rey Bomba por el bombardeo de Mesina en 1848.—352.
Ferrier, Francisco Luis Augusto (1777-1861): economista vulgar de la burguesía francesa.—522.
Feuerbach, Ludwig (1804-1872): gran filósofo materialista alemán del período premarxista.—5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 23, 24, 25, 42-44, 65, 525, 526.
Fleury, Carlos (auténtico apellido *Krause, Carlos Federico Augusto*) (n. en 1824): mercader en Londres, espía y agente de policía prusiana.—400, 401, 402.
Flocon, Fernando (1800-1866): político y demócrata pequeñoburgués francés, uno de los redactores del periódico *Réforme*; en 1848 fue miembro del Gobierno Provisional.—214.
Fouché, José (1759-1820): personalidad de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, jacobino, ministro de la Policía en el Gobierno de Napoleón I; se caracterizó por un desprecio extremo a los principios.—285.
Fould Aquiles (1800-1867): banquero francés, orleanista y, luego, bonapartista; en 1849-1867 fue varias veces ministro de Hacienda.—223, 237, 248, 278, 279, 444, 463, 474.
Fourier, Carlos (1772-1837): gran socialista utópico francés.—137, 138, 531, 541.
Fouquier-Tinville, Antonio Quintín (1746-1795): destacada personalidad de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, en 1793 fue fiscal público del Tribunal revolucionario.—275.
Francisco I (1768-1835): emperador de Austria (1804-1835).—331, 334.
Francisco José I (1830-1916): emperador de Austria (1848—1916).—373.
Fröbel, Julio (1805-1893): publicista alemán y editor de libros progresistas, radical pequeñoburgués y más tarde, liberal: participó en la revolución de 1848-1849 en Alemania, fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort y se adhirió al ala izquierda.—366.

G

Gervinus, Jorge Gotfredo (1805-1871): historiador burgués alemán, li-

beral; en 1848 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort.—325.

Girardin, Delfina de (1804-1855): escritora francesa, esposa de Emilio de Girardin.—461, 498.

Girardin, Emilio de (1806-1881): publicista y político burgúes francés; director del periódico *La Presse*; antes de la revolución de 1848 formó parte de la oposición al Gobierno de Guizot; durante la revolución fue republicano burgués, diputado a la Asamblea Legislativa(1850-1851), más tarde, bonapartista.—299.

Giraud, Carlos José Bartolomé (1802-1881): jurisconsulto francés, monárquico, ministro de Instrucción Pública (1851).—481.

Goethe, Juan Wolfgang (1749-1832): gran escritor y pensador alemán.—24, 413, 505.

Görgey, Arturo (1818-1916); insigne militar de la revolución húngara de 1848-1849, comandante en jefe del ejército de Hungría (de abril a junio de 1849).—364.

Goudchaux, Miguel (1797-1862): banquero y republicano burgués francés; en 1848 fue ministro de Hacienda del Gobierno Provisional.—235.

Gracos (hermanos) *Tiberio Sempronio* (163-133 a. de n.e.) y *Gayo Sempronio* (153-121 a. de n.e.): tribunos de la plebe en la Antigua Roma; lucharon por la aplicación de las leyes agrarias en beneficio de los campesinos.—409.

Grandin, Víctor (1797-1849): fabricante francés, miembro de la Cámara de Diputados (1839-1848): en el período de la Segunda República fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa, ocupó las posiciones conservadoras extremas.—210.

Granier de Cassagnac, Adolfo (1806-1880): periodista francés, político sin principios, orleanista hasta 1848, luego, bonapartista; en el período del Segundo Imperio fue diputado al Cuerpo Legislativo.—299, 498.

Greif: oficial de policía prusiano, a comienzos de la década del 50 del siglo XIX fue uno de los dirigentes de los agentes prusianos en Londres.—400, 402.

Grün, Karlos (1817-1887): publicista pequeñoburgués alemán; a mediados de los años 40 fue uno de los principales representantes del llamado «socialismo verdadero.»—135.

Guillermo I (1781-1864): rey de Wurtemberg (1816-1864).—385.

Guillermo I (1797-1888): príncipe y rey de Prusia (1861-1888), emperador de Alemania (1871-1888).—198, 318, 401.

Guinard, Augusto José (1799-1874): demócrata pequeñoburgués francés, participante activo en las manifestaciones del partido de la Montaña del 13 de junio de 1849.—291.

Guisa, duque de: véase *Enrique II de Lorena.*

Guizot, Francisco Pedro Guillermo (1787-1874): historiador burgués y estadista francés; desde 1840 hasta 1848 realizó de hecho la política interior y exterior de Francia.—210, 214, 230, 238, 244, 251, 269, 274, 409, 420, 471, 472, 498, 517.

H

Hampden, John (1594-1643): destacada personalidad de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, expresaba los intereses de la burguesía y de la nobleza aburguesada.—369.

Hansemann, David (1790-1864): gran capitalista alemán, uno de los líderes de la burguesía liberal renana; de marzo a septiembre de 1848 fue ministro de Hacienda en Prusia.—142, 338, 341, 347, 368.

Haussez, Carlos (1778-1854): político francés, reaccionario, en 1829 fue ministro de Marina.—290.

Hautpoul, Alfonso Enrique (1789-1865): general francés, legiti-

mista y, más tarde, bonapartista; de 1849 a 1850 fue ministro de la Guerra.—289, 298, 304, 306, 443, 444, 448, 455, 456, 457.

Haxthausen, *Augusto* (1792-1866): funcionario y escritor prusiano; autor de un trabajo en el que describió los vestigios de la comunidad en las relaciones agrarias en Rusia.—111.

Haynau, *Julio Jacobo* (1786-1853): general austríaco que aplastó con saña el movimiento revolucionario de 1848-1849 en Italia y Hungría.—348.

Hegel, *Jorge Guillermo Federico* (1770-1831): eminente representante de la filosofía clásica alemana, idealista objetivo.—13, 14, 26, 47, 317, 517, 522, 525, 526, 527.

Heine, *Enrique* (1797-1856): gran poeta revolucionario alemán.—344, 351.

Helvetius, *Claudio Adriano* (1715-1771): conocido filósofo francés, representante del materialismo mecanicista, ateo.—261.

Herwegh, *Jorge* (1817-1875): conocido poeta alemán, demócrata pequeñoburgués.—272.

Heydt, *Augusto*, barón (1801-1874): estadista prusiano, ministro de Comercio, Industría y Obras Públicas (1848-1858).—141.

Hirsch, *Guillermo*: almacenista de Hamburgo, a comienzos de la década del 50 del siglo XIX fue agente de la policía prusiana en Londres.—400, 401, 402.

Hugo, *Víctor* (1802-1885): ilustre escritor francés, en el período de la Segunda República fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa.—273, 300, 405, 442.

J

Jelacic, *José*, conde de (1801-1859): general austríaco, ban de Croacia, Dalmacia y Eslavonia (1848-1859), participó activamente en el aplastamiento de la revolución de 1848-1849 en Hungría y Austria.—358, 359, 361, 363.

Joinville, *Francisco Fernando Felipo Luis María*, duque de *Orleáns*, príncipe (1818-1900): hijo de Luis Felipe; emigró a Inglaterra después de triunfar la revolución de febrero de 1848.—471, 472, 480.

Jordan, *Silvestre* (1792-1861): jurisconsulto y político alemán, en 1848-1849 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort.—316.

José II (1741-1790): emperador del llamado Sacro Imperio Romano (1765-1790).—331, 332.

Juan (1782-1859): archiduque austríaco, regente del emperador de Alemania de junio de 1848 a diciembre de 1849.—387.

Juvenal Decio Junio (n. ap. en 60-m. después de 127): conocido poeta satírico romano.—207.

K

Kant, *Manuel* (1724-1804): ilustre filósofo alemán, fundador del idealismo alemán de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.—274, 526.

Köller, *Ernesto Matías* (1841-1928): estadista reaccionario alemán, diputado al Reichstag (1881-1888), ministro del Interior de Prusia (1894-1895); aplicó una política de persecución del Partido Socialdemócrata.—208.

Kuli-khan: véase *Nadir sha*.-500.

L

Lacrosse, *Bertrand Théobald José* (1796-1865): político francés, orleanist, ministro de Obras Públicas; desde 1850, bonapartista.—265.

Laffitte, *Jacobo* (1767-1844): gran banquero y político francés, orleanista.—209.

La Hitte, *Juan Ernesto* (1789-1878): general francés, bonapartista, diputado a la Asamblea Legislativa (1850-1851), ministro de Negocios Extranjeros (1849-1851).—290, 448.

Lamartine, *Alfonso* (1790-1869): poeta, historiador y político francés; en 1848 fue ministro de Negocios Extranjeros y jefe, de hecho, del Gobierno Provisional.—214, 219, 226, 230, 467.
Lamoricière, *Cristóbal Luis León* (1806-1865): general francés, republicano burgués moderado; en 1848 tomó parte activa en el aplastamiento de la insurrección de junio; más tarde, ministro de la Guerra en el Gobierno de Cavaignac (junio-diciembre).—430, 484.
La Rochejaquelein, *Enrique Augusto Jorge*, marqués de (1805-1867): político francés, uno de los dirigentes del partido legitimista, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República.—216, 472.
Lassalle, *Fernando* (1825-1864): publicista pequeñoburgués y abogado alemán; en 1848-1849 participó en el movimiento democrático de la provincia del Rin; a comienzos de los años 60 se adhirió al movimiento obrero; uno de los fundadores de la Unión General de Obreros Alemanes (1863); apoyó la política de unificación de Alemania «desde arriba», bajo la hegemonía de Prusia; fundó la tendencia oportunista en el movimiento obrero alemán.—104, 200.
Latour, *Teodoro*, conde de (1780-1848): estadista austríaco, monárquico; en 1848 fue ministro de la Guerra; muerto por los insurrectos de Viena en octubre de 1848.—358.
Leclerc, *Alejandro*: negociante parisiense adicto al partido del orden; participó en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848.—297.
Ledru-Rollin, *Alejandro Augusto* (1807-1874): publicista francés, uno de los jefes de los demócratas pequeñoburgueses, redactor del periódico *Réforme*; fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa, donde encabezó el partido de la Montaña; después emigró.—139, 215, 223, 226, 227, 233, 234, 243, 250, 253, 254, 255, 260, 261, 262, 263, 266, 278, 291, 297, 308, 348, 418, 430, 435, 438.
Leo Flô, *Adolfo Manuel Carlos* (1804-1887); general y político francés; representante del partido del orden y diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República.—427, 484.
Lemoinne, *John* (1814-1892): corresponsal inglés del periódico *Journal des Débats*.—300.
Leopoldo (1790-1852): gran duque de Baden (1830-1852).—385.
Lerminier, *Juan Luis Eugenio* (1803-1857): publicista francés, orleanista, profesor de Legislación comparada en el *Collège de France* (1831-1839); abandonó la cátedra por exigencia de los estudiantes.—251.
Lewy, *Gustavo*: socialista alemán, uno de los dirigentes activos de la Unión General de Obreros Alemanes.—543.
Licinio Stolo Cayo: estadista romano de la primera mitad del siglo IV a. de n.e.; siendo tribuno popular adoptó con Sextio leyes en beneficio del pueblo.—18.
List, *Federico* (1789-1846): economista burgués vulgar alemán, propagador del proteccionismo extremo.—522.
Locke, *John* (1632-1704): destacado filósofo dualista inglés, sensualista.—409.
Louverture, *dit Toussaint*, *Francisco Dominico* (1743-1803): jefe del movimiento revolucionario de los negros de Haití que luchó contra el dominio de los españoles y los ingleses a fines del siglo XVIII.—245.
Luis Bonaparte: véase *Napoleón III*.
Luis Napoleón: véase *Napoleón III*.
Luis Felipe (1773-1850): duque de Orleáns, rey de Francia (desde 1830 hasta 1848).—209, 211, 212, 214, 237, 238, 240, 269, 277, 302, 413, 414, 425, 429, 440, 441, 471.

Luis Felipe Alberto, duque de Orleáns, conde de París (1838-1894): nieto de Luis Felipe, pretendiente al trono de Francia.—214, 237, 238, 240, 244, 269, 272, 275, 278, 302, 418, 423, 429, 441, 452, 470, 473, 474, 489.

Luis IX (San) (1215-1270): rey de Francia (1226-1270).—271.

Luis XIV (1638-1715): rey de Francia (1643-1715).—280, 490.

Luis XV (1710-1774): rey de Francia (1715-1774).—293, 498.

Luis XVI (1754-1793): rey de Francia (1774-1792), fue ejecutado durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.—318.

Luis XVIII (1755-1824): rey de Francia (1814-1815 y 1815-1824).—409.

Lutero, Martín (1483-1546): destacada figura de la Reforma, fundador del protestantismo (luteranismo) en Alemania, ideólogo de la pequeña burguesía alemana.—408.

M

Mac-Mahon, Mario Edmundo Patricio Mauricio de (1808-1893): militar reaccionario y político francés, bonapartista; uno de los verdugos de la Comuna de París; presidente de la Tercera República (1873-1879).—198.

Macfarlane, Helen: activa colaboradora de los periódicos cartistas en 1849-1850, traductora del *Manifiesto del Partido Comunista* al inglés.—99.

Magnan, Bernardo Pedro (1791-1865): mariscal de Francia, bonapartista, uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.—473, 481, 484.

Maleville, León (1803-1879): político francés, orleanista, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, ministro del Interior (segunda quincena de diciembre de 1848).—467.

Manteuffel, Otón Teodoro, barón (1805-1882): estadista prusiano, ministro del Interior (1848-1850), ministro-presidente (1850-1858).—368.

Maquiavelo, Nicolás (1469-1527): político, historiador y escritor italiano.—544.

Marche: obrero francés que, en nombre del pueblo, exigió en 1848 del Gobierno Provisional la proclamación del derecho al trabajo.—216.

Marie, Alejandro (1795-1870): político francés, republicano burgués moderado; en 1848 fue ministro de Obras Públicas y, luego, ministro de Justicia en el Gobierno de Cavaignac.—225.

Marrast, Armando (1801-1852): publicista francés, uno de los líderes de los republicanos burgueses moderados, director del periódico *National*; en 1848 fue miembro del Gobierno Provisional y alcalde de París, presidente de la Asamblea Constituyente (1848-1849).—226, 233, 237, 239, 240, 260, 261, 308, 410, 418, 427.

Marx, Carlos (1818-1883) (datos biográficos): 5, 6, 23, 26, 28, 30, 33-36, 37, 41, 44, 46, 48, 54, 63, 64, 69, 76, 79-81, 100-104, 107, 109, 140, 144-147, 150, 152, 153-178, 179, 189, 190-193, 196, 199, 208, 231, 271, 306, 396, 402, 403, 404, 406, 407, 498, 505, 512, 516, 519, 520, 527, 529, 542, 544.

Mansaniello (Tomás Aniello, llamado) (1620-1647): pescador; en 1647, jefe de la insurrección popular contra la dominación española en Nápoles.—483.

Mathieu de la Drôme, Felipe Antonio (1808-1865): demócrata pequeñoburgués francés, en el período de la Segunda República fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa donde se adhirió al partido de la Montaña; en 1851 emigró.—251.

Mauguin, Francisco (1785-1854): jurisconsulto francés, uno de los líderes de la oposición dinástica

liberal hasta 1848; durante la Segunda República fue diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa.—458, 459.

Maupás, Carlo Magno Emilio (1818-1888): abogado francés, bonapartista, prefecto de policía de París (1851), uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, ministro de Policía (1852-1853).—481.

Maurer, Jorge Luis (1790-1872): conocido historiador burgués alemán; estudió el régimen social antiguo y medieval de Alemania.—111.

Maximiliano II (1811-1864): rey de Baviera (1848-1864).—377.

Meissner, Otón Carlos (1819-1902): editor de Hamburgo, publicó *El Capital* y varias obras de Marx y Engels.—192.

Messenhauser, César Wenceslao (1813-1848): oficial austríaco, comandante de la Guardia Nacional y de Viena durante la insurrección de octubre de 1848; después de la toma de la ciudad fue fusilado por las tropas contrarrevolucionarias.—361.

Metternich, Clemente Wenceslao, príncipe (1773-1859): estadista reaccionario austríaco; ministro de Negocios Extranjeros (1809-1821) y canciller (1821-1848), uno de los organizadores de la Santa Alianza.—110, 318, 328, 329-334, 336, 337, 350, 356.

Mieroslawski, Ludwig (1814-1878): político y militar polaco, participante de la insurrección de 1830-1831 en Polonia; encabezó el levantamiento de 1848 en Poznan y, más tarde, dirigió la lucha de los insurrectos de Sicilia; durante la insurrección de Baden y el Palatinado en 1849, mandó el ejército revolucionario; fue nombrado dictador durante la insurrección polaca de 1863 y, a ser sofocada ésta, emigró a Francia.—391.

Molé, Luis Mateo, conde de (1781-1855): estadista francés, orleanista, primer ministro en 1836-1837 y en 1837-1839, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República.—269, 270, 448.

Moleschott, Jacobo (1822-1893): fisiólogo y filósofo burgués, representante del materialismo vulgar; se dedicó a la enseñanza en Alemania, Suiza e Italia.—526.

Molière, Juan Bautista (auténtico apellido *Poquelin*) (1622-1673): eminente dramaturgo francés.—300.

Moll, José (1813-1849): destacada personalidad del movimiento obrero alemán e internacional, uno de los dirigentes de la Liga de los Justos, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas, participante de la insurrección de 1849 en Baden y el Palatinado; muerto en la batalla de Murg.—180.

Monk, Jorge (1608-1670): general inglés; en 1660 contribuyó activamente a la restauración de la monarquía en Inglaterra.—243, 455.

Montalembert, Carlos (1810-1870): publicista francés, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, orleanista, líder del partido católico.—279, 298, 464, 472, 494.

Morgan, Luis Enrique (1818-1881): eminente científico norteamericano, historiador de la sociedad primitiva, materialista espontáneo.—111.

Morny, Carlos Augusto Luis José, conde de (1811-1865): político francés bonapartista, diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851), uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, ministro del Interior desde diciembre de 1851 hasta enero de 1852.—497.

Mosle, Juan Luis (1794-1877): oficial alemán; en 1848 fue enviado a Viena como comisario imperial.—366.

N

Nadir sha (*Kuli khan*) (1688-1747): sha de Irán de 1736 a 1747; en 1738-1739 realizó una campaña de rapiña a la India.—499.

Napoleón I, *Bonaparte* (1769-1821): emperador de Francia (1804-1814 y en 1815).—36, 211, 240, 242, 243, 244, 273, 279, 326, 405, 454, 488, 494, 499.

Napoleón III (*Luis Napoleón Bonaparte*) (1808-1873): sobrino de Napoleón I, presidente de la Segunda República (1848-1851) y emperador de Francia (1852-1870).—107, 188, 192, 197, 198, 237, 243-250, 253-255, 258, 259, 262-264, 271-274, 281, 283, 285, 286, 289-291, 300-306, 310, 321, 396, 405, 410, 417, 423-426, 429, 433, 439, 441-444, 447-450, 451-455, 457, 459-463, 464-470, 473, 474-477, 480-486, 487-498.

Neumayer, *Maximiliano Jorge José* (1789-1866): general francés, partidario del partido del orden.—306, 455.

Newton, *Isaac* (1642-1727): gran físico, astrónomo y matemático inglés, fundador de la mecánica clásica.—59.

Ney, *Edgar* (1812-1882): oficial francés, bonapartista, edecán del presidente Luis Bonaparte.—272, 442.

Nicolás II (1868-1918): emperador de Rusia (1894-1917).—205.

Notdjung, *Pedro* (1821-1866): sastre alemán, miembro de la Unión de Obreros de Colonia, miembro de la Liga de los Comunistas, uno de los acusados en el proceso de los comunistsa de Colonia (1852).—399.

O

Orleáns, *Helene*, duquesa de, n. Mecklemburgo (1814-1858): viuda de Ferdinando, hijo mayor de Luis Felipe.—272, 442, 447.

Orleáns, duque de: véase Luis Felipe.

Orleáns: dinastía real de Francia (1830-1848).—256, 273, 424, 431, 468, 471, 489, 497.

Oudinot, *Nicolás Carlos Víctor* (1791-1863): general francés, orleanista; en 1849 mandó las tropas enviadas contra la República de Roma; intentó organizar la resistencia al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.—255, 262, 427, 439, 442.

Owen, *Roberto* (1771-1858): gran socialista utópico inglés.—8, 137, 138.

P

Pagnerre, *Lorenzo Antonio* (1805-1854): editor y republicano burgués de Francia, diputado a la Asamblea Constituyente en 1848.—253.

Palacký, *Francisco* (1798-1876): eminente historiador y político burgués checo, liberal; llevó la política de mantener la monarquía de los Habsburgo.—348.

París, conde de: véase *Luis Felipe*.

Passy, *Hipólito Filiberto* (1793-1880): economista francés, orleanista, formó varias veces parto del Gobierno en el período de la monarquía de Julio y fue ministro de Hacienda durante la Segunda República.—272, 278.

Perczel, *Mauricio* (1811-1899): general húngaro, participante de la revolución de 1848-1849 en Hungría; después de su derrota emigró a Turquía y, luego, a Inglaterra.—361, 363.

Perrot, *Benjamín Pedro* (1791-1865): general francés, en 1848 participó en el aplastamiento de la insurrección de junio y mandó en 1849 la Guardia Nacional en París.—463.

Persigny, *Juan Gilberto Víctor*, conde de (1808-1872): estadista francés, bonapartista, diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851), uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, ministro del Interior (1852-1854) y (1860-1863).—467.

Pinto, *Isaac* (1715-1787): gran negociante holandés de la bolsa, economista.—58.

Pío IX (1792-1878): Papa de Roma (1846-1878).—254, 442.
Platón (ap. 427-ap. 347 a. de n.e.): filósofo idealista de la Antigua Grecia.—240.
Polignac, Augusto Julio Armando María, príncipe (1780-1847): estadista francés, legitimista y clerical, ministro de Negocios Extranjeros y jefe del Gabinete de Ministros (1829-1830).—472.
Proudhon, Pedro José (1809-1865): publicista, economista y sociólogo francés, ideólogo de la pequeña burguesía, uno de los fundadores del anarquismo; en 1848 fue diputado a la Asamblea Constituyente.—136, 295, 405, 438, 519, 531, 532, 533-541.
Publícola (*Publio Valerio Publícola*) (m. en 503 a. de n.e.): estadista casi legendario de la República de Roma.—409.
Pyat, Félix (1810-1889): publicista francés, demócrata pequeñoburgués, participó en la revolución de 1848 y emigró en 1849; luchó varios años contra Marx y la Internacional, difamándolos y empleando para ello la Sección francesa en Londres; miembro de la Comuna de París.—543.

R

Radetzky, José, conde de (1766-1858): mariscal de campo austríaco, desde 1831 mandó las tropas austríacas en Italia del Norte, en 1848-1849 sofocó violentamente el movimiento revolucionario y de liberación nacional en Italia.—351, 352, 357.
Raffles, Tomás Stamford (1781-1826): administrador colonial inglés; de 1811 a 1816, gobernador de Java; autor de una *Historia de Java*.—500.
Raspail, Francisco (1794-1878): célebre científico naturalista francés, socialista que se acercó al proletariado revolucionario; participante de las revoluciones de 1830 y de 1848; diputado a la Asamblea Constituyente.—226, 237, 243, 250, 513.
Rateau, Juan Pedro (1800-1987): abogado francés, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, bonapartista.—248.
Rau, Carlos Enrique (1792-1870): economista vulgar de la burguesía alemana.—522.
Regnault de Saint-Jean d'Angeli, Augusto Miguel Esteban, conde de (1794-1870): general francés, bonapartista, ministro de la Guerra en enero de 1851.—463.
Rémusat, Carlos Francisco María, conde de (1797-1875): estadista y escritor francés, orleanista, ministro del Interior en 1840 y ministro de Negocios Extranjeros de 1871 a 1873.—464.
Reuter, Max: a comienzos de la década del 50 del siglo XIX fue agente de policía prusiano en Londres.—402.
Ricardo, David (1772-1823): economista inglés, gran representante de la Economía Política burguesa clásica.—150.
Ricardo III (1452-1485): rey de Inglaterra (1483-1485).—469.
Riehl, Guillermo Enrique (1823-1897): historiador reaccionario alemán de la literatura.—522.
Robespierre, Maximiliano (1758-1794): destacada figura de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, jefe de los jacobinos; encabezó el Gobierno revolucionario de 1793 a 1794.—408, 409.
Roemer, Federico (1794-1864): estadista de Wurtemberg, de 1848 a 1849 fue ministro de Justicia y primer ministro, miembro de la Asamblea Nacional de Francfort.—316.
Roesler, Gustavo Adolfo (1818-1855): periodista alemán, miembro de la Asamblea Nacional de Francfort en 1848-1849; en 1850 emigró a América.—207, 394.
Rössler, Constantino (1820-1896): publicista alemán, defendió la política de Bismarck como dirigente del buró oficioso litera-

rio en Berlín (1877-1892).—394.
Rotteck, Carlos (1775-1840): historiador burgués y político alemán, liberal.—316, 324.
Rothschild, Anselmo (1773-1855): jefe de la casa Rothschild de banqueros en Francfort del Meno.—321.
Rothschild, James (1792-1868): jefe de la casa Rothschild de banqueros de París.—212, 322.
Rothschild: dinastía de banqueros que tenía bancos en muchos países.—213.
Rouher, Eugenio (1814-1884): estadista francés, bonapartista, ministro de Justicia (1849-1852, con intervalos).—458, 467.
Rousseau, Juan Jacobo (1712-1778): destacado representante francés de la Ilustración, demócrata, ideólogo de la pequeña burguesía.—67.
Royer-Collard, Pedro Pablo (1763-1845): filósofo y político francés, monárquico.—409.

S

Saint-Arnaud, Armando Jacobo Leroy de (1801-1854): mariscal de Francia, bonapartista; uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 del diciembre de 1851; ministro de la Guerra de 1851 a 1854.—427.
Sainte-Beuve, Pedro Enrique (1819-1855): fabricante y terrateniente francés, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, representante del partido del orden.—475.
Saint-Jean d'Angely: véase *Regnault de Saint-Jean d'Angely.*
Saint-Just, Luis Antonio (1767-1794): destacada figura de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia, uno de los jefes de los jacobinos.—409.
Saint-Priest, Manuel Luis María, vizconde de (1789-1881): general y diplomático francés, legitimista, diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851).—471.
Saint-Simon, Enrique (1760-1825): gran socialista utópico francés.—137, 271.
Saltykov, Alexéi Dmítrievich, príncipe (1806-1859): viajero, escritor y artista ruso.—510.
Salvandy, Narciso Aquiles, conde de (1795-1856): escritor y estadista francés orleanista, ministro de Instrucción Pública (en 1837-1839 y en 1845-1848).—471.
Sallandrouze, Carlos Juan (1808-1867): fabricante francés, diputado a la Asamblea Constituyente (1848-1849); bonapartista.—483.
Say, Juan Bautista (1767-1832): economista burgués francés, representante de la Economía Política vulgar.—409.
Schaper, von: uno de los representantes de la burocracia reaccionaria prusiana, gobernador de la provincia renana (1842-1845).—517.
Schapper, Carlos (1812-1870): destacada personalidad del movimiento obrero alemán e internacional, uno de los dirigentes de la Liga de los Justos, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas, participante de revolución de 1848—1849 en Alemania; uno de los líderes de la fracción sectaria aventurera en 1850 durante la escisión de la Liga de los Comunistas; desde 1856 intimó de nuevo con Marx; miembro del Consejo General de la I Internacional.—517, 543.
Scherzer, Enrique (1807-1879): sastre alemán, miembro de las comunas parisienses que, después de la escisión de la Liga de los Comunistas, en 1850, pertenecieron a la fracción sectaria aventurera de Willich-Schapper; uno de los acusados en la causa del llamado complot alemano-francés de febrero de 1852 en París; más tarde emigró a Inglaterra.—543.
Schramm, Juan Pablo Adán (1789-1884): general y político francés, bonapartista, ministro de la Guerra (1850-1851).—456.

Schwarzenberg, Félix, príncipe (1800-1852): estadista reaccionario y diplomático austríaco; después de sofocar la revolución de Viena en octubre de 1848, primer ministro y ministro de Negocios Extranjeros.—336.

Schwarzer, Enrique (1808-1860): funcionario y publicista austríaco, ministro de Obras Públicas desde julio a septiembre de 1848.—358.

Sébastiani, Horacio Francisco, conde de (1772-1851): mariscal francés, ministro de Negocios Extranjeros (1830-1832), embajador en Londres (1835-1840).—230.

Ségur d'Aguesseau, Ramón Pablo (1803-1889): político francés que se adhirió, uno tras otro, a todos los partidos que estaban en el poder.—291.

Shakespeare, Guillermo (1564-1616): gran escritor inglés.—488.

Sigel, Francisco (1824-1902): oficial de Baden, demócrata pequeñoburgués, comandante en jefe y, después, durante la insurrección de 1849 en Baden y el Palatinado, segundo comandante en jefe del ejército revolucionario de Baden; en 1852 se trasladó a los EE.UU., tomó parte activa en la Guerra civil al lado de los del Norte.—390.

Sismondi, Juan Carlos Leonardo Simonde de (1773-1842): economista suizo, crítico pequeñoburgués del capitalismo.—73, 74; 406.

Smith, Adán (1723-1790): economista inglés, uno de los importantísimos representantes de la Economía Política burguesa clásica.—59; 529, 535.

Soulouque, Faustino (ap. 1782-1867): presidente de la República de los negros de Haití; en 1849 se proclamó emperador con el nombre de Faustino I.—497.

Stadion, Francisco, conde de (1806-1853): estadista austríaco, uno de los organizadores de la lucha contra el movimiento de liberación nacional en Galicia y Bohemia; ministro del Interior (1848-1849).—366.

Steffen, Guillermo: ex oficial prusiano, testigo de descargo en el proceso de los comunistas de Colonia en 1852; emigró a Inglaterra en 1853 y, después, a los EE.UU.; en la década del 50 estuvo muy cerca de Marx y Engels.—543.

Stieber, Guillermo (1818-1882): funcionario de policía prusiano, jefe de la policía política de Prusia (1850-1860); organizó el proceso contra los miembros de la Liga de los Comunistas en Colonia y fue el testigo principal en este proceso (1852).—401, 402.

Stein, Lorenzo (1815-1890): jurisconsulto y economista vulgar alemán.—522.

Stirner, Max (seudónimo literario de *Gaspar Schmidt*) (1806-1856): filósofo alemán, joven hegeliano, uno de los ideólogos del individualismo burgués y del anarquismo.— 13, 14, 41, 42, 44, 48, 63, 69.

Strauss, David Federico (1808-1874): filósofo alemán, uno de los jóvenes hegelianos destacados; después de 1866, nacional-liberal.—11, 13.

Stüve, Juan Carlos Bertram (1798-1872): político alemán, liberal; ministro del Interior de Hanover (1848-1850).—316.

Sue, Eugenio (1804-1857): escritor francés, diputado a la Asamblea Legislativa (1850-1851).—285, 297, 299, 448.

T

Talandier, Pedro Teodoro Alfredo (1822-1890): periodista francés, demócrata pequeñoburgués, participante de la revolución de 1848, emigró en 1851; miembro del Consejo General de la Internacional (1864); diputado al Parlamento francés (en 1876-1880 y en 1881-1885).—542.

Tamerlán (*Timur*) (1336-1405): caudillo y conquistador de Asia Central.—505.

Teste, Juan Bautista (1780-1852): estadista francés, orleanista, mi-

nistro de Comercio, de Justicia y Obras Públicas en el período de la monarquía de Julio; fue procesado por soborno y abuso.—278.
Thiers, Adolfo (1797-1877): historiador y estadista burgués francés, diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851), orleanista; presidente de la República (1871-1873), verdugo de la Comuna de París.—198, 269, 274, 286, 298, 300, 433, 435, 438, 448, 465, 471, 472, 473, 475, 477, 480, 482, 484.
Thorigny, Pedro Francisco Isabel (1798-1869): jurisconsulto francés, en 1834 instruyó la causa de los participantes de la insurrección de abril en Lyón; bonapartista, ministro del Interior (1851).—481.
Tocqueville, Alexis (1805-1859): historiador y político burgués francés, legitimista, diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa durante la Segunda República, ministro de Negocios Extranjeros (de junio a octubre de 1849).—472.
Trélat, Ulises (1795-1879): político francés, republicano burgués, ministro de Obras Públicas (de mayo a junio de 1848).—228.

V

Vaisse, Claudio Mario (1799-1864): estadista francés, bonapartista, ministro del Interior (de enero a abril de 1851).—466.
Vatimesnil, Antonio (1789-1860): político francés, legitimista, diputado a la Asamblea Legislativa (1849-1851).—467.
Vauban, Sebastián Le Prestre (1633-1707): mariscal de Francia, ingeniero militar y escritor.—280.
Venedey, Jacobo (1805-1871): publicista radical y político alemán, liberal.—43.
Véron, Luis Deseado (1798-1867): periodista y político francés, bonapartista; propietario del periódico *Constitutionnel*.—498.
Vidal, Francisco (1814-1872): economista y socialista pequeñoburgués francés; en 1848, secretario de la Comisión de Luxemburgo; diputado a la Asamblea Legislativa (1850-1851).—290, 291, 449.
Vieyra: coronel francés, bonapartista, participante activo del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.—439.
Villèle, Juan Bautista Serafín José (1773-1854): estadista francés, legitimista, primer ministro (1822-1828).—472.
Virgilio (*Publio Virgilio Marón*) (70-19 a. de n.e.): célebre poeta romano.—272.
Vivien, Alejandro Francisco (1799-1854): abogado y político francés, orleanista; en 1848 fue ministro de Obras Públicas en el Gobierno de Cavaignac.—240.
Vogt, Carlos (1817-1895): naturalista alemán, materialista vulgar, demócrata pequeñoburgués; en 1848-1849 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort y perteneció a su ala izquierda.—386, 526.
Voltaire, Francisco María (auténtico apellido *Arouet*): insigne representante de la Ilustración, filósofo deísta, escritor satírico e historiador francés.—271.

W

Warren, Carlos (1798-1866): oficial inglés, a partir de 1858, general; sirvió en la India en 1816-1819 y en 1830-1838; participante de la Guerra de Crimea.—509.
Weitling, Guillermo (1808-1871): destacada personalidad del movimiento obrero alemán en su período inicial, uno de los teóricos del comunismo igualitario utópico.—105.
Welcker, Carlos Teodoro (1790-1869): jurisconsulto alemán, en 1848-1849 fue diputado a la Asamblea Nacional de Francfort y perteneció a su ala derecha.—316, 324, 366.

Weydemeyer, José (1818-1866): figura del movimiento obrero alemán y norteamericano, miembro de la Liga de los Comunistas, participante de la revolución de 1848-1849 en Alemania y de la Guerra civil en los EE.UU. al lado de los del Norte; empezó a propagar el marxismo en los EE.UU.; amigo y compañero de lucha de Marx y Engels.—404, 542.

Willich, Augusto (1810-1878): oficial prusiano, miembro de la Liga de los Comunistas, participante de la insurrección de 1849 en Baden y el Palatinado; uno de los líderes de la fracción sectaria aventurera que se separó de la Liga de los Comunistas en 1850; emigró a los EE.UU. en 1853; participó en la Guerra civil al lado de los del Norte.—543.

Windischgrätz Alfredo, príncipe, (1787-1862): mariscal de campo austríaco; en 1848-1849 dirigió el aplastamiento de las insurrecciones en Praga y Viena y de la revolución en Hungría.—350, 357, 358, 359, 360, 361, 366.

Wolff, Cristiano (1679-1754): filósofo idealista y metafísico alemán.—525.

Wolff, Guillermo (1809-1864): revolucionario proletario alemán; desde marzo de 1848, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas; en 1848-1849, uno de los redactores de *Neue Rheinische Zeitung*; diputado a la Asamblea Nacional de Francfort; emigró a Inglaterra; amigo y compañero de lucha de Marx y Engels.—386, 387, 393, 525.

Wood, Carlos (1800-1885): estadista inglés, whig, presidente del Consejo de Inspección para los Asuntos de la India (1852-1855) y ministro para los Asuntos de la India (1859-1866).—499.

Wrangel, Federico Enrique Ernesto (1784-1877): general prusiano.—369.

Y

Yon: comisario de policía francés, jefe de la guardia de la Asamblea Legislativa en 1850.—454, 458, 459.

PERSONAJES LITERARIOS Y MITOLOGICOS

Anteo: según la mitología griega, héroe invencible mientras tocaba la Tierra (su madre), que le renovaba las fuerzas.—265.

Aquiles: según la mitología griega, el más valiente de los héroes griegos que tomó parte en sitio de Troya; uno de los protagonistas de la *Ilíada* de Homero.—420, 421.

Baco ó Bacus: dios del vino y de la alegría entre los romanos antiguos.—455.

Bartolomé: según una leyenda bíblica, uno de los doce apóstoles de Cristo.—238.

Circe: según la mitología griega, hechicera de la isla Ea; convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises; el mismo Ulises, retenido por ella, permaneció en su isla un año entero; alegóricamente, bella seductora.—486.

Crevel: personaje de la novela de Balzac *La Cousine Bette*, imagen de farolero, codiciador y libertino.—498.

Damocles: según una leyenda de la Grecia antigua, Damocles, cortesano del tirano Dionisio de Siracusa (siglo IV a. de n.e.), fue invitado por éste a un festín; para convencer a Damocles, que le envidiaba, de la fragilidad del bienestar humano, Dionisio le hizo sentar en su trono, suspendiendo de una crin de caballo una acerada espada sobre su cabeza. La expresión de «espada de Damocles» es sinónimo de peligro permanente, próximo y terrible.—284, 447.

Gordio: rey de Frigia; según una leyenda, ató el yugo a la lanza del carro con un complicado nudo (por eso se le dió el nombre de nudo gordiano; alegóricamente éste es una concurrencia embrollada de varias circunstancias); un oráculo prometió el dominio de Asia a quien desatara el nudo; Alejandro Magno, en vez de desatarlo, lo cortó con su espada.—305, 377.

Habacuc: profeta bíblico.—409.

Hanumán: divinidad en la religión de los hindúes, que se presenta en forma de mono; es hijo del

viento y del mono que, según la leyenda de la India Antigua, prestó un importante servicio a Rama, mítico rey y héroe épico hindú, una de las encarnaciones del dios Vichnú. El culto al mono Hanumán es hasta hoy uno de los más extendidos en la India.—504.

Jano: antigua deidad romana representada con dos caras dirigidas a lados opuestos; en sentido figurado significa hipócrita.—262.

José: según la leyenda antigua hebrea, hijo del patriarca Jacobo, vendido como esclavo por sus hermanos a Egipto, donde pasó a ocupar un cargo elevado.—271.

Krapülinski: personaje de la poesía de Heine *Dos caballeros*, tipo de noble polaco arruinado; el nombre de Krapülinski procede de la palabra francesa *crapule*: tragonería, glotonería, borrachera y también holgazán, miserable. Aquí, al decir Krapülinski, Marx se refiere a Luis Bonaparte.—417.

Midas: rey de Frigia; según una leyenda antigua, Apolo hizo que le crecieran orejas de asno.—245.

Moisés: según una leyenda bíblica, profeta que liberó a los antiguos hebreos de las persecuciones de los faraones egipcios («Exodo de Egipto»).—278.

Némesis: según la mitología de la Grecia antigua, diosa de la venganza.—261.

Nick Bottom: personaje de la comedia de Shakespeare *Sueño de una noche de verano*.—453.

Orfeo: según la mitología griega, poeta y cantor cuyas melodiosas canciones adormecían a las bestias salvajes y fascinaban incluso las piedras.—261.

Orlando Furioso: héroe legendario de un poema de Ariosto.—248.

Pablo: según una leyenda bíblica, uno de los apóstoles cristianos.—408.

Putifar: según una leyenda antigua hebrea, dignatario egipcio a quien fue vendido José, hijo del patriarco Jacobo.—271.

Roberto Macaire: prototipo de hábil caballero de industria, creado por el célebre actor francés Federico Lemaître e inmortalizado en las caricaturas de Honorato Daumier.—212.

Robin Goodfellow: ser fantástico que, en las creencias populares inglesas, desempeña el papel de genio bueno que ayuda al hombre en sus empresas; es uno de los principales personajes de la comedia de Shakespeare *Sueño de una noche de verano*.—514.

Sabbala: divinidad en la religión de los hindúes, representada en forma de vaca.—504.

Sansón: héroe bíblico dotado de fuerza sobrehumana.—265.

Samuel: según una leyenda bíblica, profeta de la antigua Judea.—406, 439.

Schlemihl, Peter: personaje de la obra de Chamisso *Historia maravillosa de Peter Schlemihl*, que cambió su sombra por el monedero de hadas.—429.

Schufterle y Spiegelberg: personajes del drama de Schiller *Los bandidos*, prototipos de salteadores y asesinos sin el menor principio moral.—454.

Tetis: según la mitología griega, diosa del mar, madre de Aquiles, que le advirtió que no desembarcase el primero a la costa cerca de Troya (al primero le esperaba la muerte).—421.

Yaggernat: según la mitología de la antigua India, una de las personificaciones del dios Vichnú.—499, 511.

INDICE DE MATERIAS

A

Abstracción (como método de investigación)—9, 22, 26, 36, 47, 74, 76, 516, 527-530, 536-537, 539.
Acciones, sociedades anónimas—58, 131, 294.
Actividad parlamentaria del partido obrero—204-206.
Actividad sensorial—7, 8, 24-26.
Acumulación del capital—54, 73, 121, 171, 174.
Acumulación originaria del capital—
— formación del capital—19, 54—56, 533;
origen del proletariado—56.
Africa—112.
Agricultura—16, 18, 50, 55, 62, 90, 93-95, 101, 115, 281, 491.
Agricultura parcelaria—19, 33, 281, 282, 488-494.
Alemania—11, 23, 27, 30, 36, 38, 41-43, 48, 62, 72, 73, 78, 91, 93, 98, 99, 104, 105, 107, 108, 120, 131-135, 140-144, 153, 154, 179 183, 186, 188, 189, 194, 196-199, 202, 205, 220, 310, 315, 317, 323, 334, 345, 350, 352, 353, 372, 384, 395, 397, 521, 522, 524, 525, 534, 543;
— unificación de Alemania—197, 207, 326—327;
— causas del atraso económico — 187, 309-310, 314, 315;
— burguesía — 180-181, 310-312, 315-318, 320-325, 327, 328, 332, 337, 340, 346, 380, 381;
— pequeña burguesía — 181-184, 311-312, 325, 327-328, 380, 381, 387-390, 392;
— proletariado — 62, 182—184, 312-313, 322, 323, 325, 327, 337, 338;
— movimiento obrero — 179-180, 188, 199, 200, 313, 322, 337, 339-340;
— campesinado — 313-314, 320, 322, 323, 325, 327, 336, 340;
— situación en Alemania en vísperas de la revolución de 1848-1849 — 309-310, 315-328;
— partido de la clase obrera — 179-180, 182, 186, 188, 199, 205-206, 340, 398, 522.

Véase también: *Partido democrático* (en Alemania), *Ley de excepción contra los socialistas en Alemania, Filosofía clásica alemana, «Joven Alemania», Prusia, Revolución en 1848-1849 en Alemania, Partido Socialdemócrata Alemán.*
América —
— descubrimiento de América — 36, 55-56, 112, 167;
— los Estados Unidos de América — 55, 67, 70, 73, 78, 94, 93, 98-99, 101, 105, 120, 138, 139, 188, 307, 372, 416, 524, 535, 538;
— guerra de secesión — 369;
— del Sur — 67, 538.
Amortización de los medios de producción — 161.
Anarquistas — 104, 487.
Anarquía de la producción capitalista — 88, 132, 160.
Anexión — 199.
Antagonismo — 108, 121, 123, 127, 137, 334-335, 398, 433-434, 446, 469, 514, 517-519, 523, 537, 540.
Antítesis —
— entre el trabajo industrial y agrícola — 17, 18, 95, 129;
— entre el trabajo intelectual y manual—29, 30, 45—46, 49, 74.
Apologismo — 132.
Aristocracia — 32, 45, 46, 87, 119, 130, 131, 398.
Aristocracia financiera — 210-213, 218-220, 474.
Armas — 198, 203.
Armamento del proletariado — 185-186, 202-204.
Arte — 80, 114.
Artesanía — 19, 50-53, 60, 66, 83, 85, 87, 120.
Asia — 500, 504, 507, 544.
Vease también: *India, China.*
Asociación Internacional de los Trabajadores — 103-105, 198.
Austria — 108, 153, 194, 196, 197, 202, 205, 213, 220, 238, 275, 315, 317-318, 324-327, 328-336, 340-342, 343, 344, 355-357, 371, 373-377, 380, 381, 385.

B

Bancos — 58, 72, 92, 129, 222-223, 294, 295, 328, 474-475.
Barbarie — 50, 53, 71, 72, 115, 116, 504, 507.
Base y superestructura — 15-16, 20, 21, 24, 27, 29, 33, 39, 45, 66, 68-70, 87, 92, 102, 113, 115, 125, 127, 153, 154, 190, 195, 407, 431, 517-518, 523, 533, 539.
Véase también: *Estado, Arte, Moral, Derecho, Religión, Filosofía, Economía y política.*
Blanquismo, blanquistas — 198, 288.
Bélgica — 97, 154, 205, 310.
Biología — 103.
Bolsa — 59, 77, 220, 221, 275, 328, 412, 444, 462, 474, 496.
Bonapartismo — 197, 198, 200, 240-244, 253, 257, 405, 429, 451-455, 459, 461, 462, 464, 468, 480, 487, 489-492, 493, 495-498.
Bulgaria — 205.
Burguesía — 45, 46, 62, 63, 76, 77, 80, 83, 84, 85, 87, 98, 111-116, 121-127, 135, 142, 151, 171, 256, 257, 292, 307, 320, 397, 419, 431-432, 445, 446, 464, 510, 511;
— historia de su desarrollo—57, 60, 63, 66, 77, 78, 87, 88, 111-113, 115, 116, 118-122, 128, 131, 132, 141, 143, 144, 153, 166, 167, 193, 194, 196, 197, 202, 210, 218, 309-311, 315, 317, 318, 322, 323, 331, 334, 345-346, 397, 398, 445, 446;
y el proletariado—37, 46, 60, 63-65, 87-88, 90, 93, 102-103, 112, 117, 119, 121, 122, 144, 157, 170, 193, 197, 202, 214, 217, 218, 219, 311, 322-323, 407;
— y el Estado — 57, 77-78, 113, 115, 187-189, 195, 231, 256, 257, 276, 312, 326-327, 395, 443, 446, 469, 487, 488, 536;
— gran — 56, 58, 90, 196.
Burguesía pequeña — 134.
Burocracia — 182, 493, 495.

C

Campesinado — 18, 54, 55, 91, 94, 120, 123, 132, 153, 182, 196, 197, 210, 216, 281-283, 313-314, 336, 488-493.

Campesinos siervos — 18, 19, 23, 50, 52, 66-67, 84-85, 90, 111, 112, 121, 157, 313, 328, 333.
Capital — 37, 49, 50, 52, 54-56, 58, 59, 60, 77, 87, 88, 112, 120, 123, 162-167, 170, 177-178, 282-283, 431, 492, 511-512, 516;
— industrial — 59, 63, 73, 81;
— estatal — 92, 129;
— comercial — 63;
— productivo — 166, 167, 170, 171, 172, 177;
— bancario — 474-475;
— como relación social — 163.
Capital constante — 168.
Capital variable — 168.
Carrera armamentista — 198-199.
Cartago — 70, 544.
Cartismo — 98, 139, 352-353, 543.
Casualidad — 65-67, 69, 73, 76, 79, 147.
Centralización — 33, 59, 92, 115, 119, 129, 511-512.
Ciclo industrial —87, 192, 477-479.
Ciencia — 80, 511, 514, 520.
Civilización —49, 50, 115, 132, 511.
Ciudad y campo — 19, 50-57, 58, 60, 62, 63, 77, 78, 87, 203;
— separación de la ciudad y del campo como primera gran división social del trabajo — 17, 19, 50, 51, 535;
— contraste entre la ciudad y el campo — 17-20, 50, 51, 63, 115, 431;
— desaparición del contraste entre la ciudad y el campo bajo el comunismo — 50, 62, 92, 95, 129, 138.
Clases — 17, 25, 31, 45—47, 65, 66, 67, 77, 78, 82, 83, 120, 157, 194, 431, 542;
— su origen — 37, 38, 50, 60, 63, 77-78, 122;
— como producto de las relaciones económicas — 25, 45, 56, 60, 89, 191, 196, 542;
— revolucionarias — 37, 46, 47, 60, 64, 66, 119, 217;
— dominantes — 31, 37—38, 45-47, 64, 65, 78, 90, 119, 121, 127, 157, 194, 257, 277;
— su contraste — 47, 61, 64-67, 85, 86, 90, 93, 102-103, 111-112, 121, 127, 277;
— destrucción de las clases — 31, 38, 47, 64, 66-67, 94-96, 128, 129, 152, 183, 386, 312, 542.
Clase obrera — 105, 118, 151, 153, 165, 171, 175, 186, 198, 199, 312, 388, 514.
Véase también: *Proletariado*.
Colectividad — 65, 67.
Colonización — 56, 112.
Colonias — 57, 70, 112, 511, 521, 533, 534, 538.
Véase también: *India*.
Comerciantes — 53, 54, 56, 58.
Comercio — 17, 24, 25, 33, 49, 53-59, 63, 78, 79, 516.
Compañía de las Indias Orientales — 500.
Competencia — 12, 34, 46, 50, 53, 55-59, 61, 62, 65, 73, 77, 79, 82, 83-90, 106, 116-119, 121, 128, 132, 143, 158, 159, 161, 172-175, 177, 535, 537-539.
Comuna de París — 100, 198, 200.
Comunas (de producción) — 92.
Comunas medievales — 113, 121.
Comunidad — 50-52, 111, 187, 188, 502, 503, 507, 509, 528.
Comunidad (rusa) — 102, 111.
Comunismo (doctrina) — 23, 34, 37, 38, 40, 43, 82, 325, 416;
— utópico — 104-105, 136-139, 322-323;
— científico — 26, 38, 43, 44, 68, 91, 96-98, 105, 110, 122, 123, 126, 139, 183, 195-197, 288, 322, 327, 398, 540.
Comunismo (formación económico-social) —
— producción — 32, 34, 38, 68, 89-96, 124, 129, 152;
— distribución — 33, 94;
— consumo — 93, 94;
— premisas materiales — 34-35, 62-63, 67, 68, 88, 95, 101-102, 509, 511, 518, 523;
— fuerzas productivas — 34, 38, 62, 67, 75, 76, 92-95, 124, 129, 152, 183, 511;
— relaciones de producción — 33, 38, 68, 75, 88-90, 93, 94, 124-126, 128, 129, 288;
— base material y técnica — 62, 68, 88, 93, 94;
— es posible solamente en escala mundial — 34, 86, 93, 183;

— y desaparición de la propiedad privada — 33, 36, 38, 43, 50, 60, 62, 64, 76, 85, 86, 90-96, 101, 122-126, 140, 183, 239;
— trabajo — 32, 38, 64, 75, 92, 124, 125, 129, 239;
— supresión del contraste entre la ciudad y el campo — 50, 62, 92, 95, 129, 138;
— y desaparición de las clases — 31, 38, 47, 64, 66-67, 94-95, 128, 129, 152, 183, 388, 312, 542;
— y el Estado — 31, 91, 100, 129, 183, 488, 495;
— familia — 63, 96, 126;
— desarrollo armónico de los individuos — 36, 38, 64-65, 67, 68, 75, 89, 94-95, 152;
— necesidad del período de transición del capitalismo al comunismo — 91, 92, 97, 128-130, 152, 187.
Concentración — 57, 59, 115, 188;
— del capital — 50, 54, 83, 101, 115, 132, 171, 174, 287;
— de la propiedad territorial — 71, 132;
— del transporte — 93.
Concepción materialista de la historia — 15, 16, 20-26, 28, 35, 36, 39-40, 45, 46, 65, 68, 70, 71, 90-91, 102-103, 115, 116, 127, 136, 163, 190-192, 407, 408, 514, 517, 522-524, 532, 536-537.
Conciencia — 21, 28-32, 39, 45, 61, 70, 80, 127, 128, 517, 523.
Constitución burguesa — 97-98, 238 241, 251, 252, 262, 292, 319, 418-423.
Constitucionalismo — 316, 324-325.
Consumo — 30, 93, 151, 532, 535.
Contradicción — 8, 30, 112, 121;
— entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas — 29, 30, 32, 37, 49, 60, 61, 69, 70, 73-74, 89, 90, 115, 116, 310, 514, 517, 523, 540;
— entre la producción y el consumo — 30, 93, 151;
— entre el trabajo y el capital — 73, 112; 123, 170, 171, 434;
— entre los países industriales y atrasados — 115, 154;
— entre lo particular y lo común— 31-33, 65-67.
«Contribución a la crítica de la Economía Política» de C. Marx (historia de su creación) — 516, 525.
Coste de producción — 84, 158-162, 170, 172-175, 277.
Crédito — 77, 92, 129, 177, 220-222, 235, 295, 474-475, 535, 536, 538.
Cristianismo — 15, 128, 131, 207-208.
Crisis económicas — 88, 89, 93, 115, 116, 118, 132, 177, 192, 213-221, 293, 295, 296, 466, 475, 477-479, 535.
Crisis de la superproducción — véase: *Crisis económicas.*
Cruzadas — 114.
Cuestión nacional — 107, 113-115, 232, 346-348, 371-373, 509-511.
Cuestión agraria — 187.
Véase también: *Campesinado.*
Culto — 14, 227.

Ch

Checoslovaquia — 348-350.
China — 36, 86, 328.
Chovinismo — 199.

D

Darvinismo — 103.
Democracia — 17, 31, 91, 128, 194, 398, 436-437.
Democracia burguesa — 418-420.
Depauperación de la clase obrera — 34, 35, 151, 169.
Derecho (privado) — 70, 78-80, 125, 128, 517, 523, 544.
Desarrollo — 69, 70, 527.
Desempleo — 34, 36.
Deuda del Estado — 58, 77, 189, 211, 275, 276, 474-475, 511.
Dictadura del proletariado — 31.
«Dieciocho (El) Brumario de Luis Bonaparte» de C. Marx (historia de su creación) — 404, 406.
Dinamarca — 205, 351, 354.
Dinero — 37, 49, 57, 59, 60, 73, 529, 544;
— papel moneda — 59.

División del trabajo — 16, 30-33, 45, 46, 48, 50, 53, 54, 73, 80, 81, 533, 534, 536, 544;
— y desarrollo de las fuerzas productivas — 16, 19, 30, 32, 36, 59, 171-175;
— primera gran división social del trabajo — 16, 19, 49, 50, 534;
— segunda gran división social del trabajo — 16, 19, 53;
— división entre el trabajo intelectual y manual — 29, 30, 45-46, 50, 74;
— natural — 17, 29, 30, 59;
— manufacturera (y en la fábrica) — 49, 52, 54, 83, 86, 112, 116, 173, 174;
— en la familia — 17, 31;
— y las formas de propiedad — 17, 31, 72-73;
— en las formaciones antagónicas — 30, 31, 40, 50, 65, 67, 72, 75, 132, 174-177;
— y las clases — 32, 63, 94;
— necesidad de la abolición del viejo sistema de la división del trabajo bajo el comunismo — 32, 33, 38, 60, 64, 66, 67, 76, 94—95.

E

Economía y política — 20, 40, 42, 68-69.
Economía Política — 521-523, 541;
— marxista — 145-146, 191-192, 511, 517, 519, 520, 522-523, 524, 527-530;
— clásica — 146—150, 528-530;
— vulgar — 30, 33, 73, 132, 135, 160, 162, 166, 171, 176, 522, 525, 526, 537, 538.
Edad Media — 18, 51-54, 59, 63, 76-78, 84, 85, 90, 108, 111, 112, 118, 119, 124, 132, 143, 187, 309, 312, 398, 407, 521-522, 533.
Educación — 92, 94-95, 126, 129.
Ejército — 163, 197, 198, 201-203, 310, 352, 353, 484, 544.
Emigración — 101, 307.
Empréstito del Estado — 211, 212, 328.
Enajenación — 34, 76.
Enseñanza laboral — 92, 129.
Esclavitud — 17, 23, 31, 71, 72, 77, 84, 85, 111, 157, 162, 538.
Escuela histórica — 318.
Esencia y fenómeno — 46, 61.
Eslavos — 345-346, 348, 349, 372-373.
España — 142, 200, 202, 372.
Especulación (filosófica) — 36, 37, 47, 525.
Espontaneidad — 68, 70.
Estadística — 191.
Estado — 20, 31, 35, 37, 39, 63, 65, 67, 70, 76-78, 80, 138, 182, 516, 517;
— su origen — 17, 20, 35, 49, 56;
— y la lucha de clases —31, 37;
— toma del poder estatal por el proletariado — 31, 91, 92, 129, 183, 185, 186, 488, 495;
— burgués — 57, 77-78, 112, 115, 187-189, 196, 231, 256, 257, 277, 312, 326-327, 395, 443, 446, 469, 487-489;
— su papel en la sociedad de clases — 37, 77-78, 112, 215, 231.
Estamento — 17, 19, 46, 64-66, 68, 77, 78, 81, 111, 120, 132, 144.
Explotación — 102-103, 113, 118, 123, 127, 218, 282-283.
Expropiación — 129;
— de los expropiadores — 92.

F

Familia — 17, 27, 31, 32, 35, 49, 62, 63, 68, 96, 113, 120, 126, 127, 138, 143, 532.
Fetichismo mercantil — 32, 36, 37, 49, 64, 65, 74, 81, 514, 528.
Feuerbachianismo — 43;
— su carácter general — 8, 12, 23;
— defecto del materialismo de Feuerbach — 7, 23-26, 43-44;
— idealismo de Feuerbach — 8, 9, 25, 43-44.
Feudalismo — 18, 19, 50, 55, 56, 63, 66, 71, 72, 78, 80, 85, 90, 96, 111-113, 116, 117, 121, 128, 130, 143, 163, 171, 187, 218, 309-310, 311, 407, 409, 488, 491, 495, 518, 533, 539, 540.

Filosofía —
— característica general — 9-12, 14, 22, 24, 29, 39, 42, 47, 64, 76, 79, 127;
— como superestructura — 29, 39;
— cambio de su objeto — 22.
Véase también; *Idealismo*, *Filosofía clásica alemana*, *Materialismo*, *Feuerbachianismo.*
Filosofía clásica alemana — 11, 13, 41, 47, 133, 317.
Filosofía francesa del siglo XVIII — 27.
Filosofía inglesa del siglo XVII — 27.
Física — 25.
Flandes — 54, 501.
Forma y contenido — 121, 128.
Formación económico-social — 17-19, 24, 27, 34-35, 39, 46, 66, 69, 75, 76, 89, 163, 517, 532, 533.
Francia — 33, 38, 43, 47, 54, 58, 59, 73, 78, 86, 91, 93, 97, 104, 113, 120, 130, 132, 133, 139, 140, 143, 153, 181, 188, 189, 191, 192, 196-200, 202, 204-205, 210, 213-221, 307, 309, 310, 312, 323, 339, 353, 357, 372, 397, 405-407, 409, 420, 429, 442-443, 478, 479, 485-488, 491, 492, 497, 498, 521;
— monarquía de Julio — 210-214, 216, 220, 222, 256, 275, 279, 285, 414, 417-419, 423, 424, 428, 431, 432, 439, 488;
— Segundo Imperio — 197, 488-491, 493-498;
— golpe de Estado de 1851 — 410-412, 422, 426, 481, 483-485, 487.
Véase también: *Bonapartismo*, *Partido republicano burgués en Francia*, *Gran Revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia*, *Legitimistas*, *Guardia Nacional*, *Orleanistas*, *Comuna de París*, *Revolución de 1848 en Francia*, *Partido republicano en Francia.*—
Fuerzas productivas — 16-18, 20, 21, 25, 27, 32-35, 37, 40, 53, 59,-62, 67-70, 73-75, 81, 90-93, 115-116, 121, 152, 163, 183, 296, 508, 517-519, 523, 532, 533, 536-537, 544.
Véase también: *Leyes económicas.*
Fuerza de trabajo — 34, 146, 150, 155, 164-166, 167;
— su valor — 148, 149, 150, 155, 161;
— como mercancía — 150, 151, 155-158, 164-165.

G

Galia — 71, 208.
Ganancia — 159, 160, 169, 170.
Gens — 71, 111, 143.
Gran industria — 50, 53, 59, 61, 73, 77, 83-84, 86-89, 106, 108, 112, 118, 120, 122, 534, 538.
Gran Revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia — 47, 59, 123, 132, 142-144, 187, 188, 204, 219, 223, 230-231, 310, 311, 313, 407-409, 422, 428, 488, 491.
Grandes descubrimientos geográficos — 56, 112.
Grecia (*Antigua*) — 18, 70.
Gremios (*medievales*) — 19, 50-52, 54-57, 60, 87, 90, 111, 112, 133, 143, 196, 312, 330, 333, 533, 534, 544.
Guardia Nacional (en Francia) — 202, 214, 215, 413, 439, 440.
Guerra — 17, 53, 55, 57, 71, 72, 77, 153, 197, 198, 204-205, 309, 363, 369, 385, 540;
— mundial — 154, 198, 277;
— civil — 229—230, 409;
— guerras de liberación de 1813 en Europa — 36.
Guerra franco-prusiana de 1871— 198, 199.

H

Hegelianismo — véase: *Filosofía clásica alemana.*
Herencia — 92, 129.
Hipoteca — 281, 282, 492, 494.
Historiografía — 15, 26, 41, 48.
Historia (como ciencia) — 12, 15, 22, 26—20, 35—36, 39, 40, 42, 45, 46, 59, 61, 65, 69-71, 76, 80, 102-103, 119, 127, 187, 190, 191, 308-309, 406, 431, 514, 523, 526, 533, 542.

Historia moderna — 190, 195.
Holanda — 310, 500, 521.
Hombre — 7, 8, 15, 28, 29, 35, 47-51, 94, 113, 514;
— su diferencia del mundo animal — 15, 28;
— y la Naturaleza — 24-25, 28, 35, 39, 40, 44, 49-50, 162, 514;
— riqueza espiritual del individuo depende de la riqueza de sus relaciones reales — 36.
Hungría — 84-85, 107, 108, 153, 196, 220, 331, 332, 333, 336, 350, 352, 358, 362-364, 373, 374, 377.

I

Idealismo —
— su condicionalidad histórica — 14, 29, 45;
— característica general — 7, 11, 21-23, 36, 37, 39, 41, 47, 48, 78, 405, 517, 523, 524;
— crítica del idealismo hegeliano — 13-15, 41, 47, 317, 525-527;
— concepción idealista de la historia — 36, 37, 39-41, 45-48, 63, 64, 76, 133, 532, 534, 537, 539;
— jóvenes hegelianos — 11-15, 41-45, 64, 317, 319, 525-526;
— viejos hegelianos — 14.
Ideología — 13, 21, 29, 45, 46, 48, 59, 63, 76, 80, 119, 127, 210, 518.
Idioma — 23, 29, 31, 408-409.
Igualdad (burguesa) — 87.
Imperio Romano de Oriente — 71.
Impuestos — 50, 77, 87, 91, 129, 189, 198, 211, 240, 246, 256, 276, 278-280, 282, 493, 536.
India — 36, 41, 86, 111, 499-511.
Industria — 16, 19, 24, 25, 44, 49, 56, 59, 78, 79, 83, 87, 89, 197, 218, 310.
Inglaterra — 25, 33, 36, 38, 50, 54, 55, 57, 59, 71, 73, 78, 82, 86, 91, 93, 97, 99, 101, 113, 119, 120, 130, 132, 139, 140, 143, 154, 190, 193, 196, 213, 217, 220, 238, 275, 277, 293, 295, 296, 307, 309, 310, 328, 352-353, 372, 478, 479, 492, 504-508, 510, 521, 533-536;
— burguesía inglesa — 277, 307, 309, 310, 508-511;
— aristocracia latifundista inglesa — 130, 131, 432;
— clase obrera inglesa — 312, 514;
— campesinado — 314;
— política colonial de Inglaterra — 499-512.
Instrucción — 119, 125.
Instrumentos de producción — 49-51, 75.
Instrumentos de trabajo — 53, 73.
Insurrección — 201-205, 352-354, 385-386.
Intensificación del trabajo—116-118.
Internacional — véase: *Asociación Internacional de los Trabajadores.*
Internacional II — 105.
Internacionalismo proletario — 105-106, 119, 122, 197, 205.
Intercambio — 25, 49-51, 55, 159, 529, 532.
Inventos — 36, 44, 53, 151, 535.
Irlanda — 111, 153, 499.
Islandia — 70.
Italia — 25, 54, 71, 78, 107-109, 113, 153, 194, 205, 213, 220, 238, 253-255, 329, 333, 336, 351-352, 357, 374, 377, 423, 425, 427, 499, 501, 544.

J

Jornada de trabajo — 151;
— lucha por su reducción — 104, 119.
«*Joven Alemania*» — 317.
«*Joven Inglaterra*» — 131.

L

Lassalleanismo — 104.
Legitimistas (en Francia) — 131, 216, 230, 233, 245, 251, 256, 262, 269, 275, 285, 286, 302, 424, 431-432, 440-441, 444, 452, 464, 469, 471-473, 474, 484.
Ley universal de la acumulación capitalista — 166-167, 169-171, 176-178.

Leyes económicas — 537;
— modo de su realización en las formaciones antagónicas — 31-33, 37, 64-67, 69, 173, 176, 532-533;
— modo de su realización bajo el comunismo — 31, 33, 37, 67;
— ley de correspondencia de las relaciones de producción a las fuerzas productivas — 61, 68-73, 74, 75, 533, 536-537, 544.
Ley de excepción contra los socialistas en Alemania — 199, 201, 208.
Libertad — 36, 65, 68, 113, 123-125, 128, 419, 420.
Libertad de comercio — 59, 113, 124, 277, 517.
Librecambistas — 287, 364.
Liga de los Comunistas — 99, 105, 110, 179, 180, 183, 184, 186, 398-400.
Literatura (socialista y comunista)—130-131, 133—134, 316, 330
Lógico e histórico — 68, 527, 529.
Lucha de clases — 31, 37-38, 46 61, 65-66, 122, 153, 154, 204 405-407, 430, 450, 542;
— fuerza motriz del desarrollo de las sociedades antagónicas — 46, 102-103, 111, 127;
— bajo el feudalismo — 46, 51-53, 63, 65-67, 111-112;
— bajo el capitalismo — 60, 92-93, 98, 112, 117-121, 122, 136, 186, 193, 196, 197, 202-205, 217-219, 334, 407, 445-447, 450, 535;
— económica — 136.;
— política — 61, 119, 153, 398;
— y conquista del poder político — 31, 183;
— sus formas dependen del nivel del desarrollo de la producción — 24.
Lucha por la existencia de la sociedad — 34.
Lucha de barricadas — 201-204, 215 352, 361, 413.
«Luchas (Las) de clases en Francia» de C. Marx (historia de su creación) — 190, 191.
Lumpemproletariado — 71, 120, 212-213, 224, 447, 453, 461, 485-486, 494, 496.

M

«Manifiesto del Partido Comunista» (historia de su creación) — 99-103, 104, 106, 107, 108, 179, 190, 398, 519.
Manufactura — 54-61, 77, 81, 83, 85-87, 90, 112, 113, 196, 521, 534.
Máquina — 36, 37, 56, 59, 62, 82-83, 88, 112, 115-117, 118-119, 132, 172, 173-177, 509, 510, 513, 514, 535, 536, 538, 544.
Marxismo (su historia) — 31, 99, 102-103, 145-146, 196-197, 319, 516, 517, 519, 524-525, 526-528, 542.
Véase también: *(El) Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de C. Marx, *La contribución a la crítica de la Economía Política* de C. Marx, *Las luchas de clase en Francia* de C. Marx, *Manifiesto del Partido Comunista, Asociación Internacional de los Trabajadores, Trabajo asalariado y capital* de C. Marx y *Liga de los Comunistas.*
Materias primas — 57, 114.
Materialismo —
— concepción materialista del mundo — 8, 15, 16, 20, 525, 526;
— dialéctico — 8, 24, 517, 526, 528;
— histórico — 8, 9, 15, 16, 20, 21, 23-26, 27, 28, 36, 45, 46, 65, 68, 70, 71, 90-91, 102-103, 163, 190-192, 407, 408, 514, 517, 518, 522-524;
— de Feuerbach — 7-9, 23-26;
— vulgar — 25, 525;
— premarxista — 7-9, 26.
Materialismo histórico — véase: *Materialismo, Concepción materialista de la historia.*
Matrimonio — 71, 92, 96, 127.
Mayorazgo — 87, 143.
Mecánica — 59.
Medios de producción — 15-17, 45, 49, 71, 115—116, 150, 193, 218, 239.
Mercado — 57, 101, 112, 114, 535.
Mercado mundial — 34, 36, 53, 56-59, 61, 93, 112-115, 127, 154, 174, 190, 217, 516, 534, 535.

Mercancía — 117, 163, 164, 528, 529.
Metafísica — 13, 20, 21, 36, 525-527, 528.
Método de la Economía Política marxista — 526-528.
Véase también: *Abstracción.*
Modo de producción — 15-16, 24, 27, 30, 39, 46, 75, 78, 83, 89 114, 173, 517, 523, 533.
Véase también: *Formación económico-social.*
Modo de producción capitalista — 33, 55, 56, 59, 60, 76, 86-87, 88, 108, 114-116, 123, 124, 148, 150, 151, 156, 163, 166, 174, 196, 407, 409, 511-513, 516, 517-159, 521, 523, 539;
— sus contradicciones — 63, 88, 111-112, 151, 152, 166, 174, 517, 519, 523, 537-538;
— relaciones de producción — 154, 517, 519.
Véase también: *Anarquía de la producción capitalista*, *Burguesía*, *Salario*, *Capital*, *Competencia*, *Gran industria*, *Mercado mundial*, *Trabajo asalariado*, *Proletariado*, *Industria*, *Fuerza de trabajo*, *Propiedad*, *Crisis económicas.*
Modo de producción esclavista — 17, 18, 78, 111, 157.
Modo de producción asiático — 500-502, 518.
Monarquía — 20, 32, 45, 113, 293, 431, 469;
— absoluta — 80, 87, 98, 113, 118, 133, 143, 328, 329, 488;
— constitucional — 87, 141-143, 215, 317, 325;
— burguesa — 154, 216, 227.
Monopolio — 58, 129, 158-159, 537-539;
— colonial — 57.
Moral — 13, 20, 21, 30, 39, 59, 80, 120, 128.
Movimiento obrero — 104-105, 118, 121, 122, 313, 322-323.
Véase también: *Lucha de clases.*
Movimiento liberal — 134, 310, 315, 316.
Mundo antiguo — 17, 18, 72, 76, 77, 80, 163, 406, 518.

N

Nación — 16, 30, 36, 50, 54, 55-58, 60, 70, 76, 106, 107, 115, 127, 143, 198, 310-312, 346, 371-373, 413, 487, 540.
Nacionalidad — 36, 38, 60, 76, 77, 96, 114-115, 120, 121, 127, 348, 372.
Nacionalización — 129, 187, 189.
Naturaleza — 24-25, 29, 35, 39, 40, 44, 49, 59, 62, 115, 169.
Necesidades — 27-30, 34, 50, 52, 59, 61, 69, 70, 93, 94, 113-115, 166-167.
Nobleza — 18, 19, 55, 65, 66, 84, 87, 113, 119, 309-310, 319, 328.

O

Obrero (en la sociedad capitalista) — 53, 55, 60, 84, 121, 124, 157, 164, 171.
Oferta y demanda — 33, 59, 158-162.
Orleanistas (en Francia) — 233, 245, 251, 256, 262, 269, 275, 286, 302, 424, 431-432, 441, 445, 464, 468-469, 472, 473, 484.
Oro (*y plata*) — 55-59, 167.

P

Países Bajos — 142.
Paneslavismo — 348-351, 372.
Partido proletario — 43, 90, 98, 100, 110, 119, 122, 179, 180, 183, 184, 186, 187, 188-189, 191, 192, 307, 339-340, 347, 397, 398, 524.
Partido Socialdemócrata Alemán — 139, 199-201, 205-207.
Partido democrático (en Alemania) — 179, 181-189, 381-382, 395.
Partido Liberal — 181, 322, 397.
Partido republicano en Francia — 181, 214.
Partido republicano burgués en Francia (partido del «*Nacional*») — 215, 220, 227, 230, 233-235, 237-238, 240, 241, 244-245, 247, 249-253, 256, 260-

261, 265, 270, 417-419, 424, 428.
Patria — 127.
Pauperismo — 121.
Pensamiento — 7, 8, 20, 21, 30, 47.
Pequeña burguesía — 56, 91, 97, 117, 118, 120, 121, 123, 132, 177, 179, 181-184, 188, 196, 197, 210, 233, 287-288, 310-312, 388-390, 392, 397, 398, 434, 436-437, 540, 541.
Persia — 501.
Personalidad — 42, 65, 66-68, 124, 125.
Plebe — 18, 19, 51, 71, 111.
Plusvalía — 151.
Plusvalía suplementaria — 171-172.
Población — 16, 27, 29, 50, 52, 54, 71, 115, 116.
Poder político — 31, 87, 129, 312.
Política — 20, 42, 50, 69, 78, 80, 128.
Política exterior — 197.
Polonia — 84-85, 106-107, 139, 153, 196, 198, 220, 345-347, 351.
— reparto de ésta — 213, 346.
Práctica (en el sentido filosófico) — 7-9, 29, 34, 42.
Precio — 84, 86, 115, 117, 147, 149, 155, 158-162, 164, 170, 173, 529.
Prensa periódica — 320, 507.
Prestación en especie — 66.
Prestación en trabajo — 66.
Presupuesto (del Estado) — 211, 276, 417.
Primero de Mayo — 152.
Proceso de los comunistas de Colonia — 397, 399-403.
Producción — 15-16, 25, 28, 30, 39, 53, 54, 55, 58, 61, 69, 72, 95, 163, 517, 532, 539;
— como característica del individuo — 15, 26;
— oposición entre la producción y el consumo en las formaciones antagónicas — 30, 93, 151.
Productividad del trabajo — 29, 151, 170, 172.
Progreso — 94, 119, 121, 510.
Proletariado — 37, 38, 42, 61, 75, 82, 84-86, 105, 111, 117, 120, 131, 137, 165-166, 179, 186, 198, 199, 218-219, 220, 311, 513-515, 542;
— historia de su desarrollo — 18, 34-35, 37, 61, 62, 63-65, 82, 83, 87-88, 90, 91, 101, 105, 108, 117-119, 121-122, 132, 142, 177, 196-198, 215, 312, 336, 398, 414;
— antítesis entre el proletariado y la burguesía — 37, 46, 60, 63, 65, 67, 85, 90, 111—112, 117, 140, 144, 170, 197, 216-218, 323;
— lucha de clases entre el proletariado y la burguesía — 60, 88, 93, 98, 102-103, 111-112, 117-119, 121-122, 136-137, 153, 193, 196, 197, 217-219, 231, 243, 252, 261, 266, 312, 407;
— y la concepción comunista del mundo — 34-35, 37, 44, 87, 96, 104, 106, 122, 130, 152, 288, 397-398;
— exigencia del proletariado de destruir las clases — 31, 38, 46, 64, 66-67, 94-96, 127, 152, 183, 288, 312;
— su misión histórica — 34, 66, 75, 122, 153-154;
— y conquista del poder político — 31, 91, 92, 100, 122, 127, 128, 129, 183, 185, 186, 200, 243, 488, 495;
— diferencia entre el proletariado y todas las demás clases — 34, 37, 38, 60, 64, 66, 67, 85, 86, 120, 121, 179, 184;
— internacionalismo proletario — 105, 119, 122, 197, 205;
— formas de su lucha — 201;
— necesidad de la alianza con los campesinos — 187-188, 205, 218, 231, 283, 493, 495, 543. Véase también: *Armamento del proletariado*, *Dictadura del proletariado*.
Propaganda — 146, 154, 200, 205.
Propiedad — 17, 19, 31, 32-33, 54, 61, 76, 77, 120, 122-123, 218, 518, 523, 536;
— privada — 17, 18, 36, 49, 50, 59, 60, 62, 73-74, 77-79, 85, 90, 188;
— propiedad privada basada en el trabajo propio del productor — 19, 50-52, 75, 83, 123, 494;

— propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno — 31, 49, 77, 85, 123;
— de tribu — 17, 18, 77;
— comunal — 17, 18, 81, 187;
— antigua — 17, 18, 77, 78, 126;
— feudal — 18, 19, 56, 66, 77, 81, 85, 123, 126, 143, 536;
— burguesa — 63-64, 73, 74, 77, 78, 81, 83, 85, 133-126, 143, 415, 416, 536;
— del Estado — 17, 77, 187, 188;
— necesidad de abolición de la propiedad privada — 33, 36, 38, 43, 49, 60, 62, 64, 76, 85, 86, 90-95, 101, 122-126, 140, 183, 239.
Propiedad territorial — 18, 33, 49, 50, 78, 81, 101, 129, 187, 431, 432, 470, 516;
— feudal — 19, 56, 66;
— en el mundo antiguo—71, 77;
— bajo el capitalismo — 432, 507.
Prostitución — 96, 126, 127.
Proteccionismo — 56-57, 59, 218, 311, 330, 517.
Proudhonismo — 103, 198, 295, 531-542.
Prusia — 197, 198, 213, 315, 324, 327, 328, 332, 337, 340-341, 343, 344, 371, 374, 380-382, 385.
Pueblos agrícolas — 62.

Q

Química — 25, 94, 115.

R

Radicales — 98, 110, 126, 139, 195.
Raza — 15, 73.
Reformismo — 188-189.
Régimen primitivo — 17, 102, 111, 528.
Régimen de tribu — 17, 18, 31, 35, 49, 50, 65, 70, 77, 111.
Relaciones de producción — 16-18, 20, 21, 24, 27, 30, 32-35, 39, 54, 60, 61, 67-70, 74-75, 80, 89, 113, 115, 122-123, 125, 129, 154, 162, 163, 217, 288, 296, 517-518, 523, 537-539, 544.
Véase también: *Leyes económicas.*
Religión — 8, 9, 13, 20, 21, 28, 29, 39-41, 59, 69, 78, 80, 96, 113, 120, 128, 131, 133, 253, 325-326, 330, 494, 499, 503, 510, 523.
Renta del suelo — 79, 129, 131, 432.
Renta — véase: *Renta del suelo.*
Rentista — 65, 177.
República —
— burguesa — 154, 187, 188, 196, 215-216, 219, 220, 227-229, 231, 238, 246, 249, 256, 257, 261, 274, 275, 282, 293, 300, 415, 417, 424, 438, 441;
— parlamentaria — 432, 438, 446, 465, 468-469, 485, 488.
Revolución — 23, 32, 33, 37-40, 44, 46-47, 61, 70, 91, 108, 111, 180, 181, 192, 195, 197, 204, 205, 220, 283, 307-308, 334-335, 369, 370, 387, 408, 410-411, 414, 503, 511-514, 518, 523, 540;
— fuerza motriz de la historia — 39, 61, 283, 335;
— sus premisas y condiciones — 26, 34—35, 37, 38, 40, 61, 70, 88, 91, 92, 115, 121, 192, 217, 221, 300, 307-308, 398;
— comunista — 35, 37, 66, 75, 88, 91, 115, 120, 121, 128-130, 136, 140, 153-154, 183, 185, 188, 192-194, 198, 204, 207, 217, 221, 232, 300, 308, 337, 352, 398, 411-412, 510, 511, 514, 543;
— diferencia entre la revolución comunista y todas las demás — 37, 38, 66, 67, 75, 91, 183, 194-196, 204, 488;
— revolución proletaria tendrá lugar simultáneamente en todos los países avanzados — 34, 86-87, 92-93, 127, 183, 217, 232, 280, 511;
— burguesa — 86, 87, 98, 108, 112, 115, 123, 140, 180-181, 187, 195, 209, 210, 311, 337, 411;
— posibilidad de su victoria por vía pacífica — 91, 180-181;
— ininterrumpida — 183, 185, 188, 194, 196, 280, 291, 387.

Véase también: *Revolución burguesa en inglaterra en el siglo XVII*, *Gran Revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia*, *Revolución de 1848-1849*, *Revolución de 1848-1849 en Alemania*, *Revolución de 1848 en Francia*.
Revolución de 1848-1849 — 99-101, 105, 107-109, 153, 154, 179, 180, 191-198, 202, 209, 219, 307, 308, 340, 346, 350-353, 398, 408, 410, 412, 428, 429, 513.
Revolución de 1848-1849 en Alemania — 135, 141-144, 153, 180, 181, 194, 202, 309, 312-313, 316, 324, 337, 345, 350, 352-354, 379, 524, 543;
— insurrección de marzo en Berlín y Viena — 334-339, 341, 342, 350, 364, 370, 379;
— burguesía en la revolución — 336-342, 380, 381, 395;
— proletariado en la revolución — 336, 338, 387, 391;
— gobiernos burgueses — 338, 339, 341, 342, 347, 368, 373;
— Asamblea Nacional de Francfort — 339, 341-345, 354, 355, 364, 365-367, 370-372, 374—387, 391-395;
— insurrección de octubre de 1848 en Viena — 202, 355, 358-367, 370;
— Constitución imperial — 376-382, 384;
— lucha por la Constitución imperial — 380-392, 394, 396.
Revolución de 1848 en Francia — 99, 108, 153, 193, 195, 197, 202, 209, 213-220, 230, 243, 324, 334, 337, 353, 411, 413, 414-419, 422, 428-430, 439, 440, 484-485, 498, 524;
— insurrección del proletariado en junio — 103, 153, 194, 202, 219, 229-235, 260, 261, 353, 355, 370, 415, 416, 418, 424, 428, 435, 437, 439, 440, 448, 450, 484, 485;
— proletariado en la revolución — 196, 215-220, 224-225, 227, 228, 231, 242, 243, 249, 258, 260, 264, 288-290, 413-416, 433, 436, 448, 450, 460, 467, 477, 485-487;
— burguesía en la revolución — 196, 197, 226-228, 231-233, 237, 238, 240-242, 247, 256, 257, 292, 302, 413, 414, 417, 423, 424, 440, 443, 444, 450, 453, 460, 467, 468, 469, 473-477, 479, 482-483, 485, 486, 491;
— pequeña burguesía en la revolución — 221, 225-227, 233, 235-237, 240, 242, 243, 258, 260, 264, 267, 298, 413, 433, 436, 440, 448, 468, 485;
— campesinado en la revolución — 215, 223, 227, 238, 241, 259-260, 282-284, 424, 445, 490-492;
— partido de la Montaña — 233, 243-244, 433;
— partido democrático-social (la nueva Montaña) — 249, 251, 252, 255, 258-261, 262-268, 286, 296, 297, 300, 408, 428-431, 433-439, 448-449, 459, 462, 464, 466, 468, 482, 485;
— partido del orden — 256, 257, 262, 267, 275, 276, 284, 286, 290, 291, 292, 297-306, 415, 419, 425, 426, 427, 429-435, 437-443, 445, 447-452, 457, 459, 461-473, 475, 476, 482, 484, 485;
— Gobierno Provisional del la República de febrero — 214-217, 219-228, 235, 309, 413, 414, 417;
— Comisión de Luxemburgo — 216, 219, 225;
— Asamblea Constituyente — 227-229, 233-234, 236-239, 241, 244-253, 254, 255, 257-261, 262, 263, 278, 383, 413-415, 417, 418, 422, 423, 425-427, 429, 430, 433-435, 442-444, 447, 450-452, 455, 456, 467, 484;
— Asamblea Legislativa — 241, 255-258, 261-266, 267-273, 278, 279, 283-286, 288, 289, 297, 298, 301-303, 306, 413, 425, 428-431, 438, 440-441, 447, 458, 459, 461-464, 465, 467, 468, 481-483, 484;
— Constitución de 1848 — 418-423, 425, 426, 435, 436, 450, 468-469, 472.
La revolución burguesa en Inglaterra en el siglo XVII — 59, 140-

142, 143, 195, 310, 409, 483, 533.
La revolución industrial — 59, 82, 85-88, 112, 196, 310, 331, 398, 513.
Roma (*Antigua*) — 18, 25, 71, 72, 77, 78, 111, 114, 208, 405, 409, 514.
Rumania — 205.
Rusia — 84-85, 101-102, 106, 107, 111, 196, 205, 213, 220, 262, 325, 347, 349, 398.

S

Salario — 84, 88, 117-119, 124, 146, 148, 150, 154-157, 161-162, 167-171, 174-176, 544;
— sus formas — 149, 150;
— real — 167-169, 170;
— nominal — 167, 168, 170;
— relativo — 169, 170.
Santa Alianza — 181, 213, 318.
Sectarismo — 104, 122.
Ser — 21, 33, 44, 64, 69, 127, 517, 523.
Servicio militar general — 198.
Sistema fabril — 83.
Socialismo — 100, 106, 154, 197, 219, 322, 325, 397, 445, 467;
— científico — 103-104, 193, 197, 199, 288, 398, 445—446;
— utópico — 104-105, 136-139, 193, 228, 316, 322, 517, 524, 541.
— reaccionario — 96, 104, 130-135, 139;
— burgués — 96-97, 135-136, 193, 286-288, 445, 447;
— democrático — 97;
— feudal — 130-131, 193;
— pequeñoburgués — 132-133, 181, 182, 193, 287, 288, 414.
Socialismo «verdadero» — 133-135.
Sociedad — 24, 29, 85, 111, 121, 123, 126, 163, 519, 532.
«Sociedad civil» — 9, 27, 35, 39, 76-78, 85, 443, 517, 532, 544.
Sufragio (universal) — 87, 186-187, 199-201, 205, 215, 227, 238, 240-241, 292, 297, 298, 325, 339, 412, 419, 449, 450.
Suiza — 98, 139, 154, 181, 188, 200, 205, 213, 323, 327, 394.
Superpoblación — 175-176, 493.
Superproducción — 88, 94, 116, 132.
Superestructura — véase: *Base y superestructura*.

T

Táctica del partido comunista —
— probabilidad de la alianza con los partidos democráticos — 97, 98, 139, 140, 182-186, 388;
— necesidad de aplicar su propia política — 186-189, 206.
Teología — 13, 27, 30.
Teoría — 70, 122, 523.
Terror — 409.
Tiempo de trabajo — 161.
Trabajo — 49-51, 61, 67, 73, 164;
— como rasgo que distingue al hombre del animal — 15;
— condición principal de la vida humana — 25, 27, 28;
— antítesis entre el trabajo intelectual y manual — 29, 30, 45-46, 50, 74;
— bajo el capitalismo — 60, 74, 88, 117, 120, 124, 156, 157, 174, 175, 177;
— bajo el comunismo — 32, 38, 64, 75, 91, 124, 125, 129, 239.
Trabajo socialmente necesario — 147, 150, 151.
Trabajo asalariado — 111, 113, 121, 123-125, 138, 154, 157, 165-166, 170, 216, 516.
«Trabajo asalariado y capital» de C. Marx (historia de su creación) — 145, 178.
Tradeuniones — 103, 119.
Transfusión del capital — 160, 161.
Transporte — 102, 115, 507-508.
Turquía — 373.

V

Valor — 147-149, 151, 168-169, 528, 529;
— de la fuerza de trabajo — 148, 150, 151, 155, 161.
Valor de uso — 529.
Valor de cambio — 163, 164, 529.
Valores — 59, 72, 77.
Violencia, su papel en la historia — 71, 130.

Z

Zarismo (como baluarte de la reacción europea) — 101, 110, 315.

INDICE

PROLOGO 5

C. MARX. TESIS SOBRE FEUERBACH. 7

C. MARX y F. ENGELS. FEUERBACH. OPOSICION ENTRE LAS CONCEPCIONES MATERIALISTAS E IDEALISTAS. 11

(I capítulo de *La Ideología Alemana*). 11

[I] 11

[1. La ideología en general, y la ideología alemana en particular] 13

[2. Premisas de las que arranca la concepción materialista de la historia] 15

[3. Producción y trato. División del trabajo y formas de propiedad: tribal, antigua y feudal] 16

[4. Esencia de la concepción materialista de la historia. 20
El ser social y la conciencia social] 20

[II] 22

[1. Condiciones de la liberación real de los hombres] 22

[2. Crítica del materialismo contemplativo e inconsecuente de Feuerbach] 23

[3. Relaciones históricas primarias, o aspectos básicos de la actividad social: producción de medios de subsistencia, creación de nuevas necesidades, reproducción del hombre (la familia), relación social, conciencia] 26

[4. La división social del trabajo y sus consecuencias: la propiedad privada, el Estado, la «enajenación» de la actividad social] 31

[5. Desarrollo de las fuerzas productivas como premisa material del comunismo] 34

[6. Conclusiones de la concepción materialista de la historia: continuidad del proceso histórico, transformación de la historia en historia universal, necesidad de la revolución comunista] 35

[7. Resumen de la concepción materialista de la historia] 39

[8. Inconsistencia de toda la concepción anterior, idealista de la historia, sobre todo de la filosofía alemana posthegeliana] 40

[9. Crítica suplementaria de Feuerbach y de su concepción idealista de la historia] 43

[III] 45

[1. La clase dominante y la conciencia dominante. Cómo se ha formado la concepción hegeliana de la dominación del espíritu en la historia] 45

[IV] 49

[1. Instrumentos de producción y formas de propiedad] 49
[2. La división del trabajo material y mental. La separación entre la ciudad y el campo. El sistema gremial] 50
[3. Prosigue la división del trabajo. El comercio se separa de la industria. División del trabajo entre las distintas ciudades. La manufactura] 53
[4. La más extensa división del trabajo. La gran industria] 59
[5. La contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación, como base de la revolución social] 61
[6. La competencia de los individuos y la formación de las clases. El desarrollo de la oposición entre los individuos y las condiciones de su vida. La comunidad ilusoria de los individuos en la sociedad burguesa y la unidad efectiva de los individuos en la sociedad comunista. El sometimiento de las condiciones de vida de la sociedad al poder de los individuos unidos] 62
[7. La contradicción entre los individuos y las condiciones de su vida, como contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación. El progreso de las fuerzas productivas y la sustitución de las formas de relación] 68
[8. El papel de la violencia (la conquista) en la historia] 71
[9. El desarrollo de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación en las condiciones creadas por la gran industria y la libre competencia. El antagonismo entre el trabajo y el capital] 73
[10. La necesidad, las condiciones y los resultados de la supresión de la propiedad privada] 74
[11. La actitud del Estado y del derecho hacia la propiedad] 77
[12. Formas de conciencia social] 80

F. ENGELS. PRINCIPIOS DEL COMUNISMO. 82

C. MARX y F. ENGELS. MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA 99

Prefacio a la edición alemana de 1872 99
Prefacio a la edición rusa de 1882 101
Prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1883 . . . 102
Del prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1890 103
Prefacio de F. Engels a la edición polaca de 1892 . . . 106
Prefacio de F. Engels a la edición italiana de 1893 . . . 107

Manifiesto del Partido Comunista 110

I. Burgueses y proletarios 111
II. Proletarios y comunistas 122
III. Literatura socialista y comunista 130
1. El socialismo reaccionario 130
a) El socialismo feudal 130

b) El socialismo pequeñoburgués 132
c) El socialismo alemán o socialismo «verdadero» 133
2. El socialismo conservador o burgués 135
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico 136
IV. Actitud de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición 139

C. MARX. LA BURGUESIA Y LA CONTRARREVOLUCION.
Segundo artículo 141

C. MARX. TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL. 145
Introducción de F. Engels a la edición de 1891 . . . 145
Trabajo asalariado y capital 153

C. MARX y F. ENGELS. MENSAJE DEL COMITE CENTRAL A LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. 179
Marzo de 1850 179

C. MARX. LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850 190
Introducción de F. Engels para la edición de 1895 . . . 190
Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 209
I. La derrota de junio de 1848 210
II. El 13 de junio de 1849 232
III. Las consecuencias del 13 de junio de 1849 262
IV. La abolición del sufragio universal en 1850 293

F. ENGELS. REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ALEMANIA 307
I. Alemania en vísperas de la revolución 307
II. El Estado prusiano 315
III. Los otros Estados alemanes 324
IV. Austria 328
V. La insurrección de Viena 334
VI. La insurrección de Berlín 337
VII. La Asamblea Nacional de Francfort 341
VIII. Los polacos, los checos y los alemanes 345
IX. El paneslavismo. La guerra de Schleswig-Holstein 348
X. El alzamiento de París. La Asamblea de Francfort 352
XI. La insurrección de Viena 355
XII. El asalto de Viena. La traición a Viena . . . 360
XIII. La Asamblea Constituyente prusiana. La Asamblea Nacional 367
XIV. El restablecimiento del orden. La Dieta y la Cámara 371
XV. El triunfo de Prusia 376
XVI. La Asamblea Nacional y los gobiernos 380
XVII. La insurrección 383
XVIII. Los pequeños comerciantes y artesanos . . . 387
XIX. El fin de la insurrección 391

F. ENGELS. EL RECIENTE PROCESO DE COLONIA. . 397

C. MARX. EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE 404

Prólogo del autor a la segunda edición de 1869 404
Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana de 1885 406
El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte 408
I 408
II 417
III 428
IV 441
V 451
VI 468
VII 485

C. MARX. LA DOMINACION BRITANICA EN LA INDIA. . . . 499

C. MARX. FUTUROS RESULTADOS DE LA DOMINACION BRITANICA EN LA INDIA 506

C. MARX. DISCURSO PRONUNCIADO EN LA FIESTA DEL ANIVERSARIO DEL *PEOPLE'S PAPER*. 513

C. MARX. PROLOGO DE LA *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA* 516

F. ENGELS. CARLOS MARX. *CONTRIBUCION A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA* 521

I 521
II 525

C. MARX. CARTAS 531

Marx a Pável Vasílievich Annenkov. 28 de diciembre [de 1846] 531
Marx a Joseph Weydemeyer. 5 de marzo de 1852 . . . 542
Marx a Engels. 16 de abril [de 1856] 542
Marx a Engels. 25 de septiembre de 1857 544

NOTAS 547
INDICE DE NOMBRES 580
PERSONAJES LITERARIOS Y MITOLOGICOS 598
INDICE DE MATERIAS 600
INDICE 613